

LA
POESÍA
DE LA
CLASE

Anticapitalismo romántico
e invención del proletariado

Patrick Eiden-Offe

En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons, por eso los puedes copiar y difundir libremente los libros que publicamos. Aunque pensamos que es la mejor herramienta para difundir la cultura, por desgracia, no todos nuestros libros son CC, aunque sí la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo que supone un gran gran avance para la difusión y para el acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, los libros han tenido costes para poder estar disponibles gratuitamente en formato digital. Ha sido necesario el trabajo de muchas personas y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición.

Por eso, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

Patrick Eiden-Offe

LA POESÍA DE LA CLASE

*Anticapitalismo romántico e invención del
proletariado*

Patrick Eiden-Offe

LA POESÍA DE LA CLASE

*Anticapitalismo romántico e invención del
proletariado*

Traducción: Imanol Miramón Monasterio

Título original: *Die Poesie der Klasse. Romantischer Antikapitalismus und die Erfindung des Proletariats*

Título de la presente edición: *La poesía de la clase. Anticapitalismo romántico e invención del proletariado*

Autoría: Patrick Eiden-Offe

Traducción: Imanol Miramón Monasterio

Licencia original: © MSB Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlin 2017

Fotografía: *Figura femenina (soplando pompas de jabón) como alegoría de Christian Peter Wilhelm Beuth, montando a Pegaso sobre una ciudad industrial*, Karl Friedrich Schinkel, 1837 (Kupferstichkabinett der Staatlichen Museen zu Berlin)

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo

Primera edición: noviembre de 2020

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56
31001 Iruñea-Pamplona
editorial@katakarak.net
www.katakarak.net
@katakarak54



Lan honek Nafarroako Gobernuaren dirulaguntza bat izan du, Kultura, Kirol eta Gazteria Departamentuak egiten duen Argitalpenetarako Laguntzen deialdiaren bidez emana / Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la Edición del Departamento de Cultura, Deporte y Juventud.



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución- NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales. No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-42-6

Depósito legal: 1840-2020

Impresión: Gráficas Iratxe

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
Clase y clasificación, proletariado y proletarización: un panorama conceptual.....	21
El proletariado: un sujeto no-idéntico.....	29
Anticapitalismo romántico.....	34
Historiografía de la salvación.....	39
Identidad proletaria: apertura y (auto)inclusión.....	42
Actualidad inversa del <i>Premarzo</i>	44
Historia de la literatura como historia social: la clase como figura.....	47
 1	
PEQUEÑOS MAESTROS Y OFICIALES: DEL GREMIO AL MOVIMIENTO	51
1.1 Anticapitalismo romántico: <i>Der junge Tischlermeister</i> [El joven ebanista] de Ludwig Tieck.....	51
La muerte de la casa y la vida de la fábrica.....	54
El estamento burgués como todo y como parte.....	57
La transformación en plebe: de siervos a chusma.....	60
Sobre la desaparición de los gremios.....	61
Representación gremial.....	66
Política afectiva desde arriba.....	70
Pasiones e intereses:	
Leonhard, Adam Smith y Albert O. Hirschman.....	73
Pasiones políticas, gusto estético.....	77
La lucha de clases en Tieck: los gremios como invención de la tradición.....	81

El fin de los gremios y el inicio del movimiento obrero. «Tradiciones» de la historia social.....	83
1.2 La cultura de los oficiales y el movimiento obrero:	
Wilhelm Weitling	90
El lenguaje de los oficiales.....	94
La canción de los oficiales	99
Asociación de oficiales	103
1.3 Georg Weerth y la ruptura con la tradición de los gremios....	108

2

«¿NOSOTROS? ¡DIFÍCIL PREGUNTA!» SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DE LA CLASE EN LAS REVISAS Y PERIÓDICOS.....	123
Asociaciones: «Prolatarios burgueses» y «científicos».....	128
Deseos de revalorización:	
«nosotros» queremos ser ciudadanos	133
Activación: lo que «nosotros» debemos ser	137
Afirmación: «nosotros», que alzamos la voz.....	146

3

EL RECUENTO DE VOTOS: ESTADÍSTICAS DE CLASE.....	157
La estadística y el endurecimiento de la situación social:	
<i>Der Hessische Landbote</i> [El mensajero de Hesse]	158
La estadística al servicio de la revolución: el	
<i>Gesellschaftsspiegel</i>	172

4

MISERABILISMO Y CRÍTICA:	
DE LA MISERIA DE LA LITERATURA A LA MISERIA DE LA TEORÍA.....	189
Ludwig Tieck y los lobos de Londres.....	190
Miseria alemana, versos alemanes:	
Engels como teórico de la narrativa.....	193
Estereotipos sorprendentes: «El rico y el pobre» de Ernst	
Dronke	197
La novela familiar de los proletarios	202
Inexorabilidad	209
Misterios – Miseria.....	216
La miseria en relación con la producción, el mercado	
mundial y las necesidades.....	224

Pobreza y calidad de vida: <i>disposable time</i> [tiempo disponible].....	229
5	
TRABAJO ASALARIADO Y ESCLAVITUD:	
PROMESAS INCUMPLIDAS DE LIBERTAD	237
Alegorías de clase: «Steam King» y «White Slaves».....	238
La comparación: la «política de la esclavitud» de Weitling.....	240
«Apariencia de libertad» y esclavitud real: Engels	244
Esclavitud entre clases	249
¿Por qué «esclavos blancos»?	251
Teoría como mistificación:	
culto al trabajador industrial y crítica global.....	254
La universalidad de la proletarización.....	259
6	
PROBLEMAS PARA REPRESENTAR A «LOS POBRES CON TRABAJO»	265
Las posibilidades de la literatura: <i>Los esclavos blancos</i> o <i>el sufrimiento del pueblo</i> de Ernst Willkomm	265
Engels y la invención del reportaje sensacionalista	273
El reportero sobre el terreno: «Las grandes ciudades».....	284
7	
CLASE EN LUCHA	291
Lucha de clases en la Modernidad temprana como aquelarre: Tieck	293
El aquelarre de la lucha de clases en Francia: Börne.....	299
Guerra social junto al Lago de Zúrich: Weitling	301
Rebeldes primitivos en la Baja Lusacia: Willkomm	303
La salvación de los rebeldes	312
Venganza y clase.....	316
Asalto a las máquinas	321
<i>Is It O.K. To Be A Luddite?</i> [¿Está bien ser un ludita?].....	325
De camino a la huelga pura:	
un fragmento de la novela de Georg Weerth	333
La lucha por el salario familiar, la feminización del trabajo en la fábrica y la masculinización del movimiento obrero	345

CONCLUSIÓN: EL RETORNO DEL ANTICAPITALISMO ROMÁNTICO	361
EPÍLOGO: «ANTICAPITALISMO» ROMÁNTICO DESDE ARRIBA	383
BIBLIOGRAFÍA	403
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	449





INTRODUCCIÓN

En agosto de 1830, Eduard Gans, catedrático de derecho en la Universidad de Berlín, amigo de Heinrich Heine y líder de la escuela hegeliana, viaja a París. Solo unas pocas semanas antes habían estallado todas las tensiones sociales acumuladas, en un breve brote revolucionario con barricadas en las calles, a causa del que se derrocó al último rey Borbón Carlos X y se coronó a Luis Felipe I, «rey de los franceses».¹ Durante la Revolución de Julio habían sido especialmente activos los sansimonianos, miembros de una agrupación algo confusa en sus visiones religiosas, pero profundamente protosocialista en su crítica social.² Como emisario de los hegelianos de Berlín, Gans se encuentra en París con los representantes de este grupo revolucionario para intercambiar impresiones sobre la situación del movimiento social. Más allá de los puntos de crítica común al orden social capitalista, Gans es consciente pronto de una diferencia decisiva entre ambas doctrinas: mientras que los sansimonianos se quejan del «mal de la competencia [...] en la sociedad burguesa» y quieren «transformarlo en orden y jerarquía», Gans visualiza

1 El carácter de clase de la Revolución de Julio lo mostraron al público alemán de la época Ludwig Börne y Heinrich Heine. Véase Ludwig Börne, *Briefe aus Paris*, Frankfurt a. M., 1986 [1832–1834], y Heinrich Heine, «Französische Zustände», en: *Sämtliche Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 5: 1831–1837, ed. por Klaus Briegleb, Múnich/Viena, 1976, pp. 89–279.

2 Una clasificación de los sansimonianos de la época se encuentra en David Harvey, *Paris, Capital of Modernity*, Nueva York/Londres, 2006, especialmente pp. 59–89 [ed. en cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008, pp. 79–118].

en la utopía ordenada sansimoniana un horror que superaría el caos social del presente. Para él, lo «malo» de los sansimonianos es la promesa:

Pero quien quiera expulsar de ella [de la sociedad burguesa] la competencia crea otra esclavitud de la vigilancia que, aunque generara una situación feliz, no sería soportable. La Antigüedad trabajaba con sus esclavos; nosotros con personas. Pero la persona pertenece a sí misma, y tomar su suerte o su desgracia, éxito o fracaso, significa hoy retirar la única poesía de la que es capaz. Pues las páginas negativas de la vida también forman parte de ella: al igual que lo bueno presupone lo malo, así debe ser posible la desgracia total, para que la suerte reciba una forma concreta y adecuada.³

Lo que Gans tiene en mente cuando habla de «competencia», en consonancia con el lenguaje de la época y especialmente de los sansimonianos, es el problema de la formación de la clase, lo que se muestra en los siguientes apartados de sus memorias, en los que se contraponen a «proletarios» y «dueños de fábricas» e incluso se habla de las primeras «luchas de proletarios contra las clases medias de la sociedad».⁴ Pero, ¿por qué considera Gans que se puede ver en la «competencia» la raíz de la capacidad de crear «poesía» del ser humano moderno (la «persona»), que en ningún caso debería ser retirada? La «poesía» de la vida moderna está basada, para Gans, en su precariedad económica. La «poesía» está garantizada por la posibilidad «concreta», siempre presente, del hundimiento económico. La autonomía de la persona, pertenecer (solo) a-sí-misma, la lleva al mismo tiempo a una nueva forma de heteronomía: aquella determinada por la economía. Solo en esta heteronomía encuentra la autonomía su límite y frente a él se tiene que probar. Solo cuando el ser humano moderno mira abiertamente a los ojos a la casualidad y a la imprevisibilidad de la situación social y económica puede dar a su vida una «forma adecuada» y plena.

El posible hundimiento socio-económico, la amenaza siempre presente de ser lanzado a la «plebe»: esto es lo que cons-

3 Eduard Gans, *Rückblicke auf Personen und Zustände*, reed., coment. e intr. de Norbert Waszek, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1995 [1836], p. 98 y s. Sobre la relación de la escuela hegeliana con los sansimonianos véase Hans-Christoph Schmidt am Busch, *Religiöse Hingabe oder soziale Freiheit. Die saint-simonistische Theorie und die Hegelsche Sozialphilosophie*, Hamburgo, Meiner, 2007.

4 Gans, *Rückblicke*, p. 100 y s.

tituye para Gans la «poesía» de la vida moderna.⁵ Este punto gana también actualidad, se confunde con y se ajusta a un modelo de autocomprensión habitual de la época, que precisamente Hegel había expresado en una fórmula muy citada. En la Modernidad, según postula en sus *Lecciones sobre la estética*, el ser humano se relaciona con una «realidad ya ordenada en prosa»; pero la novela moderna sería el medio de articulación artificial adecuado para resolver el necesario «conflicto entre la poesía del corazón y la prosa opuesta de las circunstancias».^{6 7}

Hegel imparte sus lecciones sobre estética cuatro veces, en total, entre el semestre de invierno de 1820/21 y el semestre de invierno de 1828/29, y el discurso de la «prosa de las circunstancias» se convierte durante los años y las décadas siguientes en algo tan popular porque esta fórmula parece conceptualizar de forma precisa la nueva realidad socio-económica: las dos décadas siguientes a 1830 se denominaron en Alemania el *Premarzo*,⁸ porque en ellas todos los signos de la época anunciaban esa revolución que estallaría en 1848 de nuevo en París, para después prender como un reguero de pólvora por todo el continente. En esta época irrumpe en Europa la industrialización y la sociedad queda atravesada por la forma mercado. En el *Premarzo* se encauza lo que hasta hoy nombramos como «Modernidad»: comienza nuestra historia moderna –con todos sus saltos, normalizaciones y divisiones–.

5 Véase Gans, *Rückblicke*, p. 100, donde se habla de una «costra de la sociedad burguesa» que «habitualmente se denomina plebe». Sobre la plebe en Hegel véase Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts oder Naturrecht und Staatswissenschaft im Grundrisse*, con notas y añadidos orales del autor, en: *Werke*, ed. por Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, Bd. 7, Frankfurt a. M., 1986, § 244, p. 389 [ed. en cast.: *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Madrid, Tecnos, 2017, p. 244].

6 En la edición en castellano citada se traduce *Verhältnisse* como «relaciones», pero preferimos traducirlo aquí como «circunstancias», no por sus resonancias con Ortega y Gasset sino porque recoge mejor la idea de la «situación», de lo que le rodea y le viene dado al individuo [N. del T.].

7 Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Vorlesungen über die Ästhetik*, en: del mismo autor, *Werke*, Bd. 13–15, Frankfurt a. M. 1986, aquí Bd. 15, p. 392 y s. [ed. en cast.: *Lecciones sobre la estética*, Madrid, Akal, 2007, p. 786].

8 Utilizaremos así el término, castellanizando directamente *Vormärz*, dado que es un término de la historiografía alemana que no tiene traslación directa al español. Hace referencia a las décadas previas a la Revolución de Marzo de 1848 en Alemania, y se enmarca dentro del periodo de Restauración europea [N. del T.].

Estos procesos se reflejan en las concepciones estéticas de la época. En su teoría de la novela, Friedrich Theodor Vischer, de la «izquierda» hegeliana, contrasta lo poético como punto de partida de «acontecimientos sorprendentes, espectaculares», como apertura, con la «prosa de las circunstancias», que considera determinada por la previsibilidad y la rutina. Vischer esboza de forma concreta y con mirada histórica el «establecimiento prosaico de las cosas del mundo»: se trata de la «división del trabajo», que junto con una «tendencia general a la mecanización de los productos técnicos, las joyas, etc.» constituyen los rasgos característicos de la Modernidad.⁹

Jacob Grimm había dejado ya bien claro que la firma histórico-filosófica del presente se podía leer a partir de la determinación de la relación entre prosa y poesía: «La poesía desaparece, y la prosa (no la vulgar, sino la espiritual) es más adecuada», dice en la introducción a la *Gramática alemana* de 1819.¹⁰ Y así se citará una y otra vez durante todo el *Premarzo*, por ejemplo por Theodor Mundt en su *Kunst der deutschen Prosa* [Arte de la prosa alemana] de 1837 o en el manifiesto político-poetológico de Berthold Auerbach *Schrift und Volk* [Escritura y pueblo] de 1846.¹¹ Al contrario de Grimm, pero también de Hegel,

9 Friedrich Theodor Vischer, «Theorie des Romans», en: Gerhard Plumpe (ed.), *Theorie des bürgerlichen Realismus*, Stuttgart, Reclam, 1986, pp. 240–247, aquí p. 240 y s. (de: Fr. Th. Vischer, *Die Dichtkunst*, Stuttgart/Reutlingen, 1857, pp. 1317–1321).

10 Jacob Grimm, *Deutsche Grammatik*, Göttingen, 1819, p. XXVII. El diagnóstico de Grimm está marcado por la crítica a la civilización inserta en la dialéctica de la Ilustración: «Se puede comparar la fuerza interior de la lengua antigua con el rostro afilado, el oído, el olor de los salvajes, incluso nuestros pastores y cazadores, que simplemente viven en la naturaleza. Por otra parte, los conceptos que el nuevo lenguaje utiliza para comprender son cada vez más claros y definidos. La poesía desaparece, y la prosa (no la vulgar, sino la espiritual) nos es más adecuada».

11 Theodor Mundt, *Die Kunst der deutschen Prosa. Aesthetisch, literargeschichtlich, gesellschaftlich*, Berlin, 1837, pp. 20, 131 y 359; Berthold Auerbach, *Schrift und Volk. Grundzüge der volksthümlichen Literatur, angeschlossen an eine Charakteristik J. P. Hebel's* [1846], en: *Schriften zur Literatur*, ed. por Marcus Twellmann, Göttingen, 2014, pp. 7–173, aquí p. 67. Además: Johann Christian August Heyse, *Theoretisch-praktische deutsche Grammatik oder Lehrbuch der deutschen Sprache, nebst einer kurzen Geschichte derselben*, Bd. 1, 5ª ed., trabajada por Karl Wilhelm Ludwig Heyse, Hannover, 1838 [1814], p. 94. Aquí se cita a Grimm como prueba de la tesis de que en la Modernidad «la parte sensorial de la lengua retrocede más y más». En Heinrich Kuntzel, *Drei Bücher deutscher Prosa, in Sprach- und Stilproben: Von Ulphilas bis auf die Gegenwart*, Bd. 3, Frankfurt a. M., 1838, p. 339, se cita a Grimm con su sentencia como uno de los «purificadores de la lengua» del siglo XVIII. Agradezco a Marcus Twellmann las incontables conversaciones sobre el *Premarzo*: apuesto a que mi descripción del proletariado es algo más y otra cosa que una «pastoral encubierta» (Empson).

que consideraban la tendencia a la prosa como una tendencia histórico-filosófica inevitable de la época, algunos poetas, científicos y filósofos, y después también activistas políticos y propagandistas, intentan encontrar una salida de la «prosa de la Modernidad» (Peter Bürger) y alcanzar una repoetización de la vida. En primer lugar, se buscará –en la formulación de Vischer– los «lugares verdes» de lo poético en el gris de la «prosa de lo que ocurre»:¹² en cierto modo islas de lo extraordinario, reservas de lo «salvaje» en medio de la civilización. En definitiva, se buscarán las posibilidades de convertir en recurso de una nueva poesía a la Modernidad misma, a la vida moderna, precisamente, en su modernidad. Aquí entra en acción la propuesta de Gans. Quien –con Hegel, pero también más allá de él– pretenda seriamente justificar lo real como racional, no puede emitir ningún lamento sobre el curso de la Historia, sino que ha de atravesarlo.¹³ Pero quien no quiera, sin embargo, conformarse con la «prosa de las circunstancias», debe buscar lo poético allí donde la *doxa* menos se lo esperaría.¹⁴ Deberá aceptar precisamente, de manera extrema, como fuentes de lo poético, la «división del trabajo» en la sociedad y la división de clases que la acompaña. Quien busque una poesía de la vida moderna no podrá por tanto evitar una *poesía de la clase*.

No es casualidad que en las dos décadas siguientes a la muerte de Hegel –y, en la historia de la literatura, tras la de

12 Vischer, «Theorie des Romans», p. 240 y s.

13 Sobre la situación de Gans en el ambiente de la izquierda hegeliana naciente véase Norbert Waszek, «War Eduard Gans (1797–1839) der erste Links- oder Junghegelianer?», en: Michael Quante y Amir Mohseni (eds.), *Die linken Hegelianer. Studien zum Verhältnis von Religion und Politik im Vormärz*, Paderborn, Wilhelm Fink, 2015, pp. 29-51.

14 Aquí habría que pensar en el famoso lema de Julian Schmidt, retomado por Gustav Freytag en *Soll und Haben*: «la novela debe buscar al pueblo alemán allí donde se encuentra con todo su empeño, es decir, en su trabajo» (Gustav Freytag, *Soll und Haben*, Múnich/Viena, 1977 [1855], [original p. 6]). En el tercer libro de la novela, el héroe Anton Wohlfahrt clama desde su escritorio, en medio del terror de la Revolución: «Esto es poesía, la poesía del negocio, cuya fuerza y vitalidad percibimos solo cuando trabajamos contracorriente» (p. 326). Franz Grillparzer, ya envejecido, replica al lema de Freytag que cobró fama inmediata: «Daß die Poesie Arbeit, / Ist leider eine Wahrheit. / Doch daß die Arbeit Poesie, / Glaub ich nun und nie» [Que la poesía sea trabajo / es desgraciadamente verdad / pero que el trabajo sea poesía / no lo creo ni ahora ni nunca»] (citado por Martin Gubser, *Literarischer Antisemitismus. Untersuchungen zu Gustav Freytag und anderen bürgerlichen Schriftstellern des 19. Jahrhunderts*, Göttingen, 1998, p. 187).

Goethe: en la «finalización del ‘periodo artístico goethiano’» (Heine)– se popularice en alemán el concepto de clase social y en paralelo se redefine profundamente el concepto de poesía. Ambas cosas, como se mostrará a continuación, van de la mano en el *Premarzo*, y además –como hemos podido ver en Gans– no solo en forma de poesía con un crespón negro.

A la creciente división de clases se refiere también en 1846 Berthold Auerbach en su escrito programático, en el que descubre otra dimensión –en cierto modo «científico-poética»¹⁵– de lo poético. Partiendo de la definición de Grimm del vigoroso «viejo lenguaje» de lo «salvaje», Auerbach postula que precisamente lo nuevo –«incluso el entorno técnico más novedoso»– solo puede ser concebido lingüísticamente e incluso intelectualmente si se entiende como un elemento poético irreductible, un elemento que nos pueda «reconducir» de la prosa «a la poesía». La «fuerza» y el poder poético se conservan especialmente, según Auerbach, en el lenguaje del «pueblo llano», común o sencillo.¹⁶ El «lenguaje popular» posee la capacidad especial de «quien anda a tientas, ingenuamente, cuando no hay patrones disponibles ni frases hechas para todo, buscando lo característico, creando nuevas palabras y reformulando las viejas» –allí donde quien habla, se podría resumir, activa la poética del lenguaje–.

Gracias a la afinidad electiva entre poesía y «pueblo llano» puede este último aparecer ante toda la sociedad: «es indiscutible que hasta ahora nunca se había reflexionado tanto entre las personas con alta posición social sobre la situación del llamado pueblo llano. A ello ha contribuido, esencialmen-

15 Mi trabajo se basa en los debates sobre una «poetología del saber», que se han desarrollado en las últimas décadas en los estudios culturales alemanes, aunque solo haga referencia a ellos en algunas ocasiones; véase Joseph Vogl, *Kalkül und Leidenschaft. Poetik des ökonomischen Menschen*, Zürich/Berlín, 2002. Que el creador de la expresión «poética del saber», Jacques Rancière, la haya formulado a partir de su amplia investigación socio-histórica sobre el movimiento obrero temprano francés tiene en todo caso una importancia central para mi estudio; véase Jacques Rancière, *Die Namen der Geschichte. Versuch einer Poetik des Wissens*, Frankfurt a. M., 1994 [ed. en cast.: *Los nombres de la historia: una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008], así como *Die Nacht der Proletarier. Archive des Arbeitertraums*, Viena/Berlín, 2013 [1981] [ed. en cast.: *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2017]. Traté de situar a Rancière en la historia y en la discusión metodológica de la historiografía social en «Der Schmerz der gestohlenen Zeit», en: *Jungle World*, 14 noviembre 2013, suplemento cultural, pp. 12-13.

16 Auerbach, *Schrift und Volk*, p. 67.

te, la poesía».¹⁷ Cuando Auerbach nombra como ejemplo de los países de habla inglesa a «Boz», un pseudónimo temprano de Charles Dickens,¹⁸ y al «poeta de la Ley del Maíz» –el *Corn Law Rhymers*, un activista del cartismo, la primera gran fuerza organizada del movimiento obrero inglés¹⁹–, no queda ninguna duda de que con el «llamado pueblo llano» tiene en mente no solo a sus queridos campesinos de la Selva Negra, sino también el «pauperismo y al proletariado», a quienes dedica también el último párrafo de su escrito programático.²⁰ Sin embargo, la «clase» se convertirá rápidamente en una parte fundamental del imaginario político de la época, como hecho real y poéticamente formado.

Así, en última instancia también se puede leer la *poesía de la clase* como genitivo subjetivo. La clase misma aparece como sujeto, como autor y recipiente de su propia poesía. El *Corn Law Rhymers*, puesto en escena por Auerbach no es en este sentido una mala propuesta. En el espacio lingüístico alemán habría que pensar quizás en Wilhelm Weitling, a quien junto a sus actividades de agitación «comunistas» (y debido a ellas) la clase dirigente había provisto de suficiente tiempo para publicar «poesías del calabozo»,²¹ o en la obra *Album. Originalpoesien* [Álbum. Poesías originales], publicada en 1847 por el promotor protosocialista Hermann Püttmann, en la que estaban representados junto a Weitling, entre otros, Georg Weerth, Friedrich

17 Auerbach, *Schrift und Volk*, p. 76.

18 Sobre Boz/Dickens véase el apartado «Engels y la invención del reportaje sensacionalista» en el sexto capítulo del presente estudio.

19 Sobre Ebenezer Elliott, que publicó las «rimas de la Ley del Maíz» [*Corn Law Rhymes*], véase Angela M. Leonard, *Political Poetry as Discourse. Rereading John Greenleaf Whittier, Ebenezer Elliott, and Hip-Hop-Ology*, Lanham, 2010, pp. 59-106. Sobre el cartismo véanse los estudios clásicos de Dorothy Thompson, «Chartism and the Historians» y «The Early Chartists», en: *Outsiders. Class, Gender and Nation*, Londres/Nueva York, 1993, pp. 19-44 y 44-76, así como Gareth Stedman Jones, «Sprache und Politik des Chartismus», en: *Klassen, Politik, Sprache. Für eine theorieorientierte Sozialgeschichte*, ed. por Peter Schöttler, Münster, 1988, pp. 133-229.

20 Véase Auerbach, *Schrift und Volk*, pp. 164-172.

21 Wilhelm Weitling, *Kerkerpoesien*, Hamburgo, 1844. Sobre el trasfondo biográfico, véase el resumen exhaustivo de Waltraud Seidel-Höppner, *Wilhelm Weitling (1808–1871). Eine politische Biografie*, 2 Bde., Frankfurt a. M., 2014, especialmente los capítulos «Ein Jahr Einzelhaft», «Deportation nach Preußen» y «Weitling und Heine», pp. 627-676. Para distinguir el movimiento temprano e indisciplinado de sus posteriores cierres en forma de partido he utilizado en relación con el *Premarzo* sobre todo las expresiones contemporáneas «comunista» y «socialista».

Saß, Percy Shelley, Ferdinand Freiligrath, Anastasius Grün y Heinrich Heine con sus poemas, y que según decía Püttmann en el prólogo, mostraría una vez más que «los poetas, los *verdaderos* naturalmente, [...] siempre [van] con el *pueblo* y [...] nunca [han] ido con los *reyes*». ²²

«El término de poesía», escribe Georges Bataille, «puede ser considerado como sinónimo de gasto». ²³ El discurso sobre una *poesía de la clase* servirá en lo que sigue para separar la cuestión de clase –de la forma como se planteó, en un primer momento, en el *Premarzo* y tal y como de una forma u otra se plantea *todavía* o *de nuevo hoy*– del paradigma de la escasez. Así, no se trata de expresar la ignorancia o el esnobismo frente a la necesidad y la explotación, sino el asombro ante esa riqueza despilfarradora de formas sociales, culturales y literarias con las que las personas se han enfrentado a estos problemas y han luchado contra ellos. Pero la poesía de la clase que todavía podemos observar en el *Premarzo* por doquier pronto será desplazada e invisibilizada por los poderes del viejo y del nuevo mundo, pero también por ese movimiento obrero nacido en el *Premarzo* a partir del espíritu de la poesía: cuanto más fuerte, decidido y exitoso sea el movimiento en las décadas siguientes, tanto más *prosaico* se mostrará. De este modo, sus figuras fundadoras poéticas solo serán para el propio movimiento meros iluminados locos. Rescatar la poesía de la clase de entre los despojos de la historia y recuperarlas sobre todo para el debate del presente; ese es el objetivo del presente estudio.

22 Hermann Püttmann (ed.), *Album. Originalpoesien*, Borna, 1847, p. 1. El *Album* también incluye a «Edward P. Mead in Birmingham», cuyo poema «König Dampf» aparece traducido por Friedrich Engels. Sobre Mead y el *King Steam* véase el apartado «Alegorías de clase: 'Steam King' y 'White Slaves'», en el quinto capítulo del presente estudio.

23 Georges Bataille, «Der Begriff der Verausgabung», en: *Die Aufhebung der Ökonomie*, 2ª ed. ampl., Múnich, 1985, pp. 7-35, aquí p. 15 [ed. en cast.: «La noción de gasto», en: *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003, pp. 110-134, aquí p. 117]. La antieconomía de Bataille, que parte de la «insuficiencia del principio clásico de utilidad» avanzando hacia una «insubordinación de los hechos materiales», constituye el trasfondo, en diversos sentidos, de las explicaciones que siguen. La base de este apoyo se encuentra en el resultado al que llega Bataille, una forma específica de «anticapitalismo romántico» —«La exuberancia es belleza», de William Blake, sirve como lema para la obra económica principal de Bataille, *La parte maldita*—, próximo quizás al de autores investigados aquí, como Ludwig Tieck y otros, en los que era común [Bataille, *La parte maldita*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2007].

Clase y clasificación, proletariado y proletarización: un panorama conceptual

Bien sea en forma de poesía o de prosa, la realidad social se manifiesta en el lenguaje y se condensa en conceptos.²⁴ Las formas lingüísticas de expresión marcan a su vez la realidad social, dan un sentido al desarrollo histórico o lo desorientan; así, los conceptos han de ser considerados también como poderosos actores históricos.²⁵ Quien quiera hacer justicia con esta definición recíproca, hará «teoría social como historia de las ideas» –como se tradujo al alemán, de forma algo violenta pero acertada, la obra de historia de las ideas de Raymond Williams *Culture and Society* [Cultura y sociedad, en la ed. en cast.], de 1958–, y estará a su vez haciendo, como veremos, historia de la traducción transnacional.²⁶ La cuestión de cuándo y quién emplea (o rechaza) qué conceptos para qué estado de cosas es claramente política: la historia de las ideas es siempre «política de las ideas».²⁷ La primera mitad del siglo XIX se caracteriza por una actividad poético-conceptual y político-conceptual intensa y a veces casi desmesurada. El *Premarzo* es la gran campo de maniobras semántico en el que se ejercita el ensayo político y social de la Modernidad –veremos esto precisamente en conceptos como «clase» y «proletariado»–.

Sin embargo, la actividad histórico-conceptual del *Premarzo* tiene también su historia previa, que se remonta hasta la Antigüedad. Así, el concepto de clase procede del derecho fiscal

24 Sobre la polémica de Friedrich Engels de «El socialismo alemán en verso y en prosa», véase el apartado «Miseria alemana, versos alemanes: Engels como teórico de la narrativa», en el cuarto capítulo del presente estudio.

25 Imprescindible para la historia de las ideas es Ernst Müller y Falko Schmieder, *Begriffsgeschichte und historische Semantik. Ein kritisches Kompendium*, Berlín, Suhrkamp, 2016. Véase además el clásico de Reinhart Koselleck, «Begriffsgeschichte und Sozialgeschichte», en: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1989, pp. 107-129 [ed. en cast.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993].

26 Raymond Williams, *Gesellschaftstheorie als Begriffsgeschichte. Studien zur historischen Semantik von «Kultur»*, Múnich, Rogner und Bernhard, 1972. Sobre la cuestión de la (in)traducibilidad de los conceptos (y su historia) véase Eva Geulen, «Begriffsgeschichten go global (or try to)», en: *Merkur* 788, 1 (2015), pp. 38-48.

27 «Política conceptual» no se refiere solamente al plano histórico del objeto de estudio, sino también al plano de la actividad científica presente: también es una cuestión política cuándo y qué investigaciones históricas se llevan a cabo (o se dejan a un lado); véase al respecto Ernst/Schmieder, *Begriffsgeschichte...*, p. 23 y s. Sobre la aplicación política (conceptual) actual de mi estudio, véase el final de la introducción.

y tributario romano, el significado originario de clase remite a las categorías de impuestos; el concepto alude ya originariamente a una clasificación, a una subdivisión en jerarquías de lo social. A partir de aquí, el término experimenta una amplia neutralización social, se convierte simplemente en un concepto de clasificación, con el que se producen taxonomías y tablas. Pero con ello pierde su relación con lo social, se convierte en un concepto de la historia natural y la gramática, aplicado casi exclusivamente a la fauna, la flora y el lenguaje.²⁸ Desde mediados del siglo XVII, el concepto encuentra su camino de vuelta a su ámbito de aplicación originario. Hay que remarcar que el hecho de que se puedan volver a clasificar personas o colectivos de personas –y no solo flores o palabras– es algo que solo ocurre explícitamente en la lengua alemana a finales del siglo XVIII: entonces se habla a menudo de «clases populares» o «clases de personas».²⁹

El hecho de que desde aproximadamente 1800, y con más fuerza desde 1820, se utilice en alemán el concepto «clase» para describir e interpretar la sociedad del momento está relacionado

28 La historia de las ideas y la historia social de la clase han estado, al menos, bien investigadas. La historiografía alemana (occidental) de entre los años 1960 y 1980 ha estado dominada por estas dos tendencias, y la investigación de los procesos de formación de clase ha jugado un papel central dentro de estas corrientes dominantes, lo que ha hecho que se preste una atención especial al *Premarzo*. En la *Deutscher Gesellschaftsgeschichte* [Historia Social Alemana] de cinco tomos de Hans-Ulrich Wehler, es el segundo tomo, el del *Premarzo*, el que menos espacio de tiempo abarca: desde 1815 hasta 1845/49; sin embargo, no es el más corto (Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Zweiter Band: Von der Reformära bis zur industriellen und politischen «Deutschen Doppelrevolution» 1815-1845/49*, München, Beck C. H., 1987). En los conceptos históricos fundamentales se encuentran reflexiones muy completas, y en parte muy largas, sobre la historia de las ideas de mi objeto de estudio; solamente la entrada «estamento, clase» ocupa ya 129 páginas, a las que se le añaden largos textos en «trabajador» o «proletariado, plebe, pauperismo» (Otto Gerhard Oexle/Werner Conze/Rudolf Walther, «Stand, Klasse», en: Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1972 y ss., aquí: Bd. 6 [1990], pp. 155-284; Werner Conze, «Arbeiter», en: *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. 1 [1972], pp. 216-242; Werner Conze, «Proletariat. Pöbel, Pauperismus», en: *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. 4 [1984], pp. 27-68).

29 Sobre la historia científica del concepto de clase véase Mary Poovey, «The Social Constitution of ‘Class’», en: Wai Chee Dimock y Michael T. Gilmore (eds.), *Rethinking Class. Literary Studies and Social Formations*, Nueva York, Columbia University Press, 1994, pp. 15-56. Poovey lleva a cabo su programa en el libro *A History of the Modern Fact. Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*, Chicago/Londres, Chicago University Press, 1998. Sobre el marco político y de historia de la ciencia véase Caroline Arni y Mischa Suter, «A Science of the Specific. An Interview with Mary Poovey», en: *Historische Anthropologie* 24/3 (2016), pp. 432-444.

con una serie de transformaciones sociales e históricas: el concepto de clase brota –o mejor, aparece sin llamar la atención– en un principio allí donde el esquema del orden de estamentos se va desmantelando y finalmente se deroga por decisión política. Esto se lleva a cabo de forma espectacular en la Revolución Francesa, pero partes esenciales de las llamadas reformas prusianas también se pueden concebir como una supresión socio-económica y política del sistema de estamentos, incluso, y precisamente, aunque el viejo orden siga existiendo oficialmente. En este sentido hay que valorar la anulación de la servidumbre y la introducción de la «libertad de empresa» junto con la abolición de la obligación de pertenencia a los gremios y la concesión del derecho a la elección libre de profesión. Mientras que «estamento» alude a la codificación jurídica de jerarquías sociales, «clase» se utiliza a menudo como concepto descriptivo allí donde no existe una marca jurídica de diferenciación, pero sirve para perfilar, sin embargo, diferencias sociales. Su supuesta neutralidad científica habilita precisamente al concepto de clase para ser utilizado como solución de emergencia.

También el «proletariado» tiene una larga historia. La denominación aparece paralelamente al concepto «clase», en el ordenamiento militar de Servio Tulio del siglo V a.C. Ahí se designaba como «*proletarii*» a quienes «pertenecían a la 6ª clase, es decir, quienes no tenían propiedades y estaban por ello desarraigados», quienes «como consecuencia de su pobreza no estaban capacitados para desempeñar su contribución (militar) a la comunidad».³⁰ Según una etimología muy extendida, el «*proletarius*» toma su nombre de los «proles», los descendientes, que son lo único con lo que el «*proletarius*» puede contribuir al mantenimiento de la *patria* (y su ejército).³¹ La relación intrínseca entre el proletario y su descendencia se conserva y nos acompañará también una y otra vez en la investigación presente –bien sea como reproche de que los proletarios se reproducen como los

30 Conze, «*Proletariat*», p. 27.

31 Véase la entrada «*Proletarii*» en *Der Neue Pauly*: «Término latino, derivado de *proles* ('descendiente'), que se refiere a las personas carentes de propiedades que solo contaban de acuerdo a su descendencia (Cic. Rep. 2, 40), es decir, que estaban exentos de impuestos y del servicio militar» (Jürgen Ungern-Sternberg, «*Proletarii*», en: Hubert Cancik, Helmuth Schneider y Manfred Landfester (eds.), *Der Neue Pauly*, Bd. 10, Stuttgart, J.B. Metzler, 2003, p. 397 y s.).

animales o como elogio de que por lo menos mantienen el «ejército industrial de reserva» con nuevos reclutas–.

A diferencia del concepto de clase, que en la época post-clásica encuentra su lugar exiliado en las clasificaciones de la historia natural y en la gramática clásica, el concepto de los *proletarii* permanece en la Antigüedad tardía sin mucho uso y cae después completamente en el olvido. No será hasta el Renacimiento cuando los proletarios renazcan, entonces en Inglaterra. En el siglo XVII, el siglo de la guerra civil y de las luchas de clase que la acompañaban, se volverá a utilizar el concepto de *proletarii* y pasará finalmente al inglés como «proletary».³² La pregunta de la historia de las ideas, de cuándo emergen por primera vez los «Proletarier» en alemán y se utilizan para describir el presente es difícil de responder. Uno de los primeros documentos es seguramente la carta del barón vom Stein del 21 de septiembre de 1829, en la que el exministro de Reformas, ya jubilado, advierte a un amigo de la inestabilidad en la política exterior de Inglaterra: «En Inglaterra tienen más peso los proletarios que la deuda nacional».³³ Antes de eso, la utilización del concepto lo había anticipado ya la ciencia alemana de la Antigüedad. En la *Römische Geschichte* [Historia de Roma] de Niebuhr, de 1811, se debatía extensamente sobre el estatus de los *Proletarier* –aquí ya alemanizados–, y en los años siguientes se discute en el ámbito especializado cómo se podrían diferenciar *proletarii* y *capite censi* [censados, cabezas censadas], en vista de la confusa situación de las fuentes. Pues tampoco los *capite censi* tienen patrimonio y se contabilizan por ello solo «por sus cabezas». El debate sobre la contraposición de ambos grupos pone en duda la posibilidad de poder encontrar diferencias en los márgenes de la sociedad; que los proletarios suponen un problema científico de clasifica-

32 Así por ejemplo en la utopía global más importante de la época, en James Harrington, *The Commonwealth of Oceana*, Cambridge, 1992 [1656], p. 207 [ed. en cast.: *La República de Oceana y un sistema de política*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2013]. Sobre los aspectos constitutivos de clase de la Guerra civil inglesa véanse los trabajos clásicos de Christopher Hill, como *Die englische Revolution von 1640. Vier Aufsätze*, Berlín, Dietz Berlin, 1952 [ed. en cast.: *La revolución inglesa en 1640*, Barcelona, Anagrama, 1977].

33 [Heinrich Friedrich Karl vom und zum Stein], *Die Briefe des Freiherrn von Stein an den Freiherrn von Gagern, von 1813–1831*, Stuttgart/Tübingen, 1833, p. 269.

ción (¡y quizás no solo científico!) estaba por tanto claro desde el principio.³⁴

A mediados de la década de los treinta se desata en Alemania un amplio debate en torno a los *proletarios* y el *proletariado*, dado que la forma lingüística del grupo todavía no se ha estandarizado: Franz von Baader, el filósofo social católico-romántico de Múnich, titula sus famosas memorias con el título *Über das dermalige Mißverhältnis der Vermögenslosen oder Proletairs zu den Vermögen besitzenden Klassen der Sozietät in betreff ihres Auskommens, sowohl in materieller Hinsicht, aus dem Standpunkte des Rechts betrachtet* [Sobre el malentendido actual de los no propietarios o *proletairs* con respecto al patrimonio de las clases propietarias de la sociedad respecto a sus ingresos, así como en un sentido material, tratado desde el punto de vista del derecho].³⁵ El «*proletair*» viene de lejos, pertenece –también lingüísticamente– a una «clase sin patria». ³⁶ Tras la Revolución de Julio de 1830, los exiliados apátridas y exaltados, los turistas de la revolución, los poetas y los periodistas como Ludwig Börne y Heinrich Heine se preocupaban de que junto al ideario revolucionario también se importara como «contrabando» intelectual a Alemania el lenguaje político-social de los franceses, muy desarrollado y detallado. La historia de la importación lingüística se observa con especial precisión, como pasa con los «*proletairs*», en las palabras no traducidas o traducidas a medias, que se encuentran por doquier en Heine. Así por ejemplo, en los artículos como corresponsal que enviaba a partir de 1831 regularmente desde París al periódico *Allgemeine Zeitung* de Augsburgo se habla de «Ouvrier-Erneuten» [nuevos *ouvriers*, nuevos obreros] cuando se trata la revuelta de los *canuts* de 1831 en Lyon, o de «*Crapüle*» [crápulas] cuando se habla del pueblo de las callejuelas de París.³⁷ El «*peuple*» [pueblo], el pueblo llano, sencillo, aparece en Heine refiriéndose a la «plebe», en un intento del autor por neutralizar, en sus reflexiones sobre el glorioso papel del *peuple* en la revolución, el matiz peyorativo de la palabra alemana «*plebe*». Pero no lo conseguirá, y por eso

34 Barthold Georg Niebuhr, *Römische Geschichte*, Bd. 1, Berlín, 1811.

35 Reimpreso en: Franz von Baader, *Gesellschaftslehre*, Múnich, 1957, pp. 235-250.

36 Así el barón vom Stein, citado en Wehler, *Gesellschaftsgeschichte*, p. 282.

37 Véase Heinrich Heine, «Französische Maler», en: *Sämtliche Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 5: 1831–1837, ed. por Klaus Briegleb, Múnich/Viena, 1976, pp. 27-87, especialmente la reseña de Delacroix, pp. 39-42.

también Heine diferenciará pronto de nuevo entre la vil «plebe» y los honorables «ouvriers» –un ejemplo temprano de la división posterior de la clase entre trabajadores y lumpenproletariado–.³⁸

El carácter siempre difuso por fijar un vocabulario se debe a la base fluida propia de la lengua. El «proletariado» era todavía, en el habla del *Premarzo*, un conglomerado totalmente heterogéneo, un «abigarrado tropel», como escribirá posteriormente Marx,³⁹ un «motley crew» [grupo variopinto] cuya primera aparición en la historia global podía estar en el siglo XV, como Peter Linebaugh y Marcus Rediker han mostrado en su obra pionera sobre *La hidra de la revolución*.⁴⁰ Que este colectivo histórico heterogéneo sea identificable por medio de una firma socio-histórica unificada es algo que ya se cuestionaba en el *Premarzo*. Heinrich Wilhelm Bense incluye en su homenaje histórico *Die Proletarier* [Los proletarios] de 1847 una enumeración explícita y extensa de figuras:

1.) los propios trabajadores de las fábricas; 2.) los ayudantes y trabajadores de todas las empresas y negocios que se gestionan de una forma similar a las fábricas; 3.) los trabajadores del campo, es decir, tanto los jornaleros que no tienen propiedad y se alimentan puramente del trabajo de sus manos como los innumerables subarrendatarios de último rango a quienes tras finalizar el arrendamiento no les queda el suficiente capi-

38 Véase Heine, *Zustände*, p. 220: «Es un error creer que los héroes de la Rue Saint-Martin pertenecen a las clases populares más bajas, o incluso a la plebe, como se expresa; no, sobre todo se trataba de estudiantes, de bellos mozalbetes de la École d'Alfort, artistas, periodistas, o cualquiera con aspiraciones, entre ellos también algunos obreros que bajo sus toscos abrigos albergaban finos corazones». En Inglaterra se puede observar un movimiento similar: solo cerca de veinte años después de que se pusiera en juego el concepto de «class» [clase] como algo con lo que los proletarios se describían a sí mismos, este se convertía en una «suerte de palabrota con desagradables asociaciones»; en vez de «class», que suena a división, avanza la palabra «balance» [mayoría] como una de las «palabras clave del periodo»; Asa Briggs, «The Language of 'Class' in early 19th Century England» [1960], en: *Collected Essays, Vol. 1: Word, Numbers, Places, People*, Brighton, University of Illinois Press, 1985, pp. 3-33, aquí p. 21.

39 Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band. Buch I: Der Produktionsprozeß des Kapitals* [1867], en: Karl Marx/Friedrich Engels, *Werke*, Bd. 23, Berlín, 1962 y ss., p. 267 [ed. en cast.: *El capital. Libro Primero: El proceso de producción del capital*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 319]. Las obras de Marx y de Engels se citarán a partir de ahora con las siglas MEW (de *Marx-Engels Werke*), citando el volumen y la página (aquí MEW 23, p. 267).

40 Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *The Many-Headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Londres, 2000 [ed. en cast.: *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica, 2005].

tal para poder subsistir con sus familias de forma autónoma durante un tiempo; 4.) los pobres que dependen de la ayuda social; 5.) los soldados comunes; 6.) los timadores, prostitutas, bandidos, etc.; 7) los pequeños empleados de carácter espiritual y mundano.⁴¹

El concepto de *proletarización* permite comprender la identidad social e histórica de todos aquellos que serán señalados como «proletarios». El concepto aparece a finales del siglo XIX –en el viejo Engels– y después se convertirá en un instrumento importante de las ciencias sociales.⁴² La «proletarización» hace del «proletariado» una categoría procesual; el centro de atención ya no está en el resultado sino en el proceso de producción de un colectivo social. De este modo el concepto pertenece al campo de toda una serie de verbalizaciones (nominalizadas) que siguen el mismo modelo: igual que Simmel dedujo de la «sociedad» el proceso de «socialización», Freud derivó de la «identidad» la «identificación».⁴³ Para volver del proletariado al proceso de

41 Heinrich Wilhelm Bensen, *Die Proletarier. Eine historische Denkschrift*, Stuttgart, 1847, p. 344. El escrito del profesor de instituto y escritor de historia Bensen comienza con los proletarios en el Antiguo Oriente y pasa por Atenas y Roma hasta una estación intermedia decisiva: «Das communistische Zwischenspiel zu Münster» (pp. 193-210). Como tarde aquí queda claro que todo el escrito pretende advertir sobre todo ante los «nuevos profetas de los proletarios» (p. 404); se habla de Saint-Simon, Fourier, Owen, después de Proudhon, Louis Blanc, Lamennais, y finalmente de Babeuf y Cabet. Como representante alemán del comunismo, Bensen, que a pesar de estar movido por el resentimiento es profundamente experto, nombra finalmente a Wilhelm Weitling (p. 450 y ss.).

42 Véase por ejemplo la introducción tardía de Engels, de 1891, al escrito del *Premarzo* «Trabajo asalariado y capital», MEW 6, pp. 593-599, aquí p. 599 [ed. en cast.: *Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 76], donde Engels escribe que «la gran masa de la sociedad proletarizada, convertida en obreros asalariados, e incapacitada con ello para adquirir aquella plétora de productos». Una prueba de las primeras ciencias sociales la proporciona el teórico social católico Goetz Briefs, con «Das gewerbliche Proletariat», en: Gerhard Albrecht (ed.), *Die gesellschaftliche Schichtung im Kapitalismus. Grundriss der Sozialökonomik, IX. Abteilung: Das soziale System des Kapitalismus, I. Teil: Die gesellschaftliche Schichtung im Kapitalismus*, Tübingen, 1926, pp. 142-240, quien utiliza el concepto normalmente y como algo evidente. En Max Weber, «Politik als Beruf» [1919], en: Weber, *Gesammelte Politische Schriften*, ed. por Johannes Winkelmann, Tübingen, 1988, pp. 505-560 [ed. en cast.: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2012], se lamenta ya metafóricamente la «proletarización intelectual» de los «seguidores» de los partidos de masas modernos, en cierto modo su transformación en plebe (p. 544). La referencia a Briefs se la agradezco, como muchas otras cosas, al inmejorable *radical renano* Christian Fring [juego de palabras que alude a la obra *Rhineland Radicals*, N. del T.].

43 Véase por ejemplo el famoso capítulo «Exkurs über das Problem: Wie ist Gesellschaft möglich?», en: Georg Simmel, *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Leipzig, 1908, pp. 27-45 [ed. en cast.: *Sociología. Estudios sobre*

proletarización hay que partir del paso que dio el viejo Hegel, según el cual la sustancia siempre ha de ser entendida también como sujeto, pero dando un paso posthegeliano más, del sujeto a la subjetivación. El «proletariado» es pues, en pocas palabras, el resultado de un proceso histórico y social de proletarización y del acto político de subjetivación, una identificación política con la propia proletarización.

La proletarización de una sociedad no significa otra cosa, en primer lugar, que la parte de trabajadores asalariados aumente con respecto a la población; que por ejemplo los campesinos se transformen en trabajadores asalariados. Pero esto tiene condiciones previas, que se dejan entender mejor en conceptos negativos: que alguien realice un trabajo asalariado indica la ausencia de otras posibilidades tradicionales de reproducción material. Históricamente, la proletarización se lleva a cabo como «destrucción de las formas de trabajo y subsistencia 'previas' en cada caso».44 Pero esta destrucción no significa automáticamente la inserción de las personas proletarizadas en relaciones laborales asalariadas reguladas; y para marcar esta diferencia han propuesto Gero Lenhardt y Claus Offe la distinción entre «proletarización pasiva» y «proletarización activa». La primera no conduce necesariamente a la última; las personas proletarizadas se pueden esforzar también por «alternativas a la proletarización 'activa' de la vida del trabajador asalariado», y así lo han hecho en masa a lo largo en la historia. Las formas «desviadas» de existencia proletaria que enumera Bensen, el crecimiento de las «*classes dangereuses*» [clases peligrosas], objeto de tantas discusiones de su época o la huida de la «emigración»: todo esto

las formas de socialización, México, FCE, 2015], así como el séptimo capítulo «Die Identifizierung» en: Sigmund Freud, *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, Viena, 1921, pp. 66-77 [ed. en cast.: *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza, 2010].

44 Gero Lenhardt y Claus Offe, «Staatstheorie und Sozialpolitik. Politisch-soziologische Erklärungsansätze für Funktionen und Innovationsprozesse der Sozialpolitik», en: Christian von Ferber y Franz-Xaver Kaufmann (eds.), *Soziologie und Sozialpolitik*, especial 19/1977 de *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, pp. 98-127, aquí p. 101. Una interesante contribución a la transformación del programa de investigación etnológica bajo el signo de la proletarización global lo presentó en 1983 William Roseberry, «From peasant studies to proletarianization studies», en: *Studies in Comparative International Development*, Vol. 18, 1/2 (1983), pp. 69-89.

muestra que para las personas proletarizadas cualquier otra cosa era preferible a la entrada directa en el mercado de trabajo.⁴⁵

En el *Premarzo*, ambas fases de la proletarización *analíticamente* aislables se separan también *históricamente*. La división se nos presenta con una claridad casi real y analítica. Precisamente por ello, la sociedad de transición del *Premarzo* es capaz de sacudir nuestros marcos de pensamiento y opinión, convertidos en «segunda naturaleza» (Hegel): que *quien no trabaje* –quien no se dedique a un trabajo asalariado o remunerado habitual y reglado– *tampoco deberá comer*, es una de esas verdades de perogrullo que en el *Premarzo* todavía se tomaba como una pretensión exagerada y brutal.⁴⁶

El proletariado: un sujeto no-ídéntico

Desde los años treinta, los individuos proletarizados convirtieron sus condiciones de vida y experiencias en puntos de referencia de una identificación colectiva a partir de la que surgirá finalmente el «proletariado» (o «clase que trabaja») como sujeto político. El surgimiento de la clase trabajadora, se podría decir, no se puede separar, bajo este punto de vista, del surgimiento del movimiento obrero; sin movimiento obrero –aunque al principio sea todavía muy rudimentario– no hay clase trabajadora. Las proletarias y los proletarios se explican a sí mismos y a los demás su *condition proletariénne* [condición proletaria] y experimentan la autointerpretación de sus vivencias como constitución de un nosotros que supera todas las diferencias en una sola cosa. Sin conciencia de clase –se podría seguir–, no hay clase. La categoría de conciencia de clase no podrá ser entendida, sin embargo, de forma reduccionista como algo intelectual: «La conciencia de clase es la forma», como la define E. P. Thompson, «en que se expresan estas experiencias en términos culturales:

45 En Lenhardt/Offe, «Staatstheorie», p. 102, se encuentra todo un catálogo de «salidas» alternativas, «pero funcionalmente equivalentes a la situación de proletarización pasiva».

46 La crítica más radical de la sociedad no siempre se centró, si es que alguna vez lo hizo, en el reparto desigual del producto del trabajo, sino en la propia obligación del trabajo, siempre presupuesta, que sigue históricamente a la proletarización pasiva; esta tradición conecta al yerno de Marx, Paul Lafargue, y su manifiesto *El derecho a la pereza* de 1880 con los Parados Felices [N. del T.: Movimiento contra el paro y la precariedad en Francia de finales del siglo XX].

encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales».⁴⁷ La conciencia de clase, en otras palabras, está ligada de forma inseparable a esa dimensión de la interpretación social que en los debates de las ciencias sociales y culturales de las últimas décadas se aborda mediante el concepto del *imaginario*. La conciencia de clase se dirá que es parte del imaginario también porque se articula por medio de imágenes, narraciones y mitos, de formas de hablar, modelos de representación y lenguaje metafórico –en Thompson: «*imaginery*»–.⁴⁸ La conciencia de clase no es una evidencia real ni una simple ficción; se mueve en el terreno de las creaciones culturales –desde la poesía hasta la institución–, y por eso la identidad proletaria de clase es también algo *imaginario*, del mismo modo que el proletariado como algo con conciencia de clase es *una creación*. La creación, como Mary Shelley ha afirmado al mismo tiempo en *Frankenstein*, su gran novela destructora de máquinas, no es ninguna «creación de la nada», sino una combinación nueva e inesperada de materiales ya existentes.⁴⁹ Y así, en el *Premarzo* también se constituye la conciencia proletaria de clase por medio de retazos histórico-culturales existentes. Y también por medio de la creación de una tradición propia: la tradición de los oficiales artesanos rebeldes y de los rebeldes sociales amantes de la justicia. Esta

47 E. P. Thompson, *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse*, Frankfurt a. M., 1987 [1963], p. 8 [ed. en cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 28]. «Conciencia de clase» no se considerará en lo que sigue como algo contrapuesto a un posible inconsciente. Precisamente en las encarnaciones culturales de la conciencia de clase se expresa con especial precisión el correspondiente inconsciente político-económico. Sobre la autocomprensión metodológica de una «Historia Social del Arte» bajo el signo del inconsciente véase T. J. Clark, *The Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution*, Thames and Hudson, Londres, 1982, especialmente pp. 9-20 [ed. en cast.: *La imagen del pueblo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981].

48 Véase al respecto desde una perspectiva más general Gerhart von Graevenitz, *Theodor Fontane: ängstliche Moderne. Über das Imaginäre*, Konstanz, 2014. Sobre la utilización metodológica del imaginario en mi estudio véase el apartado «El fin de los gremios y el inicio del movimiento obrero. 'Tradiciones' de la historia social».

49 Véase Mary Shelley, «Introduction to the 1831 Edition of Frankenstein», en: Mary Shelley (con Percy Shelley), *The Original Frankenstein. Two New Versions, Mary Shelley's Earliest Drafts and Percy Shelley's Revised Text*, ed. por Charles E. Robinson, Nueva York, 2009, pp. 437-443, aquí: p. 440: «La invención, y esto debe asumirse humildemente, no consiste en crear de la nada, sino del caos; debe contarse con los materiales, en primer lugar: la invención da forma a sustancias oscuras e informes, pero no puede hacer que exista la sustancia en sí misma» [ed. en cast.: *Frankenstein*, Madrid, Austral, 2015, pp. 21-22]. Sobre Mary Shelley y los destructores de máquinas véase el capítulo «El retorno del anticapitalismo romántico».

tradicción es imaginaria: es algo inventado y ficticio pero, sin embargo, con un enorme poder histórico.⁵⁰

Los textos que analizaremos a continuación con detalle se leerán como encarnaciones de una conciencia de clase proletaria e imaginaria en este sentido: manifestaciones y configuraciones de experiencias colectivas compartidas. Los textos dan cuenta de las experiencias y hacen comprensible cómo las manifestaciones y las encarnaciones no solo obedecen a sus propias condiciones (como un programa), sino que también las transforman (modifican el programa). Hay que tener cuidado con querer clasificar demasiado rápido los aspectos primarios y secundarios de la formación de clase –resumiendo: infraestructura y superestructura– presuponiendo así la importancia relativa de unos respecto a otros. Así, esta investigación surge completamente a partir de un concepto «objetivo» de la clase, definida por los procesos económicos y su formulación política y jurídica. Pero la dimensión «subjetiva» de este proceso; la forma como las condiciones «objetivas» se elaboran en el imaginario y se experimentan culturalmente, como se hacen comprensibles e incluso representables, no está determinada por las condiciones objetivas. La proletarización es, antes que nada, un proceso de «destrucción», de «expropiación», de «socavación», de «desorganización»,⁵¹ en resumen: de desintegración completa. La relación subjetiva (y colectiva) con esta desintegración no debe desarrollarse necesariamente como atracción por un sistema productivo de trabajo asalariado que solo más adelante aparecerá como tal y se presentará como una elección sin alternativa; el *Premarzo* es precisamente una época histórica con enormes dificultades iniciales para estos intentos de integración. Al igual que tampoco se producen subjetivizaciones subversivas de forma automática. Jacques Rancière ha expuesto con gran minuciosidad las curvas de la serpiente en su estudio sobre la génesis del movimiento obrero temprano, *La noche de los proletarios*. La lucha entre las irrupciones «subversivas» y las recuperaciones «conformistas»,

50 Véase al respecto Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *The Invention of Tradition*, Cambridge, 2012 [1983] [ed. en cast.: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012], así como el apartado «La lucha de clases en Tieck: los gremios como invención de la tradición» en el primer capítulo del presente estudio.

51 Lenhard/Offe, «Staatstheorie», p. 102 y s.

especialmente la dinámica por la que toda irrupción amenaza con convertir en motor de una nueva integración en ese sistema de trabajo asalariado del que se quería escapar. Estos procesos también describen una poesía de la clase, y a menudo una poesía en sentido estricto, como muestra Rancière insistentemente: la poesía y la capacidad de imaginación poética posibilitan tanto los estallidos como los fracasos. La ruptura con las identidades predefinidas surge de la lectura nocturna y de la escritura de poemas, de las discusiones sobre metafísica, de los paseos por la naturaleza, de la experiencia de los amaneceres en común. Frente a este trasfondo se revela a los trabajadores lo insoportable que resultan el taller y la fábrica. Pero la formación adquirida con ello, los nuevos conocimientos, el amplio horizonte de los trabajadores que leen les predestina a convertirse en los nuevos jefes en el siguiente ciclo de innovación industrial.⁵²

Lo que Rancière escribe sobre las identidades políticas individuales de sus héroes se puede decir, en un sentido general, de la propia identidad proletaria, de la identidad del proletariado: los procesos de proletarización subjetiva, la constitución de una conciencia de clase encarnada culturalmente de diversas formas, no conducen a una identidad sin rupturas, a una identidad del proletariado consigo mismo, que solo deba ser afirmada y estabilizada. La identidad proletaria es tan precaria como la forma de existencia misma que se expresa en ella, tan precaria como sus condiciones político-económicas. La identidad de clase proletaria posee desde el principio un carácter transitorio: tiende a su autosupresión. Todos los esbozos de una identidad proletaria en el *Premarzo* conducen en última instancia a hacer desaparecer de nuevo esta identidad: bien sea en sentido «político-social» por un aburguesamiento y un «cierre nacional» del proletariado, bien en sentido «comunista» en una sociedad sin clases.

La tendencia precarizante de la identidad precaria se expresa de forma sublime por primera vez cuando Marx habla del proletariado. A la pregunta misma por la «posibilidad de la emancipación alemana» Marx responde al final de su *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* con una larga cascada de frases que culmina proclamando la palabra clave:

52 Véase Rancière, *Nacht...*, p. 15 y s.

Respuesta: En la constitución de una clase con cadenas radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa, de un estamento que es la disolución de todos los estamentos, de un sector al que su sufrimiento universal confiere un carácter universal; que no reclama un derecho especial, ya que no es una injusticia especial la que padece, sino la injusticia a secas; que ya no puede invocar ningún título histórico, sino su título humano, [...] Es un ámbito, por último, que no puede emanciparse sin emanciparse de todos los otros ámbitos de la sociedad, emancipando así a todos ellos. En una palabra, es la pérdida total del hombre, y por tanto, solo recuperándolo totalmente puede ganarse a sí misma. Esta disolución de la sociedad, en la forma de un estamento especial, es el proletariado.⁵³

En el proletariado se encarna para Marx el hecho de que el orden del mundo presente trae consigo una disolución permanente de cualquier orden del mundo posible: la desintegración básica, radical, la «destrucción creativa», como el economista Schumpeter destacará aforísticamente casi un siglo después. La sociedad es por lo tanto, en el presente, sinónimo de la «desintegración de la sociedad», e identificarse con esta paradoja –encarnar esta paradoja– es tarea y misión del proletariado.

La definición negativa de Marx del proletariado parece estar sobreadarticulada filosóficamente; sin embargo, es cierto que en el *Premarzo* no se puede encontrar ninguna afirmación, ninguna celebración de una identidad proletaria positiva. Esta se acepta en todo caso como un estadio pasajero; el proletariado es una figura transitoria. Y como no es posible establecer de forma duradera una identidad proletaria, no hay que delimitar con exactitud los contornos de esta identidad, no hay que incluir ni excluir de ella de forma tajante, no hay que establecer catálogos de características determinantes. La inexactitud histórica y conceptual con la que los historiadores se rompen los cuernos –¿qué quería decir exactamente «proletariado» en el *Premarzo*, quién se nombraba a sí mismo «trabajador»?– la convirtieron por ejemplo Wilhelm Weitling y sus compañeros de la Bund der Gerechten [Liga de los Justos] en la base positiva de su propio trabajo político-organizativo. La indeterminación de la identidad proletaria se interpreta como pérdida

53 Marx, «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung» [1844], MEW 1, p. 378-391, aquí p. 390. El texto se publicó primero en la revista *Deutsch-Französischen Jahrbücher* [ed. en cast.: *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-textos, 2014, aquí pp. 72-73].

de los límites de la propia misión política: El «Communist» [comunista], el proletario con conciencia de clase, se dirige siempre en último término «a todos»: «Nos dirigimos a todas las clases trabajadoras, a todos los estratos de la sociedad; esto lo demuestra que nuestra voz es escuchada por todos, y su beneficio es reconocido» –así se dice de forma programática en el primer número del periódico de Weitling *Hülferuf der deutschen Jugend* [Grito de socorro de la juventud alemana], de 1841–.⁵⁴ Poesía de la clase significa también, precisamente, aquel «entusiasmo» que solo puede divisar en la clase el primer paso para su autosuperación.⁵⁵

Anticapitalismo romántico

Aunque la superación de la sociedad de clases, inscrita desde el principio en el concepto de clase, se refiere en el *Premarzo* al futuro, sin embargo se articula por lo general en comparación con épocas pasadas, en las que –según se imagina– todavía no había divisiones de clase. Esta referencia se etiquetará de aquí en adelante como «anticapitalismo romántico».

La expresión proviene de Georg Lukács. En un ensayo sobre Eichendorff de 1940, Lukács utiliza la fórmula de «anticapitalismo romántico» para rescatar en un principio la idea de que en Eichendorff sí que hay cierta dimensión de crítica social.⁵⁶ Lukács quiere reforzar el impulso de los escritos de Eichendorff que se vuelve contra «el ajetreo sin sentido e inhumano de la vida moderna, contra la ‘eficiencia’, contra la ‘laboriosidad’ de los viejos y de los nuevos filisteos» [burgueses]; un impulso que rechaza tajantemente la «prosa capitalista» de la vida. En vez de eso, Lukács ve en Eichendorff una «lucha por una vida con senti-

54 *Der Hülferuf der deutschen Jugend. Herausgegeben und redigirt von einigen deutschen Arbeitern*, Ginebra, 1841, junto con: *Die junge Generation*, [Ginebra] 1842/43; aquí: *Hülferuf*, H. 1, p. 6.

55 Sobre la lógica excesiva de la universalización política véase Marx, «Kritik», MEW 1, p. 388: «No hay clase en la sociedad burguesa que pueda desempeñar este papel, sin despertar por un momento el entusiasmo propio y de la masa. En ese momento fraterniza y coincide con la sociedad en general, se confunde con ella y es sentida y reconocida como su representante general» [ed. en cast.: *Introducción a la crítica...*, p. 67].

56 Georg Lukács, «Eichendorff» [1940], en: Lukács, *Werke, Bd. 7, Deutsche Literatur in zwei Jahrhunderten*, Neuwied/Berlín, 1964, pp. 232-248, aquí p. 234. Formulado de forma alternativa, habla de una «oposición romántica contra el creciente capitalismo» (p. 243).

do y dignidad en el capitalismo». ⁵⁷ La rebelión contra la «religión del trabajo» capitalista», como Lukács formula con Paul Lafargue, es al mismo tiempo una «lucha por el ocio»; este último punto ha de ser tratado según Lukács como elemento esencial de todo anticapitalismo romántico. ⁵⁸

Si bien Lukács hace referencia aquí a las implicaciones críticas de la expresión, el anticapitalismo romántico sigue igual: se caracterizará porque, aunque perciba claramente «las contradicciones de la sociedad capitalista», «las descubra en ocasiones con perspicacia y las combata con un ensañamiento real y una burla certera, sin embargo no está en condiciones de comprender su esencia». ⁵⁹ Al anticapitalismo romántico simplemente le faltan las categorías y herramientas analíticas para conceptualizar su oposición; por eso la oposición resulta vaga y la definición del enemigo borrosa. Sin embargo, en el centro de la crítica de Lukács al anticapitalismo romántico se encuentra su relación con la historia. Aquí se manifiesta en cierto modo toda su torpeza conceptual: «así, del descubrimiento de las contradicciones de la división capitalista del trabajo se pasa rápidamente a un enaltecimiento acrítico de la situación social previa, que todavía no había conocido esta división del trabajo; se convierte en la fuente del entusiasmo por la Edad Media». ⁶⁰ El camino que separa el «enaltecimiento acrítico» del deseo de producir políticamente otra vez la situación anterior es muy corto: sin embargo, dar ese paso convertiría categóricamente al anticapitalismo romántico en reaccionario.

El anticapitalismo romántico sigue siendo virulento tras el Romanticismo. Sí, el concepto solo comienza a ser realmente efectivo cuando la forma de producción capitalista se despliega. Para comprender esto hemos de reajustar en todo caso la comprensión crítica de Lukács del Romanticismo y del antica-

57 *Ibid.*, pp. 233 y 242.

58 *Ibid.*, pp. 243 y 245. La formulación de la «religión del trabajo» la cita Lukács del «ingenioso escrito» de Paul Lafargue; *Das Recht auf Faulheit. Widerlegung des ›Rechts auf Arbeit‹ von 1848, mit einem Essay v. Guillaume Paoli*, Berlín, 2013 [1880], p. 16 y s.: «¡Y decir que los hijos de los héroes de la Revolución se han dejado degradar por la religión del trabajo hasta el punto de aceptar, en 1848, como una conquista revolucionaria, la ley que limitaba el trabajo a doce horas por día!» [ed. en cast.: *El derecho a la pereza*, Madrid, Fundamentos, 2009, p. 122].

59 *Ibid.*, p. 243.

60 *Ibid.*, p. 243.

pitalismo romántico. En el contexto francés, en los últimos años y en las últimas décadas Michael Löwy y Jacques Rancière han reconsiderado lo romántico como código histórico de la crítica al capitalismo, y también los historiadores sociales de la *New Left* británica –E. P. Thompson, Raymond Williams y Eric Hobsbawm, solo por nombrar sus representantes más conocidos– se han referido de forma positiva sin excepción al Romanticismo como punto de partida de la crítica anticapitalista, y se han dejado inspirar metodológicamente por él.⁶¹

Michael Löwy y Robert Sayre definen lo romántico directamente como una «protesta contra la civilización capitalista de la Modernidad en nombre de valores sociales y culturales del pasado».⁶² El pasado como recurso de la crítica conduce a Löwy y a Sayre a designar también lo romántico como crítica «nostálgica» o «melancólica».⁶³ Lo paradójico de este planteamiento –al menos para el lector alemán– es que el programa «nostálgico» de la crítica romántica no lleva a Löwy y a Sayre a rechazarlo como «reaccionario». Más bien ponen de relieve que es precisamente su programa nostálgico lo que permite a la crítica romántica registrar las consecuencias y los costes de la Modernidad. Utilizar el pasado perdido como una lámina transparente sobre la que mirarse también y que pueda conducir a idealizarlo es para Löwy y Sayre una consecuencia posible (y por lo tanto no necesariamente reprochable) de la crítica, pero no una necesidad lógica

61 Véase Michael Löwy y Robert Sayre, *Romanticism Against the Tide of Modernity*, Durham/Londres, 2001; véase también Michael Löwy, *Fire Alarm. Reading Walter Benjamin's 'On the Concept of History'*, Londres/Nueva York, 2006 [ed. en cast.: *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis sobre el concepto de historia*, México, FCE, 2013]; E. P. Thompson, *The Romantics. England in a Revolutionary Age*, Woodbridge, 1997; Thompson, *William Morris. Romantic to Revolutionary*, Londres, 1955 (reed. con prólogo de Peter Linebaugh, Oakland, 2011) [ed. en cast.: *William Morris, de romántico a revolucionario*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1988]. El subtítulo de la monografía sobre Morris es casi idéntico al título inglés del gran estudio de Michael Löwy sobre el joven Lukács, con el que se cierra otro círculo más de referencia –algo muy romántico–: Michael Löwy, *Georg Lukács. From Romanticism to Bolshevism*, Londres/Nueva York, 1979.

62 Robert Sayre y Michael Löwy, «Die (antikapitalistische) Romantik in der Theorie des Romans», en: Rüdiger Dannemann (ed.), *Lukács 2016. Jahrbuch der Internationalen Georg-Lukács-Gesellschaft*, Bielefeld, 2016, pp. 145-162, aquí p. 145. Sigue así: «Lo específico de la crítica romántica consiste en que se crea a partir de valores e ideas de un pasado precapitalista y premoderno, mientras otras críticas operan en nombre del 'progreso'» (p. 145).

63 Véase Löwy/Sayre, *Romanticism*, p. 22 y s.

(como la tradición crítica alemana ha supuesto en su mayor parte tras Lukács).⁶⁴

Löwy y Sayre comprenden el anticapitalismo romántico, apoyándose en Lucien Goldmann, como una «estructura de significado»,⁶⁵ que permite articular una crítica que no sería posible sin esta estructura. Una parte necesaria de esta estructura es, sin embargo, suponer la existencia de un pasado «mejor» que se ha perdido en la Modernidad capitalista. Quien interpreta la historia no debe preguntarse si esta creencia está o no justificada en lo esencial. La creencia produce su propia forma de crítica, que le sirve para probar su validez y para situarla históricamente. Pero la evidencia de que el pasado no fue «en realidad» como se supone pasa inadvertida ante esta cuestión: los pasados inventados también expresan un deseo real de transformación y pueden ser descifrados a partir de este.

Si el anticapitalismo del *Premarzo* se trata como romántico, entonces aparecen en escena nuevas conexiones, hasta el momento ocultas. En Inglaterra siempre se había considerado algo evidente que había que tratar a los románticos como contemporáneos y como críticos vehementes de la Revolución Industrial y de las nuevas formas capitalistas de transporte; el poema de Shelley «Queen Mab» fue por ejemplo, como escribe Peter Linebaugh, la «biblia de la clase trabajadora» durante dos generaciones, y los protagonistas alemanes del movimiento socialista temprano eran lectores entusiasmados de Shelley.⁶⁶ El propio

64 Sobre el posible, aunque no necesario, giro hacia una «Modernidad reaccionaria» véase Löwy/Sayre, *Romanticism*, p. 29. Que quizás se infravalore al Romanticismo (o se caiga en su trampa) cuando se toman sus propuestas de solución política, aparentemente simples y basadas en una reducción radical de la complejidad, como indicios de una falta de conciencia del problema o como signo de un diagnóstico de la Modernidad demasiado poco complejo, es actualmente objeto de la investigación alemana sobre el Romanticismo (político); véase al respecto Uwe Hebekus, Ethel Matala de Mazza y Albrecht Koschorke (eds.), *Das Politische. Figurenlehren des sozialen Körpers nach der Romantik*, München, 2003. Toda comprensión esencial de la modernidad del Romanticismo se la agradezco al extremadamente discreto investigador del Romanticismo de Konstanz Alexander Schmitz.

65 Sayre/Löwy, «Antikapitalistische Romantik», p. 149.

66 Peter Linebaugh, «Ned Ludd and Queen Mab. Machine-Breaking, Romanticism, and the Several Commons of 1811–12», en: *Stop, Thief! The Commons, Enclosures, and Resistance*, Oakland, PM Press, 2104, pp. 77-107, aquí p. 96 [ed. en cast.: *Ned Ludd y la Reina Mab. Destrucción de máquinas, Romanticismo y los Comunales de 1811-1812*, Barcelona, Descontrol, 2018, p. 86]. Sobre la recepción alemana véase por ejemplo Moses Heß, «Ueber das Geldwesen», en: *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen*

Shelley había tomado parte decididamente, antes de su muerte prematura, en las luchas iniciales del movimiento.⁶⁷ No se puede decir nada parecido de ningún autor alemán de la «escuela romántica». No obstante, la búsqueda de un «anticapitalismo romántico» muestra rasgos en común entre, por ejemplo, los textos tardorrománticos de crítica de la Modernidad de Ludwig Tieck y la crítica social de autores del primer socialismo como Georg Weerth o Ernst Dronke. Y también la formación teórica del socialismo temprano desde Wilhelm Weitling, pasando por Moses Heß y hasta Marx y Engels puede ser examinada de acuerdo a sus motivos románticos, sin que esto haya de ser entendido como una denuncia teórica. Precisamente en la historia de la literatura alemana, en la que la clasificación de las diferentes épocas estaba y está predeterminada por diferen-

Reform, dir. entre otros por Hermann Püttmann, Erster Band, Darmstadt, 1845, pp. 1-34. Heß antepuso a su tratado, cuya importancia para el desarrollo de una crítica de la economía política del *Premarzo* no se puede sobrestimar, un largo eslogan, de página y media, de *La reina Mab* de Shelley. El entusiasmo por Shelley que tuvieron durante toda su vida su padre y su suegro lo han señalado: Edward Aveling y Eleanor Aveling-Marx, «Shelley and Socialism», en: *To-Day*, April 1888, pp. 103-116. El historiador comunista de la literatura Walter Haenisch escribió en 1938 en el exilio en Moscú: «Si leemos cualquier ejemplar de un periódico o revista de los trabajadores ingleses y alemanes de los años treinta y cuarenta que se haya conservado, aunque le falten páginas y esté amarillento por el paso de un siglo, veremos cómo en esas columnas casi interminables de letra diminuta aparece a menudo el nombre, y más a menudo los versos, de un poeta inglés muerto prematuramente; Percy Bysshe Shelley» (Walter Haenisch, «Percy Bysshe Shelley», en: *Das Wort. Literarische Monatschrift*, 1 [1938], pp. 96-110, aquí p. 96). Shelley se ha convertido en el siglo XX en un medio para la autocomprensión poética y política de los revolucionarios alemanes desterrados; por ejemplo Walter Benjamin y Bertolt Brecht discutían sobre el ensayo de Haenisch en Svendborg (Dinamarca) al mismo tiempo que el autor era detenido, ejecutado y enterrado en Moscú [en 1938].

- 67 El compromiso de Shelley se muestra por ejemplo en su poema «The Mask of Anarchy», con el que reaccionaba directamente a la masacre de Peterloo, en la que quince trabajadores fueron asesinados y más de cien heridos, al ser atacados por la caballería cuando participaban en una gigantesca manifestación proletaria masiva de entre 60 000 y 80 000 participantes. La última estrofa dice: «*Rise like lions after slumber / In unvanquishable number – / Shake your chains to earth like dew / Which in sleep had fallen on you – / Ye are many – they are few*» [Alzaos cual leones tras un breve sueño / Y en tal abundancia que sea invencible. / Librad a la tierra de vuestras cadenas, / De ese rocío que anoche os cayera. / Vosotros sois muchos y pocos son ellos] (Percy Bysshe Shelley, «The Mask of Anarchy. Written on the Occasion of the Massacre at Manchester», en: *The Selected Poetry and Prose*, Londres, 1987, pp. 387-401, aquí p. 401) [trad. al cast. de Conrado Santamaría y Amalia García Fuertes, disponible *online* en <http://escombrosconhoguera.blogspot.com/2013/08/la-masacra-de-la-anarquia-percy-bysse.html>]. Una perspectiva actualizada sobre Peterloo la ofrece Mark Krantz, *Rise Like Lions. The History and Lessons of the Peterloo Massacre of 1819*, Manchester, 2011.

cias de opinión política, a menudo pasan desapercibidas las conexiones de este tipo o se eliminan de forma voluntaria.⁶⁸ Quizás debería considerarse incluso como una ocasión desaprovechada en la historia de la literatura y la historia social alemanas que no haya habido medios ni lugares disponibles para un encuentro entre la crítica radical al sistema de la «libertad de empresa», como la que realiza por ejemplo Tieck, y el movimiento socialista temprano.⁶⁹

Historiografía de la salvación

La crítica romántica, «está basada en la experiencia de la pérdida, en la dolorosa convicción de que en la realidad moderna se ha perdido algo valioso».⁷⁰ El anticapitalismo romántico está ligado por ello de forma indivisible a un programa de salvación o de restitución. Una de las formas más importantes de realización de este programa ha estado ligado, sin embargo, a la historiografía. E. P. Thompson, como nos señala también Löwy, puede ser tratado como uno de los representantes más notables de una historiografía romántica y anticapitalista; una historiografía que escoge su objeto allí donde la Revolución Industrial no solo destruye todas las formas de vida y trabajo previas, sino también donde despedaza toda forma de resistencia contra ella de forma despiadada y con una violencia que se presenta como «sin alternativa». Son famosas las frases de la introducción del clásico de Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, que plantean claramente su programa de una historiografía de salvación romántica y anticapitalista:

68 Véase al respecto por ejemplo la reseña de Joseph Vogl sobre el monumental libro sobre el periodo de Biedermeier de Friedrich Sengle: «Lo que me parece completamente sorprendente o remarcable en esta historia de Biedermeier es cual es la historia que no quiere contar, qué historia se quiere evitar como historia verdadera. Y me parece que lo que aparece como una marca de agua en toda esta historia de la literatura es que está en realidad escrita contra Heine, y sus tres tomos se han escrito para ir contra Heinrich Heine como oponente histórico, para eliminarlo» (Achim Geisenhanslüke, Ernst Osterkamp y Joseph Vogl, «Statements und Diskussion» zum Beitrag «Literaturgeschichte nach dem Ende der Theorie?», en: *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 36, 2 (2011), pp. 415-444, aquí p. 429).

69 La tragedia y el desamparo intelectual del Tieck tardío los ha elaborado precisamente Ulrich Wergin, «'Einer der letzten Gäste auf dem Maskenball der Poesie'. Ludwig Tieck, die Romantik und die Folgen. Nachwort», en: Ludwig Tieck, *Die Vogelscheuche. Das alte Buch und die Reise ins Blaue hinein*, Frankfurt a. M., 1979, pp. 627-692.

70 Sayre/Löwy, *Antikapitalistische Romantik*, p. 146.

Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo; es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada; es posible que sus ideales comunitarios fueran fantasías; es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias: pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si fueron víctimas de la historia, siguen siendo víctimas, si se condenan sus propias vidas.⁷¹

Los citados artesanos, los tejedores de medias, los tundidores y los tejedores de telares manuales podrían representar –se podría resumir así– un «anticapitalismo romántico» (en el sentido peyorativo de Lukács): habrían sido arrollados por el desarrollo, actuarían y argumentarían deslumbrados y de forma retrógrada y perseguirían objetivos tontos e ilusorios. A pesar de ello, Thompson quiere salvarlos porque, según escribe, no solo tuvieron que vivir épocas que difícilmente podemos imaginar, sino que también trataron de forma activa y resistente de dar forma a su tiempo. Pues los tres ramos del artesanado altamente cualificado que nombra Thompson no solo fueron desplazados conforme avanzaba la Revolución Industrial por la manufactura y por la mecanización radical del trabajo y sus representantes desclasados y pauperizados.⁷² Los tejedores de medias, los tundidores y los tejedores de telares manuales se defendieron de ello también de forma militante, formando el núcleo de las tropas de «luditas», de destructores de máquinas organizados. Las lu-

71 E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, 1966, p. 12 y s. [ed. en cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, aquí p. 30 y s.]. Las formulaciones de la introducción que se han convertido en icónicas –Löwy señala estas frases como «emblema e indicador de origen para una nueva escuela de historia social» (Löwy, *Fire Alarm*, p. 116)– las cito aquí y en lo que sigue en original [citaremos aquí la fantástica traducción al castellano de Elena Grau, en la edición mencionada]. En otras ocasiones en las que lo importante no es la formulación, me remito a la traducción. Perry Anderson escribe: «Quienes han leído *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, o *Whigs and Hunters* (un trabajo de Thompson de 1975) siempre las recordarán como obras mayores de la literatura» (Perry Anderson, *Arguments within English Marxism*, Londres/Nueva York, 1980, p. 1).

72 Podemos encontrar detalles históricos sobre estos tres sectores profesionales en Rudi Palla, *Verschwundene Arbeit. Das Buch der untergegangenen Berufe*, Viena, 2014, pp. 237-38 y 242-43.

chas de los luditas –nombradas así por el General Ludd, su mítico líder– vivieron su punto álgido en 1811/12 en el norte de Inglaterra; el levantamiento solo pudo ser sofocado por medio de una violencia militar masiva. Los luditas fueron derrotados durante mucho tiempo y todavía han de ser rescatados. Pues la «enorme condescendencia de la posteridad» ha seguido venciendo hasta la actualidad; se renueva con el «progreso» al que va unida, y se mantiene también en la condena «progresista», «marxista» y «de izquierdas» del anticapitalismo romántico. ¿No sería aquí necesaria una solidaridad histórica con los derrotados? –se pregunta Thompson–.

El interés por comprender qué tiene la melancólica historia social de Thompson (o también la picaresca de Hobsbawm) gira en torno a «callejones sin salida», «causas perdidas» y «perdedores»;⁷³ expone «oportunidades perdidas» en la historiografía y en la historia misma.⁷⁴

Pero con estos supuestos, la historia social se convierte en una historia de latencias. Ya no se trata de «cómo ha sido en realidad», sino de qué podría haber ocurrido, que por casualidad o necesidad no ocurrió, pero sin embargo sí que tuvo consecuencias en las posibilidades de pensamiento, las suposiciones y en el excedente imaginario. Si el anticapitalismo romántico siempre opera con pasados imaginados, una historia del anticapitalismo romántico debe igualmente ser una historia de imaginaciones (en su mayor parte) contrafácticas pero con efectos políticos.⁷⁵ Lo que falta –y lo que se intentará en

73 «Solo se recuerda a los victoriosos: en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente. Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido» (Thompson, *Making*, p. 13 [ed. cast., p. 30]). Aquí se muestra ya, si no antes, una transformación del concepto de historia de Thompson en el de Walter Benjamin; véase Walter Benjamin, «Über den Begriff der Geschichte» [1940], en Benjamin, *Kritische Gesamtausgabe*, Bd. 19: *Werke und Nachlaß*, ed. por Gérard Raulet, Berlín, 2010 [ed. en cast.: «Tesis sobre el concepto de historia», en: *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 2018]. Löwy también cita el pasaje señalado de Thompson al final de su libro sobre Benjamin, como otro ejemplo de «reapertura del pasado» historiográfica; *Fire Alarm*, p. 115 y s. También Rancière trata conjuntamente a Thompson y a Benjamin; Rancière, *Namen*, pp. 131-150.

74 Así lo dice Patrick Joyce, «What is the Social in Social History?», en: *Past and Present*, 206 (Feb. 2010), pp. 213-248, especialmente p. 213 y s.

75 La historia que cuento en este libro se acerca a lo que los filósofos franceses Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy proyectaron como «historia de los ficcionamientos», en tanto una historia «entre la historia de las mentalidades, la historia del arte y del pensamiento y la historia política». Este proyecto ya no se puede separar,

las páginas que siguen– es una *historia social con sentido de la posibilidad*. Es necesario también, con Rancière, «encontrar una poética» para la «historia obrera y social», solo con cuya ayuda se puede «tomar nota de la diversidad de lenguas y formas de subjetivación» que en definitiva ha ofrecido el *Premarzo*, pero que posteriormente –precisamente por parte de una historiografía social entusiasmada con la modernización– ha sido a menudo olvidada y arrinconada.⁷⁶

Identidad proletaria: apertura y (auto)inclusión

El proletariado del *Premarzo* tenía un carácter abierto, inclusivo, «multiversal». El movimiento proletario de clase, todavía sin organizar, encuentra su expresión adecuada en los textos que se estudiarán a continuación. Estos aparecen en varios sentidos sin ordenar: en el *Premarzo* nos encontramos con una situación de mezcla discursiva que hace saltar los límites que nos eran familiares –o al menos pone en cuestión de forma consciente y experimental los límites establecidos– de las esferas sociales y los sistemas parciales, las disciplinas y los géneros. Quien en el *Premarzo* quería escribir sobre cuestiones sociales podía hacerlo de forma filosófica o literaria, se podía unir a una sociología o a una etnología todavía muy verdes y prácticamente sin institucionalizar académicamente o podía publicar también una novela corta o un «poema social» como investigador o como activista militante para articular sus conocimientos y sus propósitos. Y si nuestro escritor buscaba un lugar para publicar su creación, podía elegir entre una gran cantidad de periódicos científicos y literarios, o fundar él mismo uno de los innumerables periódicos, en su mayor parte de una vida extremadamente corta, para evitar de ini-

en este estudio, por medio de un gran cañón teórico-metodológico, de la historia social, sino que ha de hacerse manejable precisamente en sentido socio-histórico. Phillipe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, «Der Nazi-Mythos», en: Elisabeth Weber y Georg Christoph Tholen (eds.), *Das Vergessen(e). Anamnesen des Undarstellbaren*, Viena, 1997, pp. 158-190, aquí p. 173. Sobre el programa de una historia social instruida en la teoría de las figuraciones por la deconstrucción véase Jürgen Fohrmann, «Das Versprechen der Sozialgeschichte (der Literatur)», en: Martin Huber y Gerhard Lauer (eds.), *Nach der Sozialgeschichte. Konzepte für eine Literaturwissenschaft zwischen Historischer Anthropologie, Kulturgeschichte und Medientheorie*, Tübingen, 2000, pp. 105-112.

76 Rancière, *Namen*, p. 146.

cio cualquier disgusto con la censura –aunque eso condujera a una bancarota económica casi segura–. Los escritores del *Premarzo*, al menos los comprometidos socialmente, eran también personas que promovían proyectos; la represión política omnipresente y la censura del *Premarzo* no sólo generó un «arte de la escritura» propio, fingido e irónico, sino también un aumento desbocado del número de promotores de proyectos periodísticos.⁷⁷

Me adentraré en este terreno salvaje de escritos por medio de una lectura también asalvajada y poco disciplinada: leeré la literatura como teoría y la teoría como literatura. Ninguna de ambas ha de disfrutar así de una primacía epistemológica. Ambos tipos de textos me valdrán como medios en los que se realiza y se puede comprender la formación imaginaria de identidades de clase y las formas de la conciencia de clase. Esta –estéticamente quizás mediocre– «poesía social» de poetas hace tiempo olvidados promete el mismo aumento del saber que el tratado socio-teórico de un filósofo posteriormente famoso en el mundo entero, y ese tratado solo libera después todo su contenido cuando se trata también de acuerdo a su refinamiento estético. Que ambos –digamos: el poema de Georg Herwegh «Verrat!» [¡Traición!] y la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* de Marx– se imprimieran uno junto a otro en el mismo periódico (el periódico de un solo número *Deutsch-Französischen Jahrbücher* [Anuarios franco-alemanes]) no debe ser visto como una casualidad sino que debe ser concebido, justo al contrario, como el punto de partida de la interpretación.

Aquel *Premarzo* llegó en algún momento a su fin. Un corto verano, después vinieron el otoño y el invierno; el tiempo de la apertura y la sinceridad pasó, y había que asegurar la supervivencia. También en relación a las figuras de clase –y especialmente al proletariado–, se puede observar en el periodo posterior, en el tiempo tras los estallidos revolucionarios de 1848/49, un proceso de clausura y de (auto)reclusión. A partir de la «variopinta muchedumbre» del proletariado del *Premarzo* se forma el colectivo cada vez más cerrado de una clase obre-

77 Véase Leo Strauss, «Verfolgung und die Kunst des Schreibens», en: Leo Strauss, Alexandre Kojève y Friedrich Kittler, *Kunst des Schreibens*, Berlín, 2009, pp. 23-50 [ed. en cast.: *La persecución y el arte de escribir*, Buenos Aires, Amorrotu, 2009].

ra determinada por la nacionalidad, compuesta por hombres blancos adultos, y este proceso también se puede observar en la literatura o al menos se prepara en ella –como en el fragmento de la novela póstumo de Georg Weerth–.⁷⁸

En el plano de los textos literarios y teóricos, la presentación de las figuras de clase va acompañada de una aclaración y una rectificación de los límites entre los géneros; el disciplinamiento social se corresponde con una ordenación y una estandarización disciplinada de los textos (literarios y no literarios) en los que se expresa la clase y la conciencia de clase. Los experimentos literarios que caracterizan el *Premarzo* encuentran su fin como mucho a mediados de los años cincuenta; en algún momento en torno a 1855 se fija el programa de literatura realista, que será después determinante durante al menos dos décadas.⁷⁹ El *Premarzo* no finaliza teóricamente, se podría decir, hasta 1859. En este año publica Marx su *Contribución a la crítica de la economía política*; con ello se fija el método y el programa de lo que después se llamará «marxismo».⁸⁰ En los *Elementos fundamentales de la economía política* o *Grundrisse*, que surgen en los años 1857/58 como un «boceto sin pulir» no publicado de *El capital*, Marx prueba una vez más diferentes conceptos y formas de representación que ha adquirido en el *Premarzo*.⁸¹ Después se deja atrás esta fase de los experimentos, y los límites de los géneros literarios y de las disciplinas ya no pueden ser modificados al gusto.

Actualidad inversa del *Premarzo*

Las formas actuales del capitalismo, el despedazamiento del mercado de trabajo, la destrucción de los sistemas de solidaridad social y la precarización de las relaciones laborales provocan experiencias laborales y formas de vida que posiblemente sean más cercanas a las de estos

78 Véase al respecto el apartado «La lucha por el salario familiar, la feminización del trabajo en la fábrica y la masculinización del movimiento obrero» en el capítulo 7 del presente estudio.

79 Los debates programáticos sobre la literatura, plasmados por ejemplo por Julian Schmidt y Gustav Freytag en la revista *Die Grenzboten* se encuentran en la recopilación popular de Plumpe, *Theorie*.

80 MEW 13, pp. 7-160 [ed. en cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013].

81 MEW 42 [ed. en cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, Madrid, Siglo XXI, 2016].

artesanos del pasado que al universo del trabajo inmaterial y del consumo frenético que con tanta autosuficiencia se ha diseñado para nosotros.⁸²

Jacques Rancière

La homogeneización y la uniformización del proletariado se demuestra como un asunto extremadamente profundo y duradero: la palabra «proletariado» evoca todavía hoy en la mayor parte de las personas que la leen de forma espontánea la imagen (terrorífica) de una masa compacta de hombres grises, cuyo fuerte brazo crea el mundo, lo mantiene en marcha o lo sume en el caos. Naturalmente, esta ha sido siempre una imagen burguesa e ideológica en la que se expresaba el miedo y la repugnancia hacia las clases bajas. Pero esta imagen –aunque esté deformada ideológicamente– sí que marca el proceso histórico de formación y delimitación de la clase obrera; una formación a la que el propio movimiento obrero ha contribuido de forma decisiva. La imagen (ideológica) de la identidad de una clase obrera masiva y sin fisuras servirá en las páginas que siguen como lámina transparente sobre la que perfilar el proletariado multiforme del *Premarzo*. Que «clase» y «proletariado» no hayan señalado siempre a esas identidades visibles y masivas con las que las relacionamos desde finales del siglo XIX es algo que quedará claro al investigar el *Premarzo*. Que «clase» y «proletariado» no pierdan entretanto toda realidad cuando se disuelven las identidades históricas masivas a las que seguimos asociando en primer lugar y mayormente con estos nombres, es algo que otorga a nuestra investigación histórica de una actualidad quizás sorprendente. Si en el presente se habla por todas partes de un «retorno de la sociedad de clases», entonces seguramente habría que buscar el modelo histórico para el presente más en el *Premarzo* que en el tiempo que nos separa de aquella época.⁸³

82 Del prólogo a la nueva edición en inglés de *La noche de los proletarios* de 2012, en la edición alemana p. 18 [N. del T.: la ed. en cast. citada no contiene dicho prólogo]. Una actualización de las formas de vida y de trabajo bajo el signo de la precariedad la esboza de forma convincente Timo Luks, «Prekarität. Eine nützliche Kategorie der historischen Kapitalismusanalyse», en: *Archiv für Sozialgeschichte* 56 (2016), pp. 51-80.

83 He tratado de presentar una panorámica de estos debates que abarcaban desde los suplementos culturales, pasando por las ciencias sociales, hasta la filosofía, en «Ein 'leise anachronistisches air'. Über die Gegen-Zeitlichkeit des Klassenkampfes bei Adorno, Thompson, Balibar, Rancière und Badiou», en: *Historische Anthropologie*

Lo que hoy vuelve bajo denominaciones como «precariado» o «nuevo proletariado», no tiene mucho más en común con aquella clase obrera compacta que desapareció como tarde en los años 1970 que el nombre y unas características muy generales.⁸⁴ La «vieja» clase obrera (de las metrópolis) estaba delimitada políticamente y dotada de unas garantías sociales que amortiguaban en gran parte el «riesgo proletario». Lo que viene tras el fin de esta clase obrera compacta es un proletariado en una forma nuevamente inmadura, asalvajada, heterogénea y abigarrada. La continua erosión de las «relaciones laborales normales» produce figuras de clase que cada vez se parecen más a las del *Premarzo*. Son relaciones laborales no reglamentadas, «no garantizadas», temporales, que ligan una sobrecualificación estructural de la fuerza de trabajo –como la de los tejedores manuales de telares y los tundidores...– con una sobreexplotación sistemática. Si Marx escribe en 1857/58 en los *Grundrisse* que el trabajador siempre es «virtualmente pobre», hoy está en el programa, al menos tendencialmente, la actualización de esta virtualidad también en las metrópolis.⁸⁵

Esta actualidad del *Premarzo* es sin embargo una *actualidad inversa*: inversa porque en el *Premarzo* podemos observar de forma histórica el proceso de formación de esa constelación moderna a cuya larga descomposición estamos asistiendo desde las crisis de los años 1970. En el proceso de disolución se muestran imágenes de lo social que –en cierto sentido, consideradas aisladamente y como instantáneas históricas– se parecen como dos gotas de agua a la fase de formación, pero proceden de la secuencia contraria. Un trabajo sobre el *Premarzo* debe comprender ambos momentos: tanto la similitud como las diferencias. La

3/2016, Schwerpunkt «Konflikt», ed. por Caroline Arni y Mischa Suter, pp. 396-417.

84 Véase la panorámica de Robert Castel y Klaus Dörre (eds.), *Prekarität, Abstieg, Ausgrenzung. Die soziale Frage am Beginn des 21. Jahrhunderts*, Frankfurt a. M./ Nueva York, 2008, y Hans-Günter Thien (ed.), *Klassen im Postfordismus*, 2ª ed. corr., Münster, 2011.

85 Una historia similar de la delimitación y del reciente asalvajamiento de las relaciones laborales la muestra también Robert Castel en su gran libro *Die Metamorphosen der sozialen Frage. Eine Chronik der Lohnarbeit*, Konstanz, 2000 [1995] [ed. en cast.: *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós, 1997]. En todo caso, Castel narra su historia sobre todo como historia del derecho, como historia del contrato de trabajo. El presente estudio pretende dotar a esta historia de una plasticidad diferente, mayor, presentando una historia de las figuras sociales en las que están imbricadas, por su parte, múltiples historias.

Modernidad, que tomó forma en el *Premarzo*, todavía sigue siendo la nuestra, aunque se esté desmoronando en el presente y se vaya a convertir irreversiblemente en algo ajeno.

Historia de la literatura como historia social: la clase como figura

La actualidad inversa del *Premarzo* permite también, en definitiva, obtener conocimientos históricos sobre la constitución de las clases que quizás no eran accesibles en el apogeo de la sociedad de clases –a grandes rasgos, en el siglo que va de 1860 a 1960–. Si hoy, al igual que en el *Premarzo*, la proletarianización avanza sin una identidad definida claramente, unívoca y «visible» –sin una identidad de clase obrera–, entonces habrá que afirmar, mirando hacia el pasado, que esta realidad de la situación de clase no tiene por qué estar ligada necesariamente a las identidades de clase unívocamente definidas. Cuando echamos la vista atrás, la rígida unidad, que parece soldada, de la identidad de clase en el imaginario político y la proletarianización político-económica, como tuvo lugar durante el siglo de la sociedad de clases, parece una excepción histórica que solo pudo presentarse como algo normal gracias a esa forma sólida. El adiós al *proletariado*, convertido en eslogan, se aplica a esta excepción.⁸⁶

Y en sentido contrario, hay que comprender históricamente como regla lo que desde un punto de vista de una teoría de clases «fuerte» y normativa aparece como desviación: que puede haber conflictos e incompatibilidades entre la conciencia de clase socio-cultural, la posición política de clase y los intereses de clase determinados económicamente. Nuestro estudio histórico muestra que la categoría de clase es y ha sido desde el principio una categoría en sí misma contradictoria. Si en el presente estudio se habla de *figuras* de clases, con ello se pretende marcar que la clase está sujeta a diversos intentos de reconocimiento cultural, políticas y teóricas, que en un caso extremo pueden ser incluso excluyentes; pero que la clase *como figura* puede mantener en juego las diferentes exigencias y compen-

86 André Gorz, *Abschied vom Proletariat. Jenseits des Sozialismus*, Frankfurt a. M., 1980 [ed. en cast.: *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo*, Barcelona, Viejo Topo, 1981].

sar unas con otras narrativamente.⁸⁷ Por eso se puede hablar de la clase antes de tener definiciones unívocas, y por eso se debe seguir hablando de la clase precisamente cuando se implantan definiciones fuertes y rígidas. La narración mantiene flexible y con capacidad de adaptación lo que amenaza con endurecerse por medio de definiciones. Esto vale, en sentido general, para la relación entre la literatura y la teoría social, pero también vale para el elemento narrativo dentro de las teorías. Aquello para lo que la teoría no está preparada debe ser «gestionado» narrativamente, aunque esto no significa que la narración deje en paz a la teoría.⁸⁸ La clase como figura opera en cierto sentido como guerrillera en la estructura conceptual de la teoría de clases; sin embargo, irónicamente las teorías solo son aptas para funcionar por medio de esta dimensión figurativa «subversiva» de sus conceptos: generaciones enteras de círculos de lectura de *El capital* saben de sobra que las definiciones de Marx difícilmente pueden dejar de lado su forma metafórica de representación.

El enfoque de las figuras de clases, fundado en las ciencias de la literatura y la cultura, ayuda a no tomar a la ligera la clase. Que la clase debe disolverse y ser reemplazada por la individualización, como ha mantenido la sociología alemana de los años 1980, es algo históricamente puesto en cuestión si señalamos que la individualización ha sido considerada desde el principio como la otra cara de la formación de clase, y no como su opuesto, como muestran Thomas Carlyle o Moses Heß. Solo exagerando un poco esta perspectiva podríamos decir que hasta el gesto de despedida de la sociedad de clases pertenece, esencialmente, a la historia de la sociedad de clases; el diagnóstico de haber dejado finalmente tras de sí la división de clases se repite. Así, Patrick Joyce ha mostrado que a mediados del siglo XIX –es decir, justo en el momento en el que la sociedad de clases estaba total e indiscutiblemente instalada– la clase obrera inglesa se separó del

87 Véase al respecto con más detalle Eva Blome, Patrick Eiden-Offe y Manfred Weinberg, «Klassen-Bildung. Ein Problemaufriss», en: *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 35.2 (2010), pp. 158-194. Agradezco a Eva Blome y a Manfred Weinberg las largas discusiones en nuestro Klasster-Projekt, a las que hay que remitir buena parte del impulso inicial del presente estudio.

88 Sobre la narración como operación de «gestión de las disonancias cognitivas», véase Albrecht Koschorke, *Wahrheit und Erfindung. Grundzüge einer Allgemeinen Erzähltheorie*, Frankfurt a. M., 2012, pp. 196-202.

concepto de clase para comprenderse a sí misma y se imaginó (de nuevo) como «pueblo», como «people».⁸⁹ Si comprendemos la clase como figura y como categoría de un proceso histórico (y no como designación simple de identidades dadas), entonces la clase es siempre algo que está surgiendo o que ha pasado; entonces nos encontramos, con David Cannadine, en un juego «beyond Class – Forward To Class» [más allá de la clase – hacia la clase].⁹⁰ Pero si la referencia a la clase nunca debe ser evidente, sino más bien *recuerdo* o *esperanza* de la misma, si por tanto siempre se nos cierra cualquier acercamiento a la clase desde el presente, entonces el camino romántico se convierte en el único realista.⁹¹ El anticapitalismo romántico no sería, por tanto, una muestra de una posición apartada del mundo, sino un medio de conocimiento histórico, de un conocimiento al que no se puede llegar de otra manera.

A partir de este conocimiento se pueden extraer conclusiones sobre nuestra actualidad política. Pues lo que falta en el presente –lo que *falta*, naturalmente, en relación con las exigencias de la «vieja» sociedad de clases antes de su despedida– es aquella formación imaginaria que dio a las clases por primera vez su identidad «visible», combativa. En esta situación –«individuos proletarizados por todas partes, por ningún lado el proletariado, ni como grupo reconocible de personas y menos aún como actor colectivo»⁹²– es de suponer que el deseo de desarrollar la capacidad de intervención política acorde con el presente, recurra a aquel imaginario que dio forma en algún momento a la vieja identidad de clase obrera. Pero aquí también, en la pregunta acerca de cómo se forma en el imaginario una identidad de clase, tenemos claro que hay que enfrentarse al discreto encanto de la Modernidad de hormigón armado. En la configuración de clase del presente, que recién se está formando, deberíamos aprender

89 Patrick Joyce, *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class 1848–1914*, Cambridge/Nueva York/Melbourne, 1991.

90 David Cannadine, *The Rise and Fall of Class in Britain*, Nueva York 1993, pp. 1-24.

91 Zygmunt Bauman estructura su libro sobre las clases por medio de las operaciones del recuerdo y las expectativas; se trata siempre de «clase: antes y después». Bauman, *Memories of class. The Pre-history and After-life of Class*, Londres, 1982 [ed. en cast.: *Memorias de clase. La prehistoria y la sobrevivencia de las clases*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011].

92 Así reza Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft, «28 Thesen zur Klassengesellschaft», en: *Kosmoprolet* 1 (2007), pp. 10-51, aquí p. 11.

a valorar las «ventajas de una figura política» que quiere, puede o debe «arreglárselas sin una narración fuerte de sí misma».⁹³ El trabajo histórico del *Premarzo* puede presentarnos aquí quizás alternativas a aquella narración «fuerte» de la clase sobre sí misma que caracterizó la Modernidad durante el heroico y catastrófico siglo entre 1860 y 1960; alternativas que fueron aplastadas precisamente por aquella narración «fuerte» que ellas mismas contribuyeron a poner en marcha.

93 Así Albrecht Koschorke, *Hegel und wir*, Berlín, 2015, p. 31, sobre Europa.

1

PEQUEÑOS MAESTROS Y OFICIALES: DEL GREMIO AL MOVIMIENTO

1. ANTICAPITALISMO ROMÁNTICO: DER JUNGE TISCHLERMEISTER [EL JOVEN EBANISTA] DE LUDWIG TIECK

El Romanticismo, según se ha repetido en los últimos dos siglos, es retrógrado, defensivo y nostálgico; en modo alguno *humilde*. Así, Ludwig Tieck, aquel «rey del Romanticismo» ya envejecido, reprochaba en 1836 en el prólogo de su gran novela tardía *Der junge Tischlermeister*, a sus adversarios del momento –progresistas y críticos–, no ser tan actuales (contemporáneos y críticos) como él mismo. Se refería sin duda, aunque sin citarlos, a los autores del movimiento de escritores *Junges Deutschland* [Joven Alemania], con los cuales había mantenido una fuerte polémica en los años previos. Para ellos –al igual que Heinrich Heine–, Tieck representaba el prototipo de una vieja concepción de la literatura que había sobrevivido; una suerte de dinosaurio de una estética autónoma clásico-romántica que ya no podía comprender los nuevos tiempos y que, por tanto, casi forzosamente se había de convertir en lacayo de los viejos poderes.⁹⁴ Tras una larga e intensa disputa, Tieck se enfrenta finalmente a estas injurias y difamaciones con una «fina ironía»:⁹⁵

94 La discusión se aborda con profusión de fuentes en Wolfgang Bunzel, «Das Junge Deutschland», en: Claudia Stockinger y Stefan Scherer (eds.), *Ludwig Tieck. Leben – Werk – Wirkung*, Berlín/Boston, 2011, pp. 120-130, así como en Gustav Frank, «Tiecks Epochalität (Spätaufklärung, Frühromantik, Klassik, Spätromantik, Biedermeier/ Vormärz, Frührealismus)», en: Stockinger/Scherer, *Tieck*, pp. 131-147.

95 Bunzel, «Junges Deutschland», p. 128.

Cuando el impetuoso mundo joven tan a menudo me reprende y me echa en cara que debo aprender, experimentar, acompañar, comprender y entender, y yo echo un vistazo a estos productos de mis más nuevos y frescos contemporáneos, no puedo contener la risa, porque muchos de estos grandes nuevos descubrimientos y verdades hace tiempo que se encuentran ya en mis escritos, incluso en los más tempranos.⁹⁶

Der junge Tischlermeister es más que un tomo de cuatrocientas páginas –probablemente una de las novelas más largas de la historia de la literatura alemana– y su origen tiene una intrincada historia, que Tieck expone en el prólogo. Precisamente su ardua génesis es la que justifica la actualidad especial de la novela. Pues buena parte de lo que se desencadenó en la crisis generalizada de mediados de los años treinta –y que los contemporáneos «más nuevos y frescos» de Tieck percibieron y consideraron nuevo y fresco– tenía, según Tieck, una larga historia de preliminares, al igual que su novela, finalmente publicada. Los primeros borradores del texto habían surgido «ya en primavera de 1795», cuando precisamente trataba de «dibujar con realismo escenas claras y precisas de nuestra vida alemana real, de sus circunstancias y perspectivas» (JTM, p. 2). La mayor parte de la novela se redactó, al parecer, en el año 1811. El tema se fue perfilando con el tiempo, ya que «cada vez están más en la agenda las reflexiones sobre los gremios, la burguesía y similares»; aunque del aporte de Tieck «mucho resulta en cierto modo nuevo y todavía no se ha discutido» (JTM, p. 2).

Los gremios estaban en la agenda de 1811 porque en Prusia se les había quitado el poder y se había eliminado su núcleo económico por medio del «Edicto para la implantación del impuesto industrial» del 2 de noviembre de 1810.⁹⁷ Gracias a este, se había introducido la libertad de empresa, sobre la que tanto se había discutido en los círculos de eruditos, y se cumplía así con uno de los deseos centrales de las Reformas prusianas. Para «li-

96 Ludwig Tieck, *Der junge Tischlermeister. Novelle in sieben Abschnitten*, en Tieck, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 11: *Eigensinn und Laune. Schriften 1834–1836*, ed. por Uwe Schweikert con la colaboración de Gabriele Schweikert, Frankfurt a. M., 1988, pp. 9-418, aquí p. 12. A partir de ahora, se citará la obra en el cuerpo de texto, entre paréntesis, indicando las siglas JTM y la página.

97 Véase al respecto sobre todo Barbara Vogel, *Allgemeine Gewerbefreiheit. Die Reformpolitik des preußischen Staatskanzlers Hardenberg (1810–1820)*, Göttingen, 1983, sobre el edicto de noviembre de 1810 véase pp. 179-183.

berar a las empresas de sus pesadas cadenas» –como se dice en el preámbulo del edicto– se suprimió la coacción de los gremios y se introdujo el derecho a la libre elección de oficio. La abigarrada y chapucera fragmentación de viejos privilegios y concesiones regionales, por medio de las que los gremios habían regulado hasta el momento los precios, los salarios y el acceso al mercado, fue sustituida por un derecho industrial unificado; quien quisiera desempeñar una profesión solo necesitaba una licencia profesional (y solo una licencia profesional estatal) y pagar al Estado (y solo al Estado) un impuesto industrial. El control por parte del Estado de la actividad industrial frente a los viejos gremios fue previo a la posterior oposición decisiva entre mercado y Estado; permitió que surgiera, como lo resume Reinhart Koselleck, un «mercado a escala estatal», al que «cualquiera» tenía acceso, sacando el «billete de entrada a la economía libre (...) por medio del correspondiente impuesto».⁹⁸

Tal fue la trascendencia de esta introducción de la libertad de empresa, impuesta en Prusia por medio de la prosaica vía del derecho tributario, que es difícil valorar su magnitud. Por medio de este acto, se modifica completamente lo que Tieck denomina «burguesía y similares»; la sociedad se transforma de forma estructural. Lo que en 1810 se debatía como *libertad de empresa* se conceptualizó poco después como *capitalismo*. Las consecuencias de esta *Great Transformation* no se percibieron plenamente, sin embargo, hasta los años treinta, y aquí se muestra también la actualidad que Tieck confiere a su *ebanista*.

Tieck presenta a su protagonista, el joven ebanista Leonhard, como un sagaz observador de su presente. Mientras Tieck ubica el argumento de su novela en el año 1802, Leonhard es capaz de describir y pronosticar las transformaciones sociales que no serían sancionadas por medio de la libertad económica política y jurídicamente hasta 1811, año de redacción de la novela, y que no comenzaron a desplegarse socialmente con amplitud hasta los años treinta, año de su publicación.

La observación del presente de Leonhard (y de Tieck) se asienta en tres planos: en primer lugar, Leonhard constata en

98 Reinhart Koselleck, *Preußen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*, Stuttgart, 1987 [1967], p. 587 y s.

el nuevo sistema de libertad económica una división social fundamental, que viene acompañada –cada vez mayor– de un empobrecimiento no visto hasta el momento para una parte de las personas; en los años treinta se acuña para designar esa realidad el concepto de pauperismo. En segundo lugar, Leonhard muestra que la miseria de esta gran «muchedumbre» es material, pero no solo material. No es la inseguridad de la pura supervivencia lo que resulta a Leonhard tan escandaloso, sino el hecho de que la vida de la mayoría de las personas se reduzca y *deba reducirse* a esta pura supervivencia; cualesquiera otras necesidades, pretensiones y deseos resultan inadmisibles. A esto se le añaden las observaciones del tercer plano: la vida de la mayoría, de las personas «corrientes», ha perdido con el nuevo sistema de libertad económica toda dimensión de sentido colectivo. Los gremios tenían también, para Leonhard, la función de facilitar una representación del orden social en el que cualquiera podía sentirse a buen recaudo –en su lugar–. Una vez que esto se pierde, solo queda el aislamiento, la desesperación y el vacío.

La muerte de la casa y la vida de la fábrica

El anticapitalismo romántico de Leonhard muestra toda su amplitud de miras y la fuerza de su diagnóstico en las largas conversaciones que tiene con un viejo amigo, el barón Elsheim. Ambos interlocutores abordan el tema de la transformación social que está ocurriendo en ese momento, también en lo institucional: a partir de tener «la impresión de que los gremios y todas las instituciones relacionadas, van a desaparecer» (JTM, p. 74).⁹⁹ Las observaciones de Leonhard siempre parten de su propia posición como artesano; sus reflexiones se despliegan desde lo pequeño hacia lo grande, desde lo cercano hacia lo lejano.

La «institución» conectada con los gremios y que afecta más directamente al entorno vital de Leonhard es «su casa» (JTM, p. 16). Esta se compone de una pequeña carpintería, que pertenece a Leonhard, y en la que emplea junto a él a un oficial experimentado, a tres oficiales y a otros tres aprendices. Como la carpintería se expande y «el negocio se amplía por semanas»

99 Como introducción y profundización en la historia, el orden y la problemática de los gremios y de la actividad gremial el estudio más adecuado es Arnd Kluge, *Die Zünfte*, Stuttgart, 2007.

(JTM, p. 16), Leonhard trata siempre de incorporar nuevos oficiales en su empresa. También forman parte de esta «gran casa», que Leonhard dirige junto con su esposa Friederike, el pequeño en tutela Franz —«legado de una vecina, que murió pobre» (JTM, p. 29)— y algunas criadas.¹⁰⁰ Todos los miembros de la casa se juntan diariamente para comer y para cenar en una misma «mesa redonda», a izquierda y derecha del padre, «de acuerdo al orden de llegada a la casa» (JTM, p. 16).¹⁰¹

Junto a la vida en la casa de Leonhard aparece, cuando comienza la narración, el barón Elsheim. Este es un «compañero de clase» (JTM, p. 24) de Leonhard, con quien viajó mucho en la juventud. Tras un largo periodo de separación, el barón aparece de nuevo otra vez en la ciudad y le hace una oferta a Leonhard: debe «montar» un teatro dentro de uno de sus castillos, y allí, junto con el barón, «actuar» en una compañía amateur (JTM, p. 35). Si bien en un primer momento Leonhard rechaza la oferta para no poner en peligro la querida paz de su casa, su negocio y su matrimonio, termina aceptándola con entusiasmo, al enterarse de que Elsheim quiere representar la «obra que más anhelaba» en su juventud: «¡Götz! ¡Berlichingen!», proclamó Leonhard, mientras se lanzaba a abrazar apresuradamente a su amigo; ‘sí, viajaré contigo, puedo dejarlo todo, marchará bien sin mí, y mi mujer se las arreglará’» (JTM, p. 35).

Las conversaciones posteriores tienen lugar durante el viaje al castillo. Leonhard ha salido ya de su vida cotidiana en la casa, aunque todavía no se ha sumergido junto con Elsheim en la sociedad del castillo, que ocupará los tres capítulos centrales de los siete que componen la novela. En la situación transitoria del

100 Sobre la «gran casa» véase Nacim Ghanbari, Saskia Haag y Marcus Twellmann, «Einleitung: Das Haus nach seinem Ende» en el cuaderno especial «Das Haus nach seinem Ende», *DV js 85.2* (2011), pp. 155-160. Sobre la «casa» como magnitud de referencia para una nueva historia social de la literatura véase el amplio Nacim Ghanbari, *Das Haus. Eine deutsche Literaturgeschichte 1850–1926*, Berlín, 2011. Agradezco a Nacim Ghanbari las innumerables conversaciones sobre la casa y la finca y el nuevo siglo XIX.

101 Sobre la comida y la cena conjunta en la «gran casa», véase Wilhelm Heinrich Riehl, *Die Familie. Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Sozialpolitik*, Bd. 3, 7ª ed., Stuttgart, 1873 [1854], pp. 153-54, 263 y ss. Sobre Riehl como propagandista de la «gran casa» véase Patrick Eiden-Offe, «Nachbarschaft als Lebensform in Wilhelm Raabes *Chronik der Sperlingsgasse*», en: *DV js 85.2* (2011), pp. 232-264; agradezco a Ulf Heidel las innumerables conversaciones sobre la novela del joven ebanista, y la lectura atenta de la primera versión de esta obra.

viaje, Leonhard reconocerá que ya no está totalmente satisfecho con su vida personal y laboral. Sus reflexiones se ven impulsadas por los comentarios chistosos de Elsheim, que finge no entender por qué Leonhard no moderniza su negocio:

Da igual cuánto haya que esperar, te veo fundando un gran almacén de muebles, con maestros artesanos trabajando para ti, a los que solamente das órdenes e indicaciones, y nombrado consejero de la comisión, o como se diga; de acuerdo a tu patrimonio, y tal y como dicta el signo de los tiempos, tú también podrías hacer algo así (JTM, p. 74).

Leonhard reacciona «con energía»: «eso no va a ocurrir nunca». Pues es precisamente el «signo de los tiempos», tal y como recoge el comentario de Elsheim, el que quita el sentido al trabajo de Leonhard; así, lo que Elsheim le recomienda solo puede ser visto por Leonhard como una «vida de fábrica muerta y matadora», que amenaza por todas partes al oficio (JTM, p. 74).

Lo que «moriría» con la «vida de fábrica» sería la vida en la «gran casa», y esto afectaría tanto a la forma social como al proceso material de trabajo. Si el jefe de la casa ya no «se preocupa y ayuda a sus trabajadores como padre y maestro», según Leonhard, entonces habrá de convertirse forzosamente en su explotador: no podrá entonces sino «presionar a los maestros, viviendo la vida padre gracias a su destreza y el sudor de su frente». Simplemente poniendo capital —«desembolsando dinero»— «adquirirá el derecho [...] a ser un déspota y torturar a otros» y poder de este modo «destrozar su vida, su alegría y su bienestar» (JTM, p. 74).

La muerte de la casa está también ligada a la desaparición de los gremios como instituciones del orden social: si realmente «el respetable gremio ha de retroceder ante instituciones de moda», entonces los jefes de la casa —anteriormente «padres y maestros»— aparecen ahora «como nobles condescendientes u hombres de negocios», mientras que los denigrados «jóvenes artesanos» intentan ganar notoriedad fuera de la casa «por medio de discusiones en los cafés y conversaciones imprudentes en las tabernas, vestidos con un frac a la moda» (JTM, p. 76). Sin embargo, la vida en la casa estaba «ligada a otro honor ciudadano completamente diferente», un honor absoluto, que ya no tiene valor (JTM, p. 76). La «vida de fábrica» es una vida «muerta y

matadora» también porque provoca deshonra, de forma que podríamos decir, en un extremo: es la muerte social, la que afecta por igual a maestros, oficiales y aprendices, cuando desaparecen los gremios.

El estamento burgués¹⁰² como todo y como parte

Es todo un orden social el que comprende tanto a maestros como a ayudantes, y se materializa en las instituciones de la casa y el gremio. Cuando la casa y el gremio decaen o desaparecen, se rompen todos los vínculos sociales que cohesionaban la sociedad como un todo. Con gran poder de persuasión, Leonhard describe este proceso como una polarización social llevada al extremo. «¿Realmente vale la pena?». Con esta pregunta cierra Leonhard su reflexión:

Yo solo me pregunto: ¿en aquellos negocios en los que desde hace tiempo se ha implantado la fabricación en serie, o en aquellos países en los que hay ciudades industriales, se puede encontrar una felicidad tal que nos empuje a echar todo por tierra para lograr aquí algo similar? En vez de muchas personas acomodadas, habrá algunos ricos y una muchedumbre pobre, una chusma desordenada y venida a menos, bajo la tormentosa dependencia de sus patrones y de sus escasos y torturadores anticipos, sin ganas de vivir, sin la capacidad de criar a sus hijos enfermos en la virtud y el amor, personas atontadas por un trabajo completamente mecánico y desalmado, impulsadas así a buscar placer, del cual el ser humano no puede ni quiere prescindir, en bebidas perniciosas y embriagadoras, muriendo prematuramente sin haber vivido, desesperadas y empujadas a las más bajas jugarretas desde el desprecio a sí mismas e incapaces de vivir ni de soportar la felicidad ni la desgracia. Así he visto consumirse a muchos cientos de ellos, peor que como esclavos, en célebres fábricas, y me he encogido de hombros ante la creciente cultura y aumento de la barbarie, de que se considere un beneficio sacrificar a las personas, las más elevadas fuerzas del Estado, para producir mercancías a mejor precio (JTM, p. 75).

102 Traducimos como «estamento burgués» el término *Bürgerstand*, especificando que el autor se refiere aquí al conjunto de estratos sociales que conforman los habitantes de las ciudades, de los burgos. Como se verá, la tesis del autor hace referencia al proceso posterior por el que de ese todo se desgajará una parte, la más privilegiada, a la que se le conocerá propiamente como burguesía [*Bürgertum* o *Bourgeoisie*], y esa es la razón de utilizar el apelativo burgués aquí en un sentido aparentemente anacrónico [N. del T.].

Con la desaparición de los gremios se desintegra el grupo de las «muchas personas acomodadas», dando paso a «algunos ricos» por un lado, y a «una muchedumbre pobre, una chusma desordenada y venida a menos» por otro. En el lugar del pacto social, que todavía era válido para Leonhard en la casa y en los gremios, se instala la pura «dependencia», que ha de ser nombrada como una nueva forma de esclavitud; como una forma de reproducción en la que las personas mismas se convierten en mercancías, cuya inserción y utilidad está calculada de acuerdo al provecho y la ganancia.¹⁰³

Leonhard condena la «vida de fábrica» moderna porque hace saltar por los aires el continuo social que venía garantizado por la tradición. Esta totalidad social era, según afirma Leonhard, «el verdadero estamento burgués, el núcleo y la médula de todos los Estados», que ahora habrá de desaparecer (JTM, p. 74 y s.).¹⁰⁴

Este análisis tiene una implicación importante: Leonhard ya no identifica al «verdadero estamento burgués», que está a punto de desaparecer con la emergente burguesía de su momento; él niega a esta burguesía, que durante el siglo XIX se estabilizará como entidad semántica y social, la legitimidad de representar al «verdadero estamento burgués». Este último, en tanto representación constitutiva del todo, no está ligada a aquella operación que sí es constitutiva de la burguesía del siglo XIX: la delimitación social entre las «clases bajas», el pueblo, el cuarto Estado y el proletariado». ¹⁰⁵

103 Sobre el lugar común que el trabajo asalariado en el *Premarzo* era incluso peor que la esclavitud, véase el capítulo 6 del presente estudio. De acuerdo al diccionario de los Grimm, «*verschmachten*» [consumirse o morir de algo] tiene su origen en «*schmachten*» [ansiar] lo que indica un «alto grado de hambre y sed» antes de que la palabra alcance otros ámbitos del deseo y el anhelo; Jacob Grimm y Wilhelm Grimm, *Deutsches Wörterbuch*, 16 Bde. in 32 Teilbänden, Leipzig, 1854–1961, Bd. 25, Sp. 116. El diccionario alemán se citará en adelante con las siglas DWB, el volumen y el número de columna.

104 Sobre la relación entre el título de maestría, la regulación gremial de los maestros y el derecho civil véase Heinz-Gerhard Haupt, «Neue Wege zur Geschichte der Zünfte in Europa», en: Haupt, *Das Ende der Zünfte. Ein europäischer Vergleich*, Göttingen, 2002, pp. 9-37, aquí p. 26 y s., así como el estudio clásico de Mack Walker, *German Home Towns. Community, State, and General Estate, 1648–1871*, Ithaca, 1971, sobre todo el capítulo 3: «Guilds», y aquí especialmente el subcapítulo «Guild and home town», pp. 98-101.

105 Jürgen Kocka, «Das europäische Muster und der deutsche Fall», en: Kocka (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert*, Bd. 1: *Einheit und Vielfalt Europas*, Göttingen, 1995, pp. 9-75, aquí p. 16.

Una burguesía que se tiene que diferenciar de lo que tiene debajo solo puede ser, para Leonhard, uno de los productos de la desintegración de aquella sociedad cuya pérdida lamenta; el proletariado, la «chusma» que depende de sus «patrones» es el otro. Ambas partes son solamente los restos de un todo, y si una sola de estas partes, la burguesía, en el posterior desarrollo del siglo XIX, se hace pasar por el todo, o al menos por el «centro» o parte del medio de este todo, como «clase media», para empujar a los márgenes a la otra parte y negarle visibilidad social y reconocimiento, entonces esto será identificado desde la posición de Leonhard como una operación ideológica.¹⁰⁶ Evidentemente, Leonhard todavía no puede tener una visión de la dimensión total de este proceso, pero sí que podemos afirmar que, para el héroe de Tieck, el siglo XIX que acaba de comenzar no se convertirá en el tan invocado «siglo de la burguesía», o más concretamente: a lo sumo será el siglo de una burguesía que ya no es el «verdadero estamento burgués», aunque trate de hacerse pasar por él culturalmente.

Tieck nos muestra una sociedad que ya no se compone de partes integradas, y que ya no puede constituir en su totalidad ninguna integridad, ningún todo; Tieck nos dibuja una imagen de una sociedad que se desintegra, que se compone ella misma de productos disgregados. Cualquier afirmación de integridad, sea de las partes o del todo, se ha convertido en ideología; estéticamente, es kitsch.¹⁰⁷

106 Sobre el desplazamiento semántico y lingüístico-político de «burguesía» hacia «clase media» en inglés véase Franco Moretti, *The Bourgeois. Between History and Literature*, Londres/Nueva York, 2013, pp. 6-12. En historia de las ideas y comparada resulta interesante además Willibald Steinmetz, «Gemeineuropäische Tradition und nationale Besonderheiten im Begriff der 'Mittelklasse'. Ein Vergleich zwischen Deutschland, Frankreich und England», en: Reinhart Koselleck y Klaus Schreiner (eds.), *Bürgerschaft. Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit vom Hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert*, Stuttgart, 1994, pp. 161-236.

107 Que *El joven ebanista* de Tieck no ha de ser leído en modo alguno como una simple celebración de la burguesía, como se interpretaba y se sigue interpretando, sino precisamente al contrario como un «ataque a las representaciones burguesas de la libertad» y «las falsas representaciones de la burguesía» queda claramente demostrado en Helmut Koopmann, «Ein Roman gegen die Revolution. Ludwig Tieck. *Der junge Tischlermeister*», en: Koopmann, *Freiheitssonne und Revolutionsgewitter. Reflexe der Französischen Revolution im literarischen Deutschland zwischen 1789 und 1840*, Tübingen, 1989, pp. 171-202, aquí p. 182 y s.

La transformación en plebe: de siervos a chusma

Paralelamente a la nueva burguesía, el proceso de descomposición que se vive hace surgir al proletariado. Cuando Leonhard describe el movimiento hacia abajo, que afecta a la «muchedumbre», se sirve de todos los argumentos de la discusión del momento sobre el pauperismo.¹⁰⁸ Sí, la «muchedumbre pobre, la chusma desordenada y venida a menos» se puede describir fácilmente como transcripción de la «plebe», que Hegel identificó en el primer tercio del siglo XIX como fenómeno de masas y cuya «producción» analizó en su filosofía del derecho. La transformación en plebe de los trabajadores dependientes comprende todo su «movimiento de la vida». El trabajo asalariado los mantiene en la «tormentosa dependencia», los «trabajos mecánicos y desalmados» arrastran a los propios trabajadores –que se convierten en una «parte mecánica de la humanidad», como dice Robinson Crusoe¹⁰⁹– y los «atonta». Debido a sus «escasos y torturadores anticipos», solo pueden traer «hijos enfermos» al mundo, que crían «sin ganas de vivir, sin capacidad, virtud ni amor».¹¹⁰ Los restos de humanidad, que esta «muchedumbre» todavía no ha perdido del todo, se manifiestan en que todavía busca «placer», «del cual el hombre no quiere ni puede prescindir». Pero aquí el tipo de placer que le queda a la plebe acelera la tendencia de su hundimiento en un sentido fatal: las «bebidas perniciosas y embriagadoras» –o la propagación de la «peste del aguardiente», como se la llamará en la misma época¹¹¹ arrebatan a las personas el poco amor propio que les

108 Una recopilación de fuentes sobre el debate de la época en torno al pauperismo lo ofrece Carl Jantke y Dietrich Hilger (eds.), *Die Eigentumslosen. Der deutsche Pauperismus und die Emanzipationskrise in Darstellungen und Deutungen der zeitgenössischen Literatur*, Freiburg/Múnich, 1965.

109 [Daniel Defoe], *The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe*, 3ª ed., Londres, 1719, p. 3.

110 Sobre el lugar común de la ausencia de amor a los niños por parte de los pobres véase Jacques Rancière, «Utopisten, Bürger und Proletarier», en: *Kursbuch*, Bd. 52: *Utopien I. Zweifel an der Zukunft*, ed. por Karl Markus Michel y Harald Wieser con la colaboración de Hans Magnus Enzensberger, Berlín, 1978, pp. 146-158, aquí p. 151.

111 Sobre la «peste del aguardiente», así como sobre el resto de aspectos nombrados del pauperismo, véase Friedrich Engels, «Briefe aus dem Wuppertal», en: MEW 1, pp. 413- 432. Ahí se dice de la «peste del aguardiente»: «esto no se habría ido de las manos de una forma tan terrible si los propietarios no hubiesen gestionado las fábricas de una forma tan insensata [...]. Sin embargo, entre las clases bajas domina una horrible miseria, especialmente entre los trabajadores de las fábricas de Wuppertal; las enfermedades respiratorias y la sífilis reinan con una extensión casi inimaginable;

quedaba, «desesperadas» y «desde el desprecio a sí mismas» se lanzan a la criminalidad, a la que Leonhard resta importancia como «bajas jugarretas». Que las personas, sin embargo, mueran «prematuramente sin haber vivido» no se puede minimizar; se les ha sustraído la capacidad elemental incluso de «vivir (...) la felicidad y la desgracia».

El propio Leonhard se ve incluido en ese «aumento de la barbarie» en cierta medida, cuando habla de ella y de la «creciente cultura» –«jamás se da un documento de cultura sin que lo sea también de barbarie», escribirá Walter Benjamin cien años después¹¹²– y se encoge de hombros. La polarización social que Leonhard ataca le incluye a él mismo cuando repite ese gesto de indiferencia con el que los burgueses asumen la pobreza de masas. De la posición de cuidado del padre de la casa, «que vivía de forma verdaderamente patriarcal con los suyos y con los ayudantes nativos y forasteros» (JTM, p. 76), ya no queda nada.

Sobre la desaparición de los gremios

La apreciación de Elsheim, de que los gremios «desaparecerán» (JTM, p. 74), es social e históricamente precisa, no solo de acuerdo a los hechos, sino también en su formulación. Pues el «viejo oficio manual» y con él el sistema de gremios tenía ya tras de sí, a principios del siglo XIX, un largo «otoño» o, de forma menos elegiaca: había sufrido una larga historia de erosión y transformación, que solamente recibió una sanción oficial con la implantación de la libertad económica.¹¹³ Con todo esto estaba íntimamente familiarizado Tieck, hijo de artesano: su padre, el estimado maestro cordelero Johann Ludwig Tieck, pertenecía a una delegación de artesanos de Berlín que había entregado a

solo en Elberfeld se ha sacado de sus clases a 2500 niños en edad escolar y se les ha hecho crecer en las fábricas, simplemente para que los patronos se ahorren con ello la mitad del salario del adulto al que reemplazan» (p. 418). El reportaje social de Engels se publicó en dos entregas en marzo y abril de 1839 en el *Telegraph für Deutschland* de Karl Gutzkow.

112 Benjamin, «Begriff der Geschichte», These VII, p. 97 [ed. en cast.: «Tesis sobre el concepto de historia», tesis VII, en: *Iluminaciones*, p. 311].

113 Véase Michael Stürmer, *Der Herbst des Alten Handwerks. Zur Sozialgeschichte des 18. Jahrhunderts*, München, 1979. Haupt, «Neue Wege zur Geschichte», p. 31, escribe sobre los «fenómenos de erosión» que habrían crecido en el siglo XVIII tardío; Haupt critica la «imagen elegiaca» de Stürmer en la p. 19.

Federico II el Grande junto a los ventanales del Palacio de Sanssouci una solicitud de protección del ordenamiento gremial, y le había pedido que interviniera.¹¹⁴

Leonhard sabe que las «fábricas y la tan alabada división del trabajo son un viejo invento»; en oficios sencillos hace tiempo que el «trabajo artesano y el arte se han transformado en una institución fabril» (JTM, p. 76). Este proceso de transformación no solo convierte el trabajo en las instalaciones en algo «completamente mecanizado», como ya se ha dicho; también tiene grandes consecuencias en la constitución de la sociedad. Los antiguos artesanos caen ahora, como trabajadores de fábricas, fuera del orden de la casa y del gremio, y cada vez más personas que pertenecen a las clases bajas, que en todo caso nunca habían pertenecido a esa clase, entran en las manufacturas como trabajadores no cualificados.¹¹⁵ El enorme crecimiento poblacional que se registra en toda Europa a finales del siglo XVIII se nota en la producción de trabajadores libres, que serán bombeados a las fábricas de la época mercantilista tardía.

La producción en masa, que permite «producir mercancías cada vez a un precio mejor» conduce también a una masificación de la mano de obra, que cada vez es «más asequible», puesto que «la oferta de personas sin conocimientos» era, como observa lapidariamente Jürgen Kocka, «abundante».¹¹⁶ En medio de las lamentaciones sobre las imposiciones de la historia, en las que también se cuestionan sus costes, Leonhard resume por última vez las características del modelo gremial: los gremios concedían a sus miembros «privilegios», cuyos costes habrían de ser «pagados» (JTM, p. 74 y s.), en todo caso, mediante determinados «desembolsos» (JTM, p. 75); mediante la inversión de «un capital de tiempo, estudios, trabajo y años de aprendizaje» (JTM, p. 77). Ser miembro de un gremio significaba participar en una «segu-

114 Sobre el padre de Tieck, véase Rudolf Stadelmann y Wolfram Fischer, *Die Bildungswelt des deutschen Handwerkers um 1800. Studien zur Soziologie des Kleinbürgers im Zeitalter Goethes*, Berlín, 1955, pp. 139-143. Sobre el viejo Tieck se dice aquí: «Era 'leal a su posición social', un miembro consciente del gremio que participaba en todo lo relacionado con la artesanía y su estamento» (p. 140).

115 Véase Jürgen Kocka, *Weder Stand noch Klasse. Unterschichten um 1800*, Bonn, 1990, pp. 151-157.

116 Kocka, *Weder Stand*, p. 154. Sobre la «decadencia» de los gremios, véase Kluge, *Zünfte*, pp. 389-446.

ridad general»; como «miembro de este ordenamiento cerrado», el miembro del gremio estaba «blindado» ante la injusticia de la inseguridad económica (JTM, p. 75); según una disertación de un economista nacional contemporáneo, Karl David Heinrich Rau, el gremio ofrecía «alimento seguro» por medio del «cierre de empresas», el «encarecimiento» regulado «de los productos» y el «freno a la competencia externa».¹¹⁷

Por último, otro factor decisivo es el control y la limitación de la competencia interna. Los gremios crean, de forma generalizada, «mercados regulados», en los cuales la mera «cantidad» (JTM, p. 77) de competidores se contiene desde el lado de la oferta.¹¹⁸ Así se minimiza el peligro de fracturas sociales. Rau nombra como primera «consecuencia de la libertad económica» la «ocupación desigual» de los distintos oficios.¹¹⁹ Bajo el concepto de «sobreocupación», en el *Premarzo* se caracterizó al mismo fenómeno –la ruinoso competencia dentro de determinados sectores profesionales– como el núcleo de la «crisis del trabajo artesanal» y, especialmente aquí, de los «pequeños artesanos»; una crisis que había causado un pauperismo urbano antes ya del auténtico despegue del capitalismo industrial de las fábricas.¹²⁰ Podemos considerar esta conexión también como la articulación central de la «transformación» masiva de los artesanos en no-proprietarios; la libertad económica se convirtió así en el motor de la proletarianización del antiguo «estamento burgués».

117 Karl David Heinrich Rau, *Ueber das Zunftwesen und die Folgen seiner Aufhebung, Zweiter, mit vielen Zusätzen vermehrer Abdruck*, Leipzig, 1816, pp. 48-63. Sobre el concepto de «alimentación» enfrentado al «beneficio» véase Justus Nipperdey, «Regulierung zur Sicherung der Nahrung. Zur Übereinstimmung von Menschenbild und Marktmodell bei Zünften und Kameralisten», en: Margrit Müller, Heinrich R. Schmidt y Laurent Tissot (eds.), *Regulierte Märkte. Zünfte und Kartelle – Marchés régulés. Corporations et cartels*, Zürich, 2011, pp. 165-182. Véase también Kluge, *Zünfte*, pp. 278-281.

118 Sobre el contexto actual en la investigación sobre los gremios en relación a los intentos de regulación del mercado véase Margrit Müller, Heinrich R. Schmidt y Laurent Tissot, «Einleitung», en: *Regulierte Märkte*, pp. 9-22.

119 Rau, *Zunftwesen*, pp. 98-102.

120 Véase Ahlrich Meyer, «Massenarmut und Existenzrecht», en: Meyer, *Die Logik der Revolten. Studien zur Sozialgeschichte 1789–1848*, Berlin/Hamburg, 1999, pp. 93-256, aquí p. 116 y s. Una fuente temprana sobre la crisis de la artesanía es Justus Möser, «Von dem Verfall des Handwerks in kleinen Städten», en: *Patriotische Phantasien*, ed. por su hija J. W. J. v. Voigt, nac. Möser, Berlin, 1775, pp. 181-209; impreso parcialmente en Christa Bürger (ed.), *Ludwig Tieck. Der blonde Eckbert/Die Elfen. Materialien zur romantischen Gesellschaftskritik*, Frankfurt a. M., 1974, p. 74.

Ahora bien, Leonhard es completamente consciente de que en el pasado también había cosas que se hacían mal: «los abusos reales de los gremios (...), que son innegables», se podrían «haber abolido sin echar por tierra (...) la venerable institución» (JTM, p. 77). Algo muy parecido expresaría después Tieck ante Rudolf Köpke, su Eckermann:¹²¹ «También la libertad económica, que tanto se alaba, pertenece a estas invenciones modernas. No se deberían haber abolido los gremios, sino la corrupción que reinaba en ellos, que podían ser reformados».¹²²

Los gremios sí que merecían una reforma bien intencionada según Leonhard, ya que «nosotros» les debemos «las artes, el bienestar y la libertad». Las «artes», las habilidades artísticas de la artesanía estarían protegidas por los gremios, en tanto aseguran una formación adecuada, y con ellos el «mantenimiento de un conocimiento básico de la profesión» por parte de aprendices y oficiales, como escribe Rau.¹²³ La libertad económica y la apertura de todos los negocios a personas también sin formación conduciría sin embargo, inevitablemente, a «un trabajo mal hecho».¹²⁴ Por medio de los «métodos actuales» de la formación libre, no reglamentada, se «favorecerían los bodrios y las chapuzas».¹²⁵

Sin embargo, la «libertad», que Leonhard atribuye al sistema de gremios, no la podremos encontrar en la simple ausencia

121 Aquí el autor se refiere a Johann Peter Eckermann, amigo íntimo y acompañante de Goethe los últimos años de su vida [N. del T.].

122 Rudolf Köpke, *Ludwig Tieck. Erinnerungen aus dem Leben des Dichters nach dessen mündlichen und schriftlichen Mitteilungen*, Bd. II, Leipzig, 1855, p. 244. Los «abusos» de los gremios los investiga también Rau en un capítulo específico. Mientras de acuerdo a Leonhard estos «abusos [...] se han ido colando a lo largo del tiempo», Rau ve esta «extensión del tiempo» misma como el peor abuso: «la duración del tiempo de aprendizaje» se dilataba demasiado a menudo, también para «disfrutar de los servicios no pagados de los aprendices el mayor tiempo posible»: «El largo tiempo no se empleaba, por tanto, bien» (Rau, *Zunftwesen*, p. 76 y s.).

123 Rau, *Zunftwesen*, p. 73.

124 *Ibid.*, p. 120.

125 Köpke, *Tieck*, p. 244. También Rau nombra a quienes hacían «chapuzas» como personas que se aprovechaban de la libertad de empresa (Rau, *Zunftwesen*, p. 120). Que los gremios no solo aseguraban la calidad del trabajo, que también desarrollaron las «artes» en un sentido productivo, jugando también un gran papel en la innovación en los productos y técnicas de fabricación es algo probado por la investigación histórico-social de los últimos años; véase por ejemplo S. R. Epstein, «Property Rights to Technological Knowledge in Premodern Europe 1300–1800», en: *The American Economic Review* 94 (2004), pp. 382–387; S. R. Epstein y Maarten Prak (eds.), *Guilds, Innovation, and the European Economy, 1400–1800*, Cambridge, 2008; Jan Lucassen, Tine De Moor y Jan Luiten van Zanden (eds.), *The Return of the Guilds*, Cambridge, 2009.

de una supervisión centralizada estatal. Con Rau habríamos de referirnos aquí más bien a la «itinerancia»,¹²⁶ que en el curso de una vida organizada gremialmente marca un rito de paso decisivo.¹²⁷ Pues según Rau, el paso de un trabajo a otro proporciona una mente realmente libre y no ha de ser tratado solamente como una instancia de la formación (de habilidades técnicas), sino sobre todo como una instancia de la «educación» en un sentido empático:

«No es solo el conocimiento de las distintas particularidades del desempeño técnico del oficio lo que se fortalece por medio del paso de un trabajo a otro, aunque esto sea muy importante; quien pasa de un trabajo a otro aprende también de la vida en sus diversos sectores, sus virtudes y sus defectos, tal y como se manifiestan en la sociedad civil. No es de extrañar que los prejuicios adquiridos con la leche materna se vayan perdiendo con cada paso que se da en el mundo, que el oficial regrese a su ciudad natal habiendo cultivado la cabeza y el corazón, y que sepa examinar la situación desde la experiencia y manejarse en ella con destreza. ¿Bajo qué otras circunstancias se podría dar una formación más elevada a más personas, que la que se da en las familias de los miembros del gremio en comparación con las personas del oficio fuera del gremio o los jornaleros? Esta influencia beneficiosa no solo se reduce a la persona que va de un trabajo a otro; por medio de la enseñanza, la transmisión oral y la influencia silenciosa pero poderosa de los miembros maduros de la casa sobre los más jóvenes, se propaga así, sin dejar de nutrirse, sobre toda la comunidad».¹²⁸

Quien transita de un trabajo a otro gana visión de conjunto, pierde sus prejuicios y estrecheces de miras, y así puede manejar sus propios asuntos de forma soberana con cautela y visión de futuro. En el proceso de formación «de la cabeza y el corazón», la «influencia beneficiosa» de quien transita de un trabajo a otro

126 Traducimos *wandern*, *Wanderung*, etc. como itinerancia o peregrinación. Se refiere al fenómeno, todavía existente como arcaísmo en algunos oficios artesanos en Alemania, y muy común en la época previa a la industrialización, por el cual una fase del aprendizaje del oficio tiene que ver con un período de viaje, de itinerancia, en la que el aprendiz va de taller en taller trabajando y aprendiendo, y recibiendo generalmente a cambio solo techo y alimento [N. del T.].

127 Sobre la utilización del concepto de Arnold van Gennep de los «ritos de paso» en el sistema de oficiales artesanos véase Kluge, *Zünfte*, p. 375 y s. Sobre la historia social de los oficiales ambulantes y el papel de la escritura autobiográfica en la itinerancia véase Sigrid Wadauer, *Die Tour der Gesellen. Mobilität und Biographie im Handwerk vom 18. bis zum 20. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2005.

128 Rau, *Zunftwesen*, p. 80 y s. Rauch escribe sobre la «itinerancia de los oficiales, una excelente institución que hace por sí misma que los gremios sean dignos de atención».

se cruza así, de una forma en principio paradójica, con la fuerza perseverante de la casa. Pues la casa es una institución de la narración; una institución que basa su coherencia y continuidad en narrar y ser narrada y, en concreto, un lugar en el que se narra.¹²⁹ Es precisamente ese espacio acotado y de confianza el medio ideal para, por medio de su propio poder de transmisión, hacer que «los miembros jóvenes de la casa» puedan tomar parte de la experiencia en el mundo de los más mayores; en la propia casa aprenden ya a conocer la vida y el mundo.

«La itinerancia de un trabajo a otro se ha terminado» –con esta afirmación lapidaria concluye Rau su exposición de los efectos de la libertad económica sobre el individuo, en el marco de su descripción empática pero trágica de las ventajas de dicha itinerancia–. Al no haber ya «ningún vínculo entre los artesanos», el intercambio de oficiales también desaparece; quien no transita de un trabajo a otro pierde rápidamente de vista su «influencia benéfica», y se vuelve duro de mollera y arrogante.¹³⁰

La secuencia de años de aprendizaje e itinerancia caracteriza el proceso formativo que ha de seguir cada artesano si quiere convertirse en un miembro de la sociedad civil con amplitud de miras, y no un mero jornalero. Leonhard comienza, de nuevo, una peregrinación. Entretanto, se ha convertido en marido y en jefe de la casa, y emprende un «segundo viaje» (Rudolf Kassner), deja atrás sus circunstancias vitales y matrimonio, a los que se había acostumbrado, y se convierte en «extraño para sí mismo» (JTM, p. 81) –sobre todo por los embrollos eróticos que le esperan en el castillo del barón–, para después regresar por segunda vez y de forma definitiva a su casa.

Representación gremial

La itinerancia de un trabajo a otro no era lo único que permitía ir más allá de su horizonte habitual a los oficiales ligados a los gremios. El mismo movimiento –que libera de los prejuicios y la ignorancia ampliando continuamente la experiencia– lo proporcionaban también los gremios a sus miembros en su lugar

129 Véase al respecto Riehl, *Familie*, p. 242.

130 Rau, *Zunftwesen*, p. 119. Sobre la continuación de la itinerancia en los movimientos autónomos de oficiales en la *Premarzo* véase el apartado «La cultura de los oficiales y el movimiento obrero: Wilhelm Weitling» en este mismo capítulo.

habitual. La libertad de la itinerancia se conserva y se renueva cíclicamente en una ordenación que finalmente Leonhard aclara a Elsheim, a sí mismo y a nosotros:

Fiestas populares, actuaciones, procesiones, música y baile en público en las fiestas de guardar, la transformación de la vida común en un espectáculo poético: todas estas necesidades íntimas buscaban satisfacer [el «viejo mundo»], dejaban a un lado lo vigente y transmitido, sumaban, mejoraban, aumentaban el brillo de la luz, y los nobles ancianos, padres del pueblo, clérigos y príncipes no consideraban indigno de ellos unirse de todo corazón al júbilo, dejando la buena razón en casa trasteando con sus viejas reflexiones (JTM, p. 79).

Anteriormente, en el «viejo mundo», la vida de la gente sencilla, de los artesanos y campesinos, se estructuraba mediante eventos festivos; su «vida común» se veía sometida a una «transformación» ritual nacida de las «necesidades íntimas» pero que se desarrollaba «en público» (JTM, p. 79). La «transformación» se produce en la «vida común», en «lo prosaico y cotidiano», como lo denomina Hegel, y convierte esta «prosa de la vida común» (Hegel con Tieck) en un «espectáculo poético». A través de las tareas cotidianas, que se desempeñan de forma natural y automática, se experimenta algo extraordinario, que requiere una especial atención y cuidado, y que también recibe una especial atención de los demás.

La observación en cierto modo etnológica de su propia y reciente cultura popular se basa en Leonhard en una amplia visión antropológica sobre la naturaleza de la «pulsión» humana:

Puesto que el individuo no quiere ser un mero individuo (como tanto predicaban algunos ilustrados desde hace años), tampoco quiere ser simplemente una pieza útil de la sociedad, sino representar en su tiempo algo más que él mismo. Esta pulsión por ir más allá de nosotros mismos es una de las más fuertes e invencibles, ya que libera en nosotros la más profunda particularidad (JTM, p. 80).

Posteriormente, Leonhard habla de la «pulsión por huir, por hacerse extraño de sí mismo, y volver a presentarse como otro ser» (JTM, p. 81). Así, en el pasado se daba a cada ser humano cíclicamente la posibilidad –una vez o «varias al año o al mes»– de «representar algo ajeno» (JTM, p. 80).

Para Leonhard, el ser humano es ya en cierto modo por naturaleza un ser teatral, y para el Tercer Estado eran fundamentalmente los gremios los que daban un marco institucional para que los seres humanos siguieran su pulsión de salir de sí mismos y poder ser de otra manera –*precisamente* los gremios, se podría añadir pese a la doxa histórica, para la que esta institución siempre ha valido como imagen de la fuerza de la perseverancia y de algo que se mantiene de por sí y de acuerdo a sus reglas.

Los gremios organizaban «múltiples actos lúdicos y serios, juegos, representaciones de todo tipo, alegóricas o cómicas» en las que «el maestro se convertía [...] en responsable de su corporación y hermandad, el oficial era el líder del baile y la esgrima, orador y actor, y hasta un muchacho aprendiz tenía la oportunidad de hacerse valer ante sus iguales (JTM, p. 80). Con sus rituales de representación, los gremios daban a las personas la oportunidad de salir de la «vida común» y ser algo más, algo «fuera de sí», incluso «representar algo ajeno». Este otro no es, sin embargo, completamente diferente; es un disfraz que las personas se ponen. Así, las personas se insertan en un rol que se corresponde, sin embargo, con su posición en la «vida común», solo que transportado a otro orden diferente: Es el maestro quien será el «representante de su corporación y hermandad» –y no el oficial, por ejemplo–, y como tal habrá de completar un determinado ceremonial. Y es de suponer que solo será el oficial –y no el maestro ni el aprendiz– quien tenga a su disposición los roles de «líder del baile y de la esgrima», «orador», o «actor». Sin embargo, en estos roles se convierte, en realidad, en otra cosa, en «algo ajeno».¹³¹

131 Sobre la cultura de la fiesta de los gremios escribe Kluge: «Una forma de fiesta muy querida era el desfile a través de las calles con banderas ondeantes y carros adornados. Estaban ordenados de acuerdo al rango o la antigüedad del gremio, y se presentaban vestidos con uniformes que subrayaban la pertenencia común de los miembros del gremio». Que los diferentes rangos sociales no se difuminaban en la fiesta, sino que se subrayaban de forma teatral, es algo que se muestra en la cultura del baile de los oficiales: «Igual de queridos eran los bailes en grupo de los oficiales artesanos. Mientras las capas altas hacían bailes en corro en los que los pies se quedaban en el suelo, en el caso de los gremios eran más típicos los bailes en corro formando vivas figuras, que tenían lugar al aire libre. [...] Los bailes de cuchillos, que se hacían con espadas relucientes, se componían de figuras de baile, simulacros de combate y actuaciones acrobáticas. [...] También les gustaba hacer teatro» (Kluge, *Zünfte*, p. 384 y s.). Sobre la «lucha» y la esgrima, véase el apartado «El lenguaje de los oficiales» en la segunda parte del presente capítulo.

Así, el artesano no es un «simple» artesano fijado como tal en una determinada jerarquía, sino que presenta y expone, es decir, lo *representa*. Tanto Elsheim como Leonhard se lamentan por igual de la *pérdida* de la posibilidad y de la capacidad para la representación pública. Elsheim siente lástima de que «en los últimos tiempos, es difícil encontrar a una persona que pueda representar; incluso los diplomáticos que lo comprenden cada vez son menos». Por todas partes se expande «el comportamiento torpe, avergonzado y tartamudeante de nuestros grandes»; incluso «la conducta militar uniformada» se ha «desprendido de todo resto de representación» (JTM, pág. 81).

La utilización intransitiva del verbo «representar» nos indica que, en el «viejo mundo», todos los hechos de la vida profesional o del oficio siempre se duplicaban desde el principio. Estaban pues al mismo tiempo en dos esferas: por un lado en la esfera de la «vida común» y por otro en una esfera de la presentación o representación, donde se «afirmaba» lo común, es decir, se le dotaba de un significado social, una justificación y una eficacia que no provenía por sí misma de la actividad ni de la situación en la que esta se desempeñaba.

Así, la necesidad de un desdoblamiento de la vida profesional en una esfera de la representación no resulta solo de la naturaleza pulsional teatral de las personas, sino también del contundente hecho que Leonhard solo toca de pasada: por medio de los «actos, juegos y representaciones» de los gremios, la persona vuelve, según Leonhard, «más fuerte, más sana y más alegre [...] a su trabajo habitual, consolado con respecto a él, y con la esperanza cercana de poder darse pronto un nuevo baño en la fuente de la juventud. El trabajo cotidiano de las personas alcanza así, por medio de la esfera de la representación, una mayor carga de sentido, por la cual la persona siente que, a pesar de su «oficio habitual», no es solo una más. Arrebatada de la esfera cotidiana en intervalos regulares, la persona puede desempeñar sus tareas habituales «saludablemente [...] y con alegría» (JTM, p. 80).

Con esa confesión, la narración simple de la pérdida que hace Leonhard da un nuevo giro: se revela que el paso a la libertad económica, que lamenta, no es solamente la caída de un mundo sano y ordenado de trabajo pleno de sentido y no

alienante hacia un mundo insano de trabajo duro «mecánico y desalmado». Parece, más bien, como si ya en el «viejo mundo» las personas sufrieron en su trabajo, como si ya antes fuera esto común y habitual, y la persona trabajadora necesitara por tanto consuelo. La diferencia entre el «viejo mundo» y los «nuevos tiempos» consiste en que antes había rituales de compensación y ordenamientos estables e integrados en la vida de las personas.

Por medio de este giro, la crítica de Leonhard a las condiciones del presente se vuelve todavía más aguda. Así, la exigencia que supone la libertad económica para las personas resulta ahora doble: no solo el trabajo será cada vez más mecánico, desalmado y idiotizante bajo el dictado de la división del trabajo y de la búsqueda de beneficio, también la compensación que el viejo orden estipulaba, la representación gremial, quedará eliminada en el momento en que más necesaria sería. Sin ella, la necesidad de compensación de las personas, cada vez mayor, se quedará en cierta medida en el aire y sin forma determinada. Sin el consuelo de la representación regular, en manos de la bebida, la criminalidad y el sexo,¹³² el ser humano será extraño a sí mismo *en su forma más cruda*, sin perspectivas de «reencontrarse como otro ser». El ser humano pierde apoyo y orientación.

Política afectiva desde arriba

No es solo la pulsión elemental de la representación la que no se disfruta regularmente en los «nuevos tiempos» y que por tanto se atrofia o degenera. Lo que constituye para Leonhard el espíritu y los demonios del presente es una completa ignorancia de las pasiones y pulsiones humanas. La «sabiduría del viejo mundo» comprendía que «las pasiones, majaderías, juegos, chistes, deseos y placer son los elementos que luchan y se combinan en la humanidad, y que la razón solo puede ser un equilibrio» al que se llega tras un proceso de conflicto –y que no permite ser alcanzado simplemente de manera abstracta–.

132 En la conversación con Köpke, Tieck se lamenta también de las implicaciones en política poblacional de la libertad de empresa: «El procedimiento actual [...] fomenta los matrimonios tempranos. Los oficiales y muchachos inmaduros, torpes e ignorante, comienzan con sus propios asuntos, se casan con cocineras con 30 táleros, traen al mundo a un montón de niños y niñas y se convierten después en una carga para el Estado. ¿Adónde vamos a llegar?» (Köpke, *Tieck*, p. 244).

En vez de la más alta razón o la «sabiduría», «hoy» domina, según Leonhard, una razón simple, una «razón desamparada», que «nunca ha sido capaz de tener efectos ni hacer nada realidad». En lugar de la multiplicación y el enriquecimiento, que surgía de la vieja «sabiduría», esta razón desamparada pero dominante opera una reducción general, una reducción antropológica en cierto modo, que conduce a que «la humanidad se desacostumbre a la humanidad». En vez de una afirmación de la heterogénea naturaleza afectiva de las personas, ahora solo se encuentra por todas partes «ese desacostumbramiento de nuevo cuño» que finalmente «conduce a la muerte moral y a la fría desesperación» (JTM, p. 79).¹³³

La reducción de la naturaleza humana a la razón –y también la concepción reduccionista de lo que se entiende por razón– no se produce según Leonhard, por sí misma. Es algo que se implanta y se manifiesta como elemento de una determinada política estatal, que cuando se examina con atención no resulta tan universal-humana como prometía su apelación a la razón. Se muestra que son los «nuevos legisladores» quienes «desde hace tiempo tratan a las personas como seres racionales, tanto más cuanto más humilde es su extracción social». Que «el individuo sea un simple individuo», como desde «hace algunos años predicaban los ilustrados», acerca a la persona al ideal de «no tener pasiones o de poder adiestrarlas y elevarse a partir de todas las virtudes de la razón, de la dedicación, del oficio y del esfuerzo infatigable». Leonhard observa que este ideal, y con él toda la antropología ilustrada y el énfasis en la formación, viene acompañado de un sesgo social –o, en el lenguaje de finales del siglo XIX: está marcado por la clase–. Una vez que las personas de las clases bajas han sido despojadas, en primer lugar, de la seguridad económica y del consuelo del orden de la representación

133 Si hoy, en nuestro presente, se recuperan los «elementos de una filosofía materialista» que habrán de ayudar a aclarar «por qué merece la pena vivir», entonces también podemos –precisamente– valorar las reflexiones del artesano romántico Leonhard y del poeta romántico Tieck como muestras de este materialismo. Pues aquí se muestra ya que cualquier acceso a «la cosa misma» –sea esta la «pulsión», o la «característica más profunda» de la persona, o en último término la esencia de la comunidad– solo es posible por medio del rodeo esencial que nos proporcionan la fantasía y la representación. Véase Robert Pfaller, *Wofür es sich zu leben lohnt. Elemente materialistischer Philosophie*, Frankfurt a. M., 2011.

del gremio, solo tienen ante ellas un cielo de virtud ascética que cada vez las hundirá más. Pues no es simplemente la falta de dinero lo que arrastra hacia abajo al ser humano; es sobre todo la dependencia de los «ingresos» lo que prohíbe al individuo cualquier emoción «irracional» y hace de él finalmente lo que menos quiere ser: «un mero individuo».

Leonhard deja claro, con un pequeño giro, que esos valores que caracterizan a las personas de las clases bajas como «racionales», y que se presentan en realidad como generales o humanos, no son nada inocentes en términos sociales: «los legisladores se reservan tácitamente para ellos mismos y para sus similares muchos entretenimientos y formas de perder el tiempo, los más respetables de los cuales colocan bajo la rúbrica de ‘formación’, la cual está sin embargo vedada a para la gente corriente» (JTM, p. 78 y s.). Con pocas palabras muestra Leonhard la tupida red de encubrimiento ideológico que se esconde tras la apelación ilustrada a la razón: la exigencia de una utilización del tiempo más eficiente y las «virtudes» ligadas a ella solo valen para aquellos a los que se predica; no para los predicadores; «formación» no es un concepto general, sino que es muy diferente si se comprende como un «pasatiempo» que marca un estatus o como modelo de disciplinamiento («adiestrar», «elevarse»); y finalmente, los «legisladores» –y quizás también los «legisladores de la razón humana» (Kant), los filósofos de la Ilustración– no están orientados tan exclusivamente hacia el bien común, como era de suponer, sino que se ven influidos por sus propios intereses. Hacen las leyes para ellos «y sus semejantes»: para «hombres de negocios o distinguidos», «patrones» y «personas ricas» (JTM, p. 75 y s.).

Las virtudes y valores, cuyo carácter «racional» acaba por desenmascarar Leonhard como mero truco ideológico, son los mismos que se consideran genuinamente «burgueses» a principios del siglo XIX: «dedicación», «oficio» y «esfuerzo infatigable». Son valores ligados a una revalorización del trabajo y a la auto-percepción de una nueva élite «burguesa». Esta es la primera y única élite de la historia que no basa su orgullo propio en que no tiene que trabajar, sino al revés, en que trabaja continuamente, como ha señalado Franco Moretti, recurriendo a Robinson

Crusoe y Norbert Elias.¹³⁴ Para Tieck, esta ideología burguesa es también un engaño: una estafa de una capa superior inútil sobre la masa trabajadora, sobre la que se predicán estos valores para cautivarla en el trabajo e implantar de forma casi antropológica el estímulo del trabajo –cultivada y engeída, como se puede afirmar tras la crítica de Leonhard a la ideología ilustrada de la educación–.¹³⁵

Pasiones e intereses:

Leonhard, Adam Smith y Albert O. Hirschman

Durante varias páginas, Leonhard sitúa su crítica a la política afectiva de los «nuevos tiempos» dentro de un horizonte más amplio, interesante también en cuanto a la teoría de la historia. Sostiene, de pasada, que el nuevo y «elogiado reparto del trabajo» es en realidad un «viejo invento», por medio del cual se podían «producir ciertas cosas insignificantes como agujas, clavos y similares (...) de forma rápida y barata» (JTM, p. 76). Con ello, Leonhard (y con él Tieck) se identifica como lector de Adam Smith, o al menos como alguien que ha seguido los debates que ha habido en Alemania desde aproximadamente 1800 sobre Adam Smith. Como es sabido, Adam Smith recurre en el primer capítulo de *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, a la producción de clavos y alfileres como ejemplo de cómo la división del trabajo tiene por efecto un aumento de la productividad. Este ejemplo aparece una y otra vez en el debate alemán sobre Adam Smith, convirtiéndose pronto en un lugar común.¹³⁶

134 Sin embargo, para el burgués el trabajo ya no es algo de lo que quiera librarse, pues «el trabajo se ha convertido en *el nuevo principio de legitimación del poder social*» (Moretti, *Bourgeois*, p. 30).

135 Sobre la poética y la política de los afectos de Tieck como herencia del Romanticismo véase Primus-Heinz Kucher, «'Der Rausch ist auch oft nüchterner als wir uns gestehen möchten'. Zwischen Romantik und Früh-Realismus. Ludwig Tiecks Romannovelle *Der Junge Tischlermeister*», en: *Studia theodisca* 3 (1996), pp. 127-141.

136 Smith habla de «alfileres» y «producción de alfileres», y en la discusión contemporánea alemana se nombran alternativamente «clavos» o «alfileres»; Tieck simplemente junta ambos. Véase Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. por R. H. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd, 2 vols., Oxford, 1976, Libro 1, Capítulo 1: «Of the Division of Labour», pp. 13-24 [ed. en cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2011]. En la traducción del ilustrado breslavo Christian Garve, publicada entre 1794 y 1796 y que hizo conocida la obra de Smith en Alemania se tradujo «*division of labour*» por «*Vertheilung der Arbeit*», lo que se corresponde con el discurso de Leonhard [N. del T.: el término alemán «*Vertheilung*»,

En el debate alemán de la época, como consecuencia de sus teorías se reprochaban al propio Smith todas las injusticias sociales que Leonhard critica como consecuencias de la libertad de empresa. Dentro de esta corriente, la indirecta de Leonhard a Smith solo es una muestra más de la recepción crítica de sus ideas, normales por otro lado. Sin embargo, en el contexto de sus explicaciones sobre la reducción de las pasiones, la referencia a Smith puede ser leída como una contribución independiente al debate por parte de Tieck. La *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Smith se basa también en una teoría de las pasiones, que al mismo tiempo supone una conexión con su *Teoría de los sentimientos morales*, que volvió a recordar Albert O. Hirschman a los investigadores sociales del siglo XX con su estudio *Las pasiones y los intereses*.¹³⁷ En el centro de la teoría económica de Smith se encuentra, como se sabe, la tesis de la «mano invisible», según la cual la consecución de los intereses privados de todos los participantes del mercado conduce, casi de manera automática, a servir al «interés público».¹³⁸ Sin embargo, esta tesis, sobre cuyo origen, alcance y legitimidad se ha escrito mucho desde la publicación de su *Investigación*,¹³⁹ presupone en realidad –como muestra Hirschman– una operación de política afectiva que define, antes que nada, lo que puede considerarse «interés», pues la categoría de interés era extremadamente opaca en la teoría económica, social y filosófica de los siglos XVII y XVIII –fundamentalmente porque siempre se construía en contraposición a las también opacas «pasiones»–.¹⁴⁰ Mientras Montesquieu, James Steuart y John Millar formulaban

o «*Verteilung*» en alemán contemporáneo, hace referencia a algo más que una mera «división» (*Teilung*), por lo que parece más adecuada su traducción como «reparto»; *Untersuchung über die Natur und die Ursachen des Nationalreichthums von Adam Smith, Doctor der Rechte*, nueva traducción de la cuarta edición inglesa [por Christian Garve, autor del prólogo, p. XIV], Breslavia, 1794, Libro 1, Capítulo 3, p. 29.

137 Albert O. Hirschman, *Leidenschaften und Interessen. Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*, Frankfurt a. M., 1980 [ed. en cast.: *Las pasiones y los intereses*, Madrid, Capitán Swing, 2014].

138 La formulación clásica se encuentra en Smith en un lugar más bien perdido, en el segundo capítulo del cuarto libro; Smith, *Inquiry*, p. 456.

139 Un comentario actual lo ofrece Lisa Herzog, *Inventing the Market. Smith, Hegel, and Political Theory*, Oxford, 2013, p. 33 y s. Sobre la «desregulación en Adam Smith» y sobre la «famosa 'mano invisible'», véase Vogl, *Kalkül*, p. 246 y ss.

140 Hirschman, *Leidenschaften*, primera parte: «Interessen als Widersacher der Leidenschaften», pp. 17-76 [ed. en cast.: *Las pasiones*, primera parte: «Cómo se convocó a los intereses para contrarrestar las pasiones», pp. 33-91].

la teoría de que los intereses económicos se podían emplear para contener los «excesos pasionales de los poderosos», y por tanto para la «mejora del orden político»,¹⁴¹ Smith equipara de pronto pasiones e intereses en su *Investigación*.¹⁴² ¿Cómo se le pudo ocurrir esto? –se pregunta Hirschman–.

Antes de que Smith equiparase pasiones e intereses, las pasiones y el concepto mismo de «naturaleza humana» debían ser reducidos y homogeneizados. Mientras que antes se pensaba al ser humano como «movidado por diferentes pasiones, a menudo incluso zarandeado por ellas», Smith explica la codicia, la avidez de propiedad, como raíz de todo el resto de pasiones. Hobbes o Rousseau habían contrapuesto la codicia económica a la «ambición» política «por honor, dignidad, atención y reconocimiento».¹⁴³ Smith declara entonces la codicia como principio de funcionamiento general también de las «necesidades de reconocimiento» –todos queremos poseer reconocimiento como máximo bien–, por lo que el individuo pierde su autonomía y el noble objetivo del derecho propio se degrada en una simple manifestación de egoísmo: un ejemplo, según Hirschman, de la brillante ironía de Smith.¹⁴⁴

El resumen de Hirschman de la reducción smithiana suena casi como un eco de los lamentos del Leonhard de Tieck. Hirschmann observa en el espejo de la teoría smithiana que la entrada en la libertad económica implica también una intervención en la naturaleza humana, en la que antes eran «las pasiones, majaderías, juegos, chistes, deseos y placer (...) los elementos que luchaban y se combinaban», mientras hoy solo escuchamos el monólogo de la trinidad de «la dedicación, el oficio y el esfuerzo infatigable» (JTM, p. 79). En torno a la cuestión sobre las razones de la reducción smithiana, Hirschmann sostiene, sin embargo, que Smith «se interesó mucho antes que otros autores por la

141 Hirschman, *Leidenschaften*, segunda parte: «Wirtschaftliche Expansion im Dienste einer Verbesserung der politischen Ordnung», pp. 79-122, especialmente p. 80 [ed. en cast.: *Las pasiones*, segunda parte: «Cómo se esperaba que la expansión económica mejorase el orden político», pp. 92-134].

142 Esta equiparación realizada de pasada, pero con una enorme importancia sobre el trasfondo de la tradición, se encuentra por ejemplo en el séptimo capítulo del libro cuarto; Smith, *Inquiry*, p. 630.

143 Hirschman, *Leidenschaften*, p. 117 y s.

144 Véase Hirschman, *Leidenschaften*, pp. 118 y 110.

‘gran masa de personas’, esto es, por el individuo medio y su conducta», el cual, en contraposición con los príncipes y los miembros de la aristocracia, estaba menos «influido por las pasiones nobles o comunes», y lo que le movía era simplemente la preocupación por el «mantenimiento de la vida». Hirschmann supone, con referencia a Maquiavelo y a Hobbes, que estos consideraban «a la persona corriente [...] menos complicada» que los nobles, con su afán de notoriedad.¹⁴⁵

Aquí protesta el Leonhard de Tieck: las «personas corrientes», con sus «oficios corrientes» no son simplemente «corrientes», se las ha hecho «corrientes» por medio de una reducción antropológica que las hace «meros individuos». Esto es, al haberse suprimido sus formas heredadas de salir de sí mismas y convertirse en otras, a estas personas no les queda más que su preocupación por la supervivencia de su «vida desnuda» (JTM, p. 62) –y esta pura supervivencia será cada vez más difícil en el nuevo orden–.

Es una profunda ignorancia aristocrática la que priva a las «personas corrientes» de una naturaleza afectiva más allá de la pura supervivencia. Y es esta arrogancia la que tendrá consecuencias históricas cuando se fundamente la discriminación de las personas «corrientes» de la sociedad en la naturaleza reducida de sus impulsos. Que esta ignorancia se revela ya en su definición de lo que consideran «pasión» quedará después claro cuando Leonhard exponga con claridad su propio catálogo alternativo de pasiones, que no incluye los meros afectos aristocráticos-agonistas del honor, la ambición de gloria y el reconocimiento, sino sobre todo aquellos afectos simples, plebeyos, como «majaderías, juegos, chistes, deseos y placeres» (JTM, p. 79), que sin embargo, como resalta Leonhard, antes no se tomaban de ningún modo por «corrientes».

El derecho a estas pasiones, e incluso el derecho al «honor, dignidad, atención y reconocimiento» más allá de la ignorancia aristocrática impregnarán las luchas de la «gente común» en el desarrollo posterior del siglo XIX. La lucha por estos derechos será al menos tan importante como aquella por el sostenimiento de la vida; ambas luchas se manifiestan en lo concreto como in-

145 Hirschman, *Leidenschaften*, p. 120 y s.

separables.¹⁴⁶ Que las pasiones –y, como se nos mostrará, el gusto y la formación– reciban tanta importancia en las luchas de la «gente común» será algo que irrite a la otra parte, en tanto esta (por ejemplo la nueva aristocracia empresarial y del dinero) no se puede imaginar que la «gente común», con toda su miseria, pueda tener algo más en su cabeza que el puro tragar comida. La ignorancia heredada de la vieja aristocracia no se disipará tan rápidamente en la nueva.

Pasiones políticas, gusto estético

La fractura y la reducción antropológica que se preparaba en la obra de Adam Smith y se completaría con la libertad económica, resulta para el Leonhard de Tieck irreversible; el artesano-poeta romántico no alberga ilusión alguna sobre la posibilidad de una simple vuelta al *statu quo* anterior. Al mismo tiempo, se pregunta cómo se podría evitar una fractura que ya percibe y presenta como una deriva equivocada.

Tieck considera el arte un medio de compensación; en todo caso, un arte que recuerda a su vieja proximidad con la artesanía, y que ha de ser programado de nuevo tras el fin de la vieja artesanía. Este reajuste de la función del arte encuentra su expresión, en el caso del ebanista, en una larga conversación entre Leonhard y Elsheim sobre el deterioro del gusto. Una conversación sobre las consecuencias sociales de la libertad económica que tiene lugar entre dichos personajes, pero que solo el segundo de ellos, Elsheim, puede comprender toda su dimensión.

Recién comenzado su viaje, Elsheim arranca a Leonhard la confesión de que este se ha vuelto «infeliz con su situación y casi con su vida al completo». La razón es al mismo tiempo personal y social y conduce a la vieja pregunta de Elsheim, de por qué Leonhard, que ha salido por el mundo con un «espíritu abierto

146 Sobre las luchas de la clase obrera en formación, en la Inglaterra de los años 1820 y 1830, se dice en Thompson, *Entstehung*, p. 218, que «algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años versaron sobre temas que no están englobados por los baremos del coste de la vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, 'justicia', 'independencia', seguridad o economía familiar, más que los simples temas de 'pan y mantequilla'». En última instancia, todas las luchas se orientaron contra la «reducción de las personas a un 'instrumento'» [ed. en cast.: *La formación...*, p. 228 y s.].

y unos conocimientos variados» y un «deseo de conocer a todas las personas cultas», «no ha preferido escoger la vida del artista» aunque el «oficio» de Leonhard «quizás tampoco sea un fracaso» (JTM, p. 55). Leonhard aprovecha esta provocación para razonar sobre las categorías de arte y artesanía, sensualidad, utilidad y formación, como hacía «en los tiempos pasados» cuando decidió convertirse en ebanista. Interesado en la formación y el arte, dice Leonhard, no valía para «erudito», porque «las cosas [le] interesaban más que las ideas, las palabras y las formas». Siempre le faltó «entusiasmo» para ser artista, «aquel espíritu que vuela, ambicioso, que puede y debe dejar y olvidar todo tras de sí, que está en mundos extraños, pero no en el cercano». Al fin y al cabo, Leonhard se caracteriza a sí mismo conscientemente –¿y con coquetería?–, como alguien sencillo: «mi ánimo, por el contrario, es limitado y realmente burgués, mi empeño por el trabajo, la utilidad, mi afición por las cosas que son útiles y robustas: todo esto me persuadió tempranamente de que estaba destinado a ser artesano» (JTM, p. 55).

Sin embargo, y aquí Leonhard le da la razón en cierta manera a Elsheim, ahora «el ebanista se encuentra a caballo entre el artista y el artesano» (JTM, p. 55). La carpintería sufre una «transformación en arte (...) sin querer ser arte» (JTM, p. 58). Especialmente el artesano ebanista hace resaltar así una «pulsión» que Leonhard denomina «pulsión por la belleza y el arte» y «pulsión por la formación» (JTM, p. 56) y que, como queda claro aquí, está íntimamente relacionada con aquella pulsión que en una conversación posterior se caracterizará como pulsión por la representación. La «pulsión por el arte» empuja a las personas a «cubrir todo aquello que necesitan, con una capa de belleza»; así, cualquier «menaje o mueble del hogar» se transformará, por medio de «añadidos ornamentales, en algo más elevado» (JTM, p. 55 y s.).

Leonhard va variando estas ideas con diversas formulaciones. Así, poco después habla de que «todo lo que está vacío hay que revestirlo, y todo lo que expresa la pura necesidad ha de ser transformado para silenciar así la pura necesidad» (JTM, p. 56 y s.). El núcleo de la cosa ha de ser «revestido» o, como se dice después, «modificado» (JTM, p. 59) porque, en realidad, está vacío; de este modo, sin embargo, la «necesidad» se desplaza del

núcleo a los «ornamentos» –aquí da Leonhard en el clavo, al final de su discurso, de una forma ejemplarmente romántica, por lo irónica y paradójica–: se trata de «dar a la vida desnuda un ornamento necesario decorándola con un revestimiento». Pero si el «ornamento», los «añadidos» y el «revestimiento» se reconocen como «necesarios», entonces toda la diferenciación que Leonhard había expuesto y repetido con una sencillez casi provocadora queda ahora puesta en duda.

Sin embargo, la diferenciación entre «necesidad» y revestimiento de adorno no es simplemente falsa: para Leonhard, la «necesidad» sigue siendo «la primera base prosaica» de la vida, a la que se añade como decoración el revestimiento. Lo que sí que es falso, en cambio, es el desarrollo parcial del nuevo gusto: para empezar, el «sentido husita y la rudeza iconoclasta de nuestros días» agudizan la diferencia de tal modo que finalmente el revestimiento, el «ornamento», comienza a considerarse «superfluo e irracional» (JTM, p. 62) y con ello prescindible e incluso reprochable –*ornamento es crimen* será un tópico posterior–. La iconoclasia racionalista aísla el núcleo funcional a partir del cual quiere deshacerse y eliminar todo lo superfluo. Leonhard problematiza la diferencia entre necesario y superfluo cuando muestra que lo superfluo también es necesario y que solo gracias a la añadidura de lo superfluo puede seguir funcionando el núcleo.¹⁴⁷ El «entretenido jeroglífico» de esta relación entre lo necesario y lo superfluo muestra que no se trata de una relación tan sencilla como sostiene el racionalismo. Que finalmente no se pueda aclarar qué es «necesario» y qué «superfluo» constituye por consiguiente un estímulo esencial de la vida misma.

La crítica de Leonhard al aplanamiento racionalista del gusto de su época señala de antemano su posterior crítica a la política afectiva racionalista que acompaña a la libertad comercial, que se manifestará en una conversación con Elsheim. El artesano-artista era capaz de dar un «revestimiento ornamental» a la «estricta necesidad» y a la «vida desnuda», los gremios eran capaces de dotar a lo común y a la «vida cotidiana» de una repre-

147 *Des Lebens Überfluß* [La abundancia de la vida] es otra novela corta posterior de Tieck, en la que se aborda realmente de forma sistemática la relación entre lo necesario y lo sobreabundante o superfluo; Ludwig Tieck, *Des Lebens Überfluß*, en: Tieck, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 12, pp. 193-249.

sentación poética que permitía a las personas salir de sí mismas y de ese modo seguir siendo ellas mismas por completo (o volver en sí). Aquí y allí hay una «base prosaica» que ha de ser representada en un «espectáculo poético» o en una obra expuesta al público. La transformación sigue aquí y allí una «pulsión» que en el presente está reprimida o negada. Despreciar esa pulsión comporta de forma manifiesta enormes costes sociales y humanos, de los que da cuenta Leonhard en sus discursos.

Las causas sociales de «la ausencia de gusto» dominante estriban para Elsheim en «cierta Ilustración y defensa independiente del estamento burgués» (JTM, p. 58). No sorprende que la Ilustración tenga que ver con los procesos que se le incriminan. Sin embargo, sí que resulta asombroso que se haga responsable de ello al estamento burgués –al fin y al cabo, poco después el estamento burgués se mostrará como procurador del viejo orden perdido, cuya abolición no se le perdona–.

Pero el énfasis del argumento de Elsheim quizás no se encuentra tanto en el estamento burgués, y quizás tampoco en la «defensa del estamento burgués», sino en su carácter «independiente»: que los representantes de la burguesía se consideren «independientes», que opinen que deben aislar una cultura «burguesa» (con valores necesariamente burgueses en el sentido de sobrios) y pueden separarla de la relación con la cultura del despilfarro, descrita despectivamente como aristocrática o también como plebeya: esta es quizás la verdadera razón de que la vieja cultura que permeaba artesanía y arte, lo necesario y lo superfluo, vaya a ser destruida.¹⁴⁸ Y, por eso, podría seguir el argumento, la vieja cultura del gremio ha sido destruida, porque una determinada parte del estamento burgués –aquella que después se constituirá como burguesía– se desprende de esta instancia de mediación social y quiere convertirse en «independiente». Es decir, desvinculada de aquellas personas que, por su baja condición social, hay que colocar «debajo»: de los aprendices, los oficiales y los siervos. La «defensa independiente del estamento burgués» sería, de acuerdo a esta lectura, responsable de la devastación

148 Y así, quizás no sea la Ilustración *tout court* la responsable del aplanamiento racionalista del gusto del presente, sino solo «cierta Ilustración»: aquella Ilustración consciente de sí misma, que sin embargo no sabe nada de nada que no sea ella misma, ni tampoco puede saberlo.

social del momento, ya que por medio de la delimitación hacia abajo y hacia arriba, cree poder liberarse de la necesaria mediación con estas posiciones extremas de la sociedad. Por tanto, quizás no es casualidad que precisamente el noble Elsheim sea quien muestre la agresividad inherente con este autoposicionamiento de la nueva burguesía como «clase media», la agresividad de la autoproclamación por medio de la exclusión, que le era totalmente ajena al viejo y «verdadero estamento burgués».

La lucha de clases en Tieck: los gremios como invención de la tradición

Con total clarividencia, el Leonhard de Tieck demuestra, en relación con los procesos socio-históricos reales ligados al final de los gremios, que sus conversaciones han de ser leídas también como expresión de una transfiguración ideológica de los gremios. La reconstrucción de Leonhard del pasado ligado a los gremios es una construcción tan proyectiva como nostálgica:¹⁴⁹ los gremios del discurso de Leonhard pueden ser descifrados como elementos de una «invención general de la tradición», como invención de un pasado idealizado, que ha de ser legitimado con las normas y estrategias políticas del presente.¹⁵⁰

Así, ya no podremos ignorar que la «pintura de género»¹⁵¹ sobre la vida en la casa que Leonhard esboza, viene de la boca de un jefe de la casa y maestro gremial. Como tal, destaca la función de protección y paraguas de los gremios, que también beneficia a los oficiales. El discurso sobre la unidad de la forma de vida en la casa y en el gremio acentúa en este contexto la unidad y la estabilidad de las normas y valores que orientan la vida de todos los miembros de la casa. Por el contrario, habría que objetar que la casa y el gremio también son lugares de un conflicto de intereses manifiesto. Karl Marx escribirá poco después del *Eba-*

149 Koopmann, «Roman», pp. 178, 184 y s., muestra que aunque la «novela» de Tieck representa una postura sin duda conservadora, sin embargo no debería clasificarse de un plumazo como «literatura de la Restauración». Aunque *El joven ebanista* de Tieck sea una «novela contra la revolución», cuenta historias «no reaccionarias u orientadas hacia el pasado, sino prospectivas», y esboza un «nuevo orden cultural» trabajando a fondo los ideales revolucionarios.

150 Sobre los gremios como parte de una «invención de la tradición» véase Haupt, «Neue Wege zur Geschichte», p. 10. Sobre este concepto, sobre todo véase Hobsbawm/Ranger, *Invention of Tradition*.

151 Haupt, «Neue Wege zur Geschichte», p. 21.

nista de Tieck incluso sobre la lucha de clases entre oficiales y maestros.¹⁵² En el oficio mismo de la carpintería, y precisamente en la ciudad querida de Leonhard, la «burguesa, germánica y artística» Núremberg, –que Tieck en su obra *Phantasmus* contraponen a la activa «Norteamérica de Fürth»–¹⁵³ se produjo en 1788 una gran huelga en la que también hubo altercados entre maestros y oficiales, porque entre los artesanos reinaba el hambre y junto a las puertas de las casas estaba «la pobreza como un centinela enarbolando una bayoneta», como se decía en un pasquín de la época.¹⁵⁴

Leonhard articula su discurso en torno a dos ejes y argumenta con mucha agilidad estratégica en su defensa de los gremios: esconde los conflictos existentes en torno a la casa y el gremio para destacar la estabilidad de este orden. Hacia afuera, cuando se dirige al Estado y a los «nuevos legisladores», acentúa la capacidad de transformación de los gremios. Frente a la tesis, defendida desde el lado estatal, de la rigidez e incapacidad de los gremios para reformarse, Leonhard presenta a estos, en cambio, como instituciones flexibles y con capacidad de adaptación. Los gremios tenían capacidad de transformación, dice Leonhard,

152 Karl Marx y Friedrich Engels, «Manifest der Kommunistischen Partei», MEW 4, pp. 457-493, aquí p. 462 y s.: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos que se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes» [ed. en cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 2004, pp. 21-22].

153 Ludwig Tieck, *Phantasmus*, ed. por Manfred Frank, en: *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 6, p. 17. En la narración introductoria del marco general, se mostraba el contraste entre ambas ciudades hermanas, por el que Fürth, con sus «talleres de espejos, manufacturías de botones y diversas empresas martilleantes y ruidosas» representaba todo lo «útil, nuevo, fabricable», mientras que Nuremberg simbolizaba por el contrario ese «bello periodo de Alemania», en tanto «sus casas todavía estaban decoradas por fuera con pinturas de gigantes y viejos héroes alemanes» (p. 16 y s).

154 Citado en la gran obra monumental socio-histórica del oficial cerrajero y político de alto rango del SPD Rudolf Wissell, *Des alten Handwerks Recht und Gewohnheit*, 2ª ed. ampliada y corregida, ed. por Ernst Schraepler, Bd. 3, Berlín, 1981 [1929], p. 161 y s. Sobre la situación de desolación cultural, económica y política de Nuremberg a inicios del siglo XVIII véase el informe de viaje del periodista jacobino renano Georg Friedrich Rebmann, *Kosmopolitische Wanderungen durch einen Teil Deutschlands von 1793*, en: Bürger, Tieck, p. 64 y ss. Las huelgas de los oficiales como luchas de clase las investiga Andreas Griebinger, *Das symbolische Kapital der Ehre. Streikbewegungen und kollektives Bewußtsein deutscher Handwerksgelesen im 18. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./Berlín, 1981.

y hubiera sido mejor reformarlos. Así continúa con sus explicaciones, mostrando que precisamente si tenemos en cuenta la situación de anomia surgida tras la abolición de los gremios –pauperismo y abandono moral– los gremios habrían podido suponer una oferta de orden atractiva. No era solo la «disminución de los riesgos sociales» de lo que se preocupaban los gremios. También se encargaban en buena medida de la «pacificación de la sociedad urbana». Por medio de «cajas de apoyo para enfermos, inválidos y pobres» y un sistema de manutención de las viudas tapaban los «agujeros del sistema público de ayuda a los pobres» y hacían así una contribución que a menudo era bien recibida por las instituciones públicas.¹⁵⁵

El fin de los gremios y el inicio del movimiento obrero. «Tradiciones» de la historia social

Con el concepto de «tradiciones inventadas», Eric Hobsbawm defiende una fuerte oposición entre «tradiciones» y «costumbres»: donde las primeras se caracterizan por la ausencia de variación, las segundas por la flexibilidad y adaptabilidad: «El derecho consuetudinario o la ley común muestran todavía la combinación de flexibilidad sustancial y adhesión formal a lo precedente».¹⁵⁶ Siguiendo con esta fuerte asimetría de la crítica de la ideología, la investigación ha desenmascarado una y otra vez «tradiciones inventadas», mientras que ha considerado en cambio las «costumbres» como parte de la base social y del poder de cohesión de una sociedad. Cuando se examinan los debates sobre el sentido y el sinsentido de los gremios a comienzos del siglo XIX, hay que ver, sin embargo, la simetría que hay en esta contraposición. Pues los defensores de los gremios ponen el acento, en su «invención de la tradición», en la constancia y en la flexibilidad de los gremios, y también sus oponentes, los «nuevos legisladores» de la economía liberal, se manejan de manera

155 Haupt, «Neue Wege zur Geschichte», p. 23 y s. Véase también una representación detallada y diferenciada por gremios y sociedades de oficiales en Sigrid Fröhlich, *Die Soziale Sicherung bei Zünften und Gesellenvereinigungen. Darstellung, Analyse, Vergleich*, Berlín, 1976. Sobre el paso de la asistencia a los pobres en los gremios y en las hermandades al Estado social, véase Wolfgang Reinhard, *Lebensformen Europas. Eine historische Kulturanthropologie*, Múnich, 2004, p. 460 y ss.

156 Hobsbawm, «Introduction: Inventing Traditions», en: *Invention of Tradition*, p. 2 [ed. en cast., p. 9].

extremadamente flexible con la tradición gremial «inventada». Los gremios –y esto significa claramente los privilegios y ordenamientos gremiales de los maestros– tomarán una nueva forma, tras el fin oficial de su «autoridad» para «disciplinar a los trabajadores dependientes» y para «formar a los oficiales en las reglas y normas de la convivencia», para prevenir la agitación social y las luchas obreras. Aunque para el Estado resulte difícil tolerar a los gremios como instituciones casi soberanas (con su propio sistema de derechos y tributos), tampoco puede renunciar por completo a su función para el mantenimiento del orden social. La débil posibilidad de intervención del Estado sobre todo sobre el terreno –aquí habría que tener en cuenta de forma prosaica la carencia de policías y la rudimentaria burocracia administrativa– debía ser complementada con la jurisdicción propia de los gremios, de nuevo tolerada e incluso apoyada, para evitar la contratación de oficiales insubordinados o para mantenerlos ocupados con multas impuestas de acuerdo a la normativa gremial. En cuanto a la deseada «funcionalidad de los gremios en el orden político», sus defensores y detractores estaban por tanto abiertamente de acuerdo.¹⁵⁷

Quizás sea conveniente recorrer aquí la «línea de clase» (Jürgen Kocka) que recorre los pros y los contras de los gremios. Puesto que también los oficiales, considerados por los viejos maestros y el nuevo orden como una amenaza y por tanto como objetivo del ataque de la represión estatal y del control de los gremios por parte de los maestros,¹⁵⁸ llevan a cabo en el ámbito

157 Haupt, «Neue Wege zur Geschichte», p. 33 y s. Koselleck ha demostrado algo similar, aparentemente contradictorio pero manifiestamente funcional, en relación al ordenamiento de las casas y la validez y reinstauración del orden de la servidumbre; véase Reinhart Koselleck, «Die Auflösung des Hauses als ständischer Herrschaftseinheit. Anmerkungen zum Rechtswandel von Haus, Familie und Gesinde in Preußen zwischen der Französischen Revolution und 1848», en: Koselleck, *Begriffsgeschichten. Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Berlín, 2010, pp. 465-485 [ed. en cast.: *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2012].

158 Véase Jürgen Kocka, «Traditionsbindung und Klassenbildung. Zum sozialhistorischen Ort der frühen deutschen Arbeiterbewegung», en: *Historische Zeitschrift* 243 (1986), pp. 333-376; aquí se dice: «El Estado autoritario ayuda con fuerza a quebrar la columna vertebral de los oficiales como colectivo» (p. 362). Griebinger dirige también una especial atención a la «destrucción del movimiento de oficiales» por parte del Estado autoritario del libre mercado, que nunca actuó de modo uniforme contra «los gremios», sino que desde el principio hizo una selección de clase; Griebinger, *Ehre*, pp. 255-285.

de los gremios su propia «invención de la tradición» –o sustraen la «invención» a los maestros y la conducen de acuerdo a su propia estrategia–. Kocka es el primero que ha hecho una investigación en el mundo de habla alemana del conocido fenómeno de la historia social francesa e inglesa por el que los gremios y otras organizaciones del viejo trabajo artesano pueden ser consideradas como las células germinales del movimiento obrero temprano. Y esto a pesar de que este último estaba a menudo muy marcado por una retórica y una construcción teórica decididamente dirigida contra las tradiciones del trabajo artesano. La «pretensión» del movimiento obrero de ser un «movimiento de clase» para «todos los trabajadores asalariados», «en definitiva, la gran masa de los jornaleros y trabajadores manuales sin formación, los trabajadores del campo y los sirvientes», Kocka la contrapone al hecho de que el movimiento obrero temprano «*de facto* [...] era un movimiento del trabajador industrial», en el que «los oficiales artesanos y otros trabajadores de la artesanía eran la gran mayoría».¹⁵⁹ Que el movimiento temprano estaba marcado fuertemente en su estructura por los oficiales se plasmaba organizativamente en la adopción de determinadas «formas de sociabilidad», como la utilización de «banderas y símbolos de los oficiales».¹⁶⁰ Sin embargo, además de esto –y aquí recurre Kocka a la situación alemana, frente a la transmisión de «la investigación de las protestas orientadas por las experiencias fundamentalmente de Europa occidental»–¹⁶¹ hay que tener precaución con la afirmación de continuidades mayores: las «organizaciones del recién creado movimiento obrero» no podrían haberse fundado «de ningún modo a partir de las organizaciones de oficiales, porque no había ninguna o porque estarían controladas de forma efectiva por la autoridad estatal y de los gremios».¹⁶² Esto conduce a Kocka finalmente a no estirar en exceso la tesis de una continuidad entre el movimiento de los artesanos y el movimiento obrero, y así a una restitución conceptual de la separación nítida entre ambos, que antes había puesto en cuestión de manera tan convincente. Finalmente, Kocka sigue manteniendo

159 Kocka, «Traditionsbindung», p. 340 y s.

160 *Ibid.*, p. 354.

161 *Ibid.*, p. 368, nota al pie 61.

162 *Ibid.*, p. 353.

que el movimiento de los artesanos era un movimiento «defensivo», «antimoderno», tradicional y enemigo del progreso –en resumen, romántico–, mientras que el movimiento obrero era un «movimiento de emancipación y de lucha por el progreso, [...] un producto de la Modernidad, ofensivo, antitradicionalista y muy alejado de la crítica civilizatoria que glorifica el pasado».¹⁶³

Al final, tras leer a Kocka no queda resuelta la pregunta de cómo habría que proceder con la contraposición directa entre su esquema de valoración claramente promoderno y su propio diagnóstico histórico, que no se deja ajustar realmente a esta valoración. Kocka afirma que «las tradiciones que miran al pasado [...], evidentemente bajo circunstancias especiales de un desafío verdaderamente radical», pueden «producir energías de movimiento que señalen al futuro», y que precisamente en las tradiciones gremiales se podían «observar «impulsos del primer movimiento obrero», que todavía no eran conscientes del todo [y] que no contradecían su autopercepción».¹⁶⁴ Entonces, ante esta afirmación a la que llega de forma tan sencilla hay que volver a plantear el problema histórico: ¿cómo se produce entonces exactamente esta transferencia de energía («energías de movimiento», «impulsos»), si los canales materiales concretos y los organizativos institucionales apenas se pueden encontrar? Debemos ampliar claramente nuestro instrumentario conceptual para comprender aquellas transmisiones entre los artesanos y las tradiciones gremiales, por un lado, y el movimiento temprano, por otro, que Kocka simplemente constató pero no explicó.

Para poder investigar de forma adecuada este proceso histórico de transmisión hay que tomar en cuenta idiomas, imágenes y prácticas simbólicas. Esto es, formaciones del imaginario, que pueden servir como muestra y medio de la identificación social; podemos hacer hincapié en la «metáfora» (*imagery*), con E. P. Thompson¹⁶⁵ –o con Tieck: «representaciones de todo arte»–, que no confirma simplemente una identidad preestablecida, sino que permite a los actores salir de sí mismos y encontrarse con una nueva identidad.

163 *Ibid.*, p. 375, véase también p. 357.

164 *Ibid.*, p. 357.

165 Thompson, *Making*, p. 49; Thompson, *Entstehung*, Bd. 1, p. 54 [ed. en cast., p. 72].

Si queremos comprender la continuidad del imaginario que se expresa en un lenguaje marcado por la artesanía y las imágenes y los símbolos de los gremios, entonces no debemos reducir el lenguaje a una función mimética o secundaria: el lenguaje social no solo «refleja» las «formas de percepción y los patrones de pensamiento», no solo nos informa de «cómo se forma el mundo social en las cabezas de sus contemporáneos», como Kocka postula. El lenguaje, especialmente el «lenguaje metafórico», precede más bien a la formación de las condiciones dadas, en tanto propone, interpreta y prueba nuevas «formas de percepción» y con ello pone a disposición «patrones de pensamiento» alternativos. Si los «viejos conceptos no encajan ya con las nuevas realidades», esto no se plasma solo en «incertidumbres lingüísticas»,¹⁶⁶ sino también puede ser ocasión de un aumento de la creatividad y de la productividad del lenguaje poético y del lenguaje político. Precisamente esto es lo que se puede observar de forma especialmente precisa en el *Premarzo*.

Kocka subestima en su investigación esta dimensión proyectivo-constructiva del lenguaje –y así, tampoco valora la «historia de las ideas», desarrollada en Bielefeld, a la que sí se refiere–, cuando escribe sobre «figuras del lenguaje y del pensamiento ‘de izquierdas’», «tras» las cuales se pueden «esconder» en ocasiones una «protesta de derechas», que es «esencialmente defensiva».¹⁶⁷ La «metáfora» en el sentido de la *imagery* de Thomson significa, al contrario,

mucho más que figuras del lenguaje con las que se «revisten» otros motivos. La metáfora es, en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente «real» como su objeto, completamente efectiva [...] en su intervención histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y odiaban y cómo conservaban determinados valores en el propio entramado de su lenguaje.¹⁶⁸

En la historia social alemana, la contraposición entre tradición y progreso es estructural: una contraposición que siempre sugiere que la «tradición» funciona de una manera puramente antigua, y por sí misma no progresa. La historia social inglesa,

166 Kocka, «Traditionsbindung», p. 365.

167 *Ibid.*, p. 357.

168 Thompson, *Entstehung*, Bd. 1, p. 54 [ed. en cast., p. 72].

en cambio, parte de un concepto de tradición que continuamente se ve modificada por la «reinterpretación». En el prólogo de *Cultura y sociedad*, Raymond Williams nombraba la posibilidad de una «reinterpretación» como objetivo de cualquier acercamiento a la «tradición».¹⁶⁹ Y de este modo, Thompson quiere salvar historiográficamente el anticapitalismo romántico de William Morris, en tanto este consigue convertir aquellas «características tradicionales, conservadoras, regresivas, escapistas y utópicas» en los elementos de una «transformación» que han posibilitado una «tradición comunista» muy propia, independiente de Marx y del marxismo.¹⁷⁰ «Formación de la tradición y formación de la clase»: todo depende de liberar los conceptos del título del ensayo de Kocka de su confrontación dicotómica y comprenderlos en su complementariedad.

Entretanto, Kocka se quita literalmente de encima las investigaciones de Thompson (o también las realizadas por William Sewell con respecto a la tradición francesa)¹⁷¹ cuando las presenta como inadecuadas en relación con la historia alemana. En Alemania no habría habido ninguna «herencia revolucionaria» que se pueda relacionar con una tradición gremial; los gremios alemanes habrían estado así, desde el principio, mucho

169 Véase Raymond Williams, *Culture and Society, 1780–1950*, Nueva York, 1983 [1958], p. vii, donde nombra su impulso inicial y el de la investigación de sus compañeros: «Nuestro objetivo entonces era investigar y reinterpretar, cuando fuera posible, esta tradición que la palabra 'cultura' describe en los términos de la experiencia de nuestra generación.» Véase también Williams, *Gesellschaftstheorie*, p. 7. En *Keywords*, el glosario histórico-conceptual de *Culture and Society*, Williams apunta –tomando parte claramente– a los desplazamientos de significado del concepto de «tradición»: «En ocasiones se ha podido observar [...] que solo son necesarias dos generaciones para convertir algo en tradicional: suficientemente natural, en la medida en que ese es el sentido de la tradición como proceso activo. Pero la palabra tiende a acercarse a lo *inmemorial* y a la ceremonia, el deber y el respeto. Considerando solo cuánto nos ha sido legado, y lo variado que en realidad es, esto es, en cierto modo, tanto una traición como una rendición. Por otro lado, especialmente en las formas de la 'teoría de la modernización' (cf. *Modernidad*), tradición y especialmente *tradicional* se usan ahora a menudo de forma despectiva, con una falta similar de especificidad» (Raymond Williams, *Keyword. A Vocabulary of Culture and Society. Revised Edition*, Nueva York, 1983, p. 319) [ed. en cast.: *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000].

170 E. P. Thompson, «Romantik, Moral und utopisches Denken. Der Fall William Morris», en: Thompson, *Plebeische Kultur und moralische Ökonomie. Aufsätze zur englischen Sozialgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts*, Frankfurt a. M./Berlín/Viena, 1980, pp. 202-245, aquí pp. 213 y 217.

171 William H. Sewell, *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

más fuertemente «controlados por la autoridad estatal» que los franceses.¹⁷²

Tal delimitación nacional de la historia social, que da por hecho que «a este lado del Rin» las cosas «funcionan de otra manera» que al otro lado,¹⁷³ es sin embargo completamente inapropiada para la situación en el *Premarzo*. Que la «confianza en el progreso» del temprano movimiento obrero se debió extender «en parte gracias a los viajes y migraciones al extranjero»¹⁷⁴ representa una minimización de la situación realmente graciosa: el temprano movimiento obrero alemán era un movimiento de trabajadores alemanes en el extranjero, un movimiento que traspasaba todas las fronteras europeas y por tanto solo puede ser comprendido desde su inicio como transnacional. El giro –solo después caracterizado así– de los «oficiales sin patria» debe tomarse totalmente de forma literal.¹⁷⁵ Los autores y activistas del primer movimiento eran dolorosamente conscientes de que en los territorios germanos no existía ninguna tradición revolucionaria con la que conectar; sin embargo, para ellos no era ningún obstáculo, sino más bien un estímulo para escribir por primera vez dicha tradición –también a partir de la importación y propagación en parte consciente de ideas surgidas en Francia e Inglaterra–. En un presente desolado, caracterizado por la represión política y la depresión social, autores como Wilhelm Weitling y Georg Weerth encuentran (se inventan) una contratradición de oficiales rebeldes, que a menudo precisamente se abastece de la especificidad idiomática del lenguaje de los oficiales alemanes, y que ha de ser reactivada en estructuras gremiales autoorganizadas en forma de asociaciones de oficiales al margen del Estado. En parte, los autores son muy conscientes del carácter ficcional de estas construcciones, pero esto no perjudica en absoluto su eficacia.

172 Kocka, «Traditionsbindung», p. 348 y s.

173 *Ibid.*, p. 348.

174 *Ibid.*, p. 374.

175 Sobre esto sigue siendo esencial: Wolfgang Schieder, *Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung. Die Auslandsvereine im Jahrzehnt nach der Julirevolution von 1830*, Stuttgart, 1963.

2. LA CULTURA DE LOS OFICIALES Y EL MOVIMIENTO OBRERO: WILHELM WEITLING

En 1836, el oficial sastre Wilhelm Weitling, que deambulaba de un lado a otro, llega a París, centro de una gran comunidad alemana en el exilio de oficiales artesanos y liberales burgueses huídos del régimen represivo de la Restauración en los países germanos. En la agitada París de aquellos años –la sociedad francesa había caído, tras la Revolución de Julio de 1830, en un auténtico «vicio de la revuelta»¹⁷⁶ los exiliados alemanes también se radicalizaron. Los más decididos de entre ellos, oficiales artesanos e intelectuales burgueses en torno a Jacob Venedey y Georg Fein, fundaron en 1834 la Bund der Geächteten [Liga de los Proscritos], a la que también se unió Weitling en 1836.¹⁷⁷ Los proscritos estaban organizativa y programáticamente cerca de aquellas asociaciones y grupos que, tras el triunfo de las fuerzas burguesas en la Revolución de Julio, recordaban las tradiciones igualitarias y social-revolucionarias de la Revolución francesa, como la que había defendido François Noël (llamado Gracchus) Babeuf y su sociedad secreta la Conjuración des Égaux [Conspiración de los Iguales].¹⁷⁸ Filippo Buonarroti, un amigo y alumno de Babeuf, se había salvado ser ejecutado en 1797 escapando a Italia, para volver a París después en los años treinta con el mensaje revolucionario.¹⁷⁹ Los

176 Véase Werner Giesselmann, «Die Manie der Revolte». *Protest unter der Französischen Julimonarchie (1830–1848)*, 2 Bde., München, 1993.

177 El órgano de la Liga era *Der Geächtete*. *Zeitschrift in Verbindung mit mehreren deutschen Volksfreunden*, ed. por J. Venedey, París, 1834/35. En sus doce cuadernos en total se publicaron junto a muchos textos anónimos también otros de Börne y Heine. Sobre el periodismo de la comunidad alemana en el exilio, en la que se muestran «inicios de una estructura comunicativa informal del movimiento obrero alemán temprano», véase Hans-Joachim Ruckhäberle (ed.), *Frühproletarische Literatur. Die Flugschriften der deutschen Handwerksgezellenvereine in Paris 1832–1839*, Kronberg/Ts., 1977, aquí p. 7. Sobre el trasfondo histórico-social de la fuerte «movilidad de oficiales» con «destino a París, véase Sigrid Wadauer, «Paris im Unterwegs-Sein und Schreiben von Handwerksgezellen», en: Mareike König (ed.), *Deutsche Handwerker, Arbeiter und Dienstmädchen in Paris. Eine vergessene Migration im 19. Jahrhundert*, München, 2003, pp. 49-67.

178 Sobre su importancia en la dinámica que empuja de la «revolución política» a la «social» véase Reinhart Koselleck, «Historische Kriterien des neuzeitlichen Revolutionsbegriffs», en: Koselleck, *Vergangene Zukunft, op. cit.*, pp. 67-86, aquí p. 79: «Babeuf fue el primero que predijo, de forma todavía rudimentaria, que la Revolución francesa no llegaría a su fin hasta que no se eliminaran la esclavitud y la explotación. Con ello planteó un objetivo que, como consecuencia del trabajo industrial, se convertiría en una exigencia cada vez más fuerte».

179 Véase como documento central de toda esta corriente Filippo Buonarroti, *Babeuf und die Verschwörung für die Gleichheit, mit dem durch sie veranlassten Prozess und den*

neobabeufistas radicalizaron el conflicto, ya no solo pedían simples derechos de participación política o una distribución justa de la tierra y la riqueza, sino directamente la abolición de la propiedad privada: el comunismo tomaba forma y contagiaba al mismo tiempo a la oposición alemana en París.

Weitling, nacido en 1808 como hijo extramatrimonial de una criada y un soldado francés de la ocupación, no había disfrutado de una gran formación escolar y había sido entregado con 14 años como aprendiz.¹⁸⁰ En su itinerancia –¡transitando de un sitio a otro se forma uno!– se había acercado a las ideas y teorías del movimiento de la oposición. Como autodidacta tuvo durante toda su vida cierta antipatía hacia «las frases artificiales sin contenido», que veía por todas partes en los textos de los filósofos y los intelectuales de profesión; tampoco se hizo nunca muy amigo «del Hegel».¹⁸¹ Sin embargo, esto no le previno de la hipertrofia de su propio proyecto: publicó una cosmología y concibió un lenguaje universal, que envió a examen a Wilhelm von Humboldt.¹⁸² Compañeros irritados del sastre comunista lo describían en ocasiones como un *dandy* «guapo» y bien vestido

Belegstücken, Bonn/Bad Godesberg, 1975 [1828]. Las enseñanzas de Babeuf y su elaboración neobabeufista en el *Premarzo* alemana se propagan por ejemplo por medio del artículo anónimo «Babœufs Prozeß» y «Analyse der Lehre Babœuf's. (Nach Buonarotti)», en: *Deutsches Bürgerbuch für 1846. Zweiter Jahrgang*, ed. por Hermann Püttmann, Mannheim, 1846, pp. 102-136 y 136-146.

180 Por encima de todas, véase la monumental biografía de Waltraud Seidel-Höppner, *Weitling*. Una visión concisa y completa la ofrece el capítulo «Schulden als Beraubung: Eine Theorie des Pauperismus» en Mischa Suter, *Rechtstrib. Schulden und Vollstreckung im liberalen Kapitalismus 1800–1900*, Konstanz, 2016, pp. 154-170.

181 En su época de Zúrich, Weitling se juntaba diariamente durante una hora con el revolucionario ruso Bakunin para «estudiar a Hegel». El proyecto de las clases fracasó: en la segunda hora «llegamos ya a la palabra *espíritu*. Yo no quería seguir adelante sin que se me ofreciera una definición adecuada de esta palabra, utilizada en el libro. Quería simplemente saber qué es el espíritu. Pero Bakunin quería que yo le siguiera sin ofrecerme por el momento una explicación. Yo lo intenté, por pura deferencia hacia Bakunin, pero no funcionó. Yo sentía que mi inteligencia estaba siendo engañada. Y el estudio de la filosofía de Hegel llegó así a su fin»; Wilhelm Weitling en la revista *Die Republik der Arbeiter*, Nueva York, 10 de mayo de 1851, cit. en *Unterhaltungen mit Bakunin*, escr. por Arthur Lehning, Nördlingen, 1987, p. 62.

182 Wilhelm Weitling, *Theorie des Weltsystems*; Weitling, *Klassifikation des Universums*; Weitling, *Der bewegende Urstoff*. In *seinen kosmo-elektro-magnetischen Wirkungen*; publicados separadamente por Ernst Barnikol, Kiel, 1931, así como Wilhelm Weitling, *Grundzüge einer allgemeinen Denk- und Sprachlehre*, ed. por Lothar Knatz, Frankfurt a. M., 1991.

con una «chaquetita de petimetre» y con una «barbita bien recortada».¹⁸³

Tras la entrada de Weitling –y quizás también debido a él– la Liga de los Proscritos se dividió de acuerdo a la línea de clase que él había trazado; frente al dominio de los líderes intelectuales burgueses, el ala proletaria social-revolucionaria de los trabajadores y oficiales se constituyó, en torno a Venedey, como la Bund der Gerechten [Liga de los Justos].¹⁸⁴ Por orden de la Liga, Weitling se mudó en 1841 de París a Suiza, para agitar y organizar allí la subcultura político-social de los oficiales itinerantes y autóctonos. Con este objetivo publicó, a partir de 1841 en Ginebra, el periódico *Hülferuf der deutschen Jugend* [Grito de socorro de la juventud alemana], que posteriormente en 1842/43 cambió su título por *Die junge Generation* [La generación joven]. En las colaboraciones que el propio Weitling escribía, enlazaba con la experiencia de los muchachos artesanos itinerantes para criticar el «desorden social» del presente y para difundir aquellos principios de una «sociedad bien organizada», cuya construcción dependía de la Liga de los Justos y otros grupos comunistas y babeufistas.¹⁸⁵ Los nombres mismos de los periódicos pueden ser leídos como una reminiscencia del movimiento de los oficiales, lo que muestra que «la ‘invención del oficial’ trajo paralelamente a la itinerancia de los oficiales las asociaciones de oficiales como instituciones del movimiento juvenil».¹⁸⁶ En el redescubrimiento de la cultura política de los oficiales en el *Premarzo* se puede observar, por tanto, cómo «juventud» se entiende aquí como una fase de la vida que siempre está determinada de forma político-revolucionaria.¹⁸⁷

183 Así el revolucionario ruso Pawel Annenkow en su informe «Über die Sitzung des Kommunistischen Korrespondenz-Komitees in Brüssel, 30. März 1846», en: *Der Bund der Kommunisten*, Bd. 1, pp. 303-305.

184 Sobre la estructura organizativa y la cultura del debate de las distintas formas de la Liga, véase Lena Christolova, «Vom Bund der Geächteten (1834–1836) zum Bund der Gerechten (1836–1840). Anomie und Ausnahmezustand im Vormärz», en: Jutta Nickel (ed.), *Geld und Ökonomie im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz Forschung 2013*, Bielefeld, 2014, pp. 215-236.

185 *Hülferuf*, H. 1, p. 21.

186 Kluge, *Zünfte*, p. 203 y ss., especialmente p. 210.

187 Sobre la narrativa generacional véase Ohad Parnes, Ulrike Vedder y Stefan Willer, *Das Konzept der Generation. Eine Wissens- und Kulturgeschichte*, Frankfurt a. M., 2008, especialmente el capítulo «Innovation und Revolution: Die Generation als Zukunftsmodell um 1800», pp. 82-119.

El «pensamiento proletario» se forma, como ha formulado Jacques Rancière, «en el marco tradicional de la situación y con el objetivo de la defensa de la artesanía y del trabajo artesano frente al orden amenazante de la industria capitalista y de la división del trabajo».¹⁸⁸ El avance en la articulación y diferenciación de este pensamiento condujo entretanto a un agotamiento de sus propias condiciones de origen; el «pensamiento proletario» finalmente se emancipó de sus raíces gremiales y rompió con ellas del todo. Este proceso lo vivió en su propia carne Weitling: para la Liga de los Justos escribe un manifiesto que se publica en 1838/39 bajo el bonito título de *La humanidad, cómo es y cómo debería ser*.¹⁸⁹ El manifiesto está en vigor diez años. La Liga de los Justos se transforma en 1847 en la Liga de los Comunistas, y Karl Marx y Friedrich Engels escriben su nuevo manifiesto. Entonces, Weitling se convierte en víctima de aquel «proceso de emancipación» en que un nuevo movimiento rompe con su origen socio-histórico e intelectual. En el momento en que los fuertes detractores de aquel romanticismo de los artesanos toman, con Marx y Engels, las riendas de su organización, Weitling mismo es expulsado a la periferia del movimiento y finalmente excluido personalmente por los nuevos jefes. En la transición al comunismo organizado los oficiales quedan de nuevo proscritos.¹⁹⁰

188 Rancière, «Utopisten», p. 147.

189 Wilhelm Weitling, *Das Evangelium des armen Sünders/Die Menschheit, wie sie ist und wie sie sein sollte*, Reinbek b., Hamburgo, 1971 [1845; 1838/39], pp. 142-177. La humanidad es un producto genuino de las noches proletarias. Sobre eso dice Weitling: «Escribí el texto en una época en la que debía trabajar cada día hasta las 10 o las 11 de la noche, y cada domingo hasta las 12 del mediodía, como oficial de sastrería»; Wilhelm Weitling, «Ein Stück Selbstbiographie», en: Hermann Schlüter, *Die Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung in Amerika*, Stuttgart, 1907, pp. 56-66, aquí p. 58 y s.

190 Sobre el conflicto entre Weitling y Marx/Engels, desencadenado en la tristemente famosa reunión del Comité Comunista de Correspondencia en Bruselas el 30 de marzo de 1846, se ha escrito mucho. La exposición más actual y equilibrada se encuentra en Seidel-Höppner, *Weitling*, Bd. 2, pp. 935-950; véase también Jonathan Sperber, *Karl Marx. Sein Leben und sein Jahrhundert*, Múnich, 2013, p. 189 y s. En los ataques de Marx contra Weitling, Sperber ve generalmente «un tratamiento despectivo de los trabajadores». La base teórica de la discusión habría sido que para Weitling «el comunismo sería posible en ese momento de la historia de la Humanidad», mientras que Marx sostenía que «la industria capitalista desarrollada» era un «sustrato necesario» de una sociedad comunista; la implantación de la industrialización la observaba Marx de forma fría, mientras que para Weitling contravenía la «moral» —y con ello seguramente también cierto romanticismo—. Las fuentes están recogidas en: *Der Bund der Kommunisten, Dokumente und Materialien*, Bd. 1: 1836-1849, ed. por Instituten für Marxismus-Leninismus bei ZK der SED und beim ZK der KPdSU, Berlín, 1970, pp. 301-309. El punto de partida del conflicto lo sintetiza el compañero de Marx

En el siguiente apartado se investigará de tres formas la poesía de la clase de Weitling –su contribución al autodescubrimiento imaginario de la clase–: en primer lugar, su contribución a una poesía del lenguaje político, su recreación de un lenguaje político alternativo a partir del espíritu del viejo lenguaje de los oficiales; en segundo lugar, su contribución a la creación y modificación de formas artificiales de expresión de la clase, desde el espíritu de las viejas canciones de los oficiales; finalmente, la contribución de Weitling a una creación institucional propia del movimiento de jóvenes oficiales, la recreación de la asociación de oficiales por medio de la modificación de su autonarración. En los tres niveles se puede apreciar cómo la formación de la clase no se produce como ruptura, sino como transformación de aquellas tradiciones de oficiales de las que proviene.

El lenguaje de los oficiales

En el artículo «pedir, mendigar y luchar», publicado en el segundo cuaderno del *Hülferuf* en octubre de 1841, Weitling ataca el sistema imperante de prohibiciones de la mendicidad.¹⁹¹ Cualquier muchacho artesano –cualquier oficial itinerante¹⁹²– entra antes o después en conflicto, inevitablemente, como sabía Weitling a partir de su propia experiencia, con las «leyes de mendicidad» y con los «corregidores de la mendicidad» (BBF, pp. 20 y 22) de las ciudades o estados que atraviesa. Quien solo se queda unos días en una ciudad no puede encontrar un trabajo fijo, ya que además muchos negocios dependen de las estaciones. Para «ir tirando durante el viaje», estos muchachos artesanos no pueden evitar tener que mendigar. No solo «quien escribe estas líneas conoce ejemplos de muchachos artesanos jóvenes y fuertes» que se han visto obligados a dar este paso, también quienes las leen los conocerán o incluso habrán tenido que recurrir a ello

y de Engels Moses Heß cuando les escribe a ambos: «Su desconfianza hacia vosotros ha alcanzado su punto máximo. Lo habéis vuelto loco, y ahora os sorprendéis de que lo esté. No quiero tener nada que ver con esta historia; es vomitiva, asquerosa en todas sus dimensiones (Moses Heß, *Briefwechsel*, ed. por Edmund Silberer, La Haya, 1958, p. 155 y s.). Heß seguramente sospecha aquí que él mismo será el siguiente que Marx y Engels se carguen (organizativamente).

191 *Hülferuf*, H. 2, pp. 18-25; en adelante citado en el cuerpo de texto con las siglas BBF y el número de página.

192 Véase DWB, «Handwerksbursche», Bd. 10, Sp. 427.

(BBF, p. 20). Mendigar es algo de trabajadores itinerantes, y quien construye su economía (también) mediante oficiales itinerantes, pero prohíbe la mendicidad, se comporta de manera hipócrita o malvada –según la reflexión inicial de Weitling–.

La originalidad del desarrollo argumental del ensayo de Weitling está en que aprovecha el «desorden» que esboza, en la institución social, para sus comentarios sobre el lenguaje político. Puesto que, ¿qué significa en realidad «mendigar»? ¿Y cuál es la diferencia entre mendigar y pedir? El ensayo de Weitling parte de obviedades y se pregunta por sus implicaciones: ¿No somos «todos cristianos» y no es «el más alto y grande mandamiento» de Cristo el «amor al prójimo»? ¿Y no debe cada cristiano seguir el precepto: «pedid y se os dará»? ¿No debería una sociedad que se concibe como cristiana dar a todos los que piden? En el presente hay «personajes flacos envueltos en harapos» que «debido al agotamiento, a la enfermedad o a la decrepitud [...] no son aptos para el trabajo», los cuales «van de un lado a otro pidiendo una limosna con las manos abiertas» (BBF, p. 18 y s.). Y, ¿qué hace la sociedad? Cambia la situación de las cosas cambiando las palabras:

Pero la sociedad, que predica el mandamiento del amor, no ha encontrado ningún otro medio para terminar con estas molestas y asquerosas peticiones y requerimientos de las necesidades más básicas de la vida que transformar la expresión «pedir» en «mendigar», para ver cada vez menos el contraste entre el amor y la unidad de los cristianos y el odio y el aislamiento de la ley política (BBF, p. 19).

Así, como muestra Weitling, no se trata tan solo de qué se dice, sino también de quién lo dice. El carácter de los intercambios lingüísticos queda determinado por las condiciones del marco político-social de la comunicación:

Cuando se trata de una petición de los ricos y poderosos, a diferencia de cuando se trata de pobres, ya no se habla de pedir, sino de reclamar, mandar, ordenar o solicitar. El pobre, sin embargo, cuando se relaciona con el rico le pide, cuando no se tienen los favores, y mendiga cuando se trata de alargar su existencia (BBF, p. 19).

Los «ricos y poderosos», los «fabricantes de leyes» (BBF, p. 18) –los fabricantes de las leyes de los fabricantes– conocen

el poder de las palabras.¹⁹³ Con sus maniobras sobre el lenguaje político ocultan lo evidente y crean hechos (jurídicos) que convierten la vida de los pobres en un infierno. Así, las leyes de mendicidad no eliminan ni una de las causas por las que las personas se ven en la necesidad de pedir o mendigar: «si investigamos los objetivos de estas leyes de mendicidad, veremos que no se logran en ninguna parte: pues tras abandonar esta desdicha un tiempo, se vuelve a estar desnudo y desvalido, todavía más desvalido que al principio» (BBF, p. 19). Solo una mejora de la situación social, una abolición de la necesidad por medio de la consecución de un trabajo suficientemente bien pagado puede terminar con la mendicidad en el mundo. La especificidad de la aproximación de Weitling consiste en que no se hace ninguna ilusión sobre la posibilidad de que esta exigencia se pueda aplicar gracias a las concesiones de los «ricos y poderosos» –al fin y al cabo, aplicar estas medidas equivaldría a la autoabolición de su «ociosidad privilegiada y de su vida de gratis»-. En vez de esto, Weitling añade la ayuda mutua de los desvalidos a la tradición díscola rebelde de los trabajadores itinerantes.

Por medio de una artimaña similar con el lenguaje político que procede del arsenal del lenguaje de los oficiales o del de los trabajadores itinerantes, Weitling intenta sustraer a los «ricos y poderosos» el poder para definir. De la mano del ejemplo de un «joven muchacho artesano» que «en invierno de 1830 [...] fue obligado a abandonar la ciudad por la policía de acuerdo a las leyes vigentes no cristianas sino policiales, porque era forastero» y no tenía trabajo «de ningún maestro gremial», Weitling introduce tras el «pedir» y el «mendigar» el tercer concepto que dará título a su ensayo: el «luchar»¹⁹⁴ (BBF, p. 21). Puesto que el pobre muchacho artesano busca finalmente «su refugio» en este «luchar» y en una larga nota al pie nos explica en qué consiste:

¡Luchar! ¿Qué os parece la expresión? Comparadla con mendigar y pedir. La primera la han descubierto los muchachos artesanos, la segunda la

193 Para Weitling, aquel que «ha inventado y propuesto la Ley de mendicidad tal y como se ha aprobado» es «el hombre más despiadado de esta tierra de Dios. El artesano más bruto lo habría hecho mejor» (BBF, p. 23).

194 Traducimos *fechten* como «luchar». Como se verá en la explicación del texto y en la siguiente nota, el uso común de la palabra se refiere al arte de la esgrima, aunque en el lenguaje de los trabajadores itinerantes significaba algo parecido a «mendigar» o a ganarse la vida pidiendo dinero [N. del T.].

policía y la tercera el amor cristiano. Luchar, abrirse paso atravesando las contrariedades de la vida, este es el significado de la palabra (BBF, p. 21).

«Fechten» significa en el *Walzsprache* [lenguaje de los trabajadores itinerantes], como también en el *Rotwelsch* [lenguaje del hampa], simplemente «mendigar», aunque su etimología es muy discutida.¹⁹⁵ Sin embargo, a Weitling no le importa tanto su función denotativa, sino el «sabor» de la palabra: sus connotaciones y su contenido social-afectivo. Y según Weitling, eso mismo tienen en cuenta los oficiales cuando crean sus palabras:

Como pedir y mendigar hieren la dignidad de un hombre, y en una sociedad bien organizada no existen ni lo uno ni lo otro, porque es obligación de todos asegurar las necesidades de cada uno, y obligación de cada uno ayudar a cubrir las necesidades de todos, así los muchachos artesanos, a los que la extrema necesidad no les ha dejado otra opción, han transformado el orgullo y el honor de las hirientes expresiones de pedir y mendigar en luchar (BBF, p. 21).

Donde «no hay otra opción», todavía puede la elección de las palabras marcar una diferencia que después puede afectar a la situación global: la palabra «luchar» permite una salida de la prisión del lenguaje policial. El lenguaje policial representa en sí mismo ya una violencia, que se asegura un acceso a lo no disponible del ser humano: a su «dignidad», a su «orgullo y honor». Ante esta violencia también se encuentra indefenso el lenguaje del «amor cristiano», porque desde el principio considera a las personas pobres simplemente como un objeto pasivo de ayuda ajena, y no puede oponer nada a su transformación en un objeto ajeno de disciplinamiento. El lenguaje de los muchachos artesanos coloca de nuevo a los pobres en la posición de un sujeto capaz de actuar, que puede satisfacer sus necesidades pese a las dificultades de la situación.

195 Véase Siegmund A. Wolf, *Wörterbuch des Rotwelschen. Deutsche Gainersprache*, 2ª ed. rev., Hamburgo, 1985, p. 92 y s., donde se explica la sinonimia entre «luchar» [de la esgrima] y «pedir limosna» aludiendo a que las sociedades de la Modernidad temprana se habrían dedicado a conservar «débilmente la herencia de los torneos caballerescos, del mismo modo como los maestros cantores se consideraban herederos de los nobles trovadores». Pero como todo esto no funcionaba correctamente («débilmente»), pronto apareció el nombre despectivo de «*Klopffechter*» [espadachín, buscavidas, que pelea por dinero].

En el caso del «joven muchacho artesano», al que ha dedicado esta digresión, el «luchar» tenía un sabor completamente agresivo-desesperado: tras una tortura incesante por parte de la policía, buscando una «oportunidad» para «dar un toque de atención sangriento a la humanidad [...] se escondió un cuchillo del pan en el bolso, con la firme resolución de saltar a la garganta del primer esbirro que fuera a detenerle». Este ejemplo nacido de la «desesperación total» servirá seguramente a los «ricos y poderosos» y sus lacayos como señal «sangrienta y de aviso». Solo gracias al azar se escapará el desesperado del cadalso (BBF, p. 22).

Weitling sugiere a sus lectores, que han de aprender del ejemplo de su hermano el oficial:

Es cierto, no sostenemos que luchar sea un acto moral, sino un recurso de emergencia. La moral misma exige al ser humano que elija cuando solo tiene como opciones morir, robar o luchar. Donde habla la poderosa voz de la supervivencia, callan todos los demás sentimientos, y el más débil se convierte en el más audaz (BBF, p. 23).

La «supervivencia» está por encima de las «leyes policiales» o «políticas». Donde la moral y la ley cristiana ya no tienen validez, ahí solo ayuda un derecho de necesidad [Notrecht] que cada individuo, incluso y precisamente el más «débil» puede y debe hacer valer. Consideraciones de filosofía del derecho de este tipo se encontraban por doquier en el *Premarzo*, debido a que se superponían diferentes ordenaciones jurídicas y surgían ámbitos de opacidad jurídica.¹⁹⁶ La reflexión sobre el derecho de necesidad adquiere en Weitling una nota de sabor totalmente propia, que se apoya de nuevo en la tradición de los oficiales: la situación problemática cuya relevancia social general percibe por completo, la desarrolla Weitling de forma rigurosamente personal. Es contra ese «oficial de policía» cada vez que se enfrenta con cualquier muchacho artesano y le aplica la ley de mendigos;

196 Sobre el «estado de necesidad» como derecho para una «situación de peligro extremo y en conflicto con la propiedad jurídica de otro» véase Hegel, *Grundlinien*, § 127, p. 239 y s. Sobre la utilización del «derecho de necesidad» como problema agudo de las cuestiones de propiedad relativas a los bosques en el *Premarzo* planteado por Marx, véase Daniel Bensaïd, *Die Enteigneten. Karl Marx, die Holzdiebe und das Recht der Armen*, Hamburgo, 2012, especialmente p. 29 y ss. [ed. en cast.: «Karl Marx, los ladrones de leña y los derechos de los desposeídos», en Karl Marx/Daniel Bensaïd, *Contra el expolio de nuestras vidas*, Madrid, Errata Naturae, 2015].

es contra ese otro «policía esbirro», que condimenta su siniestro servicio con un exceso de «brutalidad», «palizas y opresión», contra quienes dirige Weitling su ataque. La situación social abstracta se muestra en una escena en la que personas individuales se enfrentan entre ellas: personas que podrían haber elegido otra cosa, si hubieran querido. En este conflicto social se remueven fuertes afectos, a los que también hace referencia Weitling en su ensayo: si «el corazón del agente ejecutor» se «petrifica» necesariamente en su trabajo, como supone Weitling, y el agente a pesar de ello sigue en su tarea, entonces no se puede evitar sentir «rechazo y repugnancia» ante cualquier policía (BBF, p. 20).

La canción de los oficiales

En el último cuaderno de *Die junge Generation* de 1843 se encuentra una «canción hablada» que se apoya formalmente en las canciones de los muchachos itinerantes [*Walzlieder*].¹⁹⁷ La canción se compone de diez estrofas, en las cuales «uno» recita cinco líneas, de las cuales el quinto verso formula una pregunta, a la que sigue la muletilla «¿no es cierto? ¿eh? ¿y?», tras lo cual en el sexto verso, «todos» responden con un «¡sí!» y en el séptimo verso el «uno» termina la estrofa con una exclamación y el giro «¡con Heida, Juheida y Hopsasasa!»

El canto de llamada y respuesta recuerda a las canciones obreras, en las cuales la primera estrofa deja ya claro que quienes cantan en realidad se alegran de provenir «del taller y de la escasez de alimentos».¹⁹⁸ La canción describe y celebra, por el contrario, «una fiesta», en la que el vino ocupa un lugar central. Normalmente está repartido de forma injusta –«¿no estamos acostumbrados a recibir lo peor? ¿No es cierto? ¿eh? ¿y?»– y la

197 *Die junge Generation*, H. 5 (Mayo de 1843), pp. 73-76.

198 Formalmente y en cuanto a la organización general de sus contenidos, la «canción hablada» de Weitling se apoya en las canciones de los oficiales transmitidas, que podemos conocer por ejemplo a partir de la recopilación de canciones de artesanos alemanes: Oskar Schade (ed.), *Deutsche Handwerkslieder*, Leipzig, 1865. Las canciones de los oficiales se caracterizan a menudo por un canto cruzado, en el que un cantante principal hace de guía, entonando preguntas. Una de las primeras canciones de la recopilación, «Böttcherlied», está ya estructurada por una sucesión de pasajes hablados y cantados. «La fuente principal» de la recopilación, como Schade pone de manifiesto en el prólogo, «jóvenes maestros artesanos y oficiales, fundamentalmente los últimos cánticos vivos en los albergues y en las calles», es decir, de los trabajadores itinerantes (Schade, pp. V/VI).

«fiesta» consiste fundamentalmente en que los «trabajadores» se aseguran hoy, por una vez, de su justa cantidad de bienes:

Uno: Sí, también estamos ahí, y queremos vivir
tan bien como estos sacos de dinero
El mejor zumo de las mejores uvas,
lo amamos y lo reclamamos;
Pues, ¿no es el vino también para los trabajadores? ¿No es cierto?
¿eh? ¿y?
Todos: ¡Sí!
Uno: ¡Eso creía yo también! ¡Con Heida, Juheida y Hopsasasa!¹⁹⁹

En las canciones tradicionales de oficiales, el trabajo es también –como para Weitling– algo que se rechaza, más que objeto de una identificación positiva. Lo que une a los oficiales es el rechazo del trabajo y las relaciones jerárquicas siempre iguales bajo las que se desempeña. El punto de referencia de todos los oficiales es el hecho de estar juntos bebiendo, que en otras canciones de la época aparece en cierto modo como acto de resistencia:

Oficiales, cantad conmigo
¡y dejad el trabajo!
¡Deja el trabajo!
Queremos beber ron y vino,
y así ser valientes y estar contentos,
sí, estar contentos, estar contentos.^{200 201}

O:

Vivía un maestro en Frankfurt junto al Main,
que tenía oficiales a pares y a tríos.
El primero decía ‘sí, pero no’.
El segundo estaba borracho,
El tercero estaba lleno.

199 Einer: *Ja, wir sind auch da, und wir wollen leben / So gut wie jeder Geldsack immerhin, / Den allerbesten Saft der deutschen Reben, / Wir lieben und wir prätendiren ihn; / Der Wein ist auch für die Arbeiter da? Nicht wahr? / He? Na? // Alle: Ja! // Einer: Das mein' ich auch! Mit Heida, Juheida und / Hopsasasa!*

200 *Gesellen, stimmt mit mir ein / Und laßt doch die Arbeit sein! / Laßt doch die Arbeit sein! / Wir wollen trinken Rum und Wein, / Und dabei tapfer lustig sein, / Ja lustig sein, ja lustig sein.*

201 «Gesellen Trinklied», en: Schade, *Handwerkslieder*, p. 173.

¡Oficiales, oficiales!, hagámoslo con discreción:
Queremos dejar el trabajo al maestro,
Y queremos pasear un poco,
Con vino rojo refrescante,
Y mirar a las bellas muchachas.^{202 203}

Weitling no solo da forma a su «canción hablada» de un modo que recuerda a las viejas formas transmitidas; también toma de ellas la vieja tendencia a los contenidos rebeldes, que sistematiza en torno a la «causa común». Su canción de los oficiales, en cierto modo comunista, toma el vino como ocasión para denunciar y exponer la injusta organización de la producción y de la distribución: «Al peón que laboriosa y fielmente guarda la viña,/ Al que legítimamente le corresponde el vino», del que se apropian los «perros ricos», que no han contribuido nada en su cultivo y cosecha.

Sin embargo, al final Weitling deja claro que el vino es «una cuestión secundaria» –alegoría del desajuste entre la promesa de felicidad y su mal cumplimiento–. «Nosotros» no sufrimos hambre ni sed de bienestar material –«demasiado» vino, al fin y al cabo, ¡«no es saludable»!–, sino por «justicia», por «conocimiento» y por «sabiduría», por formación y conocimiento.

La última estrofa (regular) reúne así la forma de la antífona y el contenido igualitario: la estructura de la enseñanza y lección dialógica de la primera estrofa se apoya, por lo general, en una jerarquía interna de oficiales, determinada por el principio de antigüedad –por eso se dirige el cantante principal al resto como «jovencitos»–. En la última estrofa, sin embargo, a este colectivo de jóvenes y aprendices sin experiencia el cantante principal les otorga la mayoría de edad cuando necesita romper con los automatismos de la estructura de su propia canción:

Uno: Queremos recoger los frutos del árbol del conocimiento
Y probar su pulpa dulce.
Y adornarnos con flores de noble sabiduría,

202 *Es wohnte ein Meister zu Frankfurt an dem Main, / Der hielt sich Gesellen zu zweien und zu dreien. / Der erste der sprach «mir ist, mir ist nicht wol». / Der zweite war besoffen, / Der dritte der war voll. // Gesellen, Gesellen! Es bleibt unter uns verschwiegen: / Wir wollen dem Meister die Arbeit lassen liegen, / Und wollen ein wenig spazieren gehen, / Zum rothen kühlen Weine, / Und die hübschen Mädchen sehn.*

203 «Die lustigen Gesellen», en: *ibid.*, p. 219.

Y así escapar de la tierra de una estrella a otra.
 ¿Hemos de morir como estúpidos?
 ¿eh? ¿y?
 Todos: ¡No!
 Uno: Sobre esto opino que Amén, ¡con Heida, Juheida
 y Hopsasasa!²⁰⁴

Indudablemente, sería más probable que aquí saliera de la boca de todos un «¡sí!» que un «¡no!», lo cual sabe el poeta, y es por esto que propone al respecto, marcada como una anotación al margen (NB, por sus siglas en alemán), una posible redacción alternativa del último verso para el caso de que «todos» hubieran respondido a la rima por costumbre con un «¡sí!»: «¡No, malditos señores del sí! Si siempre queréis cantar sí, vuestra vida no será más que la del provinciano de ***. No, debéis decir no».

Las enseñanzas, los «conocimientos» y la «sabiduría» se alzan con una negación clara e inquebrantable; solo por medio de la repetición del «¡no!» pueden los trabajadores «escapar de la tierra», a la que parecen estar encadenados, para alcanzar otro mundo. Al final, el proceso de emancipación por medio del autoaprendizaje se logra para Weitling por medio de una ruptura consciente, que sigue la forma artística de la canción tradicional de los oficiales; sin embargo, para Weitling la ruptura solo puede darse precisamente en esta tradición. Visto que la caminata del Franz Sternbald de Tieck, como escribe Heinrich Bosse, trata de una «superación de la artesanía» por medio de la formación,²⁰⁵ entonces se puede completar, con Wilhelm Weitling, que una superación de este tipo solo se puede producir estilizando las propias instituciones de la artesanía. La tradición se mantiene en su negación y la negación depende de la tradición. Una ruptura que derribe toda la tradición de la artesanía y haga una *tabula*

204 *Einer: Wir woll'n vom Baume der Erkenntnis pflücken / Und kosten seiner Früchte süßsten Kern. / Und uns mit Blumen edler Weisheit schmücken, / Und so der Erd' entflieh'n von Stern zu Stern, / Dann sollen wir als Dummköpfe sterben? / He? Na? // Alle: Nein! // Einer: Dazu sag' ich Amen, mit Heida, Juheida und / Hopsasasa!*

205 Heinrich Bosse, *Bildungsrevolution 1770–1830*, ed. junto a una conferencia de Nacim Ghanbari, Heidelberg, 2012, p. 126. Sobre la historia civil de transformación de las canciones de los oficiales itinerantes véase Heinrich Bosse, «Zur Sozialgeschichte des Wanderlieds», en: Wolfgang Albrecht y Hans-Joachim Kertscher (eds.), *Wanderzwang – Wanderlust. Formen der Raum- und Sozialerfahrung zwischen Aufklärung und Frühindustrialisierung*, Tübingen, 1999, pp. 135-157.

rasa en el movimiento obrero terminará expulsando finalmente al propio Wilhelm Weitling del movimiento.

Asociación de oficiales

Una buena parte del espacio del *Hülferuf* de Weitling la ocupan informes de la vida de la «Asociación de jóvenes alemanes de los oficios» de Ginebra. Justo en el primer artículo del primer cuaderno –tras un largo editorial–, se presenta la asociación; el segundo cuaderno informa sobre su «asamblea general mensual». ²⁰⁶ Tanto el presidente Herr Mersch como el «maestro de bolsillo» Herr Bonnet son identificados como artesanos: el primero es carpintero –sin datos sobre su estatus–, el segundo maestro zapatero. La asociación se mantiene hasta noviembre de 1839, y se caracteriza por una oscilación en la cantidad de miembros –«dependiendo de la situación de los que partían y llegaban»–, pero de media tiene unos noventa miembros (HVG, p. 7). El hecho de que el dinero para los viajes de los miembros que iban a partir fuera financiado por la caja común, deja claro que la asociación esencialmente reclutaba a sus miembros de entre los muchachos artesanos y oficiales itinerantes (véase HVG, p. 11 y ss.).

Una parte central de los informes la ocupa la organización interna de la asociación, y aquí es importante la cuestión financiera, ampliamente tratada; el primer artículo se parece sobre todo al comienzo de un informe financiero. La asociación consigue sus ingresos por medio de «cuotas de inscripción» así como de «contribuciones mensuales y extraordinarias. Los ingresos totales de los primeros dos años, 3600 francos, se han gastado fundamentalmente en el mantenimiento de un local alquilado para la asociación (en definitiva, «calefacción e iluminación») (HVG, p. 7).

Que la asociación se mantenga financieramente de esa manera pero no consiga excedentes para producir mayores inversiones, lleva a algunos de sus miembros a proponer una amplia reforma de la forma organizativa y financiera. En el informe de la asamblea general de la asociación se habla incluso

206 *Hülferuf*, H. 1, pp. 7-16, y H. 2, p. 25-28; en adelante citado en el cuerpo de texto con las siglas HVG y el número de página.

de un «viejo» y un «nuevo orden». La aprobación del nuevo se aprueba finalmente por unanimidad (HVG, p. 25 y s.).

En el centro del «nuevo orden propuesto» se encuentra la idea de la «creación de una economía de la asociación». El local de la asociación se debe transformar, por medio de la gestión privada, en «autogestionado» (HVG, p. 8). Hasta el momento, el posadero llevaba el local bajo condiciones favorables: la asociación le pagaba la mitad del alquiler, pagaba los gastos de iluminación y calefacción y le confiaban a él todos los ingresos obtenidos de los clientes, que como miembros de la asociación formaban una clientela fija. La «economía de la asociación» autogestionada acabaría con eso: finalmente, «todo el excedente debe recaer en la asociación, en vez de como ahora en una familia» (HVG, p. 8). La «economía de la asociación» es, como quedará claro muy pronto, más que una simple economía de un negocio hostelero llevado en común; se convertirá completamente para Weitling en un símbolo de una economía colectiva autogestionada –comunismo como proyecto de bar–.

Al inicio del comentario –en Weitling se aunaban una amplitud de miras visionaria con una propensión a la obsesión por los detalles minuciosos– se calculan los excedentes que ha de producir necesariamente la colectivización del negocio. Al observar las ideas de qué se podría poner en marcha con los 14 400 francos de excedente anuales se comprueba que en lo esencial el «nuevo orden» sigue siendo uno viejo y bien conocido. Pues con el dinero se deberían cubrir, fundamentalmente, aquellas tareas sociales y socio-políticas que antes desempeñaban los gremios y las asociaciones de oficiales. Los oficiales «eran, al no tener familia la mayoría, la parte más desprotegida de la artesanía».²⁰⁷ En caso de enfermedad, los gremios y especialmente las asociaciones de oficiales se ocupaban de su cuidado y manutención.²⁰⁸ En el caso de desempleo y de los trabajadores itinerantes, los gremios no se consideraban responsables, del mismo modo que no había ninguna manutención prevista para la vejez. Aquí, sobre todo a finales del siglo XVIII, cuando el tiempo de los oficiales

207 Kluge, *Zünfte*, p. 325.

208 Sobre las «tareas religioso-caritativas» de los gremios y especialmente de las hermandades, véase Sabine von Heusinger, *Die Zunft im Mittelalter. Zur Verflechtung von Politik, Wirtschaft und Gesellschaft in Straßburg*, Stuttgart, 2009, pp. 124-136.

se concebía todavía como un estadio puramente transitorio en el camino a la maestría, aunque *de facto* se convirtiera cada vez más en el punto de llegada de muchas carreras, intervenían las asociaciones de oficiales con sus «arcas»: cajas de contribuciones obtenidas regularmente de sus miembros, con las que las asociaciones asumían los costes de la itinerancia o aportaban una ayuda económica para la vejez. En muchos casos, las arcas de los oficiales funcionaban también como cajas de resistencia para las huelgas.²⁰⁹

Weitling no nombra las cajas de resistencia para las huelgas, aunque seguramente las tenía en mente; solo nombra explícitamente –y calcula hasta su último céntimo– el dinero para los viajes, el apoyo para los casos de incapacidad laboral y desempleo, así como el sistema de rentas que se podría implantar con la «economía de la asociación». Por medio de un «cálculo hábil y los intereses de un capital alcanzado de este modo» se podía incluso crear una residencia para ancianos y personas que necesitan asistencia, un «establecimiento integral de aprovisionamiento para los trabajadores» cuyo diseño teórico se abordará, sin embargo, «en un número posterior» de la revista (HVG, p. 11).

Cuando Weitling propone una reforma de la «economía de la asociación», lleva a cabo una reinversión institucional y organizativa de la tradición de los gremios. Al concentrarse en la importancia de los muchachos itinerantes y «trabajadores-oficiales», a quienes Weitling explícitamente nombra como «clases obreras» (HVG, p. 10), conecta directamente con la tradición de la organización autónoma de los oficiales. Sin embargo, busca esta conexión bajo unas condiciones muy diferentes: una situación social y política más dura y con una economía de mercado que

209 Si bien el «arca» solo era en su origen un recipiente en el que se conservaban actas, reglamentos y estatutos junto con la caja, más adelante se convirtió en *la parte por todo* de todo el gremio. Posteriormente, y especialmente en las arcas de los oficiales, se puede observar un movimiento semántico inverso: El arca nombra ahora solo la caja y lo que con ella se financiará –en el sentido de «Krankenkasse» [seguro de salud, que en alemán contiene la palabra *Kasse* o caja]–, «Sozialkasse»; véase Kluge, *Zünfte*, p. 23 y s., así como Wilfried Reininghaus, «Die Gesellenladen und Unterstützungskassen der Fabrikarbeiter bis 1870 in der Grafschaft Mark. Anmerkungen zu einem wenig erschlossenen Kapitel der Sozial- und Wirtschaftsgeschichte Westfalens», en: *Der Märker. Landeskundliche Zeitschrift für den Bereich der ehemaligen Grafschaft Mark und den märkischen Kreis* 29 (1980), pp. 46-55. Véase también Kluge, *Zünfte*, p. 345 y 224.

se va extendiendo. Que Weitling tenga que demostrar ya, en el esbozo utópico de su nueva caja social administrada por la asociación, su rentabilidad económica, es algo que marca una clara distancia social e histórica entre el viejo orden de los gremios y su reinención en el *Premarzo*.²¹⁰

Weitling se refiere en sus cálculos, en un principio, al establecimiento de un seguro básico material de los miembros de la asociación por medio de cajas sociales y de pensiones. Esto es, sin embargo, solo un primer paso, ya que finalmente se trata de «conducir el estado físico y moral de las clases obreras al punto más álgido del bienestar» (HVG, p. 10 [curs. PEO]). El bienestar físico de los trabajadores es para Weitling, en realidad, solo un símbolo de algo que va mucho más allá: ya que por medio de una «economía de la asociación» colectivizada y bien organizada, la asociación podría «dar un ejemplo al mundo [...] del nivel de formación del trabajador alemán» (HVG, p. 19). No se puede desperdiciar la ocasión de hacer realidad un modelo tal, y con ello también de trabajar en la preparación de la «emancipación política» de los trabajadores:

¿Queréis seguir vacilando? Queréis que vuestros contemporáneos y la posteridad digan. Él era uno de los que no le creyeron, de los que no abrieron los ojos, de los que no le escucharon con atención, pues combatió el sistema de las asociaciones en favor de la división (HVG, p. 10).

Los niveles de formación y emancipación, de los que debe dar ejemplo la asociación, se muestran no solo en las resoluciones, sino también en la forma de llegar a ellas: «Una petición, de la que muchos grandes señores se reirían y harían chistes, se discute en las asociaciones de artesanos alemanas con toda la tranquilidad que honraría a cualquier parlamento». La cultura del debate de los trabajadores no solo muestra que están al mismo nivel que los parlamentarios establecidos, sino que les superan incluso en amplitud de miras. Pues los «demócratas de hoy, que solo enfocan su mirada en los fuegos fatuos de las cues-

210 Sobre la «forma transitoria» de los «trabajadores-oficiales» véase Kocka, «Traditionsbindung», p. 349, así como Wolfgang Kaschuba, «Vom Gesellenkampf zum sozialen Protest. Zur Erfahrungs- und Konfliktdisposition von Gesellen-Arbeitern in den Vormärz- und Revolutionsjahren», en: Ulrich Engelhard (ed.), *Handwerker in der Industrialisierung. Lage, Kultur und Politik vom späten 18. bis ins frühe 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1984, pp. 381-406.

tiones políticas, y no quieren observar la estrella de lo social, se podrían curar aquí [en el local de la asociación alemana de artesanos] de sus convicciones enfermas» (HVG, p. 26). La forma de autoorganización de la asociación de artesanos, levantada sobre una base social, destaca sobre todas las otras formas de organización política pura; puesto que estas se desgajan ellas mismas de la dimensión «social» de su actividad e inevitablemente también en las situaciones críticas. La democracia de hoy en día, con su concentración exclusiva en la «cuestión política» –la cuestión de la democracia y del parlamentarismo mismo, se entiende– no es así más que un simple síntoma de un sistema que se basa en la «separación» de los diferentes ámbitos sociales.

La comprensión global de la política que muestra aquí Weitling, y por la cual lo «político» no se puede separar ya de la «cuestión social», se expresa también en su concepto holístico de formación. Esta incluye evidentemente la compra de lo que antes era solo un «piano alquilado» y el continuo «crecimiento de una pequeña biblioteca» (HVG, p. 7). La «formación» no debe ser solo un ámbito determinado, como en el sistema vigente dividido, sino una forma de vida completa, una forma del ser social, que se basa en la «unión» y el «entrelazamiento» –en definitiva de cuerpo y mente, de ser y conciencia o con Brecht: del tragar y la moral–. Ante las (posibles) acusaciones de que con la administración autogestionada, el local dejaría de ser en realidad una asociación política para convertirse en una «dispensadora de alimentos o una asociación de tragaldabas», Weitling contraataca:

Para vivir hay que comer. Y para comer bien y barato, hay que comer juntos. Nada tiene un mayor impacto sobre la formación moral de los miembros de la asociación que la satisfacción en común de una parte de las necesidades materiales, el entrelazamiento de los intereses de cada individuo en el interés de todos (HVG, p. 15).

Incluso en las cosas cotidianas –y si según parece, menores– como la alimentación se prueba ese lema comunista del *Hülferuf* y de *Die junge Generation* que está por encima de cada tarea: «contra el interés del individuo cuando daña al interés de todos, y a favor del interés de todos sin excluir a uno solo».

El significado que concede Weitling a la «formación» se corresponde en el debate inglés de la época, según ha mostrado

Raymond Williams, con el relativo al concepto de «cultura». Con la metáfora textil del «entrelazamiento», Weitling alude al motivo de una unión de ambos conceptos, de los que no se ocupará la teoría hasta el siglo XX, cuando se describa «la cultura como texto» o como «tejido de significados».²¹¹ Totalizada y liberada de cualquier acompañante («la cultura como tal», en contraposición a «la cultura de algo»), la «cultura» se convierte en la encarnación de toda una «forma de vida»: «toda una forma de vida, material, intelectual y espiritual».²¹² No obstante, el surgimiento de un concepto tan amplio de cultura solo es comprensible, según muestra Williams, cuando se entiende como reacción al desarrollo de la industria y del sistema de mercado. Con ello, la cultura se convierte en una «instancia de apelación» de una crítica al presente y en recurso de la imaginación para la construcción de alternativas.²¹³ Según Williams, la fuente del nuevo concepto de cultura, que comprende la crítica social, es el movimiento romántico inglés. Aquí se mostrará que esto también es válido para el movimiento romántico alemán –o al menos para una parte de este–.

3. GEORG WEERTH Y LA RUPTURA CON LA TRADICIÓN DE LOS GREMIOS

En Weitling, el concepto de formación muestra una aspiración universalista que contrarresta las tendencias autónomas o separatistas de la tradición de los oficiales. Como dimensión general (y como «instancia de apelación» humana, en el sentido de Williams), todavía hay para Weitling un «mundo» –y todavía hay un «mundo»– que el trabajador de Ginebra ha de percibir y evaluar.

En Georg Weerth (1822-1856) desaparece esta pretensión universalista y omniabarcante. Él se mueve ya en un mundo que ya no es *uno* en su horizonte de sentido, sino que está atravesado por una profunda división entre diferentes esferas de clase: por un lado los trabajadores, y por otro la burguesía. Así, también

211 Véase el fundamental ensayo de Clifford Geertz, *Dichte Beschreibung. Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme*, Frankfurt a. M., 1987, p. 9 [ed. en cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988].

212 Williams, *Culture and Society*, p. xvi.

213 Williams, *Gesellschaftstheorie*, p. 19.

Weerth, «el primer y más significativo poeta del proletariado alemán», como posteriormente llamará Friedrich Engels a su amigo y compañero, fallecido prematuramente, se sitúa explícitamente en la tradición de los oficiales artesanos y muchachos itinerantes.²¹⁴ Esto a pesar de que Weerth, a diferencia de Weitling y la mayor parte de protagonistas del primer movimiento, no era ningún artesano. Procedía de la casa parroquial de Westfalia, y había comenzado con 16 años la formación de vendedor en una empresa textil de Elberfeld, en la parte sur de la cuenca del Ruhr. Tras unas paradas en Colonia y en Bonn, se mudó a Bradford en el condado de Yorkshire, un punto estratégico de la red mundial de valorización de la industria de la lana. Otras paradas de su carrera fueron Bruselas, París, de nuevo Colonia, España, Portugal y finalmente el Nuevo Mundo, donde por encargo de distintas casas de la industria textil viajó a través de EE. UU., México y Brasil. Murió en 1856, con 34 años, en La Habana de Cuba, donde fue enterrado. Lo que Weerth comparte con los oficiales itinerantes es la experiencia del desasosiego y la pérdida de la patria; también él era un «apátrida» en el mejor de los sentidos.²¹⁵ Quizás por esta razón convierte Weerth la tradición de la poesía y las canciones de los oficiales en material propio y lo somete al mismo tiempo a una radical transformación.

En una antología de «poemas sociales», mencionada ya en la introducción, que Hermann Püttmann, amigo de Weerth, publicó en 1847 bajo el título *Album. Originalpoesien* [Álbum. Poesías originales], figura junto con Friedrich Saß, Percy Shelley, Wilhelm Weitling, Ferdinand Freiligrath, Anastasius Grün, Heinrich Heine, Hermann Overbeck, Ludwig Seeger y algunos otros, como personaje de renombre en la escena de la poesía socialista de aquellos años. Weerth figura aquí gracias a su ciclo completo de «canciones de muchachos artesanos». También el poema que Engels utilizará en su homenaje póstumo a Weerth está sacado de este ciclo.²¹⁶ Así, incluso el propio Engels, uno de los padres del

214 Friedrich Engels, «Georg Weerth», MEW 21, p. 56.

215 Sobre la biografía de Weerth véase el trabajo que hizo su sobrina en torno a 1910: Marie Weerth, *Georg Weerth (1822–1856). Ein Lebensbild*, Bielefeld, 2009, así como Bernd Füllner, *Georg-Weerth-Chronik (1822–1856)*, Bielefeld, 2006.

216 Véase Bernd Füllner, «Zur Entstehungs- und Zensurgeschichte der sozialistischen Lyrikanthologie 'Album. Originalpoesien von Georg Weerth [...] und dem Herausgeber H. Püttmann'», en: Bernd Kortländer y Enno Stahl (eds.), *Zensur im 19. Jahrhundert*.

«socialismo científico» que después tanto contribuyó al establecimiento de una narración lineal de la historia del movimiento obrero, valora las formas teóricas y prácticas tempranas del movimiento como formas primitivas y, por lo tanto, las relega a meros «preliminares»,²¹⁷ resultaba todavía plausible en 1883 una conexión entre las «canciones de muchachos artesanos» y una poesía del proletariado.

Los cinco poemas del ciclo de Weerth,²¹⁸ «Der Abschied», «Auf hohem Berge», «Im grünen Walde», «Drei schöne Handwerksburschen» y «Um die Kirschenblüthe» [La despedida, En altas montañas, En verdes bosques, Tres bellos muchachos artesanos y Junto a los cerezos en flor] están orientados por el ciclo de la itinerancia o peregrinación: la dialéctica de preocupación y euforia liberadora, que está ligada a la partida: *Ade, du dumpfige Stadt! / Nun freue sich, wer ein freies, / Ein lustiges Leben hat!* [¡Adiós, ciudad húmeda! / ¡Ahora se alegra quien tiene / una vida libre, una vida alegre!] («La despedida», p. 5 y s.); la mirada atrás a la niñez y la esperanza de la vuelta: *O blühet fort, ihr Rosen, / Ohn Not und Ungemach; / Bis daß ich euch wiederschau / Wohl über Jahr und Tag!* [Oh rosas, seguid floreciendo / sin necesidades ni desgracias; / hasta que os vuelva a ver / ¡seguro que más de un año después!] («En altas montañas», p. 7 y s.); finalmente el compañerismo con otros muchachos artesanos que están en tránsito: *So sangen sie wohl im Walde; / Es blitzte das grüne Gras. / Es klangen an Strom und Halde / Diskant, Tenor und Baß* [Así cantaban en los bosques; / brillaba la hierba verde. / sonaban el río y las laderas / triple, tenor y bajo], («En verdes bosques», p. 9 y s.). Los últimos dos poemas son los primeros que salen del idilio popular romántico, libre de toda lucha social o incluso de clase, y van, de una manera que ya conocemos, a la confrontación con un maestro y un director de un albergue: se trata, en primer lugar, de la posibilidad de seducir a la mujer y a la hija del maestro: *Der erste sprach mit dem Meister, /*

Das literarische Leben aus Sicht seiner Überwacher, Bielefeld, 2012, pp. 111-126 (la omisión en el título del ensayo viene del original).

217 Resulta notorio sobre esta narrativa de autocomprensión del movimiento obrero marxista el escrito de Engels *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* de 1880 [El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia] (MEW 19, pp. 177-228).

218 Los poemas del ciclo se citan en el cuerpo de texto en Hermann Püttmann (ed.), *Album. Originalpoesien*, Borna, 1847, p. 5-14.

der zweite grüßte die Frau, / Der dritte küßte die Tochter, / Mit Augen so lieb und blau [El primero habló con el maestro / el segundo saludó a la mujer / el tercero besó a la hija / con azules ojos de amor] («Tres bellos muchachos artesanos», p. 11). También trata de la mala alimentación y del exceso de tiempo de trabajo: *Und schlugen wie Nachtigallen, / Und stachen mit Nadeln drein, / Und nähten die Hosenlätze / Bis gegen den Sternenschein* [Y golpeamos como ruiseñores, / y traspasamos con las agujas, / y cosimos las braguetas / hasta que brillaron las estrellas] (p. 11). El último poema, «Junto a los cerezos en flor», con el que Engels comienza su pequeño homenaje a Weerth, radicaliza las formas hasta un punto que está claramente más allá de los límites de las canciones tradicionales de los artesanos:

Junto a los cerezos en flor
Junto a los cerezos en flor
allí nos alojábamos,
Junto a los cerezos en flor
año en Frankfurt nos alojábamos.

Habla el director del albergue:
«¡lleváis malas chaquetas!»
Tú, miserable director del albergue,
¡Eso a ti te importa una mierda!

Danos de tu vino,
danos de tu cerveza bien,
danos cerveza y vino
y un animal asado también.

Canta el gallo, el grifo se abre
¡Qué buen chorro tira!
Pero en boca nuestra sabe,
como la misma orina.

Entonces trajo una liebre
en perejil adobada:
ver aquella muerta liebre
cómo nos horrorizaba.

Y ya estando en la cama
con nuestro rezo nocturno:

nos picaban en la cama
los chinches otro tras uno.

Esto ha ocurrido en Frankfurt,
en esa bella ciudad,
lo sabe quien allí ha vivido
y quien allí sufrido ha.²¹⁹ (p. 13 y s.)

Tras la tosca introducción repetitiva, la intervención del director del albergue, que anuncia el fin de la cordialidad, queda marcada entre comillas, y con esto se la distancia también. El siguiente verso, el tercero de la segunda estrofa, responde a eso directamente con un insulto («Tú, miserable director del albergue») y en el cuarto verso se rompe la comunicación («¡Eso a ti te importa una mierda!»). Aquí el oponente habla directamente, no se citan ni se narran sus palabras, como en el caso del director del albergue, sino que directamente se dicen, sin marcar la distancia por medio de comillas. No se constata la ofensa, sino que se ejecuta, situando las expresiones del director del albergue y del «nosotros» en un nivel lingüístico diferente; el acto de comunicación no presenta ya ningún marco común. La tercera estrofa se transforma en la pura ejecución de la orden; debido a la repetición insistente del descarado imperativo «danos» (y la repetición del «vino» y la «cerveza» que se reclaman) la situación comunicativa se presenta finalmente como irreconciliable.

En la cuarta estrofa, que se refiere a la situación que sigue a la serie de órdenes –el cambio de la situación o del marco se realiza de nuevo sin ninguna marca–, las exigencias mostradas parecen tener éxito: el vino y la cerveza salen en un «buen chorro». Cuando el director del albergue, en la quinta estrofa, trae el «animal asado» exigido, la situación cambia repentinamente: el espanto mismo parece llegar a la mesa en forma de «liebre muer-

219 *Um die Kirschenblüthe: Wohl um die Kirschenblüthe / Da haben wir logirt, / Wohl um die Kirschenblüthe / In Frankfurt einst logirt. // Es sprach der Herbergsvater: / «Habt schlechte Röcke an!» / Du laus'ger Herbergsvater, / Das geht Dich gar Nichts an! // Gieb uns von Deinem Weine, / Gieb uns von Deinem Bier, / Gieb uns zu Bier und Weine / Auch ein gebraten Thier. // Da kräht der Hahn im Spunde – / Das ist ein guter Fluß! / Es schmeckt in unsrem Munde, / Als wie Urinius. // Da bracht' er einen Hasen / In Petersilienkraut: / Vor diesem todten Hasen / Hat es uns sehr gegraut. // Und als wir waren im Bette / Mit unserm Nachtgebet: / Da stachen uns im Bette / Die Wanzen früh und spät. – // Das ist geschehen zu Frankfurt, / Wohl in der schönen Stadt, / Das weiß, wer dort gelebet / Und dort gelitten hat.*

ta». ²²⁰ En términos simbólicos, podría referirse –como símbolo de la fertilidad– a la sensualidad y sexualidad vagante del muchacho artesano mismo, a la cual aludía, de hecho, el poema previo. Engels elogió la lírica de Weerth como «expresión de la sensualidad natural y robusta y el deseo carnal». ²²¹ No tuvo en cuenta, sin embargo, que precisamente esta se convierte, en el propio poema, en víctima de sí misma: la sensualidad es sacrificada, y su propio deseo carnal consumido. En la sexta estrofa se revela un contratiempo: en la «cama» se encuentran solo «chinchas» –y no precisamente la mujer o la hija del director del albergue, como se podía haber esperado como continuación de las aventuras previas. El director del albergue ha dejado quizás temporalmente que los muchachos artesanos le den órdenes, pero nada ha cambiado en cuanto a las diferencias de nivel social que hay entre aquellos que viven bien en la «bella ciudad» de Frankfurt y aquellos que allí han «sufrido». ²²²

El cierre pesimista del poema no permite relativizar, sin embargo, la ruptura producida –«¡Esto a ti te importa una mierda!»–. Sobre la necesidad de una ruptura de este tipo no deja ninguna duda Weerth en ninguno de sus textos. En el boceto literario «Das Blumenfest der englischen Arbeiter» [La fiesta de las flores del trabajador inglés] se representa justamente esta ruptura total con el mundo de la «burguesía» como condición para un verdadero desarrollo y emancipación de la sensualidad y de las pasiones de los trabajadores. ²²³

220 La ruptura tiene lugar exactamente al final de la cuarta estrofa: que la cerveza y el vino huelan como la orina no permite esperar nada bueno.

221 Engels, «Weerth», p. 56.

222 Sobre la «diferencia temporal» entre duración y comienzo como principio formal de la poesía de Weerth véase Jürgen Fohrmann, «Die Lyrik Georg Weerths», en: Michael Vogt (ed.), *Georg Weerth (1822–1856). Referate des 1. Internationalen Georg-Weerth-Kolloquiums 1992*, Bielefeld, 1993, pp. 54-72, aquí p. 64 y s.

223 Este boceto autobiográfico apareció por primera vez en el periódico *Der Gesellschaftsspiegel*, en el que Engels colaboraba anónimamente, y que Moses Heß publicó entre 1845 y 1846 en Elberfeld en doce números. El texto «Blumenfest der englischen Arbeiter» se citará en adelante con las siglas BF y el número de página, a partir de la siguiente edición: Georg Weerth, *Vergessene Texte. Werkauswahl*, Bd. 1, ed. por Jürgen-W. Goette, Jost Hermand y Rolf Schloesser, Colonia, 1975, pp. 266-274. Sobre la historia de las publicaciones véase «Vorbemerkung» en: Weerth, *Vergessene Texte*, Bd. 1, pp. 185-189. Sobre el contexto literario y socio-histórico en West Yorkshire véase Susan Price y Uwe Zemke, «Fabrikbesitzer und Industrieproletariat in den Romanen der Brontë-Schwester und den England-Aufsätzen Georg Weerths», en: Michael Vogt (ed.), *Literaturkonzepte im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz*

El texto toma como punto de partida el momento en el que el «yo» del narrador (al que por brevedad llamaremos «Weerth») recibe, con el repique de campanas del toque de queda, la visita de su amigo Jackson, caracterizado en el último apartado del texto como miembro militante de los cartistas, el primer gran movimiento de masas de los trabajadores ingleses (BF, p. 274).²²⁴ Jackson es «un hombre alto, de unos cuarenta o cincuenta años», y aparentemente un tanto excéntrico: lleva un chaleco verde, un frac negro con un tulipán rojo en el ojal, a lo que se añaden pantalones marrones de media pierna con calcetines blancos y resistentes botas de clavos. La apariencia de Jackson contrastará a partir de aquí con la imagen del «trabajador que regresa a casa», que recorre las callejuelas de la «ciudad fábrica» tras el fin de su turno de trabajo: los niños «avanzan a hurtadillas silenciosos y tristes en contra de su libertad, pues un día el trabajo más agotador paralizará sus pies, destrozará sus brazos, enturbiará su sentido y, como un fantasma, el cansancio cabalgará sobre su pobre alma»; también los «hombres y mujeres» tienen la cabeza hundida, con «los ojos mirando fijamente al pavimento» (BF, p. 266 y s.).

El contraste entre la vitalidad desbordante de Jackson y el gris mundo del trabajo estructura todo el relato. Jackson ha invitado a Weerth a abandonar con él la ciudad para visitar una fonda no muy lejana, la «Alten Hammelschulter» [Vieja paletilla de carnero].²²⁵ La corta caminata se describe como éxodo de la ciudad fábrica, de la esfera del trabajo y de la opresión:

Jackson avanzaba a grandes zancadas. En diez minutos ya habíamos dejado tras nosotros la húmeda ciudad. ¡La húmeda ciudad! Eternamente envuelta en el humo de carbón más tupido. Tanto que, a media milla, ya no se veían los tejados de las primeras casas.

Forschung 2000, Bielefeld, 2001, pp. 261-290.

224 Sobre el cartismo véase también el boceto de Weerth «Geschichte des Chartismus von 1832. Feargus O'Connor», en: Weerth, *Vergessene Texte*, Bd. 1, pp. 275-287.

225 Michael Perraudin destaca por un lado el carácter realista del texto de Weerth – había una asociación de cultivadores de flores, como representa Weerth, el pub The Old Shoulder of Mutton realmente existía, y también el activista John Jackson es «auténtico»–, y por otro lado resalta el estilo antiguo y heroico que Weerth da a sus protagonistas (aquí Jackson); Michael Perraudin, «Georg Weerths Das Blumenfest der englischen Arbeiter und andere England-Skizzen: proletarisches Heldentum», en: Michael Vogt (ed.), *Georg Weerth und die Satire im Vormärz*, Bielefeld, 2007, pp. 215-231, aquí p. 215, 216 y 227.

Solo el domingo se ve de pronto la claridad, allí arriba sobre la ciudad; ¡pero no en los cientos de miles de cabezas ahí abajo!

Pero ese atardecer, que no era de domingo, un centenar de esbeltas chimeneas de fábrica escupían sus últimas humaredas en el cielo. Así, desde la mitad de la colina casi no podíamos distinguir ninguna casa del valle. Abajo, la oscuridad total, pero arriba en la colina la noche más espléndida (BF, p. 267 y s.)

El éxodo desde la oscuridad a la luz no es individual. Tiene lugar, como se mostrará, junto con otros muchos que se encontrarán en la colina, fuera de la ciudad. La huida recuerda, no solo en su disposición espacial a la *secessio plebis* de la vieja Roma. La primera y más conocida de estas huidas la realizaron los plebeyos del monte Sacro, donde se juntaron para reclamar, de forma organizada, la investidura de un tribuno de la plebe. Las siguientes *secesiones* también tenían como objetivo reformas institucionales a favor de los plebeyos.²²⁶

El éxodo de los trabajadores ingleses se puede contrastar de forma instructiva con el de los plebeyos romanos. Los trabajadores ingleses no exigían ninguna reforma social –no solo huían «de la suciedad de las ciudades, del humo de las fábricas», sino «también de las oleadas de entusiasmo de una asamblea popular, de la rabia de un levantamiento» (BF, p. 268)–. Pero en modo alguno huían de la colectividad en un ejercicio de escapismo individual; organizaban más bien, más allá del mundo del trabajo

226 La representación clásica de la primera *Secessio Plebis* se encuentra en Livius, *Ab urbe condita/Römische Geschichte*, 2º libro, apartados 32 y 33, Stuttgart, 1987, pp. 93-99. En la Inglaterra de los años 1840, se puede observar o deducir con frecuencia un retorno de la historia de Tito Livio. Friedrich Engels describe en 1945 Kersal-Moor, en el norte de Inglaterra, donde habitualmente tenían lugar asambleas y encuentros de trabajadores, como el «monte Sacro de Manchester»; Friedrich Engels, *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, MEW 2, pp. 225-506, aquí p. 276 [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Júcar, 1979]. En Jacques Rancière, *Das Unvernehmen. Politik und Philosophie*, Frankfurt a. M., 2002, p. 34 y ss. [ed. en cast.: *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010, pp. 37 y ss.], se encuentra una crítica a aquella fábula en la que Agripa Menenio Lanato afirmaba la posición subordinada de los plebeyos y que con ello también «cambió su ánimo [de los plebeyos]», como escribe Tito Livio. Rancière mantiene, sin embargo, que los plebeyos se convirtieron ellos mismos, cuando se retiraron en el Aventino, en «seres capaces de prometer y cerrar contratos», en seres que «hablan como los patricios» (p. 36 y s.). La razón de los ejercicios espirituales sobre Livio de Rancière es el hecho de que ya en 1829 el escritor contrarrevolucionario Pierre-Simon Ballanche reinterpretó la vieja historia frente al espejo de su presente. El fantasma de la *Secessio* estaba por todas partes en la Europa del *Premarzo*.

(que también comprende las asambleas y los levantamientos), en cierto modo *extra muros*, una fiesta: una «fiesta de las flores». El resultado lo explica el narrador de forma casi lapidaria –es sin embargo completamente consciente de que la palabra «fiesta de las flores» resulta inverosímil para el contexto dado, y saborea mucho la extrañeza provocada en el lector con la *desubicación* que genera su descripción–:

Cada trabajador que quiera liberar la tierna sensibilidad, el amor por una flor, de la suciedad de las ciudades, del humo de las fábricas, de la neblina de las tabernas de aguardiente –pero también de las oleadas de entusiasmo de una asamblea popular, de la rabia de un levantamiento– busca junto a su vivienda o en el jardín de algún amigo un pequeño espacio, que trabaja cuidadosamente con la laya y la azada, que abona con todavía más esmero y que trata de proteger con palos y tablas de cualquier problema y confía allí las semillas de flores, los bulbos de tulipán o jacinto que tan caros ha comprado.

Cuando se aproxima la primavera, estos trabajadores amantes de las flores se ponen de acuerdo en un día para mostrarse unos a otros el resultado de su arte para la jardinería. Para la primera reunión se suelen elegir los tulipanes, para la segunda los ranúnculos y para la tercera y última los amelos y las georginas. Además, cada uno pone un chelín en una caja común para sufragar costes como el alquiler de la sala en la que se expondrán las flores, los honorarios del juez de flores y otras cosas. El resto del dinero se utiliza para la compra de un regalo para aquella persona que haya presentado la flor más bonita. Estas exposiciones de flores o fiestas de flores las realizan los trabajadores en muchas partes de Inglaterra, pero sobre todo en las provincias del norte, tres veces al año (BF, p. 268).

La organización de una exposición de flores –también por parte de trabajadores– nos puede parecer hoy banal, y quizás también existía esta percepción ya en el *Premarzo*; Weerth pone de relieve, en cambio, las implicaciones para nada triviales del fenómeno descrito. En primer lugar, el contraste existente en todo el texto, por ejemplo entre la oscuridad y la luz, o entre la opresión y la sublevación, lo introduce en cada participante individual, examinándolo con precisión: «¡Pero qué gente! [...] Personas que habían sido corroidas durante largos periodos por la necesidad, que salían con la cabeza gacha de las fábricas en las que habían trabajado, donde durante doce horas una máquina de ruido metálico cantaba la alegre canción de la industria, y los cantos de su propia sepultura. Estas personas, «esclavos, pobres

diablos, pilluelos y lumpen» se convertían ahora en «compañeros de flores». Cuidaban su amor por las flores y lo compartían en torno a una gran mesa en una taberna de mala fama, «en la que los más espléndidos tulipanes llamaban la atención en sus pequeños vasos» (BF, p. 268 y s.).

En segundo lugar, Weerth subraya que el amor por las flores, cuidado colectivamente, había surgido en el lugar entre los trabajadores y se organizaba autónomamente. Las exposiciones, según Weerth, «no tienen ninguna protección desde arriba. Esta afición por las flores se ha desarrollado puramente desde el pueblo. La burguesía no sabe nada de muchas cosas, entre ellas esta pasión poética de los trabajadores» (BF, p. 268). Precisamente aquello que se podría considerar algo universalmente humano y a lo que se podría apelar –como en el caso de la «cultura» o de la «educación»– para proclamar una base común de todos los seres humanos, es la causa, para Weerth, de una separación definitiva de las clases. Y podríamos dudar incluso de que entre la burguesía se pudiera dar una «afición por las flores» igual de apasionada. La pasión de los trabajadores por las flores no es intrascendente; tiene que probarse y abrirse paso bajo condiciones desfavorables; donde no hay esta resistencia y estos contrastes, la «afición a las flores» amenaza con languidecer y perder fuerza.

La autonomía de la organización se mantiene durante el transcurso del concurso en las singularidades de la discusión colectiva y la toma de decisiones. La decisión final sobre el ganador del concurso la toman dos personas designadas con la ayuda del «juez de flores», a quien se remunera con la «caja común» (BF, p. 269). Estos dos tipos examinan y olfatean los tulipanes con toda tranquilidad, y finalmente deben «ponerse de acuerdo sobre los tulipanes más bellos. Esto le debería ocurrir de hecho a toda la sociedad» (BF, p. 271). Los dos jueces son «autoridades en flores» indiscutidas (BF, p. 269), pero su toma de decisión debe ser transparente y debe hacerse en público, si no es incluso colectiva. Aquí se puede ver quizás hasta un modelo político. En todo caso, el público asistente no se queda de piedra y callado mirando a los dos expertos, sino que participa en voz alta en el proceso de deliberación (BF, p. 272). Cuando «la elección de un juez no parece tener aceptación» y el público «refunfuña», «algunos se ríen y otros bromean», finalmente decide el más delicado:

el tulipán que no destaque por su apariencia visual, pero tenga un fino pero claro «aroma a violeta». El grito general «¡aroma a violeta!», que retumba por toda la taberna, decide finalmente el concurso. El cultivador premiado es –precisamente– el líder obrero militante Jackson.

La forma de organización autónoma de los trabajadores que describe Weerth no presenta ninguna relación explícita con la tradición de los gremios y de las asociaciones de oficiales –al contrario que la asociación ginebrina de Weitling y al contrario que los propios poemas de Weerth–. Solamente podría deducirse de aquí la forma pura de la autoorganización sobre una base profesional. Por tanto, tiene todo el sentido considerar la organización de los «compañeros de flores» como precursora de las asociaciones de trabajadores que en el transcurso del siglo se convertirán en una parte integral de aquella contrasociedad proletaria, formada con la implantación del movimiento obrero.

Lo que legitima incluir la «fiesta de las flores» en la tradición de los gremios es únicamente la demanda cultural-afectiva ante la que los gremios –como describe Tieck– y también las asociaciones de oficiales –en la versión de Weitling– realizan su oferta. La «fiesta de las flores de los trabajadores ingleses», como la describe Weerth, va en esta línea, ya que también aquí se expone, en este texto y en los acontecimientos que se describen, que el ser humano no solo vive de pan –incluso aunque este sea, en ocasiones, difícil de encontrar en cantidad suficiente–. Un punto importante de la *reinvención* de Tieck de los gremios era que no los clasificaba primariamente por su función de seguridad y apoyo económico y socio-político, sino por su función como representación. En las «representaciones de todo tipo» que procuraban los gremios, la persona podía expresarse completamente, y esto incluye precisamente a aquellas pasiones y pulsiones consideradas disfuncionales para la supervivencia socio-económica y que, por tanto, han de ser aisladas. La pulsión de salir de uno mismo y convertirse en otro; la pulsión por la belleza y el conocimiento, que intenta que las cosas sean algo más que útiles y las rodea de bellos adornos, orientándose solamente por el gusto: todo esto debería tener su importancia, según Leonhard, precisamente para las personas de procedencia social más baja. Justo para ellos se debería tratar –gracias al consuelo del

arte y de las representaciones– siempre de algo más que de la reproducción de su «vida desnuda».

Estas ideas permiten descifrar también la «fiesta de las flores» de Weerth. Para él se trata de mostrar, en primer lugar, que también en los trabajadores subyugados y oprimidos del norte de Inglaterra hay una «pasión poética». Estos no se entregan simplemente al alcohol porque no sepan hacer otra cosa (versión malvada del odio a los pobres) o porque quieran olvidar su miseria (versión filantrópica), sino porque beber ponche es una forma de celebrar, y las celebraciones de los trabajadores ingleses son «fiestas poéticas». Por ello «tiene tanta importancia la simple fiesta de las flores, porque surge directamente del pueblo, sin causa exterior» (BF, p. 274). No es ninguna reacción defensiva, ninguna compensación, ninguna protesta, sino la expresión de una necesidad poética que también existe entre los trabajadores.²²⁷ Este es el mensaje político explosivo que nos envía la «fiesta de las flores»:

Aquí descansa también la prueba de que el trabajador conserva en su corazón, junto a su desarrollo político, también un tesoro de amor cálido por la naturaleza, un amor que es la fuente de toda poesía y que algún día lo pondrá en situación de desarrollar por el mundo una literatura fresca, un nuevo arte poderoso (BF, p. 274).

La formación de clase obrera tiene lugar en Weerth no solo como lucha política. Weerth no niega de ningún modo ni deja a un lado las luchas políticas y sociales de su tiempo, sino que estas están muy presentes en este texto y otros suyos.²²⁸ No niega

227 Sobre la interpretación de los informes de Weerth desde Inglaterra como sacudida de los «patrones de interpretación fijos sobre la industrialización» véase Udo Köster, «Kontexte zu Weerths Berichten über Proletarier in England», en: Vogt, *Georg Weerth (1822–1856)*, pp. 85-108, aquí p. 93 y s.

228 Esto ocurre ya al principio del texto, cuando la espantosa «hilera» de trabajadoras y trabajadores que volvían por turnos a casa «de pronto» «se interrumpe» y se reúnen ante un «cartel» que podría ser un anuncio agitador cartista o bien un comunicado policial o empresarial de medidas contrarias –el texto de Weerth deja esto abierto, de forma explícita y deliberada, al final del episodio–: «Hay silencio en el círculo. De pronto, surge un murmullo. La mayor parte de los trabajadores no sabe leer – los instruidos, comparten con sus camaradas el contenido del cartel. El murmullo se va agrandando; los hombres y los niños hablan entre ellos, las mujeres susurran y ponen cara de preocupación. Algunos de los que escuchan dejan en el suelo sus cacerolas y sus cestas, en las que llevaban su almuerzo, el té o el café; y de vez en cuando se cierra una mano apretando el puño; – también los ojos se vuelven más vivos – brillan y se iluminan, – se ve, la pasión invade de pronto los cuerpos, – a última hora

el papel de la lucha política y de la organización. No obstante, los relativiza y los pone en relación con un recurso que resulta inaccesible para la política, aunque sí señale hacia él. Este otro recurso descansa para Weerth en la capacidad de los trabajadores ingleses de «celebrar fiestas poéticas tan espléndidas, a pesar de todas las tiranías». Esta fuente de energía de la política proletaria no se alimenta solo del odio a las condiciones de vida, sino del amor, el «amor por la naturaleza». Este amor «en sus corazones» protege a los trabajadores de que la vida que han de llevar les envenene también a ellos por dentro.

El «amor por la naturaleza» es al mismo tiempo «fuente de toda poesía» –y con ello una *poesía de la clase* en un doble sentido. Por un lado, Weerth tiene ante los ojos una «literatura fresca», totalmente nueva, «un nuevo arte poderoso», que lo producen los trabajadores para los trabajadores (BF, p. 274)–. Sin embargo, por otro lado, según se va hilando el argumento poético de Weerth, se trata también de un desarrollo poético de la clase trabajadora –su producción y su autorrealización, su formación como clase–.²²⁹ Con Weerth se muestra que, para la autocreación de la clase, no basta con la autoorganización política. La *poesía de la clase* –en el sentido de su constitución o formación– no se puede realizar solo por medio de la lucha y la toma de conciencia sino también, una y otra vez («tres veces al año», dice Weerth), por medio de la *poesía*: por medio de la belleza, la pasión y el derroche –*exuberance is beauty* [la exuberancia es belleza], dice William Blake– por medio del gusto, la educación, la naturaleza, la cultura... Este es el mensaje oculto que recorre una línea que va desde las asociaciones de oficiales del *Premarzo* hasta el movimiento obrero temprano.²³⁰ Hemos de aprender a captar y descifrar este mensa-

de la tarde, vuelve a incendiar los espíritus de esas personas cansadas. – ¡Cuidado cuando estos espíritus despierten su plena consciencia! De boca en boca circula una maldición tenebrosa, – después una carcajada – la ira y la burla centellean en los rostros envejecidos y pálidos – La muchedumbre se disgrega. ¿De qué hablaba realmente aquel cartel?» (BF, p. 267).

229 Sobre la referencia ambivalente de Weerth al complejo poético-romántico, véase Bernd Füllner, «'Gottlob mit der Romantik ist es aus.' Romantik und Revolution in Georg Weerths Werken», en: *Binger Geschichtsblätter*, Bd. 22: *Bingen und die Rheinromantik*, 2003, pp. 130-149, así como Füllner, «'Der Handel ist für mich das weiteste Leben, die höchste Poesie.' Georg Weerth und die 1848er Revolution», en: Friedrich Bratvogel (ed.), «Ich aber wanderte und wanderte – Es blieb die Sonne hinter mir zurück.», en: *Grabbe-Jahrbuch* 19/20 (2000/01), pp. 358-372.

230 Michael Perraudin pone de relieve que el boceto de Weerth termina de forma

je perdido, que se articula sobre líneas imaginarias que vuelven la vista a atrás los gremios y las tradiciones de los artesanos, si queremos repensar el origen de la clase obrera y sus organizaciones.

«marcadamente romántica» porque en realidad para Weerth solo una «clase con una conciencia realmente romántica» estaría en situación de aproximarse a una «época futura» de «amor y poesía». No se puede describir con más precisión el carácter prospectivo o proyectivo del anticapitalismo romántico de Weerth; Perraudin, «Blumenfest», p. 220.

2

«¿NOSOTROS? ¡DIFÍCIL PREGUNTA!» SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DE LA CLASE EN LAS REVISTAS Y PERIÓDICOS

Sus hechos eran periódicos y revistas²³¹

Carl Schmitt

En octubre de 1848, Wilhelm Weitling interviene en Berlín en el curso de la revolución. Después de que en 1846 hubiera roto con Marx en la Liga de los Justos y fuera expulsado de la organización junto con sus seguidores, Weitling se fue a Nueva York para incorporarse allí como redactor en la *Tribuna del Pueblo* socialista. La cabecera del periódico semanal fundado por Hermann Kriege, un antiguo miembro de la asociación de estudiantes y más tarde comunistas, estaba decorada con el lema «¡Arriba el trabajo! ¡Abajo el capital!»²³²

Tras el estallido de las revoluciones en Europa, Weitling vuelve rápidamente al viejo continente, y tras una escala en Colonia, donde además tiene un altercado con Marx, en otoño llega a Berlín. Aquí publica una nueva «revista semanal», el *Urwähler* [el elector]. El subtítulo del semanario: «Órgano de la Alianza por la Liberación» es ficticio –Weitling había fundado en sus tiempos de Nueva York una «Alianza por la Liberación», pero en Berlín no existía–. Weitling carga a solas con la redacción y editorial de

231 Carl Schmitt, *Politische Romantik*, Berlín, 1991 [1919], p. 41.

232 Sobre Kriege, que como miembro de la Liga de los Justos también tuvo problemas con Marx y Engels, quienes le dedicaron incluso un panfleto, la «Circular contra las guerras» (MEW 4, pp. 3-17), véase Alfred Wesselmann, *Burschenschafter, Revolutionär, Demokrat. Hermann Kriege und die Freiheitsbewegung 1840–1850*, Osnabrück, 2002.

los cuatro números. Se queda también completamente aislado del desarrollo de los acontecimientos. El *Urwähler* no alcanza los «cien mil suscriptores» que reclama en el primer artículo del primer número,²³³ sino unos míseros ciento cincuenta. Tras el golpe de Estado contrarrevolucionario de noviembre de 1848, Weitling es expulsado por el general Wrangel de Berlín. Weitling hace entonces propaganda algunos meses en Hamburgo, antes de volver decepcionado, en agosto de 1849, a EE. UU.

La intervención de Weitling en el *Urwähler* es enérgica; el propio título del segundo artículo promete importantes respuestas, para luego ramificarse sin embargo en cada vez más preguntas:

¿Qué reformas queremos?

¿Nosotros? ¡Difícil pregunta! ¿No lo queremos todo? ¿Quiénes somos nosotros? Sí, todos nosotros, pero ¿qué todos? ¿Todos los del partido? ¿Todos los de la ciudad, de la provincia, o de Alemania? ¿Somos todos los ciudadanos, o solo las clases trabajadoras? ¿Somos únicamente todos los zapateros, todos los sastres, todos los constructores de máquinas, impresores o formamos parte todos de ello? ¿Pertenece también todos los que dirigen un comercio o una empresa, o son solamente ellos? ¿Y la nobleza, y los militares? ¿Son los propietarios de bienes o los fabricantes, los pobres o los ricos, o ambos juntos?²³⁴

Mientras Weitling desvía la cuestión del objetivo de las reformas y la reformula como una pregunta por el «nosotros», ilumina una dimensión básica de lo político que la cotidianidad política suele dejar, en cambio, en meras suposiciones: la cuestión de la subjetivación política. Antes de que un grupo pueda descubrir sus intereses y demandas comunes, para después poder defenderlas políticamente, debe al menos preidentificarse como tal. Weitling desenmascara como una quimera que los intereses y los «deseos» políticos vayan a producir esta identificación por sí mismos. Solamente una precomprensión dada del «nosotros» puede al menos enmarcar la pregunta por los in-

233 «Si nos hacéis felices con cien mil abonados, os prometemos que, en las próximas elecciones, tendréis la victoria que anheláis», se dice a modo de farol en el primer cuaderno; *Der Urwähler. Eine Wochenschrift, redigiert von Wilhelm Weitling. Organ des Befreiungs-Bundes*, H. 1 (octubre de 1848), p. 3. La revista se publicó en Berlín entre octubre y noviembre de 1848 en cuatro números.

234 *Urwähler*, H. 1, pp. 3-5, aquí p. 3.

tereses y las demandas de tal forma que sean identificables y defendibles.

En conexión directa con el pasaje antes citado, dice:

¿Cuándo debo dejar de juntar a los individuos cuyo «nosotros» constituye la pregunta planteada? Quiero mirar los ejemplos que nos proporciona la sociedad para responder a esta pregunta. ¿Qué cantidad de asociaciones diferentes, que se cruzan y luchan entre sí, que defienden cualquier deseo particular!²³⁵

¿Qué «cantidad» tenemos ante nosotros? En su catálogo de preguntas, Weitling despliega de nuevo un catálogo completo de la sociedad del *Premarzo*, y reconstruye todos los principios en los que se basan los distintos modelos de subjetivación política de la época, los distintos modos posibles de configuración del nosotros: territorialidad, ocupación, clase, situación.

La mayor parte del espacio en la cascada de preguntas de Weitling lo ocupa la diferenciación social interior de los «ciudadanos»: ¿somos «todos nosotros» en realidad «todos los ciudadanos», o somos «solo todas las clases trabajadoras?». ¿Es «ciudadano» por tanto un contraconcepto de los trabajadores, o los burgueses los incluyen también en él? La universalidad abierta del «todos nosotros», que antes se había fijado («sí, todos nosotros») requiere claramente limitaciones, a partir de las cuales se pueda confirmar, para empezar, el «nosotros».

Pero las preguntas siguen: si el «nosotros» debe comprender a las «clases trabajadoras», ¿se refiere esto en realidad a «todas las clases trabajadoras», o solo a aquellas que se pueden destacar y diferenciar de acuerdo al oficio y empresa? Los oficios enumerados, los zapateros, los sastres, los constructores de máquinas y los impresores, no son en todo caso oficios cualesquiera, sino que forman más bien las partes más activas de los trabajadores artesanos revolucionarios del *Premarzo*. Los zapateros y los sastres provenían de los sectores artesanos tradicionales, aunque fueron proletarizados pronto y violentamente, y formaban así las brasas más vivas de los círculos de artesanos y del pauperismo urbano.²³⁶ Los constructores de máquinas, en

235 *Urwähler*, H. 1, p. 3.

236 Por ejemplo, el viajero americano que en la novela de James Fenimore Cooper *Die Heidenmauer* [The Heidenmauer], de 1831, visita el viejo continente, se encuentra

cambio, pertenecían a los nuevos trabajadores de alta cualificación, que se enorgullecían del significado de sus productos para el proceso de industrialización. Los impresores, finalmente, eran los intelectuales de entre los trabajadores, por exigencia de su oficio. Tanto la miseria de unos como la posición preeminente de los otros alimentaban la ambición revolucionaria que llevaba a estos grupos finalmente al frente de la revolución y a las barricadas.²³⁷

La siguiente pregunta apela a «los que dirigen un comercio o una empresa», figuras realmente ambiguas cuya pertenencia de clase, en el *Premarzo*, estaban en cuestión: ¿pertenecen a las «clases trabajadoras» o mejor a los «burgueses» (en un sentido demarcado y concluyente)? En la Revolución de Julio de París de 1830, los dueños de pequeños comercios estaban mal vistos, como cómplices de la contrarrevolución, y este escenario se repitió en los tumultos de la Revolución de Marzo de Berlín.²³⁸ Sin embargo, al mismo tiempo, una gran cantidad de protagonistas del primer movimiento obrero eran dependientes y soldados que hacían el servicio militar, y precisamente el prolijo periodismo del momento se llevó a cabo esencialmente por hombres de acción y emprendedores con formación de vendedores: Friedrich Engels, Georg Weerth, Ferdinand Freiligrath.²³⁹

en el Palatinado con un locuaz sastre, cuyas «observaciones filosóficas [...] eran el resultado de la vida miserable de una persona que ha tenido mucho trabajo pesado pero poco que comer». El diagnóstico del sastre es breve y acertado: «Él sostenía que el trabajo era muy barato, y el vino y las patatas muy caros». El sastre, por cierto, ha viajado mucho: Estuvo en París, en Londres, «en Roma, Nápoles, Dresde y otras capitales»; James Fenimore Cooper, *Die Heidenmauer oder die Benediktiner. Historischer Roman*, Speyer, 2006 [1831], p. 18.

237 Sobre la posibilidad de separar la intensidad de la «militancia de la clase obrera» de la posición social de diferentes grupos profesionales, véase el debate entre Rancière, Sewell y Christopher Johnson: Jacques Rancière, «The Myth of the Artisan. Critical Reflections on a Category of Social History», en: *International Labour and Working Class History* 24 (1983), pp. 1-16; con una «response» de William H. Sewell (pp. 17-20) y Christopher H. Johnson (pp. 21-26). Sobre la proletarianización de los sastres y zapateros por el «terror de la confección» véase Christopher H. Johnson, «Patterns of Proletarianization. Parisian Tailors and Lodève Woolen Workers», en: John M. Merriman (ed.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, 1979, pp. 65-84.

238 Véase Rüdiger Hachtmann, *Berlin 1848. Eine Politik- und Gesellschaftsgeschichte der Revolution*, Bonn, 1997, especialmente el capítulo sobre las milicias civiles, pp. 234-260.

239 Véase al respecto Patrick Eiden-Offe, «Frederick Engels, Entrepreneur. Marx und Engels als Projektmacher», en: *Merkur* 762, 11 (2012), pp. 1045-1054.

Con la «nobleza» y el «ejército» recuerda Weitling a los poderes del viejo orden, que pocas semanas después de la publicación del artículo tomaron las armas de nuevo de forma masiva. Con la llamada al estado de sitio en Berlín y muchas otras ciudades de Prusia el 12 de noviembre de 1848, se debía terminar por el momento con la revolución. Respecto a los «propietarios de bienes» y los «fabricantes», finalmente saca a relucir en la siguiente frase figuras del nuevo y otra vez del viejo poder cuya voluntad de reforma era seguramente muy diferente que la de las «clases trabajadoras».

Weitling señala aquí el potencial ilimitado de la pregunta por el «nosotros» político. La contraposición a la que él mismo ha llegado, según muestra el artículo, la nombra Weitling al final de su catálogo de preguntas: ¿Forman «los pobres o los ricos» el «nosotros» de la reforma –«o ambos juntos»–? Incluso en el punto más álgido de recrudescimiento no puede faltar una pregunta relativizadora.

Antes de examinar las diferentes respuestas del momento a la pregunta por el «nosotros» que cambiará la sociedad, hay que valorar de nuevo la sinceridad del planteamiento que expone Weitling. En su imparcialidad resume sin embargo de forma adecuada los debates del *Premarzo*, tal y como se manifestaban en la cultura de los periódicos y anuarios, que analizaremos a continuación. La pregunta por la constitución de un «nosotros» político está en realidad todavía abierta en el *Premarzo*, al tratarse de una sociedad en movimiento, una sociedad de transición altamente fluida, que solo puede pensarse como el resultado de tendencias que «se cruzan y luchan entre sí».

En las revisas de la época a la pregunta por las condiciones y las posibilidades de una constitución política de un nosotros, se formulaban y reconstruían diferentes propuestas. Con ello se puede observar al mismo tiempo en las revistas una historia de las ideas en marcha,²⁴⁰ y tiene un significado decisivo que el trabajo lingüístico y conceptual sobre lo político se convirtiera en algo completamente público: ¿Quiénes somos nosotros, y quiénes sois vosotros? La pregunta por los receptores del propio

240 Seguramente no es casual que la historia de las ideas académica en la RFA (y los planteamientos metodológicamente similares en otros países) siempre han sido, fundamentalmente, una investigación sobre el *Premarzo*.

discurso y por la propia posición enunciativa es desde el principio política, y no puede por tanto plantearse de otra manera que no sea pública.

Asociaciones: «*Proletarios*²⁴¹ burgueses» y «científicos»

Entonces, ¿quién es «nosotros»? Al principio está la negación: ¡No, no somos proletarios! El editor Arnold Ruge insistía en esta observación²⁴² en 1843 en *Anekdotas zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik* [Anécdotas para la filosofía y el periodismo alemán contemporáneos], un proyecto de anuario con el que la escuela de jóvenes hegelianos tenía la intención de dar el paso al «partido», a la asociación política. Quien sostuviera que quienes hacían *Anekdotas* –con Bruno Bauer, Ludwig Feuerbach, Friedrich Köppen, Karl Nauwerck y el propio Ruge; en definitiva, la *crème de la crème* de la izquierda hegeliana²⁴³– eran «solo unos pocos individuos proletarios», estaba alimentando una «falsa apariencia» que solo obstaculizaba la formación de una verdadera prensa libre en Alemania.²⁴⁴ ¿Por qué?

Anekdotas surgió como reacción a la creciente censura y prohibición del *Halleschen Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst* [Anuario de Halle para la ciencia y el arte alemanes] y del *Deutschen Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* [Anuario alemán para la ciencia y el arte]; se pusieron como tarea poner remedio a la «emergencia por la censura» y preparar el camino para «una honrosa libertad de prensa».²⁴⁵

241 Como se explicará después, el término «proletario» tuvo diferentes grafías antes de estandarizarse. En la presente edición, se respetará el original [N. del T.].

242 *Anekdotas zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik*, ed. por Arnold Ruge, 2 Bde., Zürich/Winterthur, 1843.

243 Los citados aparecen, junto a «algunos anónimos» (entre los que se presupone también a Marx), en el título mismo de la revista.

244 Arnold Ruge, «Die Presse und die Freiheit», en: *Anekdotas* I, pp. 93-116, aquí p. 111.

245 Del «prólogo» de Ruge, sin paginación y que ocupaba dos páginas, en: *Anekdotas* I. Los números de *Anekdotas* se publicaron también en la editorial Literarischen Comptoir en Winterthur, Zürich. La editorial fue fundada por el liberal alemán Julius Fröbel en 1840, para poder publicar literatura prohibida en Alemania. Pronto se convirtió en la editorial de referencia del periodismo y la literatura del *Premarzo*. En 1845/46, el joven Gottfried Keller publicó también sus primeras obras literarias en la editorial de su amigo Fröbel. Sobre Fröbel y su editorial véase Walter Grab, *Dr. Wilhelm Schulz aus Darmstadt. Weggefährte von Georg Büchner und Inspirator von Karl Marx*, Frankfurt a. M./Olten/Viena, 1987, pp. 217-256. La historia de los anuarios ha sido documentada recientemente de forma extensa por Martin Hundt (ed.), *Der Redaktionsbriefwechsel der Hallischen, Deutschen und Deutsch-französischen Jahrbücher (1837-1844)*, 3

Al igual que su aliado Feuerbach, Ruge era un filósofo habilitado para la cátedra, y al igual que a él, se le negó la posibilidad de impartir clases en la universidad por razones políticas. Tras el cese de Bruno Bauer de la cátedra de Teología evangélica en la universidad de Bonn en 1842, también por causas políticas (¡y la eliminación de su capacitación para ser profesor de por vida!) –Federico Guillermo IV de Prusia dirigió desde el principio de su mandato en 1840 una furiosa lucha contra la «semilla del diablo del panteísmo hegeliano»²⁴⁶–, a las cabezas visibles del movimiento de jóvenes hegelianos se les prohibió el paso a puestos universitarios; lo siguiente fue la relegación del arabista Nauwerck en 1844, cuyo intento de habilitación se vio prematuramente frustrado por un conocido de Bauer algo más joven, Karl Marx. En esta situación, la lucha política del partido de los jóvenes hegelianos se centró claramente más en su propia causa que en los primeros años del movimiento: *Anekdotas* se centraba así en la «censura», la «libertad de prensa», la «libertad de cátedra» y la «libertad política», más que dedicarse a la filosofía y a la teología. Las pretensiones de la revista eran científicas. Quienes la hacían y escribían en ella se veían incluso como los auténticos representantes de la ciencia, una vez que ésto ya no era posible hacerla en las universidades alemanas.²⁴⁷

Si la prensa es el lugar propio y único de la ciencia y de la crítica, entonces el concepto de prensa se carga enormemente. Para el hegeliano Ruge, la prensa no es un trabajo diario –periodismo–, sino una manifestación privilegiada del espíritu. Si este ya no se puede hacer presente y encontrarse en la ciencia, como había previsto Hegel, entonces la prensa pasa de ser una «conversación del pueblo consigo mismo» a una «conversación del espíritu universal consigo mismo». La prensa como «órgano del pensamiento en su totalidad» debe poder actuar libre y sin

Bde., Berlín, 2010.

246 Sobre la historia o reportaje de este enredo y sobre el trasfondo histórico de la cita véase Christoph-Eric Mecke, *Begriff und System des Rechts bei Georg Friedrich Puchta*, Göttingen, 2009, p. 126.

247 Sobre la tensión entre universidad y periodismo en las decisiones sobre su trayectoria vital de la nueva generación de académicos de mediados del siglo XIX véase Anna-Maria Post, «Zeitschrift statt Lehrstuhl. Die 'Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft'», en: *Grundlagenforschung für eine linke Praxis in den Geisteswissenschaften*, H. 1 (2014), pp. 40-61.

trabas, porque en caso contrario se ponen obstáculos a la «razón pública» misma y se hace en definitiva imposible un «género humano explícito y transparente en sí mismo». ²⁴⁸ A esto conducen, sin embargo, el «Estado policial» y la «censura». ²⁴⁹

Como consecuencia de esta inmensa presión sobre la prensa y sobre los escritores de prensa, a Ruge le parece adecuado atacar duramente a las difamaciones personales a las que se veían expuestos los miembros del movimiento de jóvenes hegelianos: no, no es cierto lo que se ha dicho sobre estos «escritores *novísimos*». No son «solo unos pocos individuos *proletarios*, pendencieros endiablados, idealistas cegados y sin propiedades, hacia quienes nunca dirigirá sus simpatías una masa concentrada en el trabajo tranquilo y la vida leal». ²⁵⁰ Para enfrentarse con eficacia a esta calumnia, «se necesita un vuelco histórico» por el cual «con el concepto de *ciudadano libre del Estado* [...] también nace el concepto de *escritor libre*, y se termina con la falsa apariencia de que los escritores libres solo son libres porque eran *proletarios burgueses*». Siguiendo con las especificaciones, Ruge finalmente afirma que él y sus aliados tampoco deberían ser considerados «*proletarios científicos*». ²⁵¹

En estas explicaciones hay algo reseñable. La utilización lingüística todavía no estandarizada, como queda claro –*proletarios* en vez de *proletarios*– remite así a una figuración social que tampoco se ha estandarizado todavía. La palabra «*proleta/etario*» se utiliza aquí más como insulto y atribución difamatoria que como transcripción de una posición de clase real. En la asociación con los «pendencieros endiablados», el «proletariado» de Ruge es todavía bastante parecido a la «plebe» hegeliana.

Entretanto, tratamos de leer las caracterizaciones de Ruge de los «individuos *proletarios*» de forma más o menos neutral. Entonces hemos de aceptar que estas comprenden también de forma precisa al propio autor y a sus aliados, sobre todo aque-

248 Ruge, «Presse», p. 96 y s.

249 *Ibid.*, p. 102 y ss.

250 *Ibid.*, p. 111 y ss.

251 *Ibid.*, p. 112: Los «*proletarios*» de Ruge firmarán pocos años después en Wilhelm Heinrich Riehl como «proletarios del trabajo intelectual»; véase al respecto Wilhelm Heinrich Riehl, *Die bürgerliche Gesellschaft. Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Sozialpolitik*, Bd. 2, 6ª ed., Stuttgart, 1866 [1851], pp. 312-349 [ed. en cast.: *La sociedad burguesa*, Barcelona, Edicions 62, 1985].

llos que se sumaron a su nuevo proyecto, el *Deutsch-Französischen Jahrbücher*. «Sin propiedades» son todos sin excepción, de forma que se tienen que emplear como «escritores libres»; «pendencieros endiablados» también lo son, si se está dispuesto a confundir la tranquilidad dominante con un orden razonable; e «idealistas cegados» se les puede llamar igualmente con cierta razón a los jóvenes hegelianos: se trata de un idealismo cuya forzada articulación y sus cortocircuitos entre la situación política (y con ello también la individual) del momento y la historia del espíritu del mundo amenaza a veces incluso con convertirse en algo ridículo o involuntariamente cómico –y que en su momento también era percibido así, como queda probado en las polémicas publicadas poco después entre Max Stirner y Karl Marx–.²⁵² Además, que en realidad la prudente «masa orientada por el trabajo tranquilo y la vida leal», se sintió más bien alejada de las exageraciones filosóficas de los jóvenes hegelianos y no se dejó contagiar por ellas es un hecho histórico que también Ruge tuvo que ver.

Así, se puede por tanto leer sin miedo el rechazo de Ruge a que se les identifique como simples «individuos proletarios» como una negación en sentido freudiano: *todo lo que niegas es precisamente cierto*. Y como cada negación, demuestra la de Ruge también una especial claridad que se suele echar de menos en las autodescripciones positivas. Que a los «escritores libres» solo se les pueda considerar «libres» con razón por ser precisamente «proletarios burgueses» anticipa ya la ironía con la que Marx describirá en *El capital* la «doble» libertad del trabajador asalariado: El «escritor libre» solo es pensable como escritor proletario, que solo puede vivir «libre y sin ataduras», siendo por tanto el mercado responsable de lo que le ocurre.²⁵³ El propio Ruge ha conocido esta forma de vida suficientemente, como muchos de su generación. Precisamente al no estar bien colocado, pudo (o quiso) alcanzar un puesto vitalicio como profesor, pero tuvo que convertirse en «proletario científico» y triunfar como periodista, hasta que finalmente siendo ya mayor –al igual que Bruno Bauer,

252 Véase Max Stirner, *Der Einzige und sein Eigentum*, edición comentada, ed. por Bernd Kast, Freiburg/München, 2009 [Leipzig 1845] [ed. en cast.: *El único y su propiedad*, Madrid, Sexto Piso, 2014]; además de Karl Marx y Friedrich Engels, *Die heilige Familie, oder Kritik der kritischen Kritik. Gegen Bruno Bauer & Consorten* [1845], en: MEW 2, pp. 3-223 [ed. en cast.: *La sagrada familia*, Madrid, Akal, 2013].

253 Marx, *Kapital* I, MEW 23, p. 183.

que también actuó apresuradamente en este sentido– hizo una reverencia intelectual ante el nuevo imperio de los Hohenzollern y fue recompensado por ello por Bismarck en 1877 con un sueldo honorífico anual.

En forma de negación, Ruge ve con una sorprendente claridad el futuro de una «intelectualidad proletarioide» (Max Weber) que marcará continuamente los debates político-periodísticos desde el *Premarzo* (y hasta el presente): especialmente los relativos a la cuestión de clase. Estos debates seguirán girando una y otra vez sobre si los intelectuales proletarizados tienen su propia posición como «proletarios» –la «a» se queda como marca de una *différance* socio-cultural– entre otros proletarizados de diverso origen, o si mantienen una diferencia fuerte (y esto significa aquí, sobre todo, cultural) que les separa a ellos mismos de la «plebe».

Ruge ve con claridad, en relación a los intelectuales de su tiempo, que la proletarización viene acompañada también de la amenaza de divisiones. Así, hay círculos interesados que «alimentan con empeño» el sermón de los «escritores libres» como «proletarios científicos», «porque de este modo se rompe el mundo de los escritores y los eruditos en dos campos enfrentados uno al otro».²⁵⁴ La designación de «proletarios» baja a unos de categoría, e instiga entre los otros el miedo a descender ellos mismos: tras esta idea se encuentra en Ruge el conocimiento, que él no ha adquirido por sí mismo, de que la profesión de escritor, da igual si científico o no, *siempre* tiene lugar, en las sociedades organizadas bajo la forma de mercado, frente al trasfondo de la amenaza de plebeyización: cualquier «escritor libre», cualquier científico que no esté en el lado de los puestos vitalicios, es y seguirá siendo «virtualmente pobre».²⁵⁵ Tieck conocía ya este peligro de la proletarización y de la pauperización no solo como hijo de artesano, que había vivido ya en la niñez las partes oscuras de la implantación de la libertad económica. Lo conocía también por su profesión de escritor proletarizado «libre», que siempre tenía que escribir cobrando por línea y que solo podía escapar por temporadas de esta precaria forma de vida gracias al cobijo que

254 Ruge, «Presse», p. 112 y s.

255 Así describe Marx la posición del trabajador asalariado doblemente «libre», sin nada de ironía; Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* [1857/58], MEW 42, p. 505. Véase al respecto el quinto capítulo del presente trabajo.

encontraba en sus amigos de las viejas élites nobiliarias. Su propia pertenencia a aquellas capas proletarias, cuyo surgimiento él mismo acompañó con gran clarividencia en sus escritos, era algo que Tieck nunca pudo ni quiso admitir del todo.²⁵⁶ También la vida de Tieck como «proletario burgués» estuvo alimentada en sus últimos años, a partir de 1841, por un sueldo honorífico de Federico Guillermo IV de Prusia.

Deseos de revalorización: «nosotros» queremos ser ciudadanos

El «prólogo» al libro publicado por Hermann Püttmann, *Deutschen Bürgerbuch für 1845* [Libro de los ciudadanos alemanes de 1845] comienza con una reflexión político-conceptual sobre «la palabra ‘ciudadano’, que se encuentra en el título de este libro».²⁵⁷ No solo parece ser importante, tal y como lo experimentamos, a quién se denomina «ciudadano», sino también quién utiliza la denominación. La palabra

está sujeta a diversas determinaciones conceptuales, o mejor dicho, hay diferentes clases o fracciones de la humanidad en la vida de los diferentes Estados a los que se les concede el predicado de «ciudadanos»: el representante de la llamada *Michelthum*²⁵⁸ en Alemania, el súbdito o sumiso obediente será en ocasiones así llamado eufemísticamente, por ejemplo por las autoridades, mientras los estudiantes lo llamarán filisteo, los militares paleta provinciano, los nobles lo denominarán canalla y otros lo llamarán de diferentes maneras. Él es el bourgeois de los franceses, el torpe miembro del Estado vigente, cuyo primer deber y más alta disposición es la tranquilidad.²⁵⁹

256 Véase Wergin, «Maskenball», p. 665: «Con respecto a la estructura de la trayectoria vital de Tieck, surge esta imagen: para conservar su identidad como sujeto burgués en su sentido pleno, abandona con su elección del oficio de escritor la clase en la que fue educado, quedándose en una posición entre dos estamentos y eludiendo así, retirado en el campo y en el mundo de la aristocracia, tanto el fluido patógeno de la gran ciudad con su anonimato como los mecanismos del mercado, que también le han alcanzado en su vida como artista».

257 Sobre la biografía de este renano, emprendedor de proyectos socialistas democráticos –reconocido hasta la actualidad por ser también, en su vejez, pionero de la prensa en alemán de Australia– véase la entrada de Wolfgang Mönke, «Hermann Püttmann», en el diccionario: Karl Obermann *et al.* (eds.), *Biographisches Lexikon zur Deutschen Geschichte. Von den Anfängen bis 1917*, Berlín (este), 1967, pp. 381-384.

258 *Michel* es el nombre que se da al alemán medio, connotado peyorativamente como figura pasiva y apolítica. En castellano no existe una denominación tan clara de dicho perfil, aunque sí hay aproximaciones, como la del *Manolo* del lema feminista «*Manolo*, te haces la cena solo». *Michelthum*, como sustantivo genérico, hace así referencia al grupo de personas con esos rasgos [N. del T.].

259 Hermann Püttmann, «Vorwort», en: Püttmann (ed.), *Deutsches Bürgerbuch für 1845*,

Aquí Püttmann no quiere, frente al «*bourgeois*», hacer fuerte al «citoyen republicano», ni tampoco Ruge, cuando emplea al «ciudadano libre del Estado» como modelo del «escritor libre».²⁶⁰ Aunque el «citoyen» se presente, según Püttmann, como de una «especie mejor», en definitiva ya ha sido superado históricamente en Francia: «En Alemania prácticamente no lo conocemos, ni queremos hacerlo». La diferencia entre *bourgeois* y *citoyen* no sirve para las necesidades del *Bürgerbuch*, se puede suponer, dado que Püttmann ha reconocido la complementariedad de ambos lados de la diferenciación –quien reivindica al *citoyen* no se podrá des-hacer del *bourgeois*–.²⁶¹

Contra esta complicación político conceptual desplegada, el *Bürgerbuch* proclama un planteamiento que parte del análisis de la situación política del momento y que utiliza decididamente la palabra *Bürger* [ciudadano] para una sola cosa:

Lo que necesitamos, lo que nosotros queremos nombrar ahora como ciudadano, es el *ser humano culto*, que desearía ser *miembro activo* de una *situación social* en la que la *moral libre* constituya la base, en una alianza de todos para todos, en la que la totalidad proteja a la totalidad.²⁶²

Lo que modestamente se ofrece como una «explicación» para «prevenir de los malentendidos del título», es en definitiva un programa de principios socialista-comunista *in nuce*. Algo después, el *Bürgerbuch* se identificará sin rodeos como «anuario socialista».²⁶³

Evidentemente, en un acto consciente de denominación –«lo que [...] queremos denominar ciudadano»–, aquí se nombra un sujeto político que desafía de forma transversal a las seg-

Darmstadt, 1845, pp. III-VIII, aquí p. III. Sobre la reconstrucción de la acusación de filisteo en el *Premarzo* véase Eva Blome, «Vom ungebildeten Philister zum Bildungsphilister. Heinrich Heines Beitrag zu einer spannungsvollen Transformation», en: Remigius Bunia, Till Dembeck y Georg Stanitzek (eds.), *Philister. Problemgeschichte einer Sozialfigur der neueren deutschen Literatur*, Berlín, 2011, pp. 357-381.

260 Ruge, «Presse», p. 112.

261 Marx preparó en su texto «Sobre la cuestión judía» en el *Deutsch-Französischen Jahrbücher* la contradicción explosiva de la diferenciación: Quien afirme al «*citoyen*» no habrá de aceptar simplemente al «*bourgeois*» como súbdito, sino también al «*bourgeois*» capitalista, que socava socio-económicamente la igualdad política de los «*citoyens*»; Marx, «Zur Judenfrage», MEW 1, pp. 347-377 [ed. en cast.: Bruno Bauer y Karl Marx, *La cuestión judía*, Barcelona, Anthropos, 2013].

262 Püttmann, «Vorwort», p. III y s.

263 *Ibid.*, p. VII.

mentaciones corrientes, las «diferentes clases o fracciones de la humanidad en la vida en los diferentes Estados». La palabra «ciudadano» parece ser especialmente apropiada precisamente por su ambigüedad para un acto de nombramiento de este tipo –mucho más que la palabra «prola/etario», que al final se quedará como un insulto–. La palabra «ciudadano» posee, con todas sus reminiscencias a la estrechez de miras burguesa, suficiente potencial de elegancia y nobleza como para revalorizar también los nuevos deseos socialistas. Sin embargo, al mismo tiempo, la palabra debe recibir también en el acto de nombramiento una nueva valencia como significante. A partir de aquí, se podría llegar a decir, la palabra «ciudadano» ha de evocar a cualquier hablante y oyente los principios de una sociedad socialista mencionados; los significados del «súbdito dependiente» y del «ciudadano de una economía libre de mercado» deben ser, sin embargo, eliminados por medio de esta redefinición.

El deseo de una revalorización de la propia posición como sujeto de la declaración («lo que nosotros queremos nombrar ahora como ciudadano») puede deberse también a un fuerte deseo histórico-social de reconocimiento por parte de los actores del periodismo. Al contrario que los jóvenes hegelianos, los que escribieron e hicieron el *Bürgerbuch*, que tenían de media diez años menos, ya no podían albergar ninguna esperanza de formación burguesa elevada. Hermann Püttmann, Moses Heß, Karl Heinen, Wilhelm Wolff, Georg Weerth, Friedrich Engels o Ferdinand Freiligrath son todos sin excepción estudiantes que han abandonado sus carreras, han sido expulsados por motivos políticos o incluso no han llegado a ir nunca a la universidad: Weerth y Freiligrath, por ejemplo, tenían formación profesional como vendedores. Algunos, como Karl Grün o Ernst Dronke, habían hecho un doctorado, aunque no hicieron después los preparativos para forjarse una carrera en la universidad, sino que en vez de eso se pusieron a trabajar como periodistas o escritores. La proletarianización –la necesidad de asegurar la existencia propia por medio del trabajo asalariado y los contratos por escribir– era algo con lo que tenían que contar. Así, por un lado se mantiene el deseo de una posición «arriba», en la burguesía, al menos a la hora de autodesignarse. Y por otro lado, sin embargo, la independencia y libertad del «trabajador libre» –y del escritor contratado– resul-

ta válida para llevar hacia arriba este movimiento nominal solo bajo condiciones propias. No se quiere simplemente dejarse subsumir bajo la palabra corriente de «ciudadano», sino definir esta de acuerdo a las condiciones políticas propias: «lo que queremos nombrar ahora como ciudadano»...

La lucha por el poder para nombrar quedó marcada así como invención de una tradición propia de lo civil, como invención de una contradicción de una ciudadanía antiburguesa. El potencial latente autodestructivo de esta constelación acompañará también sin cesar al movimiento obrero en las siguientes décadas, como cuando en la Revolución de 1848 las partes «respetables» del proletariado se unieron a las «milicias ciudadanas», que mediante la fuerza de las armas actuaron contra algunos hermanos y hermanas de clase que tenían debajo.²⁶⁴

En el *Bürgerbuch*, entretanto, la operación conceptual político-periodística de hacer un nuevo corte transversal a los viejos frentes mediante el autonombramiento como «ciudadanos» por parte de la oposición de la época del *Premarzo*, es vista ya en aquel momento como un fracaso. Moses Heß, uno de quienes más contribuyeron y tiraron del carro desde la sombra, en una carta a Marx se muestra irritado sobre la «mezcolanza de bobadas» que ofrece el *Bürgerbuch* a los lectores.²⁶⁵ La mayor parte de las reacciones de ese «extraño batiburrillo» echan en falta una línea unitaria; la tendencia burguesa-liberal de autores como Jacob Venedey o Karl Heinzen no encaja con la programática claramente socialista de Heß o Weerth y, de este modo, mirando retrospecti-

264 Con ello se nombra también otra contradicción posterior entre la teoría y la práctica del movimiento obrero (temprano) que Rancière, entre otros, ha expuesto en diversas ocasiones: que cuando los trabajadores rompen con su identidad como trabajadores, por ejemplo, al escribir casi necesariamente terminan aceptando una identidad como burgueses. En Rancière esta contradicción adopta en ocasiones el carácter de un automatismo de un enunciado lógico, agudizado por ejemplo en el ensayo «The Proletarian and His Double, Or, The Unknown Philosopher», en: Jacques Rancière, *Staging the People. The Proletarian and His Double*, Londres/Nueva York, 2011, pp. 21-33. El volumen reúne artículos de la revista social e histórica radical de izquierdas *Les Révoltes logiques*, con la que Rancière colaboró entre 1975 y 1981. Véase al respecto Mischa Suter, «Ein Stachel in der Seite der Sozialgeschichte: Jacques Rancière und die Zeitschrift *Les Révoltes logiques*», en: *Sozial-Geschichte Online* 5 (2011), pp. 8-37.

265 Heß, el 17 de enero de 1845 desde Colonia a Marx; Heß, *Briefwechsel*, p. 105. De la misma carta se deduce que el *Bürgerbuch* tuvo una tirada de trescientos mil ejemplares.

vamente el *Bürgerbuch* no puede ser comprendido más que como una «escenita de despedida entre [estas] dos direcciones».²⁶⁶

Heß promete a Marx hacer valer su influencia sobre Püttmann para que éste produzca pronto solamente libros «*puramente* socialistas» –lo que ocurrirá ya ese mismo año–.²⁶⁷ Con la publicación de los *Rheinischen Jahrbüchern zur gesellschaftlichen Reform* [Anuarios renanos para la reforma social], Püttmann lleva al mercado, en cierto modo, una oferta que compite directamente con sus propios *Bürgerbücher für 1845 y für 1846*. Los *Jahrbüchern* defienden así abiertamente y sin concesiones las «enseñanzas del comunismo», a cuya «sabiduría, que finalmente se ha vuelto práctica (...) deben abrirse todas las doctrinas del pasado, como reclama el «prólogo».²⁶⁸

La astuta táctica de Engels se ahorra sin embargo cualquier enfado sobre el carácter indeciso del *Bürgerbuch*. Para él, este libro ha cumplido con su tarea mostrando a los agitadores comunistas, bajo condiciones de censura y de represión, «lo lejos que hay que ir para no ser detenido o apresado».²⁶⁹ En la misma carta, Engels explica a Marx sus planes de un proyecto periodístico propio: el *Gesellschaftsspiegel* [Espejo de la sociedad], que piensa publicar pronto junto con Heß. En este periódico, la demanda de derechos ciudadanos servirá solamente como máscara para ofrecer al lector, en cierto modo bajo mano, las auténticas preocupaciones.

Activación: lo que «nosotros» debemos ser

El periódico *Gesellschaftsspiegel* se publicó entre mayo de 1845 y julio de 1846 en doce números de la mano del «editor comunista [Julius] Baedeker»²⁷⁰ en Elberfeld; el responsable

266 Las citas proceden de una recensión contemporánea del periódico de Trier del 7 y del 13 de marzo de 1845, citado por Hans Pelger, «Dokument einer literarischen Opposition in Deutschland», en: *Deutsches Bürgerbuch für 1845*, reed. de Rolf Schloesser, con un prólogo de Walter Dirks, Colonia, 1975, pp. XIII-XXXVI, aquí, p. XXVI.

267 Heß, *Briefwechsel*, p. 105.

268 Hermann Püttmann, «Vorwort», en: *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, ed. con la colaboración de Hermann Püttmann, 2 Bde., Darmstadt, 1845, y Bellevue bei Konstanz, 1846, aquí Bd. I, pp. III-VI, aquí p. IV.

269 Engels a Marx, 20 de enero de 1845, MEW 27, p. 14.

270 Engels a Marx, octubre de 1844, MEW 27, p. 7.

designado para la redacción era Moses Heß.²⁷¹ Friedrich Engels participó directamente en la concepción y en la edición al menos de los primeros cuadernos, aunque no aparecía como responsable por ningún lugar, sino como autor; así ocurrió con los artículos «Sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra», en el cuaderno 3, y «La situación moral y espiritual de las clases trabajadoras en Inglaterra», en los cuadernos 4 y 5. Estas piezas eran extractos modificados del libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el memorable libro de Engels, que se publicó igualmente en 1845.²⁷² La publicación del libro y la publicación de los escritos han de ser tratadas como acciones paralelas, que se complementan recíprocamente en la campaña por la popularización del comunismo en Alemania; a esto hay que añadir, además, las conferencias de Heß y Engels.²⁷³ La revista estaba destinada, por un lado, a hacer conocido el libro de Engels; por el otro, el resultado de la investigación de Engels en Inglaterra debía ser completado por medio de investigaciones similares en Alemania. El libro de Engels tiene una gran importancia en la investigación de las condiciones de vida y trabajo en el Pre-marzo, pero aparte de esto, también lo tiene para el desarrollo de una investigación social empírica basada en la observación participante y para el establecimiento del género literario del reportaje social con base empírica.²⁷⁴ En estos campos, el *Gesellschaftsspiegel* no es más que un complemento al lado de la obra de Engels. Desde cierto punto de vista, sin embargo, el periódico va más allá, conceptualmente y con respecto al resultado, que otros productos de Engels, ya que tiene una orientación básica decididamente activista-activadora. La observación empírica y la cobertura informativa deben estar repartidas sobre los hombros de muchas personas locales. De la revista tendrá que surgir un proyecto de investigación colectivo.

271 En la portada de un volumen, en la que Bädiker –según su propio estilo– reimprimió a finales de 1845 íntegramente los primeros seis cuadernos de la revista, se nombraba a «M. Heß» como redactor, aunque en la cubierta de cada cuaderno individual no.

272 Friedrich Engels, *Die Lage der arbeitenden Klasse in England* [1845]; MEW 2, pp. 225-506.

273 Véase al respecto el artículo anónimo «Versammlungen in Elberfeld», en: *Rheinische Jahrbücher* I, pp. 35-97.

274 Véase al respecto el sexto capítulo del presente estudio, donde se aborda esta cuestión con mayor detenimiento.

En la fase de planificación de la revista, los impulsores enviaron un folleto de dos páginas salido de la pluma de Heß.²⁷⁵ En él, Heß explica la intención de la nueva revista, dejando sobre todo claro que el proyecto global no solo se ha creado para la investigación y la documentación de la «situación de las clases trabajadoras», como reza el proyecto, sino también para politizar y transformar la situación concreta. El subtítulo anuncia ya este doble objetivo: *Órgano para la representación de las clases populares no propietarias y para la ilustración de la situación social del presente*. De este modo, la revista mostrará –fijándonos menos en lo que predica y más en lo que hace y en cómo lo hace–, que la «representación» que se plantea siempre presupone una determinada «ilustración» de la sociedad, y que una «ilustración» de este tipo ha de ser considerada en sí misma como una forma de «representación». El nexo entre «ilustración» (en el sentido de investigación, explicación) y «representación» es una determinada *forma de presentación*, o una *representación* obtenida de forma especial. No en vano, el folleto se ocupa de manera especialmente exhaustiva de las formas de presentación y los modos de escritura que serán puestos a prueba en la nueva revista.

El amplio programa de una unidad entre «representación» e «ilustración» –o de «sacudida y organización»²⁷⁶, como decía el biógrafo temprano de Heß, Theodor Zlocisti– se anuncia ya en el propio título del prospecto: «A los lectores y colaboradores del *Gesellschaftsspiegel*». Que la conjunción «y» tiene aquí un sentido apelativo, y no solamente aditivo, es algo que deja claro ya el primer apartado:

La noble intención de ayudar con rapidez a la humanidad en su sufrimiento, que el siglo XIX tiene el honor de haber esparcido por todas partes, no tiene todavía en Alemania ningún órgano central que exponga por un lado los males que hay que remediar y donde se publiciten por otro lado los medios para dicho remedio que se preparan o se han puesto ya en marcha, además de iluminar su influencia positiva o negativa. Presentamos aquí al público el primer cuaderno de un órgano tal, y esperamos que

275 El folleto se encuadernó como libro, incluyendo los primeros seis cuadernos sin paginar. Se citará, de aquí en adelante como *Prospekt* [I] y [II].

276 Theodor Zlocisti, *Moses Hess. Der Vorkämpfer des Sozialismus und Zionismus 1812–1875. Eine Biographie*, Berlin, 1921, p. 179.

cada filántropo se sienta llamado a apoyar al 'Gesellschaftsspiegel' mediante comunicaciones oportunas.²⁷⁷

Tras la máscara clásica humanista de las «aspiraciones nobles», las intenciones son sin embargo concretas: Se deben «publicitar» los «males de nuestra vida social» para que el lector se familiarice con ellos y se pueda formar al mismo tiempo una imagen de las medidas de ayuda que se pueden poner en práctica. La revista quiere, explícitamente, «ir de la mano de las asociaciones que se han formado para ayudar a combatir los males sociales»; sin embargo, la función *central* especial y específica de la revista descansa en la reunión de todas esas experiencias. Los «males» son combatidos «en el presente por todas partes» por dichas asociaciones y también quizás por individuos «filantrópicos», que no se conocen suficientemente unos a otros. Los distintos esfuerzos requieren de un «órgano central» que reagrupe las iniciativas locales –«interconecte», se diría hoy– y anime un proceso de aprendizaje común. El público no se considera algo pasivo, sino cantera de potenciales colaboradores. Si la revista y sus promotores cumplen realmente con este listón tan alto que se ponen ellos mismos es una cuestión que habremos de plantear específicamente al final de nuestra investigación sobre el *Gesellschaftsspiegel*.

A lo largo del folleto queda claro por qué el *Gesellschaftsspiegel* se refiere a una colaboración de este tipo: si se trata de investigar la «situación de las clases trabajadoras», con ello se refiere a una investigación «minuciosa y socio-empírica».²⁷⁸ Las «grandes ciudades» y los «malos barrios» como espacio de vida y la «industria y terrenos de la fábrica» como espacio de trabajo de las «clases trabajadoras» deben ser iluminados hasta en su último rincón, la atención debe dirigirse a «cada caso individual de represión del trabajador».²⁷⁹ Los «corresponsales» han de aportar «informes exactos sobre este punto con nombre, lugar y fecha»:

Quando en las fábricas se trabaja demasiadas horas o incluso por la noche, cuando los trabajadores han de limpiar las máquinas en su tiempo libre, cuando los fabricantes se comportan de forma brutal o tiránica con-

277 Prospekt, S. [I].

278 Así Ernst Theodor Mohl, *Marginalien zum Nachdruck des «Gesellschaftsspiegel», nebst Fußnoten zur neueren Marx- und Heß-Forschung*, Glashütten i. Ts., 1971, p. IV.

279 Prospekt, S. [I].

tra sus trabajadores, o dictan reglamentos laborales tiránicos que pagan el salario con mercancías en vez de con dinero –se trabaja especialmente en la persecución de este infame «sistema de pago en especie» en aquellos lugares en los que se aplica y bajo todas las formas y revestimientos como se presenta–, cuando los trabajadores trabajan en lugares insanos o malos, deben instalarse en viviendas que pertenecen a los fabricantes, en resumen, cuando se realiza algún acto injusto por parte de los capitalistas contra los trabajadores, pedimos a cada persona que se encuentre en la situación que nos informe de ello por medio de una comunicación lo más pronta y precisa posible.²⁸⁰

En los doce números de la revista se trabajan con mucho rigor los puntos nombrados aquí. Cada número está dividido en dos partes. En la primera se encuentran entre tres y cinco artículos largos, impresos en un bloque y que resultan relativamente relevantes. Aquí se encuentran análisis políticos, deliberaciones teóricas, informes estatales y regionales, recensiones, así como informes sobre la labor de las diferentes asociaciones de trabajadores y organizaciones benéficas. El primer artículo de cada número se titula siempre «Las condiciones sociales del mundo civilizado»; el primero de estos editoriales estaba escrito por Heß.²⁸¹ Los editoriales de los siguientes cuadernos eran obra de otros autores y presentaban en parte traducciones resumidas de textos de referencia de otros idiomas sobre la situación social del momento, como la obra de referencia de Eugène Buret, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France* de 1840.²⁸²

La segunda parte de cada número está impresa en dos columnas y con letra más pequeña, y bajo el título de «noticias y notas». Con lugar y fecha de donde se informa, pero anónimos –ésto también para protegerse de la represión política–, se incluyen aquí pequeños textos enviados por los lectores. En estos

280 Prospekt, S. [I]/[II]. Una explicación del «sistema de pago en especie», por el cual una parte o incluso todo el salario se percibe en forma no monetaria, sino en especie, se encuentra en Jürgen Kocka, *Arbeitsverhältnisse und Arbeiterexistenzen. Grundlagen der Klassenbildung im 19. Jahrhundert. Geschichte der Arbeiter und der Arbeiterbewegung in Deutschland seit dem Ende des 18. Jahrhunderts*, Bd. 2, Bonn, 1990, pp. 275 y s. y p. 487.

281 *Gesellschaftsspiegel*, H. 1, p. 1.

282 *Ibid.*, H. 1, pp. 3-9; H. 2, pp. 35-39; la obra de Buret situó el debate sobre el pauperismo de los años 1840 sobre una nueva base empírica; el material estadístico que Buret reunió en sus dos volúmenes se citó y se utilizó una y otra vez hasta la Revolución, por ejemplo también en los *Manuscritos de París* de Marx; Karl Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, MEW 40, pp. 465-588, aquí pp. 480, 481 y 495 [ed. en cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2013].

textos se informa de la situación de las clases trabajadoras desde el lugar de los hechos. En el primer número, esta sección ofrece: un caso real sobre la situación de necesidad del tejedor Karl Klaus de Barmen, noticias sobre el «sistema de pago en especie» en Solingen, la «usura» en Colonia y el «tráfico de certificados de subasta notarial» junto al Rin, sobre «las duras consecuencias» en Trier, la «revisión de la situación de pobreza» en Düsseldorf, sobre la «miseria de espaldas dobladas» y las «minas de carbón» en Essen, las nuevas leyes de caza en Silesia, sobre la abolición de los castigos físicos en las prisiones», sobre una «asociación para la promoción de la formación entre los artesanos» en Hamburgo y sobre los «disturbios obreros» en Böhmen.²⁸³ Los temas expuestos aquí varían y se enriquecen en los siguientes números; los puntos centrales son la cuestión de la vivienda, las luchas salariales, el sistema judicial y de prisiones,²⁸⁴ las cuestiones organizativas (noticias de las asociaciones, huelgas, disturbios), así como cuestiones político-económicas (aranceles y libertad de comercio, crisis de mercado, normativas de artesanía y servidumbre). A esto se le añaden reflexiones sobre el problema de la emigración.

Las «noticias y notas» se ocupan de toda la amplitud de formas de vida proletarias; están agrupadas por países, de forma que a «Alemania» le siguen «Francia» e «Inglaterra», y después «Suiza» y «América», siendo las noticias del extranjero a menudo traducciones de noticias de prensa. Evidentemente, en el *Gesellschaftsspiegel* el ámbito que engloba la temática de la «situación de las clases trabajadoras» todavía no está definido de forma especialmente precisa, al igual que el sujeto de las «clases trabajadoras» (en plural) tampoco se ha determinado en exceso. A este pertenecen, junto a los trabajadores asalariados de las fábricas y de la industria doméstica, también los pequeños agricultores y viticultores, sirvientes, empleadas domésticas, prostitutas, jornaleros, artesanos (oficiales y pequeños maestros), así como los reclusos de las prisiones y de las casas de pobres. La pluralidad interna en la determinación de la clase es más un resultado de la suma de «noticias y notas» que una deducción teórica; este

283 *Ibid.*, H. 1, [pp. 1-14]; las «Nachrichten und Notizen» están sin paginar.

284 Por ejemplo, la nueva cárcel de celdas de Colonia; *ibid.*, H. 2 [pp. 33-36].

espíritu abierto en la determinación del objeto –que también encontramos en Weitling– se corresponde con una definición lingüística que también está abierta y recoge elementos diversos. Engels informa ya en el prólogo de su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* que utilizará como sinónimos «las expresiones: trabajadores (*working men*) y proletarios, clase obrera, clase sin propiedades y proletariado»; en la selección léxica del *Gesellschaftsspiegel* domina la misma elasticidad terminológica.²⁸⁵

Resulta reseñable, incluso en una mirada retrospectiva, que un autor como Moses Heß, que hasta entonces destacaba por sus ideas filosóficas rimbombantes,²⁸⁶ aquí profundiza con gran paciencia y sin ningún beneficio teórico o político a la vista, en los detalles más pequeños de los problemas empíricos cotidianos de las clases trabajadoras.²⁸⁷ El *Gesellschaftsspiegel*, precisamente por su orientación empírica y local, formula como ningún otro proyecto de su tiempo la promesa de una «esfera pública proletaria», que en su polifonía se corresponde con la heterogeneidad real del proletariado del *Premarzo* y que debe seguir siendo una esfera pública.²⁸⁸ La revista representa esta promesa de un modo especial, ya que sus promotores logran retirarse completamente en un empirismo perfilado por ellos mismos, sin desdibujar el proyecto general. En vista de esta contención, frente a cierta humildad de unos autores versados en la teoría y de altos vuelos filosóficos, se deja hablar a una realidad que ni siquiera comprenden y que ante todo quieren conocer con su proyecto. Wolfgang Eßbach enfatiza esta promesa resumiéndola así:

285 MEW 2, p. 234. En el *Gesellschaftsspiegel* también aparecen las «clases trabajadoras» en singular y plural, así como «trabajadores» y «proletarios», y además las «clases sin propiedades» (de nuevo en singular y en plural).

286 Paralelamente al *Gesellschaftsspiegel*, Heß publica por ejemplo en el primer año del *Rheinischen Jahrbücher* el tratado *Über das Geldwesen* [Sobre el dinero], que representa un primer intento, y bastante trabajado, de aplicar la crítica teológica de Feuerbach a la economía política.

287 Las formas de representación de las investigaciones empíricas del *Gesellschaftsspiegel* se analizarán con detalle en el tercer capítulo del presente estudio.

288 Sobre la importancia del *Gesellschaftsspiegel* en la fase constitutiva del movimiento obrero, véase Shlomo Na'aman, *Zur Entstehung der deutschen Arbeiterbewegung. Lernprozesse und Vergesellschaftung 1830–1868*, Hannover, 1978, p. 39 y ss., así como Franz Mehring, «Gesellschaftsspiegel» [1902], en: Mehring, *Gesammelte Schriften*, Bd. 4, *Aufsätze zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, Berlín, 1963, pp. 170-175.

Por un momento, y quizás sea el año 1845 ese momento, parece como si Heß y Marx hubieran dado felizmente con una esfera pública proletaria. Parece como si la teoría se hubiera hundido en un gran concierto de voces proletarias, y como si se hubiera cumplido la esperanza de que esta esfera pública proletaria consiguiera eliminar las limitaciones políticas de la esfera pública burguesa y sus partidos, a favor de una comunidad comunicativa todavía mayor.²⁸⁹

No hay que infravalorar ese momento; en la historia de la (contra)esfera pública en Alemania, un intento como el del *Gesellschaftsspiegel* debe ser considerado como una importante *opportunity not taken* [oportunidad no aprovechada], olvidada hace tiempo.²⁹⁰ A la vez, sin embargo, no se puede evitar considerar este intento como un fracaso, y no exactamente porque la publicación del periódico tuviera que ser suspendida un año después, por la censura y los problemas económicos –esto le ocurría a todos los proyectos de revistas de la época, normalmente con mucha más rapidez–. La orientación específica del proyecto chocó más bien con sus límites internos, porque en el periódico seguían existiendo determinadas presiones y límites ligados a los conceptos que heredaban de la autoría y los destinatarios.

Así, en el periódico esa fina mirada sobre el objeto, abierta y preocupada al mismo tiempo por los detalles, se corresponde con una extraña desorientación a la hora de determinar sus destinatarios: «cualquiera» puede convertirse en colaborador por medio de un «informe», se dice. Torpemente y de forma completamente convencional, en el último párrafo del folleto se concreta finalmente los destinatarios, esto es, «principalmente los señores párrocos, los profesores de escuela, los médicos y los funcionarios» a los que se les pide «colaboración amistosa en interés de la causa».²⁹¹ Simétricamente a la invocación a las viejas élites pastorales, la propia posición del redactor de la

289 Wolfgang Ißbach, *Die Junghegelianer. Soziologie einer Intellektuellengruppe*, Múnich, 1988, p. 279.

290 Sobre la historiografía que se construye en torno a esas «oportunidades no aprovechadas» véase la nota inicial del presente estudio.

291 La convencionalidad en la elección de estos destinatarios supone, conscientemente o no, una referencia a las revistas mensuales sobre moral y psicología de la Ilustración; véase por ejemplo Karl Philipp Moritz, «Vorschlag zu einem Magazin einer Erfahrungs-Seelenkunde» [1782], en: Moritz, *Anton Reiser. Dichtungen. Schriften zur Erfahrungsseelenkunde*, Frankfurt a. M., 1999, pp. 793-809, donde justo al principio se sitúa como destinatarios al «médico», al «filósofo» y al «juez» (p. 793).

revista amenaza también con convertirse en la de un *intercesor* o representante. Las «clases trabajadoras» no son consideradas nunca ellas mismas como posibles lectoras/colaboradoras, sino más bien tratadas como un objeto del que hay que ocuparse. La mirada del *Gesellschaftsspiegel* viene por tanto desde fuera: es la mirada de un médico que analiza «las enfermedades del cuerpo social» poniendo mucho cuidado en no dejarse contagiar por su objeto.

Eßbach establece que «en el momento de la inmersión [...] resurge ya la teoría como una institución especial» y describe así históricamente cómo se formó «en Bruselas un centro de exiliados en el que se juntaron Marx, Heß y Engels». Este

‘comité de correspondencia’ comunista, que fundaron los tres a principios de 1846 en Bruselas, no es menos que la forma germinal de un partido político de nuevo tipo. La forma es, en aquella época, todavía la de una asociación secreta. El ‘comité de correspondencia’ elabora instrucciones que ha de seguir cada comunista, quien a su vez tiene la tarea de realizar informes de situación y mandarlos a la central. El objetivo del comité es guiar las convicciones del movimiento internacional comunista. Ya no se trata de la distribución del espíritu sobre la simple *participación* en la esfera pública proletaria, sino de la distribución del espíritu sobre una estructura de poder que se encuentra tras la esfera pública.²⁹²

En esta presentación de Eßbach nos topamos, en primer lugar, naturalmente, con un anacronismo evidente y aparentemente deseado: así, en 1846 todavía no existía el movimiento mundial comunista, conducido de esa manera centralizada, como lo hará el Komintern (en definitiva, el «partido» leninista «de nuevo tipo») en los años veinte del siglo XX, y como se imaginarán después los neoleninistas de los grupos K [grupos y partidos maoístas] de los años 70 en sus fantasías omnipotentes. Sigue siendo cierto, sin embargo, que ya en la perspectiva de investigación y en la posición del enunciador del *Gesellschaftsspiegel* –y no solo en la institución secreta de Bruselas– se construye una reserva soberana que impide la constitución de un «nosotros» universal e inclusivo, como podría ser en el sentido de Weitling. Los promotores y autores de la revista no se consideran a sí mis-

292 Eßbach, *Junghegelianer*, p. 279.

mos pertenecientes a las «clases trabajadoras», de las que se preocupan. No se emprende de ningún modo la tarea de construir un «nosotros» que incluya al sujeto que escribe y a quienes son descritos. Tampoco los recién reclutados lectores/colaboradores, que serán englobados como *colaboradores* en el «nosotros» de quienes hacen la revista, llegan a formar parte del objeto de sus informes: «las clases trabajadoras». Más bien parecen pertenecer en realidad –a favor de lo que habla el tono habitualmente paternalista de los informes– a esas élites pastorales a las que se dirigía directamente el mensaje, que se han dejado seducir por la petición de colaboración.

Así como el *Gesellschaftsspiegel* niega la posibilidad de una representación neutral y apartidista de las condiciones sociales ligando la «ilustración» a la «representación», en contrapartida construye una superficie opaca tras la que se esconden los críticos de la situación. No tiene lugar ninguna subjetivación política de las «clases trabajadoras», sobre cuya vida se habla sin descanso en el *Gesellschaftsspiegel*. El proletariado permanece como objeto mudo, porque quienes hacen la revista no están en situación o no tienen la voluntad de concebirse a sí mismos como proletarios.

Afirmación: «nosotros» que alzamos la voz

Al final de esta pequeña revista de prensa, en la que queríamos determinar el «nosotros» revolucionario del *Premarzo*, volvemos de nuevo al principio. La «complicada pregunta» de Weitling de la época revolucionaria –la pregunta por el auténtico «nosotros» de la revolución– se puede responder de la manera más concisa con los primeros artículos del primer proyecto periodístico de Weitling, el *Hülferuf der deutschen Jugend* de 1841. En la rica escena de revistas de los años cuarenta se perfila ya, tanto en sentido teórico como organizativo, un proceso de segregación y agravamiento de la situación; así, por ejemplo Püttmann, en 1846, titula su editorial del periódico *Prometheus* –su tercer proyecto de periódico en dos años– de forma programática como «Amigo y enemigo»: la determinación del nosotros ya solo parece posible en forma de diferenciación y declaración de los enemi-

gos.²⁹³ Sin embargo, este proceso de segregación nos muestra, en retrospectiva, la radicalidad de la programática universal e inclusiva y la constitución subjetiva transversal y abigarrada de las que se caracterizaba el *Hülferuf*. Reconstruiremos a continuación ambos rasgos.

En la portada del primer número del *Hülferuf* se encuentra un texto corto, sin titular, que anticipa los gestos fundacionales del *Gesellschaftsspiegel*:

Cualquier jornalero, campesino, trabajador, maestro, artista y erudito alemán que quiera unir su buena voluntad y experiencia práctica a la nuestra será requerido para que nos haga llegar, sin franquear, noticias sobre la situación de la formación de los artesanos, las condiciones de trabajo y salario, junto con los precios de las necesidades básicas, y acompañar este informe con consejos para la mejora de la situación del trabajador.²⁹⁴

Los destinatarios nombrados y los posibles redactores de informes –en el siguiente artículo serán mencionados estos también «como colaboradores»²⁹⁵– se encuentran claramente por debajo, en la jerarquía social, de los intelectuales a los que el *Gesellschaftsspiegel* hace su llamamiento, y tampoco son «burgueses» en sentido corriente. Partiendo de los jornaleros, Weitling construye una serie ascendente que sin embargo sigue ligada a su base. El jornalero, como sujeto proletarizado prototípico sin ninguna protección por estatus o tradición, es el paradigma de la serie; los maestros son incluidos igualmente en este *continuum*, al igual que los artistas y los eruditos, que en esta ordenación aparecen con total normalidad como «individuos proletarios». Cuando el breve texto termina con el llamamiento de que los editores estarían encantados de recibir «informes de médicos [...] sobre los efectos perniciosos de los diferentes oficios sobre la salud de los trabajadores», el médico se concibe aquí en cierto modo como un especialista local de una perspectiva de-

293 Hermann Püttmann, «Freund und Feind», en: Püttmann (ed.), *Prometheus. Organ zur sozialen Reform*, Herisau, 1846, pp. 3-25. Püttmann se burla aquí de «los más ciegos entre los ciegos [...] nuestros escritores nacionales y diputados liberales» (p. 6). Püttmann lanza también una campaña contra Ruge, el «antiguo emancipador de la plebe» (p. 13) y contra su antiguo colega del *Bürgerbuch*, Karl Heinzen (p. 13 y ss.).

294 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 1.

295 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 6.

terminada y útil, y no ya como colaborador/lector generalmente privilegiado.²⁹⁶

El breve texto opera con una compleja serie de denominaciones colectivas económicas y políticas, que también caracteriza el programa general del *Hülferuf*: El «nosotros» que anima a enviar «noticias sin franquear» queda ya identificado y marcado socialmente en el subtítulo de la revista: *Der Hülferuf der deutschen Jugend. Herausgegeben und redigiert von einigen deutschen Arbeitern* [Grito de socorro de la juventud alemana. Editado y redactado por algunos trabajadores alemanes]. Sin embargo, en la lista de destinatarios los «trabajadores» solo aparecen entre los agricultores y los artesanos/maestros; «trabajador» designa con ello solamente un segmento de la clase sobre la que se trata, y al mismo tiempo también el conjunto de la clase. La categoría de «trabajador» sirve como operador de una universalización –con ella se refiere a «todos», a «todos nosotros»: «nos dirigimos a todas las clases trabajadoras, a todos los estratos de la sociedad; la prueba de ello es que nuestra voz la escuchan todos y se reconoce su beneficio»–. La universalización se articula finalmente en un lenguaje metafórico bíblico: «Cristo había aprendido también un oficio artesano, posiblemente la carpintería, y sus apóstoles eran trabajadores». Siguiendo a Cristo y a sus apóstoles, todos somos «trabajadores aplicados en la viña del Señor».²⁹⁷

El primer artículo del primer número puede valer como artículo editorial de toda la empresa: «Llamamiento a todos aquellos que hablen alemán».²⁹⁸ El texto, que empareja de forma significativa el milenarismo igualitario de los primeros cristianos con un pragmatismo casi desenfadado, se puede analizar mejor comenzando por el final. Junto con una clara autoidentificación, aparece aquí al mismo tiempo una posibilidad de identificación más allá de los límites existentes de clase y posición:

«esta es la primera revista obrera alemana, a la cual seguirán pronto otras, hasta que todos los individuos se ocupen por igual de los trabajos

296 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 6.

297 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 6 y 2. La tradición bíblica –precisamente de los «trabajadores en la viña del Señor» (Mt 20, 1-16)– parece haber determinado en alemán desde hace tiempo una utilización social y política del término «trabajador» [Arbeiter]; para evitar «trabajador» se introdujo a finales del siglo XVIII también en alemán el galicismo «Ouvrier»; véase al respecto Conze, «Arbeiter», p. 217 y ss.

298 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, pp. 2-6.

intelectuales y físicos, del trabajo manual y de las ciencias, y se difumine cada vez más la diferencia entre las posiciones del erudito, el artesano y el agricultor». ²⁹⁹

En el último apartado del texto, Weitling habla también de «eliminar [...] las fronteras entre naciones»: Entonces llegarán el «hijo del hombre» y «el reino de los santos que viven en comunidad». ³⁰⁰

Weitling destaca por tener la intención de avanzar por el camino hasta el final de los tiempos por medio de pequeñas tareas, que se pueden realizar directamente durante el transcurso de las etapas. ³⁰¹ Así, aquel mundo anhelado más allá de la separación fundamental entre trabajo manual e intelectual parece hoy alcanzable: «artistas y eruditos» forman los últimos eslabones de esa cadena que comienza con los jornaleros y pasa por los trabajadores. Algunos de estos eslabones vuelven a aparecer en el «llamamiento» como destinatarios de la invitación a suscribirse a la revista –invitaciones que repite después expresamente a cada grupo, de por qué precisamente dicho grupo ha de comprenderse como destinatario de la revista–:

Suscríbase por ello a nuestra revista quien quiera compartir los dolores y sufrimientos del trabajo. Es una conversación de hermano a hermano, un intercambio mutuo de ideas y sentimientos, prueba de nuestra mayoría de edad y de la conciencia de nuestra dignidad. ³⁰²

Aquellos que con «nosotros» comparten los «dolores y sufrimientos del trabajo» son trabajadores como nosotros, nuestros colaboradores y hermanos. La congregación se organiza por medio de una circulación de palabras, «ideas y sentimientos», y prueba con ello su «mayoría de edad». Pero antes el «llamamiento» ya nos proporciona una gran escena en la que se toma la palabra en representación: «también nosotros queremos tener una voz en la discusión pública sobre la suerte y la desgracia del

299 *Ibid.*, H. 1, p. 6.

300 *Ibid.*, H. 1, p. 6.

301 «Una sola carretera cuesta años de trabajo: ¿Cómo es posible querer transformar en un día la superficie de la tierra en un jardín, y los seres humanos en hermanos? Sin embargo, debemos comenzar el camino y no perder la valentía, en vista de tantas dificultades e impedimentos» (Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 2).

302 *Ibid.*, H. 1, p. 4.

ser humano; puesto que nosotros, el pueblo con camisas, chaquetas y gorros, somos los seres humanos más numerosos, útiles y fuertes de Dios sobre la tierra». El tema irá variando, porque trata de abordar lo nuevo e inaudito por medio de la repetición:

También nosotros queremos tener voz, pues estamos en el siglo XIX y todavía no la hemos tenido nunca. También nosotros queremos tener voz en la esfera pública para que se nos conozca, pues hasta ahora se nos ha ignorado completamente.³⁰³

El acto de tomar la palabra remite finalmente al derecho natural, formulado como paradoja, al subrayar lo antinatural de la situación social del momento: «queremos tener voz porque tenemos una por naturaleza, y el ser humano no solo vive de pan, sino de la palabra, etc.». La voz debe ser alzada en público porque el don *natural* de la capacidad de hablar se hace realidad de forma *social*. Alzar la voz distancia a los trabajadores de una situación en la que se encuentran «desde tiempos inmemoriales»: una situación en la que «siempre otros han *defendido* nuestros intereses, o mejor dicho, los suyos». Ahora se trata de hacerse «mayores de edad» y de preparar el fin de «esta aburrida y odiosa tutela». La *propia boca* y la *propia mayoría de edad frente a la tutela ajena* –estos son los presupuestos políticos y lingüísticos de una política en primera persona, que Weitling proclama: «quien quiera juzgar correctamente la situación de los trabajadores debe ser él mismo un trabajador; si no, no podrá tener idea alguna de las penosidades ligadas a ello».³⁰⁴ La desconfianza y el odio hacia la «odiosa tutela» se retoma también junto a los llamamientos a la suscripción, cuando les toca a los intelectuales:

Suscribíos a nuestra revista, poetas y eruditos, doctores, profesores y similares, porque lo que escribimos nos habéis ayudado vosotros a pen-

303 *Ibid.*, H. 1, p. 3.

304 *Ibid.*, H. 1, p. 4. Sobre «tomar la palabra» como un gesto político genuino véase Rancière, *Unvernehmen*. La escena histórica decisiva, para Rancière, es la de Blanqui ante el tribunal, en 1832: «Al solicitarle el presidente del tribunal que indique su profesión, responde simplemente: 'proletario'. Respuesta ante la cual el presidente objeto de inmediato: 'Esa no es una profesión', sin perjuicio de escuchar en seguida la réplica del acusado: 'Es la profesión de treinta millones de franceses que viven de su trabajo y que están privados de derechos políticos'. A consecuencia de lo cual el presidente acepta que el escribano anote esta nueva 'profesión'». (Rancière, *Unvernehmen*, p. 49; ed. en cast., p. 54) [N. del T.: Juego de palabras entre *boca* [Mund] y *mayoría de edad* [Mündigkeit], ambas con la misma raíz etimológica].

sarlo. Sois los maestros de nuestro trabajo intelectual y nosotros vuestros aprendices; pero vosotros trabajáis exclusivamente solo para otros. No habéis querido trabajar para nosotros; ¿o no habéis podido? Ya basta, estamos obligados a trabajar para nosotros mismos y a consagrar las horas libres del atardecer, tras los esfuerzos del día, al trabajo intelectual. Pero con ello termina también vuestra tutela.³⁰⁵

Para empezar, los destinatarios son elocuentes: mientras «artistas y eruditos» formaban en la portada de la revista el colofón de una serie que comenzaba con los jornaleros, y los tomaba (a artistas y eruditos) como figura paradigmática, ahora la serie comienza con los «poetas y eruditos» y termina con los «profesores». Aquí la figura paradigmática está al final: se trata de los intelectuales que trabajan en el servicio público, no de la intelectualidad «libre» o «proletarizada». La relación con los intelectuales a sueldo –aquellos que trabajan «exclusivamente para otros»– es ambivalente: en el sentido de una división del trabajo entre cabeza y manos, los intelectuales eran útiles. Su mérito, en tanto «maestros» de «aprendices», se puede formular así en la lengua de la formación profesional artesana. El «para otros» señala también, en la matriz del atrincheramiento de posiciones, la traición de poner esas competencias, por encima de todo, al servicio de los dominadores («no habéis querido trabajar para nosotros»).

Por ello, *ahora* sí que los trabajadores deben hacer todo ellos; deben desempeñar su trabajo manual durante todo el maldito día y por la noche el trabajo intelectual. La «noche de los proletarios» es demasiado valiosa para pasarla durmiendo; el trabajador utiliza sus noches para transformarse y hacer otras cosas, para no seguir siendo un simple trabajador. Se convierte en un trabajador que emplea sus «noches en vela»³⁰⁶ para superar la división que lo encadena a los «dolores y esfuerzos» del trabajo físico, y deja a los «poetas y eruditos» los trabajos intelectuales. Este trabajador deslegitima la división existente en la sociedad al no atenerse ya a la división preestablecida del tiempo, a la «sucesión normal de trabajo y descanso»,³⁰⁷ de día y noche: «La transformación radical del mundo comienza en las

305 *Ibid.*, H. 1, p. 5.

306 *Ibid.*, H. 1, p. 5.

307 Rancière, *Nacht*, p. 8.

horas en las que los trabajadores normales deberían disfrutar de un apacible sueño, y no están forzados a pensar en su oficio», escribe Jacques Rancière.³⁰⁸ Con ello, resultan superfluos los intelectuales y su posición superior respecto al trabajador común. La «diferencia [...] se difumina», como escribe Weitling –y esto se corresponde cada vez más con el desarrollo objetivo: Weitling reacciona ante el hecho de que los institutos de enseñanza pública, tras la «revolución de la formación» (Heinrich Bosse), siguieron produciendo demasiadas personas cultas, intelectuales que se convertirían en trabajadores –«proletarios»–. Estaban forzados a pensar y a escribir «para otros», pero podían elegir *para quiénes*, de modo que una elección conducía a solitarias horas nocturnas, y quizás también a la hermandad de los trabajadores, mientras que la otra al sillón del profesor.

Para apoyar esta alternativa, ya se había mostrado antes otro tipo de intelectual, al que se había animado a suscribirse:

Abónese a nuestra revista, profundo pensador, que consagra sus vigiliias diurnas y nocturnas a la viva humanidad. Podemos ofrecerle solamente un lenguaje simple y genuino; pero el lenguaje es alemán, sin florituras, surge del corazón y vuelve al corazón.³⁰⁹

El «profundo pensador» no es el que piensa y escribe «siempre para otros», sino para la causa de la «humanidad». Ésto, junto con el hecho de que también se aplica en sus horas nocturnas –la palabra «noche en vela» aparece dos veces en este artículo–, lo une con los trabajadores, que salen a su encuentro con una palabra abierta y sincera. El pensador, en cambio, se aprovechará de esta oferta de los trabajadores en la medida en que sepa desprenderse en su círculo de todas las poses cultas burguesas y pretenciosas, de todas las ambiciones de distinción, y finalmente se pueda mover como hombre entre los hombres.³¹⁰

A continuación, Weitling se dirige a los «grandes y poderosos» de la sociedad como posibles suscriptores y patrocinadores, aunque desde el principio es escéptico de que se pueda realizar

308 *Ibid.*, p. 7.

309 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 4.

310 Justo antes se había dicho que los trabajadores articulaban sus intereses «en buen alemán», en una lengua que no esté hinchada de «expresiones artificiales, del latín y del griego» (*ibid.*, H. 1, p. 3).

una reconciliación entre las clases en el sentido de una «comunidad» universal al modo de los primeros cristianos.³¹¹ Sin embargo, el igualitarismo militante de Weitling sigue –como se muestra ya en el primer artículo del *Hülferuf*– el programa de «diferencias cruzadas», tal y como Alan Badiou ha puesto de relieve en *San Pablo*.³¹² En las diferentes invitaciones a suscribirse al *Hülferuf* se exponen antes que nada todas las diferencias sociales existentes: *Todavía no somos iguales*, afirma implacablemente. En último término, marcar las diferencias sirve solamente para volver a superarlas, en un movimiento de universalización que, antes que nada, quiere producir lo universal, lo común y lo igual («todos nosotros»), en vez de simplemente presuponerlo como algo dado.

El movimiento universalizador se comprende mejor, finalmente, en un último llamamiento especialmente preciso, que resulta relevante incluso aunque no produzca mayores consecuencias en el curso de la revista: «Suscribíos vosotras, mujeres y muchachas, ya que esta revista también está dedicada a vosotras; también vosotras (o al menos la gran mayoría de vosotras) compartís nuestra situación; sí, lo vuestro es muy a menudo peor todavía que lo nuestro».³¹³ La «cuestión de las mujeres», según se dice aquí, no se puede responder de forma independiente a la cuestión de la clase. Weitling señala las diferencias de clase que dividen al grupo de «mujeres y muchachas», y marca también la diferencia de género dentro del campo proletario. Aunque en el segundo caso la diferencia representa solamente un agravamiento de la experiencia de una «situación» principal compartida, en el primero sí que es lo principal: una mujer proletaria y una que proviene de las «clases altas» no comparten nada, un hombre

311 Véase el artículo «Die Kommunion und die Kommunisten», *Hülferuf*, H. 3, pp. 33-39. Aquí simplemente se equiparan la comunión cristiana y el comunismo, en tanto ambas tienen su origen en la comunidad de quienes comparten la misma mesa: «Cristo se sentó a la mesa, la noche antes de su muerte, con sus discípulos. Comieron y bebieron juntos. [...] Esta comida en común recibió el nombre de comunión, o comunidad, y sus participantes comunistas o miembros de la comunidad» (p. 34). Sobre la alimentación conjunta en la «asociación de oficiales» véase el apartado titulado así en el segundo capítulo del presente estudio. Sobre la comunidad comunista de quienes comparten mesa en el contexto francés véase Jacques Rancière, «Die Gemeinschaft der Gleichen», en: Joseph Vogl (ed.), *Gemeinschaften. Positionen zu einer Philosophie des Politischen*, Frankfurt a. M., 1994, pp. 101-132.

312 Alain Badiou, *Paulus. Die Begründung des Universalismus*, München, 2002, pp. 181-196 [ed. en cast.: *San Pablo. La fundación del universo*, Barcelona, Anthropos, 1999].

313 Weitling, *Hülferuf*, H. 1, p. 5.

proletario y una mujer proletaria comparten mucho, por el contrario, incluso aunque a la mujer le vaya todavía «peor» que al hombre. El significado que tiene aquí «peor», y en qué medida «nosotros» (los hombres proletarios) tenemos quizás culpa de esta situación peor de las mujeres, es algo a lo que no se responde en este momento –ni en los siguientes números del *Hülferuf* ni de *Die junge Generation*–. El llamamiento a «mujeres y muchachas» abre al menos una brecha por el que podrá introducirse el movimiento proletario-feminista. En Francia, el año anterior Flora Tristán había hecho ya un primer intento de un movimiento tal con el informe de su viaje *Paseos por Londres: la aristocracia y los proletarios ingleses*.³¹⁴ En 1843, *L'Union Ouvrière* marcará claramente en su manifiesto la relación entre la «cuestión de las mujeres» y la «cuestión social»:

A vosotros, obreros, que sois las víctimas de la *desigualdad* de hecho y de la injusticia, a vosotros os toca establecer al fin sobre la tierra el reino de la justicia y de la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre. Dad un gran ejemplo al mundo, ejemplo que demostrará a vuestros opresores que queréis triunfar por el derecho, y no por la fuerza bruta; ¡vosotros, a pesar de que sois 7, 10, 15 millones de proletarios, que podríais disponer de esa fuerza bruta!

Y mientras reclamáis la justicia para vosotros, demostrad que sois justos, equitativos; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los *hombres de brazos desnudos*, que reconocéis a la mujer como a vuestra igual, y que, en virtud ese título, le reconocéis un derecho igual a los beneficios de la UNIÓN UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS.³¹⁵

314 Flora Tristán, *Im Dickicht von London oder Die Aristokratie und die Proletarier Englands*, Colonia, 1993 [1840] [ed. en cast.: *Paseos por Londres. La aristocracia y los proletarios ingleses*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2008]. Las exploraciones de Tristán –en el original, «paseos»– pueden valer como ejemplo temprano del «invento del reportaje social»; véase al respecto el apartado «El reportero en acción» en el sexto capítulo del presente estudio.

315 Flora Tristán, *Arbeiterunion. Sozialismus und Feminismus im 19. Jahrhundert*, Frankfurt a. M., 1988 [1843], p. 130 y s. [ed. en cast.: *La unión obrera*, Barcelona, Debarri, 2006, p. 139]. El capítulo del que procede la cita lleva el bello título de «Le pourquoi je mentionne les femmes» [Por qué menciono las mujeres]. Tristán, abuela del pintor Paul Gauguin, murió de tifus en 1844; en el volumen citado se encuentran materiales sobre su vida, como también, por ejemplo, un conmovedor obituario de Ruge (pp. 176-179). Otros testimonios de Flora Tristán y sobre ella así como un compendio biográfico lo ofrece Florence Hervé (ed.), *Flora Tristan oder: Der Traum vom feministischen Sozialismus*, Berlin, 2013.

Una *Union universelle des ouvriers et ouvrières* [Unión universal de obreros y obreras] en el sentido de Flora Tristán no existirá en Alemania durante mucho tiempo.³¹⁶ Sin embargo, que Weitling se ponga a hablar abiertamente del problema es algo relevante. Pues su concepto de clase y sus intentos de determinación de una identidad proletaria –¿quiénes somos «nosotros»?– son ya muy transparentes e inclusivos, y no pretenden homogeneizar a las personas convocadas en el acto mismo de su inclusión. Los gestos de unión, que Weitling conceptualiza, permiten diferencias dentro del colectivo agrupado sin poner en cuestión la colectividad. Poco después comenzarán a aparecer conceptos de clase teóricos y políticos que practican una rígida gestión de las diferencias. Estos conceptos de clase exclusivistas, que saben y determinan con exactitud quién pertenece al «nosotros» y *quién no*, tendrán efecto también sobre las relaciones de género: *Cuando «tú» –mujer y hermana proletaria– no seas del todo de la misma opinión que «nosotros» –la hermandad y alianza de hombres proletarios–, entonces «tú» estarás contra «nosotros»; entonces «tú» serás una traidora en tu propia casa que no encontrarás ya sitio entre nuestras filas.* Más o menos, algo así podríamos resumir la posición que poco después se formulará y caracterizará durante muchas décadas al movimiento de trabajadores y trabajadoras.³¹⁷

316 Aquí hemos de referirnos al papel de Louise Otto-Peters, que ya en el *Premarzo* ligó la «cuestión social» y la de las «mujeres», para después, en la Revolución, en 1849, fundar el *Frauen-Zeitung* [Periódico de mujeres] y después, en 1865, la Allgemeinen Deutschen Frauen-Verein [Asociación general alemana de mujeres]; sobre la novela del *Premarzo* de Otto-Peters *Schloss und Fabrik* [El castillo y la fábrica] véase los apartados «La novela familiar de los proletarios» y «Asalto a las máquinas» en el cuarto y séptimo capítulo de este libro. Una clasificación de las primeras feministas del *Premarzo* desde la perspectiva del movimiento feminista socialista que se había constituido la realiza Clara Zetkin, *Zur Geschichte der proletarischen Frauenbewegung Deutschlands*, Frankfurt a. M., 1971 [1928], especialmente el capítulo 2; «Die Forderung der Frauenemanzipation in der deutschen Revolution 1848/1849».

317 Véase al respecto el apartado «La lucha por el salario familiar, la feminización del trabajo en la fábrica y la masculinización del movimiento obrero» en el séptimo capítulo del presente estudio.

3

EL RECUENTO DE VOTOS: ESTADÍSTICAS DE CLASE

El énfasis en el espíritu abierto del concepto de clase, tal y como se articula en revistas como *Gesellschaftsspiegel* o el *Hülferuf*, es solamente una de las caras de la moneda. Junto a ella –y a veces en su contra–, se encuentra entre los teóricos y los activistas del movimiento proletario temprano el deseo de fijar con mayor precisión quién pertenece a la clase –y quién no–. Aquí convergen los deseos de los teóricos de la clase con los de quienes se dedican a la estadística social, que se extendió cada vez más en el *Premarzo* como praxis y ciencia política y tecnológico-social.³¹⁸ Que las relaciones de clase en la sociedad se puedan determinar y presentar como relaciones numéricas –que la clase se pueda contar– y que también ocurra lo mismo con la transformación revolucionaria de la sociedad, planteada sobre una base matemática segura, son creencias que se están gestando: es la gran promesa de las estadísticas de clase, que se multiplicarán en los panfletos y revistas de los años treinta y cuarenta del s XIX.

Desde que la «clase» entra en circulación como categoría de autodescripción social, se convierte también en un elemento de una «teoría de conjuntos» (Eißbach) social. Como instrumento de clasificación, la «clase» tiene una relación indisoluble con las

318 Véase Patrick Eiden-Offe, «'Oppositionelle Statistik'. Von den unterschiedlichen politischen Gebrauchsweisen statistischen Wissens im Vormärz», en: Gunhild Berg, Borbála Zsuzsanna Török y Marcus Twellmann (eds.), *Berechnen/Beschreiben. Praktiken statistischen (Nicht-)Wissens 1750–1850*, Berlín, 2014, pp. 171-192.

cantidades contables y en general con el principio de la contabilidad.³¹⁹ Los sansimonianos extendieron tras la Revolución de Julio de 1830 el concepto de clase por toda Europa con una fórmula en la que ya está inserta la cuantificación: *la classe la plus nombreuse et la plus pauvre* [la clase más numerosa y la más pobre].³²⁰ Heinrich Heine, que como simpatizante de los sansimonianos traduce al alemán su léxico político-social en sus ensayos y artículos como corresponsal, y con ello a menudo los introduce en la discusión pública alemana por primera vez, designa en 1836 en su ensayo *La escuela romántica* a «la clase más grande y más pobre» como el objeto de la literatura más reciente.³²¹ Sin embargo, en los textos alemanes desde principios de los años treinta, se puede leer a menudo la expresión «la clase más numerosa y más pobre»,³²² más cercana al original –y que remarca con más fuerza la contabilidad numérica–.

Al mismo tiempo, a los activistas y escritores pronto les quedó claro que la contabilidad de las clases nunca bastaría por sí misma: los números desnudos deben ser evidentemente procesados para su presentación, si se quiere que tengan efecto. Así, los números y las tablas a menudo se acompañaban de descripciones, narraciones y poemas. Incluso allí donde la prosa específicamente moderna de los números y tablas promete claridad y univocidad, entra en escena de nuevo una poesía de la clase.

La estadística y el endurecimiento de la situación social: *Der Hessische Landbote* [El mensajero de Hesse]

Ya en 1834, en el Gran Ducado de Hesse, se reparte de forma anónima y expeditiva un panfleto subversivo redactado con

319 Poovey, «The Social Constitution».

320 Como fuente se suele citar a menudo el escrito de Henri de Saint-Simon *Nouveau Christianisme von 1825*, donde sin embargo no se encuentra la expresión de forma coherente; sobre la historia de *collage* de la formulación véase la nota del editor en *Marx-Engels-Gesamtausgabe* (MEGA), Abt. I, Bd. 32: *Engels, Werke, Artikel, Entwürfe März 1891–August 1895*, Berlín, 2010, p. 1348 (Apparat-Band). En la literatura sansimoniano de los años 1830 la expresión está presente en forma de innumerables variantes.

321 Heinrich Heine, *Die romantische Schule*, en: Heine, *Schriften*, Bd. 5, pp. 357–504, aquí p. 468 [ed. en cast.: *La escuela romántica*, Madrid, Alianza, 2010].

322 Véase *Hülferuf*, H. 1, p. 39 o Weitling, *Garantien der Harmonie und Freiheit* [1842], con un epílogo de Ahlrich Meyer, Stuttgart, 1974, pp. 241 y 252.

una mezcla explosiva de estadística y agitación social revolucionaria. El editor de *Der Hessische Landbote* es Georg Büchner, quien cuando pasó un semestre en 1831/32 un semestre en Estrasburgo, en el extranjero, en su época de estudiante de medicina, se había contagiado del virus revolucionario que mantenía en vilo a Francia tras la Revolución de Julio de 1830. Brüchner había conocido en Estrasburgo la liga secreta neobabeufista, y se conectaría quizás –las prácticas del secretismo duran hasta hoy– con la sección local de la *Société des droits de l’homme* [Sociedad de los derechos del hombre]. Esta era la organización sucesora de la *Société des amis du peuple* [Sociedad de los amigos del pueblo] fundada por Blanqui, que tras un intento fracasado de levantamiento fue perseguida y desarticulada.³²³ También en Estrasburgo se encontró Büchner con el joven sansimoniano A. Rousseau, que iba camino del Este subdesarrollado como profeta de la revolución. Posteriormente dará una charla sobre «la clase más numerosa y más pobre».³²⁴ De vuelta en Gießen, Büchner funda en 1834 su propia «Sociedad de los Derechos Humanos», que asumirá por otra parte la responsabilidad de *Der Hessische Landbote*. Un importante miembro de la asociación es, junto a Büchner, el párroco de

323 Vestigios del gran discurso de defensa de Blanqui en su juicio de enero de 1832, en el que este analiza la omnipresente «guerra entre ricos y pobres», se encuentran también en la correspondencia de Estrasburgo de Büchner. El discurso se publicó de forma inmediata en alemán como folleto de doce páginas –gracias a la editorial de la viuda de Silbermann en Estrasburgo; véase al respecto, así como sobre otros enredos posteriores, Thomas Michael Mayer, «Die ‘Gesellschaft der Menschenrechte’ und Der Hessische Landbote», en: Susanne Lehmann (Red.), *Georg Büchner. Revolutionär – Dichter – Wissenschaftler 1813–1837*, Basilea/Frankfurt a. M., 1987, pp. 168-186. El «discurso de defensa» de Blanqui se encuentra en Louis-Auguste Blanqui, *Schriften zur Revolution, Nationalökonomie und Sozialkritik*, Reinbek b., Hamburgo, 1971, pp. 40-51. La famosa primera frase del discurso reza: «Estoy acusado de haber dicho a treinta millones de franceses, proletarios como yo, que deberían tener derecho a vivir»; la «guerra entre ricos y pobres» se encuentra en la p. 41. En septiembre de 1835, Büchner escribe a Gutzkow en Frankfurt: «La revolución se ha dividido completamente entre liberales y absolutistas, y es la clase inculta y pobre la que debe hacerse con ella; la relación entre pobres y ricos es el único elemento revolucionario en el mundo [...]»; Georg Büchner, *Briefwechsel*, en: Büchner, *Historisch-kritische Ausgabe* [Marburger Ausgabe], Bd. 10.1, ed. por Burghard Dedner, Tilman Fischer y Gerald Funk, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft 2012, p. 71 (esta edición histórico-crítica [Marburger Ausgabe] se citará en adelante con las siglas MBA, y el volumen); para otras referencias de la expresión «guerra entre los pobres y los ricos» véase MBA 10.2, p. 289 y s.

324 Véase al respecto Jacques Rancière, *Kurze Reisen ins Land des Volkes*, Viena, 2014 [1990], p. 53 y s. [ed. en cast.: *Breves viajes al país del pueblo*, Palinodia, Santiago de Chile, 2006].

Butzbach, Ludwig Weidig, quien hará una revisión profunda del proyecto de Büchner del *Landbote*.

Der Hessische Landbote es uno de los panfletos políticos más importantes del *Premarzo*.³²⁵ Bajo el grito «¡Paz a las chozas! ¡Guerra a los palacios!», el panfleto somete a una crítica devastadora la situación social y política del Gran Ducado de Hesse y también de toda Alemania. El panfleto presenta un verdadero (y literal) «ajuste de cuentas»³²⁶ con la «alta sociedad» y el gobierno. El ajuste de cuentas se basa en datos estadísticos y cifras que el texto aporta en su segunda parte en forma de tabla:

En el Gran Ducado de Hesse hay 718 373 habitantes, que dan al Estado 6 363 364 florines al año, en forma de:

1) Impuestos directos	2 128 131 fl.
2) Impuestos indirectos	2 478 264 fl.
3) Fincas	1 547 394 fl.
4) Regalías	46 938 fl.
5) Multas	98 511 fl.
6) Otras fuentes	64 198 fl.
	6 363 363 fl. ³²⁷

Gerhard Schaub ha identificado la fuente de estos datos, dándola a conocer en un artículo fundamental:³²⁸ se trata de la *Descripción estadística, topográfica e histórica del Gran Ducado de Hesse* realizada –como informa el título– por el «geómetra del gran ducado de Hesse» Georg Wilhelm Justin Wagner, que fue publica-

325 Un texto fundamental sobre el medio de las octavillas es Hans-Joachim Ruckhäberle, *Flugschriftenliteratur im historischen Umkreis Georg Büchners*, Kronberg i. Ts., 1975, así como en la actualidad los capítulos «Der Hessische Landbote» y «Die Nachrichtentechnik der Flugschrift» en Patrick Fortmann, *Autopsie von Revolution und Restauration. Georg Büchner und die politische Imagination*, Freiburg i. Br., 2013, pp. 46-55 y 71-77.

326 Gerhard Schaub, «Statistik und Agitation. Eine neue Quelle zu Büchners Hessischem Landboten», en: Herbert Anton *et al.* (eds.), *Geist und Zeichen. Festschrift für Arthur Henkel zu seinem 60. Geburtstag*, Heidelberg, 1977, pp. 351-375, aquí p. 362.

327 Georg Büchner, *Der Hessische Landbote*, MBA 2.1, p. 5. Las citas de este texto se harán en adelante en el cuerpo de texto, con las siglas MBA 2.1 y el número de página, todo entre paréntesis. En la tabla no concuerdan la suma citada al principio de los ingresos fiscales totales con la suma posterior. Si sumamos cada elemento de la tabla, aparece una tercera cifra: parece así que, si no queremos simplemente considerar a los autores humanistas literalmente analfabetos en matemáticas, habremos de admitir que en su argumentación política no llegan realmente a manejar números exactos.

328 Esto no ocurrió, a la sazón, hasta 1977; como escribe Schaub, antes «resultaba extraño, en general, buscar» las fuentes. Los números valían y valen como evidencias, y no parecen así requerir ningún cuidado filológico; Schaub, «Statistik», p. 358.

da entre los años 1829 y 1831 por Leske en Darmstadt; el cuarto volumen, titulado «Estadística general», contiene los datos expuestos.³²⁹

Por tanto, no fueron simplemente los datos estadísticos los que otorgaron a *Der Hessische Landbote* su fuerza revolucionaria. Éstos estaban publicados y eran conocidos. Se trataba más bien de la singular preparación del material estadístico lo que resulta interesante para su estudio. Pronto nos encontramos con la proverbial carga retórica de Büchner sobre el material, que va más allá de cualquier medida y de la que nos ocuparemos a continuación.

Las primeras frases tras la tabla citada rezan: «Este dinero es el diezmo de sangre que ha de ser extraída del cuerpo del pueblo. Por él 700 000 personas sudan, sufren y pasan hambre. Se extorsiona en nombre del Estado, los exprimidores se remiten al gobierno y el gobierno dice que es necesario para mantener el orden en el Estado». Y poco después: «Vivir en orden significa ser maltratado y sufrir hambre» (MBA 2.1, p. 6).

El *Landbote* enumera uno tras otro y, gracias a Wagner, hasta el último florín, a qué ministerios e instituciones les corresponde cada partida: al «Ministerio de Interior y de Justicia» 1 110 607 florines, al «Ministerio de Finanzas» 1 551 502 florines, al Militar 914 820 florines, etc. A las cantidades les siguen explicaciones bastante subidas de tono sobre cómo este dinero del «cuerpo del pueblo» se utilizará únicamente en su perjuicio y en favor de la «alta sociedad» y sus esbirros (MBA 2.1, p. 6–9). El más breve de estos apartados es concluyente:

Para las pensiones 480 000 florines. Con ellos se sienta a los empleados entre cojines cuando han servido fielmente al Estado durante un deter-

329 Georg Wilhelm Justin Wagner, *Statistisch-topographisch-historische Beschreibung des Großherzogthums Hessen. Vierter Band: Statistik des Ganzen*, Darmstadt, 1831. La descripción de Wagner parece haber encontrado cierta difusión: en el prólogo al primer tomo, el autor indica su «precio extremadamente moderado» para quien quiera adquirirlo, de forma que «se pueda convertir para cualquiera en una obra especialmente útil para consultar» (Wagner, *Statistisch-topographisch-historische Beschreibung des Großherzogthums Hessen. Erster Band: Provinz Starkenburg*, Darmstadt, 1829, p. IV). El «índice de suscriptores», ordenados por comarcas, que aparece impreso entre las páginas VII y XVI del primer tomo, nombra en Friedberg al «Dr. Weidig, rector» (p. XV); probablemente fue él quien prestó a Büchner la obra. Büchner pudo haber conocido ya en la escuela los primeros tomos, ya que en Darmstadt se nombra al «Dr. Lautenschläger, Hofrath» (p. VIII), que era profesor de historia de Büchner. Véase Schaub, «Statistik», p. 359; Schaub se equivoca al escribir su apellido como «Lautenschläger», cuando en Wagner se decía «Lautenschläger».

minado tiempo, esto es, tras haber sido cómplices entusiastas de este maltrato continuado que se suele llamar el orden y la ley (MBA 2.1, p. 7).

Schaub evidencia ahora, en su ensayo «Estadística y agitación», no solo que la *Descripción* de Wagner era sin duda la fuente del material estadístico del *Landbote*, sino también que la utilización de la estadística con fines de agitación política no era nada nuevo en 1834.³³⁰ Junto a los precursores franceses, Schaub identifica sobre todo dos fuentes vernáculas en las que se bosqueja ya la forma de argumentación político-estadística de Büchner, en concreto las charlas que dieron los liberales Friedrich Schüller y Philipp Jakob Siebenpfeiffer el 5 y el 6 de mayo de 1832 en Zweibrücken, y que serían publicadas juntas en el mismo año como «Panfleto 5» bajo el irónico título de *Unser Glück* [Nuestra suerte] por la asociación de la prensa alemana de Johann Georg August Wirth. En efecto, en sus charlas Schüller y Siebenpfeiffer comparan con cierta contundencia expresiva los ingresos que se «extraían» a la fuerza a la población del Palatinado, perteneciente entonces a Baviera, con los gastos que en su mayor medida desembocaban en los militares y casi exclusivamente en la Baviera central; ambos palatinos critican en especial el despilfarro de la corte de Múnich y los exagerados dispendios para «salas de baile, colecciones de arte y bibliotecas y monasterios y ostentosas fortalezas».³³¹

Hasta en la selección de palabras se puede observar una notable cercanía con Büchner. La frase: «lo que cien jornaleros, siempre con el sudor de su frente, ganan en un año entero de esfuerzo lo consume la corte en un día» la podemos encontrar exactamente igual en el *Landbote*.³³² Por otro lado, el *Landbote* de Büchner no se reduce al escándalo por las cargas tributarias ni por la distribución de los gastos. Se puede identificar como ele-

330 Que en esta entrada en acción de la estadística se pueda ver la «innovación esencial» del *Landbote* en la historia del periodismo crítico y que Hans Mayer pueda suponer todavía en 1946, en su significativo estudio *Georg Büchner und seiner Zeit* [Georg Büchner y su tiempo] que en el *Landbote* se utilizó «por primera vez» de esta forma el material estadístico (Hans Mayer, *Georg Büchner und seine Zeit*, Frankfurt a. M., 1972, p. 183 y s.) se debe a que el editor de veinte años de edad del *Landbote* entró posteriormente en el canon de la historia de la literatura alemana con una narración y tres dramas, y por ello también el *Landbote* se incluyó en la edición de sus obras. La literatura de las octavillas de esa época quedó, por el contrario, en el olvido.

331 Citado en Schaub, «Statistik», p. 354.

332 *Ibid.*, p. 354.

mento esencial del *Landbote* una retórica bíblica que rompe desde el principio, con una intensidad no vista hasta el momento, con aquella apelación burguesa a la mesura. El registro religioso no produce en el *Landbote* un «suspiro de la criatura oprimida», como dirá posteriormente Marx de acuerdo a la crítica de la religión de los jóvenes hegelianos, sino un grito de rabia.³³³ El lenguaje bíblico del *Landbote* registra las circunstancias de las que se habla, como la carga fiscal de los pobres y el despilfarro de los ricos, ya no a partir de calificativos liberales «blandos», como «adecuado e inadecuado», sino a partir de la diferencia, fuerte y sin concesiones, entre «bueno y malo». La indignación que expresa este lenguaje ya no se puede calmar de ningún modo con una reforma fiscal.

Pero incluso la forma de hablar político-teológica, que se alimenta de las dos «fuentes de la invención» retórica, la «estadística fiscal y [...] la biblia»,³³⁴ tampoco es del todo singular: los panfletos y manifiestos del movimiento francés proto-comunista de la época o del movimiento de oficiales organizado por Weitling poco después están marcados por un espíritu de redacción comparable. El efecto inquietante que *Der Hessische Landbote* provoca incluso hoy está relacionado con otra cosa, esto es, con la «teoría de conjuntos» social y política que el *Landbote* pone en juego.

No es (solo) el contraste entre la estadística numérica y el lenguaje bíblico lo que irrita al lector, sino el hecho que en *Der Hessische Landbote* –en cierto modo ya en la parte matemático-estadística– se elimina la base teórica de los conjuntos sobre la que se podría fundar incluso una argumentación numérico-estadística. Una argumentación estadística de ese tipo, que se encuentra en buena medida en Schüler y Siebenpfeiffer, solo funciona cuando están fijos los parámetros sociales según los cuales se clasificarán las columnas numéricas de ingresos y gastos: «ciudadano» y «gobierno», «contribuyente» y «derrochador». Por tanto se tiene que dar, en resumen, una *división de lo social* coherente y clara.

333 Marx, MEW 1, p. 378.

334 Schaub, «Statistik», p. 373.

Pero precisamente eso es lo que falta en el *Hessische Landbote*.³³⁵ El primer apartado, antes de la tabla mostrada, ofrece ya una confusión terrible en cuanto a las «denominaciones de los grandes grupos»³³⁶ con respecto a los cuales han de ser ordenados los números. Esta nomenclatura de grupos sugiere un binarismo social sencillo que se deriva de la fuerza del lenguaje bíblico, pero no se sostiene semánticamente:

En el año 1834, parece como si se castigaran las mentiras de la Biblia. Parece como si Dios hubiera hecho a los campesinos y artesanos en el quinto día, y a los príncipes y señoritos en el sexto, y como si el señor les hubiera dicho: gobernad todas las bestias que se arrastren por la tierra, y como si contara entre esos bichos a los campesinos y ciudadanos. La vida de los señoritos es un largo domingo, viven en bonitas casas, llevan delicadas vestimentas, tienen aspecto rollizo y hablan su propio lenguaje; el pueblo, en cambio, es para ellos como el abono para el campo. El campesino va tras el arado, pero el señorito viene por detrás y lo empuja con los bueyes junto al arado, recoge el grano y le deja el rastrojo. La vida del campesino es un largo día de trabajo; extraños consumen los productos de su campo ante sus ojos, su cuerpo está lleno de callos, su sudor es la sal sobre la mesa del señorito» (MBA 2.1, p. 5).

En principio, las confrontaciones parecen estar claras: «agricultores y artesanos» están en un lado, y «príncipes y señoritos» en el otro, enfrentados; pero más tarde los «príncipes y señoritos» son reducidos a «los señoritos». Los «agricultores y artesanos» se convierten así también, en la frase siguiente, en «agricultores y burgueses», lo que sitúa en un terreno incierto la relación de los artesanos con los burgueses: ¿son idénticos o

335 En ese sentido, argumentaré a continuación contra la interpretación de Maud Meyzaud, que ve en el *Hessische Landbote* una «división matemática del cuerpo [social]», a la cual, gracias al saber experto Büchner en anatomía, se le podría atribuir una exactitud científica en el sentido de la *Anatomía política* de William Petty; Maud Meyzaud, *Die stumme Souveränität. Volk und Revolution bei Georg Büchner und Jules Michelet*, Paderborn, 2012, pp. 174-180, especialmente p. 178 y s. La retórica de Büchner aviva de hecho esta pretensión –como muestra convincentemente Meyzaud–, pero al mismo tiempo también la arruina.

336 Wolfgang Eßbach, «Elemente ideologischer Mengenlehren: Rasse, Klasse, Masse», en: Justin Stagl y Wolfgang Reinhard (eds.), *Grenzen des Menschseins. Problem einer Definition des Menschlichen*, Viena, 2005, pp. 727-755, aquí p. 727. Eßbach investiga en su ensayo las «semánticas de las denominaciones de los grandes grupos»: ¿Qué «cargas ideológicas» llevan consigo aquellos «términos que serán utilizados para nombrar conjuntos y subconjuntos de individuos y de ordenamientos de los muchos»? –esta es la pregunta central del tratado fundamental de Eßbach (p. 727).

deben sumarse unos y otros? Si se toma a los «señoritos» como denominación del Segundo Estado, entonces los campesinos, artesanos y burgueses conformarían juntos el Tercer Estado. En las siguientes frases, sin embargo, solo el campesino se encuentra en este lado de la división; en el paralelismo de la construcción «la vida del señorito es un largo domingo» y «la vida del agricultor es un largo día de trabajo», los artesanos y los ciudadanos han desaparecido. En cambio, entre los dos términos paralelos se ha intercalado entretanto un tercero, que posteriormente se revelará poco a poco como un «significante resbaladizo»: «el pueblo». El «pueblo» está sin duda contrapuesto a los «señoritos», sin que quede clara, sin embargo, su relación con los campesinos. Posteriormente, en el lado de los no «señoritos» –este lado no tiene una positividad propia– se colocará también a los «pobres» (MBA 2.1, p. 6).³³⁷

De forma transversal a las divisiones sociales se da también una diferenciación básica, que se colocará cada vez con más fuerza, conforme avanza el panfleto, en un primer plano: la diferenciación animal-ser humano. En el párrafo citado del inicio del *Landbote*, la diferencia animal-ser humano sirve inequívocamente, mediante la referencia al mito bíblico de la creación, a la metafORIZACIÓN de las relaciones de dominio. Más adelante no quedará tan claro que se trate de la pertenencia a la especie humana.

Según la tabla expuesta, «pueblo» y «seres humanos» tienen una relación íntima: «Este dinero es el diezmo de sangre que ha de ser extraída del cuerpo del pueblo. Por la que 700 000 personas sudan, sufren y pasan hambre» (MBA 2.1, p. 5). Con el cálculo (aproximado) de los «seres humanos» que soportan las cantidades impositivas citadas, se sugiere que «el pueblo» es contabilizable, y el principio de contabilidad se utilizará poco después de nuevo para definir al Estado: «¿Qué es esa cosa poderosa llamada Estado? Cuando una cantidad de personas viven en un país donde hay ordenamientos o leyes que cada una ha de

337 También Fortmann, *Autopsie*, p. 80 y s., repara en que la división de lo social de Büchner se basa en «una dimensión imprecisa, tomada en sí misma» y que no va más allá de la lógica de los «contraconceptos»; en todo caso, él subordina esta imprecisión a un cálculo estratégico, que es en cambio coherente, según el cual se amplía tendencialmente el «círculo de los tenidos en cuenta», limitándose al mismo tiempo «cada vez más» el «grupo de los excluidos». Me gustaría, en lo que sigue, poner en cuestión este cálculo coherente.

seguir, entonces se dice que forman un Estado». La contabilidad de una «cantidad de seres humanos» que habitan en un determinado territorio –la cuantificabilidad de una *población*– sirve retóricamente para desfetichizar esa «cosa poderosa» del Estado. Sin embargo, en la frase siguiente se construye un nuevo fetiche: «El Estado, por tanto, son *todos*. Quienes ordenan el Estado son las leyes, por las cuales se garantiza el bienestar de *todos*, y que deben ser el resultado del bienestar de *todos*» (MBA 2.1, p. 6).³³⁸ El concepto rousseauiano de una «voluntad» o de un «bienestar de todos» aparece al principio de forma universal e inclusiva; sin embargo ligando de nuevo a las más de «700 000 personas» con el «pueblo», e identificando a su vez el «pueblo» con los agricultores, artesanos y ciudadanos del primer apartado, los «señoritos» quedan excluidos aquí del «bienestar» y la «voluntad de todos» –una exclusión que desde la pregunta de Sieyès «¿qué es el Tercer Estado?» y su respuesta: «¡todos!» pertenece fuertemente a la tradición revolucionaria–.³³⁹ A partir de la serie *pueblo – seres humanos – todos*, los «señoritos» y el príncipe serán excluidos en el *Landbote* no solo de las filas de la nación, sino también de la humanidad como tal. Cuando se nombra a los «700 000 seres humanos» –y sabemos: esto somos «*todos*» nosotros–, que tiran del arado del príncipe, y el príncipe y sus mujeres y niños son clasificados como una «familia sobrehumana» (MBA 2.1, p. 8, curs. PEO), entonces, irónicamente, se prepara el terreno para poder presentar a los príncipes y a los «señoritos» también como familias inhumanas o subhumanas:

El príncipe es la cabeza de la sanguijuela que se desliza por vuestro cuerpo, los ministros son sus dientes y los funcionarios su cola. Los estómagos hambrientos de todos los distinguidos señores a los que ha dado altos cargos son ventosas que coloca sobre el país. La L. que se encuentra bajo sus disposiciones es la marca de la bestia que los idólatras de nuestro tiempo adoran (MBA 2.1, p. 8).

338 Sobre la discusión en la historia de las ediciones sobre si se debería decir más correctamente «la voluntad de todos», véase MBA 2.1, p. 225 y s.

339 Véase Emmanuel Sieyès, *Abhandlung über die Privilegien/Was ist der dritte Stand?*, Frankfurt a. M., 1968 [1788/1789], pp. 55 y 60, donde Sieyès expone: «Al Tercero le corresponde, pues, todo lo perteneciente a la nación; y todo lo que no es el Tercer Estado no puede considerarse como parte integrante de la nación. ¿Qué es el Tercero? TODO» [ed. en cast.: *¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios*, Madrid, Alianza, 2019, p. 117].

En este pasaje –y en otros similares– no hay que ver una deshumanización de los «señoritos» «dura», completamente sería ni susceptible de ser tomada literalmente. Se trata, más bien, de un giro estratégico que trata de oponer resistencia a la deshumanización real del «pueblo» por parte de los «señoritos». A que el pueblo solo sea, para los señoritos, «ganado», como siempre ha puesto de relieve el *Landbote* desde su primera página.³⁴⁰ Cuando se ha convertido en una costumbre para los «señoritos» «robar a los pobres los más elementales derechos civiles y humanos», entonces el *Landbote* amenaza con señalar que los «señoritos» están más allá de los límites de la especie. La pertenencia a la familia humana es así más una cuestión de poder político que una herramienta retórica. Büchner trata de demostrar esto, con toda su rigidez propia, lo que significa que utiliza *conceptos cuantitativos totales*, políticos, dirigidos al todo («pueblo», «seres humanos», «todos») y así introduce «límites en el concepto de humanidad» por medio de estos «conceptos políticos».³⁴¹ Las consecuencias de una operación de este tipo son fatales, como dejará claro cien años después Carl Schmitt, nada sospechoso de aquel humanismo:

Aducir el nombre de la «humanidad», apelar a la humanidad, confiscar ese término, habida cuenta de que tal excelso nombre no puede ser pronunciado sin determinadas consecuencias, solo puede poner de manifiesto la aterradora pretensión de negar al enemigo la calidad de hombres, declararlo *hors-la-loi* y *hors l'humanité*, y llevar así la guerra a la más extrema inhumanidad.³⁴²

No se debe achacar esta consecuencia sin más a Büchner, especialmente cuando en el *Landbote* el juego de los «límites de la humanidad»³⁴³ no carece de contrapesos. Así, en la segunda

340 En este sentido interpreta Fortmann, *Autopsie*, el retorno de la diferencia entre animales y humanos en el *Landbote* como operador de la «despastoralización de la autoridad» (p. 82 y ss.) y de «desmistificación del soberano» como «deformación del soberano hasta la monstruosidad» (pp. 97 y 101).

341 Ebbach, «Mengenlehren», p. 729.

342 Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*, Berlín, 1963, p. 55 [ed. en cast.: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1999, p. 84].

343 Véase el título del volumen en el que se encuentra el ensayo de Ebbach: Justin Stagl y Wolfgang Reinhard (eds.), *Grenzen des Menschseins. Problem einer Definition des Menschlichen*, Viena, 2005 [Límites de la humanidad. El problema de una definición

parte del folleto, se somete el concepto de pueblo a una transformación decisiva: del pueblo como personificación de los mudos, los pobres, los privados de derechos y los «sin nombre» (Maud Meyzaud) se pasa al pueblo como depositario de una soberanía reconocida también por el *Landbote*: al *pueblo como soberano*. Más allá de la construcción romántica de un káiser o emperador popular alemán, «que habría de ser antes elegido libremente por el pueblo», ahora se pasa al pueblo como cuerpo que elige, «la elección del pueblo» se presenta como fuente de legitimación de cualquier «autoridad legítima». El pueblo que elige como poder constituyente descompone también al pueblo como magnitud totalizante; la voluntad y el «bienestar de todos» se convierte, en esta parte del *Landbote* que se ocupa de la teoría de la soberanía, en cuantificable: «La mayor fuerza está en la voluntad de todos o de la mayoría». La «voluntad de todos» es delegable en los «representantes del pueblo» que son «elegidos por todos». Los representantes «expresan la voluntad de sus electores, y así la voluntad de la mayoría de ellos se corresponde con la voluntad de la mayoría del pueblo». (MBA 2.1, p. 9). En lugar de una «gran» metafísica de las totalidades políticas, aparece una utopía de la contabilidad. El soberano son muchos –«una cantidad de personas», como se dice antes– que deciden de acuerdo al principio de mayoría: el concepto de «mayoría» expresa esto inequívocamente. El pueblo no debe ser totalizado (*todos* o ninguno); así, esta separación de la «gran» metafísica de las totalidades se paga cara, por medio del enmarañamiento en una metafísica «pequeña» o secreta, según la cual el *hablar-por* conduce inevitablemente a una *correspondencia*:³⁴⁴ si los representantes hablan por el pueblo, entonces la voluntad manifestada por ellos se debe corresponder con la voluntad del pueblo, que entonces ya no debe hablar más por sí mismo.

La relativización que se expresa, aparentemente de forma casual, en el giro «voluntad de todos o de la mayoría» se refiere literalmente a la totalidad. Pero esto no pasa en el *Landbote* sin consecuencias, y el revés llega pronto. Pocos apartados después, el pueblo, que justo aquí se había vuelto divisible y contable por

de lo humano].

344 El autor realiza un juego de palabras entre vocablos con una misma raíz en alemán; *Sprechen-für* [hablar-por] y *Ent-sprechung* [correspondencia] [N. del T.].

primera vez, vuelve a ser totalizado en el nombre de otra totalidad: ahora se trata de «todo el pueblo alemán» el que ha de «conquistar su libertad» (MBA 2.1, p. 11). En tanto «alemán», este pueblo solo puede definirse a partir de su lengua: es un pueblo que Dios «unificó en un solo cuerpo por medio de una lengua» (MBA 2.1, p. 12). Aquí se cierra el círculo: el «cuerpo del pueblo» del principio del folleto se ha convertido en este «un cuerpo» del pueblo alemán. Sin embargo, en este círculo se recortan todas las variantes de lo que se puede llamar «pueblo»: de los sin nombre, del *pueblo raso* se pasa después al *pueblo de la soberanía popular* para terminar en el *pueblo nacional*. Cuantificable, representable por medio de números, solo lo es una de estas variantes; cuando se pone en juego otra variante –la democrático-soberana–, en seguida aparece de forma aparentemente irremediable un contraataque que remarca precisamente la incontabilidad e indivisibilidad del *pueblo entero*, uno. La estadística numérica solo puede comprender una parte, y solo lo puede hacer para provocar su propia negación en cada caso; orienta sus pretensiones a la comprensión de una totalidad que sin embargo nunca se puede dar en los números –y esto lo saben también los estadísticos, o mejor quizás: esto lo sabían al menos los estadísticos del *Premarzo*, que habían luchado con el nuevo saber práctico de la estadística–. Como suele pasar en el curso habitual de la alternancia entre la divisibilidad y la contabilidad por un lado, y la indivisibilidad y la totalidad por el otro, el péndulo retorna de nuevo, al final del *Landboten*, y la contabilidad del pueblo encuentra su estado puro, de nuevo, en la forma de un «argumento aritmético»: ³⁴⁵ «Ellos son quizás 10 000 en el gran ducado, y vosotros 700 000, y esta proporción entre el pueblo y sus exprimidores se mantiene también en el resto de Alemania» (MBA 2.1, p. 13). «*Ye are many – they are few*» [nosotros somos muchos, ellos son pocos] decía Shelley en *La máscara de la anarquía* en 1819, y «*We are the 99 percent*» [somos el 99%] en *Occupy Wall Street* en 2011.

Si existe una «cifra del pueblo» y si sería incluso determinable por medio de herramientas estadísticas, sin provocar un contratiempo en la totalidad, este es el debate que plantea el *Hessische Landbote*, en forma de paradoja llevada al extremo.

345 Schaub, «Statistik», p. 356 y s.

No ofrece ninguna solución. Que en el *Hessische Landbote* «se predique la anarquía total», como lamentaba el moderado radical Sylvester Jordan,³⁴⁶ se refiere no solo al contenido social-revolucionario de la revista, sino sobre todo a la heterogeneidad e imprevisibilidad de las categorías sobre las que se formula dicho contenido. Esta heterogeneidad e inconsistencia no resulta solo, en modo alguno, de las intervenciones de Weidig en el proyecto de Büchner. Aunque pusiésemos «ricos» en todos los sitios donde Weidig ponía «señoritos» el sistema de clasificación no se volvería más consistente.³⁴⁷ Tampoco se puede mantener que la inconsistencia de los fundamentos de la teoría de conjuntos del *Landbote* de Büchner o Weidig sea una insuficiencia de su texto. Al contrario: en la medida en la que el texto no intenta ocultar las fracturas sobre las que se construye –o en la medida en que la colaboración conflictiva de ambos autores deja entrever claramente estas fracturas–, el *Landbote* se hace permeable a la situación socio-histórica objetivamente poco clara con respecto a la cual reacciona. Así, por un lado saca a la superficie el problema político de los destinatarios: ¿A quiénes se dirige en realidad una revista como el *Hessische Landbote*?, por otro lado queda claro que el sustrato socio-histórico al que se refieren la necesidad y el deseo de una revolución no se puede determinar sin más y sin discusión. En ambas preguntas, que están conectadas una con otra pero no son idénticas –clase en sí y clase para sí– había grandes diferencias entre Büchner y Weidig, e incluso Büchner mismo no mantenía siempre una misma posición.

El conglomerado extremadamente heterogéneo de diferentes fracciones de clase y posiciones de clase, que se podía encontrar en 1834 en Hesse y en muchas partes de Alemania, no es fácil de comprender, de forma consistente, ni siquiera ahora con una mirada retrospectiva: burguesía culta y comercial urba-

346 Citado por Jan-Christoph Hauschild, *Georg Büchner. Verschwörung für die Gleichheit*, Hamburgo, 2013, p. 94. Sobre el papel de Jordan en la redacción de la edición de noviembre del *Landbote* véase MBA 2.1, pp. 173-177.

347 La intervención central de Weidig parece haber consistido en insertar la sustitución mencionada –según las declaraciones de uno de los conspiradores, August Becker–. La larga investigación sobre la autoría compartida y disputada entre Büchner y Weidig se encuentra resumida y con detalle en Burghard Dedner, «Zu den Textanteilen Büchners und Weidigs im 'Hessischen Landboten'», en: *Georg-Büchner-Jahrbuch* 12 (2009–2012), ed. por Burghard Dedner, Matthias Gröbel y Eva-Maria Vering, pp. 77-141.

na, artesanos, campesinos acomodados, pero también aquella «clase de pequeños agricultores, jornaleros y trabajadores del campo nómadas, con pocas propiedades o sin ellas», a los que Büchner se refiere especialmente,³⁴⁸ por no hablar de los «proletarios del trabajo intelectual», entre los cuales Wilhelm Schulz, significado opositor de la época del *Premarzo*, contaba póstumamente a su amigo Büchner.³⁴⁹

Todos estos grupos tienen pocos o ningún interés material en común; sin embargo, sin ellos no se puede realizar ninguna revolución, como había insistido Büchner frente a Gutzkow.³⁵⁰ Si tomamos a los de condición social «más baja» que Büchner dramatiza después en su *Woyzeck*; «plebeyos urbanos, cuya vida es la muerte por trabajo, no pocas veces como consecuencia del alcoholismo o la locura; pequeños campesinos harapientos, tenderos, muchachos artesanos, soldados, cocheros, sirvientes, guardianes, limpiabotas, feriantes, verdugos, prostitutas, mendigos, pequeños timadores», entonces la situación se vuelve muy compleja.³⁵¹

La cuestión de la revolución solo se puede formular, tras la Revolución de Julio, en forma de cuestión social, que a su vez ha de ser planteada como una cuestión de clase –según había aprendido Büchner en Estrasburgo–. Después de sufrir el naufragio del *Hessischen Landbote* –o al menos vivir este experimento como un naufragio–, Büchner se ve condenado a una actitud expectante o atentista, quizás incluso a un «atentismo revolucionario» (Dieter Groh): «Un conocimiento preciso de la actividad de los revolu-

348 Hauschild, *Verschwörung*, p. 236.

349 De acuerdo a Schulz, Büchner se refería «a su lecho de muerte», «a la razón social y profunda de su muerte prematura»: «Si pudiera haber vivido la independencia que otorga la riqueza, podría haber salido de mí algo justo»; véase la recensión de Schulz de «Georg Büchners nachgelassene Schriften» [Escritos póstumos de Georg Büchner] de 1851, reimpreso en Walter Grab, *Georg Büchner und die Revolution von 1848. Der Büchner-Essay von Wilhelm Schulz aus dem Jahr 1851. Text und Kommentar*, en colab. con Thomas Michael Mayer, Königstein i. Ts., 1985, pp. 51-82, aquí p. 67.

350 Véase la carta, posiblemente del 1 de junio de 1836, en la que Büchner insiste en que «nuestro tiempo» esta orientado «de forma puramente material», y por ello solo es susceptible de ser transformado de forma revolucionaria de acuerdo a los intereses materiales; MBA 10.1, p. 93.

351 Hauschild, *Verschwörung*, p. 245; lo marcado en cursiva pertenece a la segunda escena del primer acto de la ópera *La muerte de Danton*. Sobre la base de clase que sustenta el *Landbote* y a la que se dirige, véase Raphael Hörmann, «'Zum sogenannten, so gescholtenen Pöbel'. Die radikale Aufwertung der sozialen Unterschichten bei Börne und Büchner», en: *Georg Büchner-Jahrbuch* 12 (2009–2012), pp. 143-163.

cionarios alemanes en el extranjero me ha convencido de que tampoco de ellos se puede esperar lo más mínimo. Entre ellos reina una confusión babilónica que no podrá ser solucionada nunca. ¡Esperemos que con el tiempo sí!»³⁵² Para ello utiliza como pretexto de que las demandas de los revolucionarios alemanes (al menos) en los próximos 15 o 20 años (si no 150) se conseguirán: el tiempo nos ayudará, porque las relaciones de clase y las líneas del frente revolucionario se clarificarán con el tiempo –eso se esperaba–. Mientras tanto, los estadísticos presentes entre los revolucionarios intentarán en adelante, una y otra vez, una exploración cuantitativa de las confusas posiciones intermedias y capas entremezcladas.

La estadística al servicio de la revolución: el *Gesellschaftsspiegel*

Es precisamente el problema del pauperismo el que hace aparecer a finales de los años treinta, al menos en los países desarrollados, una comprensión social estadística de la miseria.³⁵³ Así, el *Gesellschaftsspiegel* no solo traduce pasajes de *De la Misère des classes laborieuses en Angleterre et en France* [De la miseria de las clases trabajadoras en Inglaterra y en Francia] de Buret, sino que se esfuerza también en sus artículos propios en utilizar de una forma nueva la estadística social en un sentido crítico. Así, los autores del *Gesellschaftsspiegel* se afanan especialmente en aportar formas de presentación adecuadas de la estadística social, gracias a las cuales esta puede ser utilizada como crítica social.

La retórica de los hechos: estadística y descripción [Schilderung]

El folleto del *Gesellschaftsspiegel* refleja ya en su segundo párrafo el problema de la representación de la crítica y los diferentes intentos de solucionarlo que han de ser probados en la revista. Aquí se dice que se deberán publicar «descripciones generales, monografías, notas estadísticas y casos individuales

352 *Brief aus Straßburg an Wilhelm Büchner*, 1835; MBA 10.1, p. 72 y s.

353 Véase al respecto Johannes Scheu, «Wider den *homme moyen*. Zur Soziologie des Einzelfalls», en: Berg/Török/Twellmann, *Berechnen*, pp. 193-211, así como Bernhard Kleeberg, «Reisen in den Kontinent der Armut», en: Michael Neumann y Kerstin Stüssel (eds.), *Magie der Geschichten. Weltverkehr, Literatur und Anthropologie in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Konstanz, 2011, pp. 29-52.

característicos», unas pocas líneas después se anuncian «descripciones, datos estadísticos y hechos individuales irrefutables», y después «narraciones y noticias estadísticas, sanitarias y de otro tipo». Finalmente, el espectro de las formas de representación que se tienen en cuenta se amplía todavía más, cuando se dice que el *Gesellschaftsspiegel*

en su presentación [de la miseria social; PEO] no se limita solamente a notas estadísticas e historias reales de la vida, también abre la puerta a poesías en prosa y en verso, pero solo a aquellas que dibujan *fielmente* la vida. Las descripciones sobre la vida le gustan menos que las descripciones desde la vida.³⁵⁴

A los responsables del *Gesellschaftsspiegel*, la descripción y la poesía les parecían completamente compatibles. Su elemento común es la «vida» de la sociedad, con la que a su vez se deben comprometer todas las formas de representación utilizadas en la revista. Los «poemas» –como «descripciones sobre la vida»– están también especialmente cerca de las «descripciones desde la vida». Y así se puede suponer, a la inversa, que con «descripción» (sin añadidos) se refiere a todas las partes de la «representación» que tienen afinidad con la literatura y la «poesía»: formas textuales que garantizan una fidelidad a la representación de la vida («que describen *fielmente* la vida»), lo que las «notas estadísticas» no pueden conseguir por sí mismas. Si tomamos en serio la denominación «nota» como concepto contrario o complementario, entonces la «descripción» remite a una cierta amplitud y detalle de la representación, a un espacio para la representación que no se le exige a la «nota» en tanto anotación corta, recurso mnemotécnico o abreviatura. Además, la denominación de «nota» deja abierto en qué sistema de signos se redacta. Cuando en el tercer apartado del folleto se anuncian «noticias sobre la relación numérica entre las personas necesitadas de apoyo, especialmente la clase sin propiedades, y las clases acomodadas»³⁵⁵ como tema prioritario, entonces se sugieren explícitamente formas de representación numéricas y por medio de tablas.

354 Prospekt, S. [II].

355 Prospekt, S. [I].

Pero la cuestión general de la forma de representación no es un fin en sí mismo, sino que en el folleto está desde el primer momento al servicio de una orientación fundamental basada en los hechos. El *Gesellschaftsspiegel*, según anuncia el prospecto, estará «completamente redactado sobre la base de los hechos, y solo aportará hechos y un razonamiento basado directamente en hechos –un razonamiento cuyas conclusiones son por sí mismas, a su vez, hechos evidentes–». ³⁵⁶

Con esta orientación basada en los hechos, los promotores del *Gesellschaftsspiegel* muestran que tienen claro que entre los «hechos» como *factum brutum* y su elaboración intelectual («razonamiento») no hay ninguna diferencia esencial. Los «hechos» son la base de cualquier argumentación, y cuando se elaboran en un argumento forman de nuevo una nueva «base de hechos». Salta a la vista que aquí no solo se pone en cuestión la dicotomía entre hecho y pensamiento, sino también la confrontación entre la cosa (y el razonamiento que acompaña a la cosa) por un lado, y la forma lingüístico-retórica por el otro. Pues de la elaboración intelectual argumentativa no se deducirán solo por necesidad lógica nuevos hechos, sino «hechos evidentes» (*curs. PEO*). ³⁵⁷ Por lo tanto, se trata de hechos que pueden reclamarse como evidentes: «la certeza directa de lo que aparece gráficamente o ha de ser pensado por necesidad». ³⁵⁸ Más allá de la tradición de la *evidentia* retórica, en esta orientación basada en los hechos, planteada y subrayada explícitamente, se puede leer todo el espectro de lo que también se aborda como «descripción»; la evidencia desempeñaba en la retórica antigua el papel de encarnación lingüística de «lo que está ante los ojos», comprensión descriptiva detallada, vitalidad intensificada artesanalmente. «Un hecho se pone junto a otro; como piedrecitas junto a la piedra. Y las piedras comien-

356 *Ibid.*

357 Véase también al respecto Johannes F. Lehmann, «Faktum, Anekdote, Gerücht – Zur Begriffsgeschichte der 'Thatsache' und Kleists Berliner Abendblätter», en: *DVs* 89, 3 (2015), pp. 307-322. Agradezco a Johannes Lehmann las innumerables conversaciones, siempre estimulantes, sobre hechos, anécdotas y rumores y sobre el trabajo honesto y deshonesto.

358 Ansgar Kemmann, «Evidentia, Evidenz», en: Gert Ueding (ed.), *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*, Bd. 3: *Eup – Hör*, Tübingen, 1996, Sp. 33-47, aquí Sp. 33.

zan a hablar» –así resume Theodor Zlocisti, biógrafo de Heß, la práctica expositiva del *Gesellschaftsspiegel*.³⁵⁹

La exigencia de dejar que los hechos hablen por sí mismos –«hablar» en un sentido retórico, como discurso moldeado cuidadoso con sus efectos– no representa ninguna cuestión secundaria, sino que es tratada por los propios redactores de la revista como una propiedad importante, como aclara la serie de artículos «Rapid Progress of Communism in Germany» [Rápido progreso del comunismo en Alemania], que publicó Engels en invierno y primavera de 1844/45 bajo el seudónimo de «An old friend of yours in Germany» [Un viejo amigo suyo en Alemania] en el *New Moral World*, el periódico de los owenistas ingleses. En el segundo artículo del 8 de marzo de 1845, el «viejo amigo» anuncia una nueva revista mensual cuyos responsables son los «señores Heß de Colonia y Engels de Barmen». Sobre el carácter de la revista se dice: «[T]his periodical will contain facts only, showing the state of civilised society, and preaching the necessity of a radical reform by the eloquence of facts» [este periódico solo contendrá hechos, mostrando el estado de la sociedad civilizada y predicando la necesidad de una reforma radical por la elocuencia de los hechos].³⁶⁰

Exageración y distancia: el estilo de la crítica

La retórica de los hechos está ligada en el *Gesellschaftsspiegel* a una intención clara de provocar un efecto: ser prueba de la necesidad de una reforma radical. La revista quiere juntar pruebas de cargo en un gran proceso contra el presente, y convencer a los lectores de la necesidad de una superación de la situación social presente. El efecto depende, una vez más, de la elaboración retórico-literaria de los hechos que en el folleto se señala con el concepto de «descripción», también importante en la historia de la estadística. Sin embargo, entre los autores de la revista no parece haber un consenso absoluto sobre qué

359 Zlocisti, *Heß*, p. 179.

360 Friedrich Engels, «Rapid Progress of Communism in Germany», en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works* [MECW], Bd. 4, Londres/Nueva York, 1975, pp. 229-242, aquí p. 235. En un artículo anterior en el *New Moral World* del 19 de noviembre de 1843 había señalado Engels a su compañero Heß como «en realidad, el primer comunista del partido» (refiriéndose al grupo de jóvenes hegelianos); «Progress of Social Reform On the Continent», MECW 3, pp. 392-408, aquí p. 406.

significa «descripción». Es considerable la cantidad de formas de escrituras diferentes que se emplean para presentar con claridad el material estadístico-empírico. Fundamentalmente se crea una tendencia por la cual los escritores (presumiblemente entrenados) de la parte editorial se esfuerzan más en el «tono seco»,³⁶¹ mientras que los escritores amateur, en la segunda parte de la revista –es decir, allí donde el lector puede publicar artículos sobre sus regiones y ciudades–, se pasan a menudo de la raya con la retórica. Precisamente en cuanto a la heterogeneidad estilística, el *Gesellschaftsspiegel* puede servir como laboratorio en el que se experimentarán diferentes formas de escritura que entrarán en acción en el movimiento socialista y obrero de todo el siglo XIX y más allá.

En las elaboradas contribuciones de la primera parte se puede observar que los autores mismos reflexionan en diversas ocasiones sobre el estatus de la «descripción», y de este modo van definiendo también los límites de este concepto. En su serie de artículos titulada «La situación de tejedores e hilanderos en Ravensberg», el médico de pobres y publicista de Gütersloh Otto Lüning ofrece abundante material estadístico sobre la situación social de los trabajadores textiles de Westfalia oriental.³⁶² La elaboración de los datos sigue un modelo, que siempre se aplicaba en el *Gesellschaftsspiegel*, por el cual al lector se le presentan situaciones sociales de regiones lejanas y especialmente rurales. Estos artículos –habría que pensar también en la serie de artículos de Heß sobre los viticultores de la cuenca del Ahr³⁶³–, por medio de descripciones paisajísticas idílicas y de un llamamiento al lector (urbano), animan a seguir al autor por su «paseo» por las zonas descritas:

Si eres un lector dispuesto, amigo de los paisajes bonitos, de los recuerdos históricos y del placer poético, entonces acompáñame por una

361 Sobre el «tono seco», que permite ante todo el montaje de «materiales heterogéneos» como formas retóricas elaboradas, véase Justin Stagl, «Die Entstehung der Völker- und Volkskunde aus der Krise der Statistik, 1750–1850», en: Berg / Török / Twellmann, *Berechnen*, pp. 213-229, aquí p. 217.

362 Lüning pertenece a los grandes promotores de proyectos periodísticos del *Premarzo*. El semanario *Das Westphälische Dampfboot*, publicado por él, duró al menos tres años y medio (1845–1848).

363 [Moses Heß,] «Die Ahr in den Pfingsttagen 1845», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 3, pp. 114-116, y H. 4, pp. 157-160.

vez en estos días de verano tardío y comienzos del otoño, claros y repletos de fragancias, en un recorrido por las cimas y las crestas del bosque teutónico donde Arminio venció a Varo. Si diriges tu mirada al norte, verás una amplia planicie florida y fértil. Esta planicie ha de ser observada como un gran y espléndido jardín, como un parque gigante.³⁶⁴

Sin embargo, pronto –tras página y media– se romperá el idilio:

Hasta el momento, dispuesto lector, seguramente te habrá gustado nuestra zona. Si no eres más que un tierno amigo de la naturaleza, te recomiendo no seguir caminando más allá de la ciudad de Bielefeld, noble, acomodada y pintoresca, que se encuentra junto a la entrada a un desfiladero; aquí te convencerás de la «bendición» de nuestra «próspera industria». Sobre todo, cuídate de no alejarte mucho hacia el campo de las huellas del camino y entrar en las chozas, porque allí encontrarás a menudo escenas que bien podrían pertenecer a los *Mystères de Paris*, pero en la realidad conmueven bruscamente al corazón sensible; bajo algunos techos, que ayer por la noche te iluminaban alegremente frente a los árboles, encontrarás imágenes de la miseria que echarán a perder aquella bella impresión que ayer había provocado en ti el paisaje.³⁶⁵

Lüning pone en marcha una narrativa de la desilusión que reclama no creer las apariencias y mirar más allá de la fachada. Aquí nos encontramos con una forma rudimentaria de crítica ideológica que sigue el rastro de la «realidad» más allá de las apariencias. La realidad del pauperismo rural, cuya huella sigue Lüning, solo se puede averiguar por medio de incursiones más allá de las grandes calles principales y por medio de una dedicación paciente y perseverante a los habitantes de las chozas –caminando, como también hacían los primeros folcloristas del momento–.

En la apertura de su artículo, dramatizada por medio del contraste entre la fachada romántica y la realidad miserable, Lüning no solo aprovecha abundantemente el método de la descripción literaria; con la mención de los *Mystères de Paris* de Eugène Sue marca también los límites de las representaciones literarizantes de la miseria social. Tras algunos párrafos en los

364 Otto Lüning, «Die Lage der Weber und Spinner im Ravensbergischen», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 3, pp. 126-130; H. 4, pp. 153-157; H. 5, pp. 187-191; H. 6, pp. 203-208, aquí H. 3, p. 126.

365 Lüning, «Spinner», H. 3, p. 127 y s.

que Lünig describe la miseria de las chozas, nombra explícitamente estos límites: «Esto no son exageraciones, y las cifras que aquí debajo quiero aportar lo demostrarán mejor que la más elocuente de las descripciones».³⁶⁶ Las «descripciones» elocuentes pueden ser útiles para llevarnos a lo que se quiere mostrar; sin embargo, solo forman un polo del *continuum* de formas posibles de representación. Cuando se trata de «probar» realmente lo que se ha mostrado, entonces nos tenemos que mover al otro polo; tenemos que ir, según Lünig, a los números. Aquí los números estarían fuera de toda sospecha de engañar al lector con «exageraciones», con lo cual se dice a la inversa, que las «descripciones» tienen tendencia a la exageración, a la sobrerrepresentación retórica de la realidad.³⁶⁷

La solución óptima para una crítica efectiva y convincente de la sociedad solo puede pasar por la interacción entre datos estadísticos y «descripciones». La efectividad de esta interacción parece estar ligada a una medida correcta de cada parte, para la que no se pueden dar instrucciones fijas: queda a merced del estilo de quien escribe si con sus «descripciones» se encuentra con la vida de la sociedad –y si es capaz de transformarla– o si por exceso de «descripción», su crítica desemboca en un «sentimentalismo idealizante», condenada ya por el folleto, y que para los autores del *Gesellschaftsspiegel* está representada por el autor de éxito Sue; un sentimentalismo que

alardea hipócritamente de su participación en los sufrimientos del ser humano, cuando estos se convierten en un *escándalo político* –como cuando, con ocasión de los disturbios de Silesia, vimos de pronto a todos los periódicos y revistas rebosar del llamado socialismo– del mismo modo que cuando terminan los *disturbios*, se deja de nuevo a la gente pobre que se muera de hambre *tranquilamente*.³⁶⁸

Sobre el estilo adecuado de la crítica trata también el artículo «Peuchet: sobre el suicidio» de Karl Marx. Este artículo del cuaderno séptimo comprende 13 páginas, de las cuales

366 *Ibid.*, H. 3, p. 128.

367 Que Sue se arrogue haber penetrado «en las chozas de los desgraciados» lo hace constar ya en el prólogo a los *Mystères*. Véase Eugène Sue, *Die Geheimnisse von Paris*, Frankfurt a. M./Leipzig, 2008 [1843], p. 9.

368 Prospekt, S. [II]. Nos ocuparemos de la crítica socialista alemana a Sue en el apartado «Misterios–Miseria» en el cuarto capítulo del presente estudio.

solamente dos provienen del mismo Marx: una introducción y un corto resumen. El resto es la traducción que hace el propio Marx, levemente modificada, de un apartado de las memorias publicadas póstumamente en 1838 del político, periodista y estadístico francés fallecido en 1830, Jacques Peuchet.³⁶⁹ Según informa la introducción de Marx, este destacó científicamente por dos grandes obras; una *Geographie commerçante* en cinco volúmenes de 1800 y una «estadística de Francia» de 1807. Marx cita las manifestaciones de Peuchet sobre el suicidio como ejemplo de la «crítica francesa de la sociedad» y sobre todo por su forma superior de escritura. Los franceses pueden, según Marx, criticar «las contradicciones y lo antinatural de la vida moderna», y esto no solo con respecto a aspectos singulares o «con respecto a la situación de determinada clase»; los franceses critican más bien la vida moderna en su totalidad: su crítica es una «crítica de la situación existente de la propiedad, las familias y otras cuestiones privadas, en una palabra, la *vida privada*». En las diversas revoluciones y contrarrevoluciones de las últimas décadas, los franceses han aprendido que la totalidad de la vida es política, y por tanto debe hacerse también una crítica política.³⁷⁰ Así, el suicidio en Peuchet no aparece como un asunto meramente privado o incluso íntimo, sino como un «síntoma de la falta de organización de nuestra sociedad»: «la clasificación de las diferentes causas del suicidio será así la clasificación de los *males mismos de*

369 Karl Marx, «Peuchet: vom Selbstmord», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 7, pp. 14-26 (citado en adelante como Marx, «Peuchet»). El texto fue incluido en 1932 en el tomo I.3 la primera edición de las obras completas de Marx y Engels, *Marx-Engels-Gesamtausgabe* (MEGA) (Berlín, 1932, pp. 391-407), que posteriormente fueron paralizadas por Stalin. En la edición posterior, que citamos como MEW, falta el texto. El tomo correspondiente de la nueva edición, la segunda, de MEGA todavía no se ha publicado. En 1999 (en alemán 2001) el texto volvió a estar accesible en una edición separada comentada: Karl Marx, *Vom Selbstmord*, ed. por Eric A. Plaut y Kevin Anderson, Colonia, 2001 (en adelante citado como Marx, *Selbstmord*) [ed. en cast.: *Sobre el suicidio*, Barcelona, Viejo Topo, 2012].

370 Marx, «Peuchet», p. 14. Michael Löwy escribe en el prólogo a la edición separada del texto sobre el suicidio, que Marx [aprecia] especialmente aquella «crítica social fundada en la comprensión de que *lo privado es político*. Marx está particularmente interesado en una crítica tal cuando esta se expresa en forma literaria o semiliteraria: novelas y memorias» (Michael Löwy, «Ein ungewöhnlicher Marx-Text», en: Marx, *Selbstmord*, pp. 7-12, aquí p. 8 y s.) [N. del T.: el texto de Löwy no aparece en la edición impresa en castellano de *Sobre el suicidio*, pero se puede encontrar *online* en: <https://vientosur.info/spip.php?article13770>].

nuestra sociedad». ³⁷¹ Aunque Peuchet subraya una y otra vez que el suicidio está relacionado con la pauperización y el desempleo –«en época de estancamiento de la industria y de crisis, en épocas de encarecimiento de los alimentos y en los duros inviernos este síntoma es más manifiesto y toma un carácter epidémico», tanto en el París de la década de 1840 como en la Grecia de los años 2010–, el acento de sus ejemplos descansa sin embargo en otros fenómenos que, en todo caso, solo tienen que ver como mucho de forma indirecta con los duros hechos económicos. Son las víctimas de otra «tiranía» las que Marx coloca en el centro de su selección: las víctimas de aquella tiranía que también tras las grandes revoluciones persiste «en las familias». ³⁷² En tres de los cuatro ejemplos escogidos se trata de mujeres quienes son víctimas de la situación y se suicidan: la hija de un sastre se suicida porque su despótico padre la deshonra socialmente basándose en falsas acusaciones; una mujer joven de Martinique se suicida después de que su marido enfurecido por los celos la lleve hasta la desesperación; la «joven sobrina de un *banquier* parisino» se suicida porque está embarazada de su tío y no puede encontrar ningún médico que le realice un aborto. El episodio de la mujer joven de Martinique está enmarcado en la historia colonial: el despotismo del hombre, un rico «criollo», se presenta como la severidad del mando de un esclavista, y la esclavitud, por otra parte, como forma especial de la propiedad privada. En la propiedad privada se cruzan, para Peuchet (y Marx) las características económicas esenciales de la economía monetaria capitalista, la esclavitud colonial y la privación de derechos y el sometimiento de la mujer:

La infortunada mujer fue condenada a la esclavitud más intolerable y la esclavitud que practicaba el señor M... solo tenía como sustento el *Code Civil* y el derecho de propiedad, protegido por una situación social que transforma el amor en independiente de los libres sentimientos de los amantes y autoriza al marido celoso a andar por ahí con su mujer, como el avaro con su bolsa, como si formara parte de su inventario. ³⁷³

371 Marx, «Peuchet», pp. 15 y 23.

372 *Ibid.*, p. 17.

373 *Ibid.*, p. 20 [ed. en cast., p. 76]. Sobre la dimensión de política de género del artículo de Marx, véase Kevin Anderson, «Der Selbstmord-Artikel im Kontext der Marxschen Schriften zu Entfremdung und Geschlechterverhältnissen», en: Marx, *Selbstmord*, pp. 15-35. Michael Löwy considera que el artículo sobre el suicidio es «una de las

Que los franceses son capaces de descubrir y criticar lo político en lo privado es una de las cosas que Marx quería destacar de Peuchet. La otra es el estilo con el que Peuchet formula su crítica. Las «representaciones» de Peuchet (como las de toda la crítica francesa) tenían la «espontaneidad y el calor de la vida, una gran riqueza intuitiva, una precisión mundana, una audacia y originalidad de espíritu que será en vano buscar en otras naciones». ³⁷⁴ Parece que en Marx es importante la saturación de «experiencias políticas» propias, obtenidas por medio de la autopsia –Peuchet es un «médico», como Marx recalca–, y además ligadas con cierto cosmopolitismo. ³⁷⁵ Como contraste se podría mencionar las mesas de estudio enmohecidas de la crítica alemana, que Marx critica una y otra vez. Junto a la cercanía de la experiencia, Marx elogia sin embargo también cierto distanciamiento («visión detallista», audacia) que se abstiene de cualquier valoración moral.

La caracterización que hace Marx de la forma de escribir de Peuchet debe ser leída, como tantas otras expresiones polémicas (y también algunas pocas elogiosas) del joven Marx sobre terceros, sobre todo como un borrador de su propio proyecto. ³⁷⁶ También Marx aspira a tener como estilo ideal cierto distanciamiento que, más que expresar su empatía con el sufrimiento representado, la sugiere. Dicho estilo ideal queda patente en el cierre lapidario del artículo sobre el suicidio. Aquí Marx reproduce sin comentarios, en cierto modo como anticlímax, precisamente una *tabla* del libro de Peuchet. Al final, en Marx solo hablan los números, y en su sobriedad *también* deben decir algo para lo que ya no hay palabras apropiadas, en todo caso ninguna palabra cuya exageración traicione a la cosa en cuestión. La

condenas más poderosas de la opresión de las mujeres jamás publicadas bajo la firma de Marx» (Löwy, «Marx-Text», p. 10). Sobre la clasificación de los textos tempranos en el pensamiento de Marx sobre la cuestión de género véase Heather A. Brown, *Marx on Gender and the Family. A Critical Study*, Leiden, 2012, pp. 44-48; sobre su clasificación en la historia de la sociología del suicidio véase Eric A. Plaut, «Der Marx-Artikel im Kontext anderer Selbstmord-Theorien und das Selbstmord-Thema in der Marxschen Biographie», en: Marx, *Selbstmord*, pp. 37-47, así como Thomas F. Tierney, «The Governmentality of Suicide: Peuchet, Marx, Durkheim, and Foucault», en: *Journal of Classical Sociology* 10/4 (2010), pp. 357-389.

374 Marx, «Peuchet», p. 14 [ed. en cast., p. 57].

375 *Ibid.*, p. 14.

376 El carácter autotransformador del artículo de Marx lo subraya también Charles Barbour, *The Marx Machine. Politics, Polemics, Ideology*, Lanham, 2012, p. 101 y ss.

última sección de la tabla registra los «motivos» de los suicidios. Tras «pasiones amorosas, peleas y disputas domésticas (71 casos), enfermedades, depresión, debilidad de espíritu (128), mala conducta, juego, lotería, miedo a la censura o al castigo (53)» y finalmente «miseria, indigencia o pérdida del empleo (59)» quedan todavía 60 casos abiertos. Estos los registra la tabla –y al mismo tiempo estas son las últimas palabras del artículo de Marx– como «motivos desconocidos».

Ficción y corrección: estadística de la prostitución

El ideal de Marx de una crítica contenida, que no solo tome los números como prueba de las afirmaciones empíricas sino que también los considere como un signo de lo inconcebible tiene como objetivo hacer que desaparezca tendencialmente el aspecto poético-literario de la «descripción». El texto sobre el suicidio ha de ser leído seguramente, dentro de esta tendencia, como un caso extremo de la máxima de hacer «crítica por medio de la representación», con la que Marx se compromete en sus grandes obras sistemáticas posteriores a 1857.³⁷⁷ Marx se sirve –y esto lo ensaya ya en el *Premarzo*– de una *poética de la despoetización*: una poética que utiliza todos sus medios artísticos para presentar sus productos precisamente como obras que no tienen una forma poética. Marx quería, se podría decir, no tener nada que ver con una «poesía de la clase» –y sin embargo formó parte de ella–.³⁷⁸

En el *Gesellschaftsspiegel* dominan entretanto otros formatos, más extendidos. La forma como interactúan diferentes formas de representación como la estadística numérica y con cuadros, su contextualización crítica y finalmente auténticas

377 En una carta a Lassalle del 22 de febrero de 1858, en la que informa de la situación de su «trabajo económico», Marx expresa este ideal: «El trabajo de que se trata es, en primer lugar, la crítica de las categorías económicas, o bien, if you like [si quieres], el sistema de la economía burguesa presentado en forma crítica. Es a la vez una descripción del sistema y una crítica al mismo por medio de su propia descripción» (Ferdinand Lassalle, *Nachgelassene Briefe und Schriften, Band 3: Der Briefwechsel zwischen Lassalle und Marx nebst Briefen von Friedrich Engels und Jenny Marx an Lassalle und von Karl Marx an Gräfin Sophie Hatzfeld*, ed. por Gustav Mayer, Stuttgart/Berlín, 1922, pp. 114-117, aquí p. 116 [también MEW 29, pp. 549-552, aquí p. 550]).

378 Que Marx era capaz de llevar a cabo de forma contundente su estrategia de despoetización en sentido político-organizativo es algo que ya vimos en su trato con Weitling.

poesías –«descripciones sobre la vida», como se dice en el prospecto– se muestra en una serie de contribuciones que se ocupan de la prostitución.

La serie de artículos, «El destino de las sirvientas», seguramente obra de Heß, presenta en los cuadernos 9 y 10 un intercambio epistolar ficticio entre las sirvientas Gertrude y María; una nota al pie junto al título esboza la ficción del editor: «un amigo nos ha puesto en condiciones de publicar aquí ya, de forma provisional, estas descripciones de la vida real, entre las cuales las más interesantes serán tomadas para una posterior publicación de memorias. El redactor».³⁷⁹

En las cartas, el lector se encuentra con detalles de la vida y el trabajo cotidianos de las jóvenes sirvientas; además, la mirada se amplía a otros empleados y artesanos ligados a la casa.³⁸⁰

Junto a las recurrentes lamentaciones sobre la dureza del trabajo, las jornadas excesivas de trabajo, los malos alojamientos y abastecimientos así como sobre las vejaciones por parte de los dueños y dueñas de la casa, se le dedica mucho espacio a la descripción de los ataques sexuales (en forma de amenaza o consumados) por parte de los patrones y de otros empleados de la casa. Dentro y fuera del servicio –sobre todo periodos sin empleo, durante los cuales viven en la calle o en asilos– las mujeres jóvenes son percibidas permanentemente como prostitutas. Quienes trabajan en las agencias de empleo o gestionan una pensión resultan ser proxenetas, y las sórdidas patronas antiguas prostitutas que mantienen sus contactos en un medio en el que los patrones y sus colegas ofrecen dinero:

¡Qué bajeza más absoluta, ofrecer dinero a una señorita por su amor!
¡Y qué sandez! –no lo crees hasta que no lo has visto–. Y sin embargo, esa infamia parece dominar en todo el mundo. Sacerdotes, esposos, camareños, taberneros y huéspedes me ofrecen dinero por amarles.³⁸¹

379 [Moses Heß,] «Schicksale weiblicher Dienstboten, in Briefen», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 9, pp. 80-91, y H. 10, pp. 114-133, aquí H. 9, p. 80.

380 María escribe en un momento dado que solo tenía 15 años cuando empezó a servir, y tiene ahora 17; véase Heß, *Schicksale*, H. 9, p. 118. Una mirada socio-histórica al «Siglo de las jóvenes sirvientas: la transformación del servicio doméstico» la arroja Kocka, *Arbeitsverhältnisse*, pp. 109-145.

381 Heß, «Schicksale», H. 10, p. 125.

Que se trata de una presión y una subordinación constante impuesta desde arriba, y cercana a la prostitución, es algo que quedará después claro cuando las patronas, castas y decentes, sospechan permanentemente que sus sirvientas quieren seducir a sus hijos o maridos, y aún encima insultan a los amigos y amantes proletarios de las mujeres como «vagabundos», «ladrones y bribones» o, implícitamente, como sus proxenetas.³⁸²

El intercambio epistolar narra también las estrategias de supervivencia de las mujeres, su concepto del honor y sus trucos para intentar aprovechar en su propio beneficio las situaciones desfavorables. Con ello, ambas mujeres se liberan –o al menos comienzan a hacerlo– del papel de víctimas, y se colocan a sí mismas en una posición subjetiva independiente. Finalmente, ambas mantienen la esperanza política (aunque vaga) de que «pronto todo se podría ver de otra manera» –si «miles como nosotras pensásemos lo mismo» y «todas las sirvientas [...] nos apoyásemos mutuamente»–.³⁸³

Por medio de estos documentos fingidos en primera persona se presentan de forma muy condensada las condiciones de vida de las sirvientas, deja constancia de su situación vital de forma comprensible y precisa. La presentación va ligada en ocasiones a caricaturizaciones o incluso estereotipos: por ejemplo las lamentaciones por los ataques sexuales se leen algunas veces como fantasías masculinas.³⁸⁴ Como contrapeso a esta tendencia inherente de la ficción a la sobrerrepresentación, en el cuaderno 11 del *Gesellschaftsspiegel* se aborda de nuevo el problema de la prostitución y se lo trata de forma estadística. En el artículo «La prostitución en Berlín y sus víctimas. Según fuentes oficiales y experiencias» se reseña el libro homónimo publicado en Berlín como anónimo en 1846.³⁸⁵ Más tarde se identificará como autor

382 *Ibid.*, H. 9, p. 90.

383 *Ibid.*, H. 10, pp. 123 y 133.

384 Véase al respecto, en un marco teórico más amplio y comparado Eva Eßlinger, *Das Dienstmädchen, die Familie und der Sex. Zur Geschichte einer irregulären Beziehung in der europäischen Literatur*, Paderborn, 2013. Para el hegeliano Karl Rosenkranz, *Ästhetik des Häßlichen*, ed. por Dieter Kliche, Stuttgart, 1990 [1853], «el proletariado» mismo –«las figuras de la miseria de las calles y las tabernas»– se compone en su forma real «casi solo de caricaturas» (p. 387 y s.) [ed. en cast.: *Estética de lo feo*, Sevilla, Athenaica Ediciones Universitarias, 2015].

385 [Anónimo] «Die Prostitution in Berlin und ihre Opfer», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 11, pp. 142-152 (en adelante citado como «Prostitution-Rezension»). El título completo de

del mismo a Wilhelm Stieber, el tristemente célebre Investigador Político de la Policía de Berlín en el *Premarzo* y posterior Director de la Policía de Prusia; aunque el autor de la reseña todavía no conocía esta conexión.³⁸⁶ Para él, el autor es «un funcionario prusiano anónimo, según parece del cuerpo de policía». En todo caso, según el autor anónimo de la reseña, a pesar de que la obra «como es comprensible, tiene menos valor» que su equivalente francesa de «Parent-Duchâtelet»,³⁸⁷ en el libro de Stieber sí se pueden encontrar «algunas notas estadísticas» que habría que interpretar como «una contribución no carente de valor al conocimiento de nuestra situación social». Por lo tanto, «sus datos estadísticos» habrían de ser vistos como «el único contenido del libro con algún valor». «Pero incluso estos han de ser tomados con precaución».³⁸⁸

La reseña reproduce extensamente el material estadístico de Stieber, pero también contextualiza los números, consulta la base de la encuesta e incluye en su valoración las intenciones políticas del autor. Así, el autor de la reseña pone en cuestión el dato de la existencia de solo 10 000 prostitutas en Berlín puesto que solo se tenía en cuenta a mujeres a partir de los 17 años.

la obra de la recensión es: *Die Prostitution in Berlin und ihre Opfer. Nach amtlichen Quellen und Erfahrungen. In historischer, sittlicher, medizinischer und polizeilicher Beziehung beleuchtet*, Berlín, 1846.

386 Wilhelm Stieber fue encomendado desde 1845 a la vigilancia de la oposición política. Después haber aplicado las normas con una severidad excesiva –acusado de manipular y falsear pruebas–, fue apartado del servicio. Fue contratado de nuevo tras la Revolución para dirigir las investigaciones contra la Liga de los Comunistas. Karl Marx atacó fuertemente por ello a Stieber en su escrito «Revelaciones sobre el proceso a los comunistas de Colonia» en 1853; entre otras cosas acusó a Stieber de nuevo de falsificación de pruebas y perjurio (MEW 8, pp. 405-470). Por decisión personal de Bismarck, Stieber fue nombrado jefe de toda la policía secreta y política de Prusia en 1867. Tras la fundación del Reich, pudo preparar las leyes contra los socialistas. Su fracaso y retirada en 1890 no las pudo vivir Stieber; murió en 1881, muy rico –poseía entre otras cosas varios bloques de pisos en los barrios proletarios de Berlín–, y con todos los honores. Sobre la biografía de Stieber, véase Julius H. Schoeps, «Agenten, Spitzel, Flüchtlinge. Wilhelm Stieber und die demokratische Emigration in London», en: Horst Schallenger y Helmut Schrey (eds.), *Im Gegenstrom. Festschrift zum 70. Geburtstag von Helmut Hirsch*, Wuppertal, 1977, pp. 71-104, así como Richard Albrecht, «Der General und sein Schatten. Engels, Stieber und die preußische Reaktion 1851/52», en: *Marxistische Blätter* 37.1 (1999), pp. 60-65.

387 Se refiere a *De la prostitution dans la ville de Paris, considérée sous le rapport de l'hygiène publique, de la morale et de l'administration: ouvrage appuyé de documens statistiques puisés dans les archives de la Préfecture de police* del médico francés Alexandre Jean Baptiste Parent du Châtelet, publicada en dos volúmenes en 1836 en París.

388 «Prostitution-Rezension», H. 11, p. 151.

El hecho de que el presunto policía celebre como un gran éxito el cierre de los burdeles oficiales por parte de las autoridades y se aventure a afirmar un retroceso de la prostitución es una muestra, para el autor de la reseña, de que la prostitución no oficial «de las esquinas» es menos visible y así menos ultrajante para los oficiales de la ciudad. Así, la miseria de las prostitutas, la competencia ruinosa y la dependencia de proxenetas más bien se han agravado, incluso, debido a la ilegalización.³⁸⁹

Aquí se menciona otro punto decisivo que hace tambalear la potencia de la estadística presentada: la prostitución, especialmente la temporal, no oficial e ilegalizada solo es comprensible y descifrable cuando choca con los organismos oficiales. El libro de Stieber se ocupa de esta situación en el capítulo sobre «Las prostitutas en prisión y en lucha con la policía». «Sin embargo, es menos evidente», dice el autor de la reseña, «por qué el autor pasa por encima de esa ‘lucha’, ante estas situaciones y actos tan trágicos e indignantes». La razón es que, como policía, es parcial y solo puede concebir una parte de la lucha –la suya–. Aquí habría que incorporar otras perspectivas y otras formas de representación, según el autor de la reseña. Cuando los prejuicios del agente de policía Stieber desfiguran la situación presentada, de tal modo que no es descifrable como un todo, entonces estas historias, tal y como las cuenta la policía misma, son inservibles. En esos casos son más necesarias que nunca las «historias de la policía» que «rellenen los huecos del autor».³⁹⁰ Estas «historias de la policía» son las *Historias policiales* de Ernst Dronke, que Friedrich Schnake reseña en el séptimo cuaderno del *Gesellschaftsspiegel* directamente después de la recensión del libro de Stieber.³⁹¹ Una de estas *Historias policiales*, «La pescadora», se imprimió así en el *Gesellschaftsspiegel* –en cierta medida para corregir y completar los números y estadísticas incompletas y claramente llenas de lagunas del libro de Stieber– a continuación de la propia reseña.³⁹² Si la «novela social» ha de tener la última palabra es algo

389 *Ibid.*, H. 11, pp. 144 y s. y 148 y s.

390 *Ibid.*, H. 11, p. 150.

391 F. [Friedrich] Schnake, «Die Polizeigeschichten und ‘aus dem Volke’ von Ernst Dronke», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 11, pp. 152-155. La recensión se refiere a Ernst Dronke, *Polizei-Geschichten*, Leipzig, 1846, y Dronke, *Aus dem Volk*, Frankfurt a. M., 1846.

392 [Ernst Dronke,] «Die Sünderin», en: *Gesellschaftsspiegel*, H. 11, pp. 155-163; también en Dronke, *Aus dem Volk*, pp. 235-249. Sobre la novela «social» de Dronke, véase

que queda abierto. La suposición de que también esta habrá de ser complementada en algún momento con material empírico «duro» está desde el principio en el aire. Así, Schnake censura también, en su recensión, que las historias de Dronke parecen estar a menudo demasiado marcadas por un impulso excesivo de estilización.

Sin embargo, las exigencias con respecto a las formas de representación del *Gesellschaftsspiegel* no se mantuvieron de manera tan consecuente, lo que se hace evidente al constatar que precisamente sobre el tema de la prostitución se pueden encontrar en el mismo cuaderno cotilleos y bobadas de mal gusto. Después de la segunda parte del «Destino de las sirvientas», donde se sigue presentando a ambas sirvientas como sujetos de su destino, en el cuaderno 10 del *Gesellschaftsspiegel* se publica un poema de Püttmann que echa por tierra de forma sistemática las pretensiones de Heß y las de toda la serie de artículos sobre la prostitución. Consigue destacar, en el mejor de los casos, por su comicidad involuntaria:

«*Am Sarge einer Unglücklichen. Elegie von Püttmann*» [Junto al ataúd de una desdichada. Elegía de Püttmann]: «*Du bist todt, Mary schlaf wohl! / Lange her ist's, als du lieblich / Wuchsest auf im Nachbarhause, / Eine schimmernde Sylphide, / Eine lichtverkläret Rose*» [¡Estás muerta, duerme en paz, Mary! / Hace tiempo ya, de que tú, dulce / te criaras en la casa de al lado, / una brillante sílfide, / una radiante rosa], así se presenta la imagen. El camino de la sílfide está predeterminado: el padre empobrecido está arrestado por deudas, la madre muere, los «ricos y misericordiosos» cumplen su función y roban a las huérfanas el «resto del viejo Estado: / gorritos en punta, vestiditos de seda». La «¡Niña huérfana!» entra en el servicio como «criada»: «*Eine Magd. O das ist schrecklich, / Ohne eignen fremden Willen, / Fremder Laune unterthänig, / Fremder Sündenlust sich fügend, Stumm und dumpf, du immer schweigend / Sich dem fremden Unrecht beugend*» [Una criada. Oh, es horroroso, / sin hacer propias las voluntades ajenas, / sumisa a los caprichos ajenos, / sometida al deseo pecaminoso ajeno, muda y sorda, siempre callada / doblegada a la injusticia ajena]. Marie y Gertru-

el apartado «Estereotipos sorprendentes: 'El rico y el pobre' de Ernst Dronke» en el cuarto capítulo del presente estudio.

de, las protagonistas y heroínas de Heß, nunca habían aparecido así. Con la muda y apática Mary pasa lo que había de pasar: se enamora de un joven patrón, que se aprovecha simplemente de ella, y así «se ríe en su cara». La última salida es la prostitución: «*Endlich gabst du dich der Sünde, / Ein betrübttes Freudenmädchen*» [Finalmente te entregas al pecado, / afligida prostituta].³⁹³ Las acusaciones a los «ricos caníbales» terminan en Püttmann en una completa incapacitación de la pobre mujer víctima, la cual, en realidad, estaba predestinada a ser una sumisa y miserable ama de casa (y esclava) de algún joven proletario del barrio, desde cuya perspectiva se habla en el poema –también esto, hay que dejarlo claro, forma parte de la *poesía de la clase del Premarzo*–.

393 *Gesellschaftsspiegel*, H. 10, pp. 134-136.

4

MISERABILISMO Y CRÍTICA: DE LA MISERIA DE LA LITERATURA A LA MISERIA DE LA TEORÍA

«La classe la plus pauvre», la clase más pobre, se manifiesta en el *Premarzo* a menudo en forma de empobrecimiento absoluto. El pauperismo ya no abandonará su influjo sobre la imaginación político-teórica hasta bien entrada la década de 1850. El primer campo de pruebas de cualquier política social tendrá que ver con conseguir ayuda frente a la pauperización de cada vez más círculos de la población.³⁹⁴

La cuestión poética sobre cómo se puede representar la miseria social sin que la representación se recree en el morbo y los miserables no se vean una vez más humillados por la representación es una cuestión que en el *Premarzo* se discutía ya ampliamente. De lo que se trata también en estos debates, es de la posibilidad de una crítica político-teórica de la miseria social que consiga hacer frente al miserabilismo –la pura continuación de la pauperización en sus representaciones teóricas o poéticas–.³⁹⁵

394 Una descripción temprana e impactante del pauperismo se encuentra en Engels, «Briefe aus dem Wuppertal», MEW 1, pp. 413-432. Una teorización innovadora del pauperismo la ofrecen dos ensayos de Alexis de Tocqueville, *Das Elend der Armut. Über den Pauperismus*, Berlín, 2007 [1835; 1837], recopilación de material de Jantke/Hilger, sin propietario [ed. en cast.: *Memoria sobre el pauperismo*, Madrid, Tecnos, 2003].

395 Sobre el concepto de miserabilismo, véase Suter, *Rechtstrib.*, p. 170.

Ludwig Tieck y los lobos de Londres

Un viaje por Londres en el año 1817, con el que ya debería estar familiarizado gracias a las representaciones inglesas de la época de su querido Shakespeare, ponen ante los ojos de Ludwig Tieck la pobreza moderna de masas. Más adelante, convertirá esa terrible desigualdad social en el tema de su «cuento-novela» *El espantapájaros*:

Si estamos en Londres, sabemos que muchos miles se despiertan (en caso de que hayan dormido) sin saber qué y cómo desayunarán, ni tan solo si comerán al mediodía. El hambre feroz les hace vagabundear. Nos encontramos incluso con estos lobos atroces, sin conocerlos, que están a punto de dar un mordisco a otras personas y ninguno de ellos puede ni siquiera probar un poco de lo que está expuesto en miles de sitios, porque carece de la moneda más pequeña para poder comprar. Más aún: en las calles donde todo se transforma se exponen las más caras vajillas de oro y de plata y piedras preciosas de un valor incalculable. No son los muros de Ehrenbreitstein, Jericó o de la Bóveda verde de Dresde los que protegen estos tesoros, sino que solo un fino y frágil cristal separa la joya de los pies de quienes pasan por allí. El dedo pequeño podría destrozarse con un solo golpe ese vidrio, más fino que el aire, —a menudo está la calle vacía, y a menudo no hay nadie en la rica tienda—. Un puntapié y un agarrón darían al hambriento aquello con lo que podría comprar comida, un techo, al anfitrión y la casa del anfitrión —y sin embargo no ocurre nada por el estilo—. ¿No vería aquí un milagro hasta un beduino del desierto! ¿Qué muro espiritual invisible protege estas joyas? Un muchacho londinense de diez años dirá: ahí no hay nada incomprendible, esto se comprende por sí mismo. A un soldado que haya presenciado recientemente el saqueo de varias ciudades le parecerá esto, que yo llamo un milagro, solo un prejuicio infantil, si la milagrosa palabra «subordinación» no construyera preventivamente ese muro espiritual ante sus deseos.³⁹⁶

Ante la sorprendente expresividad de los «lobos» hambrientos que van de un lado para otro, Tieck no se queda en la simple representación de la miseria. También se ocupa de las condiciones estructurales de la miseria. No son simples barreras externas las que impiden a los «hambrientos» saciar su hambre.

396 Ludwig Tieck, *Die Vogelscheuche. Märchen-Novelle in fünf Aufzügen*, en: Tieck, *Schriften in zwölf Bänden, Bd. 11: Eigensinn und Laune. Schriften 1834–1836*, ed. por Uwe Schweikert en colaboración con Gabriele Schweikert, Frankfurt a. M., 1988, pp. 419-731, aquí p. 491; sobre esto Wergin, «Maskenball», p. 659 y s. Sobre el viaje a Inglaterra de Tieck véase Paulin, *Ludwig Tieck. Eine literarische Biographie*, Múnich, 1988, p. 183 y s.

En la escena de los escaparates, Tieck deja claro que la «subordinación» a la forma mercancía, completamente hegemónica, hay que pensarla *como forma general de pensamiento y de relación*, que provoca el milagro de que las personas prefieran morirse de hambre antes que violar «las leyes sagradas de la propiedad». Y así, también Tieck, como informa a Köpke, siente repugnancia por «la actividad de las fábricas y el comercio del mundo moderno», que él presencia por primera vez en Londres en todo su apogeo.³⁹⁷

Sin embargo, Tieck se refiere al mismo tiempo, aunque de forma implícita, a una posible salida del dilema entre el derecho a la propiedad y el hambre. Una salida con cuya posibilidad misma se familiarizará después en Gran Bretaña: pues el «soldado que haya presenciado recientemente el saqueo de varias ciudades» podría ser uno de los 12 000 soldados destinados en las Tierras Medias o en el norte de Inglaterra en los años 1811/12 para evitar los endémicos *food riots* [revueltas del hambre] y los ataques a las máquinas organizados por doquier. Tieck se dará cuenta al menos, en una excursión a Stratford-upon-Avon, de las consecuencias de esta ocupación de la tierra por las tropas propias –Hobsbawm llama la atención sobre esta cantidad de soldados, que sobrepasaba por mucho «el tamaño del ejército que Wellington había llevado en 1808 a la Península Ibérica–. Los rebeldes del norte de Inglaterra mostraron la facilidad con la que se deja de atender a la «ley sagrada de la propiedad» –y las vitrinas de cristal eran lo más insignificante de todo lo que se rompió en los *food riots*–. Sin embargo, también experimentaron lo violenta que era la venganza de los poderes del orden. Si la fuerza de la revuelta podría también contagiar, o no, a los soldados enviados a su represión, fue un tema debatido con preocupación en su momento.³⁹⁸

397 Köpke, *Tieck*, Bd. I, p. 375.

398 Véase Eric Hobsbawm, «Die Maschinenstürmer», en: Hobsbawm, *Ungewöhnliche Menschen. Über Widerstand, Rebellion und Jazz*, München, 1998, pp. 15-30, aquí p. 17 [ed. en cast.: *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 2013]. Hegel había afirmado en su curso de filosofía del derecho, sin duda en relación a los disturbios sociales de la época: «La plebe más detestable, que la fantasía no puede ni imaginar, se encuentra en Inglaterra» (Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Die Philosophie des Rechts. Vorlesung von 1821/22*, Frankfurt a. M., 2005, p. 223). La recopilación más completa y mejor del levantamiento ludita la ofrece Robert Reid, *Land of Lost Content. The Luddite Revolt, 1812*, Londres, 1986. Que el soldado considere el

A todo esto alude Tieck, como se ha dicho, solo de forma implícita. Y también de paso –y de forma típicamente romántica–, señala como posible motivo el contexto de pobreza de masas y revueltas por hambre. En su viaje a través de Inglaterra, Tieck se muestra amargamente decepcionado por una naturaleza que «se le aparece como una naturaleza fabricada, hecha a medida», que ha perdido «cualquier carácter de originalidad»: «privada por la industria del aroma poético». ³⁹⁹ La naturaleza «hecha a medida» está dividida por setos y vallas, naturaleza «encauzada», resultado de extensos *enclosures* [cercamientos], que el parlamento dispuso a finales del siglo XVIII y principios del XIX por medio de innumerables *Inclosure Acts* [leyes de cercamiento]. A causa de estas leyes, los habitantes del campo son expulsados, apartados de su forma de ganarse la vida y de este modo proletarizados y empobrecidos: «naturaleza hecha a medida», «actividad de las fábricas y el comercio» y «hambrientos» son tres aspectos de una misma cosa que el viejo romántico Tieck detecta con su buen instinto. ⁴⁰⁰

La representación de Tieck de esta conexión apenas se percibía en su época, quizás por su marginalidad dentro de la obra de un autor en sí mismo marginal. Los jóvenes contemporáneos de Tieck solo se irán acercando poco a poco a las diferentes

respeto a la propiedad como un «prejuicio infantil» podría también estar relacionado –de acuerdo a su nivel social, se entiende– con su propia participación, de joven, en los saqueos. Tanto las campañas en el norte como la expedición a España ofrecían la posibilidad de ello. Sobre los destructores de máquinas véase el séptimo capítulo del presente estudio.

399 Köpke, *Tieck*, Bd. I, p. 376.

400 Sobre la historia de las leyes de cercamiento o *Inclosure Acts*, véase Gregory Clark y Anthony Clark, «Common Rights to Land in England, 1475–1839», en: *The Journal of Economic History*, 61.4 (2001), pp. 1009-1036 (la forma de escribir *i/enclosure* todavía no se había estandarizado a finales del siglo XVIII). Sobre el contexto de cercamientos y proletarización, véase Peter Linebaugh, *The Magna Carta Manifesto. Liberty and Commons for All*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2008, especialmente pp. 46-93 [ed. en cast.: *El manifiesto de la carta magna. Comunes y libertades para el pueblo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013], así como la descripción clásica de Karl Marx, «Die sogenannte ursprüngliche Akkumulation des Kapitals», en: MEW 23, pp. 741-791 [ed. en cast.: «La llamada 'acumulación originaria'», en: *El capital. Libro primero*, cap. XXIV, pp. 807-856]. Sobre el descubrimiento del pauperismo por parte de alemanes que viajaban a Inglaterra –sin embargo sin referencias a Tieck– véase el completo estudio de Tilman Fischer, «Englische Gespenster. Zu den Armutsdarstellungen in deutschsprachigen Reisebeschreibungen des 19. Jahrhunderts», en: Elke Brüns (ed.), *Ökonomien der Armut. Soziale Verhältnisse in der Literatur*, Múnich, 2008, pp. 105-126.

posibilidades de una representación literaria adecuada de la pobreza y la depauperación. Si la literatura era acaso capaz de algo más que simplemente describir la miseria –si la literatura pudiera estar quizás predestinada de modo especial a analizar y representar también las condiciones sociales bajo las que se produce la pobreza– era un tema de mucha controversia entre los literatos y los críticos literarios de la época.

Miseria alemana, versos alemanes: Engels como teórico de la narrativa

Friedrich Engels, en la polémica titulada «El socialismo alemán en versos y en prosa», la toma con la literatura contemporánea de crítica social de la época. En la serie de artículos del *Deutschen-Brüsseler Zeitung* [Periódico Alemán de Bruselas] de otoño de 1847, Engels se ocupa en primer lugar de Karl Beck, cuyas *Lieder vom armen Mann* [canciones del hombre pobre] descalifica como «poesías del verdadero socialismo». ⁴⁰¹ «Verdadero socialismo» era para Engels y Marx el nombre de guasa para una orientación «pequeñoburguesa», especialmente alemana, del primer socialismo, que rechazaba la situación existente por razones puramente morales y –precisamente por eso, según Marx y Engels– no podía erigirse como un auténtico análisis de las condiciones capitalistas.

Lo que Engels reprocha a la cuestión del «verdadero socialismo» queda claro en su polémica con Beck: el «hombre pobre» del título no puede aparecer en Beck, según Engels, nada más que como «hombre pequeño». Sin embargo, la representación del poder de los «grandes hombres» –el ciclo comienza con una acusación directa dirigida «a la casa Rothschild»⁴⁰²–, hace que el

401 Friedrich Engels, «Deutscher Sozialismus in Versen und Prosa», en: MEW 4, pp. 207-247. Karl Beck, *Lieder vom armen Mann, mit einem Vorwort an das Haus Rothschild*, Leipzig, 1846. El poeta austriaco, periodista y doctor en filosofía Karl Isidor Beck (1817–1879) publicó entre 1838 y 1870 unos diez libros de poesía lírica, pero también dramas, novelas y novelas cortas. Se movía en parte en el entorno del *Jungen Deutschland*, fue conocido de Georg Herwegh y entró en conflicto, en el *Premarzo*, con la censura prusiana. Con el agravamiento de la situación social de los años 1840, Beck dio a sus poemas, anteriormente más bien políticamente liberales, un creciente tono de reivindicación social y de reformismo social. Con ello chocó con Engels, a quien Beck no le importaba anteriormente. En el *Österreichisch Biographischen Lexikon 1815–1950* (ÖBL), Bd. 1, Viena, 1957, p. 61, se designa a Beck «como uno de los primeros poetas del proletariado».

402 Beck, *Lieder*, pp. 1-32.

«hombre pequeño» se convierta en más pequeño e impotente. La fijación en el «poder de un gran capitalista» no demuestra entonces nada más que el «desconocimiento de la relación de ese poder con las condiciones existentes». ⁴⁰³

En vez de una «representación» que considere la desigualdad social de poder e impotencia, de riqueza y pobreza, como una relación necesaria, o incluso dicho con más claridad, como conflicto, Beck y los «verdaderos socialistas» solo pueden representar la simple coexistencia en forma de un *por una parte –por otra parte*:

La manera más común de reflexionar de forma socialista y auto-complaciente consiste en decir que todo estaría bien simplemente si los pobres estuviesen en el otro lado. Esta reflexión se puede efectuar sobre cualquier materia posible. El contenido real de esta reflexión es la actitud pequeño-burguesa filantrópica e hipócrita que está completamente de acuerdo con las partes *positivas* de la sociedad existente y solamente se lamenta de que junto a ellas exista una parte *negativa* de pobreza completamente anclada en la sociedad contemporánea, y solo desea que esta sociedad pueda seguir existiendo *sin sus condiciones de existencia*. ⁴⁰⁴

La burla de Engels de la «cobarde miseria pequeño-burguesa» de Beck nos serviría también –dicho sea de paso– aplicársela a la «crítica al capitalismo» contemporánea, surgida de nuevo tras la crisis financiera que comenzó en 2008. En vez de indagar en las condiciones estructurales de la crisis, se ha limitado esta crítica a las «partes negativas», al «poder» y la «codicia» de los banqueros, a los que se les achaca –como antes hizo Beck con los Rothschild– que «no son filántropos socialistas, ni idealistas, ni benefactores de la humanidad sino simples banqueros». ⁴⁰⁵ Ni el poeta del *Premarzo*, ni el crítico contemporáneo ven que «todos los reproches contra Rothschild [y sus continuadores hoy en día] se transforman en halagos aduladores» porque se celebra el «poder de Rothschild [y de sus continuadores hoy en día] de una forma que no podría conseguir el más astuto panegírico». ⁴⁰⁶ Al no quererse abordar la situación que produce la brecha entre el poder y la impotencia, la riqueza y la pobreza –porque quizás

403 MEW 4, pp. 213, 217 y s.

404 *Ibid.*, p. 219.

405 *Ibid.*, p. 207.

406 *Ibid.*, p. 212 y s.

se debería aclarar por qué no se intenta transformar en realidad nada de esta situación–, se atribuye la persistencia de todas las partes malas de la sociedad del momento solo a la vileza y «coidicia» de los poderosos.⁴⁰⁷

Después de que nuestro poeta, aunque con buena voluntad, ha puesto en verso las fantasías novelescas e ignorantes de un pequeño burgués alemán sobre el poder de un gran capitalista, después de que ha tergiversado la fantasía de este poder por medio de una gran mentira, entonces expresa la indignación moral del pequeño burgués por la distancia entre el ideal y la realidad».⁴⁰⁸

La impotencia política y teórica del «verdadero socialismo», su incapacidad para comprender el contexto general de la sociedad se transforma necesariamente, según continúa Engels, en una «completa impotencia para narrar y representar». Esta impotencia narrativa es realmente «característica de la poesía del verdadero socialismo. El verdadero socialismo no ofrece, con su indeterminación, ninguna oportunidad de integrar los hechos narrados en la situación general, ni por tanto de extraer de ellos su parte más sorprendente y significativa».⁴⁰⁹ Engels, que posteriormente volverá a hacer de crítico del realismo literario y que había criticado desde el principio al *Junge Deutschland*,⁴¹⁰ presenta aquí de forma implícita y *de pasada* una teoría narrativa propia, en la cual deja a un lado los productos literarios del «verdadero socialismo». Se narra –como está claro desde los antiguos poetas– por medio del vínculo o la conexión; sin vínculo no hay narración. Sin embargo, para Engels la narración no coincide precisamente con la mítica «conexión entre acontecimientos», ni con la conexión de cosas de la misma magnitud o del mismo orden de referencia. Sino que la narración tiene lugar solo cuando

407 Sobre el reflejo de la crítica al capitalismo en la segunda mitad del siglo XIX, véase Patrick Eiden-Offe, «Die Immobilienblase von Münsterburg. Gottfried Keller unterscheidet guten von bösem Kapitalismus», en: *Merkur* 715, 12 (2008), pp. 1155-1159.

408 MEW 4, p. 213.

409 *Ibid.*, p. 217.

410 Véase Friedrich Engels, «Alexander Jung. Vorlesung über die moderne Literatur der Deutschen», en: MEW 1, p. 433-445. Un realismo de la «repetición de los caracteres típicos bajo circunstancias típicas», formado siguiendo a Balzac, es lo que Engels le critica en su famosa carta a la escritora Margaret Harkness de abril de 1888 (MEW 37, pp. 42-44, aquí p. 42). Una ambiciosa elaboración del concepto de tipo se encuentra en Georg Lukács, «Gottfried Keller», en: Lukács, *Werke, Bd. 7: Deutsche Literatur in zwei Jahrhunderten. Werke*, Neuwied/Berlin, 1964, pp. 147-230.

lo *individual* –los «hechos a narrar»– se enlazan con lo *general*, con «la situación general». La conexión de los hechos individuales se efectúa entonces *con respecto a* la situación general, y no simplemente entre sí. Solo a través de esta mediación con lo general será posible «extraer de los hechos singulares» –y quizás también de la situación general; esto queda gramaticalmente abierto en Engels (quizás deliberadamente)– «su parte más sorprendente y significativa». *Significativo* se refiere aquí a algo persuasivo, sorprendente, que no se podía simplemente presuponer; y precisamente Engels identifica este aspecto persuasivo con un efecto de la narración. Lo individual no debe quedar subsumido en lo general, ni lo general ha de ser simplemente ilustrado por medio de lo individual, sino que su *conexión* debe hacerse persuasiva, inmediatamente evidente. Solo entonces se narrará en un sentido estricto. Justo esto es lo que no logra, según Engels, el «verdadero socialismo» con su «prosa y poesía».

Sin embargo, para Engels la mediación narrativa entre lo individual y lo general tiene como condición la *certeza*. O dicho con más exactitud: la «imprecisión» del «verdadero socialismo» condiciona su incapacidad para representar narrativamente el mundo. La «poesía del verdadero socialismo» no solo no es capaz de narrar porque no logra conectar lo individual con algo general, sino porque ni siquiera es capaz de diferenciar ambos. Solo los que han sido percibidos como diferente pueden conectar. En el «modo de ver» de los «verdaderos socialistas», todos los órdenes de referencia están mezclados. Por ello, el único orden que pueden construir es un «registro seco y aburrido» en el que colocan «desgracias individuales y casos sociales», los elementos singulares *como elementos singulares*, sin relación con lo que los convierte en elementos singulares, en casos individuales de un contexto general.⁴¹¹

En su polémica, Engels superpone de forma virtuosa la (fallida) representación poética de la «misericordia» social, que intentan hacer los «verdaderos socialistas», con la intelectual: la «misericordia alemana» poética y teórica en la que están metidos los «verdaderos socialistas» y de la cual son para Engels síntoma. El mismo Beck revela en sus poemas «su timidez sobre la miseria peque-

411 MEW 4, p. 217.

ño-burguesa alemana», se reconoce «tímido con respecto a la miseria alemana», «canta la cobarde miseria pequeño-burguesa, al ‘hombre pobre’, al pobre avergonzado con sus deseos pobres, piadosos e inconsecuentes». ⁴¹²

Engels no ve por ningún lado ninguna salida poética para el pequeño hombre pobre de Beck. ⁴¹³ Cuando la «miseria alemana» es tan omniabarcante, solo queda una salida –que hay que entender aquí de forma literal–, que Engels sugiere abiertamente al pobre Beck:

Beck tiene indiscutiblemente más talento e inicialmente también más energía que la mayoría de la chusma de literatos alemanes. Su única dolencia es la miseria alemana, a la cual pertenecen también las formas teóricas del socialismo pomposo y lacrimoso y las reminiscencias del *Junge Deutschland* de Beck. Hasta que los antagonismos sociales no hayan tomado una forma más aguda por medio de una separación clara entre las clases y una toma momentánea del poder político por parte de [la] burguesía, no hay mucho que esperar de un poeta alemán en Alemania. Por un lado, le resulta imposible actuar de forma revolucionaria en la sociedad alemana, porque los elementos revolucionarios todavía no están desarrollados, y por otro lado la miseria crónica que le rodea por todas partes tiene un efecto relajante, ya que no es posible rebelarse contra ella, comportarse con libertad ante ella ni burlarse de ella sin volver a caer uno mismo en ella. Por el momento, a todos los poetas alemanes que todavía tienen algún talento no se les puede recomendar otra cosa que emigrar a países civilizados. ⁴¹⁴

Esteriotipos sorprendentes:

«El rico y el pobre» de Ernst Dronke

El «verdadero socialismo», al menos en su forma literaria, no satisface a Engels. Ya en un largo texto de primavera de

412 *Ibid.*, pp. 216, 221 y 207.

413 Engels ve en Beck todavía algunas partes muy conseguidas, como una impactante «descripción del lumpenproletariado», en la cual lo impactante de la descripción quizás consiste en que este se encuentra en un «poema sin forma y sin fin» (MEW 4, p. 219): El lumpenproletariado es para Engels (como para Marx) también como figuración social precisamente lo que se escapa a la forma y figura; justo eso encaja con la débil forma de Beck. Sobre el rechazo frontal a la pérdida de forma del «lumpenproletariado» véase Nicholas Thoburn, «Difference in Marx: The Lumpenproletariat and the Proletarian Unnamable», en: *Economy and Society* 31.3 (2002), p. 434-460, así como Peter Stallybrass, «Marx and Heterogeneity. Thinking the Lumpenproletariat», en: *Representations* 31, *Special Issue: The Margins of Identity in Nineteenth-Century England* (Summer 1990), pp. 69-95.

414 MEW 4, p. 222.

1847 titulado «Los verdaderos socialistas», que en realidad estaba previsto publicar en el marco de *La ideología alemana*, pero que estuvo durante casi cien años expuesto a la «roedora crítica de los ratones»,⁴¹⁵ Engels se ocupa, uno tras otro, de algunos autores que ya conocemos de artículos de prensa (Otto Lüning, Hermann Püttmann), y agrega después una polémica mordaz contra una serie de literatos que poco después aparecerán (de nuevo) como compañeros de Engels: habría que nombrar aquí a Ferdinand Freiligrath y Ernst Dronke, que en la época de la revolución se convertirán en corredactores, junto a Marx y Engels, del *Neuen Rheinischen Zeitung* [Nuevo Periódico Renano].⁴¹⁶

La burla y los reproches que Engels dirige contra Dronke es similar en gran medida a lo que también echa en cara a Beck. Sin embargo, mientras que Engels presenta con todo detalle los versos fracasados y los errores estilísticos de Beck, con Dronke actúa de manera mucho más sumaria: sus novelas cortas –publicadas en 1846 en recopilaciones tituladas *Historias policiales* y *Desde el pueblo*– están escritas «de forma conmovedora» y «de lo más bondadosa» y representan de este modo «colisiones palpitantes» de gente sencilla con las leyes; se trata en definitiva simplemente de «descripciones lacrimosas de la miseria del ciudadano corto de miras».⁴¹⁷

El ambiente mojigato predominante en las novelas cortas resulta, según Engels, de una «carencia total de fantasía y de un notable desconocimiento de la vida real». De este modo, donde no están presentes ni la fuerza de la imaginación ni el sentido de realidad, ahí los reemplaza la moral, y así, las novelas cortas «solo sirven para poner las ideas socialistas del sr. Dronke en boca de aquellos para los que menos apropiadas son». Como las

415 «El manuscrito [*La ideología alemana*], dos gruesos volúmenes *in octavo*, ya había arribado desde mucho tiempo atrás al lugar donde debía ser editado, en Westfalia, cuando recibimos la noticia de que un cambio de condiciones no permitía su impresión. Dejamos librado al manuscrito a la roedora crítica de los ratones, tanto más de buen grado cuanto que habíamos alcanzado nuestro objetivo principal: comprender nosotros mismos la cuestión» (Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie. Vorwort*, en: MEW 13, pp. 7-11, aquí p. 10) [ed. en cast.: *Contribución a la crítica de la economía política. Prólogo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, p. 153].

416 Friedrich Engels, «Die wahren Sozialisten», en: MEW 4, pp. 248-290. Para una biografía fundamental de Dronke, basada en archivos, véase Alphonso A. Frost, Jr., *Ernst Dronke. His Life and His Work*, Nueva York, 1989.

417 MEW 4, p. 280.

novelas cortas están muy mal hechas estéticamente, se tergiversa también finalmente su orientación política: Dronke «ha creído que aquí haría propaganda socialista, pero no ha pensado ni un momento en que las escenas de miseria [...] no actúan como propaganda socialista, sino como propaganda liberal».⁴¹⁸

Si nos ponemos a revisar los reproches de Engels a la prosa de Dronke, tenemos que darle en principio claramente la razón. En «El rico y el pobre», por ejemplo, el primero y más extenso relato de la recopilación *Desde el pueblo*, se muestran ya en el título estas esferas sociales que coexisten sin la conexión entre ellas reclamada por Engels. Dronke no contrapone en esta novela corta la «parte negativa» del empobrecimiento a una «parte positiva» de una burguesía intacta, como Engels afirma al menos de Beck, sino que en Dronke la «parte negativa» social de la pobreza se superpone a la parte «positiva» de una moralidad intacta por parte de los trabajadores descritos.

En la narración corta nos encontramos con Marie, una «muchacha trabajadora» de 16 años, que tras la muerte de sus padres vive sola y empobrecida en la buhardilla de una casa desvencijada en un barrio pobre que queda detrás del palacio de Berlín. Cose camisetas para una «gran tienda» en la calle Friedrichstraße, cuya propietaria reduce continuamente a la «pequeña costurera» el jornal que le paga por pieza.⁴¹⁹ El novio de la muchacha, Paul Hofacker, trabaja como estampador de algodón en una gran fábrica de la ciudad. Él es muy aplicado y bien educado y va a pasear todos los domingos con Marie. Una amiga de la costurera, Alwine, ha elegido otro camino: ella es «limpiadora», y se deja mantener por un viejo vividor aristócrata, el barón Herzberg. Un amigo de Herzberg, el barón Max von Rothenburg ha puesto los ojos en Marie. A Alwine le gustaría juntar a su amiga con el barón para salvarla de su miseria. Después de que el caso de Marie la eche de su habitación por los alquileres atrasados, tras una resistencia inicial, acepta, y se convierte en la amante de Rothenburg. Paul se entera de ello, condena la «debilidad» de su ex-novia, y rompe cualquier contacto.⁴²⁰

418 *Ibid.*, p. 281.

419 Ernst Dronke, «Reich und Arm», en: Dronke, *Aus dem Volk & Polizeigeschichten. Frühsozialistische Novellen 1846*, Colonia, 1981, pp. 13-90, aquí p. 24.

420 *Ibid.*, p. 39.

Tras un tiempo, Paul escoge como novia a una «joven muchacha» del barrio, se celebra una boda y no se hacen esperar mucho sus tres niños. Con la boda y los niños, comienza la decadencia de la «familia trabajadora». Así lo dice el propio título del cuarto capítulo de la novela corta, en la que se muestra la verdadera historia pasional de esta familia: debido a los embarazos y después a los niños, Josephé, la joven, deja su puesto de «asistente», con el que antes contribuía a los ingresos familiares. Como el dinero no llega, vuelve a trabajar otra vez y encierra a los niños pequeños en la casa. Un día, el niño más mayor, de dos años, se quema fatalmente en el horno, la madre entra en shock y ya no puede trabajar más. Paul pide al «patrón de su fábrica», el barón von Bernheim, un anticipo para poder pagar los gastos médicos de Josephé y de su hijo, y unos días libres para poder acompañar a su hijo irrecuperable cuando muera. El patrón de la fábrica se lo niega. El niño muere mientras Paul trabaja en la fábrica.

Después de que Paul intente pedir prestado dinero a un usurero, no lo consigue porque se niega a incluir a un falso avalista en la escritura –el apartado se titula «un hombre honesto»–, comienza el ocaso definitivo y abrupto de Paul Hofacker y su familia, para cuya narración no necesita Dronke ni tres páginas: debido a una hemorragia, Paul se queda incapacitado para trabajar, e intenta hacerlo como jornalero. Abandona definitivamente con su familia la «sociedad honrada»: «estaban en el territorio de la miseria y la desgracia más extremas y desvalidas, donde comienza la autorización a ser cazados por la policía».⁴²¹ Como trabajador ocasional subempleado, Paul es de nuevo capturado, y sumido en una espiral de cárcel y *Arbeitshaus*.⁴²² Después de que un tribunal lo condene «como vagabundo y holgazán» a una pena de seis meses de trabajos forzados con una «reclusión adicional de tres años en un correccional», el destino de Paul y su familia queda sellado definitivamente: «Paul escuchó el juicio con una total insensibilidad. No se preguntaba qué crimen había cometido. En realidad, le resultaba indiferente. ¡La

421 *Ibid.*, p. 83.

422 Residencia donde se ofrecía trabajo y alojamiento [N. del T.].

reclusión hizo que se le olvidaran todas las preocupaciones y escenas lastimosas!».⁴²³

Una última «escena lastimosa» de este tipo vuelve a reunir finalmente a Marie y a Paul en el hospital de Charité: a Paul lo trasladan desde el «correccional» con fiebre y aquí se entera de que su mujer y sus hijos «hacía tiempo que habían muerto en la miseria». También la vida de Marie sigue una trayectoria escarpada: abandonada pronto por Rothenburg, tras varios amantes ricos va a parar finalmente a una «casa del pecado». «Ya no es suficientemente rentable» dice la madame que la deja en la calle, donde es detenida por la policía: «como estaba enferma, en primer lugar se la llevan al hospital de Charité; tras su reposición deberá cumplir su pena en una *Arbeitshaus*». A Marie le queda la esperanza de poder «cambiar su vida» tras salir de allí, casándose con un amante. Paul se burla de ella y de su inquebrantable esperanza, y muere a la noche siguiente.⁴²⁴

Que esta historia de miseria y hundimiento muestre de hecho una cierta «carencia de fantasía» y un «desconocimiento de la vida real», como sostiene Engels, lo corrobora el hecho de que los elementos esenciales de la historia están claramente estereotipados. Las «escenas lastimosas» o los «panoramas de miseria» –Engels y Dronke utilizan en realidad estas dos expresiones similares [*Jammerszenen* y *Jammerbilder*] aunque sus intenciones sean las contrarias– aparece de este modo o de forma parecida en toda una serie de «novelas sociales» y «relatos sociales breves» de la época: así por ejemplo la pequeña costurera, la limpiadora que siempre tiene un pie en la prostitución, importada como estereotipo desde la literatura francesa a la alemana,⁴²⁵ a cuyo establecimiento como figura social «realista» contribuye precisamente el mismo Dronke –como indica expresamente Engels– en 1846 con su libro *Berlín*.⁴²⁶

423 *Ibid.*, p. 84.

424 *Ibid.*, p. 87.

425 Sobre el trasfondo, véase Hanna Manchin, «The Grisette as the Female Bohemian», disponible *online* en: www.mtholyoke.edu/courses/rschwartz/hist255s13/grisette/manchin.htm [última visita: 18 de septiembre de 2020], así como el capítulo «Maggie, Not a Girl of the Streets», en: Daniel Cottom, *International Bohemia: Scenes of Nineteenth-Century Life*, Philadelphia, 2013, pp. 37-72. Como fuente de la época véase Hans Wachenhusen, *Die Grisette. Ein Pariser Sittenbild*, Berlín, 1855.

426 Véase Ernst Dronke, *Berlín*, Berlín, 1987 [1846], especialmente el apartado «Die Grisette», p. 33 y s., donde se dice: «Casi todas las trabajadoras tienen una 'relación'».

La novela familiar de los proletarios

Pero el principio estructural decisivo de «El rico y el pobre», que comparten muchas novelas y relatos sociales breves del *Pre-marzo*, consiste en convertir en algo familiar el problema social de la pobreza de masas. La miseria social se moldea a través de formas de parentesco, lo que permite y garantiza una participación directa y una conmiseración del lector, incluso cuando este no disponga de experiencias que lo conecten con lo que se narra. Los lazos de parentesco se deshacen poco a poco en el curso de la narración –en sentido literal–. Cuando hay «estructuras de provisión de alimentos ligadas al parentesco», como ha expuesto el antropólogo Claude Meillassoux,⁴²⁷ entonces la literatura miserabilista crea su momento de conmoción mostrando la imposibilidad de quien provee de alimentos de seguir cumpliendo su función –ni el padre ni la madre sostienen la familia–. Y así, el niño que se muere de hambre, el padre desesperado e incluso la *pietà* de la *mater dolorosa* proletaria consumida hasta los huesos, se convierten en los iconos de este cuadro miserabilista del «paisaje de miseria».⁴²⁸

A este tipo de literatura se le puede llamar «burguesa» o «provinciana», porque la apelación a unos afectos como la empatía y la compasión, codificados en la familia, en primer lugar presupone que ese código es obligatorio, y en segundo lugar prueba, una vez más, que dicho código familiar es la instancia de apelación –independientemente de si en las narraciones las estructuras fundamentales se desmoronan o en cambio triunfan por encima de las dificultades–. En su vida práctica –en sus relaciones no contempladas en ningún estándar moral con las hermanas proletarias Mary y Lizzie Burns–⁴²⁹ al igual que en su

427 Claude Meillassoux, «Die wilden Früchte der Frau». *Über häusliche Produktion und kapitalistische Wirtschaft*, Frankfurt a. M., 1983, p. 65.

428 «El dolor de una madre es enorme y profundo como ningún otro en el mundo. Casi cualquier madre que haya llorado a un hijo muerto se convierte en una *Mater dolorosa*, ante la cual cualquier extraño ha de mantener una distancia respetuosa» – Eso se dice de Amalie, una pequeña burguesa proletarizada, a la que se le muere la «pequeña Anna», en Louise Otto-Peters, *Schloss und Fabrik*, primera edición completa de la novela censurada en 1846, ed. y posfacio de Johanna Ludwig, Leipzig, 1996, p. 132.

429 Véase al respecto Gisela Mettele, «Mary und Lizzie Burns. Die Lebensgefährtinnen von Friedrich Engels», en: *Marx-Engels-Jahrbuch 2011*, Berlín, 2012, pp. 130-149, así como la reciente biografía de Engels de Tristram Hunt, *Engels. Der Mann, der den Marxismus erfand*, Berlín, 2012, especialmente pp. 272 y ss., 304-314.

teoría, como historiador versado en antropología que a partir de Lewis H. Morgan hizo su investigación *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*,⁴³⁰ Engels dedicó parte de su vida a atacar a la familia patriarcal y a la intolerancia de su entorno asociada a ella. La apelación a aquellos valores burgueses patriarcales que se encuentran por todas partes en la literatura miserabilista debió tener para Engels un efecto completamente repulsivo. Dichos valores, cuya historicidad quiere Engels demostrar, se mostrarán en esta literatura como constantes antropológicas y como sempiterno polo humano contrario a los males de la sociedad. Al negarse su condición de formaciones históricas, dichos valores se convierten en inaccesibles e inatacables. Con ello, si seguimos el veredicto de Engels, la crítica social de la literatura miserabilista se demuestra, de acuerdo a sus propias intenciones, ya no como «socialista» sino como «liberal». *Liberal* porque la crítica insiste en la integridad de lo privado y quiere mantenerlo al margen de los efectos político-económicos externos. Quien escoge lo privado –la familia, los sentimientos, lo natural– como su instancia de apelación afirma, lo quiera o no, la diferenciación entre lo privado y lo no-privado, y por tanto debe dejar intacta también, en definitiva, la forma de funcionar de lo no-privado: los negocios, la economía y la política.

Enlazando con Tieck, se podría decir que «la familia» es producto de la desintegración de la «gran casa», del mismo modo que la moderna burguesía lo es del «verdadero estamento burgués». La casa representa todavía una unidad institucional general de las esferas de producción y reproducción; en la casa las diferentes clases –dueños y siervos, maestros y oficiales– se tensan unas con otras; por esto la casa puede convertirse en un lugar de lucha de clases (según Marx), pero también puede representar la imagen ideal de una reconciliación lograda entre las clases (según Tieck). La familia es, por el contrario, y tal y como se la describe de forma hegemónica –por ejemplo en las novelas y relatos breves sociales del *Premarzo*–, socialmente homogénea y armónica en sí misma: todos los miembros de la familia pertenecen a la misma clase, y aunque las diferencias de género

430 La gran obra póstuma de Engels se encuentra en MEW 21, pp. 25-173 [ed. en cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Alianza, 2013].

y de generación pueden resultar conflictivas, esto solo ocurrirá, sin embargo, como consecuencia de la influencia de factores externos, enemigos (de la familia). La familia es por definición no política; por ello aparece en las narraciones siempre como víctima de la situación político-social, que irrumpe en la familia y rompe la felicidad familiar.

Un punto clave de la ideología burguesa-familiarista en la literatura social del *Premarzo* lo constituye la fiesta de Navidad, con la que Engels nos obsequia ya en su dura crítica a Beck. La «pequeña burguesía filantrópica hipócrita» del «verdadero socialismo» se muestra especialmente «trivial [...] con ocasión de la fiesta de Navidad». Engels cita el correspondiente poema de Beck:

Oh, tiempo que agradablemente deleitas el corazón humano,
Serías más agradable y doblemente querido
si en el pecho del *pobre* granuja,
que huérfano en la taberna de fiesta
mira al rico compañero de juegos,
la envidia, con su primer pecado,
no estuviera, ¡vulgar blasfemia!
Sí [...] más dulce sonaría bajo la luz navideña
el júbilo de los niños en mis oídos,
si en estas cuevas húmedas al menos
la miseria no congelase en su precario lecho.^{431 432}

En navidades, la injusta coexistencia entre «el rico y el pobre» se muestra simbólicamente en los deseos y pretensiones de los niños, al mismo tiempo inocentes y todavía sin segregar en la sociedad, que no pueden hacer nada contra la miseria que ya los separa y pronto los dividirá socialmente. Los deseos sin satisfacer de los niños pobres, cuyo corazón comienza ya a ser carcomido por la «envidia», ya no pueden ser recogidos en el espacio protegido de la familia. La fiesta del amor y de la familia sirve así como hoja transparente ante la cual destacan todavía

431 *O Zeit, die mild des Menschen Herz erbaut, / Du wärest milder und doppelt traut – / Wenn nicht in der Brust des armen Buben, / Der elternlos in die festlichen Stuben / Des reichen Spielgenossen schaut, / Der Neid mit seiner ersten Sünde / Bei wüster Gotteslästerung stünde! / Ja [...] süßer, klänge beim Weihnachtslicht / Der Kinder Jubel in meinem Gehöre, / Wenn nur in feuchten Höhlen nicht / Auf schlechter Streu das Elend fröre.*

432 Engels, MEW 4, p. 219.

más las fallas de la «sociedad moderna» –hasta el punto de que los pobres ya no saben qué hacer con la bonita fiesta–. En la novela de Louise Otto-Peters *El castillo y la fábrica*, la hija del joven fabricante, Pauline, decide, tras enterarse de que los trabajadores de su padre han de vivir en la necesidad y en la miseria, «hacer un regalo a sus pobres hijos el día de Navidad». ⁴³³ Frente a la resistencia de su padre, impone su deseo filantrópico y deja que los niños se presenten finalmente, en la mañana de Navidad, en la «espléndida sala noble del edificio de la fábrica» para ser obsequiados. Sin embargo, no se produce el efecto deseado:

Pero eran niños pálidos, delgaduchos, miserables y envueltos en sucios harapos, en los cuales se podía ver que sus pequeñas manos y miembros medio tullidos estaban acostumbrados al trabajo duro, en cuyas caras se dejaba ver lo a menudo que sus pequeñas bocas de labios blanquecinos habían tenido que pedir en vano pan, como expresaban sus ojos turbios y derrotados con una mirada animal y muda. Estos pequeños niños pálidos clavaban la mirada unos en otros de una manera extraña, al igual que la dirigían a los relucientes árboles de navidad, que les habían dado aquellos zapatos y abrigos calientes con manzanas rojas y nueces que tintineaban como un cascabel. Habían recogido los regalos sin agradecimientos ni júbilo, casi sin alegría –y solo un fuerte instinto les había hecho llevarse la fruta a la boca–; el trabajo continuo y la miseria cotidiana habían hecho tan impotente cualquier deseo que Paulina empezó a llorar desconsolada al ver a estos pequeños desgraciados rodearla –pero no lloraba con una emoción contenida, como se podría imaginar, sino con un lamento inmenso y profundo, sintiendo que se le iba a desgarrar su débil corazón–. ⁴³⁴

El ansiado entendimiento mutuo de la fiesta del amor va mal; el contraste entre las clases no solo discurre por los estóma-

433 Otto-Peters, *Schloss*, p. 68. La defensora de los derechos de las mujeres Louise Otto-Peters no solo apoyaba el derecho de las mujeres al trabajo –como reza el título de su escrito reivindicativo quizás más conocido, de 1866–, sino que también subrayaba al mismo tiempo la responsabilidad de las mujeres burguesas en la lucha contra las consecuencias negativas de la industrialización. En la figura de Pauline dibuja un retrato que alerta de hacia dónde puede desviarse el activismo burgués cuando el narcisismo de la voluntad de ayudar no se controla racionalmente. Sobre el programa social de Otto-Peters, que a veces y no sin razón se ha comparado con el de Bettina von Arnim, véase Helen G. Morris-Keitel, «Not 'until Earth is Paradise': Louise Otto's Refracted Feminine Ideal», en: *Women in German Yearbook* 12 (1996), pp. 87-100, así como Irina Hundt, «Sich mit warmen Herzen an der Zeit und ihren Interessen betheiligen». Bettina von Arnim, der Fall Schlöffel und der Roman Schloß und Fabrik von Louise Otto», en: *Louise-Otto-Peters-Jahrbuch* (2004), pp. 163-170.

434 Otto-Peters, *Schloss*, p. 76 y s.

gos, sino que también está enterrado en los corazones. Cuando por primera vez el amor y el sentimiento ya no permiten ninguna aproximación, entonces desaparecen las oportunidades para un entendimiento pacífico entre las clases –este es el mensaje de advertencia de la fiesta de navidad miserabilista–.⁴³⁵

En «El rico y el pobre» se encuentra otro elemento de la imaginación familiarista que tendrá una impronta estructural en las novelas y «relatos breves sociales» y será característico de su ideología: que los protagonistas de clases antagonistas, contrapuestos según el estereotipo; esto es, el rico capitalista y el trabajador que se revela, son parientes, o aún más forzado: son hermanos. Así, la larga novela de Ernst Willkomm *Esclavos blancos* tiene un «argumento tan extremadamente complejo»⁴³⁶ no solo porque en el lado de los capitalistas se encuentren tres hermanos, cada uno de los cuales encarna uno de los tres tipos diferentes de capitalista (Adrian vom Sein el déspota sádico de la fábrica, Aurel el capitalista versátil del comercio global, Adalbert el desinteresado que solo compra y vende acciones), sino porque con Martell se les añade un cuarto medio hermano ilegítimo que, como dirigente de los trabajadores, representa en una huelga en la fábrica textil de Adrian los intereses de sus hermanos de clase contra los de sus hermanos biológicos. Que Martell y los tres señores vom Sein son hermanos solo se descubre, sin embargo, en el curso de la acción. Ninguno de los cuatro sabe nada del parentesco: Martell es el hijo de la pobre Marianne, a la que el padre de Martell, el tirano de la vieja aristocracia Magnus von Boberstein, había violado y finalmente asesinado. Martell crece en la pobreza con una nodriza, separado de su padre biológico, y finalmente ha de servir como asalariado al hijo del agresor de su madre.⁴³⁷ En el capítulo «Adrian y Martell», ambos hermanos

435 Véase también Ernst Adolf Willkomm, *Weisse Slaven oder die Leiden des Volkes*, Leipzig, Kollmann, 1845; en adelante citada su reimpresión, Berlín, 2013; el capítulo «Des Armen Weihnachten», pp. 438-448. Sobre la ideología de la «navidad alemana», por ejemplo en Wilhelm Heinrich Riehl, y sobre su agravamiento en el *Premarzo* y posteriormente véase Eiden-Offe, «Nachbarschaft», p. 254 y s.

436 Hans Adler, «Der soziale Roman», en: Gert Sautermeister y Ulrich Schmid (eds.), *Zwischen Revolution und Restauration 1815–1848. Hanser Sozialgeschichte der Literatur*, Bd. 5, Múnich, 1998, pp. 195-209, aquí p. 204.

437 Un árbol genealógico de los von Boberstein, a partir del cual se pueden comprender bien los embrollos de la trama se encuentra en Hans Adler, *Soziale Romane im Vormärz*, Múnich, 1980, p. 75; en las pp. 68-77 se refiere Adler a la «trama narrativa»

tienen un enfrentamiento, con un «duelo» final en el que Adrian saldrá derrotado.⁴³⁸

La doble figura de los hermanos enemigos también estructura «El rico y el pobre», pues el trabajador Paul es hermano del barón Max von Rothenburg; Paul es el primogénito, que con cuatro años de edad fue secuestrado y criado por la loca del pueblo Betty Hofacker, mientras que Max, por el contrario, se queda con «la herencia de las propiedades señoriales del mayorazgo». Parte de la tensión generada en la novela se debe a que Paul y Max se encuentran en el curso de la acción y el lector espera que todo se desvele, pero esto no se produce. Paul y Max se cruzan brevemente en casa de Alwine, después de que el hermano pobre supiera que su gran amor Marie se había convertido en la amante mantenida –precisamente– de Max: «estos ricos nos lo quitan todo, nuestro amor e incluso el disfrute de la vida. En el mejor de los casos, nos permiten ir tirando miserablemente por medio de un trabajo sin fin, para que el hambre no nos empuje contra ellos».⁴³⁹ A diferencia de *Esclavos blancos* de Willkomm, en «El rico y el pobre» no se produce ninguna anagnórisis de los hermanos. Estos no llegan a reconocerse: al final, el carruaje que transporta a Rothenburg con su novia (naturalmente, la hija del barón von Bernheim, que como patrón de la fábrica antes tiranizaba a Paul) en su luna de miel a la estación Anhalter de Berlín colisiona con el coche fúnebre que lleva el cadáver de Paul a la fosa común. En el cruce entre las calles Friedrichstraße y Kochstraße, ambos coches se topan por una maniobra desconsiderada de adelantamiento del cochero de Max, y ambos se tambalean: «Entonces el cochero, con su uniforme de adornos plateados maldice malhumorado a sus caballos y el carruaje sale de allí a toda velocidad. El coche fúnebre vuelca por la violencia del choque, y es puesto de nuevo en pie gracias a los trabajadores que pasaban por ahí».⁴⁴⁰

«El triunfo del rico debe alcanzar al pobre hasta en la tumba».⁴⁴¹ Los hermanos enemigos, antagonistas de clase, pueden ser comprendidos como una variante del modelo de los «espa-

de la novela.

438 Willkomm, *Weisse Slaven*, p. 650 y ss. Véase al respecto el apartado «Venganza y clase» en el séptimo capítulo del presente estudio.

439 Dronke, «Reich und Arm», p. 38 y s.

440 *Ibid.*, p. 85.

441 *Ibid.*, p. 90.

cios reducidos», que se mostrará de forma paradigmática (y sin embargo dirigida en sentido contrario) en los conceptos de amor del posterior realismo.⁴⁴² Dronke, Willkomm y otros deben limitar narrativamente el espacio social abierto de la nueva sociedad de clases, marcada por una contingencia difícilmente comprensible en la asignación de posiciones. La coexistencia (incomprendida) entre riqueza y pobreza, entre fortuna y miseria o entre vida y muerte debe ser ilustrada y hacerse plausible como coexistencia de elementos que en realidad son del mismo tipo, que solo son separados y contrapuestos por un incomprensible «destino»:

Así terminó el asunto.

Ambos hermanos, nacidos en las mismas circunstancias pero separados el uno del otro por un extraño destino, por la brecha insuperable de la sociedad, encontraron cada uno su final, determinado por las condiciones de sus diferentes circunstancias. A uno se le concedió todo, mientras que al otro solo el fracaso. Aquel robó a este su amor; y este encontró la salvación en el peligro, donde la perdió; e incluso tras los setos que rodeaban su hogar familiar [¡la crítica «liberal»!] encontró aquel el nivel de su fortuna, mientras este se topó con la ruina. El rico [...] triunfó; el pobre [...] sucumbió en la miseria. Si hubiesen sido criados en las mismas circunstancias, quizás ambos hubieran disfrutado de un mismo destino feliz, justo y repartido ciertamente por igual.⁴⁴³

Donde Engels trata de ofrecer una teoría que sitúa la coexistencia entre clases dentro de un contexto constitutivo histórico-genético, del cual resultan de forma conflictiva, ahí Dronke coloca el ciego destino de ese poder que junta y separa; un destino que afecta sobre todo a las familias o a las generaciones. También «El rico y el pobre» depende de una narración de una secuencia generacional, y en la complicada factura de la novela de Willkomm podemos seguir la «enredada maraña de crímenes cometidos tiempo atrás», que envuelve a todos los implicados «con un poder mágico»,⁴⁴⁴ que alcanza hasta la segunda y tercera generación. La historia de la «acumulación originaria del capital» en la Baja Lusacia [Niederlausitz], y con ella la historia

442 Véase Sebastian Susteck, *Kinderlieben. Studien zum Wissen des 19. Jahrhunderts und zum deutschsprachigen Realismus von Stifter, Keller, Storm und anderen*, Berlín/Nueva York, 2010, p. 129 y ss.

443 Dronke, «Reich und Arm», p. 90.

444 Willkomm, *Weisse Slaven*, p. 383.

misma de la formación de las clases, se despliega en la novela de Willkomm como una historia mítica familiar de violación, robo, repudio, reconquista y venganza.⁴⁴⁵ La injusticia esencial y la pura casualidad con las que el mercado «planea igual que el antiguo destino sobre la tierra y distribuye con una mano invisible la fortuna y la desdicha»,⁴⁴⁶ esta injusticia profunda e impersonal de la contingencia sistémica de la economía capitalista resulta al mismo tiempo gráfica e invisible gracias a la familiarización narrativa. La mediación narrativa de la familia es ideología y crítica de la ideología al mismo tiempo.

Inexorabilidad

Partiendo de esta ambivalencia, se puede emprender quizás un humilde intento por salvar el honor de la literatura miserabilista y en especial aquella de Dronke que Engels nos muestra. Para ello, habrá que dar la razón a las principales acusaciones que hace Engels, cosa que ya el propio Dronke hace –en cierto modo adelantándose–; así, Dronke toma la delantera ya en el prólogo a su recopilación *Desde el pueblo* al reproche de Engels de que sus novelas cortas serían en último término *poesía comprometida* [poesía de coyuntural], porque simplemente «servirían» para «poner las ideas socialistas de Dronke en boca de otras personas»,⁴⁴⁷ esbozando una literatura que se entiende de forma abierta y ofensiva como «medio» poético para un «fin» político:

Las siguientes páginas no tienen otro objetivo que mostrar episodios de la vida real y exponer las insuficientes garantías de los derechos humanos de la sociedad contemporánea. Estas páginas tienen en su base un «compromiso social», es verdad. No he escrito estos relatos por «escribir relatos»; no escribo mezquinamente por el honor de ser 'escritor de ficción'. Tengo más bien el 'compromiso', que sin duda se podría traer ante el público igualmente por medio de un opúsculo como crítica o historia de la sociedad actual, de representar esto en *forma* de novela corta, porque esta forma de exposición de la vida real muestra con la mayor claridad posible la verdad de la situación y de este modo sigue teniendo tanto o más efecto que un tratado abstracto». ⁴⁴⁸

445 Adler, *Soziale Romane*, p. 108 y ss., llama a este aspecto el «paradigma mítico».

446 Así lo formulan Marx y Engels en *La ideología alemana*, MEW 3, p. 35.

447 MEW 4, p. 281.

448 Dronke, «Vorwort», en: Dronke, *Aus dem Volk*, p. 10.

El reproche de estar elaborando «poesía comprometida» no era especialmente original en la época, sino más bien previsible. Eso queda claro cuando vemos que Dronke pone entre comillas este «compromiso». De hecho, este distanciamiento de la «poesía comprometida» es uno de los gestos obligatorios de autoafirmación del escritor en el *Premarzo* (y en adelante).⁴⁴⁹ Cuando Dronke incluye y *afirma* en su prólogo, de forma en cierto modo meta-rretórica, una digresión sobre la lengua como vestimenta de las ideas, y más adelante, sobre el lenguaje poético como vestido especialmente artístico, entonces la revelación pretendidamente crítica de Engels de que en la literatura de Dronke se ocultan de forma más o menos artística los pensamientos del autor ya no tiene efecto. Que el contenido del relato podría encontrar su lugar «igualmente en un folleto, una crítica o una historia de la sociedad actual» se formula casi de forma coqueta; que entretanto la vestimenta literaria puede ser especialmente apropiada para poner este contenido «ante los ojos» del lector «de forma clara y elocuente». Esto entronca con una tradición retórica clásica: no es otra cosa lo que señala la *evidentia*, que se puede interpretar realmente como la tropología del lenguaje literario.⁴⁵⁰ Al mismo

449 Véase el poema burlesco «Die Tendenz» [La tendencia] de los *Zeitgedichten* de Heine: «*Deutscher Sänger! sing und preise / Deutsche Freiheit, daß dein Lied / Unsrer Seelen sich bemeistre / Und zu Taten uns begeistre, / In Marseillerhymnenweise. // Girre nicht mehr wie ein Werther, / Welcher nur für Lotten glüht – / Was die Glocke hat geschlagen, / Sollst du deinem Volke sagen, / Rede Dolche, rede Schwerter! // Sei nicht mehr die weiche Flöte, / Das idyllische Gemüt – / Sei des Vaterlands Posaune, / Sei Kanone, sei Kartaune, / Blase, schmettre, donnre, tôte! // Blase, schmettre, donnre täglich, / Bis der letzte Dränger flieht – / Singe nur in dieser Richtung, / Aber halte deine Dichtung / Nur so allgemein als möglich.*» [Canta, cantor alemán, / y alaba la libertad / alemana, que tu canto / se adueñe de nuestras almas / y nos incite a actuar / como hace la Marsellesa. // No suspires como un Werther / que solo arde por Carlota; / debes decir a tu pueblo, / que están tocando a rebato, / ¡habla puñales y espadas! // Deja de ser dulce flauta / de temperamento idílico; / sé trompeta de la patria, / se cañón, sé metralla, / ¡toca, suena, atruena, mata! // ¡Toca, suena, atruena a diario / hasta que no haya opresores! / Canta solo en tal sentido, / pero mantén tu poesía / lo más general que puedas.] (Heine, *Neue Gedichte*, en: Heine, *Schriften*, Bd. 7, pp. 297-433, aquí p. 422 y s.) [ed. en cast.: «La tendencia», en: *Radikal. Una antología*, Madrid, Hiperión, 2008, p. 55]. Sobre la explicación de la «así llamada poesía política», del que solo se pueden esperar una «nebulosa y estéril solemnidad» y una «inútil sed de entusiasmo», véase el prólogo de Heine a su poema épico *Atta Troll*, en: Heine, *Schriften*, Bd. 7, pp. 493-496, aquí p. 494 [ed. en cast.: *Atta Troll. El sueño de una noche de verano*, Madrid, Hiperión, 2011, p. 19].

450 Véase al respecto Rüdiger Campe, «Vor Augen stellen. Über den Rahmen rhetorischer Bildgebung», en: Gerhard Neumann (ed.), *Poststrukturalismus. Herausforderung an die Literaturwissenschaft*, Stuttgart/Weimar, 1997, pp. 208-225.

tiempo, los redactores del *Gesellschaftsspiegel* –entre ellos Engels– se remiten también a esta tradición cuando anuncian que en su revista incluirán «poemas», en la medida en la que «describan *fielmente* la vida» y representen la situación social como «hechos evidentes».

Dronke nos anima a juzgar sus relatos de acuerdo a su propio programa: «la ‘forma artística’ de acuerdo a las reglas de la estética es la norma que siguen las obras en las que esta [‘forma artística’] es el objetivo; sin embargo, aquí era solo el medio».⁴⁵¹ Si tomamos pues como «norma» la «interpretación real, sin maquiillaje, de las contradicciones de la vida contemporánea», entonces podríamos divisar aquí quizás los comienzos de un «tipo de poesía» completamente nuevo, como dice Engels burlándose.⁴⁵² La característica esencial de esta literatura es que no pone en primer plano la *narración*, sino la *descripción* de la situación y las relaciones sociales. Esto también lo comprende bien Engels, aunque no encuentre en ello el punto clave. Si Engels puede criticar las «descripciones lacrimosas» de las novelas cortas de Dronke y observar que en vez de un auténtico arte narrativo hay en ellas un «cuadro de los conflictos de la sociedad moderna»,⁴⁵³ entonces hay que tomarse esta crítica de forma literal, como el propio discurso de Dronke sobre la «escena lastimosa»: aquí estamos ante una forma de escritura que se solidifica una y otra vez en descripciones, composiciones e imágenes literarias. La mera coexistencia, que es lo que para Engels esconde en sentido pleno la «narración», genera más bien una serie de imágenes que no deben ser juzgadas de acuerdo a criterios narrativos como la tensión, la plausibilidad o la coherencia, sino por la precisión de la representación.⁴⁵⁴ Las novelas cortas de Dronke prefiguran de hecho –no solamente, pero sí en sorprendente medida– una literatura nueva, realista, o dicho con más exactitud, una literatura

451 Dronke, «Vorwort», en: Dronke, *Aus dem Volk*, p. 10 (añadido del ed.).

452 MEW 4, p. 279.

453 *Ibid.*, p. 280.

454 También esto lo explicita Dronke; véase la «introducción», en la que se cuenta la historia previa al secuestro de Paul: «Hacemos aquí un salto de veinte años. No es nuestra intención querer tensionar al lector por medio de una serie de destinos particulares y conflictos por lo perdido; lo que hemos de contar no es más que una simple imagen de la vida, y lo que hacemos desde el principio es convertir al lector en un confidente de todas las circunstancias de los implicados (Dronke, «Reich und Arm», p. 15 y s.).

socialista cuya novedad estriba en su «material»,⁴⁵⁵ así como en el tratamiento específico de dicho material. En los debates sobre la literatura política de los años cincuenta se defendía el «realismo» como un nuevo paradigma obligatorio. Sin embargo, la parte vencedora en torno a Julian Schmidt y Gustav Freytag volverá a primar fuertemente la «narración» como potencia genuina de la literatura. Los propagandistas «burgueses» Schmidt y Freytag rechazarán y devaluarán también la *coexistencia* descriptiva, al igual que el socialista Engels.⁴⁵⁶

Un ejemplo de la habilidad para la descripción realista de Dronke lo ofrece directamente la primera página del primer capítulo.⁴⁵⁷ La descripción de la estratificación social en una casa de alquiler de Berlín, con su acoplamiento invertido entre la altura del piso y el estatus social, comprende de forma extremadamente precisa a todos los grupos y subgrupos del proletariado del *Premarzo*. También es difícil de superar la precisión con la que Dronke «viste» la crisis de la artesanía y especialmente la crisis del «pequeño maestro» por medio de una mirada retrospectiva a la historia de empobrecimiento del padre de Marie, un pobre sastre; incluso los números que «traducen» la artesanía encuentran aquí su lugar («Berlín cuenta con treinta mil sastres autónomos»)⁴⁵⁸. A esto se le añaden hechos que ahora ya no son conocidos y que prácticamente tampoco los manejaban las fuentes del momento –por ejemplo, que los cuarteles albergaban a «batallones de trabajadores» que cuando había poca faena eran «despedidos por largos periodos», en los que se los empleaba en los mercados locales de trabajo como mano de obra barata–.⁴⁵⁹

455 MEW 4, p. 279.

456 Karl Gutzkow propaga la «novela de la coexistencia». Karl Gutzkow, «Der Roman des Nebeneinander», en: Plumpe, *Theorie*, p. 211 y s. (el texto se basa en el prólogo a la obra de Gutzkow *Die Ritter vom Geiste*, de 1850). En otra dirección van Gustav Freytag y Julian Schmidt, en nombre de una sucesión lógico-narrativa, en su revista *Die Grenzboten*, cuyas aportaciones se recogen en: Susteck, *Kinderlieben*, pp. 132-139. La discusión fue retomada, pero ahora bajo el signo de una disputa entre el realismo y el naturalismo, por Georg Lukács, que no solo puede ser considerado como sucesor de Engels, sino también de Schmidt. Véase Georg Lukács, «Beschreiben oder Erzählen?» [1936], en: Lukács, *Werke*, Bd. 4: *Essays über Realismus*, Neuwied/Berlín, 1971, pp. 197-242. Para una recuperación desplazada y con un esquema de valores invertido de esta problemática véase Eva Geulen, «Depicting Description: Lukács and Stifter», en: *The Germanic Review* 73.3 (1998), pp. 267-279.

457 Dronke, «Reich und Arm», p. 19.

458 *Ibid.*, p. 22.

459 Dronke, «Reich und Arm», p. 22. Sobre las cualidades de Dronke véase el seco

A partir de estas representaciones realistas detalladas de la situación social surgen siempre momentos que la crítica de Engels a la calidad de las novelas cortas no puede poner en cuestión. En ocasiones se condensan las escenas de miseria en algunas frases lapidarias, tras las cuales al autor le resulta difícil conservar el curso de la narración, aunque solo sea mínimamente. Después de detallar y presentar en cifras el sistema salarial del trabajo en casa de Marie y el descenso salarial sistemático, en el primer capítulo se dice: «Y esta era su vida, día tras día, sin cambio, sin perspectivas. ¿Qué disfrute se le concedía a la muchacha por su trabajo? Cuando muriera, ¿no se preguntaría con derecho para qué había vivido?»⁴⁶⁰ El detalle amargo es que Marie naturalmente no se podrá preguntar ya cuando esté muerta, y que tampoco otra persona le preguntará. Ahí lo deja Dronke, sin extenderse mucho. «Muriendo prematuramente, sin haber vivido», decía el Leonhard de Tieck,⁴⁶¹ y esta fórmula determina de forma precisa el *modus vivendi* (o *moriendi*) de la figura de Dronke.

La ideología de la familia burguesa sirve en este relato, según se muestra, como hoja de contraste sobre la que observar la miseria de los proletarios, pero también al mismo tiempo como instancia de apelación. Sin embargo, que no se reafirma forzosamente el sistema de valores de la familia –ni de forma negativa–, sino que se entiende como un infierno en ocasiones, a veces de forma literal. Esto se vuelve a mostrar sobre todo hacia el final de la historia del sufrimiento de Paul y su familia. La descripción de la primera época tras la boda es ya difícil de superar en su desesperación:

Así, dirigían sus vidas en una situación fluctuante, separados en penosas luchas por su miserable existencia. ¿Dónde estaba su felicidad familiar? Se veían casi únicamente cuando estaban fatigados por los esfuerzos del día, contentos de que ya era de noche, cuando podían buscar la tranquilidad del sueño. Su trabajo constante, que les arrebató el disfrute de una vida en paz, no les ayudaba en nada. Ya casi no les protegía de la peor escasez y les proporcionaba como mucho una incierta existencia en una miseria triste e imprevisible.⁴⁶²

pero acertado texto de Frost, *Dronke*, p. 149: «Dronke da lo mejor de sí mismo, en mi opinión, cuando describe Berlín y el modo de vida de sus habitantes». Con ello Frost se refiere expresamente a «Reich und Arm», y no a *Berlin*.

460 Dronke, «Reich und Arm», p. 24.

461 Tieck, *Tischlermeister*, p. 75.

462 Dronke, «Reich und Arm», p. 54.

Si aquí como trasfondo todavía existe el ideal (negado) de una «felicidad familiar», este cada vez está más lejos, hasta que finalmente –al menos en las partes más tenebrosas del relato– desaparece por completo. Haberse casado y haber traído niños al mundo termina siendo considerado por Paul como encarnación de su miseria: «¡Si no os hubiera tenido!». Lo que en el contexto de una formación familiar patriarcal solo puede comprenderse como motivo del gozo y orgullo paternos se convierte para Paul en una utopía irreal de una existencia solitaria, sin familia, en la que podría ir tirando solo y quizás podría encontrar incluso su fortuna:

«¡Si no os hubiera tenido!» murmuraba con un aire sombrío mientras miraba la pobre morada de los suyos. «¡Si me liberara de vosotros, si os abandonase! ¡Solo eso podría ya salvarme y darme una vida mejor! Vuestro destino está ya decidido, ¿qué podéis esperar de la vida? ¡No os puedo ayudar, me arrastráis hacia vosotros y solo podemos arruinarnos juntos si me quedo con vosotros! Pero si estuviera solo, ¡yo! ¡Quizás podría al menos ser afortunado!»⁴⁶³

Naturalmente, Paul no abandona a su familia. Dronke termina, quizás de forma irónica, con la afirmación de que el «poder de la dulce costumbre» de Paul le siguió «atando» a los suyos. La familia solo emerge como una maldición. Que con ello se mantenga, aunque sea en negativo (y de forma acrítica) la promesa de la familia burguesa, como podríamos decir con Engels, es una cuestión que queda abierta.

Al final, justo antes de la muerte de Paul en el pabellón de indigentes del hospital Charité, el «cielo de los valores de la familia»⁴⁶⁴ se termina oscureciendo totalmente en la imagen de una pérdida completa de trascendencia. Después de que Paul haya contado a Marie que su mujer y sus hijos han muerto, ella intenta, como optimista declarada, animarle a él con la perspectiva absolutamente convencional de un reencuentro en el cielo: «Dios os volverá a unir en la vida eterna». La respuesta de Paul es corta

463 *Ibid.*, p. 82.

464 Precisamente este «cielo de los valores» es el punto de partida de un análisis crítico de la institución familiar en Albrecht Koschorke *et al.*, *Vor der Familie. Grenzbedingungen einer modernen Institution*, Konstanz, 2010, p. 7.

e implacable: «'No quiero saber nada de ninguna otra vida', dijo malhumorado el enfermo. 'Estoy harto de dejarme maltratar'». ⁴⁶⁵

«Nosotros, la gente pobre [...], creo que, si fuéramos al cielo deberíamos ayudar a tronar». ⁴⁶⁶ Mientras que Woyzeck todavía participa en el juego de la imaginación –¿como serían las cosas allí arriba?–, para Paul la simple oferta de un juego de este tipo es una exigencia excesiva. No solo no quiere dejarse «maltratar» en el cielo, sino que tampoco lo quiere, aquí y ahora, por medio de una perspectiva que vaya más allá de su simple e inminente final. Dronke se escapa siempre de la cursilería, de los clichés y de los comentarios de mal gusto del miserabilismo por medio de un lenguaje lacónico. Cuando se trata de poner ante los ojos la miseria se abstiene de adornarla. Sustituye los valores familíaristas y patriarcales como instancia de apelación por las cosas simples de la vida, de la reproducción, de la muerte. Que no haya ya ninguna chispa de esperanza, que Dronke consiga más bien –a saber, en los mejores momentos– desnudar la miseria de cualquier perspectiva consoladora (o vengativa) del más allá; en esto consiste la grandeza de esta literatura.

Con ello Dronke consigue ir más allá de Engels, ya que aunque su crítica era en gran medida apropiada y detallada, sus contrapropuestas positivas resultan toscas. Así, ya en los años cuarenta se podía prever que los «proletarios orgullosos, amenazadores y revolucionarios», ⁴⁶⁷ de los cuales Engels disfrutaba leyendo, resultarían igual o más cursis que el «hombre pobre» de Beck o incluso que los personajes desesperados de Dronke. Las fantasías de violencia revolucionaria de Engels, en las que una horda de proletarios furiosos castigan «por medio de una linterna» ⁴⁶⁸ a aquellos escritores miserabilistas que habían aprovechado su miseria social como capital literario, involuntariamente tienen un efecto no menos cómico que los productos poéticos de los «verdaderos socialistas» de los que se burla. ⁴⁶⁹

465 Dronke, «Reich und Arm», p. 87.

466 Georg Büchner, *Woyzeck*, MBA 7.1, p. 63.

467 MEW 4, p. 207.

468 *Ibid.*, p. 281.

469 Como réplica a la demanda expresada en la novela corta de Dronke «Die Sklaven der Intelligenz» (en: Dronke, *Aus dem Volk*, pp. 125-174), de que los escritores precarios y autónomos también pertenecen al proletariado, Engels escribe: «Si en algún momento los proletarios alemanes hacen balance de la composición de la burguesía y del

En estas fantasías también se legitima la miseria del presente por medio de una venganza futura, que aparece como una recompensa por aquella. La inexorabilidad sin trascendencia de Dronke iba aquí más lejos.

Misterios – Miseria

La quintaesencia de la crítica de Engels a Dronke y al resto de «verdaderos socialistas» estriba en que ellos no habrían *comprendido* realmente el mundo que intentan describir de forma realista y por lo tanto solo lo podrían representar como una simple coexistencia de hechos inconexos, lo que en definitiva no acarrea ninguna *comprensión crítica*, sino en el mejor de los casos lleva a *escandalizarse moralmente* por la situación del mundo. Esta crítica no se limita a los poetas alemanes de segunda y tercera fila; Engels y Marx la aplican también a los representantes más prominentes y más leídos de su tiempo de la literatura social francesa y de la teoría social: a Eugène Sue y Pierre-Joseph Proudhon.

Les Mystères de Paris [Los misterios de París] de Sue se publicaron por primera vez en noventa entregas entre junio de 1842 y octubre de 1843 en el periódico liberal *Journal des débats*, antes que la novela se editara como libro a finales de 1843. La obra se convirtió instantáneamente en un éxito internacional y fundó un género. En Alemania, en el mismo 1843 apareció ya una primera traducción; llegado 1848 ya se habían puesto en el mercado al menos diez imitaciones que aseguraban estudiar respectivamente los misterios de Berlín (¡tres veces!), Königsberg, Viena, Hamburgo, Ámsterdam y Bruselas. En la obra de cientos de páginas de Sue, el gran duque Rudolph von Gerolstein se sumerge de incógnito en el submundo parisino. Junto con su fiel criado Murph, salva a muchachas que habían caído en las garras de proxenetas y devuelve al buen camino incluso a peligrosos criminales, en ocasiones con medios violentos –el «maestro de escuela», por ejemplo, queda cegado por la acción de Rudolph, pero encuentra el arrepentimiento gracias a la ceguera–. En con-

resto de clases propietarias, entonces demostrarán con una linterna ante los señores literatos, la clase más miserable de todas las clases sobornables, en qué medida ellos también son proletarios» (MEW 4, p. 281). Tampoco Engels quiere saber nada, claramente, de los «*proletarios*» intelectuales.

traste con ello, Rudolph conoce también, como aristócrata, la alta sociedad de París –y la novela de Sue representa así tanto las tabernuchas como los salones de baile ante los ojos curiosos del lector.

Marx se ocupa ya de Sue en su primer libro (publicado junto con Engels), *La sagrada familia*, aunque aquí en cierto modo indirectamente, interviniendo en una polémica contra un adepto alemán de Sue (una vez más, como mucho, de tercera clase), «crítico de los críticos» y joven hegeliano, Szeliga-Wischnu.⁴⁷⁰ Este se había dirigido en un artículo a Sue y había elevado el título de la novela de Sue al concepto de «crítica»: «El señor Szeliga considera toda situación actual del mundo como un misterio. Pero mientras que Feuerbach descubre verdaderos misterios, el señor Szeliga transforma auténticas trivialidades en misterios. Su arte no consiste en descubrir lo que está oculto, sino en esconder lo que está a la vista».⁴⁷¹ Marx solo se enfrenta en un principio, por medio de una polémica que disecciona todo con detalle (y que resulta a menudo una tortura para el lector actual), a la mezcla de las esferas de la literatura y la teoría que propaga Szeliga, de forma ofensiva, cuando postula que «el crítico, si quiere, también puede ser poeta».⁴⁷² Marx sin embargo no la toma con el propio Sue. Reconoce incluso que todo lo que al ingenuo alemán Szeliga le parece un verdadero misterio metafísico ha de ser interpretado en Sue más bien como un refinamiento estético. La confrontación entre la plebe y los «altos vuelos», entre los márgenes y el saloncito no debe ser interpretada en Sue como una coexistencia no comprendida, y por tanto realmente misteriosa, sino como un efectivo contraste que provoca en el lector un deseo estético

470 Karl Marx y Friedrich Engels, *Die Heilige Familie*, op. cit. En *La sagrada familia*, Marx y Engels completan la ruptura final con el partido de los jóvenes hegelianos, al que despachan por medio de su figura central Bruno Bauer y sus seguidores. «Szeliga» es el pseudónimo del oficial berlinés y periodista Franz von Zychlin. La discusión con los jóvenes hegelianos, de los que Marx y Engels estaban todavía cerca también en sentido teórico; con Feuerbach y Stirner, continuará en *La ideología alemana* (en aquella época todavía sin publicar) (MEW 3). Véase al respecto el texto instructivo de Étienne Balibar, *Marx' Philosophie*, Berlín, 2013, especialmente el capítulo «Die Welt verändern: von der Praxis zur Produktion», pp. 37-74 [ed. en cast.: *La filosofía de Marx*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000], y Wolfgang Ißbach, *Gegenzüge. Der Materialismus des Selbst und seine Ausgrenzung aus dem Marxismus. Eine Studie über die Kontroverse zwischen Max Stirner und Karl Marx*, Frankfurt a. M., 1982.

471 MEW 2, p. 58.

472 *Ibid.*, p. 57.

irresistible: «El señor Eugen Sue (sic) cuenta en todas sus novelas con la curiosidad temerosa del lector»,⁴⁷³ dice Marx, y se esfuerza todo lo que puede en incitarla y manejarla. Mientras que Marx hace representante de la ridiculez a Szeliga, con Sue es más benévolo (al menos al principio) porque ve en el literato un cálculo estético. Al (aspirante a) teórico en cambio, cabe reprocharle un error de bulto en las categorías, una vergonzosa confusión entre arte y ciencia.

Pero que Sue sepa aprovechar, de la forma descrita, el capital estético –y como autor de éxito, también económico– de la miseria y en especial del gran contraste entre miseria y riqueza deberá empujar a Marx, tarde o temprano, a hacer una crítica a Sue.⁴⁷⁴ El mundo social está estructurado en Sue, con toda su confusión y depravación, a partir de la simple confrontación entre el bien y el mal. Es por ello que Rudolph, el superhéroe de Sue, puede asumir la tarea de «premiar a los buenos a su manera y castigar a los malos a su manera».⁴⁷⁵ El «reparto moral de felicidad»⁴⁷⁶ iniciado por Rudolph tendría para los afortunados, sin excepción, consecuencias desastrosas. El forzudo Chournier es adiestrado como si fuera un «bulldog moral» que defiende a su señor hasta la muerte;⁴⁷⁷ la anteriormente prostituida Marie, que antes siempre era «alegre y despreocupada», se transforma por medio de la educación de Rudolph en una «sierva de la conciencia del pecado» que convierte la «continua tortura hipocondríaca sobre sí misma [...] en el objetivo mismo de su existencia».⁴⁷⁸

Marx desvela el proyecto de Sue de reforma social y de la justicia integrada en su novela como un *collage* a partir de los «más tristes deshechos de la literatura socialista», especialmente de procedencia fourierista.⁴⁷⁹ Marx disecciona finalmente, con especial dedicación, los dos proyectos que juegan un papel destacado en Sue: un «banco de pobres» y la «granja modelo de

473 *Ibid.*, p. 59.

474 Véase el octavo capítulo, «Weltgang und Verklärung der 'Kritischen Kritik' oder 'die kritische Kritik' als Rudolph, Fürst von Gerolstein», en: MEW 2, pp. 172-221; escrito por Marx.

475 MEW 2, p. 205.

476 Expresión de Norbert Bachleitner, *Der englische und französische Sozialroman des 19. Jahrhunderts und seine Rezeption in Deutschland*, Amsterdam/Atlanta, 1993, p. 166.

477 MEW 2, p. 175.

478 *Ibid.*, p. 181.

479 *Ibid.*, p. 208.

Bouqueval». Aquí Marx simplemente calcula que estos proyectos no pueden funcionar económicamente: «el banco de pobres crítico se diferencia completamente de las grandes cajas de ahorros en que aquí el trabajador pierde sus intereses y el banco su capital», dice, y después: «La granja modelo de Bouqueval es una mera apariencia fantástica; su *fondo prestado* no son los terrenos naturales de Bouqueval, ¡sino el fabuloso bolsillo de la fortuna de Rudolph!»⁴⁸⁰ Que Marx no ataque los proyectos de Sue en un sentido literario sino económico tiene que ver con que lo que reconoce en ellos no son fantasías literarias, sino el decorado de las teorías socialistas del momento, que son las que realmente importan a Marx: cuando Marx ataca a Sue, quiere ir contra Proudhon.

Desde que escribió *Qu'est ce que la propriété?* [¿Qué es la propiedad?] en 1840, Proudhon se encontraba entre las figuras principales del movimiento socialista francés. El tema de fanfarria «*La propriété, c'est le vol!*» [¡La propiedad es un robo!], que se encuentra ya en la primera página del pequeño libro, está por todas partes en la literatura socialista alemana de los años cuarenta.⁴⁸¹ Después de que Marx simpatizara al principio durante algunos meses con las opiniones de Proudhon –precisamente el escrito sobre la propiedad representaba para Marx un puente desde la filosofía alemana hacia la economía política moderna–, se produce en el curso del año 1846 un distanciamiento, que se culmina finalmente en 1847, en el segundo libro de Marx: *Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon* [Miseria de la filosofía. Respuesta a la Filosofía de la miseria de M. Proudhon].⁴⁸²

Proudhon había publicado en 1846 su segunda gran obra, *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misère* [Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la

480 *Ibid.*, p. 212.

481 Pierre-Joseph Proudhon, *Was ist das Eigentum? Untersuchungen über die Grundsätze des Rechts und der Regierung*, Münster, 2013 [ed. en cast.: *¿Qué es la propiedad?*, Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2005].

482 Karl Marx, *Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon*, París/Bruselas, 1847 [ed. en cast.: *Miseria de la filosofía*, Madrid, Edaf, 2013]. La traducción alemana de Karl Kautsky y Eduard Bernstein fue publicada por Dietz en Stuttgart por primera vez en 1885, con un prólogo de Engels; en: MEW 4, pp. 63-182.

miseria], en la que exponía sus tesis filosófico-económicas en forma de dialéctica hegelianizante.⁴⁸³ Esta ambiciosa forma de representación es el punto de partida de la polémica de Marx; este muestra que Proudhon en realidad no está en absoluto familiarizado con las ideas de Hegel, y que la dialéctica proudhoniana representa como mucho una desfiguración del original. En este asunto, Marx aprovecha la discusión con las ideas de Proudhon sobre la economía política sobre todo para desarrollar por primera vez en este campo, de forma sistemática, sus propias reflexiones. Marx expone profusamente su crítica a Proudhon como crítica del lenguaje. Sin embargo, con ello se ocupa Marx en su polémica no solo de la cuestión misma –la «crítica de la economía política», como se dirá después–, sino también del problema de las formas de representación posibles de la crítica. En *Miseria de la filosofía*, Marx quiere superar, también en la teoría, el miserabilismo; implícitamente está elaborando con ello su propia idea, solo nombrado así posteriormente, de una «crítica por medio de la representación».⁴⁸⁴

Marx reprocha a Proudhon, al igual que al «crítico de los críticos» Szeliga, que se ocupe de situaciones que o bien sean claras o deberían ser clarificadas, y en vez de eso las embellezca como «misterios». En una breve observación preliminar se burla ya Marx del tono esotérico de Proudhon. El *Système* de Proudhon no se presenta como un «simple tratado de economía política, un libro corriente» sino como «una Biblia: ‘misterios’, ‘secretos arrebatados al mismo Dios’, ‘revelaciones’, no falta nada de eso».⁴⁸⁵ Del mismo modo que Szeliga no veía más que «misterios» por todos lados, porque había caído en la trampa del cálculo estético de Sue, así Proudhon también ha de ver misterios por todas partes, al no haber entendido a los autores económicos (que sí que critica con profusión de forma vergonzosa) ni haber compren-

483 Pierre-Joseph Proudhon, *System der ökonomischen Widersprüche oder: Philosophie des Elends*, Berlín, 2003 [ed. en cast.: *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, Madrid, Júcar, 1975]. La primera traducción al alemán del *Sistema* la llevaron a cabo Karl Grün y Wilhelm Jordan, y fue publicada por Leske en Darmstadt en 1847 bajo el título *Philosophie der Staatsökonomie oder Notwendigkeit des Elends* [Filosofía de la economía estatal o necesidad de la miseria].

484 Véase el subapartado «Exageración y distancia: el estilo de la crítica» en el tercer capítulo de este libro.

485 MEW 4, p. 66.

dido tampoco a Hegel, de cuya terminología no hace más que servirse. Frente al «profundo misterio de la oposición y el conflicto»⁴⁸⁶ que Proudhon percibe en la diferenciación entre valor de uso y valor de cambio, Marx pone en valor la rigurosa y sobria lógica de David Ricardo, que ha analizado esta diferenciación con toda la claridad deseable –la ha analizado hasta el punto de no reconocerla ya como un problema lógico, sino como *conflicto social*–. Desde el punto de vista de la crítica del lenguaje, Ricardo sigue siendo también para Marx, en el campo de la economía política, la medida de todas las cosas:

No cabe duda, el lenguaje de Ricardo no puede ser más cínico. Comparar los gastos de fabricación de los sombreros con los gastos de mantenimiento del hombre es transformar al hombre en sombrero.⁴⁸⁷ Pero no clamemos demasiado contra el cinismo. El cinismo está en las cosas, y no en las palabras que expresan las cosas. Algunos escritores franceses, como los señores Droz, Blanqui, Rossi y otros, se dan la inocente satisfacción de demostrar su superioridad sobre los economistas ingleses tratando de guardar la etiqueta de un lenguaje «humanitario»; si le reprochan a Ricardo y a su escuela su cínico lenguaje, es porque se sienten ofendidos al ver expuestas las relaciones económicas en toda su crudeza, al ver traicionados los misterios de la burguesía.⁴⁸⁸

La crítica del lenguaje no es una cuestión de gustos, sino que representa nada menos que una de las funciones fundamentales de la crítica: toda crítica de la ideología se presenta como crítica del lenguaje.⁴⁸⁹ Quien se escandaliza por el «lenguaje cínico» de los economistas políticos ingleses y en oposición se refugia en el «lenguaje ‘humanitario’ de los «escritores fran-

486 *Ibid.*, p. 71.

487 Marx había citado antes un pasaje de Ricardo: «*Disminuid el coste de producción* de los sombreros y su precio acabará por descender hasta su nuevo precio natural, aunque la demanda se hubiese duplicado, triplicado o cuadruplicado. *Disminuid el coste de la vida*, disminuyendo el precio natural de los alimentos y vestidos, con los que se sostiene el hombre, y los salarios descenderán, aunque la demanda de brazos hubiese aumentado extraordinariamente» (MEW 4, p. 82).

488 MEW 4, p. 82 y s..

489 Véase al respecto Theodor W. Adorno, *Der Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie*, Frankfurt a. M., 1964, p. 137 y ss. [ed. en cast.: *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*, Madrid, Akal, 2005, pp. 498]: «Que ese lenguaje es de hecho ideología, apariencia socialmente necesaria, puede inmanentemente descubrirse en la contradicción entre su cómo y su qué. La jerga, en su imposibilidad objetiva, reacciona a la incipiente del lenguaje mismo. Este se vende al mercado, a los disparates, a la vulgaridad dominante. O bien se sienta en el tribunal, se envuelve en la toga y refuerza así el privilegio. La jerga es la síntesis feliz, y por eso explota».

ceses», también renuncia con ello a descubrir la «cosa» misma y se atrinchera así tras las «palabras». Es tarea de la crítica cometer una traición. Debe denunciar las falsas lealtades al poder de la «burguesía» y divulgar su secreto empresarial: que el rey está desnudo, que no hay ningún «misterio». En el lugar de los «misterios de la burguesía» hay que colocar sin vergüenza alguna la verdad proletaria desnuda. Se deben reevaluar todos los valores éticos y morales: como la cosa misma es cínica, es un deber nombrarla de forma igualmente cínica. Quien pretenda que hay que hablar de forma «humanitaria» –¡con exclamaciones!– solo se convierte en cómplice del cinismo real de la situación.

En esta crítica a la escuela francesa de economía nacional se repite la crítica de Marx y Engels a la literatura miserabilista. También esta utiliza un lenguaje «humanitario», precisamente para protegerse de una verdadera comprensión del origen y la naturaleza de la miseria de la que se lamenta. Lo que le falta, sin embargo, a la literatura miserabilista, es el valor para desarrollar un «lenguaje cínico» que se ponga a la altura del cinismo real dominante.

Pero en la polémica de Marx contra Proudhon se encuentra también otra figura argumentativa extraída de la crítica de Engels a la literatura. Igual que los poetas del «verdadero socialismo» solo pueden representar elementos aislados de la vida social y confrontarlos simplemente de acuerdo a un sistema de clasificación moral, tampoco Proudhon puede hacer nada más que aislar los «dos lados» de cada cosa, «uno bueno y uno malo»,⁴⁹⁰ sin poder agrupar ambos como *momentos* de una contradicción en proceso. Donde los «verdaderos socialistas» de la literatura no pueden narrar más, los «verdaderos socialistas» de la teoría fracasan en la dialéctica.

Que Proudhon no sea un gran dialéctico le resulta extremadamente irritante a Marx, ya que va por ahí predicando lo contrario. La aplicación de la dialéctica a las cuestiones de la economía política, como Proudhon pretende haber hecho, se convertirá en una tarea vital para Marx. Por el momento, solo se burla de ello:

490 MEW 4, p. 131.

Veamos ahora las modificaciones que el señor Proudhon le impone a la dialéctica de Hegel al aplicarla a la economía política.

Para el señor Proudhon, cualquier categoría económica tiene dos lados, uno bueno y uno malo. Contempla estas categorías igual que el pequeño burgués contempla a los grandes hombres de la historia; Napoleón es un gran hombre, hizo muchas cosas buenas, también hizo muchas cosas malas.

El *lado bueno* y el *lado malo*, la *ventaja* y el *inconveniente*, considerados juntos, forman para el señor Proudhon la *contradicción* en el interior de cada categoría económica. Problema que hay que resolver: conservar el lado bueno eliminando el malo.⁴⁹¹

Con tablas en las que ordena los argumentos de Proudhon de acuerdo a los «lados buenos» y «malos», Marx lleva la burla al extremo: pues el «movimiento dialéctico»,⁴⁹² de cuya reconstrucción depende, seguramente no se puede exponer en forma de tabla –esto le queda claro a Marx–. Con la tabla, Marx pretende dejar claro que la teoría de Proudhon solo puede aislar hechos aislados donde habría que tratar de comprender conceptualmente un *proceso vivo* y de reconstruir las condiciones necesarias de una situación.⁴⁹³ Donde la dialéctica simplemente licua el pensamiento, en la medida en que representa «la coexistencia de ambas caras opuestas, su conflicto y su apertura en una nueva categoría»,⁴⁹⁴ el pensamiento pequeñoburgués de Proudhon conduce a una perpetuación de momentos, que se petrifican y se hacen estáticos. Todas las categorías de la economía política sobre cuya historicidad reflexiona Marx (valor, dinero, división del trabajo, competencia) aparecen en Proudhon como una «ley eterna» o «necesidad eterna»: ⁴⁹⁵ «la secuencia de categorías se ha transformado en una simple *estructura*. La dialéctica no es más que el movimiento de la razón absoluta. Ya no hay más dialéctica, sino como mucho pura moral». ⁴⁹⁶

De nuevo, la moralización de las condiciones dominantes sustituye a su comprensión. Pero donde no existe ninguna comprensión, también faltan los conceptos; y «donde faltan conceptos», como sabe el Mefistófeles de Goethe, «allí aparece una

491 MEW 4, p. 131.

492 *Ibid.*, p. 133.

493 *Ibid.*, p. 106 y ss.

494 *Ibid.*, p. 133.

495 *Ibid.*, pp. 144 y 158.

496 *Ibid.*, p. 133 y s.

palabra en el momento preciso»: al final, en Proudhon solo hay una «simple palabra» y una «forma retórica»; toda la dialéctica degenera en una simple «manera de hablar». ⁴⁹⁷

La miseria en relación con la producción, el mercado mundial y las necesidades

Si Marx quiere ir realmente más allá de Proudhon, entonces debe volver a poner en «movimiento» todas las categorías que Proudhon aísla y paraliza, representándolas como relaciones. Marx pone en relación aquí la miseria con otros elementos, en un sentido triple:

a) En primer lugar, Marx pone de relieve que la miseria solo se puede determinar con sentido en relación con la riqueza, y de forma más precisa: que ambas, miseria y riqueza, deben ser comprendidas como resultado de una relación social de producción. La miseria social y la riqueza social son ambas producidas, y con ello se reproducen al mismo tiempo las relaciones de clase. Las relaciones de producción muestran, sin embargo, su carácter «ambiguo» en tanto

que en las mismas relaciones en las que se produce la riqueza también se produce la miseria; [...] estas relaciones solo producen *riqueza burguesa*, esto es, riqueza de la clase burguesa, bajo una eliminación continuada de la riqueza de algunos miembros de esta clase y bajo la creación de un proletariado cada vez mayor. ⁴⁹⁸

La relación entre la miseria y la riqueza no es solamente recíproca porque los medios sean limitados. Cuando la producción social crece, también aumenta y se reproduce la oposición: la producción de miseria y de riqueza parte de una relación de explotación que depende directamente de la forma social del trabajo asalariado (y no simplemente de que los salarios sean bajos). ⁴⁹⁹ Que la explotación más cruda no entra en contradicción con una producción mayor, sino que ambas están condicionadas recíprocamente, es algo que deja claro Marx por medio de cifras que prueban el aumento de la productividad del trabajo social

497 *Ibid.*, pp. 145, 138, y 132.

498 *Ibid.*, p. 141.

499 Louise Otto-Peters subraya que la fábrica da al mismo tiempo «pan y miseria»; Otto-Peters, *Schloss*, p. 71.

en Gran Bretaña entre 1770 y 1840. De acuerdo a ellas, en 1840 se producía en un día de trabajo 27 veces más de lo que se producía setenta años antes:

De acuerdo con el señor Proudhon, habría que plantear la siguiente pregunta: ¿por qué el obrero inglés de 1840 no es 27 veces más rico que el de 1770? Al plantear semejante pregunta, se podría suponer, naturalmente, que los ingleses habrían podido producir estas riquezas sin que existieran las condiciones históricas en las que han sido producidas, condiciones como: acumulación privada de capitales, división moderna del trabajo, taller automatizado, competencia anárquica, trabajo asalariado, en fin, todo lo que se basa en el antagonismo de clases. Ahora bien, esas eran precisamente las condiciones de existencia para el desarrollo de las fuerzas productivas y del sobrante del trabajo. De forma que era preciso, para obtener este desarrollo de las fuerzas productivas y este sobrante del trabajo, que hubiese clases que se beneficiasen y otras que sufrieran.⁵⁰⁰

b) Que la miseria (y la riqueza) no se pueden determinar individualmente sino solo en las relaciones sociales implica para Marx, además, que para esta tarea no se puede adoptar un punto de vista nacional o individual. La determinación de la miseria social solo puede tener éxito en el presente, decía Marx en 1847, en el contexto del mercado mundial y de la división global del trabajo. Así, cuando la miseria material en Inglaterra descienda en algunas fases, tendremos que hablar también de «esos millones de obreros que tuvieron que perecer en las Indias orientales para procurarle al millón y medio de obreros que trabajan en Inglaterra en la misma industria tres años de prosperidad de cada diez».⁵⁰¹ Si el capitalismo es una relación de producción cuya producción de riqueza «depende del comercio mundial, del intercambio internacional y de la división internacional del trabajo», entonces hemos de suponer, nosotros también, una producción global de miseria, un mercado mundial de la miseria.⁵⁰²

500 MEW 4, p. 122 [ed. en cast., p. 190 y s.].

501 *Ibid.*, p. 123 y s.

502 *Ibid.*, p. 154. Si en la actualidad se critica el «nacionalismo metodológico» de las ciencias sociales y de la historia, corregido gracias a un giro global, en Marx podemos encontrar un primer defensor de estas ideas. Véase Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth, «Ergebnisse und Perspektiven», en: Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth (eds.), *Über Marx hinaus. Arbeitsgeschichte und Arbeitsbegriff in der Konfrontation mit den globalen Arbeitsverhältnissen des 21. Jahrhunderts*, Berlín/Hamburgo, 2009, pp. 557-600.

La investigación del contexto global representa la relación entre riqueza y miseria también como relación *intra-clase*, como relación y oposición potencial de intereses dentro de la «clase obrera mundial» (Marcel van der Linden).⁵⁰³ Debido a la competencia, que es inseparable de la división del trabajo y del mercado, la prosperidad de una parte del proletariado del mundo siempre va acompañada de la miseria de otra parte. Que las relaciones entre el Norte y el Sur se han flexibilizado desde la época de Marx, y que ya no está claro desde el principio quién gana y quién pierde en la competencia global no cambia nada de la relación estructural. Que el mercado mundial y la competencia internacional de los trabajadores ya era percibida y aceptada en el *Premarzo* como un desafío para la literatura se nos pone de nuevo de manifiesto con la llegada de los *esclavos blancos*.⁵⁰⁴

c) La miseria social debe ponerse en relación, finalmente, con las necesidades: así, solo se puede hablar de miseria o de pobreza cuando las necesidades no están cubiertas de forma duradera. ¿Pero qué son las necesidades? Proudhon presupone simplemente, según Marx, unas necesidades humanas de forma abstracta y ahistórica, sin preocuparse por los «detalles genealógicos» de su surgimiento.⁵⁰⁵ En vez de eso, las necesidades deben ser interpretadas como producidas socialmente y por tanto como históricamente variables. A partir del hecho de que las personas en las sociedades modernas tienen inevitablemente necesidades que presuponen la división del trabajo y el intercambio, Proudhon debe tratar también el intercambio y la división del trabajo como elementos dados, que no pueden ponerse ya en cuestión.⁵⁰⁶ En su teoría del valor, que se basa en la confrontación entre valor de uso y valor de cambio, Proudhon supone una «lucha entre dos poderes de algún modo inconmensurables»: el valor de uso se basa en la necesidad, y por el contrario el valor de cambio (o simplemente «el valor») se basa en una «opinión» o convención. Con

503 Véase Marcel van der Linden, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden, 2008.

504 Véase el apartado «Las posibilidades de la literatura: *Los esclavos blancos o el sufrimiento del pueblo* de Ernst Willkomm» en el sexto capítulo.

505 MEW 4, p. 69.

506 *Ibid.*, p. 68.

ello, Proudhon lleva a cabo una falsa ontologización de la parte del valor de uso y por tanto de las necesidades:

La mayor parte de las cosas solo tienen valor porque liberan de necesidades creadas por la opinión. La opinión sobre nuestras necesidades puede cambiar, y también la utilidad de las cosas, la cual solo expresa la relación de estas cosas con nuestras necesidades. Incluso las necesidades naturales cambian constantemente. De hecho, ¡hasta los objetos que sirven de alimento son diferentes entre los distintos pueblos!⁵⁰⁷

No hay necesidades naturales, remarca Marx, que no estén al mismo tiempo determinadas socialmente y con ello históricamente. «Toda la historia», se dice poco después en el texto, no es «más que una continua transformación de la naturaleza humana».⁵⁰⁸ Las necesidades se producen dentro de un sistema en el que solo pueden aparecer como demanda y como consumo. La demanda y el consumo son, sin embargo, productivas ellas mismas; son parte de una relación social de producción.

Con ello, el consumo ha de ser tratado como parte de una relación de clase, y también lo que se nos presenta como una «necesidad natural» está desde el principio marcado por la relación de clase. La sociedad de clases «dicta al consumo sus órdenes» en la medida en que adapta la calidad de los productos a las necesidades condicionadas por la clase:

El algodón, las patatas y el aguardiente son objetos de uso generalizado. Las patatas han producido escrofulismo; el algodón ha sustituido en buena medida a la lana de oveja y al lino, aunque el lino y la lana de oveja son en muchos casos mucho más útiles, aunque solo sea en relación a la higiene. Finalmente, el aguardiente ha vencido sobre la cerveza y el vino, aunque el aguardiente es reconocido generalmente como veneno [...] ¿Por qué, entonces, son el algodón, las patatas y el aguardiente la piedra angular de la sociedad burguesa? Porque para su producción se necesita menos trabajo y por tanto resultan mucho más baratos.⁵⁰⁹

Lejos pues, de recurrir de algún modo a una naturaleza previa a lo social, la naturaleza de las necesidades –y no solo simplemente su no satisfacción– representa ya bajo las condi-

507 *Ibid.*, p. 74.

508 *Ibid.*, p. 160.

509 *Ibid.*, p. 92 y s. En el caso del escrofulismo, se trata de una enfermedad de la piel en la zona del cuello que viene acompañada de erupciones y formaciones tumorales.

ciones capitalistas una *miseria*; «en una sociedad basada en la miseria, los productos más *miserables* tienen por naturaleza el privilegio [...] de servir para ser utilizados por la gran masa». ⁵¹⁰

Aquí se puede replicar que las patatas son siempre mejores que la *ausencia* de patatas; pero precisamente hacer este tipo de cálculos es lo que reprocha Marx a Proudhon. Pensar así significaría «aceptar la situación actual de las cosas; significa en definitiva [...] glorificar una sociedad sin comprenderla». ⁵¹¹ Puesto que si fijamos «necesidades naturales», si establecemos un mínimo para la existencia, se fijará también en la sociedad actual cuánto ha de ganar una persona para reproducir su existencia. Pero de ese modo, la (pre)suposición de necesidades naturales sirve al descenso de los salarios, ya que el salario se calcula de acuerdo a lo que el trabajador necesita para reproducir su fuerza de trabajo. Cuanto más bajo esté el listón mayor será el beneficio de los capitalistas, y mayor será también la miseria de los trabajadores. ⁵¹²

510 *Ibid.*, p. 93.

511 *Ibid.*, p. 93.

512 Sobre los presupuestos de este giro en la teoría del salario, Marx explica: «El trabajo, al ser en sí mismo una mercancía, se mide como tiempo de trabajo necesario para producir el trabajo-mercancía. ¿Y qué hace falta para producir el trabajo-mercancía? Nada más que el tiempo de trabajo necesario para producir los objetos indispensables para el mantenimiento incesante del trabajo, es decir, para que el trabajador sobreviva y pueda propagar su especie. El precio natural del trabajo no es más que el mínimo de salario*. Si el precio corriente del salario se eleva por encima del precio natural, es precisamente porque la ley del valor, convertida en un principio por el señor Proudhon, se ve contrabalaceada por las consecuencias de las variaciones de la relación entre la oferta y la demanda. Pero el mínimo de salario no deja de ser el centro en torno al cual gravitan los precios corrientes del salario (MEW 4, p. 83) [*Miseria de la filosofía*, p. 120 y s.]; con el * se señala una nota de Engels de la edición alemana de 1885: «La afirmación de que el precio 'natural', es decir, normal, de la fuerza de trabajo coincide con el mínimo de salario, esto es, con el equivalente en valor de los alimentos absolutamente necesarios para la vida y la reproducción del trabajador, esta afirmación la formulé en primer lugar en los 'Umrissen zu einer Kritik der Nationalökonomie' [Apuntes para una crítica de la economía política] (*Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844) y en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Como se ve aquí, Marx había aceptado ya entonces esta afirmación. Lassalle la tomó de nosotros dos. Pero aunque en la realidad el salario tiene la tendencia continua a acercarse a su mínimo, la afirmación precedente es sin embargo falsa. El hecho de que la fuerza de trabajo se remunere de media por debajo de su valor no puede cambiar su valor. En *El capital*, Marx corrige la afirmación anterior (apartado 'Compra y venta de la fuerza de trabajo') al mismo tiempo que desarrolla las condiciones que permiten a la producción capitalista (cap. XXIII, 'Ley general de la acumulación capitalista') presionar más y más el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor» (MEW 4, p. 83).

Pobreza y calidad de vida: *disposable time* [tiempo disponible]

Si la situación de las «clases trabajadoras» en su conjunto había «mejorado» o más bien había empeorado por el desarrollo industrial capitalista era ya para Marx una «cuestión muy controvertida».⁵¹³ Esta discusión no solo determina los debates del momento, sino también el debate historiográfico sobre esta época. En sus artículos «The British Standard of Living, 1790–1850» y «The Standard of Living Debate: a Postscript», de 1957 y 1964 Eric Hobsbawm vuelve la vista a una discusión que duraba ya treinta años.⁵¹⁴ Después de que desde Marx dominara la discusión una escuela «pesimista», por la cual la Revolución Industrial habría tenido unas consecuencias desastrosas en los estándares de vida de los trabajadores pobres [*labouring poor*], apareció en escena desde los años 1920, con John H. Clapham y T. S. Ashton, una escuela «optimista» de historiadores económicos que sostenían precisamente lo contrario y que lo documentaban con material estadístico sobre el desarrollo de los salarios reales. La entrada en acción de la generación de historiadores de Hobsbawm y E. P. Thompson no consistió simplemente en producir de nuevo una hegemonía de la escuela «pesimista», sino más bien en modificar toda la pregunta: ¿los datos «económicos» (en un sentido puramente cuantitativo y material) eran realmente suficientes para comprender suficientemente los estándares de vida de un grupo de población, o habría que incluir también aspectos «sociales» o «culturales»?⁵¹⁵ Y si fuera este el caso, ¿cómo se pueden determinar estos factores «blandos», socioculturales?

Ludwig Tieck se refiere en un apartado de su obra *El joven ebanista* al debate inglés sobre los «estándares de vida», que ya existía a principios del siglo XIX.⁵¹⁶ Leonhard sostenía, como ya se ha citado, que «las fábricas y la elogiada división del trabajo

513 MEW 4, p. 123.

514 Eric Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790–1850» y «The Standard of Living Debate: a Postscript», en: Hobsbawm, *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres, 1986 [1964], pp. 64-104 y 120-125 [ed. en cast.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979].

515 Hobsbawm, «Standard Postscript», p. 122.

516 Sobre este debate entre poetas e historiadores, véase W. A. Speck, «Robert Southey, Lord Macaulay, and the Standard of Living Controversy», en: *History. The Journal of the Historical Association* 86.284 (2001), pp. 467-477, así como el capítulo «Winners and Losers: Living through the Industrial Revolution» en: Emma Griffin, *A Short History of the British Industrial Revolution*, Nueva York, 2010, pp. 144-161.

eran ya un viejo invento» que tenían sentido para la producción de «ciertas cosas insignificantes como agujas, clavos y similares» porque podían ser producidas «de forma rápida y barata». Lo que le irrita aquí a Leonhard es que la forma de la fábrica se extiende a terrenos en los que la división del trabajo no es apropiada. Su ejemplo es históricamente significativo: «y lo beneficioso que resulta que cualquiera pueda llevar un reloj malo e inservible en su bolsillo es algo que pongo en duda, ya que las obras verdaderamente buenas se venden ahora incluso más caras que como se vendían en los primeros tiempos tras su invención».⁵¹⁷

Que de pronto «cualquiera» opine que debe tener un reloj, de pared o de bolsillo, puede ser tomado, por un lado, como ejemplo de una «revolución de las pretensiones».⁵¹⁸ Aunque la propiedad de un reloj fue signo, durante mucho tiempo, del «privilegio de la nobleza provincial, de los maestros, de los agricultores y de los comerciantes», según escribe E. P. Thompson en su revolucionario ensayo sobre «el tiempo, la disciplina de trabajo y el capitalismo industrial», a partir de 1790 se produce una masificación de artículos de consumo y joyas; será cada vez más usual que los simples trabajadores del campo, tejedores manuales y trabajadores de las manufacturas adquieran un reloj.⁵¹⁹ Tal vez no sea una moda, ya que «los relojes de pared y de bolsillo tienen gran aceptación [...] en el momento exacto en que la Revolución Industrial exige una mayor sincronización del trabajo».⁵²⁰

La división del trabajo, pero también el sistema salarial hacen necesaria, en el curso de la Revolución Industrial, una normalización y una sincronización estandarizada del tiempo. La «nueva disciplina del tiempo» finalmente se «interioriza», lo que conduce a Thompson a hablar de una remodelación radical de la naturaleza social de las personas y de sus costumbres laborales.⁵²¹ Esta transformación antropológica se corresponde, sin embargo, con una reducción antropológica que el Leonhard

517 Tieck, *Tischlermeister*, p. 76.

518 Kocka, *Traditionsbindung*, p. 373.

519 E. P. Thompson, «Zeit, Arbeitsdisziplin und Industriekapitalismus», en: Thompson, *Plebeische Kultur*, pp. 34-65, aquí p. 43 y s. [ed. en cast.: «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en: *Costumbres en común*, Madrid, Capitán Swing, 2019].

520 Thompson, «Zeit», p. 43.

521 *Ibid.*, p. 58 y s.

de Tieck lamenta. La implementación del nuevo tiempo industrial o de la fábrica no tiene lugar en el vacío, sino que ha de ser comprendida como un ataque a otras representaciones y distribuciones del tiempo tradicionales. El «ataque a las costumbres, juegos y festividades populares» que describe Thompson, la reestructuración del «calendario anual laboral irregular, con sus días de fiesta tradicionales y sus ferias» así como la lucha contra el «San Lunes» describen con precisión toda una remodelación del régimen social del tiempo, de lo que también Leonhard se lamenta.⁵²² Con el ritmo de las fiestas desaparece el ordenamiento cíclico gremial de la vida, que según Leonhard, daba sentido y dignidad a la existencia en los viejos tiempos. Cuando los «nuevos legisladores» ponen en el punto de mira «los viejos juegos, canciones, chistes y brebajes tradicionales», así como a «las fiestas populares, actos, procesiones, música y baile», entonces pronto la vida ya no es otra cosa que una «vida desnuda».⁵²³

Para Thompson, la difusión de los relojes es un ejemplo sencillo de la producción de necesidades capitalista. El anhelo por la propiedad de un reloj propio es una de aquellas «necesidades que el capitalismo industrial despierta para satisfacer su propio desarrollo».⁵²⁴ Por medio de la difusión de los relojes se estabiliza el nuevo régimen del tiempo como conciencia cotidiana del tiempo, lo que además aumenta la disciplina en las horas de trabajo. A la vez, los talleres de relojes se convierten en talleres altamente especializados por medio de la necesaria producción en masa de nuevos relojes y se transforman en un nuevo sector industrial en gran medida mecanizable.⁵²⁵

Precisamente este contexto, en el que las personas convierten su propio disciplinamiento en una necesidad que creen poder satisfacer por medio de la adquisición de un reloj, es lo que indigna al Leonhard de Tieck. Los «malos» relojes de fabricación

522 *Ibid.*, pp. 53 y 48.

523 Tieck, *Tischlermeister*, p. 62. Véase al respecto los apartados «Representación gremial» y «Política afectiva desde arriba» en el primer capítulo del presente estudio.

524 Thompson, «Zeit», p. 43.

525 Sobre el papel de los artesanos relojeros en los impulsos a la innovación técnica a principios de la Revolución Industrial véase Thompson, «Zeit», p. 41. Justus Möser recurrió precisamente a los ebanistas y relojeros para ilustrar el hundimiento de la destreza artesanal y la pérdida de estatus social que le acompañaba. Véase Möser, «Verfall», p. 182 y s.

industrial, de los cuales últimamente «cualquiera» cree poder pavonearse, son para Leonhard un símbolo que condensa materialmente una mala época y una mala organización temporal. Un tiempo en el que no hay ninguna pausa para las personas, y que en cierto modo se ha convertido en sí mismo en una mercancía. Las personas venden su fuerza de trabajo y se entregan a una «actividad completamente mecánica y despiadada [...] que atonta», mientras miran en su reloj –¡comprado con su salario!– cómo se van desprendiendo de su tiempo de vida. En definitiva, con un reloj malo, la persona lleva su propia alienación «en el bolsillo». El reloj como símbolo central muestra ya en Tieck muchos rasgos de ese complejo que Marx analizará posteriormente como «el carácter fetichista de la mercancía».⁵²⁶

Mientras que la difusión de los relojes se podría ver, en sentido positivo, como signo del desarrollo de una riqueza que estimula las aspiraciones de las capas bajas, y como símbolo de una democratización del lujo, Leonhard observa de nuevo la tensión que sigue existiendo bajo la superficie social. Pues el reloj no es solamente el reloj, y la «obra realmente buena» –y el tiempo realmente bueno, se podría completar– la conservan los ricos para ellos, del mismo modo que se reservan para ellos también «tácitamente muchas formas de utilizar y de perder el tiempo» con el objetivo de «formarse». Y eso ya no se lo quieren conceder a las personas de las «capas inferiores».⁵²⁷

A partir de la discusión histórica sobre la constitución del régimen temporal del capitalismo industrial, Thompson intenta, al final de su artículo, abordar la cuestión de qué podría ser hoy, en esta fase de desmantelamiento del capitalismo industrial, un índice de la calidad de vida real –más allá de las condiciones y los valores del propio capitalismo industrial–. Un índice tal podría ser *realmente* el tiempo libre: tiempo que estuviera liberado de la «valoración puritana del tiempo, de la valoración del tiempo como mercancía».⁵²⁸ Thompson sueña finalmente con un nuevo

526 Véase al respecto MEW 23, pp. 85-98.

527 Tieck, *Tischlermeister*, p. 78 y s.; Thompson, «Zeit», p. 43, confirma en sentido socio-histórico el diagnóstico que da origen a las quejas de Leonhard: «Aunque algunos pusieron en el mercado relojes muy baratos –y también de escaso valor–, los precios de los modelos eficientes siguieron siendo todavía durante varias décadas inasequibles para los artesanos».

528 Thompson, «Zeit», p. 64.

«arte de la vida», que sería necesario para poder valorar el tiempo de otra manera y para hacer que ese tiempo revaluado sea compatible con las necesidades de una «industria altamente sincronizada y automatizada», que a su vez es indispensable para la producción continua de «tiempo libre». En consecuencia, el ser humano debería

combinar en una nueva síntesis elementos de lo antiguo y lo nuevo, encontrando imágenes no surgidas ni de las estaciones ni del mercado, sino de acontecimientos humanos. La puntualidad en el trabajo expresaría el respeto hacia los compañeros de trabajo. Y el pasar el tiempo sin finalidad sería un tipo de comportamiento visto con aprobación por nuestra cultura.⁵²⁹

De manera silenciosa, aparece aquí en Thompson una utopía que Marx había esbozado ya de forma similar en el borrador de *El capital* –y que después, no por casualidad, no pasó a la edición definitiva–. Si la socialidad ya no se produjera de forma indirecta e inconsciente sobre la comparación y el intercambio del valor del «tiempo de trabajo necesario socialmente», sino de forma directa y consciente, entonces la economía al completo se diluiría, según Marx, en una «economía del tiempo». Facilitar «tiempo disponible» [*disposable time*] sería por tanto el objetivo de la producción social: «Pues la verdadera riqueza es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. Así, la medida de la riqueza ya no es de ningún modo el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible».⁵³⁰

Quizás estemos aquí ante una actualización del «viejo sueño de los seres humanos ociosos».⁵³¹ Seguramente Thompson y Marx echan mano de elementos del «anticapitalismo romántico», que siempre se rebela contra la «religión del trabajo» –según dice Georg Lukács con Paul Lafargue– y lleva a cabo su «lucha por la ociosidad». El «lenguaje metafórico» de los románticos (su *imagery*)⁵³² puede aquí ayudar a plantear la cuestión de la riqueza y la pobreza más allá de unos conceptos marcados desde el principio

529 *Ibid.*, p. 64 [ed. en cast., p. 528].

530 MEW 42, p. 604.

531 Birger P. Priddat, «'Reiche Individualität' – Karl Marx' Kommunismus als Konzeption der 'freien Zeit für freie Entwicklung'», en: Ingo Pies y Martin Leschke (eds.), *Karl Marx' kommunistischer Individualismus*, Tübingen, 2005, pp. 124-146, hier p. 129.

532 E. P. Thompson, «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», en: Thompson, *Customs in Common*, Pontypool, 1991, pp. 352-403, aquí p. 402.

por los valores dominantes. Precisamente en el «escapismo» de los románticos se encuentra su mayor potencia para la crítica social. Pues aunque la imaginación retrospectiva de un orden temporal basado en los gremios, en la que se explaya el Leonhard de Tieck, tenga un marcado carácter ideológico, en ella se puede ver cómo el «tiempo libre» que surge del individuo no ha de ser necesariamente un tiempo individualista, sino que también puede ser *tiempo compartido*. Compartido colectivamente como el tiempo de las fiestas y las actuaciones o compartido de forma íntima con amigos, como en las interminables conversaciones de las que Tieck nos hace partícipes en *El joven ebanista* y en el resto de innumerables relatos de su época tardía.

El tiempo como tiempo libre, como *tiempo disponible*, es una forma hueca en la que todo puede llegar a ser, en cuyo nombre se crea la subjetividad individual y colectiva: gusto, formación, derroche, naturaleza, cultura... Sin *tiempo disponible* no habría ninguna poesía, especialmente ninguna poesía de la clase-. Pero sin poesía de la clase tampoco hay *tiempo disponible*. La formación de una clase combativa y consciente es la condición de posibilidad previa de su autoabolución en el imperio del tiempo libre. La clase debe luchar, en primer lugar, por aquello que la hace posible como clase. Al mismo tiempo, lucha contra sí misma y por aquello que, como clase, como clase trabajadora, la hará de nuevo superflua.⁵³³ La coincidencia compleja entre factores de la autoabolución –la condición de posibilidad de la clase es al mismo tiempo la condición que la hace superflua: el *tiempo disponible*– solo se puede dar en la lucha y *como lucha*. La lucha de clases, como proceso mismo de constitución y destitución de clases, es siempre una *lucha por el tiempo*. Es una lucha por el hecho de que «ciertas personas o clases sociales tengan más tiempo que otras, y de esto» –según Jacques Derrida– «es de lo

533 Sobre cómo la lucha por lo más cercano, por ejemplo por la reducción del tiempo de trabajo, al mismo tiempo puede ser una lucha por lo más lejano, y por la utopía misma, véase Ernst Bloch, *Das Prinzip Hoffnung*, Bd. 2, Frankfurt a. M., 1985 [1959], el capítulo «Achtstundentag, Welt in Frieden, Freizeit und Muße», pp. 1039-1088, y aquí especialmente el último apartado: «Muße, als unerläßliches, erst halb erforschtes Ziel», pp. 1080-1088 [ed. en cast.: *El principio esperanza*, 3 vols., Madrid, Trotta, 2006, vol. 1, capítulo «Jornada de ocho horas, mundo en paz, tiempo libre y ocio» (pp. 485-528) y apartado «El ocio como objetivo inexcusable, pero solo a medias investigado» (pp. 523-528)].

que se trata con seriedad en la economía política». ⁵³⁴ Sin embargo, la lucha de las clases *por* el tiempo es siempre también, para la clase trabajadora, una lucha *contra* el tiempo. Y los combatientes de la Revolución de Julio de 1830 también sabían esto, como lo pusieron de manifiesto simbólicamente: al final del primer día de lucha, según cuenta Walter Benjamin, «en varios sitios de París, en acciones independientes y simultáneas, se disparó a los relojes de las torres». ⁵³⁵

534 Jacques Derrida, *Falschgeld. Zeit geben I*, Múnich, 1993, p. 43 [ed. en cast.: *Dar (el) tiempo. La moneda falsa*, Barcelona, Paidós, 1995].

535 Benjamin, «Begriff der Geschichte», *These XV*, p. 103 [ed. en cast.: «Tesis sobre el concepto de historia», tesis XV, en: *Iluminaciones*, p. 316].

5

TRABAJO ASALARIADO Y ESCLAVITUD: PROMESAS INCUMPLIDAS DE LIBERTAD

La esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado representan diferentes soluciones históricas y sociales a un problema general que en lo esencial persiste.

Fernand Braudel⁵³⁶

Que la vida de una parte cada vez mayor de la población dependiera del cortejo triunfal del capitalismo era algo que en el *Premarzo* se percibía todavía en muchos lugares como un escándalo; el extendido concepto del *labouring poor* [trabajador pobre] es muestra de ello.⁵³⁷ Los observadores de la época ven claramente que el régimen del trabajo asalariado no solo va acompañado de una depauperación, sino que la esencia misma de lo social se transforma: el individuo y la sociedad solo deben estar ligados recíprocamente por el famoso e infame «*cash nexus*» [vínculo monetario] (Thomas Carlyle), cualquier otra forma de vinculación está bajo sospecha de ser anticuada y retrógrada. Los defensores

536 Fernand Braudel, *Sozialgeschichte des 15–18. Jahrhunderts, Bd. 3: Aufbruch zur Weltwirtschaft*, München, 1986, p. 65.

537 Sobre el concepto de «*labouring poor*» [trabajador pobre] véase Marx, *Kapital* I, MEW 23, p. 788: La expresión «*labouring poor*» hace su aparición en las leyes inglesas a partir del momento en que la clase de los asalariados se vuelve digna de mención. El término «*labouring poor*» se aplica por oposición, de una parte, al «*idle poor*» [pobre ocioso], mendigos, etc.; de otra parte, al trabajador que aún no es gallina desplumada, sino propietario de sus medios de trabajo. De la ley, la expresión «*labouring poor*» pasó a la economía política, desde Culpeper, Josiah Child, etc., hasta Adam Smith y Eden» [*El capital*, Libro I, cap. XXIV, p. 852, nota 248]. Los añadidos entre corchetes se deben a los editores [N. del T.: esto vale también para la edición en castellano].

de las viejas formas se convierten entonces, de repente, en románticos ciegos a la realidad.⁵³⁸

Lo novedoso de la situación condujo a los observadores de la época, paradójicamente, a emplear viejos conceptos y argumentos conocidos –un viejo *lenguaje metafórico*–, simplemente para hacer comprensible lo nuevo. Con el trabajo asalariado, se hizo recurrente la comparación con el tema de la esclavitud. A los trabajadores asalariados «libres» se les llamo de repente por todas partes, en la literatura y el periodismo, «esclavos blancos».

Alegorías de clase: «Steam King» y «White Slaves»

Fue Engels quien importó a Alemania desde Inglaterra el discurso de los «white slaves», esclavos blancos. En su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de 1845, da la razón a los «Tories humanos», quienes «nombraban a los trabajadores de las fábricas como *white slaves*, esclavos blancos», y fundamenta la legitimidad de esta denominación citando un poema de Edward P. Mead, un poeta cercano a los cartistas:

Hoy vive un rey, un príncipe iracundo
Como el poeta nunca lo soñó,
Tirano conocido por el blanco esclavo:
Este salvaje rey es el vapor.

538 La expresión «*cash nexus*» no se encuentra en forma literal en Carlyle; en su ensayo «Chartism» –una decidida toma de partido a favor del movimiento obrero temprano–, describe su tiempo como «*these complicated times, with Cash Payment as the sole nexus between man and man*» [estos tiempos complicados, en los que el único nexo entre un hombre y otro es el pago en efectivo] (Thomas Carlyle, *Chartism*, Londres, 1840, p. 66). En *Past and Present*, su gran ensayo sobre la situación de la nación en 1843, Carlyle utiliza esta formulación en sus diversas variantes en repetidas ocasiones; Thomas Carlyle, *Past and Present*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2005, pp. 149, 170, 186, 188 y 189. Aquí se refiere claramente con *cash nexus* al trabajo asalariado como forma social: «*We have profoundly forgotten everywhere that Cash-payment is not the sole relation of human beings; we think, nothing doubting, that it absolves and liquidates all engagements of man. 'My starving workers?' answers the rich Mill-owner: 'Did not I hire them fairly in the market? Did I not pay them to the last sixpence the sum covenanted for? What have I to do with them more?'*» (p. 149) [Hemos olvidado profundamente en todo lugar que el pago en efectivo no es la única relación entre los seres humanos; pensamos, sin dudar, que absuelve y liquida todo compromiso entre los hombres. '¿Mis famélicos trabajadores?', responde el rico propietario del molino, '¿no los he contratado justamente en el mercado? ¿No les he pagado hasta el último centavo convenido? ¿Qué más he de hacer con ellos?']. Engels dedicó a *Past and Present* una reseña extremadamente elogiosa en los *Deutsch-Französischen Jahrbücher*; véase Friedrich Engels, «Die Lage Englands von Friedrich Engels in Manchester, 'Past and Present' by Thomas Carlyle, London 1843»; MEW 1, pp. 525-549.

Un solo brazo tiene, y es de hierro;
Y aunque este brazo tiene, nada más,
Trabaja con tan mágico poder
Que mil y mil vencidos por él son.

Como Moloch, su fiero abuelo, antaño
Habitante en el valle de Himmon,
En las vísceras solo fuego tiene,
Y para el, los niños pasto son.

Sus sacerdotes, ávida cohorte
Soberbia, sin humanidad
Guían su mano gigantesca, y oro
Sacrílego, de sangre hacen brotar.

De los humanos el derecho ultrajan
Por el oro, Dios que ellos solo saben adorar,
Se alegran de los llantos de mujeres
Y escarnecen del hombre el sollozar.

A sus oídos, gratos son los gritos
Del infeliz que combatiendo muere:
Esqueletos de vírgenes y niños
En el infierno están del rey vapor.

¡Infiernos en la tierra! Ellos la muerte
Acrecentaron, por el imperio de este rey,
Que los humanos cuerpos y las almas
Rápidamente suele destrozar.

¡Que muera ya el vapor, Moloch salvaje!
Trabajadores todos, acudid.
Parad su mano, o en oscura noche
La tierra se hundirá.

Y también a sus siervos, torpes amos
Tintos en sangre y rebosantes de oro,
¡Destruýalos la cólera del pueblo
Como al horror, su Dios!⁵³⁹

539 MEW 2, p. 405 y s. El título del poema era en el original «The Steam King», y tenía dos estrofas más. Se ha reeditado en Peter Scheckner (ed.), *An Anthology of Chartist Poetry: Poetry of the British Working Class, 1830s–1850s*, Cranbury/Londres/Mississauga, 1989, p. 287 y s. El poema fue publicado el 11 de febrero de 1843 en el semanario *The Northern Star*, el órgano más importante del cartismo. La ambiciosa

Mead y Engels describen el poder físico y político-social de la industria en una alegoría monstruosa: «el rey iracundo» aparece como el «Dios monstruo» caníbal del viejo testamento,⁵⁴⁰ que domina el mundo y a los humanos por medio de una «cohorte de sacerdotes» que a su vez utiliza despiadadamente el poder de su ídolo para su propio enriquecimiento –y por arte de magia convierten la sangre en «oro»–.⁵⁴¹ El lenguaje metafórico de la Biblia, del que se alimenta el «imaginario cartista» de Mead,⁵⁴² coloca a los ídolos y a sus sacerdotes contra el «pueblo», cuya «cólera» causará finalmente la caída del falso Dios y la reinstauración del verdadero. En este sentido el poema de Mead también participa de aquel mesianismo especialmente característico de la poesía cartista.⁵⁴³ El poema mismo se convierte así en una «llamada a la acción».⁵⁴⁴

La comparación: la «política de la esclavitud» de Weitling⁵⁴⁵

La obra *Garantien der Harmonie und Freiheit* [Garantías de la armonía y la libertad] de Wilhelm Weitling –seguramente el

traducción se la debemos a Engels mismo, que se ocupó de traducir poemas del movimiento obrero inglés al alemán, y también en sentido contrario, poemas alemanes al inglés –como por ejemplo «Die schlesischen Weber» [Los tejedores de Silesia] de Heine–. La traducción de Engels apareció el 13 de diciembre de 1844 en *The New Moral World*, el periódico de los owenitas; véase MEW 2, p. 512 y s. [ed. en cast.: *La situación de la clase...*, p. 177]. El papel y la importancia de Engels como traductor merecerían una investigación específica.

540 Edward P. Mead, «The Steam King», p. 288.

541 La personificación de los sacrificios rituales de niños que aparecen en el Antiguo Testamento bajo el nombre de «Moloch» en forma de un tenebroso rey, se conoce en la tradición británica desde el Moloch de Milton, ese «*horrid King besmear'd with blood / Of human sacrifice, and parent's tears*» [horroroso rey (que) se embadurnó de sangre / de sacrificios humanos y de lágrimas de los padres] (John Milton, *Paradise Lost*, en: Milton, *Milton's Poetical Works in Two Volumes*, Bd. 1, Nueva York, 1831, pp. 15-274, aquí p. 25 [Libro I, Vers. 392 y s.]) [ed. en cast.: *El paraíso perdido*, Madrid, Cátedra, 2006]. Sobre las metáforas de la gran industria como un «monstruo» que a su vez da a luz a otro monstruo, véase Patrick Brantlinger, *The Reading Lesson. The Threat of Mass Literacy in Nineteenth Century British Fiction*, Bloomington, 1998, el capítulo «The Reading Monster», pp. 49-68, especialmente p. 67 y s.

542 Sobre la «política de la forma» cartista véase Margaret Loose, *The Chartist Imaginary. Literary Form in Working-Class Political Theory and Practice*, Columbus, 2014.

543 Véase Mike Sanders, *The Poetry of Chartism*, Cambridge, 2009, pp. 205-223.

544 Sobre el aspecto activista del poema de Mead, véase Linda K. Hughes, *The Cambridge Introduction to Victorian Poetry*, Cambridge, 2010, p. 120. Hughes remarca además aquí que la «alusión bíblica» del Moloch devorador de niños estaba motivada por la excesiva utilización de trabajo infantil en la industria de la época.

545 Este apartado y parte de los siguientes se encuentran desarrollados en la edición ampliada de Patrick Eiden-Offe, «Weisse Sclaven, oder: Wie frei ist die Lohnarbeit? Freie und unfreie Arbeit in den ökonomisch-literarischen Debatten des Vormärz», en: Nickel, *Geld*, pp. 183-214.

borrador más elaborado de un programa del primer socialismo en alemán-, publicada en 1842, despliega en su segunda parte todo un plan para una «reorganización comunista de la sociedad», para la creación de una sociedad de los iguales. A ello le antepone Weitling en la primera parte de su escrito programático un largo relato histórico-filosófico que pretende aclarar el «surgimiento de los males de la sociedad». ⁵⁴⁶ Partiendo de un «estado primitivo de la sociedad» reconstruye la génesis de la desigualdad del mundo: desigual reparto del trabajo, desigual reparto de las riquezas y desigual reparto del poder. ⁵⁴⁷

La reconstrucción de Weitling de la desigualdad dominante gira sistemáticamente en torno al concepto de propiedad. Tras la «aparición de la propiedad mobiliaria» e «inmobiliaria», el verdadero pecado original del ser humano coincide en el relato de Weitling con la «aparición de la esclavitud». En la esclavitud, «el concepto de propiedad» se amplía y abarca «hasta el ser humano mismo». Y así se afianza y consolida de forma institucional la desigualdad entre las personas. Weitling dramatiza la introducción de la esclavitud como una especie de hito antropológico-civilizatorio. Con ella el ser humano deja de ser un «fiel retrato de Dios». Ya no hay un ser humano, sino «dos clases de seres humanos, los que trabajan y los que no trabajan. Los señores y los siervos». ⁵⁴⁸

Weitling resalta el significado de la esclavitud por medio de dos argumentos contrapuestos pero complementarios: por un lado, con ella se pierde el último recuerdo de aquel «estado primitivo» en el que no era pensable la fortuna de uno sin la fortuna del otro –la suerte era la suerte de la igualdad–; ⁵⁴⁹ por

546 Véase Weitling, *Garantien*, pp. 9-120.

547 La situación originaria no es tanto para Weitling un supuesto histórico real sino más bien una construcción de una lámina transparente sobre la cual perfilar con más detalle las «desgracias del presente»: «¡Qué brecha entre entonces y hoy! ¡Cómo ha cambiado la situación de la sociedad en nuestros países civilizados de hoy en día!» (Weitling, *Garantien*, p. 10).

548 Weitling, *Garantien*, p. 42. Weitling observa aquí una transformación antropológica por la que los seres humanos van perdiendo la conciencia de una pertenencia común a la especie. Sobre la «des-socialización» y la «despersonalización» de los esclavos véase Claude Meillassoux, *Anthropologie der Sklaverei*, Frankfurt a. M./Nueva York/París, 1989, pp. 101-109 [ed. en cast.: *Antropología de la esclavitud*, México, Siglo XXI, 1990].

549 Véase Weitling, *Garantien*, p. 10: «Afortunado solo es quien está contento, y solo puede estar contento quien puede tener todo lo que puede tener el otro».

otro lado, sin embargo, el desarrollo conceptual de la esclavitud lleva a Weitling a exagerar la situación de la sociedad de su momento, como si todavía estuviera bajo la esclavitud. Así, «¿podría el ser humano hundirse más todavía?» –se pregunta Weitling, y responde: sí-. Pues el ser humano se puede someter también al dinero, cuya «invención» conduce a una corrupción definitiva del cuerpo social.⁵⁵⁰ El dinero aparece en primer lugar, en el relato de Weitling, no como medio del intercambio social, sino como generador y estabilizador de la desigualdad social, como instrumento del mando sobre el trabajo social: por medio del dinero aparece finalmente –como encarnación de todos los «males sociales»– «la escandalosa diferencia de clases en la sociedad».⁵⁵¹

Weitling define en términos generales la explotación moderna del trabajo, mediada por el dinero, diferenciándola de la esclavitud con un esquema de «antes» y «ahora»: allí donde el esclavo, «gracias al concepto de propiedad», era tratado como «un bien apropiable, intercambiable o heredable» y como tal se les consideraba al nivel del ganado, hoy no tiene el ser humano «ya ningún valor, ni siquiera el del ganado». Así como antes el esclavista debía tratar sus bienes al menos con el cuidado necesario para que no se arruinaran completamente en su utilización, ahora

se los maltrata [a los trabajadores modernos, PEO] hasta el límite, para sacar el máximo provecho de su fuerza; y cuando enferman o se debilitan, se los expulsa de los talleres, fábricas y casas para no tener que alimentarlos más, y fuera se convierten en multitud y son empujados a esas cuevas de martirio de las que salen tambaleándose una víctima tras otra, según se consumen sus fuerzas.⁵⁵²

Weitling rechaza el trabajo en los talleres modernos y en las fábricas por una razón doble: por un lado, debido a su contenido material –el trabajo es para él una simple paliza, sus lugares parecen las «dark Satanic Mills»⁵⁵³ [oscuras trituradoras satánicas]

550 Weitling, *Garantien*, p. 41. El capítulo «Die Erfindung des Geldes» (pp. 48-66) y «Geld- und Warenkrämerei» (pp. 99-114) son los más largos de la primera parte de *Garantien*.

551 *Ibid.*, p. 55.

552 *Ibid.*, p. 49.

553 Así se dice en el «Prefacio» a la epopeya de Blake a Milton de 1804: «And was Jerusalem builded here, / Among these dark Satanic Mills?» [¿Y aquí se construyó Jerusalén, / Entre estos oscuros molinos satánicos?] (William Blake, *Milton. A Poem in 2 Books*, en: Blake, *The Complete Poetry and Prose of William Blake*, ed. por David V.

de William Blake-, y por otro lado debido a su forma social. Lo primero aparece como un trasfondo basado en la experiencia y de sobra conocido en general, que no desarrolla más; así, en Weitling no existe por ningún lugar una apología ni nada parecido a una apoteosis del trabajo, como el posterior movimiento obrero le recriminará.⁵⁵⁴ Sin embargo, el análisis de la forma social del trabajo, tal y como se ha transformado con la «invención del dinero», sigue preocupando a Weitling.

El dinero va acompañado, según muestra, de una sublimación y de una interiorización de la coacción sin la cual no se puede realizar ya una organización social del trabajo: «Antes se convertía al ser humano en esclavo por medio de la violencia; ahora es él quien se vende a sí mismo».⁵⁵⁵ Así, en último término, para Weitling el trabajador moderno sigue siendo un esclavo, al venderse a sí mismo y su trabajo a otros y convertirse en esclavo del dinero.

Este es el mensaje central que se desprende en el relato de Weitling de un esquema de representación política que me gustaría describir como «política de la esclavitud» apoyándome en Quentin Skinner. Que también los hombres del presente sigan viviendo, bajo el dominio del dinero, en un «estado de esclavitud» hace que surja la idea de la derogación del dominio del dinero como un «acto de autoliberación» de una humanidad esclavizada, que simplemente quiere «reconquistar su derecho innato a la libertad».⁵⁵⁶ Weitling aprovecha el hecho de que la esclavitud se considere en general como algo injusto para poner, por un lado, el dominio moderno del dinero al mismo nivel que la esclavi-

Erdman, coment. por Harold Bloom, Nueva York, 1988, pp. 95-144, aquí p. 95) [ed. en cast.: *Milton. Un poema*, Barcelona, Dvd ediciones, 2002]. Sobre la oposición de Blake a la industrialización véase el estudio clásico de Jacob Bronowski, *William Blake and the Age of Revolution*, Londres, 1972. Sobre la clasificación de los himnos de Blake en la historia de la lucha de clases de la época en Inglaterra y en el contexto global, véase Linebaugh, «Ned Ludd», p. 78 y s.

554 El rechazo del trabajo como actividad tosca y embrutecedora es comparable en Weitling con lo que Rancière ha elaborado a partir de fuentes francesas de la época; véase Rancière, *Nacht*, especialmente pp. 72-87, donde se habla ilustrativamente de la «catástrofe del trabajo» (p. 78) y del «dolor del tiempo robado» (p. 72).

555 Weitling, *Garantien*, p. 52.

556 Quentin Skinner, «John Milton und die Politik der Sklaverei», en: Skinner, *Visionen des Politischen*, Frankfurt a. M., 2009, pp. 196-223, aquí p. 197; con el término «política de la esclavitud» describe Skinner la estrategia periodístico-propagandística de legitimación del destronamiento y ejecución de Carlos I de Inglaterra.

tud –en este ámbito no hemos visto ningún progreso, afirma– y para resaltar, por otro lado, que el dominio moderno del dinero tiene efectos sociales mucho más nocivos que la esclavitud. Pues aunque «la evidente maldad» de la esclavitud se oculta hoy entre las «sombras de contratos y leyes», el estado de esclavitud «persiste sin embargo, en muchos aspectos, en un grado todavía peor». Pero «este colorido baile de máscaras del fraude, la injusticia y la falsedad» viene acompañado también por la posibilidad del autoengaño.⁵⁵⁷ De ahí que haya que seguir explicando a los trabajadores el carácter forzoso de la forma social. Y en esto consiste precisamente la puesta al día retórica del fenómeno histórico. Al reprochar a los trabajadores su moral de esclavos, Weitling quiere promover una posición autoconsciente y combativa en sus destinatarios. En la medida en que «el ser humano no tenga, para la satisfacción de sus necesidades» –y aquí también podemos pensar tranquilamente en las necesidades intelectuales–, «lo que otros sí pueden tener, no podrá ni deberá ser feliz, puesto que esta sería la felicidad de un esclavo, la felicidad de un perro apaleado». El dinero socava finalmente cualquier sentimiento de «honor»: «¡El alma natural del hombre se transforma en el alma de un perro!»⁵⁵⁸

Con su retórica de la «política de la esclavitud», Weitling pone a los trabajadores modernos ante un espejo en el que seguramente *no se quieren* reconocer. Les fuerza a ponerse en pie ante la imagen negativa del esclavo, y por eso grita finalmente Weitling al lector de forma provocativa: «¡Y tú también! ¡Esclavo! ¡Tú que te arrastras por el fango! ¡Qué! Esa mirada que bajas con timidez y temor ante tu señor, ¿te atreves a levantarla sin vergüenza hacia el cielo? ¿Se reflejará el cielo en tu deshonra?»⁵⁵⁹

«Apariencia de libertad» y esclavitud real: Engels

La ambivalencia que caracteriza el conflicto de Weitling con la esclavitud (por un lado su análisis delimita la esclavitud del trabajo asalariado, pero por otro los pone al mismo nivel para

557 Weitling, *Garantien*, p. 50.

558 *Ibid.*, pp. 11 y 52. La «política de la esclavitud» se convierte aquí –como había ocurrido en Büchner– en una «política de la especie»; la pertenencia a la especie y la diferencia entre el animal y el humano se vuelven objeto de disputa política.

559 *Ibid.*, p. 43.

generar polémica y agitación), la lleva hasta el extremo Engels en sus distintos informes sobre la situación en Inglaterra a mediados de los años cuarenta.⁵⁶⁰

En Engels se encuentra una delimitación conceptual clara entre esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado «libre». Al igual que Weitling, se refiere al «sistema del dinero», y toma así en consideración, de forma sistemática –claramente con más fuerza que Weitling–, la potencia de objetivación del dinero. El *cash nexus* de Carlyle ayuda aquí a la diferenciación conceptual:

La abolición de la servidumbre feudal ha convertido el «pago en efectivo en el único vínculo entre los seres humanos». La propiedad, ese elemento natural, inerte y opuesto a lo humano y a lo espiritual ha sido con ello elevada al trono, y en última instancia, para completar esta alienación, se ha hecho al dinero, la abstracción más alienada y vacía de la propiedad, dueño y señor del mundo. El ser humano ha dejado de ser esclavo del ser humano, convirtiéndose en esclavo de la cosa; la perversión de las relaciones humanas se ha completado; la servidumbre del mundo moderno de la usura, la completa y universal cualidad de que todo esté en venta es más inhumana y más omniabarcante que la servidumbre de la época feudal; la prostitución es más inmoral y más bestial que el *jus primae noctis*.⁵⁶¹

La diferencia entre el *esclavo del ser humano* y el *esclavo de la cosa*, reducida en su formulación a una palabra, implica una distinción global. Sobre esta diferencia –entre relaciones de dependencia con personas por un lado y estructuras objetivadas por otro– se constituirá posteriormente toda una tradición de teorías sociológicas de la modernización. No en vano Engels mismo y Marx formularán esta diferencia, en su obra posterior, como la *differentia specifica* de la formación social capitalista. En la serie de artículos «Trabajo asalariado y capital», que Marx publicó en abril de 1849 en el *Neuen Rheinischen Zeitung*, y que puede ser leída como suma de su economía crítica del *Premarzo*,⁵⁶² Marx destaca la existencia del «trabajo libre» como la característica esencial de

560 Friedrich Engels, «Lage Englands, Past and Present»; «Die Lage Englands», serie de artículos del *Pariser Vorwärts!*, 31 de agosto–19 de octubre de 1844, MEW 1, pp. 550-592; *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, MEW 2, pp. 225-506.

561 Engels, «Lage Englands (Vorwärts)», MEW 1, p. 557.

562 MEW 6, pp. 397-423. La serie de artículos se remonta a una serie de conferencias que dio Marx en diciembre de 1847, todavía en su exilio belga, en la Asociación de Trabajadores Alemanes de Bruselas.

la economía capitalista. A partir de esta característica se puede historizar por tanto, de forma precisa, el capitalismo:

La fuerza de trabajo no ha sido siempre una *mercancía*. El trabajo no ha sido siempre trabajo asalariado, es decir, *trabajo libre*. El esclavo no vendía su fuerza de trabajo al esclavista, del mismo modo que el buey no vende su trabajo al labrador. El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a manos de otro. Él es una mercancía, pero su fuerza de trabajo no es una mercancía *suya*.⁵⁶³

El esclavo es una mercancía, el trabajador asalariado posee una mercancía que puede vender: su trabajo o su fuerza de trabajo. *Tener* una mercancía o *ser* una mercancía, esta es la diferencia determinante. El siervo –la otra figura central del trabajo no libre–, por el contrario, no es ninguna mercancía que pueda pasar de una mano a otra; es más bien esencialmente inmóvil, «pertenece a la tierra y proporciona al señor los frutos de la tierra». Por eso tampoco recibe un «salario del propietario de la tierra», sino que al contrario, le proporciona a este «un tributo». «En cambio, el *obrero libre*», continúa Marx, «se vende él mismo», pero no «de una vez y para siempre», como el esclavo, sino «en partes»: durante determinados periodos de tiempo. El trabajador asalariado no pertenece, en definitiva, «a ningún propietario ni está adscrito al suelo, pero 8, 10, 12, 15 horas diarias de su vida cotidiana pertenecen a quien se las compra».⁵⁶⁴

Las agudas distinciones de Marx serán, como hemos dicho, de fechas posteriores. Aunque en el libro de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1845, ya están todas las diferencias terminológicas posteriores entre esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado «libre», sin embargo Engels sigue utilizando retóricamente la cercanía entre los distintos regímenes de trabajo para generar escándalo, debido a la discrepancia entre una *descripción* casi idéntica de las diferentes relaciones sociales y su *contenido* social contrapuesto. Sin embargo, una larga serie de antítesis le vuelven a conducir precisamente a la afirmación

563 MEW 6, p. 401 [ed. en cast.: *Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital*, p. 81].

564 *Ibid.*

de una igualdad (o al menos similitud) entre las formas sociales investigadas:

Confrontemos un poco la condición del inglés libre de 1845, con la del siervo sajón, bajo el azote del barón normando de 1145. El siervo [...] debía al patrón el *ius primae noctis*, el derecho de la primera noche (o «derecho de pernada»). El siervo no podía adquirir ninguna riqueza, todo lo que adquiriría podía serle quitado por el patrón; el obrero libre no tiene por cierto ninguna propiedad, nada puede adquirir bajo la presión de la competencia y el fabricante hace lo que ni el mismo normando hacía: pretende diariamente, con el *truck-system*, la administración de cuanto tiene el obrero para su inmediato mantenimiento. La situación del siervo frente al patrón era regulada tanto por leyes, que eran obedecidas porque correspondían a costumbres, como por las costumbres mismas; la situación del obrero libre, frente a su patrón, es también regulada por leyes, que no se obedecen, porque no corresponden ni a costumbres ni al interés del patrón. El señor no podía quitar al siervo de la gleba, ni podía desembarazarse de él sin hacer otro tanto con aquella, y puesto que casi todo era mayorazgo y no capital, no podía venderla; la moderna burguesía obliga al obrero a venderse a sí mismo. El siervo era esclavo del pedazo de terreno sobre el que había nacido; el obrero es esclavo de las necesidades más apremiantes de la vida, y del dinero con que debe satisfacerlas. Ambos son esclavos en realidad. El siervo tiene una garantía para su existencia en la constitución de la sociedad feudal, en la que cada cual ocupa su puesto: el obrero libre no tiene ninguna garantía, porque solo ocupa un puesto en la sociedad si la burguesía lo necesita; en otra forma, queda ignorado como si ni siquiera existiese. El siervo se sacrifica a su señor en guerra; el obrero industrial, en la paz. El patrón del siervo era un bárbaro, lo trataba como una bestia; el patrón del obrero es civilizado y lo trata como a una máquina.⁵⁶⁵

El efecto retórico de esta serie de afirmaciones descansa en la continua inversión de las expectativas: donde la autopercepción burguesa cree poder implementar un evidente progreso –se refiere al progreso que va desde la esclavitud, pasando por la servidumbre, hasta el trabajo (asalariado) libre–, Engels constata, con su sencillo juego de revocaciones, como mucho un estancamiento, si no un retroceso. Al final, resume todo el desarrollo brevemente como *ideología* del progreso –como progreso del encubrimiento, de la ocultación–:

En resumen, ambos [siervo y trabajador libre; PEO] se asemejan en casi todo, y si hay de un lado desventajas es del lado del obrero libre.

565 MEW 2, p. 404 y s. [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 176].

Ambos son esclavos, con la sola diferencia que la servidumbre de uno es sincera, abierta, leal, mientras que la del otro es hipócrita, astuta, disimulada ante sí mismo y ante los demás; es una servidumbre teológica, peor que la antigua.⁵⁶⁶

Gracias a la contraposición retórica entre esclavos, siervos y trabajadores libres, la libertad de estos últimos se mostrará claramente como «apariencia de libertad».⁵⁶⁷ En todo caso, como resalta Engels, es una apariencia *necesaria*; una apariencia que surge de forma necesaria del funcionamiento del sistema fabril y que sigue siendo necesaria para su buena marcha. Solo por medio de la «apariencia de libertad» puede el sistema fabril dotarse de mano de obra barata sin tener que asumir garantías adicionales para los trabajadores, en caso de estos no puedan trabajar por enfermedad o por tener que ocuparse de otros miembros de la familia enfermos.⁵⁶⁸

No obstante, Engels descubre tras la apariencia otra realidad, en la que los dueños de las fábricas dominan despóticamente a los trabajadores. Engels escribe aquí sin rodeos sobre una «esclavitud con la que la burguesía ha encadenado al proletariado». El apartado mismo lo titula concisamente «esclavitud». Engels se dirige aquí al proceso productivo directo, en el que «toda libertad termina, en la ley y en la práctica».⁵⁶⁹ Engels es uno de los primeros que pone ante los ojos de sus lectores de 1845, con gran energía, esta «tiranía vergonzosa» y directa de los fabricantes. El «fabricante como legislador absoluto» dicta todo el ritmo de vida de sus trabajadores, que han de «comer, beber y dormir» cuando se les ordena. A los trabajadores se les arrebata la mitad del salario diario, de acuerdo a un rígido sistema de multas, cuando aparecen diez minutos tarde en el trabajo; pueden ser despedidos en cualquier momento, mientras que ellos mismos tienen un plazo de una semana de preaviso para abandonar el trabajo; el trabajo mismo, sobre todo la «supervisión de las máquinas [...] no es en realidad un trabajo, sino un puro aburrimiento, el más mortal y cansado que hay». La «vida» de los trabajadores de

566 *Ibid.*, p. 405 [ed. en cast., p. 176].

567 *Ibid.*, p. 310 [ed. en cast., p. 92].

568 *Ibid.*, p. 310 y s. Sobre esto se indigna especialmente, como se ha mostrado, la literatura miserabilista centrada en las familias.

569 MEW 2, p. 398.

la fábrica es «la condena a ser enterrado vivo en la fábrica»; los trabajadores mismos, como repite Engels, son «continuamente denigrados como máquinas». ⁵⁷⁰

Lo que Engels resalta especialmente es el perfecto engranaje entre trabajo asalariado y disciplina temporal. Que la lucha proclamada por Marx por una libertad real se defina en definitiva como una lucha por el tiempo libre, por el *disposable time*, parece estar ya marcado de antemano en la descripción escandalosa del mando por medio del «timbre despótico» y por los relojes de la fábrica –muy a menudo manipulados–, a los cuales se somete toda la vida del trabajador «desde los nueve años hasta su muerte». ⁵⁷¹ La lucha por una libertad real –y la lucha contra la mera «apariencia de libertad»– no puede comprenderse, en este contexto, de otra manera que como lucha contra el reloj y contra el tiempo.

Esclavitud entre clases

Engels escribe al principio del capítulo sobre la «competencia» que el «proletario [...] tanto en la ley como en la práctica es esclavo de la burguesía». ⁵⁷² En esta simple frase está implícita una «teoría de conjuntos» que Engels desarrollará solo unas páginas después. Existen dos elementos singulares, que él correlaciona, y que sin embargo son de diferente naturaleza: el «trabajador» individual –y se podría añadir: *cualquier* «trabajador» individual– no es esclavo de un burgués individual, sino de la «burguesía» como clase. El «trabajador» individual, se dice poco después, es «por ley y en la práctica esclavo de la clase propietaria». En esta situación de esclavización a una clase descansa «toda la diferencia frente a la vieja y abierta esclavitud». ⁵⁷³

La polémica comparación de Engels toma cuerpo de manera teórica y conceptual en *Trabajo asalariado y capital*, de Marx. Marx pone aquí de relieve que el trabajo asalariado no es una relación individual y robinsoniana, lo que significa que no puede ser concebida como relación entre individuos separados que cierran un contrato entre ellos por el que uno vende al otro la

570 MEW 2, pp. 397, 399 y s.

571 MEW 2, p. 399 y s.

572 MEW 2, p. 307.

573 MEW 2, p. 310.

mercancía fuerza de trabajo. En vez de eso, el trabajo asalariado ha de ser comprendido como una *relación social*, esto es, como una relación entre clases. Que siempre haya que presuponer una relación entre clases cuando un trabajador individual se dirige al mercado laboral es algo que se manifiesta al trabajador como una coacción: difícilmente puede el trabajador, como «trabajador libre», abandonar «al burgués que lo ha contratado tan a menudo como quisiera», al contrario que el burgués, quien puede despedir al trabajador «cada vez que le parece oportuno». Entretanto, la coacción elemental de tener que ganarse la vida se mantiene: «pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de *toda la clase de los compradores*, es decir, de *la clase de los burgueses*, sin renunciar a su existencia. No pertenece a tal o cual burgués, sino a la *clase burguesa*⁵⁷⁴ *en conjunto*». ⁵⁷⁵ Que para la «clase burguesa» el trabajador individual solo sea, por el contrario, parte de una clase, y no un individuo, se muestra en que su salario no se calcula de acuerdo a sus necesidades vitales individuales, sino puramente en cuanto a la protección de la existencia de su clase como un todo. Si bien es cierto que el salario mínimo a pagar debe cubrir los «costes de producción del trabajo mismo», sin embargo:

Al igual que la determinación del precio de las mercancías en general por el coste de producción, este salario mínimo no rige para el individuo, sino para la especie. Hay obreros, millones de obreros, que no ganan lo necesario para poder vivir y procrear; pero el salario de la clase obrera en conjunto se nivela, dentro de sus oscilaciones, sobre la base de este mínimo.⁵⁷⁶

Si el trabajo asalariado se comprende no solo como una relación entre individuos, sino como una relación entre clases, el capitalista individual se manifiesta entonces como déspota de la disciplina de la fábrica. Pero también aquí se entiende que se trata de un ejecutor y al fin y al cabo –según se dice en *El capital*– de «capital personificado» o de una «personificación del capital».⁵⁷⁷

574 Marx utilizaba aquí los galicismos *Bourgeois*, *Bourgeoisie* y *Bourgeoisklasse*, que traducimos como burgués, burguesía y clase burguesa, alejándonos de la edición en castellano citada, en la que se traducían como «capitalista» y «clase capitalista» [N. del T.].

575 MEW 6, p. 401.

576 MEW 6, p. 406 y s. [ed. en cast., p. 88].

577 MEW 23, pp. 326 y 618.

Esto tiene como consecuencia que el objetivo último de la crítica de la situación ya no puede ser el capitalista individual, quien sí que podría al menos hacerlo mejor de algún modo en su fábrica –Marx echa en cara a Proudhon tener esperanza en eso–, sino el sistema como tal. Si los proletarios son «esclavos del trabajo remunerado»,⁵⁷⁸ como se dice ya en una audaz formulación en *La sagrada familia*, entonces la crítica debe anunciar su lucha contra todo el sistema del trabajo remunerado. El crítico del sistema debe alzarse, según podríamos resumir la exigencia de Marx, al nivel de la objetivación y la cosificación de las relaciones personales que Marx diagnostica en el sistema mismo. Entretanto, esta pretensión, que Marx recogerá en su posterior economía crítica, por ejemplo en *El capital*, debe entrar en conflicto con toda forma de anticapitalismo romántico, del que Marx ya se había distanciado fuertemente en el *Premarzo*. Este se basa –según repiten una y otra vez Marx y Engels– simplemente en la indignación, e insiste en la posibilidad de poder criticar todavía el sistema desde afuera –desde el punto de vista de un pasado idílico o de algo parecido a un derecho natural proletario–. Marx, en cambio, debe insistir en un punto de vista immanente de la crítica. Consecuentemente, Marx se empeña en superar el anticapitalismo romántico –como el de sus primeros compañeros de camino y como el de sus primeros ensayos– no solo por razones estilísticas (como hemos visto por ejemplo en su artículo sobre el suicidio), sino también por razones teóricas y sistemáticas. No lo conseguirá plenamente; el espíritu revolucionario de una indignación en último término moral enreda también la obra sistemática del Marx «puro» y lo condiciona hasta en sus últimas consecuencias.

¿Por qué «esclavos blancos»?

Si en el *Premarzo* se relaciona al nuevo régimen social del trabajo asalariado «libre» con la esclavitud, y consiguientemente se denomina «esclavos blancos» a los trabajadores asalariados «libres», posteriormente las discusiones acentúan sobre todo una concepción de la esclavitud como forma de trabajo no libre. Sin embargo, al mismo tiempo también se toma en cuenta, aunque la mayor parte de las veces solo de forma implícita, la esclavitud

578 MEW 2, p. 120.

colonial y postcolonial que todavía existe a escala mundial. La potencia escandalizadora del discurso de los «esclavos blancos» se alimenta en buena medida de una conciencia muy extendida de la esclavitud «negra» y de la esclavización y el secuestro de africanos y africanas «negros».

Cuando en los debates británicos, de los que Engels y otros importan la fórmula, se habla de «esclavos blancos», resulta evidente la relación con la esclavitud (post)colonial. Desde finales del siglo XVIII había en Inglaterra un fuerte movimiento abolicionista que había llevado a cabo levantamientos, huelgas, recogidas de firmas e incluso peticiones hechas en el parlamento.⁵⁷⁹ Tras un primer preludeo en la cámara baja en 1792 y el *shock* provocado a escala mundial por el levantamiento de esclavos en Haití, en 1807 se prohibió el comercio internacional de esclavos en las dos cámaras del parlamento británico. Por medio del «Slavery Abolition Act» [Ley de Abolición de la Esclavitud] de 1833 se declaró finalmente libres a todos los esclavos del Imperio británico, y se indemnizó generosamente a los antiguos esclavistas –¡no a los antiguos esclavos!–.⁵⁸⁰

Cuando a finales de los años treinta y principios de los cuarenta se encienden en Inglaterra los debates sobre las condiciones de trabajo en las fábricas –y sobre el trabajo infantil– y los «*Tories* humanos» y otros adversarios del puro *laissez-faire* llaman a los trabajadores de las fábricas como «esclavos blancos», lo que hacen es intentar aprovechar el potencial de agitación, que todavía no había desaparecido por completo, de los debates sobre la esclavitud (negra). En el contexto alemán, donde no se ha dado ningún debate comparable, el discurso sobre los «esclavos blancos» tiene significativamente otros efectos. Mientras en Inglaterra el escándalo conduce a ver que ingleses libres y blancos,

579 Sobre la génesis del abolicionismo «desde abajo» a partir de las luchas obreras y los levantamientos de un «proletariado atlántico» multiétnico durante todo el siglo XVIII véase Linebaugh/Rediker, *Hydra*, pp. 229-267.

580 Véase Birgitta Bader-Zaar, «Abolitionismus im transatlantischen Raum: Organisationen und Interaktionen der Bewegung zur Abschaffung der Sklaverei im späten 18. und 19. Jahrhundert», en: *Europäische Geschichte Online*, ed. por el Institut für Europäische Geschichte (Mainz), disponible *online* en www.ieg-ego.eu/baderzaarb-2010-de [última visita: 29 de septiembre de 2020]. Sobre la historia del movimiento abolicionista, véase también la obra de referencia de David Brion Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution 1770–1823*, Nueva York/Oxford, 1999, y Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, Nueva York, 2014.

«free born Englishmen», están sometidos a aquellas condiciones de trabajo y existencia que antes se consideraban ya insoportables para esclavos negros, en Alemania la referencia a la esclavitud (colonial y postcolonial) conduce paradójicamente a menudo a una minimización de esta. También Engels, que se encontraba él mismo a caballo entre las referencias inglesas y alemanas, escribe en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que los trabajadores ingleses de las fábricas son «más esclavos que los negros en América, porque están controlados más férreamente»⁵⁸¹ –que seguramente no se correspondería con la realidad–. Algunas investigaciones sobre el rígido régimen de trabajo en las plantaciones del sur de EE. UU. o en el Caribe sugieren lo contrario.⁵⁸²

Weitling va un paso más allá y ridiculiza ya el debate abolicionista inglés situándolo al nivel de las campañas de «prevención del maltrato animal». La «abolición de la esclavitud» por parte de los «filantrópicos ingleses» es para él una mera «comedia» y una hipocresía que hace resaltar todavía con más claridad el escándalo de la esclavitud moderna del salario. «En países lejanos prohíben el comercio de esclavos, ¡y en el propio hay por todas partes esclavos desgraciados que mueren de hambre a millares!»⁵⁸³ Al contrario que los proletarios, amenazados en todo momento por la muerte por inanición –«antes nadie se preocupaba por ello, ni siquiera el esclavo»–, el esclavo sí que al menos «tiene asegurado por su despiadado amo el cobijo y la alimentación».⁵⁸⁴ Que los propietarios cuidasen de algún modo a sus esclavos, aunque solo fuera en tanto propiedad suya, es algo que, por el contrario, ha de ser puesto en duda históricamente. La afirmación parece ser mas bien el resultado de una preten-

581 MEW 2, p. 400.

582 Véase Michael Zeuske, «Die Massensklaverei auf Kuba—extreme Bedingungen und quantitative Dimensionen», en: Zeuske, *Sklavereien, Emanzipationen und atlantische Weltgeschichte. Essays über Mikrogeschichten, Sklaven, Globalisierungen und Rassismus*, Leipzig, 2002, pp. 82-89, así como Zeuske, *Schwarze Karibik. Sklaven, Sklavereikultur und Emanzipation*, Zürich, 2004. Sobre la historia global de la esclavitud, véase además Zeuske, *Handbuch Geschichte der Sklaverei. Eine Globalgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlin/Nueva York, 2013 [N. del T.: En castellano, podemos encontrar una obra más reciente del mismo autor, que condensa parte de sus anteriores trabajos: Zeuske, *Esclavitud. Una historia de la humanidad*, Pamplona-Iruña, Katakarak, 2018].

583 Weitling, *Garantien*, p. 50.

584 *Ibid.*, p. 51.

sión propagandística de su momento que de un conocimiento del tema o de un interés auténtico en la esclavitud real.

La comparación del trabajo asalariado moderno con la esclavitud colonial del momento condujo también en ocasiones, en el *Premarzo*, a una conexión teórica válida entre ambos regímenes de trabajo. Algo así ocurre en el discurso de Weitling sobre la «liberación *parcial* de los negros», cuya descripción como «abolición» *total* de la esclavitud no es para él más que una «burla mordaz». ⁵⁸⁵ Pues los antiguos esclavos, según sabe o sospecha Weitling, quedaron habitualmente ligados a los mismos amos y a la misma forma material del trabajo con una dependencia total, independientemente de que formalmente firmasen como trabajadores libres asalariados. ⁵⁸⁶ Estas visiones de la relación entre trabajo asalariado y esclavitud, que fundan el discurso metafórico de la esclavitud del trabajo asalariado, resultaban en todo caso marginales en el *Premarzo*. Dominaba más bien una marginalización de la esclavitud real, colonial, por medio de su utilización como metáfora.

Teoría como mistificación: culto al trabajador industrial y crítica global

La misma ambivalencia que se produce cuando se usa la *metáfora* de la esclavitud para hablar del trabajo asalariado se muestra también, de forma paradójica, allí donde se separa *conceptualmente* la esclavitud, de forma especialmente rígida, del trabajo asalariado. La diferenciación conceptual precisa parece producir también, una lógica propia que contribuye más bien, en último término, a mistificar las condiciones estructurales antes que a hacerlas más transparentes. En Marx, quien realizó la distinción conceptual más fuerte entre trabajo asalariado

585 *Ibid.*, p. 51 (curs. PEO).

586 Una conexión funcional entre la liberación de esclavos y el régimen del trabajo asalariado la sostiene también Susan Buck-Morss, *Hegel und Haiti. Für eine neue Universalgeschichte*, Berlín, 2011, p. 133: «El éxito de los abolicionistas [...] coincidió con el nacimiento de la idea del «trabajo libre», destinada a convertirse en su propia forma de disciplina laboral, a medida que la previa legislación que protegía a los trabajadores británicos era sistemáticamente eliminada». En una nota al pie, Buck-Morss menciona la observación de E. P. Thompson de que en 1809 –justo dos años después de la prohibición del comercio de esclavos en Gran Bretaña– «toda la legislación protectora en la industria de la lana [...] fue revocada» [ed. en cast.: *Hegel, Haití y la historia universal*, México, FCE, 2013, pp. 141 y s.].

y esclavitud, este problema se muestra de forma especialmente precisa.

En el desarrollo de su teoría, Marx procede –en cierto modo *avant la lettre*– por medio de tipos ideales. En un examen crítico metodológico sobre sí mismo, al final del libro tercero de *El capital*, escribirá que su intención solo era «exponer la organización interna de la forma de producción capitalista, por decirlo así su término medio ideal». ⁵⁸⁷ Sin embargo, como consecuencia de la diferenciación conceptual entre servidumbre, esclavitud y trabajo asalariado, Marx pasa cada vez más a considerar la *contraposición de los tipos ideales* obtenida como una *descripción empírica* válida. No obstante, empíricamente las tres formas de trabajo dependiente no surgen prácticamente nunca como formas puras. De esto nos informan, por ejemplo, las exploraciones que realizaron los proyectos periodísticos del *Premarzo* (como el *Gesellschaftsspiegel*) en el nuevo continente, todavía desconocido, de las nuevas formas de trabajo.

La confusión entre la construcción de los tipos ideales y la descripción empírica todavía se agudiza más cuando la contraposición conceptual se presenta temporalizada y como resultado del desarrollo histórico. El famoso comienzo del *Manifiesto comunista* califica la esclavitud y la servidumbre como «anteriores épocas históricas» y las separa claramente del presente. ⁵⁸⁸ Ligada a esto está la tesis de que la oposición entre las clases se ha simplificado en el presente y conduce a una oposición clara entre «burgueses y proletarios», por la cual estos últimos son identificados de paso como «trabajadores modernos», ⁵⁸⁹ principalmente activos en la «gran industria»: «De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, solo el proletariado es una verdadera clase revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar». ⁵⁹⁰

587 MEW 25, p. 839.

588 Marx/ Engels, «Manifest der Kommunistischen Partei», MEW 4, p. 462.

589 MEW 4, p. 468.

590 MEW 4, p. 472. La reflexión sobre el desarrollo histórico con el acento puesto en la diferencia entre trabajo «libre» y «no libre» sirve, no solo en Marx sino en todo el pensamiento «occidental», para calificar como «retrasadas» a otras formas sociales que supuestamente se basan en el trabajo «no libre». Sobre tal «invención del retraso en el pensamiento económico y filosófico» vease Alessandro Stanziani, «Free Labor–

Marx piensa en tipos ideales, piensa historizando, y piensa –uniendo ambas– en *tendencias* históricas. Se trata siempre de pensar la historia como un desarrollo, cuyo sentido solo es descifrable desde el extremo, desde el punto de la formación más avanzada.⁵⁹¹ Estos tres puntos son facetas de una heurística que se convertirán al mismo tiempo –conscientemente o no, es algo que no sabemos– en los pilares de una política que ha de pensar el progreso histórico con cierta necesidad como proyecto de vanguardia. Todos los factores que contribuyen a la determinación conceptual precisa del trabajo asalariado como forma social se encuentran en la práctica fundamentalmente en el trabajador industrial. Que este haya de convertirse también automáticamente en la punta de lanza de la lucha política por la liberación del trabajo asalariado es algo que no se puede deducir teóricamente –esta conclusión surge de otros presupuestos, probablemente relativos a la *política de clases*–.

Si los trabajadores (asalariados) son calificados metafóricamente como esclavos, su dependencia y su falta de autonomía se convierte en el centro de atención. Este estatus nunca es atractivo, y políticamente quizás menos fácilmente activable que el orgullo de producir de una clase obrera que se identifica con el trabajo industrial moderno y se puede presentar también, en este sentido, como personificación del progreso técnico: Los ejecutores de la Revolución Industrial completarán también finalmente la revolución social –así reza la promesa que Marx formula una y otra vez–.

La otra cara de esta promesa de emancipación está formada por un «pensamiento de la exclusión»,⁵⁹² que solo puede percibir a toda esa parte del proletariado que no trabaja en la

Forced Labor: An Uncertain Boundary? The Circulation of Economic Ideas between Russia and Europe from the 18th to the Mid-19th Century», en: *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 9.1 (invierno 2008), pp. 27-52, aquí p. 29.

591 En el libro tercero de *El capital* se encuentran asimismo reflexiones metodológicas sobre el concepto de tendencia, sobre todo en el capítulo sobre la formación de la «tasa media de ganancia» y en la gran sección sobre la «Ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia», MEW 25, pp. 164-181 y 221-277. Ahí se dice, por ejemplo: «En general, en toda la producción capitalista la ley general se impone como la tendencia dominante solo de una manera muy intrincada y aproximada, como un promedio de perpetuas oscilaciones que jamás puede inmovilizarse» (p. 171) [*El capital*, libro tercero, cap. IX, p. 189].

592 Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth, «Einleitung», en: van der Linden/Roth, *Über Marx*, pp. 7-28, aquí p. 19 y s.

«gran industria» avanzada como un atavismo; como impurezas del tipo ideal que –al menos de acuerdo a la «tendencia» histórica– solo pueden esperar, en todo caso, una pronta desaparición, aplastadas entre ambos bloques «puros» de clase, la burguesía y la clase trabajadora asalariada de la industria. La avanzadilla del trabajador industrial queda así diferenciada de una retaguardia de empleados formalmente dependientes o erráticos que han de ir tirando como pueden, por pura necesidad de supervivencia, pero que no están en el segmento avanzado de la «gran industria». Quien partiendo de este conglomerado sube hacia «arriba» (y se gana la vida con una profesión liberal o como pequeño autónomo), será sospechoso de haberse convertido en un «pequeño burgués». En cambio, «por debajo» espera el «lumpenproletariado». Quien no puede (o quiere) dar el paso a una situación de trabajo asalariado ordenado se convertirá en objetivo de este reproche, y pasará a encarnar todo aquello que hay que purgar en un sentido conceptual y socio-político.⁵⁹³ Los intelectuales –los «proletarios del intelecto»– estarán siempre perfectamente familiarizados con *ambos* reproches.

El premio teórico al trabajo industrial y la concesión de un privilegio político de clase al trabajador industrial son explicables históricamente. Ambas decisiones se pueden apoyar en la enorme evidencia de un desarrollo de las fuerzas productivas no visto hasta el momento, que se produce en la primera mitad del siglo XIX y durante varias décadas posteriores. Que el concepto de «aceleración» pase a ser el término central también de las descripciones propias de la época no es ninguna casualidad.⁵⁹⁴ El desarrollo acelerado de las fuerzas productivas se corresponde con el poder productivo de una clase de trabajadores industriales que está en posición, por sí misma, de poner en marcha enormes agregados de máquinas –o también de paralizarlas, cuando

593 Véase la tristemente célebre disposición del *Manifiesto comunista*, MEW 4, p. 472, según la cual el lumpenproletariado se concibe como «producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad».

594 Véase Reinhart Koselleck, «Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte?», en: Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt a. M., 2000, pp. 150-177 [ed. en cast.: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001]. De la sobrecalentada producción de Hartmut Rosa sobre el tema, habría que destacar *Beschleunigung und Entfremdung. Entwurf einer kritischen Theorie spätmoderner Zeitlichkeit*, Frankfurt a. M., 2013 [ed. en cast.: *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Buenos Aires, Katz, 2016].

sus «fuertes brazos lo quieran», como lo formulaba el poeta del Premarzo Georg Herwegh en una canción de partido de los socialdemócratas en la época posterior a 1848.⁵⁹⁵

En la medida en que la elección teórico-política de Marx de la clase obrera industrial como sujeto de la transformación revolucionaria es explicable de forma histórica, en esa misma medida debe ser, también, objeto de la crítica histórica. En los últimos años, esto se ha analizado críticamente desde una historia social del trabajo orientada ahora globalmente; la *Global Labor History*.⁵⁹⁶ Desde una perspectiva global, la «libertad» (libertad para disponer de la propia fuerza de trabajo, carácter voluntario de la firma de contratos, libertad en la elección del lugar de residencia) como paradigma de unas relaciones laborales aparece como algo altamente cuestionable. El «trabajo asalariado libre» ha de ser examinado «más como una excepción que como la regla». ⁵⁹⁷ Paralelamente a la implantación del trabajo asalariado libre en las metrópolis, según argumenta la *Global Labor History*, la economía mundial del siglo XIX, organizada cada vez más según la forma mercado, estaba caracterizada todavía por relaciones laborales no libres de todo tipo y color. Aquí hemos de pensar, antes que nada, en la esclavitud atlántica. Paralelamente a la esclavización de africanas y africanos, cientos de miles de europeos fueron llevados a las colonias bajo servidumbre o servidumbre por deudas, o para realizar trabajos forzosos como delincuentes convictos: el mercado mundial atlántico desde el

595 Georg Herwegh, «Bundeslied für den Allgemeinen deutschen Arbeiterverein», en: *Vorwärts. Eine Sammlung von Gedichten für das arbeitende Volk*, ed. por Rudolf Lavant, Zúrich, 1886, p. 472 y s. La «Bundeslied» [canción de la alianza] se compuso en 1863 para la fundación de la *Allgemeinen Deutschen Arbeiterverein* [Asociación General de Trabajadores Alemanes].

596 *Global Labor History* es una creación de Marcel van der Linden. No se trata de una escuela estabilizada metodológicamente y claramente identificable, sino más bien de un programa de investigación que parte de una serie de supuestos básicos compartidos; véase al respecto el resumen esencial del programa del International Institute of Social History de Amsterdam: [<http://socialhistory.org/en/research/global-labour-history>] (última visita: 29 de septiembre de 2020). Un resumen provisional del programa de investigación lo proporciona Jan Lucassen (ed.), *Global Labour History. A State of the Art*, Berna, 2008.

597 Véase Tom Brass, Marcel van der Linden y Jan Lucassen, «Conference on the history of free and unfree labor», en: Bras/van der Linden/Lucassen, *Free and Unfree Labor*, Amsterdam, 1993, p. 5.

siglo XVI hasta principios del siglo XX puede ser calificado como un «mercado mundial» integrado «del trabajo forzoso». ⁵⁹⁸

La universalidad de la proletarización

Con la separación generalizada del trabajador y su producto, se pierden todo punto de vista unitario sobre la actividad realizada y toda comunicación personal directa entre los productores. Conforme progresan la acumulación de productos separados y la concentración del proceso productivo, la unidad y la comunicación se convierten en atributo exclusivo de la dirección del sistema. El triunfo del sistema económico de la separación es la proletarización del mundo. ⁵⁹⁹

Guy Debord

En el *Premarzo*, el trabajo asalariado «libre» –y especialmente su «forma pura» en el trabajo industrial– todavía no había alcanzado la hegemonía frente a otras formas de trabajo dependiente. En vez de esto, hay que partir de una coexistencia de formas heterogéneas de trabajo dependiente; Ahlrich Meyer muestra sus múltiples formas en un resumen sumario:

Esta clase de trabajadores pobres [*labouring poor*] se componía de mendigos y vagabundos en busca de trabajo, jornaleros del campo, campesinos empobrecidos y aparceros, tejedoras de la industria artesanal protoindustrial, siervos y peones urbanos, temporeros, trabajadores de la construcción de ferrocarriles, trabajadores artesanos proletarizados, proletariado de fábricas y manufacturías, sin olvidar a aquellos que Marx había nombrado como «lumpenproletariado», a las clases peligrosas [*clases dangereuses*] –hombres, mujeres y niños, toda una clase ampliamente movilizadora para el mercado de trabajo, que tomó por primera vez una dimensión europea gracias a los procesos migratorios–. ⁶⁰⁰

598 Véase Patrick Manning, *Slavery and African Life. Occidental, Oriental, and African Slave Trades*, Cambridge, 1990, p. 84. Que el discurso sobre los «esclavos blancos» no solo deba tenerse en cuenta en sentido metafórico, dado que en los siglos XVII y XVIII se llevaron a América más de 300 000 «blancos» como esclavos, sobre todo irlandeses, es algo sobre lo que arrojan luz de una forma espectacular Don Jordan y Michael Walsh, *White Cargo. The Forgotten History of Britain's White Slaves in America*, Nueva York, 2008. Sobre la importancia actual de las relaciones laborales no libres véase el *Global Slavery Index 2013* de la Walk Free Foundation, según el cual 29,8 millones de personas viven como «esclavas modernas» en 162 países. El estudio está publicado en [www.globalslaveryindex.org]. Para más información véase [www.walkfreefoundation.org] (última visita: 29 de septiembre de 2020).

599 Guy Debord, *Die Gesellschaft des Spektakels*, Hamburgo, 1978, § 26, p. 13 [ed. en cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-textos, 2005, § 26, p. 47].

600 Ahlrich Meyer, «Eine Theorie der Niederlage. Marx und die Evidenz des 19. Jahrhunderts», en: van der Linden/Roth, *Über Marx*, pp. 311-333, aquí p. 312 y s.

Un intento todavía de mayor alcance por reconstruir una convergencia entre las diferentes formas de trabajo dependiente –libre y no libre– lo realiza Moses Heß, cuando muestra que, bajo las condiciones sociales dadas, toda actividad se convierte en una «actividad remunerada», y que todo trabajo se convierte en «trabajo asalariado». En su artículo «Ueber die Noth in unserer Gesellschaft und deren Abhülfe» [Sobre la necesidad en nuestra sociedad y sus remedios], publicado en el *Deutschen Bürgerbuch für 1845*, Heß describe una sociedad que, paradójicamente, solo puede encontrar su unidad en un «egoísmo» universal y por medio de una «competencia» universal.⁶⁰¹ En una sociedad tal, la «actividad remunerada» y el «trabajo asalariado» son las formas generalizadas de la supervivencia social, pues la forma económica actual «ha separado a las personas de sus productos, y ha arruinado ambos».⁶⁰² Solo el mercado (laboral) y con él el dinero (en forma de salario) pueden volver a juntar a las personas con sus productos; el mercado –para Heß, el espacio de los «tenderos»– se convierte en el mediador universal a través del cual se produce incluso la universalidad social misma: «el trabajo asalariado o la actividad remunerada ya no está, por tanto, limitada a un determinado ámbito; el Tercer Estado, el de quienes trabajan por cuenta ajena y de los pequeños comerciantes se convierte en el estado *general*, y también dentro de él mismo desaparecen todos los límites».⁶⁰³

En un pasaje destacable, Heß diagnostica que la gran obligatoriedad del trabajo lucrativo no determina en modo alguno cómo obtendrá exactamente el individuo la ganancia económica necesaria para la supervivencia. La coacción para la actividad lucrativa es más bien una forma social hueca en la que se inserta cualquier teleología teórico-histórica hacia una norma específica (como la que sugiere Marx) –siempre y cuando no se pongan en cuestión, en ningún caso, los fundamentos generales de los negocios; el «egoísmo» y la «competencia»–:

La contradicción del ser humano, del género humano consigo mismo, es aquí universal, y en esta forma universal se contienen todas las formas

601 Moses Heß, «Ueber die Noth in unserer Gesellschaft und deren Abhülfe», en: *Deutsches Bürgerbuch 1845*, pp. 22-48, aquí pp. 25, 26, 29 y 31.

602 *Ibid.*, p. 25.

603 *Ibid.*, p. 32.

previas y parciales. El ser humano es aquí ladrón asesino, esclavo, siervo, estafador, usurero, trabajador asalariado y mendigo al mismo tiempo. En nuestro mundo de mercaderes, desde Norteamérica hasta Rusia, prosperan todas las formas políticas y sociales del dominio y la servidumbre, que nos muestran la historia de acuerdo a una serie que va desde la bestialidad de la esclavitud africana hasta la teocracia de inspiración divina.⁶⁰⁴

Con el concepto de «mundo de mercaderes» [cursiva de PEO], Heß tenía en mente, en realidad, un sistema concebido de forma *global*, un «sistema-mundo moderno», en el cual coexisten y «prosperan» diferentes regímenes de aprovechamiento y explotación de la fuerza de trabajo. Las diferentes «formas sociales y políticas del dominio y la servidumbre» forman para Heß en realidad una «serie» histórica, solo que esta no se extiende como movimiento de desarrollo desde un polo que se deja atrás hacia otro más avanzado. La «esclavitud africana», como la «teocracia», constituyen ambas en todo caso puntos de partida, pero no puntos de llegada de una historia de progreso. Y la «bestialidad de la esclavitud africana» disfruta precisamente en el presente de un renacimiento en «Norteamérica». Que este lugar de progreso avanzado también mostrara con tanta claridad su cara oculta –precisamente en relación con la esclavitud– es algo que no debía sorprender a un Heß que había leído a Tocqueville; sin embargo, sus observaciones sí que muestran una irritación ante una narrativa simplista del progreso.⁶⁰⁵

En el sistema del «mundo de mercaderes», cada individuo ha de «ganar dinero» para sobrevivir; en el mundo moderno, cada cual está forzado –y aquí Heß lo formula con una conjunción «o»

604 *Ibid.*, p. 26.

605 Heß cita ya en 1837 el primer volumen de *De la démocratie en Amérique* de Tocqueville, publicado en 1835, en su *Heiligen Geschichte der Menschheit. Von einem Jünger Spinozas*, Stuttgart, 1837, reimpreso en Heß, *Philosophische und sozialistische Schriften 1837–1850. Eine Auswahl*, ed. por Auguste Cornu y Wolfgang Mönke, Berlín, 1961, pp. 1–74, aquí p. 47. Las observaciones de Tocqueville sobre los efectos políticos y sociales de la esclavitud en los estados libres americanos, que se encuentran en el último capítulo del primer volumen de la *Démocratie*, pueden tomarse como el trasfondo del planteamiento de Heß; Alexis de Tocqueville, *Über die Demokratie in Amerika*, München, 1976, «Stellung der Schwarzen Rasse in den Vereinigten Staaten; Gefahren ihrer Anwesenheit für die Weißen», pp. 394–421 [ed. en cast.: *La democracia en América*, México, FCE, 2009, «Posición que ocupa la raza negra en los Estados Unidos; peligros que su presencia hace correr a los blancos», pp. 326–344]. El capítulo finaliza con una de las famosas aporías de Tocqueville: «Si se rehúsa la libertad a los negros del Sur, acabarán por apoderarse de ella violentamente por sí mismos; si se les concede, no tardarán en abusar de ella».

que podemos identificar como inclusiva- a realizar «un trabajo asalariado o una actividad remunerada».⁶⁰⁶ Pero Heß vuelve a desmentir esta equiparación cuando en el pasaje recién citado, en su lista exhaustiva de todas las formas posibles de trabajo remunerado, nombra *entre otras*, y casi de pasada, *también* el trabajo asalariado. Todas las personas deben «ganar dinero»; pero solo algunas de ellas son «trabajadores asalariados». Uno puede también convertirse, de forma alternativa, en «esclavo», en «siervo», en «ladrón asesino», «usurero» o «mendigo», y estas formas destacan por poder alternarse en el curso de la vida. No en vano, muchos de los relatos y novelas sociales del *Premarzo* tratan sobre ello.

Para aprehender conceptualmente la diferencia que se abre casi inesperadamente en el pasaje citado de Heß se nos ofrece en la introducción una diferenciación, ya citada, entre proletarización «activa» y «pasiva», como han expuesto Gero Lenhardt y Claus Offe. De este modo, los proletarizados «pasivos» son todas aquellas personas que no tienen ninguna posibilidad de encontrar una forma de subsistencia asegurada, independiente de la actividad remunerada, es decir, del mercado. La proletarización «pasiva» significa la «destrucción de las formas 'anteriores' de trabajo y subsistencia», la disolución de toda forma de reproducción material no capitalista.⁶⁰⁷ Así, deben ser llamados «proletarios» todos aquellos individuos que están abocados, para bien y para mal, al mercado (al «mundo de los mercaderes») y que han de prestarle a él sus servicios. Por el contrario, la «proletarización activa» significa la transformación de los proletarizados «pasivos» en trabajadores asalariados, su designación como trabajadores asalariados «libres». En el pasaje citado de Heß queda claro que en el estado desarrollo económico industrial del *Premarzo* alemán no se podía hablar de un paso automático de la proletarización «pasiva» a la «activa» y con ello de un papel exclusivo del trabajo asalariado «libre». Las formas de existencia de los esclavos, de los siervos, de los ladrones asesinos, usureros o mendigos aparecen aquí todavía como «alternativas» igualmente plausibles «a la proletarización 'activa' de una existencia como trabajador asalariado».⁶⁰⁸

606 Heß, «Noth», p. 32.

607 Véase Lenhardt/Offe, «Sozialpolitik», p. 102 y ss.

608 *Ibid.*, p. 102.

La diferencia entre proletarización «pasiva» y «activa» –o, en términos de clase, entre el proletariado y la clase trabajadora asalariada–⁶⁰⁹ puede ser pensada en dos niveles, que no se suceden el uno al otro necesariamente, pero que tampoco tienen sentido sin el otro. En los debates del *Premarzo* se mezclaban constantemente estos dos niveles. Se citaba ya como una razón posible para esta falta de diferenciación lo atractivo de una posición que permite identificar su sujeto de clase –la clase trabajadora asalariada– con el progreso mismo de las fuerzas productivas. Apoyándonos en la diferenciación introducida, se podría hablar de un mayor atractivo de una posición de clase activa frente a una mera posición pasiva. El premio a una posición activa que da forma al progreso puede remitirse, entre otros, a Marx, y todo el movimiento obrero del siglo XIX tardío, o al menos su corriente principal, aceptó con gusto esta oferta de identificación. A una parte del proletariado, la de los trabajadores de la producción industrial activos, se le atribuía por tanto la «libertad» como una propiedad positiva dada. El sometimiento al trabajo asalariado y la experiencia de una heteronomía total se tergiversó así ideológicamente convirtiéndose en su opuesto. Dicho claramente: de repente, era justamente el trabajo lo que haría libres a las personas.

En los borradores de *El capital* se conceptualizan las condiciones histórico-sociales de la proletarización «pasiva» que muestran la experiencia de semejante proletarización de forma todavía más drástica y realista. «La capacidad de trabajo desprovista de herramientas de trabajo ni de alimentos», se dice aquí,

es pues la pobreza absoluta como tal, y el trabajador, como mera personificación de la misma, posee realmente sus necesidades, mientras que la actividad de librarse de ellas solo la posee como actividad sin objeto, como disposición (posibilidad) encerrada en su propia subjetividad. Él es como tal, y de acuerdo a su concepto, pobre, como personificación y portador para sí de su capacidad aislada de su materialización.⁶¹⁰

La libertad del trabajo asalariado no ofrece aquí ningún tipo de posibilidad de identificación positiva; queda marcada

609 Sobre la diferencia entre proletariado y clase obrera y su desdibujamiento en una «gran parte de la tradición marxista» véase también Frank Ruda, *Hegels Pöbel. Eine Untersuchung der «Grundlinien der Philosophie des Rechts»*, Konstanz, 2011, p. 250.

610 Karl Marx, *Ökonomisches Manuskript 1861–63. Teil 1*, MEW 43, p. 36 y s.

más bien como mera libertad para la «pobreza absoluta»: *free to quit, free to starve*⁶¹¹ [libre para abandonar el trabajo, libre para morirse de hambre].

En 1830, Eduard Gans ya había observado esto en París: «¿No se habla de esclavitud cuando se explota a un ser humano como a un animal, incluso cuando este libre para, en caso contrario, morir de hambre?».⁶¹² La coacción implacable que obligaba a esta libertad era descrita en general, en el *Premarzo*, como esclavitud –en Willkomm resaltada como «esclavitud de la libertad». Si se comprende el discurso de la esclavitud como transcripción de la «proletarización pasiva», entonces esta representa una característica estructural global y universalizada de todas las sociedades modernas. Para describir la ineludible coacción hacia el trabajo asalariado, tampoco Marx podía renunciar completamente al curioso poder seductor de la palabra «esclavitud». De ahí que en *Trabajo asalariado y capital* escriba sobre la «esclavitud de los trabajadores»;⁶¹³ posteriormente utiliza ocasionalmente el concepto «esclavitud del salario», responsable claro de las «dificultades para fijar una línea de ruptura entre el trabajo libre y el trabajo forzoso».⁶¹⁴ La utilización de la palabra «esclavitud» resulta finalmente imprescindible si se quiere poner claramente en palabras el carácter forzoso de la proletarización, y especialmente allí donde esta coacción amenaza, en caso contrario, con ser completamente invisible tras la retórica ideológica de la «libertad» –*libertad de contrato, libertad de empresa, trabajo asalariado libre*–.

611 Peter Linebaugh, *The London Hanged. Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*, Londres/Nueva York, 2006, p. 11.

612 Gans, *Rückblicke*, p. 100.

613 MEW 6, p. 398. Posteriormente se dice que el trabajo asalariado es «esclavo» del «poder» del capital (p. 410). Sobre la retórica de la esclavitud en Marx, véase también Stanziani, «Free Labor», p. 41.

614 Sobre la «esclavitud del salario» véase Karl Marx, *Der Bürgerkrieg in Frankreich. Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation*, MEW 17, pp. 313-365, aquí p. 342 [ed. en cast.: *La guerra civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2017]. Sobre la «dificultad de una línea divisoria fija entre el trabajo libre y el trabajo forzoso», véase Stanziani, «Free Labor», p. 29.

6

PROBLEMAS PARA REPRESENTAR A «LOS POBRES CON TRABAJO»

Las posibilidades de la literatura: *Los esclavos blancos o el sufrimiento del pueblo* de Ernst Willkomm

La historia del trabajo más reciente recomienda no contraponer ya de forma rígida el trabajo «libre» y el no libre, sino más bien contemplar de un «laberinto de diferentes relaciones laborales»; de un *continuum* que se despliega «entre los polos de la esclavitud y el trabajo asalariado libre». ⁶¹⁵ En el *Premarzo*, tal continuidad la podía representar quizás mejor la literatura que una teoría que había de partir de confrontaciones para poder proporcionar conceptos precisos. En la novela de Ernst Willkomm *Weisse Slaven oder die Leiden des Volkes* [Los esclavos blancos o el sufrimiento del pueblo], el relato en torno a los «esclavos blancos» sirve para desplegar al mismo tiempo dos continuidades: una diacrónica, que conecta el trabajo asalariado moderno «libre» con otras formas desaparecidas de trabajo no libre como la servidumbre y la esclavitud, y una continuidad sincrónica, que liga el trabajo asalariado «libre» de Europa central con formas de trabajo no libre de otras partes del planeta, como la esclavitud de las plantaciones en América.

Históricamente, la novela abarca un amplio periodo de tiempo: la trama principal se desarrolla en el año 1832, aunque una larga digresión interior se remonta a la época de la Revolución

615 Van der Linden/ Roth, «Ergebnisse und Perspektiven», p. 570.

francesa.⁶¹⁶ En un rincón apartado de las landas de la Baja Lusia, se encontraba a finales del siglo XVIII el castillo del conde de Boberstein; en 1832, en lugar del castillo hay allí una «hilandería industrial de algodón».⁶¹⁷ La novela sitúa a los «esclavos blancos» del título en ambos periodos históricos: en el primero se designa con ello a los siervos campesinos del conde,⁶¹⁸ y en el segundo a los trabajadores asalariados de la fábrica; para los habitantes del pueblo, el paso histórico de la servidumbre al estatus de trabajadores asalariados «libres» sigue el curso del relevo generacional. Al mismo tiempo, los «señores» pertenecen a la misma familia: la fábrica la regentan los hijos del conde Magnus von Boberstein, cuyo crimen había conducido, como se muestra al final de la larga retrospectiva, a una catástrofe. Después de que el conde Rose violara a una joven sirvienta del pueblo en su noche de bodas, los sirvientes se levantan y convierten el castillo en cenizas. Los hijos del criminal Magnus, que todavía se hacen llamar «señores vom Stein» –Adrian, Aurel y Adalbert– fundan años después una empresa y reconstruyen de nuevo el castillo como una fábrica; los hijos e hijas de los sirvientes que se habían levantado estarán ahora empleados en la fábrica como trabajadores formalmente libres.

Los «esclavos blancos» de la primera época están en manos de sus señores directa y físicamente. Como muestra de su servidumbre llevan una «correa de cuero» en la frente, un «anillo de esclavo» que uno de los protagonistas, el viejo Sloboda, nacido como siervo, compara con las marcas de fuego de las ovejas.⁶¹⁹ El terrateniente aplica su jurisdicción y ejecuta castigos físicos. Finalmente, el conde se arroga el derecho de pernada, pese a ser algo muy controvertido ya, lo que se muestra en el levantamiento tras la violación de Rose.⁶²⁰ Los campesinos realizaban habitualmente sus «trabajos como siervos» y sus «servicios en la

616 La narración interior se encuentra en Willkomm, *Weisse Slaven*, pp. 58-291; el comienzo de la trama está datado en «179*» (p. 58).

617 *Ibid.*, p. 298.

618 La superposición de servidumbre y esclavitud era en la época extremadamente habitual y estaba extendida por toda Europa; véase Stanziani, «Free Labor», p. 34.

619 Willkomm, *Weisse Slaven*, p. 16.

620 Sobre este «derecho», que ha servido durante largos periodos históricos para generar indignación ante la servidumbre, la esclavitud y la dependencia –en esta época, por ejemplo, en Engels, «Lage Englands (Vorwärts)», MEW 1, p. 557–, véase Alain Boureau, *Das Recht der Ersten Nacht. Zur Geschichte einer Fiktion*, Düsseldorf, 1996.

corte». Aparte de esto, anualmente se reclutaba de entre ellos a los sirvientes que habrían de servir en el castillo. Las jovencitas estaban constantemente expuestas a las agresiones sexuales por parte de los señores y de los criados más mayores.⁶²¹

La continuidad histórica de la esclavización la expresa el viejo Leberecht, que había nacido también siervo:

Odio al conde egoísta desde el fondo de mi corazón porque él, quizás con más conciencia y gusto que su padre, nos convierte de nuevo a nosotros, los pobres liberados, en esclavos, que obedecen a ciegas y sin rechistar sus indicaciones, ¡y que no deberíamos hundirnos en esta miseria sin nombre!⁶²²

En la parte central de la novela reaparece el título «esclavos blancos» encabezando un capítulo que muestra con gran dramatismo –y con los medios habituales de la literatura miserabilista– la esclavización por medio de una «miseria sin nombre». ⁶²³ Tras una «gran reducción salarial», en el «poblado de la fábrica» reina el hambre. Comienzan los alborotos y el abandono del trabajo, los trabajadores demandan más salario. Adrian, el dueño de la fábrica, se niega a aceptar las reivindicaciones de sus trabajadores.⁶²⁴ En su respuesta, deja clara la nueva forma de esclavitud: «¡quien se sienta postergado en mi fábrica, se puede ir! ¡No sujeto a nadie, ni obligo a nadie, a servirme! Dios santo, ¿qué es lo que queréis? ¡No hay rey ni emperador que se mueva con más libertad por la extensa tierra de Dios como mis trabajadores!». Esta supuesta libertad no la perciben los propios trabajadores más que como una «broma», que les resulta sin embargo «muy amarga». ⁶²⁵ Leberecht señala poco después la amarga ironía de la libertad describiéndola mordazmente como

621 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 83, así como el capítulo «Die Gesindestube», pp. 114-128.

622 *Ibid.*, p. 383.

623 *Ibid.* pp. 413-426.

624 Que el salón de fiestas en el que Adrian recibe a los huelguistas estaba decorado con «telas de seda de Lyon» puede ser leído quizás como una alusión al gran levantamiento de los tejedores de seda de Lyon de 1831, el primer gran levantamiento proletario del continente. Véase la recopilación de fuentes de Kurt Holzapfel (ed.), *Die Lyoner Arbeiteraufstände 1831 und 1834*, Berlín, 1984.

625 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 419.

«esclavitud de la libertad», como «la esclavitud más aborrecible» de todas.⁶²⁶

Pero el estado de necesidad de los trabajadores no es solo resultado de la mera estructura del trabajo asalariado. Adrian ha aprovechado más bien, sistemáticamente, la situación de la «proletarización pasiva» tras la supresión de la servidumbre para enredar a los habitantes del poblado en un sistema de endeudamiento. Esto lo reconoce con sinceridad ante los trabajadores que protestan:

Acojo amablemente a cualquiera y contrato a todo el que puedo. Solo pongo como condición que, quien quiera conseguir y mantener un puesto de trabajo conmigo se ha de establecer en mis terrenos. Al principio algunos se sorprendían de esta exigencia, les impactaba que yo les diera un pedazo de tierra de forma gratuita y que les prestara dinero a bajo interés para que se construyeran una pequeña casa. Cazaba a los héroes de la libertad como ratoncitos golosos. Caían en masa en mi trampa, y así surgió el pueblo de la hilandería ahí enfrente, junto al lago. Como deudores míos, estos necios estaban desde el principio bajo mi poder.⁶²⁷

El trabajo asalariado «libre» resultó ser una servidumbre por deudas oculta: «No teníamos ningún arma frente a ella», dice el líder obrero Martell a Adrian, «pues éramos pobres, dependíamos de ellos, estábamos en sus libros de cuentas, eramos, en una palabra, sus siervos de cuerpo y alma, ¡sus esclavos blancos!»⁶²⁸

Adrian sabe que sus trabajadores están en sus manos, y exige un sometimiento absoluto: «¡Quiero y ordeno obediencia! ¡Seré un buen señor con quien me obedezca ciegamente!»⁶²⁹ Con el acento en la dependencia total de los trabajadores con respecto a sus patrones, la novela coloca la situación de los trabajadores asalariados en continuidad histórica con la de los siervos; la diferencia formal y jurídica de estatus queda a un lado. Con el endeudamiento sistemático de los trabajadores, que en último término ha de ser pagado por medio del trabajo, la novela nombra además una de las prácticas corrientes de la primera industrialización, que debilita, también en un sentido jurídico problemático, un elemento esencial del estatus formal y jurídi-

626 *Ibid.*, p. 400.

627 *Ibid.*, p. 433 y s.

628 *Ibid.*, p. 683.

629 *Ibid.*, p. 425.

camente libre del trabajador asalariado, la libertad de elección del lugar de residencia, y la libre elección del trabajo. Esta y otras prácticas de vinculación fáctica de los trabajadores a sus patrones se presentaban como un escándalo también en la época, una y otra vez, en el *Gesellschaftsspiegel*. Más allá del significado anecdótico y concreto-histórico de esto en el *Premarzo* alemán, David Graeber ha mostrado que el endeudamiento sistemático de los trabajadores y los capitalistas forma el centro no reconocido de cualquier acumulación de capital: sin endeudamiento no hay acumulación originaria de capital libre ni acumulación originaria de trabajo libre.⁶³⁰ La «libertad» es una categoría derivada que se presenta en continua metalepsis como causa de toda relación social, encubriendo al mismo tiempo su forma de funcionar.

En cuanto a lo sincrónico, la novela muestra también un continuo social en el cual están colocadas las diferentes formas de trabajo dependiente y no libre. Después de Aurel, presentado como capitán hamburgués de altamar, divisamos a los navegantes y marineros. Sobre este asunto, la historia del trabajo establece, gracias a la «prensa», el reclutamiento violento de marineros para las flotas de guerra y comercio de la primera Modernidad como una de las raíces del trabajo dependiente moderno. Tampoco descubre en la reglamentada y atroz vida cotidiana de los navegantes uno de los focos de origen de la disciplina moderna del trabajo.⁶³¹ En la novela también se aborda –de forma idílica– la terrible historia de los navegantes por medio de la figura de Gilbert: este joven «hijo de un inglés y una criolla» de Nueva Orleans es el siervo de Aurel. Tras la muerte prematura de sus progenitores, y con una completa «carencia de medios», el joven es acogido por el capitán «por pura bondad», y a cambio

630 Véase al respecto el apartado «Was ist also der Kapitalismus?» en: David Graeber, *Schulden. Die ersten 5000 Jahre*, Stuttgart, 2012, pp. 363-378 [ed. en cast.: «Así pues, ¿qué es el capitalismo?», en: *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel, 2014, pp. 456-469]. Aquí se dice con exactitud: «El escándalo secreto del capitalismo es que en ningún momento de la historia se ha organizado en torno a una mano de obra libre» (p. 368; p. 462 de la ed. en cast.). La relación entre la novela de Willkomm y el debate sobre la deuda en antropología la trata también Franziska Schöblier, «Frühsozialistische Kapitalismuskritik und die Ausbeutung von Weiblichkeit. Zu Ernst Willkomm und Louise Otto», en: Nickel, *Geld*, pp. 57-75, aquí p. 61.

631 Véase Linebaugh/Rediker, *Hydra*, especialmente el capítulo «Hydrarchie: Seeleute, Piraten und der Seestaat» [Hidrarquía: marineros, piratas y el Estado marítimo], en el que se señala al barco de guerra y comercial de la primera Modernidad como «prototipo de la factoría» (pp. 157-189, aquí p. 164).

queda completamente en sus manos. Con esa «bondad» de duro y experimentado capitán de alta mar, Aurel se encarga también de la educación del joven, cuya procedencia se hace notar continuamente de forma molesta:

Aunque Aurel amaba al muchacho como a un niño, no tenía sin embargo ninguna indulgencia con él en el servicio. Las faltas de disciplina que al principio cometía Gilbert, bien por negligencias o por tozudez y obstinación, Aurel las castigaba con la misma dureza que las del más vulgar de los marineros. En varias ocasiones vio correr su sangre el muchacho malcriado por la criolla ociosa hasta que su testarudez se sometía ante la intransigencia del duro capitán.⁶³²

La dimensión global de la esclavitud transatlántica, a la que alude ya la madre de Gilbert, está todavía más ligada al comercio. El capitán Aurel conecta la alejada hilandería de algodón de Adrian con el «mundo transatlántico» y de este modo con el mercado mundial.⁶³³ Los hermanos fundan una empresa comercial en Hamburgo, que se encarga del comercio del algodón, y la distribución del algodón hilado se organiza en las correspondientes «manufactorías». El algodón en bruto se compra en un principio en Luisiana, antes de que los hermanos vom Stein pasen a producir su «propia plantación [...] junto al Red River en Arkansas». De este modo, los hermanos no solo cooperan con esclavistas, sino que ellos mismos pasan a serlo como propietarios de plantaciones; los esclavos «blancos» y «negros» están así sometidos al mismo señor.⁶³⁴

Con la referencia a los esclavos africanos deportados a las plantaciones de algodón, la segunda palabra del título de la novela tiene aquí su contrapunto. Cuando se habla de «esclavos blancos» no se trata solo de desenmascarar la «libertad» del trabajo asalariado moderno como una esclavitud mal disimulada; también se trata de relacionar esta esclavitud con lo que se sabe de los esclavos *negros*, que en la novela no son nunca nombrados directamente. El título *Los esclavos blancos* presupone un conocimiento de este tipo y el destino de los héroes del título resulta escandalizador sobre el trasfondo de este conocimiento. Sin em-

632 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 305 y s.

633 *Ibid.*, p. 298.

634 *Ibid.*, p. 299.

bargo, al mismo tiempo la novela muestra –aunque solo lo haga de paso– que los destinos de los esclavos blancos y negros están conectados de forma funcional. No solo están sometidos a los mismos señores, sino que son también parte de las mismas cadenas globales de producción, elementos del mismo sistema-mundo.⁶³⁵

Marx resume esta conexión en *Miseria de la filosofía*, uno de los pocos lugares en los que llega a hablar, en el *Premarzo*, de la esclavitud transatlántica, la «esclavitud directa [...] de los negros en Surinam, Brasil y en los estados del sur de Norteamérica»:

La esclavitud directa es el pivote de la industria burguesa, en la misma medida que las máquinas, el crédito, etc. Sin esclavitud no hay algodón; sin algodón no hay industria moderna. En la esclavitud radica el valor de las colonias, las colonias son las que han creado el comercio universal que, a su vez, es la condición para que exista la gran industria. De esta forma, la esclavitud es una categoría económica muy importante.⁶³⁶

Sigue en pie la pregunta de cómo se puede representar de forma literaria tales categorías económicas y su significado global. Si «las estructuras como tales [...] no se dejan narrar o solo es posible hacerlo de forma difuminada», como observa lapidariamente Albrecht Koschorke,⁶³⁷ entonces Willkomm pone de manifiesto por primera vez la superestructura del sistema-mundo capitalista al retratar sus anclajes en un pequeño poblado de una zona apartada –por no decir dejada de la mano de Dios–. Desde ahí, va tramando las redes globales de la creación de valor; reconstruyendo así el contexto del mercado mundial «desde abajo», desde lo local a lo global. Willkomm convierte así en algo familiar el proceso de transformación socio-económica que va de una economía basada en la servidumbre y con una impronta agraria a una economía productora de mercancías, y lo conecta así con el ciclo de la vida de los habitantes del poblado y sus señores. La transformación histórica queda ilustrada por un proceso natural de nacimiento, crecimiento y desaparición; las cesuras y los cambios radicales –como por ejemplo el levanta-

635 Sobre la «recomposición atlántica de la fuerza de trabajo textil» véase Linebaugh, «Ned Ludd», p. 89 y s.

636 Marx, *Elend*, MEW 4, p. 132 [p. 208].

637 Koschorke, *Wahrheit*, p. 73.

miento de los sirvientes y la reducción del castillo a cenizas– son claramente irrupciones violentas en este proceso.

La literatura encuentra su función en unir contextos abstractos, sistémicos, con el trasfondo de la experiencia de las lectoras y los lectores, gracias a la cual se pueden *figurar* estos contextos; esto es: que aparezcan como figuras y entren en colisión con otras figuras. La literatura muestra cómo los grandes contextos globales afectan al individuo y marcan sus experiencias; muestra cómo aparecen en la vida real del individuo magnitudes abstractas como «la competencia», «el mercado mundial» o «la crisis económica». La capacidad figurativa resulta más fácil cuando puede recurrir a constelaciones de figuras que no necesitan ya mayor explicación, y cuya carga afectiva se puede presuponer. Esto ocurre sin duda con la constelación de figuras de la familia. Willkomm muestra, además, cómo las convenciones expositivas arraigadas pueden ser aprovechadas para hacer visible lo que hasta el momento pasaba inadvertido o era desconocido –como un sistema-mundo capitalista–.⁶³⁸ Que el poder económico del capital no haya surgido de la nada, que por lo tanto la «acumulación originaria del capital» no pueda ser más que una «así llamada» acumulación originaria, como escribirá Marx, porque se apoya en muchos sitios en viejas estructuras de poder; todo esto lo hace plausible Willkomm cuando muestra en los hermanos vom Stein a tres jóvenes capitalistas que saben transformar su poder heredado en algo lucrativo. La industrialización no estuvo necesariamente ligada, tampoco en un sentido socio-histórico, con un recambio de las élites dominantes –por ejemplo en el sentido de un relevo de la nobleza por la «floreciente burguesía»–, como supone la opinión histórica. Fue más bien la nobleza misma la que llevó a cabo la industrialización y se aprovechó de ella. Esto se expresa ya en los «Mill-Lords» de Mead, que no han de ser (solo) entendidos de forma alegórica.⁶³⁹ Y Willkomm también lo muestra cuando convierte en sus protagonistas a las diferentes generaciones de (Bober) Steins.

638 Apoyándose en Hans Blumenberg, Albrecht Koschorke ha expuesto que las narraciones, y precisamente las muestras narrativas altamente convencionales, también pueden asumir el «carácter de una prevención cognitiva» para posibilitar incluso la «percepción de lo nuevo»; Koschorke, *Wahrheit*, p. 291.

639 Véase al respecto el primer apartado del quinto capítulo.

Sin embargo, la narrativa más familiar, cuyas posibilidades sabe aprovechar Willkomm de forma innovadora, mantienen al autor –como se ha visto– dentro de unas vías que hay que señalar como estereotípicas. La constelación de los tres hermanos capitalistas, por ejemplo, debe seguir siendo exagerada, según parece requerir la lógica propia de la narración, por medio de una relación fraternal oculta con el líder obrero Martell. Esta ya improbable relación de parentesco se verá superada por más y más relaciones (familiares) que en último término son incluso difíciles de comprender. Finalmente, lo que rige es la pura voluntad de crear intriga.⁶⁴⁰

Si la calidad de la literatura «social» se mide, según Engels, de acuerdo a su capacidad para «insertar hechos narrados individualmente dentro de una situación general y sacar de este modo de ellos su lado más sorprendente y significativo», entonces tenemos que considerar un éxito la novela de Willkomm. Y al mismo tiempo, los medios que garantizan su calidad son precisamente los que la vuelven a arruinar: el familiarismo narrativo teje sus tramas en un lugar no muy lejano al kitsch y al reportaje sensacionalista.⁶⁴¹

Engels y la invención del reportaje sensacionalista

Engels había certificado una debilidad narrativa general en la literatura «social» del momento. Su afirmación de que la «situación general» de la sociedad de clases no se podía *narrar* encontraba ya su base en que esta situación ya no podía ser *experimentada* por el individuo *como general*: el sistema se había desacoplado de la experiencia y de la capacidad de experimentar. Precisamente esta era la clave de la postura de Marx en su

640 Así, Magnus viola también a tres mujeres que no juegan ningún papel en la novela, y dos de los tres niños producto de estas violaciones –Martell y Klütken-Hannes– entran después a formar parte de la acción en la intriga de la novela. Adler se ha tomado la molestia de transcribir la genealogía de los Boberstein en un árbol genealógico; véase Adler, *Soziale Romane*, p. 75.

641 Franziska Schöbler resalta en Willkomm el bloqueo de la función social-realista por la «tendencia narrativa a la personalización». De esta manera, en la medida en que al informar sobre una situación laboral muy dura se vuelve a caer en una «historia familiar sensacionalista», algunos «aspectos centrales de la resistencia de los trabajadores» quedan «ocultos» (Schöbler, *Kapitalismuskritik*, p. 63). Por el contrario, yo remarcaría el carácter condicionado de ambos niveles expositivos; el reportaje sensacionalista no desaparece.

discusión con Proudhon y en su construcción teórica de la contradicción entre «trabajo asalariado y capital». En la experiencia del individuo se presenta la «situación general» de forma necesariamente invertida. Dado que quienes se enfrentan en la relación capitalista no son los individuos sino las clases, la situación en su conjunto solo puede ser percibida por las clases, pero no por los individuos. «La experiencia de clase» no es nunca la del individuo, sino que se constituye en ruptura con esta. El discurso de una «experiencia de clase» no se puede liberar nunca de un añadido metafórico o quizás incluso ideológico: quien pretende expresar por medio de un «nosotros» la experiencia de la clase debe antes haber hecho suya esta posición, y esta apropiación siempre requiere de una legitimación. Las consecuencias históricas de la aporía de la imposibilidad de experimentar la sociedad de clases por parte del individuo conducirán a que se creen instancias que habrán de funcionar como sujetos legítimos de la experiencia de clase. Una instancia central será el partido, que al fin y al cabo –según lo formulará Georg Lukács– se atribuirá la experiencia de la clase como clase y la conciencia de clase desarrollada a partir de ella.⁶⁴²

Es difícil comprender con la suficiente agudeza la aporía contenida aquí: en el momento en el que el individuo es liberado como individuo y tan solo puede encontrar una unidad superior en la figura colectiva de la clase, pierde al mismo tiempo el acceso a la experiencia y a la capacidad fundamental para experimentar la situación social y las condiciones en las que vive. La *condition prolétarienne* –no por casualidad, sino por necesidad estructural– debe surgir sin ayuda de la experiencia en el proletario individual.

Además, también ha de arreglárselas sin narración: «¿Dónde ha quedado todo eso? ¿Quién encuentra hoy gentes capaces de narrar como es debido?», se pregunta Walter Benjamin en 1933 en su ensayo excelentemente titulado «Experiencia

642 Véase Georg Lukács, *Geschichte und Klassenbewußtsein. Studien über marxistische Dialektik*, Darmstadt/Neuwied, 1970 [1923], p. 126 [ed. en cast.: *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Buenos Aires, RyR, 2013]; sobre esto Patrick Eiden-Offe, «Typing Class. Classification and Redemption in Lukács's Political and Literary Theory», en: Timothy Bewes y Timothy Hall (eds.), *The Fundamental Dissonance of Existence. New Essays on the Social, Literary and Aesthetic Theory of Georg Lukács*, Londres, 2011, pp. 65-78.

y pobreza».⁶⁴³ En el *Premarzo* se muestra que la pobreza agota la experiencia –y la pobreza de la experiencia, su capacidad de ser narrada–. Una solución es la *renuncia a narrar*.

Aquí se ponen en cuestión, con buenos argumentos, la «tan lamentada pobreza de la experiencia de los modernos» y el final de la narración derivado de este diagnóstico, desde la perspectiva de una «teoría general de la narración».⁶⁴⁴ De hecho, no se podrá discutir que, también en los textos que se comprenden a sí mismos como postnarrativos, se siga no obstante narrando, en el sentido de una operación básica antropológica y semiótico-cultural general.⁶⁴⁵ Sin embargo, si queremos tomarnos en serio el diagnóstico de Engels de una «completa impotencia para narrar» en la Modernidad capitalista,⁶⁴⁶ habremos de especificar qué quería decir Engels con «narrar» (y qué no). Puede ser aquí útil la búsqueda de conceptos opuestos. Así, en el siguiente apartado («El reportero en el campo: ‘Las grandes ciudades’») narrar se comprende como un concepto opuesto a describir, la *narratio* como concepto opuesto a la *descriptio*.⁶⁴⁷ Lo que hace Engels es describir, más que narrar, y no organiza sus descripciones en historias, sino en tablas y pequeñas escenas. Aquí mi contraposición eurística entre «descripción» [*Beschreibung*] y «narración» no coincide simplemente con la que aparece en el *Gesellschaftsspiegel* entre «descripción» [*Schilderung*] y «poesía», continuamente entremezcladas: ahí se trataba del estatus de ficcionalidad de los textos, y aquí de su forma organizativa. Los poemas (fccionales) pueden de igual modo comportarse de forma descriptiva como narrativa, y lo mismo vale para las descripciones (fácticas). Sin embargo, hay –ya en la historia de la retórica y los conceptos– una afinidad estrecha, cuando no una identidad, entre «descripción, recoge-

643 Walter Benjamin, «Erfahrung und Armut» [1933], en: Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Bd. II.1: *Aufsätze, Essays, Vorträge*, ed. por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt a. M., 1991, pp. 213-219 [ed. en cast.: «Experiencia y pobreza», en: *Iluminaciones*, p. 95].

644 Véase Koschorke, *Wahrheit*, p. 73, así como Koschorke, *Hegel*, p. 24 y s.

645 Sobre la «universalidad de la narración» en el sentido de un «*a priori* narrativo» y sobre las «operaciones elementales» de la narración: reducción, formación del esquema y de la secuencia, motivación, excitación y apego afectivo véase Koschorke, *Wahrheit*, pp. 9-110.

646 MEW 4, p. 217. Véase al respecto también el apartado «Miseria alemana, versos alemanes: Engels como teórico de la narrativa» en el cuarto capítulo del presente estudio.

647 Véase al respecto Lukács, «Beschreiben», y Geulen, «Depicting».

da de los hechos» [*Schilderung*] y «descripción» [*Beschreibung*], por ejemplo si miramos a las raíces de ambas en la descripción de imágenes, la *écfrasis*. La contraposición eurística entre el narrar y el describir sirve a partir de ahora únicamente para la clarificación de las tendencias en la crítica literaria.

En todo caso, en este capítulo hemos de comprender al menos, en primer lugar, una modificación en la posición del «yo» que habla o escribe. Este «yo» renuncia a la generalidad narrativa, abandona cualquier posición distanciada y soberana, con lo cual renuncia también a la pretensión de construir un espacio de ficción coherente.⁶⁴⁸ El «yo» de los textos aparece en escena solo de forma limitada, y se convierte en un *observador*, que solo comparte sus observaciones. El observador que escribe e informa se presenta así como un mero informante, como mensajero y médium: se convierte en *reportero*.⁶⁴⁹

Engels desempeña un papel decisivo en la invención del reportaje social. Antes de su revolucionario trabajo sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* habían causado ya sensación sus «Cartas desde Wuppertal», publicadas en 1839 en el periódico *Telegraph für Deutschland* fundado por Gutzkow.⁶⁵⁰ En 1846, Berthold Auerbach menciona en *Schrift und Volk* las «Escenas de Boz» como un importante precursor, ejemplo de una literatura que eleva de nuevo «la situación del pueblo llano» al ámbito propio de la poesía.⁶⁵¹

Bajo el título de *Sketches by Boz. Illustrative of Every-Day Life and Every-Day People* se publicó en 1836 una recopilación de pequeñas piezas en prosa, aparecidas ya en prensa, de un Charles Dickens todavía desconocido, y que aún no firmaba como autor. Como objetivo y objeto de los *sketches* o escenas, el prólogo menciona «presentar pequeñas imágenes de la vida y costumbres como realmente son».⁶⁵² El elemento gráfico, ya mencionado en

648 Sobre el «posicionamiento de la instancia narrativa» véase Koschorke, *Wahrheit*, pp. 84-101.

649 Sobre la etimología de «Reportage» [reportaje] y sobre la historia del género véase Michael Haller, *Die Reportage*, 6ª ed., Konstanz, 2008, especialmente «Herleitung» [derivación], pp. 17-41.

650 Friedrich Engels, «Briefe aus dem Wuppertal», MEW 1, pp. 413-432.

651 Auerbach, *Schrift und Volk*, p. 76.

652 [Charles Dickens], *Sketches by Boz. Illustrative of Every-Day Life and Every-Day People*, Londres, 1995, p. 7 [ed. en cast.: *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*, Madrid, Abada, 2009; esta ed. en cast. no incluye el prólogo citado].

el título de la recopilación, se expresa en las piezas individuales de prosa en un arte de la descripción centrado en los detalles, cuyo objetivo explícito es colocar ante los ojos del lector la imagen de la descripción de la manera más viva posible. Del *beadle*, el sacristán de la parroquia descrita, se dice:

Míralo otra vez el domingo, con su abrigo oficial y su sombrero de tres picos, con un báculo de cabeza grande en su mano izquierda para mostrar, y un pequeño bastón en la derecha para usar. ¡Con qué pomposidad ordena a los niños en su lugar! ¡Y con qué recato le miran los pequeños traviesos de reajo, cuando los inspecciona a todos sentados, con ese brillo en los ojos propio de los sacristanes! Cuando los oficiales de la iglesia y supervisores están debidamente instalados en sus bancos acortinados, él se sienta en un soporte de caoba, especialmente erigido para él en la parte alta del pasillo, y divide su atención entre su libro de oraciones y los niños. De pronto, justo al inicio del servicio de la comunión, cuando toda la congregación está sumida en un profundo silencio, solo roto por la voz del clérigo que está oficiando, se oye con una claridad asombrosa cómo rueda un penique por el suelo de piedra del pasillo. Observa al generalato del sacristán. Su involuntario gesto de horror se transforma instantáneamente en una perfecta indiferencia, como si él fuera la única persona presente que no ha oído el ruido. El artificio tiene éxito. Después de adelantar su pierna derecha de vez en cuando, como una antena, la víctima de la moneda caída se atreve a hacer una o dos incursiones diferentes tras ella; y el sacristán, que se desliza suavemente hacia él, da la bienvenida a su pequeña cabeza redonda cuando aparece de nuevo sobre el asiento dándole golpes dobles, hechos con el bastón, sin que el muchacho los esperara, para intenso deleite de los tres jovencitos del banco adyacente, que tosen violentamente a intervalos hasta la conclusión del sermón.⁶⁵³

Las exhortaciones «mira» y «observa» clarifican las pretensiones de esta prosa: dar a ver y hacer observable. El «*suddenly*» [de pronto] dramático provoca aquí la impresión de una simultaneidad de la observación. La familiaridad con el *objeto de la observación* necesaria para estas pretensiones debe darse, según se dice en el texto mismo, haciendo que el *sujeto de la observación* sea parte del mundo descrito. El primer capítulo de la recopilación se titula «Seven sketches from our parish» [Siete escenas de nuestra parroquia], el observador es parte del vecindario del que se trata. La posición exacta del sujeto observador no está, sin em-

653 *Ibid.*, p. 18 y s.

bargo, marcada; su solidaridad con las personas pobres del barrio –la mayor parte de las veces articulada de forma irónica– ante la chulería y arbitrariedad de los pequeños y grandes dirigentes y dignatarios no se pone nunca en duda.⁶⁵⁴

Engels adopta también una posición similar de orador y escritor en sus «Cartas desde Wuppertal». Los informes de Barmen y Elberfeld se fijan en la situación desoladora de los pobres y pauperizados tanto como en la doble moral «oscurantista» de las capas cultas y propietarias, que en aquel momento (y seguramente hasta hoy) estaban (y están) fuertemente organizadas en Iglesias libres y sectas reformistas.⁶⁵⁵ El saber que ha de alcanzar aquí la conciencia de los lectores forasteros e ilustrados es el de un *insider*, alguien que sabe de lo que habla desde dentro, que sin embargo se puede distanciar lo suficiente para poder percibir y subrayar lo ridículo del conjunto. En sus posteriores informes de situación de Inglaterra, Engels cambiará la posición del narrador y escritor, lo que convertirá estos textos, directamente, en reportajes sociales en sentido pleno. En *La situación de la clase obrera*, Engels se deja reconocer como un *outsider*, alguien que viene de fuera, que se ha metido en el interior de la situación para llevar a los lectores de fuera un conocimiento sobre el interior.

La pretensión de hacer una autopsia se encuentra en Engels en el subtítulo mismo del libro: «Según las observaciones del autor y fuentes autorizadas». Uno de los elementos de la fisonomía de la posición del escritor se encuentra en que él expone esta exigencia, que ratificará su credibilidad sobre todo ante los lectores *outsiders*, en primer lugar dirigiéndose al *insider*. El libro está precedido por una dedicatoria de dos páginas, publicada en inglés e impresa también en esta lengua en la primera edición alemana, «To the Working Classes of Great-Britain» [A las clases obreras de Gran Bretaña], que comienza con la exclamación y el llamamiento «Working Men!» [¡Trabajadores!].

654 Sobre la localización política de las *Escenas* de «Boz» véase William F. Long y Paul Schlicke, «Bumble against Sludberry; or, Dickens Has an Early Encounter with Reform Politics», en: *Dickens Quarterly* 32.3 (2015), pp. 181-198.

655 Véase MEW 1, p. 413. Aquí se nombran las parroquias de Wuppertal como el «Sión de los oscurantistas».

En esta dedicatoria, Engels resume todos los puntos que hacen de su texto un reportaje, y clarifica con ello su posición innovadora:

¡Trabajadores!:

A vosotros dedico una obra en la que he intentado poner ante mis conciudadanos alemanes una fiel imagen de vuestra situación, de vuestros sufrimientos y luchas, de vuestras esperanzas y perspectivas. He vivido bastante entre vosotros, para conocer algo de vuestra condición; a vuestro conocimiento he dedicado mi mayor solicitud, he estudiado, cuando me fue posible, los varios documentos oficiales y no oficiales; no me contenté con esto; más que el conocimiento abstracto de mi asunto, sentí la necesidad de veros en vuestras mismas moradas, de observaros en vuestra vida cotidiana, de charlar con vosotros respecto a vuestras condiciones de vida y sufrimiento, de ser testigo de vuestras luchas contra el poder político y social de vuestros opresores.⁶⁵⁶

La pretensión de «dibujar [...] una fiel imagen» se basa en la autopsia y en la participación. El observador entra en las «moradas», vive y habla con los trabajadores, participa en sus «sufrimientos y luchas» y se entera de sus «esperanzas y perspectivas». Esto conduce a –y al mismo tiempo es posibilitado por– que el observador deje ir cualquier pretensión de neutralidad y se sitúe de forma parcial, de parte, en el campo de la observación: él quiere, y así lo escribe a los trabajadores, «ser testigo de vuestras luchas contra el poder político y social de vuestros opresores». Avala con su persona que todo era así como lo informa –da fe de ello–, y se presenta al mismo tiempo como testigo de la acusación en el gran proceso (judicial) que es la historia mundial, tal y como la entienden Hegel, Marx y Engels.⁶⁵⁷ Como «testigo» de la acusación, ha recopilado «material probatorio suficiente» con el que la ideología de la «clase media» se vendrá abajo. Se trata, según dice finalmente, «de que se haga justicia a una clase oprimida y difamada».

El proceder de Engels puede ser comprendido como el de un *observador participante*. Esta denominación es anacrónica solo en la medida en que el concepto metodológico del observador participante se formulará de forma sistemática más adelan-

656 MEW 2, p. 229; la traducción procede de la segunda edición alemana de 1892.

657 Véase Heinz Dieter Kittsteiner, *Weltgeist, Weltmarkt, Weltgericht*, Múnich, 2007.

te, y solo será nombrado entonces como tal; sin embargo, las «etnociencias», dentro de las cuales se aplica este procedimiento (folklore, etnología, etc.) son invenciones del momento.⁶⁵⁸ Cuando Engels escribe que ha visitado a los trabajadores en sus «moradas» para conocer sus «condiciones de vida», entonces juega además en un topos literario ya establecido, que remite al campo etnológico. En el prólogo de su *Mystères de Paris*, Eugène Sue se compara con James Fenimore Cooper y se plantea a sí mismo y a su obra unas pretensiones de exploración similares:

Todo el mundo ha leído los maravillosos libros en los que J. F. Cooper, el Walter Scott americano, ha descrito las crueles costumbres de los salvajes, su lenguaje pintoresco y poético y las miles de artimañas con cuya ayuda se han escapado de sus enemigos o los han perseguido. [...] Nosotros queremos representar ante el lector algunos episodios de la vida de otros bárbaros, que se encuentran también fuera de la civilización, al igual que los pueblos bárbaros tan maravillosamente descritos por Cooper. Solo que estos bárbaros de los que nosotros hablamos, viven entre nosotros; podemos encontrarnos con ellos si nos atrevemos a entrar en sus escondrijos en los que viven y se reúnen para discutir sobre el robo y el asesinato y repartirse finalmente entre ellos el legado de sus víctimas.⁶⁵⁹

El topos o lugar común de un viaje de investigación al continente de la pobreza y el abandono, en el que se desarrollan los «peores barrios» de las ciudades,⁶⁶⁰ lo aprovecha también Engels; sin embargo, este intenta –en contraste y también quizás como crítica a Sue– evitar cualquier exotización de los «bárbaros». Los trabajadores ingleses no son para Engels «extraños» o «salvajes», sino adalides y precursores de un universalismo de «una humanidad única e indivisible», que en caso contrario no se realizaría en ningún lugar –desde luego no en las clases cultas, «civilizadas»–. En la dedicatoria, Engels marca una diferencia significativa entre

658 Véase Stagl, «Entstehung», así como Werner Petermann, *Die Geschichte der Ethnologie*, Wuppertal, 2004, sobre las diferenciaciones; «Differenzierungen: Anthropologie, Völkerkunde, Ethnologie», pp. 278-300. Sobre las tradiciones nacionales en la fase disciplinaria de consolidación de la etnología, véase Henrika Kuklick (ed.), *A New History of Anthropology*, Malden, 2008, pp. 33-110.

659 Sue, *Geheimnisse*, p. 9.

660 Véase al respecto Bernhard Kleeberg, «Reisen in den Kontinent der Armut», en: Michael Neumann y Kerstin Stüssel (ed.), *Magie der Geschichten. Weltverkehr, Literatur und Anthropologie in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Konstanz, 2011, pp. 29-52.

los trabajadores, a los que se dirige directamente, y la clase media inglesa:

[Soy] un extranjero para ellos, aunque espero que no para vosotros. Aun cuando mi inglés pueda no ser puro, espero que consideréis que es claro. Ningún trabajador en Inglaterra, ni en Francia, me ha tratado como extranjero. Con la mayor satisfacción os he visto libres de esa maldición destructora, la estrechez de miras y la soberbia nacional [...]. Considero que sois más que simples *ingleses*, miembros de una nación individual y aislada; que sois *seres humanos*, miembros de la gran familia *humana*, conscientes de que vuestros intereses y los de la raza humana son los mismos. Y como tales, como miembros de esta *familia humana* «una e indivisible», como *seres humanos* en la más amplia acepción de la palabra, como tales, yo y otros muchos en el continente, saludamos vuestro progreso en todas direcciones y os auguramos un rápido éxito. Adelante, pues, seguid el camino que habéis comenzado. Mucho queda todavía por sufrir; manteneos firmes e intrépidos; vuestro éxito es seguro y ningún paso de vuestra marcha hacia adelante se perderá para nuestra causa común, ¡la causa de la *humanidad!*⁶⁶¹

No obstante, Engels no adquiere sus conocimientos sobre la vida de los trabajadores ingleses solo de sus «observaciones propias» ni de su relación íntima con ellos. Se prepara también concienzudamente como «observador participante» estudiando todas las «fuentes auténticas», todos los «documentos oficiales y no oficiales» y también leyendo todos los «extensos documentos» de las «comisiones de investigación», los cuales, de no ser por él, habrían seguido cogiendo polvo «en las estanterías de la sede central».⁶⁶² El hecho de que Engels tuviera acceso a todos estos documentos, y de que tuviera tiempo para estudiar todas estas fuentes, tiene su origen en que él mismo *no era* un trabajador, aunque se solidarizara con ellos; Engels, el observador, se mueve con gran naturalidad en ambos mundos –el de los trabajadores y el de la «clase media»– y la posibilidad del paso de uno a otro le ofrece precisamente una posición de observador privilegiada:

Al mismo tiempo, gracias a mi amplia oportunidad para observar a las clases medias, vuestros adversarios, he llegado pronto a la conclusión de que tenéis razón, toda la razón, en no esperar de ellas ningún

661 MEW 2, p. 230 y s.

662 MEW 2, p. 229 y s.

tipo de ayuda. Sus intereses y los vuestros son diametralmente opuestos, aunque ellos siempre intentarán sostener lo contrario y haceros creer en su más sincera empatía con vuestro destino. Sus acciones desvelan sus mentiras.⁶⁶³

La posición del reportero es la de una curiosa ausencia de posición. El reportero es una persona que pasa de un mundo a otro, que no está ligado a un sitio y que no está integrado en ningún mundo social, sino que observa un mundo desde la perspectiva de otro diferente, y así puede relativizar ambos. Lo que sirve para las clases también vale para las naciones: tras la dedicatoria a los trabajadores ingleses, el «prólogo» se dirige a los lectores alemanes. Engels se presenta como un mediador entre Alemania e Inglaterra y desenmascara aquí de nuevo los autoengaños y las estrecheces de miras y visiones parciales poniendo ambas ante el espejo: «Entretanto, la miseria *inglesa* constata-da nos ofrece la ocasión de darnos cuenta también de nuestra miseria *alemana*». A la inversa, la formación filosófica alemana de Engels le ayuda a poder comprender la miseria inglesa en su *totalidad*, de forma que puede sostener con orgullo que «en Inglaterra misma no existe ninguna fábrica que trate como la mía a todo trabajador».⁶⁶⁴

La posición sin lugar del reportero permite una forma de crítica que no ha de justificar teóricamente su punto de partida, pero que sí se puede presentar de forma decidida y legítima. Al mismo tiempo, nada garantiza la fiabilidad de los juicios del reportero más allá de su propia garantía de haber estado *realmente* allí. Su autoridad autofundada y su posición intencionadamente ambigua hacen plausible entenderlo como una forma de *pícaro*.⁶⁶⁵

663 MEW 2, p. 230.

664 MEW 2, p. 233.

665 Considerar la figura de Engels como la de un pícaro, un triler, o alguien que sorprende con sus giros y trucos, no solo lo sugiere su escrito sobre los reportajes, sino también su influencia política en el *Premarzo*, cuando por ejemplo se presenta en diferentes arenas de lo político que en realidad se excluyen entre sí, como lo documentan los artículos «Zwei Reden in Elberfeld» en el *Rheinischen Jahrbüchern für gesellschaftliche Reform 1845*, Bd. I, pp. 45-62 y 71-81. Engels participó aquí –siempre en su patria y como hijo de un fabricante textil local– en una asamblea autoorganizada «en el primer hostel de la ciudad» junto con Heß, para convencer a la burguesía local de la legitimidad y la necesidad del comunismo. Tras dos largos discursos de Engels y Heß se recitaron «poemas de Müller, Püttmann y fragmentos de Shelley»; también participó una «muchacha tocando el arpa». Guiñándole un ojo –o realmente entusiasmado, ¿quién sabe?–, Engels informa a Marx: «Todo Elberfeld y Barmen, desde la aristocracia del

El pícaro, figura límite que pone en contacto diferentes mundos, culturas o sociedades engañando a ambas partes, emerge a mediados del siglo XIX tanto en el discurso etnológico como en el político.⁶⁶⁶ Tuvo que ser precisamente el posterior primer ministro Benjamin Disraeli –al mismo tiempo autor que con su novela *Sybil* de 1845 se había confirmado como un buscador literario de los límites entre las *dos naciones* y las dos clases– quien insultara en el parlamento británico a su oponente *whig* llamándolo pícaro.⁶⁶⁷ El revés no tardó en llegar: el propio Disraeli sufrió durante los siguientes años una y otra vez que se le echara en cara ser un pícaro, un reproche con un innegable matiz antisemita.⁶⁶⁸

Sin querer generalizar este caso extremo, sí que se puede mantener que al reportero se le coloca de forma estructural en una posición en la que constantemente, y con una cierta necesidad, está expuesto a la sospecha de ser un mentiroso o falsificador –precisamente allí donde él pretende desenmasca-

dinero hasta los dueños de las tiendas de comestibles, solo excluyendo al proletariado, estaba ahí representado. [...] La discusión se prolongó hasta una hora. La cosa tiene un gran tirón. No se habla de otra cosa que del comunismo, y cada día tenemos más seguidores. El comunismo de Wuppertal es una *vérité*, y ya casi una fuerza. No tienes ni idea de lo favorable que es la situación. El pueblo más tonto, indolente y estrecho de miras, que no se ha interesado por nada que pase en el mundo, está ahora casi apasionado por el comunismo» (Engels an Marx, am 22. Februar 1845, MEW 27, p. 20). Que Engels se presente además como traductor y autor anónimo de reseñas de sus propias publicaciones redondea la imagen del pícaro.

666 Véase Erhard Schüttel, «Der Trickster», en: Eva Esslinger *et al.* (eds.), *Die Figur des Dritten. Ein kulturwissenschaftliches Paradigma*, Berlín, 2010, pp. 208-224.

667 Véase al respecto William G. Doty y William J. Hynes, «Historical Overview of Theoretical Issues: The Problem of the Tricksters», en: Doty/Hynes (eds.), *Mythical Trickster Figures. Contours, Contexts, and Criticism*, Tuscaloosa, 1993, pp. 13-32, aquí p. 14, así como Benjamin Disraeli, *Sybil, or the Two Nations*, Oxford, 1998 [1845]. En una posterior nota al pie de la nueva edición de su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels indica los paralelismos de sus análisis con los de la novela de Disraeli. En el capítulo «Resultados», Engels había resumido: «No nos asombraremos, después de todo esto, si la clase obrera ha llegado a ser totalmente otro pueblo que la burguesía inglesa. La burguesía tiene más afinidad con todas las otras naciones de la tierra que con estos obreros que están a su lado. Los obreros hablan otro idioma, tienen otras ideas y nociones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Son dos pueblos completamente distintos, se diferencian como si fuesen dos razas». En 1892, se añade una nota al pie: «La misma idea de que la gran industria ha dividido a los ingleses en dos naciones distintas, ha sido casualmente en la misma época, expresada por Disraeli en su novela *Sybil, or the two Nations* [ed. en cast.: *Sybil o las dos naciones*, Barcelona, Taurus, 2002]; MEW 2, p. 351 [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 127].

668 Véase Anthony Julius, *Trials of the Diaspora. A History of Anti-Semitism in England*, Oxford, 2010, p. 264 y ss.

rar el engaño, la falsificación y la mentira-.⁶⁶⁹ La sospecha forma parte del *ethos* y del riesgo del trabajo del reportero.

El reportero sobre el terreno: «Las grandes ciudades»

Hay como una obligación de ver y oler estos lugares de vez en cuando, especialmente de olerlos, para no olvidarse de que existen. Aunque quizá sea conveniente no permanecer en ellos mucho tiempo.⁶⁷⁰

George Orwell

¿Cómo representa el reportaje social la vida de los trabajadores pobres, sin caer en la trampa del Romanticismo social miserabilista? El capítulo de Engels sobre «Las grandes ciudades», que representa según Tristram Hunt la «espina dorsal filosófica y periodística de todo el libro», puede servir aquí como caso de muestra.⁶⁷¹

Engels pone en su punto de mira a «las grandes ciudades» porque son la patria del «proletariado industrial». Y por ello, en las «grandes ciudades» se pueden observar también las características del ordenamiento social moderno «llevadas a su punto más álgido».⁶⁷² Llama la atención en la representación de Engels de las «grandes ciudades», en primer lugar, la pretensión de exhaustividad, que contrasta de forma irritante con la parcialidad expuesta en la posición del observador. Esto se demuestra ya al principio del capítulo, donde el lector es invitado a acercarse a Londres en barco por un «yo» saturado de experiencia: «no conozco nada más imponente que la vista que ofrece el Támesis cuando uno se acerca por el río al London Bridge».⁶⁷³ Este énfasis inicial en la perspectiva da paso rápidamente a una generalización breve y crítica con la civilización, que muestra su indignación

669 Sobre las falsificaciones en periodismo véase Martin Doll, *Fälschung und Fake. Zur diskurskritischen Dimension des Täuschens*, Berlín, 2012, especialmente pp. 253-329.

670 George Orwell, *Der Weg nach Wigan Pier*, Zürich, 2003 [1937], p. 19 [ed. en cast.: *El camino de Wigan Pier*, Madrid, Austral, 2012]. Según Josef Rattner y Gerhard Danzer, *Die Junghegelianer. Porträt einer progressiven Intellektuellengruppe*, Würzburg, 2005, p. 194, Orwell recurrió conscientemente en su reportaje sobre el norte de Inglaterra a elementos de la obra de Engels.

671 Tristram Hunt, «Introduction», en: Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*, Londres, 2009, pp. 1-31, aquí p. 18. El capítulo al que se refiere tiene sus buenas cincuenta páginas, siendo el más largo de todo el libro.

672 MEW 2, p. 257.

673 MEW 2, p. 256.

por la atomización de las personas en la ciudad moderna, para después dar lugar a una visión de conjunto larga y enciclopédica, a un verdadero catálogo de los «barrios malos» de Londres, y en último término de todas las grandes ciudades del Reino Unido (Dublín, Edimburgo, Liverpool, Nottingham, Glasgow, etc.) antes de abordar finalmente, como punto culminante, la investigación de Manchester.

Pero también aquí Engels presenta con gran detalle los diferentes suburbios antes de fijar su mirada finalmente en el «centro de la ciudad». En las diferentes panorámicas de ciudades explica, en cada caso, la situación urbanística de las calles, la distribución de las fábricas y de los diferentes barrios, con especial atención a la situación higiénica de los barrios obreros. En Manchester, además, investiga con mucha precisión las formas dominantes de urbanización de las manzanas de viviendas, así como, por último, el tipo de construcción de las casas individuales. Para ilustrar el sistema de patios traseros, Engels añade planos y mapas preparados por él mismo, y también ilustra con pequeños borradores la escandalosa práctica de no colocar los ladrillos tradicionales «sobre su cara más larga» sino «sobre la más fina» para ahorrar material, haciendo las paredes más finas y menos resistentes al viento. Después de analizar la materia con la que están construidas las ciudades, pasa a la vestimenta y posteriormente a la alimentación de los habitantes de la ciudad: la forma de vida urbana de la «clase obrera» se registra así de forma realmente sistemática. El capítulo tiene en su conjunto una estructura por la que se van enumerando y agregando elementos. ¿Cómo consigue entonces Engels hacer evidentes los «hechos que han de ser narrados»?

Para empezar, hay que dejar claro que no se narra ninguna historia. No hay ningún acontecimiento que desencadene una narración, ningún hecho que haya de ser narrado, ninguna tensión, ni ninguna organización temporal narrativa. Incluso falta en gran medida el carácter episódico que tenían en ocasiones las escenas de Dickens / Boz («suddenly»). En un momento, Engels cuenta que Feargus O'Connor, dirigente cartista, en su visita a Manchester con motivo de la insurrección de 1842, llevaba puesto un «traje de pana de algodón» –«el mítico uniforme de los trabajadores»– y que con ello había cosechado una «ovación total

por parte de los trabajadores». ⁶⁷⁴ Esta pequeña narración abarca solo una frase en Engels, que por otra parte solo emplea esta cualidad narrativa o al menos anecdótica para resumir con ello la descripción detallada, dada con anterioridad, de la vestimenta típica de los trabajadores.

Una herramienta fundamental que utiliza Engels para condensar mejor la imagen es la representación de una escena destacada y claramente delimitada. Así, justo al principio del capítulo, en el apartado sobre Londres, se describen las situaciones de tres viviendas que ilustran el mayor grado de miseria posible. Al lector se le colocan ante la vista las viviendas más pequeñas y los más diminutos cuchitriles de los sótanos, sin muebles ni ningún otro equipamiento, en el que vegetan y mueren sobre paja podrida familias al completo, sin que nadie tenga noticia de ello. ⁶⁷⁵ Para organizar la representación, resulta de

674 MEW 2, p. 298. Que la ciudad capitalista de la Modernidad –con capital en París– no solo es la materialización en el espacio urbano de la sociedad de clases capitalista sino también el refugio y punto de partida de la resistencia contra esta es una idea que, siguiendo a Engels, han desarrollado y reformulado en términos prácticos Henri Lefebvre, los situacionistas y David Harvey; véase al respecto por ejemplo Henri Lefebvre, *Die Revolution der Städte*, Berlín, 2003 [1970] [ed. en cast.: *La revolución urbana*, Madrid, Alianza, 1983], y David Harvey, *Rebellische Städte. Vom Recht auf Stadt zur urbanen Revolution*, Berlín, 2013 [ed. en cast.: *Ciudades rebeldes*, Madrid, Akal, 2013]. Uno de los inventores de los experimentos «psicogeográficos» situacionistas, en los cuales la investigación sistemática del territorio urbano se comenzaba a transformar en un terreno de encuentros apasionados, fue el pintor inglés Ralph Rumney, llamado el «cónsul». Rumney se encontró en su adolescencia en un pueblo de Yorkshire, en el norte de Inglaterra, con un tipo mayor, «un comunista de mala fama», que desarrollaba sus estudios históricos en una casa de campo cercana, e instruía a Rumney al mismo tiempo en el marxismo; el tipo era E. P. Thompson. Véase al respecto Ralph Rumney, *Der Konsul. Beiträge zur Geschichte der Situationistischen Internationale*, Berlín, 2011, p. 17 y s. Patrick Modiano ha hecho un homenaje literario al consul en su novela *En el café de la juventud perdida*, cuyo título a su vez se ha tomado de Guy Debord; Patrick Modiano, *Im Café der verlorenen Jugend*, Múnich, 2013 [2007] [ed. en cast.: *En el café de la juventud perdida*, Barcelona, Anagrama, 2019].

675 Como ejemplo, citemos la doble descripción: «El lunes 15 de enero de 1844, fueron llevados al tribunal de policía de Worship-Street, Londres, dos muchachos que, hambrientos, habían robado en una bodega una pata de vaca medio cocida y se la habían comido enseguida. El juez mandó realizar investigaciones ulteriores recibiendo de la policía la siguiente información: la madre de estos muchachos era viuda de un soldado, más tarde policía; después de la muerte del marido quedó con nueve hijos y los negocios le fueron muy mal. Vivía en Poof's Place, número 2, Quaker Street, Spitalfields, en la mayor miseria. Cuando el agente de policía llegó a la casa encontró a la viuda con seis de sus hijos literalmente amontonados en una pieza interna, sin muebles, exceptuando dos viejas sillas de junco, desfondadas, una mesita con las patas rotas, una taza, también rota, y un platito. En la chimenea, apenas un poco de fuego y en un rincón, un montón de andrajos, los que podría llevar una señora en su

mucho más valor informativo la forma como se introducen las tres descripciones que el propio contenido de las mismas. Tras una larga descripción previa de un «barrio malo», se dice: «Ya de esta descripción puede percibirse cómo son tales habitaciones obreras. Pero, sobre todo, sigamos a los funcionarios ingleses que a cada paso llegan a esas casa proletarias».⁶⁷⁶ La ficción que dirige y estructura es el paseo compartido, los «hechos» singulares se van acoplando en el movimiento del andar: el narrador/descriptor atraviesa la ciudad y anota cuidadosamente lo que ve. Los giros que provoca tal situación ambulante de observación y narración se encuentran una y otra vez a lo largo de todo el capítulo. El paseante de Engels se diferencia, sin embargo, en un aspecto esencial, del *flâneur*, que poco después se convertirá en la figura privilegiada del narrador de la Modernidad urbana⁶⁷⁷. En Engels, el paseante es un investigador, no se deja llevar, está más bien motivado desde el principio por el deseo acuciante de mirar tras la fachada. Una y otra vez describirá, sin embargo, un exterior quizás incluso atractivo, tras el cual se abrirá después un abismo de miseria y violencia. Al principio del capítulo se prevé ya este movimiento crítico de la mirada y el pensamiento. Tras la imponente visión de Londres desde el Támesis, el segundo párrafo comienza con un «pero» claramente decisivo:

Pero las víctimas que han resultado de todo esto solo se descubren después. Si se camina durante varios días por los adoquines de las calles principales, abriéndose paso a duras penas entre la multitud y las filas interminables de coches y carretas, si se visitan los «barrios malos» de la ciudad mundial, solamente entonces se percibe que estos londinenses deben sacrificar la mejor parte de su humanidad para alcanzar todas las maravillas de la civilización, de las que abunda su ciudad; que mil fuerzas latentes han quedado inactivas y sometidas

delantal, que servían como lecho a la familia entera. Por cobertura no tenían nada más que sus miserables vestidos. La pobre señora contó al agente de policía que había tenido que vender la cama, el año anterior, para comprar alimentos; había dado las sábanas a un comerciante de comestibles, como prenda por algunos alimentos, y había vendido, en general, todas las cosas para comprar pan. El juez dio a la mujer una suma considerable del fondo de los pobres» (MEW 2, p. 262 y s.) [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, pp. 51-52].

676 MEW 2, p. 262.

677 Véase al respecto Klaus Briegleb, *Opfer Heine? Versuche über die Schriftzüge der Revolution*, Frankfurt a. M., 1986, pp. 125-156.

para que unas pocas se desarrollen plenamente y puedan multiplicarse uniéndose con otras.⁶⁷⁸

Toda la ciudad de Manchester, otro ejemplo más, está organizada en su espacio social y su arquitectura urbana de tal modo «que puede vivirse en ella durante años y años, y pasearse diariamente de un extremo al otro, sin encontrarse con un barrio obrero o tener contacto con obreros, en tanto uno no vaya de paseo o por sus propios negocios».⁶⁷⁹ Sin embargo, cuando uno se aparta de los caminos habituales, se encuentra inevitablemente con «la miseria y la inmundicia».⁶⁸⁰ Engels quiere descubrir una cosa bajo la otra, y al mismo tiempo defiende que la operación de encubrimiento forma parte del orden social del momento: sin el «bloqueo sistemático de la clase obrera», sin la «vergonzosa e hipócrita forma de edificación» de las grandes ciudades, el capitalismo no podría funcionar. La diferenciación entre fachada e interior no la considera Engels una simple cuestión superficial: determina el propio núcleo de la cuestión. Las consecuencias de esta forma de pensar y escribir se extenderán hasta la crítica de la ideología y el fetichismo del Marx maduro.

El anhelo del narrador por descubrir, y esto marca también una diferencia con el *flâneur*, no se fía de la contingencia de la experiencia propia. Recurre de forma sistemática a otros informes, completa y refuerza sus propias observaciones por medio de informes policiales, de prensa y de comisiones, preparados por todas partes en vista de la catastrófica situación vital, difícil ya de ocultar, de las «clases trabajadoras» en los años treinta y cuarenta, y constata estos informes otra vez con su experiencia propia. Con ello, el texto de Engels está escrito a varias voces, y recurre además a gran escala, junto a las indicaciones y mapas ya mencionados, a tablas en las que se elabora el material estadístico proveniente, por ejemplo, de los informes parlamentarios.⁶⁸¹ Así, el texto parece, visto de cerca, como un montaje de materiales extremadamente heterogéneos, cuya coherencia ha de ser producida y en ningún lugar puede ser dada por supuesta.

678 MEW 2, p. 256 y s. [ed. en cast., p. 46].

679 MEW 2, p. 276 [ed. en cast., p. 64].

680 MEW 2, p. 278 y s.

681 Véase por ejemplo MEW 2, p. 335.

Es el sujeto-reportero quien produce esta coherencia, que quedará a su vez marcada, en general, como *algo producido*. El reportero hace partícipe al lector de cómo él mismo intenta explicarse la situación de los observados, en ocasiones difícil de imaginar por su miseria. Aquí no se presupone ninguna soberanía al sujeto que escribe, sino un esfuerzo documentado por alcanzar dicha soberanía.⁶⁸² Las pequeñas narraciones, escenas y cuadros son medios de los que se sirve el sujeto-reportero para poner orden y orientarse; son piezas de sus montajes. No se concede un espacio más relevante a una preeminente narración (en tajante singular) estructurada únicamente por medio de un sujeto-narrador (aunque sea poco fiable y entrecortado) ni se reconoce una sola perspectiva, voz o conocimiento.⁶⁸³ El sujeto-reportero observador se entrega a la situación observada, sustituyendo sin embargo, en cierta medida, la soberanía del narrador por un claro –y como tal siempre reconocible– posicionamiento político-moral.

El problema de la representación, que Engels plantea como problema de la narración a la luz de la literatura miserialista, lo soluciona él mismo flexibilizando la organización de su texto, integrando materiales heterogéneos, exponiendo con claridad enfoques para posibles ampliaciones o continuaciones y proporcionando descripciones como fines en sí mismos. Una cierta redundancia fatigosa, que el celebrado libro de Engels no consigue a veces evitar, es el precio a pagar por este método.

682 Es llamativo que Engels rechace explícitamente las generalizaciones, lo que aumenta la autoridad de lo que dice. Véase por ejemplo MEW 2, p. 263: «No quiero, ciertamente, sostener que todos los trabajadores londinenses vivan en la miseria, como las tres familias citadas. Sé bien que, por uno tan golpeado por la sociedad, hay diez que viven mejor; pero sostengo que miles de familias, honestas y diligentes, mucho más honorables y decentes que todos los ricos de Londres, se encuentran en esta situación indigna de hombres, y que cualquier proletario, sin excepción, sin que sea su culpa, y a pesar de todas las privaciones, puede ser golpeado de igual forma» [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 52].

683 Sobre la triada de preguntas «¿Quién ve? ¿Quién habla? ¿Quién sabe?» como sistema de coordenadas para determinar la posición del narrador, véase Koschorke, *Wahrheit*, pp. 84-90.

7

CLASE EN LUCHA

¡Apártate! No te escucharé. No puede haber nada entre tú y yo. Somos enemigos. ¡Apártate de mí... o midamos nuestras fuerzas en una lucha en la que uno de los dos deba morir...!⁶⁸⁴

Mary Shelley

Lo que queda de los modos tradicionales de gasto se ha atrofiado, y el tumulto suntuario más vivo se ha perdido en el desencadenamiento inaudito de la *lucha de clases* [...]. La lucha de clases, en cambio, se vuelve la forma más grandiosa del gasto social cuando es asumida y desplegada, esta vez por parte de los obreros, con una amplitud que amenaza la existencia misma de los amos.⁶⁸⁵

Georges Bataille

Engels termina su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* con una llamada a la lucha que el lector actual no puede no unir con el panfleto incendiario de Büchner *Der Hessische Landbote*: «¡Guerra a los palacios, paz a las chozas!»:

La guerra de los pobres contra los ricos, que ahora se hace de forma individual e indirecta, se hará general y directa en toda Inglaterra. Es demasiado tarde para una solución pacífica. Las clases se separan cada vez más fuertemente, el espíritu de la resistencia penetra cada vez más en los trabajadores, el resentimiento crece, las escaramuzas aisladas se transfor-

684 Shelley, *Frankenstein*, p. 103. El título de este capítulo recuerda al de una novela de Karl Schröder, comunista consejista y activista de la formación proletaria de Neukölln representante en los años 1920 de la corriente radical de Essen dentro del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD) [ed. en cast.: p. 134].

685 Bataille, «Verausgabung», pp. 24 y 27 [ed. en cast.: *La conjuración sagrada*, pp. 127 y 129].

man en importantes enfrentamientos y manifestaciones, y un pequeño hecho cualquiera pronto será suficiente para desencadenar una avalancha. El grito de batalla resonará entonces, naturalmente, por todo el país: «¡Guerra a los palacios, paz a las chozas!» –pero entonces será ya tarde para que los ricos puedan ponerse en guardia–.⁶⁸⁶

El lema era ya en Büchner una cita que remitía históricamente al recrudecimiento social y militar de la Revolución francesa: *Guerre aux châteaux, paix aux chaumières*. Con este grito de guerra, cuya autoría se atribuye a Nicolas Chamfort, cruzaron las tropas revolucionarias francesas el Rin, para difundir el mensaje de la revolución.⁶⁸⁷

El nuevo artefacto explosivo de la revolución, arrojado desde Francia a Alemania –que amenazaba desde el principio con una revolución explícitamente social–, lo cita Engels ya al principio de su último párrafo: el lema de la «guerra de los pobres contra los ricos». La expresión se hizo conocida gracias a Ludwig Börne, que la utilizó en su sexagésima «Carta desde París», del 30 de noviembre de 1831. Börne escribía en un contexto dominado por una fuerte lucha de clases, tras la Revolución de Julio, y se refería de forma directa y sumamente actual al levantamiento de los tejedores de seda de Lyon de noviembre de 1831.⁶⁸⁸

Con la cita de Börne, Engels suma la apoteosis final de su libro al coro de voces de los disturbios e insurrecciones proletarias; en el curso del último párrafo apunta el camino que han de seguir la radicalización y la depuración interna de la lucha de clases. Del breve resumen de Engels se puede extraer toda una tipología de formas posibles de lucha de clases que se corresponde con el desarrollo previsto para el futuro. En primer lugar, el «espíritu de resistencia» todavía difuso, ese «resentimiento»

686 MEW 2, p. 506. Engels solo menciona una vez a Büchner (Marx, en todo caso, ninguna). Véase al respecto el informe posterior de Engels «Zur Geschichte des Bunds der Kommunisten» de 1885, MEW 21, pp. 206-224 y 207. Del círculo de conspiradores en torno a Büchner, Engels conocía ya a principios de los años 1840 a August Becker. De él, que fue también compañero de Wilhelm Weitling en Suiza, escribe Engels que era «una cabeza de gran importancia, pero que se había ido a pique debido a su inconsistencia interna, como muchos alemanes» (p. 209). Sobre Becker, véase Eberhard Kickartz, «Der Rote Becker». *Das politisch-publizistische Wirken des Büchner-Freundes August Becker (1812–1871)*, Darmstadt, 1997.

687 Sobre Chamfort véase Claude Arnaud, *Chamfort. Die Frauen, der Adel und die Revolution*, Berlín, 2007.

688 Véase Holzapfel (ed.), *Lyoner Arbeiteraufstände*.

todavía sin concretar, se materializará en «escaramuzas» antes de que se abandone la fase de las pequeñas guerras y se entre en el terreno de las grandes batallas, de los «importantes enfrentamientos». Entonces se preparará la lucha final, que Marx por su parte nombrará, en la apoteosis final de su *Miseria de la filosofía*, como «revolución total».⁶⁸⁹

La tipología posterior de formas de lucha de clases sigue la hipótesis de que las clases no entran en lucha como elementos terminados, sino que se constituyen justamente por medio de la lucha. «Clase» es un concepto totalmente polémico: no tiene sentido hablar solamente de una clase si no se la opone al mismo tiempo a una contra-clase, a una clase antagonista. Y no tiene sentido suponer clases que se entiendan entre ellas sin lucha: «Las clases se separan fuertemente», escribe Engels, y así, a través de la lucha misma, se hacen diferenciables y perceptibles.

Sin embargo, esta radicalización no está exenta de costes, que por último han de ser debatidos: costes no solo en el sentido de las víctimas que acompañan a cualquier revolución, sino también en el sentido de exclusiones y constricciones, que afectan a la constitución del sujeto revolucionario, a la constitución misma de la clase revolucionaria.

Lucha de clases en la Modernidad temprana como aquelarre: Tieck

El primer levantamiento armado de la historia de la literatura alemana tiene lugar en la obra de Ludwig Tieck. La acción de la novela *Der Hexensabbat* [El aquelarre], escrita en 1832 se desarrolla en los últimos años del gobierno de Felipe el Bueno, en la ciudad borgoñesa de Arrás. En la atmósfera ilustrada y temprano-capitalista de una gran ciudad llena de «negocios» —a mediados del siglo XV, Borgoña era uno de los centros de la industria textil global— estalla de pronto, y de forma completamente imprevisible para la mayor parte de quienes se ven implicados en ella, una obsesión por las brujas. Bajo la dirección de una vieja mendiga, que pronuncia sus sospechas sin aparente orden ni concierto, y con el apoyo enérgico del nuevo obispo, en un principio tomado por tonto, se producen escenas de pogromos en la

689 MEW 4, p. 182 [p. 298].

ciudad; sus protagonistas son las «muchedumbres populares»⁶⁹⁰ y la «plebe».⁶⁹¹

La «burguesía» rica y culta cree al principio que se trata de un fenómeno transitorio, ya que no puede ver ningún cálculo tras la locura.⁶⁹² «Los listos», como Tieck los describe con suficiencia, no pueden explicarse los acontecimientos.⁶⁹³ En la medida en que más y más burgueses son detenidos y enviados a prisión, Peter Carrioux, «uno de los hombres más ricos del país», tiene la idea de «armar a los muchos trabajadores de sus fábricas y enviarlos a ayudar a la burguesía». Los representantes de la burguesía lo rechazan consternados, porque temen una «guerra civil» y con ella el «hundimiento de su ciudad».⁶⁹⁴

Sin embargo, los trabajadores –«tejedores de tapetes», como se les llama,⁶⁹⁵ y todos ellos «buenos oficiales»– sí que se han autoabastecido de armas y están listos para iniciar el ataque bajo la dirección del viejo oficial Guntram, experimentado en las revueltas. Carrioux los tranquiliza y les ordena que «vuelvan a su trabajo». Frente a Guntram, Carrioux justifica la desmovilización

690 Ludwig Tieck, *Der Hexensabbat*, Stuttgart, 1988 [1832], p. 143 y 189 [ed. en cast.: *El aquelarre*, Madrid, Losada, 2016]. La referencia a *El aquelarre* de Tieck se la agradezco a mi amigo Alexander Schmitz.

691 Tieck, *Hexensabbat*, pp. 41, 44, 85 y s., 138, 150, 158, 160, 182 y 184.

692 *Ibid.*, p. 189.

693 *Ibid.*, pp. 189 y 140. La autocomprensión ilustrada del burgués se muestra en un diálogo entre la protagonista Catharina, una rica viuda, sobre la que se dirige inmediatamente todo el furor, y el burgués Friedrich, que deja reinar un consciente escepticismo: «[Catharina:] Nos hemos apartado para siempre de aquellos años tenebrosos, la oscura bóveda de las supersticiones y del terror está cerrada con llave para siempre. El mundo se ha despejado y cada vez será más claro, eso lo saben los sacerdotes mismos, y lo anuncian. [/] De igual manera, a menudo se puede ir hacia atrás como si se avanzara, opina Friedrich» (Tieck, *Hexensabbat*, p. 37). En vista de la sensatez de Catharina, se puede pensar en la burla de Adorno y Horkheimer sobre los «inteligentes, sensatos» [*Gescheiten*], que siempre saben y pueden probar que es «imposible» que «el fascismo se imponga en Occidente»: «Los listos han hecho siempre fácil la partida a los bárbaros, porque son así de tontos. Son los juicios orientados y de amplia perspectiva, las prognosis fundadas en la estadística y en la experiencia, las afirmaciones que comienzan con un 'a fin de cuentas, sé lo que digo', son los asertos sólidos y concluyentes los que resultan eminentemente falsos. Hitler estaba contra el espíritu y era antihumano. Pero existe también un espíritu antihumano: el que se caracteriza por una superioridad bien orientada» (Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Frankfurt a. M., 1990 [1944], p. 218) [ed. en cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2018, p. 243].

694 Tieck, *Hexensabbat*, p. 153.

695 El tejedor de tapetes es «un artesano sin formación, que confecciona tapetes artificiales de lana o de seda» (Johann Christoph Adelung, *Grammatisch-kritisches Wörterbuch der Hochdeutschen Mundart*, Bd. 4., 2. ed., Leipzig, 1801, Sp. 531).

por la situación social y por las posibles alianzas de clase en la ciudad: «Los burgueses no estarán con nosotros, los jueces están indecisos y llenos de miedo, la nobleza quizás se vuelva en nuestra contra». ⁶⁹⁶ En cambio Guntram, «el auténtico héroe de la resistencia activa», ⁶⁹⁷ confía en que con la decisión necesaria esta resistencia podrá vencer:

Como queráis, dijo Guntram, pero no tenéis en estos asuntos tanta experiencia como yo. Yo he participado en el gran levantamiento de Gante, antes era soldado. Allí donde había bullicio y refriegas estaba yo de corazón. A menudo dependía solo de una pequeñez que toda una ciudad y su campaña estallaran en una contundente rebelión. ⁶⁹⁸

El curso de la historia mostrará después que ambos –Carriex y Guntram– tenían razón, y que no les va bien a ninguno de ellos. Carriex es detenido pronto, y Guntram moviliza a los trabajadores. Este último tiene que reconocer que su teoría era totalmente correcta, pero que la otra parte, intransigente desde hace tiempo, ha quebrantado su idea del orden. Los trabajadores sublevados, que sí creían luchar por el bien común –«queremos defender vuestra ciudad», había dicho Guntram– ⁶⁹⁹, se ven en último término precisamente frente a aquella alianza que había predicho Carriex:

Ellos [los trabajadores; PEO] salieron corriendo entre gritos y corrieron frente al palacio del obispo. Pero ningún burgués se alzó. En las cercanías del tumulto se cerraban las tiendas, y se cerraron a cal y canto la casa del obispo y la Inquisición. Los oficiales estaban fuera de sí, y destrozaban todo lo que tenían a su alcance. Pero cuando aparecieron los soldados a caballo enviados por el conde Etampes, liderados por un caballero, muchos de los insurrectos se escabulleron. Los valientes que quedaron tuvieron que persistir en una desigual lucha contra los jinetes armados. Solo después de que varios fueran asesinados y heridos gravemente emprendieron el resto la huida, perseguidos por las calles. ⁷⁰⁰

La indiferencia expectante de los burgueses se transforma pronto, tras la derrota de los trabajadores, en un duro rechazo.

696 Tieck, *Hexensabbat*, p. 154.

697 Walter Münz, «Nachwort», en *ibid.*, pp. 301-335, aquí p. 320.

698 Tieck, *Hexensabbat*, p. 154 y s.

699 *Ibid.*, p. 154.

700 *Ibid.*, p. 188.

Un representante de la burguesía, al que un enviado del príncipe le pide cuentas, sostiene que no tiene nada que ver con los insurrectos. No ha sido, según dice, «de ningún modo la burguesía la que se ha indignado, sino tan solo una cuadrilla de trabajadores».⁷⁰¹

El relato de Tieck pone en juego dos planos históricos, y los pone en relación: por un lado la época donde se desarrolla la acción, el siglo XV, y por otro el presente de Tieck. A partir de una época en la que la movilización social general se plasma en disturbios y revoluciones, Tieck vuelve de forma narrativa a otra época pasada –sin embargo pertinente históricamente– que puede ser comprendida como el foco inicial de este nuevo tipo de sociedad que finalmente se implanta en el *Premarzo*. La historiografía social francesa del siglo XX ha narrado una larga historia del capitalismo que, no obstante, solo comienza con el capitalismo industrial; sin embargo, en Fernand Braudel (y siguiendo su estela, en Immanuel Wallerstein y su *teoría del sistema-mundo*) los orígenes del capitalismo se encuentran más bien en los centros manufactureros y comerciales del norte de Italia y de Flandes-Borgoña de los siglos XV y XVI.⁷⁰² En todo caso, la capitalización de las sociedades urbanas del norte de Italia y de Flandes también están ligadas a procesos de formación de clases.

Tieck anota con gran precisión la dinámica social que surge cuando el dinero y el capital emergen como un factor de poder que determina las formas sociales. Se muestra entonces que las tensiones que estallan abiertamente entre la nobleza, la burguesía y los trabajadores en torno a la creencia en las brujas estaban ya presentes, de forma latente, en el tejido social, y así posiblemente –Tieck no lo expresa en ningún lugar como una tesis– fomentan el estallido de la locura; el final de la narración sugiere, en todo caso, que toda la creencia en las brujas puede

701 *Ibid.*, p. 189.

702 El «espacio económico del norte» y el «‘polo’ industrial con una «aglomeración de empresas textiles entre la bahía de Zuiderzee y el valle del Sena» aparecen en Braudel como elementos centrales de su narración sobre la «primera economía mundial de Europa»; véase Braudel, *Sozialgeschichte*, pp. 93-185, especialmente pp. 102-106. Véase también Immanuel Wallerstein, *Das moderne Weltsystem I. Die Anfänge kapitalistischer Landwirtschaft und die europäische Weltökonomie im 16. Jahrhundert*, Viena, 2004 [1974], pp. 97-194 [ed. en cast.: *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Madrid, Siglo XXI, 2017].

ser interpretada también como un síntoma de tensiones de clase presentes.

En las primeras páginas de la novela corta queda ya claro que hay profundos desacuerdos en la sociedad urbana y que la «desconfianza» se ha convertido en la forma general de relacionarse.⁷⁰³ La tensión más importante se da entre nobles y burgueses; aunque los primeros disponen de privilegios, tierras y castillos, no tienen dinero. Los últimos han aprendido a hacer que su dinero (y a través de su dinero, las personas dependientes de un salario) trabaje para ellos, y ya no están dispuestos a sustentar a los nobles solo por patriotismo o conciencia social.⁷⁰⁴ La «crisis» en la que «se encuentra nuestro tiempo», dice un burgués, está también basada en que la nobleza no quiere superar su impotencia renunciando a su poder político: «Una lucha contra la nobleza será necesaria en el futuro, al igual que hasta ahora lo ha sido la lucha contra los abusos de la Iglesia».⁷⁰⁵

Tieck resume la nueva situación social de una forma concisa y ya conocida, por medio de una conversación que el viejo caballero Beaufort, fuertemente endeudado, tiene con un conde en torno al dinero:

Esta es la única vez, respondió Beaufort, que no le puedo servir con la suma solicitada, que es demasiado elevada. Supera mi crédito; últimamente he perdido capital, mis bienes me han proporcionado pocos beneficios, y todo lo que he tenido que construir ahí fuera ha consumido ya los ingresos de más de un año por adelantado. Aunque quisiera arriesgar al máximo y jugarme mi propia ruina, los comerciantes burgueses o los grandes dueños de fábricas no podrían o no querrían anticiparme nada para vos. [...] Ellos son ciertamente ricos [...], pero cuántos desembolsos en efectivo debe hacer un tejedor de alfombras, cómo de grandes son las sumas que debe pagar cada día a sus trabajadores y a sus subordinados. Nunca se puede retrasar, y una sola semana desaprovechada le llevaría a la ruina. Eso ocurre también con los comerciantes de maderas y los tejedores de telas. Si se atrevieran a extraer de sus negocios un capital tan grande de repente, perderían de pronto todo crédito cuando el resto de burgueses se enteraran. Por eso, su riqueza solo es aparentemente tan grande, debido a que siempre fluyen grandes sumas de dinero, pero también deben preocuparse por

703 Tieck, *Hexensabbat*, p. 6.

704 *Ibid.*, p. 8.

705 *Ibid.*, p. 39.

si no se cumplen los pagos previstos, o por si los vendedores a los que han apoyado caen en bancarrota.⁷⁰⁶

En esta situación, que todavía se puede comprender a grandes rasgos a partir del viejo orden social de los estamentos, que cruje ahora por todas partes, los trabajadores asalariados se convierten en un factor decisivo. Los tres estamentos y las clases bajas –«plebeyos y burgueses, nobleza y clero»– se reúnen en el orden social de la ciudad.⁷⁰⁷ Pero, ¿qué posición deben ocupar los trabajadores? Por un lado, pertenecen claramente a los burgueses; son la contraparte necesaria de los «comerciantes burgueses» y los «grandes dueños de fábricas». En la «lucha contra los nobles», los burgueses dependen de los trabajadores. Sin embargo, por otro lado, los capitalistas burgueses han comenzado ya a temer el poder de los trabajadores. También para los trabajadores mismos resulta dudoso su lugar en la estructura social. En principio están preparados para defender su ciudad y a sus patronos burgueses; su lucha armada no es, de acuerdo a su motivación inicial, una lucha de clases contra los burgueses. Sin embargo, ellos saben que su posición social junto a los burgueses depende completamente de estos y del pago de sus salarios.

Cuando Carriex es detenido, el «colérico Guntram reúne a todos los oficiales, sirvientes y peones» –una mezcla extremadamente heterogénea– «y les plantea que todos ellos están llamados a convertirse en mendigos ahora que su patrón ha sido detenido».⁷⁰⁸ Así, dicho con otras palabras, el trabajador (artesano) está siempre amenazado con descender a la plebe.

El trabajador se mueve entre los burgueses y la plebe, pero esta diferencia no es una simple demarcación como la que hay entre los diferentes estamentos. Es más bien la diferencia entre tener un estamento y no tenerlo, es la diferencia entre una participación en el ordenamiento oficial y la exclusión del mismo. En última instancia, que esta exclusión se produzca con tanta facilidad –el trabajador depende exclusivamente del pago continuado de un salario que, debido a circunstancias de todo tipo, puede también no llegar a producirse– convierte en insostenible todo el ordenamiento estamental.

706 *Ibid.*, p. 176.

707 *Ibid.*, p. 182.

708 *Ibid.*, p. 187.

Guntram entiende esta insostenibilidad cuando ve amenazada su existencia y la de sus hermanos de clase ante la posibilidad de convertirse en plebe. No obstante, se equivoca al evaluar la situación, lo cual tendrá muchas consecuencias. Su error se debe precisamente a su experiencia. Cuando pone en valor haber participado en «el gran levantamiento de Gante»,⁷⁰⁹ se remite a los grandes conflictos entre los defensores de una autogestión urbana-burguesa y los que prefieren un dominio territorial del rey o de un duque. Tras largos enfrentamientos, la milicia de Gante debe darse por vencida en 1453 ante Felipe el Bueno.⁷¹⁰ En conflictos de este tipo, los oficiales como Guntram estaban integrados, lógicamente, en una sociedad urbana organizada gremialmente. *Sin embargo, ahora* –solo unos pocos años después, aunque la novela corta de Tieck dramatice aquí un cambio socio-histórico de época–, esta parte de la sociedad se convierte en una amenaza para las otras, y debe ser rechazada. Los burgueses prefieren entrar ahora a negociar con sus viejos adversarios de la nobleza y el principado que volverse dependientes del poder de sus viejos aliados. En último extremo, esto significa que la lucha de los trabajadores –por la libertad de la ciudad, por la Ilustración, contra la nobleza y el clero– solo se convierte en una lucha de clases, en una lucha entre trabajadores y burgueses, a consecuencia de la reacción burguesa. Precisamente por eso, en este momento, se sitúa a los trabajadores en lucha fuera de una sociedad a la que pertenecían y que pretendían revalidar, en un inicio por medio de sus luchas. Si el proletariado moderno se alimenta de dos fuentes (de la subclase de la «plebe» por un lado, y de los artesanos, sobre todo oficiales, por otro), Tieck nos muestra cómo estas dos fuentes han confluído ya desde los principios del capitalismo. En el proletariado ambas se hacen indiferenciables.

El aquelarre de la lucha de clases en Francia: Börne

El análisis social de Tieck del aquelarre, que conecta de forma reconocible con las tesis desplegadas en *El joven ebanista sobre la división del viejo estamento burgués* y sobre el descla-

709 *Ibid.*, p. 154.

710 Sobre el levantamiento de Gante véase Joseph Calmette, *Die großen Herzöge von Burgund*, Múnich, 1963, p. 190 y ss.

samiento de los oficiales artesanos, se vuelve completamente evidente ante el trasfondo de la política de clases en la época en que se escribe el relato y quizás especialmente en la Francia posterior a la Revolución de Julio. Para calibrar la potencia de diagnóstico del presente de la novela corta de Tieck merece la pena realizar un análisis comparado con los textos de Börne y Heine de la misma época.⁷¹¹

En la ya citada sexagésima carta desde París, Börne presenta la posición del estamento burgués como un dilema autoinfligido por parte de una clase media que ha perdido su orientación. En los países relativamente «libres», como Francia e Inglaterra, ya no hay una desigualdad oficial de privilegios que oculte, según Börne, la desigualdad de las condiciones de vida. Por eso, los países libres son tan propensos a la agitación social: «Allí donde la clase media se ha ganado la igualdad, el pueblo llano ve de cerca la desigualdad, conoce su situación de miseria y, así, tarde o temprano, se desatará la guerra de los ricos contra los pobres».⁷¹² No obstante, esta guerra la causa la burguesía, que es quien en definitiva carga también con ella. Pues en vez de luchar por una equiparación social y por una representación política proporcional también de los pobres –la Revolución de Julio había ampliado el censo de personas con derecho de voto, no lo había eliminado–, los burgueses se dedicaron a seguir apartando a los pobres del derecho y la propiedad. Pero con ello solo hicieron que entrara en juego su viejo enemigo, la ya vencida nobleza:

El terrible deslumbramiento de la burguesía le ha hecho acercarse rápida y terriblemente a la ruina. Desde que consiguió la libertad solo miraba, en parte por temor y en parte por arrogancia, continuamente tras de sí, y se olvidó de mirar ante sí, donde un enemigo derrotado pero todavía con vida esperaba que apartase la mirada. Este temor y esta arrogancia la supieron aprovechar muy bien en Francia y en Inglaterra los aristócratas. Incitaban a la plebe contra los burgueses, y gritaban a estos: estáis perdidos si no os unís a nosotros. El tonto burgués les cree y no comprende que su propia libertad y su propio bienestar peligran en la medida en que

711 Una contextualización socio-histórica precisa de las cartas de Börne en el contexto de la agitación social de los años 1830 en París la ofrece el capítulo «'Der Krieg der Armen gegen die Reichen': Börne's Shifting Perspective on Proletarian Social Revolution» en Raphael Hörmann, *Writing the Revolution. German and English Radical Literature, 1819–1848/49*, Zürich/Berlin/Münster, 2011, p. 233-252.

712 Börne, *Briefe*, p. 329.

el pueblo llano no consiga la misma libertad y el mismo bienestar. No comprende que siempre que siga existiendo una plebe seguirá habiendo una nobleza, y que siempre que haya nobleza, su tranquilidad y su fortuna estarán en peligro.⁷¹³

En vez de evitar que los pobres se convirtieran en una «plebe» fácilmente manipulable, los nuevos ricos burgueses dirigen sus anhelos a convertirse en algo así como la vieja nobleza. Y del mismo modo que los «ricos propietarios de comercios de París, banqueros y dueños de fábricas» tenían que soportar poco antes que se les llamara «canalla», insultaban ellos mismos ahora, «como es debido, todo el día a esos canallas, entre los que había que incluir a quienes no llevan finos vestidos ni tienen otra renta que la que les proporciona cada día el trabajo de sus manos».⁷¹⁴ En la mirada de los burgueses, hacía tiempo que los trabajadores se habían convertido en la plebe.

Guerra social junto al Lago de Zúrich: Weitling

Tanto el relato histórico de Tieck como los artículos como corresponsal en París de Börne se centran en los paroxismos revolucionarios que pueden sostener la narración y los reportajes. Sin embargo, la «guerra social», que Engels ve «abiertamente declarada» en las «grandes ciudades» como «guerra de todos contra todos», sigue más bien latente, sin estallar en grandes batallas.⁷¹⁵ En la tipología de formas posibles de la lucha de clases, la creciente «exasperación» de los trabajadores toma cuerpo en primer lugar en «escaramuzas aisladas». En dos números de *Die junge Generation* de marzo y mayo de 1843, Weitling recopila «escenas del campo de batalla» en las que registra como un auténtico sísmógrafo las sacudidas social-revolucionarias que recorren Suiza, Francia, Inglaterra, Alemania, Irlanda, Noruega y España.⁷¹⁶

La «guerra de los pobres contra los ricos», que Weitling también presenta cuando pasa revista por Europa, se puede reconocer claramente como una reacción ante la propagación de la pobreza. Mientras la literatura miserabilista representaba a menudo la miseria como algo que avanza lentamente y que

713 *Ibid.*, p. 329 y s.

714 *Ibid.*, p. 330.

715 MEW 2, p. 257.

716 *Die Junge Generation*, H. 3 (Marzo 1843), pp. 40-43, y H. 5 (Mayo 1843), p. 71-73.

se va descomponiendo, Weitling la presenta como algo dramático y que se va agravando; su representación sigue una lógica y una retórica de «carga progresiva»,⁷¹⁷ de acumulación creciente. De «Arau», en Suiza, se dice por ejemplo, en el primer texto del primer número: «La miseria está aumentando aquí de forma desproporcionada».⁷¹⁸ Esta dinámica de depauperación, con la que se abren los dos primeros números de la revista, la asocia Weitling en sus «escenas» a la escalada de una contradinámica de «delincuencia económica».⁷¹⁹ En Lyon «ya no están seguras ni la vida ni la propiedad», en París «el desorden ha tomado una dirección claramente peligrosa».⁷²⁰ Finalmente, de Berlín se dice: «La pobreza y la delincuencia crecen aquí de forma tan desmesurada que el futuro solo se puede ver muy gris».⁷²¹

Aunque en el primer número los delitos relatados eran simplemente espantosos y destructivos –una y otra vez se informaba por ejemplo de una violencia cruel contra las mujeres–, el informador de guerra da un giro en el segundo número e intenta encontrar en la delincuencia puntos de partida para un futuro movimiento social de protesta. A partir de ahí solo se describen «crímenes» contra la propiedad. La primera «escena» dice, con todo: «Zúrich. Aquí en las poblaciones junto al lago la miseria muestra violentamente sus dientes. De vez en cuando, se oye decir: Esto no durará así más de dos años. Si la gente se familiarizara con el comunismo, esto podría cambiar quizás en unos meses.»⁷²² Y en la siguiente «escena», de París, se dice: «Aquí se empieza a tener más respeto ante la miseria que ante la propiedad. [...] Los niños se dejan llevar masivamente por el robo».⁷²³

Weitling representa los delitos contra la propiedad como actos sociales de legítima defensa, que naturalmente solo pueden ser una preparación para el esperado vuelco revolucionario. Cuando las prisiones estén «repletas» y «abarrotaadas», les que-

717 Véase Suter, *Rechtstrib*, p. 170.

718 *Die Junge Generation*, p. 40.

719 Peter Bescherer, *Vom Lumpenproletariat zur Unterschicht. Produktivistische Theorie und politische Praxis*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2013, p. 76. Bescherer considera las «escenas» «documentación» (*ibid.*), lo que oculta su carácter abiertamente ficcional.

720 *Die Junge Generation*, p. 40 y s.

721 *Ibid.*, p. 43.

722 *Ibid.*, p. 71.

723 *Ibid.*, p. 71.

dará también claro a los representantes del orden que este no puede mantenerse ya tal y como está.⁷²⁴ Conmovido todavía por el bello sueño de una abolición del orden dominante —«quienes se burlan y luchan contra el comunismo deberían ellos mismos abrazar el comunismo, si quieren vivir y disfrutar en paz»—,⁷²⁵ Weitling tiene claro, sin embargo, que todavía falta un paso decisivo. En Irlanda, según nos informa, el «pueblo» ha pasado ya a convertir la situación de guerra latente en una guerra abierta:

El pueblo tiene asambleas, a las que se acude armado, para concretar planes de levantamiento. El 11 de marzo entraron en Waterford campesinos de zonas rurales enteras armados con palos, para atacar el hospicio, a los cuales se unieron todavía más campesinos de los condados de Werford y Kilkenny. Se llamó al ejército para restablecer la calma.⁷²⁶

El desarrollo de las luchas de clase en el *Premarzo* sigue sin embargo, a partir de aquí, una vía de escalada del conflicto y militarización, que finalmente conduce a una auténtica «guerra de guerrillas» contra la propiedad.⁷²⁷

Rebeldes primitivos en la Baja Lusacia: Willkomm

La novela de Ernst Willkomm *Los esclavos blancos* no solo cuenta la génesis de la clase obrera «libre» como historia de la transformación de los sirvientes en esclavos asalariados, sino que también narra el desarrollo de las formas de la lucha de clases de acuerdo a las relaciones sociales del momento. O dicho con más exactitud: narra la formación de la lucha de clases moderna a partir de formas premodernas del conflicto social. Los trabajadores en huelga, con conciencia de clase, aparecen en

724 *Ibid.*, pp. 40, 41 y 71.

725 *Ibid.*, p. 72.

726 *Ibid.*, p. 72.

727 Weitling, *Garantien*, pp. 249, 253 y 254. Sobre los medios concretos que tiene aquí Weitling en mente se especuló mucho en su época; véase al respecto el informe de la investigación del secretario de gobierno de Zürich Johann Caspar Bluntschli, *Die Kommunisten in der Schweiz nach den bei Weitling vorgefundenen Papieren*, Zürich, 1843, especialmente p. 109 y ss. El complejo lo trabajan Waltraud Seidel-Höppner y Joachim Höppner, «Wilhelm Weitlings 'Guerillakrieg des stehenden Proletariats'. Dokumentation einer Legende», en: Helmut Bleiber y Wolfgang Küttler (eds.), *Revolution und Reform in Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert*, 2. Halbbd.: *Ideen und Reflexionen. Zum 75. Geburtstag von Walter Schmidt*, Berlin, 2005, pp. 79-93, y profundiza en él Ahlrich Meyer, «Weitlings sozialrevolutionäre Konzepte», en: Meyer, *Logik*, pp. 257-271.

Willkomm como sucesores y herederos de rebeldes sociales «arcaicos». Y de nuevo –como en su historia de la transformación del trabajo social– Willkomm consigue mostrar, por medio de la construcción histórica interna de su novela, los fenómenos de transición histórico-social como tales.

Los «esclavos blancos» del título se sitúan, como se muestra, en ambos planos históricos: como sirvientes del conde Boberstein en la larga narración intercalada que se presenta como la historia previa de los acontecimientos de la novela, y como trabajadores asalariados «libres» en la fábrica de los hijos del conde.

En ambos planos temporales se muestran, a su vez, formas de lucha específicas de los trabajadores no libres o dependientes. En el segundo nivel se trata de la huelga de los trabajadores textiles bajo el liderazgo de Martell, el hermanastro repudiado del dueño de la fábrica vom Stein. En el primer nivel, a finales del siglo XVIII, se trata sin embargo de un grupo de *primitive rebels* [rebeldes primitivos], como cabe llamarlos según el título de la primera monografía de Eric Hobsbawm.⁷²⁸ Una banda de «rebeldes sociales» bajo la dirección del jefe mitificado de una banda de ladrones que los campesinos de la zona llamaban con respeto el «príncipe de las landas».

Johannes Lips, según su verdadero nombre, reunía en torno a sí a «una muchedumbre de al menos cien de los hombres más valientes, osados, ávidos de botín y dispuestos a prender fuego y saquear: el temido ejército salvaje de las landas, inesperado, inadvertido en la noche oscura, superaba los muros de las fincas de los nobles, irrumpía en los castillos y se apoderaba de las más valiosas joyas».⁷²⁹ La banda vive en un rincón apartado de las landas de la Baja Lusacia, «casi inaccesible» hasta para quienes conocen la zona y completamente para los forasteros.⁷³⁰ Vive de los robos, aunque se lleva bien con los campesinos de

728 Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Century*, Manchester, 1959; ed. en alemán: Eric J. Hobsbawm, *Sozialrebelln. Archaische Sozialbewegungen im 19. und 20. Jahrhundert*, Neuwied/Berlin, 1962 [ed. en cast.: *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Crítica, 2014].

729 Willkomm, *Weisse Sclaven*, p. 339.

730 *Ibid.*, p. 224.

la zona, ya que estos saben que no tienen nada que temer de la banda.⁷³¹

Pero estos ladrones son, ante todo, *vengadores*, que expían la «arbitrariedad de los señores» y la codicia de los ricos y poderosos.⁷³² En su venganza, los «hermanos del bosque»⁷³³ se someten a estrictas reglas: no cometen ningún asesinato –salvo en legítima defensa–, y tienen como meta humillar «a quienes atracan, cuando tienen fama de señores despiadados», por medio de castigos corporales e incluso mediante el robo de sus propiedades, y hacerles entrar en razón; el objetivo final es el «arrepentimiento».⁷³⁴ El estricto código de honor de la banda se corresponde con la caracterización de su «príncipe»: es «un hombre elegante y de modales refinados»⁷³⁵ siempre cuidadoso de disuadir a sus hombres de crueldades innecesarias. Antes del gran castigo contra el conde Boberstein pronuncia un discurso:

«Hermanos del bosque», les dijo. «Cuando se ponga el sol os haré saber el crimen que ha cometido el conde Magnus von Boberstein contra un inocente indefenso. Sabéis a quién hemos de vengar, y por qué os he reunido, ¡por eso se nos ha unido esta multitud de hombres oprimidos y sin derechos! Hoy por la noche debe comenzar todo, con el castigo de la maldad autoritaria y que nos protejan el padre de la noche y el espíritu de la justa revancha, cuyos consejos me han hecho llegar, para que nuestra venganza sea efectiva. ¡Ninguna atrocidad más! ¡Ningún asesinato! No nos mancharemos las manos de sangre. Somos los esbirros de Némesis, que reina invisible sobre nosotros. Cuando actuamos en su nombre, lo que ocurre mejora la situación en la tierra. ¡Jurad que no cometeréis ningún crimen, que no querréis hacer nada más que lo que os ordeno!». Los ladrones juraron sin vacilar.⁷³⁶

La representación del príncipe de los ladrones y su banda concuerda en la mayoría de sus puntos con el catálogo de características que Hobsbawm estableció para el «bandolerismo social».⁷³⁷ El bandolerismo social es una «protesta endémica de los campesinos contra la represión y la pobreza: un grito de

731 *Ibid.*, p. 339.

732 *Ibid.*, p. 243.

733 *Ibid.*, p. 343.

734 *Ibid.*, pp. 339 y 375.

735 *Ibid.*, p. 236.

736 *Ibid.*, p. 343 y s.

737 *Ibid.*, p. 29.

venganza contra los ricos y los represores, un sueño vago de ponerles límites, una reparación personal de las injusticias».⁷³⁸ La trayectoria vital de Johannes Lips se corresponde también en gran medida con el tipo ideal descrito por Hobsbawm: empleado primero, durante más de veinte años, como preceptor del joven pero salvaje Magnus, hijo del conde, el Johannes burgués entra en conflicto con el ordenamiento estamental. Se enamora de la hija del conde y comienza con ella una relación amorosa secreta. El conde tiene conocimiento de ello, y descarga sobre Johannes –como él mismo dice dos décadas después– «su tiranía, su dureza de corazón y su visión cruel de la humanidad y de su división en diferentes estamentos».⁷³⁹ Pone a Johannes en la picota y lo azota –castigos que Johannes vive como especialmente humillantes, porque en realidad estaban previstos para los sirvientes, pero no para los libres–.⁷⁴⁰ Johannes había hecho algo que, según lo resume Hobsbawm, «no era visto como un crimen» por la gente sencilla, «pero sí por el Estado o los señores locales».⁷⁴¹ De este modo, se había colocado fuera del orden establecido, pero sin abandonar su estatus, que popularmente seguía siendo «honorable». Sí, el conflicto con el orden establecido mejora incluso la reputación del delincuente y lo encumbra a la elevada posición del rebelde social.⁷⁴²

El bandido social es considerado como un «hombre legal»,⁷⁴³ precisamente porque es un «outlaw»,⁷⁴⁴ un forajido. Es precisamente esta paradoja la que conduce a una necesaria mitificación de esta figura. El bandolerismo real se reproduce por medio de un mito que inevitablemente pertenece al fenómeno mismo –sin este mito no hay rebeldía social–. El mito sugiere que las transgresiones de las normas del rebelde se pueden distinguir claramente del resto, en la medida en que se codifican como «Robin-Hoodismo»: el rebelde social quita al rico (¡y solo al rico!)

738 *Ibid.*, p. 18.

739 *Ibid.*, p. 240.

740 *Ibid.*, p. 319 y s.

741 *Ibid.*, p. 321.

742 Hobsbawm, *Sozialrebelln*, p. 32.

743 Willkomm, *Weisse Sclaven*, p. 262.

744 Hobsbawm, *Sozialrebelln*, p. 17.

y da al pobre (y no se queda nada para él). Nunca es ni será, por tanto, un simple «delincuente profesional».⁷⁴⁵

La reproducción mítica se corresponde con una construcción de dos mundos en la que al mundo «oficial», sumido en el desorden, se le añade un «sistema paralelo», que el rebelde defiende, y que pone de nuevo en orden el mundo oficial.⁷⁴⁶ Este punto lo dibuja Willkomm de forma impresionante. Describe una conducta realmente estandarizada, por la cual los campesinos llaman a los rebeldes sociales para castigar las infracciones de las normas por parte de los ricos y poderosos. Hay consignas para los emisarios que acuden a Johannes en un asunto como este,⁷⁴⁷ y que ayudan a los «jueces a aplicar las disposiciones» que han de entrar en vigor de acuerdo al sistema paralelo.⁷⁴⁸ Que una plenitud de poderes como esta, que no puede ser controlada efectivamente por ninguna otra instancia, pueda conducir también a una automitificación hipertrófica lo muestra un mensaje de Johannes para los campesinos que piden ayuda:

«Id», continuó vivamente, «volved a las chozas ruinosas del pueblo subyugado y decidle que Johannes de las landas, su príncipe y señor, vuelve del desierto a predicar una nueva religión. ¡Que trae paz a los pobres y a los que sufren, y guerra y tribunales implacables a los represores sin ley! ¡Solo quiero acabar con la servidumbre o morir luchando entre ellos!»⁷⁴⁹

El estilo mesiánico elegido se queda extrañamente sin referencias: no encaja con el diseño de la figura de Johannes, ni tampoco tiene ninguna consecuencia en el curso de la acción; incluso el juego de palabras entre los paganos [*Heiden*] y las landas [*Heide*] se queda en algo singular. Quizás caiga aquí Willkomm en la trampa del mito del rebelde social, al seguirlo hasta sus últimas consecuencias, que por lo demás no tienen nada que ver con su novela. O quizás, lo cual es más probable, quiere mostrar cómo sucumbe su figura ante su propio mito. Pues la altanería que indica la autopresentación mesiánica de Johannes quedará después más ridiculizada que apuntalada en el curso de la

745 *Ibid.*, p. 37.

746 *Ibid.*, p. 19.

747 Willkomm, *Weisse Sclaven*, p. 248.

748 *Ibid.*, p. 271.

749 *Ibid.*, p. 250.

acción. Ninguna de las intervenciones de los jueces del mundo paralelo conduce a largo plazo al objetivo deseado, sino que más bien refuerzan, al contrario, las tendencias a las que se pretendían oponer.

La primera acción con la que se presenta el príncipe de los ladrones –muy pronto– en el curso de la novela es una «carta amenazante» anónima que recibe Magnus. La carta, «escrita con la otra mano», para evitar que se reconozca la letra, dice literalmente:

Cuatro semanas después de recibirla, Röschen Sloboda, conocida bajo el nombre de Haideröschen, se casará con el campesino Clemens Ehrhold. Usted, señor conde, otorgará de forma diligente al mencionado Clemens Ehrhold su visto bueno y aceptará como súbdita suya a Röschen Sloboda. Además, usted no querrá perder la ocasión de hacerse responsable de una dote de trescientos táleros imperiales, y en el día de la boda, a cuya celebración estará usted invitado, entregará como regalo extraordinario de bodas una carta blanca que los liberará de la servidumbre. En el plazo de cuarenta y ocho horas desde ahora, dará una respuesta afirmativa realizando un disparo de su rifle de caza por la misma ventana por la que se lanzó la pequeña Wendin escapando de su persecución. Este disparo se considerará suficiente. Si usted deja pasar esta oportunidad o no quiere aceptar las condiciones mencionadas, y no da la señal exigida, todas las ventanas de su castillo serán destrozadas por cientos de disparos, ¡y usted recibirá el justo castigo del cielo como recompensa por su crimen infame!⁷⁵⁰

La «exigencia imperiosa» formulada en la carta debe echar atrás a Magnus de seguir acosando a Röschen. Tras las primeras agresiones, Johannes recibió una petición de ayuda para evitar algo peor. La carta amenazante, que Magnus acepta en apariencia, lo conduce sin embargo a la idea «diabólica» de secuestrar y violar a Röschen Sloboda en su noche de bodas; la carta blanca que efectivamente envía al matrimonio para la boda no se entrega hasta el día siguiente –en la noche anterior, el joven conde ejecuta su *ius primae noctis* o derecho de pernada–.⁷⁵¹

El cazador de topos Heinrich, que posteriormente se presenta ante Johannes como emisario de los campesinos con una

750 *Ibid.*, p. 185 y s.

751 *Ibid.*, p. 217 y ss.

nueva petición de apoyo, le reprocha el fatal fracaso de la carta amenazante, aunque al mismo tiempo lo legitima por la sabiduría suprema de Dios. La confianza en el poder de los rebeldes, según muestra, no se puede poner en duda tan rápido:

Parece que, a pesar de vuestra gran sabiduría, no estáis bien informado de las relaciones y especialmente no conocéis los extraordinarios progresos que ha hecho vuestro antiguo pupilo –¡Disculpadme, señor Johannes, si no soy capaz de contener mi asombro!–. Cuando vos respondisteis con tanta diligencia a una petición, realizada por mi persona ante vos hace varios meses, y apremiasteis por la misma al incontenible conde Magnus, a dejar que se hiciera justicia con una pobre muchacha oprimida; entonces creía que vos adivinabais los planes secretos de este hombre sin escrúpulos. ¡Quién podía sospechar que aquella amenaza tendría unas consecuencias tan terribles! Ocurrió lo que tenía que ocurrir de acuerdo a la voluntad de Dios, y en caso contrario no habría pasado. La espantosa noche de bodas de Röschen Sloboda sembró dientes de dragón que pronto brotarán para ejecutar su venganza sangrienta.⁷⁵²

La segunda intervención de Johannes en el transcurso de la historia tiene consecuencias todavía más graves. Tras la muerte del viejo conde, los sirvientes deciden levantarse; no quieren pasar sin más a ser propiedad del joven conde criminal Magnus. Johannes aprueba hacer «causa común» con los campesinos.⁷⁵³ En una escena espeluznante y decorada con todos los recursos de las novelas de terror, los campesinos sirvientes y la banda de Johannes se encuentran una noche en las landas, en un claro del bosque apartado y nebuloso:

Por todos lados del brezal cerrado aparecían formas negras y sombras grises vacilantes, que crecían enormemente en la distancia borrosa, frente al centro del claro del bosque. Aquí se apiñaba un ovillo negro y confuso de personas, rodeado por un semicírculo de estatuas blancas sentadas inmóviles sobre bloques, tocones de raíces podridos y troncos medio quebrados, ante el brillo rojizo de un fuego crepitante, deslumbrante, del que surgían remolinos de nubes negras como el carbón hacia el cielo. Estas formas eran las mujeres e hijas de los sirvientes cubiertas por brillantes abrigos. Un zumbido monótono de múltiples voces acompañaba a los caminantes con una suave brisa. Allá lejos, sobre el claro del bosque, ardían innumerables llamas oscuras como si los espíritus sub-

752 *Ibid.*, p. 241 y s.

753 *Ibid.*, p. 250.

terráneos elevaran desde sus grutas enormes luces. Esporádicamente rodaba por el suelo una serpiente interminable del mismo color del fuego tenebroso, cuya cabeza terminaba en cuernos igualmente luminosos. Esta aparición la causaban los numerosos tocones en descomposición y árboles podridos con sus raíces, cuya húmeda madera se volvía fosforescente en la oscuridad.

Poco a poco, la multitud fue creciendo hasta llegar a varios miles de personas, incluyendo a las mujeres que acompañaban a los hombres. En medio de esa muchedumbre se sentaba el príncipe del bosque.⁷⁵⁴

Los campesinos y los ladrones juran solemnemente castigar a los criminales. Tras una cuidadosa preparación, los conjurados queman el brezal; el fuego llega el día del entierro del viejo conde del castillo Boberstein, y la comunidad aristocrática en luto puede huir en el último minuto. Magnus, mientras huye, percibe de forma vaga, y después más clara, «un gran alboroto» proveniente desde el infierno de fuego, «como si cientos de gritos se unieran en un momento en uno solo». Es el «grito de júbilo» de los campesinos, que finalmente han capturado al conde. Johannes echa, para empezar, un sermón a Magnus: «Este pobre pueblo, despreciado y maltratado es, sin embargo, clemente en su magistratura. ¡No quiere eliminarlo, ni torturarlo hasta la muerte, sino simplemente sacudir su adormecida conciencia e iluminar los pliegues oscuros de su alma con las antorchas ardientes de la revancha!». ⁷⁵⁵ Entonces el conde, entre las maldiciones e insultos de los campesinos, puede irse de allí. La venganza se ha llevado a cabo: «Magnus fue castigado, expulsado, el castillo de su padre se hundió entre el polvo y las cenizas». ⁷⁵⁶

La eficiencia máxima y rápida del castigo –es difícil ver un éxito más contundente en una rebelión de campesinos– se irá después relativizando claramente, según avanza la novela de Willkomm, cuando se narran las consecuencias a largo plazo. Aunque durante varios años Magnus no vuelve a Lusacia, sin embargo se ocupa desde la distancia de la «administración de sus propiedades inquebrantables». Se casa «en el extranjero con una rica heredera» que le da los tres hijos que ya conocemos, los que «reciben finalmente como herencia, a partes iguales, todo

754 *Ibid.*, p. 337 y s.

755 *Ibid.*, p. 373.

756 *Ibid.*, p. 377.

aquello que quedaba del gran señorío Boberstein». ⁷⁵⁷ Adrian, Aurel y Adalbert no reconstruyen Boberstein como un castillo, sino como una fábrica. Los campesinos rebeldes alcanzan su objetivo y son liberados formalmente de la servidumbre pero su nueva libertad solo les lleva a los brazos del hijo de su anterior verdugo, y les golpea ahora con una nueva forma de esclavitud: la «esclavitud de la libertad», la esclavitud del salario. Esto narra la novela *Los esclavos blancos* y esto anuncia ya su título.

Uno de los puntos amargos de la historia descansa en que la transformación de la vieja esclavitud en la nueva la realizan en cierto sentido los propios esclavos y solo es posible por su rebelión. Con la quema del castillo, hacen *tabula rasa*, y preparan el terreno para una innovación del régimen político-económico, que efectuarán los tres hijos del conde Magnus. Los campesinos rebeldes son ellos mismos, se podría decir de forma metafórica, los actores de esa «destrucción creativa» ligada desde Joseph Schumpeter, el teórico del capitalismo creativo, a toda innovación capitalista. ⁷⁵⁸ Karl Marx llama al proceso de implantación de la economía capitalista irónicamente la «así llamada acumulación originaria del capital». Irónicamente, porque allí donde Adam Smith y otros teóricos burgueses del capitalismo veían trabajar a «una élite aplicada, inteligente y sobre todo ahorradora», ⁷⁵⁹ él descubriría algo completamente diferente, esto es, «la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia». ⁷⁶⁰ El resumen lapidario de Marx es conocido: «De esta suerte, la población rural, expropiada a la fuerza, expulsada de sus tierras y reducida a la mendicidad, fue obligada a someterse, mediante una *legislación terrorista y grotesca*, y a fuerza de latigazos, hierros candentes y tormentos, a la disciplina que requería el sistema de trabajo asalariado». ⁷⁶¹ En *Willkomm*, la «violencia» surge también, de forma cruda, de los propios sometidos, y estos preparan así el camino para la for-

⁷⁵⁷ *Ibid.*, p. 382.

⁷⁵⁸ Véase el capítulo «Der Prozeß der schöpferischen Zerstörung» en: Joseph A. Schumpeter, *Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie*, 4. ed., München, 1975 [1942], pp. 134-142 [ed. en cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Página indómita, 2015].

⁷⁵⁹ MEW 23, p. 741 [ed. en cast.: *El capital*, Libro I, Cap. XXIV, p. 808].

⁷⁶⁰ MEW 23, p. 742 [ed. en cast., p. 808].

⁷⁶¹ MEW 23, p. 765 [ed. en cast., p. 831].

mación de una violencia más sutil que ejercerá en lo sucesivo la «coerción sorda de las relaciones económicas».⁷⁶²

El fracaso a largo plazo de la revuelta de los campesinos en Willkomm puede ser visto como ilustración de esa «tragedia del rebelde social» a la que conduce la interpretación de Hobsbawm del fenómeno. El «tradicionalismo revolucionario» del rebelde social se vuelve en todo caso, según Hobsbawm, contra las sacudidas a las que están sometidos los sistemas sociales tradicionales, en la medida en que son alcanzados por la «energía del dinámico mundo moderno».⁷⁶³ Entender el mundo moderno y volver su dinámica en beneficio propio es algo que supera, sin embargo, el horizonte del rebelde social: «El bandido es impotente ante los poderes de la nueva sociedad, pues no puede comprenderlos. Solo puede luchar contra ellos e intentar destruirlos».⁷⁶⁴ Sin embargo, este intento está condenado al fracaso desde el principio; el rebelde social ocupa siempre el lugar del perdedor. Pero precisamente por eso, según Hobsbawm, es un sujeto excelente para los «poetas románticos», que se interesan más por el «ideal» del rebelde social que por las condiciones materiales de su existencia y se dejan fascinar por aquellas «canciones» que siempre se cantan sobre los rebeldes sociales, cuando «por las noches, junto al fuego, surge la visión de una sociedad justa cuyos precursores son nobles y valientes como el águila y veloces como el ciervo, hijos de las montañas y de los bosques apartados».⁷⁶⁵

La salvación de los rebeldes

Con su libro, Hobsbawm quería salvar a los rebeldes sociales del olvido y de los «prejuicios racionalistas y ‘modernistas’» de una historiografía que solo ve en ellos meros «fenómenos secundarios» del progreso.⁷⁶⁶ Al final, Hobsbawm reconoce a los rebeldes sociales como portadores de un mito que señala más allá de ellos; sin embargo, él ve su papel histórico real de manera similar, en último término, a la de la historiografía con la que se enfrenta. Esto se muestra precisamente en la clara oposición que

762 MEW 23, p. 765 [ed. en cast., p. 831].

763 Hobsbawm, *Sozialrebelln*, p. 42.

764 *Ibid.*, p. 43.

765 *Ibid.*, p. 47.

766 *Ibid.*, p. 14.

erige entre rebeldes sociales arcaicos y movimientos sociales modernos, que sobre todo prueba hasta qué punto los primeros quedan (o han de quedar) atrás frente a los últimos.

Sin embargo, quizás habría que resaltar con más claridad el saber que nos aporta el mito para completar la salvación de los rebeldes que emprende Hobsbawm. Así, Willkomm recoge el mito (uniforme y estereotipado) del rebelde social y repite todas sus características esenciales. Sin embargo, también lo transforma y lo lleva más allá de sí, al integrarlo en su construcción literaria.

En vista de sus estructuras organizativas internas, Willkomm atribuye a sus rebeldes sociales un programa prácticamente de comunismo temprano:

Por tanto, después de cualquier expolio exitoso a un rico, se depositaba la décima parte del bien robado en un arca cualquiera que pudiera al menos ayudar a los pobres. El resto se repartía entre todos los ladrones a partes iguales. El propio Johannes no toleraba ni una vez que se le adjudicara del botín más que al resto. Al contrario, aceptaba la propuesta de un regalo voluntario por parte de la banda, que se le entregaba al principio de cada trimestre. Así, esta sociedad se fundamentaba en una constitución que buscaba hacer realidad la idea, aunque en forma bruta y quizás sin que nadie hubiera reflexionado sobre ello, de un reparto lo más equitativo posible de los bienes o del trabajo.⁷⁶⁷

En la última frase de la cita, que muestra entre bastidores al narrador como una instancia situada históricamente y explica la ideología y la situación socio-histórica latentes, muestra que aquí no se trata en modo alguno de una proyección inconsciente y anacrónica. El narrador construye un inconsciente político —«quizás sin que nadie hubiera reflexionado sobre ello»— que opera en los hechos narrados y a partir del cual él pone en relación la historia narrada con el propio tiempo presente de la publicación de la obra. Pues en los países de lengua alemana todavía no se había formulado un programa de «un reparto lo más equitativo posible de los bienes así como del trabajo» hasta los años cuarenta, esto es, la época de Willkomm. Sin embargo, que este programa haya estado ya presente como «idea», «en forma bruta», en las dos épocas en las que transcurre la acción de la

767 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 340.

novela, como el propio narrador sugiere en su breve intervención en el apartado citado, es algo históricamente plausible. En torno a 1832, en la época de la acción principal, se formuló por primera vez de forma coherente en Francia, en los círculos neobabeufistas, un programa del comunismo temprano, por ejemplo con la interpretación del levantamiento de Lyon. Aunque había sido ya inaugurado en los años 1790 –en la época de la acción de la narración interior–, por ejemplo en la «Conspiración de los iguales» de Graco Babeuf, a la que se referían posteriormente los neobabeufistas en torno a Filippo Buonarroti en los años treinta. Con sus pistolas de ladrones proto-comunistas en torno al rebelde social Johannes Lips, Willkomm no narra simplemente un «mito» político –en el sentido de un error, como se manifiesta sin embargo a veces en Hobsbawm–,⁷⁶⁸ sino que construye la historia del origen de una teoría, el comunismo, a partir de la cual se puede descifrar incluso el propio tiempo presente.

Al presentar la ideología de los rebeldes sociales como forma germinal de una teoría política muy actual, Willkomm anima también a poner las prácticas aparentemente arcaicas de los levantamientos en relación con el presente. Con ello se hace notar, en primer lugar, un cierto primitivismo: los campesinos y ladrones entran en escena como restos que han de ser inevitablemente arrollados por una nueva época, como se pone de manifiesto por doquier. Los rituales y «viejos valores» de la comunidad de campesinos y rebeldes, se podría decir en un extremo, se idealizan de forma excesivamente romántica y nostálgica –y con ello también, habría que criticar consecuentemente, se los subestima históricamente y se los desfigura ideológicamente–. Pero quizás no importe en absoluto para Willkomm cómo actuaban, pensaban o sentían en realidad los campesinos de la Baja Lusacia a finales del siglo XVIII. Él narra más bien un «mito» cuya función esencial consiste en funcionar como contraste. Por medio de la oposición que Willkomm presenta de forma narrativa entre las representaciones del honor y los valores de los campesinos sencillos, por un lado, y la depravación del mundo de la nobleza y la burguesía por otro, se remarca precisamente lo que en realidad

768 Por ejemplo cuando escribe que los «poetas románticos» se equivocaban cuando los consideraban [a los bandidos] auténticos 'rebeldes' (Hobsbawm, *Sozialrebelln*, p. 46).

resulta censurable del mundo moderno. Si Willkomm describe una cultura campesina y de resistencia y solidaridad, esta es sobre todo, según E. P. Thompson, no solo o quizás ni siquiera una «solidaridad con, sino también una solidaridad contra».⁷⁶⁹ La cultura de la solidaridad no hay que leerla principalmente como una expresión positiva de determinados valores compartidos, sino como expresión de una oposición frente a otros. El encuentro nocturno descrito como en una novela de terror y los solemnes juramentos,⁷⁷⁰ los amores mantenidos en secreto durante décadas y las igualmente duraderas enemistades y planes de venganza llevados a cabo con tenacidad, especialmente el aferrarse a experiencias individuales de sufrimiento y humillación y la terca negativa a dejarlas pasar, porque así lo ordena una lógica superior de la historia, todo esto remite a un mundo más allá del *cash nexus* o vínculo monetario; a un mundo que no solo se basa en el dinero, la competencia y la rentabilidad. Por medio del mito de los campesinos conjurados, se pone de manifiesto que en el mundo moderno falta algo más que el pan para los pobres. Cuando los pobres luchan para tener suficientes alimentos para sobrevivir, muestran ya en sus formas prácticas de lucha que la simple supervivencia no es suficiente. El comunismo que aquí

769 Thompson, *Entstehung*, p. 570.

770 De forma sorprendente, las descripciones de Willkomm coinciden ampliamente con los informes sobre las teorías de la conspiración de la «Linterna Negra» en el West Riding de Yorkshire que analiza Thompson; véase Thompson, *Entstehung*, p. 556 y ss. [ed. en cast., p. 514 y ss.]. Que es fácil quemarse los dedos al escribir la historia de los románticos, tal y como la practica Thompson, se muestra en que historiadores posteriores han descubierto la «Black Lamp» [Linterna Negra] de Thompson –de la cual él obtiene, también metafóricamente, un rayo de luz de conocimiento– como una «lectura equivocada»; se trataría de, «en vez de eso, de un 'Black Lump' [Multitud Negra], que seguramente habría sido solo una única reunión de los United Englishmen; véase las notas del traductor de la edición alemana, «Anmerkungen der Übersetzer» en: Thompson, *Entstehung*, p. 1017, que remite a J. L. Baxter y F. K. Donnelly, «The Revolutionary 'Underground' in the West Riding», en: *Past and Present* 64.1 (1974), pp. 124-132. Con Peter Linebaugh, también se pueden leer las *Wuthering Heights* [*Cumbres borrascosas*] de Emily Brontë como una prueba más del lugar común de la reunión nocturna proletaria-insurreccional en el páramo: «El horizonte vacío y el ominoso tiempo turbulento con el que empieza *Cumbres borrascosas* indica el terror a los otros (irlandeses, gitanos, proletarios). Es la representación sombría de la realidad cuando la gente del norte se preparaba para una guerra civil practicando evoluciones militares sobre el páramo bajo la luz de la luna» (Linebaugh, «Ned Ludd», p. 85) [ed. en cast., p. 41]. Sobre las reuniones nocturnas secretas en campo abierto a la luz de las antorchas como una práctica específica inglesa del movimiento obrero temprano informa también Friedrich Engels, «Die 'Times' über den deutschen Kommunismus» [1844], MEW 41, pp. 317-321, especialmente p. 319.

se muestra se alza con la «idea de un reparto lo más equitativo posible de los bienes así como del trabajo», pero no se convierte en ella. Una sociedad en la que se pueda llevar a la práctica esta idea –como sugiere la descripción de Willkomm del levantamiento campesino– debe estar compuesta por algo más que por la convicción de que precisamente esta forma de organización social general de la producción, la distribución y el consumo es la más razonable. Se deben poner en juego, más bien, afectos políticos y comunitarios muy fuertes; afectos como los que se llegaron a expresar precisamente, según Willkomm, en los rituales de los rebeldes sociales y campesinos de la Baja Lusacia.

Venganza y clase

El sujeto del conocimiento histórico es la clase oprimida que lucha. En Marx aparece como la última en ser esclavizada, como la clase vengadora que lleva hasta el final la obra de liberación en nombre de todas las generaciones derrotadas. Esta conciencia, que por breve tiempo cobró otra vez vigencia en el espartaquismo, le ha repugnado desde siempre a la socialdemocracia. En el curso de tres decenios ha conseguido apagar casi el nombre de un Blanqui, cuyo timbre broncíneo había hecho temblar al siglo precedente. En cambio, se ha complacido en asignarle a la clase obrera el papel de redentora de generaciones futuras. Con ello ha cortado los nervios de su fuerza mejor. La clase desaprendió en esta escuela tanto el odio como la voluntad de sacrificio, ya que ambos se alimentan de la imagen de los antecesores esclavizados, no del ideal de los nietos liberados.

Walter Benjamin⁷⁷¹

En «tiempos revolucionarios», escribe Hobsbawm en su libro *Rebeldes primitivos*, la «rabia» deja «de ser un asunto privado y [se convierte] en una cuestión de clase».⁷⁷² Este cambio se deja observar también de forma ejemplar en *Los esclavos blancos* de Willkomm, donde se examina también de cerca cómo la «clase» como sujeto colectivo de acción política se constituye solo a partir del afecto de la venganza. La «clase» se une por el sentimiento de tener que vengar una infamia o un crimen; una ofensa que aunque se haya ejercido contra un individuo podría haberlo he-

771 Benjamin, «Begriff der Geschichte», These XII, p. 101 [ed. en cast.: «Tesis sobre el concepto de historia», tesis XII, en: *Iluminaciones*, p. 314].

772 Hobsbawm, *Sozialrebelln*, p. 44.

cho contra todos: Bajo el signo de la venganza tiene lugar una subjetivización colectiva.

En *Los esclavos blancos*, las violaciones por parte del conde Magnus, a las que las mujeres se ven expuestas en el pueblo y en el castillo, ocupan un lugar central. Sin embargo, el ataque directo y violento sobre la integridad del cuerpo y la mente de sus súbditas, que el viejo «derecho feudal» todavía incluso protegía en parte,⁷⁷³ queda limitado en la novela al primer plano temporal de la acción, el de la historia previa. En el segundo plano temporal ya no ocurren agresiones de ese tipo. En el primer plano, los campesinos –que son sobre todo hombres– quieren vengar a sus mujeres e hijas torturadas y deshonradas. Las reivindicaciones sociales y políticas se derivan del deseo de venganza: la llamada a la «liberación del pueblo de la opresión del dominio señorial, cualquiera que sea su nombre». El juramento común de no descansar «mientras haya señores que abusen de su poder en perjuicio de sus subordinados, en la medida en que todavía viva un pueblo sobre la tierra que sufra la pobreza, la miseria y la opresión y tenga que vagar sin derechos».⁷⁷⁴ Estos excedentes revolucionarios surgen solo como derivados de la solidaridad con Röschen. Son efectos colaterales de un sentimiento de venganza que todavía está fuertemente teñido por un carácter personal, pero, en todo caso, ya están presentes estas reivindicaciones que señalan hacia un futuro lejano –de forma inconsciente siempre–. El anhelo humillado de justicia por parte de los campesinos se libera de su motivo directo y experimenta una universalización, que lo lleva más allá de su anterior horizonte limitado. Así, con esta universalización –se trata de todo «pueblo sobre la tierra»–, las nuevas reivindicaciones político-sociales de los campesinos se pueden conectar con las ideas del comunismo temprano, todavía inconscientes o latentes. El afecto de la venganza se colectiviza, allanando el camino para la acción de clase.

En el segundo plano temporal, el camino también conduce más allá de la familia. Ahora son los niños pequeños las víctimas de una ofensa, que provoca la constitución del sujeto de clase como colectivo vengador. Son niños pequeños que se ven obliga-

773 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 218.

774 *Ibid.*, p. 218 y s.

dos trabajar en las fábricas y a los que estas atrapan y mutilan. Así les ocurre por ejemplo al pequeño Hans, hijo de diez años del hilandero Martell. Mientras recoge los copos de lana bajo la hiladora de la fábrica su pie izquierdo queda «medio cortado» y «aplastado», cuenta su padre. El escándalo se multiplica por la reacción de Adrian. El relato de Martell vuelve a reunir todos los lugares comunes de la literatura miserabilista:

El pie está perdido, ¡y mi pobre niño mutilado! Ahora va y pasa esto, es una desgracia, ¡como la que trae consigo cualquier trabajo! ¡El crío no tendría que estar bajo la máquina y así seguirá teniendo sanos sus miembros! –¿No es cierto que razono de forma sensata y no tomo en absoluto partido?– [...] Así que no me quejo en absoluto, solo cojo a mi muchacho herido en estos brazos míos, cierro su boca que grita, con labios temblorosos, y lo llevo a casa para dejarlo allá, en esa sucia y miserable choza, en el regazo de su madre, atrapada en el sollozo, y compartir con ella este panorama de miseria. –Así hice, tal y como, según creo, era mi deber, y lo hice con el corazón partido. Entre traer al cirujano y comprar con varios groschen medicamentos, ungüentos y hierbas pasaron sin embargo varias horas, en las que falté al trabajo. Finalmente, agotado, volví a la fábrica, donde mi vecino, una persona muy servicial, había ocupado entretanto mi puesto, de manera que la máquina y el hilado no pudieran sufrir ningún daño. A pesar de todo, no os lo vais a creer, el señor Stein me dejó trabajando duro, me restó la mitad del salario del día, canceló totalmente la pequeña paga del pobre muchacho, ¡y amenazó con despedirme! –Pero señor, mi niño, dije, mi criatura, mi retoño ha quedado aplastado, mutilado –«¡Dios sabe si volverá a estar bien, y si podré hacer frente a los costes de su curación! ¡Sea usted justo y de buen corazón, señor!»

«¡Justo!», me increpó. «¿A qué llamáis justo? ¿A que yo me arruine por un niño lisiado? ¡Deberíais rogar a Dios, él podría dejar morir, cuanto antes mejor, a ese comilón, y no tendríais que preocuparos más por él! ¡La máquina mejora en ocasiones lo que los hombres hacen mal por insensatos! Era una señal del cielo, ¿por qué no le hacéis caso? Y ya basta, el trabajo no realizado no lo puedo pagar».

«¿Eso ha dicho el señor Stein y sigue vivo?», dijo Eduard, mientras Paul juntaba las manos horrorizado.⁷⁷⁵

En *Los esclavos blancos*, el «horror» por la inhumanidad del sistema se canaliza finalmente contra los representantes humanos del sistema. El anhelo de venganza de los trabajadores organizados se dirige contra Adrian como propietario de la

775 *Ibid.*, p. 246 y ss.

fábrica. Como dice Benjamin, el «afecto» por los propios hijos brindaba a los trabajadores sus «mejores fuerzas» y los hacía alzarse contra aquellos que los habían tratado a ellos mismos como a menores de edad. En el punto álgido de la lucha obrera, el líder obrero Martell, «ávido de venganza», exige un «desagravio» a su hermanastro.⁷⁷⁶ En el momento álgido de la confrontación, teatral y exagerado, coloca a Adrian en una «escuela» –la dura escuela de la fábrica– y le obliga a trabajar él mismo en su máquina de hilar.⁷⁷⁷ Así podrá Adrian, según desea Martell, «experimentar las mismas torturas» que él ha infligido a sus trabajadores, y especialmente a sus hijos.⁷⁷⁸ Martell ordena:

«¡Estará solo conmigo durante todo un turno de trabajo en esta sala!»

«¿Diez horas?» gritó Adrian consternado. «Por favor...»

«Se equivoca, señor Stein», le interrumpió Martell. «No diez, sino doce horas dura el trabajo en la hilandería. Así, usted se quedará doce horas aquí conmigo y, para que pueda conocer por experiencia propia la vida de los trabajadores de su fábrica, para que pueda sentir la dulzura, el regocijo y el fortalecimiento del espíritu y del cuerpo de esta existencia, de este destino terrenal, ¡usted habrá de trabajar conmigo durante este tiempo!»

«¡Por el amor de Dios, Martell!»⁷⁷⁹

Junto al esfuerzo físico de la pura estancia en la fábrica, Adrian habrá de sentir el horror de un tiempo que se hace eterno –en palabras Rancière: el «dolor del tiempo robado»–.⁷⁸⁰ Martell había calificado ya antes la orden de Adrian de alargar la jornada laboral normal de «vieja tortura».⁷⁸¹ Ahora lo sufrirá Adrian ahora en su propia carne: «¡Todavía faltan once horas!», decía Martell a Adrian. «¡Para alguien que simplemente hila para ampliar sus conocimientos es un auténtico juego de niños!». «¡Once horas!»,

776 *Ibid.*, p. 192.

777 *Ibid.*, pp. 204, 193 y s.

778 *Ibid.*, p. 196. Toda la acción era, ante todo, arcaica, pensada como castigo a la familia: «'Si', continuó, 'he implorado y suspirado mil veces estas horas ante el juez eterno del mundo, ¡y solo lamento que no esté a mi alcance poder ajustar cuentas con usted ojo por ojo y diente por diente! Me atormenta la idea de que usted no tenga hijos. Me habría apoderado de ellos y los habría tratado como usted a mi pobre Hans'» (*Willkomm, Weisse Slaven*, p. 196 y s.).

779 *Ibid.*, p. 272 y s.

780 Rancière, *Nacht*, p. 72.

781 *Willkomm, Weisse Slaven*, p. 269.

repetía Adrian y echaba de nuevo a rodar el carro, sumido en la desesperación.⁷⁸²

La auténtica tortura de los trabajadores en estas «cuevas de martirio» (Weitling) de la fábrica consiste, sin embargo, en que están completamente a merced de máquinas infernales, a las que han de servir y cuyo ritmo han de seguir: «¡Adrian habría avanzado con menos temor hacia una batería de cañones cargados que frente al poder demoníaco de las máquinas, que estiraban furiosamente sus brillantes manos de acero hacia él!».⁷⁸³ Adrian –y los lectores– experimenta en último término cómo seguir el humor de estos demonios por medio de una lección de manejo de máquinas, que Martell imparte a su hermano:

«No... entiendo... el manejo», balbuceaba él horrorizado. «El manejo es fácil y sin peligro», replicaba Martell. «Usted solo debe poner toda su atención en el trabajo. Créame, señor Stein, ¡y grábese en la memoria lo que le digo! En cuanto usted levante aquí esta manilla y gire esta pala de la hélice hacia la izquierda, la máquina entra en contacto con toda la ola de vapor y comienza el trabajo. El carro giratorio se le acerca hasta una yarda y media, después se queda quieto durante un segundo. Ese segundo lo utiliza usted para levantar el gancho aquí por encima de esta pieza, con lo cual consigue que el hilo hilado se enrolle. [...] Como usted ve, es tan fácil que este trabajo lo puede realizar cualquier niño, ¡precisamente por eso emplea usted a tantos niños a los que les paga la mitad del salario que a nosotros los adultos! ¿Está usted preparado?». ⁷⁸⁴

En su introducción a la máquina, Martell vuelve a hacer referencia ante su hermano a los niños mutilados y muertos al que estaba ligado en su origen su anhelo de venganza. El tono furioso e irónico de juego cruel que tiene toda la escena aparece al final explícitamente en el texto cuando las máquinas se transforman completamente para Adrian –como para un niño– en monstruos salvajes que le persiguen: «¡Escucha los chirridos y crujidos de sus dientes de acero, el rodar y el traqueteo de los carros alargados! [...] Su súplica se transforma en un grito chillón que se ahoga bajo el ruido de la máquina...». ⁷⁸⁵

782 *Ibid.*, p. 281.

783 *Ibid.*, p. 274.

784 *Ibid.*, p. 274 y s.

785 *Ibid.*, p. 280 y s.

Mientras Aurel, el otro hermano, que desde hace tiempo se ha puesto de parte de los trabajadores, ve todavía en el «castigo» de Adrian una «venganza curiosa, original y en cierto sentido magnífica»,⁷⁸⁶ el proceso finalmente sí que se descontrola. Adrian se da por vencido y se precipita en la máquina, que finalmente hace trizas a su propietario y beneficiario durante años.

«¡Ya no quiero vivir!» gritaba Adrian todavía más nervioso, mientras su cara se desfiguraba convulsivamente. [...] Y Adrian cayó de pronto bajo el carro de la rueda mientras retrocedía, estiró los brazos, rozó con la cabellera la pala mecánica del eje de hierro puesta en movimiento directamente por la máquina de vapor y, en un abrir y cerrar de ojos ¡se le arrancó la cabellera! Se le escapó un espantoso grito de dolor, que atravesó todos los muros; sus manos agarraron el eje brillante y oscilante, y se desgarraron, ¡el desgraciado quedó colgado, como una sangrienta guirnalda entre los hierros humeantes! La máquina se paró. También en el resto de salas, donde se había escuchado el grito, se pararon las máquinas-. Los curiosos se agolpaban absortos junto a la puerta. Se percibió también un segundo grito, similar al primero, que se elevaba, mientras todo estaba en silencio-. Pero Martell inclinó la cabeza y dijo gravemente: «¡Dios le ha condenado!».⁷⁸⁷

Asalto a las máquinas

En la novela *Schloss und Fabrik* [El castillo y la fábrica], de Louise Otto-Peters, el deseo de venganza y revancha también conduce a una acción colectiva de clase.⁷⁸⁸ Aquí se trata de un niño todavía no nacido, que cae víctima, junto a su madre, de la tiranía de Felchner, el patrón de la fábrica. El trabajador de la fábrica Berthold informa en una posada sobre su mujer embarazada:

«Fue así», dijo Berthold y soltó un grito de rabia: «Ella estaba, aún hoy, en su puesto en la fábrica en el que tenía que levantar pesos. Ha dicho que ya no podía pero un capataz ha creído que era pura melindrería y que de-

786 *Ibid.*, p. 277.

787 *Ibid.*, p. 284 y s.

788 La novela de Otto-Peters, en la que la autora no solo narra acontecimientos revolucionarios, sino también intercalaba los discursos revolucionarios de la época –como largos pasajes de los *Rheinischen Jahrbüchern*– fue censurada rápidamente tras su publicación. Véase al respecto Johanna Ludwig, «'Ich martere mich selbst mit diesen Problemen...': Die Zensurgeschichte und zeitgenössische Bewertung des Romans *Schloß und Fabrik*», en: Eva Schöck-Quinteros *et al.* (eds.), *Bürgerliche Gesellschaft – Idee und Wirklichkeit. Festschrift für Manfred Hahn*, Berlin, 2004, pp. 179-200.

bía hacerlo aunque ella tenía razón. Así, ha estado cargando pesos hasta el fin de la jornada y cuando ha llegado a casa se ha tumbado y ya no se ha vuelto a levantar. El niño está muerto por nacer demasiado pronto y ella ha tenido un final espantoso». Se bebió de un trago el aguardiente, y con él las lágrimas amargas que habían caído en el vaso.

«¡Es una lástima!»

«¡Es vergonzoso!»

«¡Es un doble asesinato!»⁷⁸⁹

Los trabajadores acuerdan tomarse la justicia por su mano, y «mostrar a los asesinos cómo podemos castigarles. Queremos juzgarles nosotros mismos». Pero en vez de atentar contra la vida del patrón de la fábrica, solo quieren «maldecirle» y amenazarle luego «con la destrucción de todas las máquinas y de la fábrica entera».⁷⁹⁰

Quando estalla el levantamiento, se repite ese estrecho vínculo entre venganza y destrucción de máquinas.⁷⁹¹ La «gran Lise», que –según sugiere– ha perdido también a un niño y quizás por eso es la que «destroza con más rabia [...] las máquinas con hachas, palos y troncos», grita aquí:

¡Por cada niño, una máquina! [...] ¡Entonces no alcanzan las máquinas, todas tienen a sus espaldas más de un niño asesinado, nuestra venganza es demasiado clemente! ¡Un niño vale más que una máquina, pues tiene alma y vida, mientras que las máquinas están muertas aunque se hagan las vivas y sean lo suficientemente infames como para poder asesinar!⁷⁹²

La venganza es también en Otto-Peters un móvil decisivo de la lucha: «Estaban de acuerdo en que ellos tenían *alguna*

789 Otto-Peters, *Schloss*, p. 291.

790 *Ibid.*, p. 291.

791 El modelo histórico de la narración del levantamiento de Otto-Peters lo constituye el levantamiento de los tejedores de los pueblos de Silesia Peterswaldau y Langenbielau de entre el 3 y el 6 de junio de 1844, que fue sofocado por el ejército prusiano. En el curso del levantamiento de los tejedores de Silesia se destruyeron también máquinas y se saqueó y devastó la mansión del infame fabricante Zwanziger. El levantamiento de los tejedores ha de ser tratado como un auténtico acontecimiento mediático; la noticia del levantamiento y su elaboración literaria –entre otras, por el poema de Heine «Los pobres tejedores»– se difundieron en semanas por toda Alemania y Europa; el poema de Heine se publicó por ejemplo ya el 10 de julio en el periódico publicado por Karl Marx en París; *Vorwärts!* Una recopilación de fuentes literarias y socio-históricas la ofrecen Lutz Kroneberg y Rolf Schloesser, *Weber-Revolte 1844*, con un prefacio de Bernt Engelmann, Colonia, 1979; la historia de las adaptaciones y la recepción está elaborada en Christina von Hodenberg, *Aufstand der Weber. Die Revolte von 1844 und ihr Aufstieg zum Mythos*, Bonn, 1997.

792 Otto-Peters, *Schloss*, p. 299.

cuenta pendiente con el patrón de la fábrica: el hambre, el frío, la desnudez, las enfermedades, los miembros mutilados, la muerte o la miseria de sus hijos, el trato duro y todas las carencias y preocupaciones de un día miserable tras otro». ⁷⁹³ Sin embargo, el narrador, que ahora habla desde una posición explícitamente distanciada, no deja ninguna duda de que la venganza quizás no era, la mejor consejera para la acción política colectiva:

Pero un vago instinto les empujaba de igual modo hacia la venganza, un instinto que les llamaba a vengarse y a purgar toda su miseria por todo aquello que asfixiaba y mataba lo bueno y noble y educable de sus almas y las de sus hijos. Querían librarse de aquello por lo que se echaban a perder, y dejaban que se apoderara de ellos una desmoralización y un abandono de la peor clase, incontenible. ⁷⁹⁴

La palabra subrayada, «instinto», fija la forma como serán caracterizados los trabajadores sublevados en adelante en la novela, pues su «desmoralización y abandono» es en definitiva un aselvajamiento. Sus «cientos de aullidos juntos», ⁷⁹⁵ sus «tonos brutos, repugnantes», su «aullido animal» ⁷⁹⁶ carecen sobre todo de algo: una voz humana articulada. En tanto «banda fuera de sí» y «salvaje» [*wilde und tobende Rotte*], los sublevados muestran como poco cierta cercanía con una jauría; hablar de «plebe amotinada» [*rottierende Pöbel*] se había convertido ya, desde Kant, en una expresión común. ⁷⁹⁷

793 *Ibid.*, p. 313.

794 *Ibid.*, p. 313.

795 *Ibid.*, p. 298.

796 *Ibid.*, p. 314.

797 *Ibid.*, p. 298, 299 y 316. Junto a un significado militar neutral, el diccionario DWB comprueba bajo la entrada «banda» [*Rotte*] un «giro negativo del concepto en un sentido cercano a revolver, conspirar, rebelarse»; «como un cazador», con banda se habla «de una manada de lobos»; «entre los carniceros, una banda son varios animales de diferente tipo a sacrificar, por ejemplo una vaca y una oveja»; DWB, Bd. 14, Sp. 1318 y ss. También el verbo «amotinarse» [*sich rotten*] se utiliza «habitualmente [...] con connotaciones negativas»: «agruparse para un asalto, rebelión, sublevación con intenciones hostiles»; DWB, Bd. 14, Sp. 1320. Aquí pasa de «*sich rotten*» a «*rottieren*»: «solo en el sentido de 'amotinarse con malas intenciones', para una sublevación, rebelión, conjura, conspiración... se utiliza *rottieren*»; DWB, Bd. 14, Sp. 1321. En la Antropología de Kant se dice: «Aquel conjunto, o parte de él que se reconoce unido en un todo civil por un origen común, dicese *nación (gens)*; la parte que se exceptúa de estas leyes (el conjunto inculto dentro de este pueblo), dicese *plebe (vulgus)*, cuya unión contra la ley es el *amotinarse (agere per turbas)*; una conducta que le excluye de la cualidad de ciudadano de un Estado»; Immanuel Kant, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, Hamburgo, 2000 [1798], p. 244 [ed. en cast.: *Antropología*, Madrid, Alianza, 2015, p. 300 y s.]. Véase al respecto Susanne

La cercanía con lo instintivo y animal justifica también, según se quiere mostrar, la animadversión de los trabajadores sublevados hacia las máquinas. Ninguno de ellos es humano. No tienen conciencia, ni moral; entre los animales y las máquinas hay una inquietante simetría. Si los niños, en contraposición a las máquinas, «sí que tienen un alma y una vida», según dice la «gran Lise», en la siguiente frase aparece de nuevo la dura oposición que la lógica trae consigo: esto es, que las máquinas no tienen alma y están muertas. Pero, por el contrario, Lise manifiesta que aunque las máquinas estén «muertas», como era de esperar, se pueden «hacer las vivas» –y con ello cobran una inquietante semi-vida, suficiente para poder matar–. Como siempre se representa a los proletarios maltratados del *Premarzo* como aparentemente muertos o como muertos vivientes,⁷⁹⁸ ellos ven en las máquinas el inquietante reflejo de sí mismos. Algo muy parecido a la imagen especular de los trabajadores y las máquinas se encuentra ya en la economía antigua, en la cual el esclavo era considerado una «herramienta animada», que no disponía de logos y por tanto tampoco era capaz de desarrollar un lenguaje humano razonable.⁷⁹⁹ En Otto-Peters regresa el argumento de la similitud, de una forma moderna, por medio de una justificación rudimentaria de la destrucción de máquinas que emerge en una discusión entre los trabajadores alborotados:

Otro dijo: «¡Y también sabéis que las malditas máquinas tienen la culpa de que ahora ganemos menos, hacen prescindibles nuestras manos, así que nosotros queremos también aquí dar la vuelta a la tortilla y acabar con las máquinas, que son nuestro peor enemigo!».

«¡Fuera las máquinas, queremos destruirlas todas!», gritó la multitud.⁸⁰⁰

Lüdemann, «Zusammenhanglose Bevölkerungshaufen, aller inneren Gliederung bar». Die Masse als das Andere der Ordnung im Diskurs der Soziologie», en: Ulrich Bröckling *et al.* (eds.), *Das Andere der Ordnung*, ideas principales en: *Behemoth. A Journal of Civilization* 7.1 (2014), pp. 103-117, especialmente p. 104.

798 En Hess, «Noth», p. 40 y s., se dice que el trabajo asalariado solo sirve a los proletarios para ir tirando con su existencia miserable, para mantenerse o conservarse como se conserva un cadáver».

799 Sobre la naturaleza del esclavo como un ser sin capacidad lógica entre el animal y la máquina véase Aristóteles, *Politik*, 1. Buch, 3.-5. Kapitel, 1253b-1255a (Aristoteles, *Politik*, Hamburgo, 1958, pp. 6-11) [ed. en cast.: *Política*, Madrid, Alianza, 2015, p. 65 y ss.]. La supuesta pérdida del lenguaje del esclavo la convierte Rancière en el punto de partida de su teoría de la captura política del término véase Rancière, *Unvernehmen*.

800 Otto-Peters, *Schloss*, p. 297.

Los trabajadores y las máquinas presentan la similitud de tener siempre delante a su «peor enemigo». La enemistad conduce a la similitud. Las máquinas pueden hacer «prescindibles» las «manos» de los trabajadores, porque ninguno de ellos (ni máquinas ni trabajadores) dispone de cabeza que guíe las «manos»; los trabajadores y las máquinas son meros órganos ejecutores. Esto lo sospechan los trabajadores, y por eso aspiran también a una inversión de la situación –aunque solo una mera inversión, como deja claro la novela, y no por ejemplo una reorganización completa–. Finalmente, toda la destrucción de máquinas queda encasillada en la categoría del «vandalismo».⁸⁰¹

En último término, Louise Otto-Peters expresa en su novela una condena de los destructores de máquinas, que todavía se refuerza más cuando Pauline, la hija filántropa del dueño de la fábrica –que a pesar de ser naif, desprende una simpatía ilimitada–, aunque se muestra totalmente comprensiva, confirma con ello de nuevo la ya mencionada semejanza de los trabajadores con los animales: en el levantamiento de los trabajadores ella escucha solamente un «grito de la naturaleza humana ofendida, humillada y empujada a una estupidez animal».⁸⁰² Para Pauline, al igual que para Otto-Peters, el levantamiento es una pura reacción espasmódica, inconsciente y como acto reflejo, sin control ni objetivo racional.

Is It O.K. To Be A Luddite? [¿Está bien ser un ludita?]

La destrucción colectiva y organizada de las máquinas (proto)industriales y agrícolas tiene lugar a finales del siglo XVIII y principios del XIX por toda Europa, así como en las plantaciones de América.⁸⁰³ Un momento álgido histórico lo representa la

801 *Ibid.*, p. 316.

802 *Ibid.*, p. 314.

803 Véase Hobsbawm, «Maschinenstürmer», la edición inglesa «The Machine Breakers» se ha reimpresso en Hobsbawm, *Labouring Men*, pp. 5-22. Para los territorios alemanes véase Michael Spehr, *Maschinensturm. Protest und Widerstand gegen technische Neuerungen am Anfang der Industrialisierung*, Münster, 2000, así como Martin Henkel y Rolf Taubert, *Maschinenstürmer. Ein Kapitel aus der Sozialgeschichte des technischen Fortschritts*, Frankfurt a. M., 1979. La destrucción de máquinas en Francia se ha convertido en los últimos años de nuevo en objeto de investigaciones históricas; véase por ejemplo Cédric Biagini y Guillaume Carnino (eds.), *Les Luddites en France. Résistance à l'industrialisation et à l'informatisation*, Montreuil, 2010; el nombre de la colección, que se consagra a la transmisión de investigaciones históricas a las formas actuales de la crítica por ejemplo de la informatización, se llama de forma significativa

destrucción de máquinas en Inglaterra en los años 1811/12 con el movimiento de los *luditas*; el ludismo se ha convertido incluso, con frecuencia, en sinónimo de destrucción de máquinas. El dictamen sobre los destructores de máquinas se ha mantenido de forma estable, desde principios del siglo XIX, en forma de *condena*, y la opinión de Otto-Peters puede valer aquí como un resumen representativo: «el primer movimiento obrero no sabía lo que hacía, sino que simplemente reaccionaba ciego e inseguro ante la presión de la miseria, como los animales de laboratorio reaccionan ante la corriente eléctrica». Esta opinión la habrían tomado los historiadores del siglo XX, según Eric Hobsbawm, de los «apologetas de la economía de clases medias del siglo XIX». ⁸⁰⁴ De forma irónica, la correa de transmisión decisiva de esta condena fue la historiografía del propio movimiento obrero, de un movimiento obrero de finales del siglo XIX y principios del XX que se percibía sin embargo a sí mismo como progresista, limitado a las reformas parlamentarias, y que precisamente no quería reconocer, en los levantamientos salvajes de principios del siglo XIX, a sus propios precursores. ⁸⁰⁵ Frente a esto, la historiografía de la New Left [Nueva Izquierda] se ha esforzado por rescatar el honor y revalorizar a los destructores de máquinas. La dialéctica entre condena y salvación se ha ido renovando hasta el presente: con cada nuevo avance tecnológico aparecen movimientos de oposición que se comprenden a sí mismos como neoluditas, o

Collection Frankenstein.

804 Hobsbawm, «Maschinenstürmer», p. 15 y s.

805 Sobre el rol de los historiadores vinculados con el fabianismo y el Labour Party véase Hobsbawm, «Maschinenstürmer», p. 15 y s., así como Thompson, *Entstehung*, p. 683. Wilhelm Liebknecht, uno de los fundadores del movimiento obrero en Alemania, codificó en cierto modo la condena de los destructores de máquinas para el movimiento posterior en su gran discurso «Wissen ist Macht» [Saber es poder] de 1872. Después de describir las enormes desventajas de la división del trabajo asociada a las máquinas, para la salud física y mental del trabajador individual, se apresura a aclarar: «Que no se me malentienda, no soy ningún enemigo de las máquinas. Los destructores de máquinas, por los que se dejaron seducir los trabajadores de Inglaterra con la irrupción de la gran industria, eran absolutamente reaccionarios, se basaban en una interpretación equivocada de las cosas y por eso hubieron de fracasar –por fortuna para la humanidad, no para las personas trabajadoras individuales–. Esta es justo la maldición de la cultura actual, que cualquier progreso general solo sirve a una minoría privilegiada, mientras empeora en cambio, en términos relativos y absolutos, la situación de la masa de personas desheredadas»; Wilhelm Liebknecht, «Wissen ist Macht – Macht ist Wissen. Festrede gehalten zum Stiftungsfest des Dresdner Bildungs-Vereins am 5. Februar 1872», Berlín, 1891, p. 40.

son difamados como tales. La pregunta de Thomas Pynchon de 1984: «*Is it O.K. to be a Luddite?*» [¿Está bien ser ludita?] se plantea y se responde de nuevo, una y otra vez, con el desarrollo de la tecnología computacional, la investigación del cerebro y la biónica.⁸⁰⁶ Volveremos sobre ello.

El rescate historiográfico por parte de Hobsbawm y Thompson de los destructores de máquinas sigue dos vías argumentativas. En primer lugar, destacan que los destructores de máquinas de ningún modo se comportaron como meros ciegos e inconscientes, sino que se basaban en teorías y estrategias implícitas, y en parte también explícitas, que llenaban de sentido sus acciones, tal y como incluso sus críticos están dispuestos a aceptar. En segundo lugar, además, el ludismo habría producido formas solidarias de organización a la altura de su tiempo y completamente innovadoras. Estas dos vías las completa Thompson con un tercer argumento que aparecerá de nuevo en los debates posteriores, desde Pynchon hasta Peter Linebaugh, y que irá ganando quizás un peso cada vez mayor: los luditas fueron, según muestra Thompson, uno de los primeros movimientos políticos modernos que incorporaron como arma para la lucha política el mito, o mejor dicho: su propia mitificación. De los luditas solo se ha transmitido –más allá de las destrucciones concretas y sus misteriosas cartas de amenaza y reivindicación de autoría– mitos, rumores y sospechas, pero prácticamente ninguna fuente bibliográfica consistente. Y es algo que puede leerse precisamente en la época de una revolución comunicativa y mediática, como también en la primera mitad del siglo XIX, como un medio de propaganda y agitación extraordinariamente efectivo. A partir de estos tres argumentos se puede ver cómo Louise Otto-Peters y Ernst Willkomm malinterpretan el fenómeno de la destrucción de máquinas.

Por un lado, podríamos resumir, las acciones que ambos describen no son tan irracionales como aparecen en un primer momento en los textos. Por otro lado, ambos textos expresan

806 Thomas Pynchon, «*Is It O. K. To Be A Luddite?*», en: *New York Times*, 28 de octubre de 1984, disponible *online* en www.nytimes.com/books/97/05/18/reviews/pynchon-luddite.html [en castellano en <https://laperiodicarevisiondominical.wordpress.com/2009/09/25/%C2%BFesta-bien-ser-ludita-thomas-pynchon/> [última visita, 09 de octubre de 2020].

fundamentalmente los prejuicios habituales sobre las acciones. Así, el hecho de que los trabajadores encolerizados destruyan en un principio todas las máquinas de forma indiscriminada, y después continúen con el saqueo de la mansión del patrón de la fábrica, no indica que estas acciones tengan que estar dominadas por una rabia ciega, como juzga la novela de Otto-Peters –precisamente en boca de Franz, un trabajador sensato–. La forma de acción sugiere más bien que los trabajadores no abrigan «ninguna especial animadversión contra las máquinas en sí mismas», sino que quieren poner en definitiva bajo «presión» al patrón de la fábrica Felchner mediante la destrucción indiscriminada de su propiedad. Dichas acciones eran, según Hobsbawm, «una parte tradicional y fija de los conflictos entre trabajadores y patrones», cuando se trataba de evitar las bajadas salariales o los despidos. Hobsbawm etiqueta estas formas de acción y otras similares, de forma irónica, como *collective bargaining by riot* o «negociaciones salariales a base de disturbios». ⁸⁰⁷ Que dichas acciones tuvieran éxito o terminaran en una catástrofe, como en *Schloss und Fabrik*, era algo que dependía de las relaciones de poder y de la perspicacia de los implicados. Que incluso en el escenario que dibuja Otto-Peters no se excluya el éxito y que haya alternativas al proceder del patrón –que pide ayuda a los soldados de una guarnición cercana, que masacran a los sublevados– es algo que se muestra en una conversación entre el patrón Felchner y su hija Pauline. Esta propone un modelo de cooperación social como solución al conflicto, que habría sido, en su momento, también completamente realista:

Vamos, padre, salgamos de aquí juntos, intentémoslo y entonces les pregunto: «¿qué queréis? Volved a vuestras casas y a vuestro trabajo, queremos daros un mejor salario por ello y vuestros hijos han de tener una escuela y solo trabajar cuatro horas al día» pero al que no se vaya a casa, a ese lo castigaremos, como dice la ley. Vamos, padre, vamos, ¡haz caso a tu hija aunque solo sea esta vez!⁸⁰⁸

El intento de mediación «razonable» de Pauline fracasa por culpa de Felchner. Sin embargo, con la represión militar del

807 Hobsbawm, «Maschinenstürmer», p. 17 y s.; Hobsbawm, «The Machine Breakers», p. 7 y s.

808 Otto-Peters, *Schloss*, p. 136 y s.

levantamiento se castiga también su intransigencia: una bala perdida mata a Pauline. Con ella quedan «veinte cuerpos» tendidos en el campo de batalla de la guerra social. El propio Felchner morirá amargado poco después.⁸⁰⁹

El trabajador sensato Franz tiene demasiados escrúpulos durante toda la revuelta y se niega a participar en la «ciega destrucción» de «cosas indefensas».⁸¹⁰ Este argumento se utiliza de nuevo contra los destructores de máquinas: no son las máquinas «indefensas» (inocentes, neutrales política y socialmente) las culpables de la miseria social, según se dice, sino los propietarios y beneficiarios de las máquinas, que las ponen en funcionamiento para explotar a sus trabajadores. El reproche, claramente gratuito, de que los destructores de máquinas combaten «cosas» donde habría que poner en el punto de mira las relaciones sociales cae, según muestra Thompson, en el vacío. Como muestran los escasos testimonios disponibles –sobre todo las cartas de amenaza y de reivindicación de autoría, algunas de ellas muy detalladas–, los luditas hacían claramente una crítica sistémica, que veía en las máquinas el corazón de una estrategia de transformación para toda la sociedad. Si se emplean máquinas a gran escala, hay que preparar también una cantidad correspondiente de trabajadores que sirvan a estas máquinas *según sus condiciones*: trabajadores que estén preparados para realizar sin pausa trabajos monótonos, idiotizantes, dañinos para la salud y también a menudo, justo al principio del desarrollo tecnológico, peligrosos para la vida. Las máquinas desclasas a los antiguos artesanos, hunden los salarios, crean desempleo y destrozan «toda una forma de vida».⁸¹¹ En resumen: las máquinas no son simples «cosas» sino partes integrales de un *sistema*, el «sistema de la fábrica», y por eso son destrozadas por los luditas.⁸¹²

Los destructores de máquinas no son *tan tontos* como para luchar contra «cosas», son más bien *tan sabios* como para combatir su propia *cosificación*: «¡Como si tus tejedores fueran como tus máquinas esquiladoras!», grita Caroline al furioso patrón de

809 *Ibid.*, p. 319.

810 *Ibid.*, p. 311.

811 Thompson, *Entstehung*, p. 636 y 691.

812 Los escritos legados por los luditas vuelven a estar disponibles en Kevin Binfield (ed.), *Writings of the Luddites*, Baltimore, 2004.

la fábrica textil Robert Moore en la novela *Shirley*, de Charlotte Brontë, después de que sus máquinas nuevas sean destruidas por los luditas. El propio Moore no puede reconocer, naturalmente, nada problemático en las máquinas (*como tales*)...⁸¹³

El argumento de que los destructores de máquinas actúan a corto plazo y yerran el tiro se encuentra también en *Los esclavos blancos* de Willkomm. Tras la muerte de Adrian, la dirección de la fábrica queda en manos de Martell. Durante el paso del testigo, Auren, como propietario filántropo, pronuncia un discurso en el que muestra su programa social reformista. En él, las máquinas desempeñan un papel decisivo:

Hay una gran cantidad de personas que viven convencidas de que la invención de las máquinas y su utilización en fábricas de todo tipo es una tremenda desgracia para todo el género humano. ¡Desde que se hace uso de ellas, la pobreza, la miseria, el hambre, las preocupaciones y el crimen habrían aumentado de una forma que realmente causa espanto y resulta un peligro público entre las capas más humildes del pueblo! Sería, por tanto, obligación de cualquier filántropo y amante del pueblo exigir con todas sus fuerzas la eliminación de las máquinas, procurar a los pobres nuevos trabajos y salarios suficientes, y devolverles así la única propiedad que es suya, el capital de la laboriosidad de sus manos! –¡Esta gente, estos fanáticos bienintencionados pero miopes, se equivocan!

No, queridos hermanos y amigos, ¡las máquinas son una bendición de Dios, un favor para la humanidad! Su conservación, multiplicación y mejora debe ser deseo de todo buen hombre; ¡Solo hay que servirse de ellas para liberar, no para someter a las clases trabajadoras! [...] ¡El propietario de las máquinas debe –que Dios nos permita vivir pronto ese momento– ser forzado, por una ley estatal, a utilizar esta palanca poderosa para aliviar el trabajo, y que aquellos que gracias a las máquinas pueden rendir mucho más participen también de los beneficios de ese aumento! ¡El propietario de las máquinas, el patrón de la fábrica, no debe embolsarse él solo todo el beneficio, debe haber un reparto proporcional y razonable entre él y sus trabajadores! ¡Si esto ocurre, se reducirá la necesidad, la pobreza, la infelicidad y el vicio entre el pueblo! Entonces el trabajador bendecirá la invención de las máquinas, querrá y respetará a su patrón, le será fiel y leal con un profundo amor, y aguantará sin rechistar!⁸¹⁴

En primer lugar, hay que tener claro que el Aurel de Willkomm presenta aquí un modelo social contra los destructores

813 Charlotte Brontë, *Shirley*, Múnich, 2005 [1849], p. 83 [ed. en cast.: *Shirley*, Barcelona, Alba, 2018].

814 Willkomm, *Weisse Sclaven*, p. 314 y s.

de máquinas que, históricamente, solo podría ser implantado gracias a la presión de los propios destructores de máquinas. En 1802 ya se movilizaron destructores de máquinas en West Riding por una moderación fiscal y del Estado social del empleo de máquinas; presentaron «propuestas para la introducción paulatina de máquinas mediante la creación simultánea de otros puestos de trabajo para los trabajadores desplazados o mediante el gravamen simultáneo del género producido por las máquinas (6 d. por yarda). El dinero recaudado debería ser puesto a disposición de los desempleados que buscaban un nuevo trabajo».⁸¹⁵

En Willkomm también hay un modelo de financiación para la modernización socialmente sostenible de la producción:

«Propongo», continuó el comandante [Aurel; PEO], «y pongo a mi hermano Martell la condición imprescindible de que él duplique el salario a sus trabajadores, que les asegure además una parte del beneficio total y que esta parte no se les pague en dinero efectivo sino que produzca intereses y por tanto no solo no impida un mayor aprovechamiento por parte del capital industrial, ¡sino que lo aumente también año a año! Con ello, a los patronos de las fábricas no se les retirará el gran apoyo financiero necesario, y el trabajador disfrutará de la parte de los beneficios que puede reclamar. Cuando se requiera, con el cierre del año se rendirá cuentas ante los trabajadores sobre la situación y, dependiendo de si los negocios han mejorado o empeorado, se regulará la participación de los trabajadores en los beneficios. En todo caso, el salario de los trabajadores no podrá nunca ni bajo ninguna condición ser reducido, ¡para que siempre puedan llevar adelante una vida humana y nunca sean rebajados a esclavos sin voluntad! –¿Estás dispuesto, Martell, a tomar bajo estas condiciones en adelante la dirección suprema de la fábrica?»

«¡Sin dudar!», digo Martell. «Quiero ser un ser humano entre seres humanos, no un déspota entre esclavos. ¡Preferiría morirme de hambre!».⁸¹⁶

El modelo suena económicamente plausible, y además viene acompañado de unas exigencias ético sociales venerables: una situación *win-win* (en la que ambos ganan) para el capital y el trabajo. No obstante, hay un factor que queda desatendido, aunque sí que se mencione, en el *pathos* de la retórica de la cooperación social. Pues mientras la fábrica prospera bajo la

815 Thomson, *Entstehung*, p. 611 y s.

816 Willkomm, *Weisse Sklaven*, p. 317 y s.

dirección de Martell, Aurel vuelve a echarse al mar para inspeccionar los «contactos y propiedades de ultramar». ⁸¹⁷ La esclavitud de las plantaciones de la periferia, como se muestra, sigue siendo la base del negocio para la reconciliación de clase recién lograda en la metrópoli. El (literalmente) *trabajador-aristócrata* Martell anticipa de forma casi fantasmagórica la teoría leninista del imperialismo y administra para su hermano la producción en una cogestión protocorporativista. El capitalista comercial Aurel sigue explotando la plantación de algodón y ambos sellan conjuntamente su alianza de clase sobre las espaldas de las esclavas y esclavos trasatlánticos. Los logros de los trabajadores de la metrópoli, en la línea de un primitivo Estado de bienestar, se financian finalmente a partir de los beneficios extraordinarios de la economía esclavista colonial. ⁸¹⁸

La gran maquinaria que se puede instalar ahora en la empresa central, sin gran resistencia, gracias a la influencia moderadora de Martell, tiene sin embargo como presupuesto, en el sentido de la lógica productiva, la esclavitud de las plantaciones. Pues solo una producción de telas de forma industrial y dirigida al mercado mundial necesita esas enormes cantidades de algodón bruto, que a su vez solo puede ser producido por medio de una economía de plantaciones; y dichas plantaciones, mientras no sea la única solución que se les ofrezca a los trabajadores «libres», solo se pueden gestionar por medios esclavistas. ⁸¹⁹ Al estudiar la resistencia de los esclavos de las plantaciones de EE. UU., que también habían destruido herramientas y máquinas a gran escala, Peter Linebaugh observa: «Ellos cultivaban el algodón que era batido e hilado en Lancashire. La historia de los esclavos de la plantación ha sido separada de la historia de los

817 *Ibid.*, p. 319.

818 Véase Wladimir Ilijitch Lenin, *Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. Gemeinverständlicher Abriss*, en: Lenin, *Werke*, Bd. 22: Dezember 1915 – Juli 1916, Berlín, 1960, pp. 189-309, especialmente el capítulo octavo «Parasitismus und Fäulnis des Kapitalismus», pp. 280-290 [ed. en cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2016].

819 Véase el ensayo de Marcel van der Linden, de título preciso, «Warum gab (und gibt) es Sklaverei im Kapitalismus? Eine einfache und dennoch schwer zu beantwortende Frage» [¿Por qué había (y hay) esclavitud en el capitalismo? Una pregunta simple y sin embargo difícil de responder], en: M. Erdem Kabadayi y Tobias Reichardt (eds.), *Unfreie Arbeit. Ökonomische und kulturgeschichtliche Perspektiven*, Hildesheim/ Zürich/Nueva York, 2007, pp. 260-279.

luditas. Si la separación fue debida a la engañosa distinción entre trabajo asalariado y esclavo, o a la división artificial entre naciones o a diferencias raciales, es algo que no está claro». ⁸²⁰

Que precisamente en el momento en que los «esclavos blancos» pueden celebrar una «reconciliación» con el sistema (de la fábrica) gracias a un acuerdo de clase, sea cuando los esclavos «negros» vuelvan a ser olvidados es en Willkomm quizás una ceguera histórica. ⁸²¹ Pero también puede que se exprese con ello una comprensión inconsciente, como siempre, de que una de ellas es condición de otra, y de que solo se puede disfrutar y propagar una cosa cuando se ignora la otra y *cuando se está dispuesto a olvidarla*.

De camino a la huelga pura: un fragmento de la novela de Georg Weerth

Los rebeldes sociales y los destructores de máquinas son figuras de transición, actores de una «lucha transitoria», ⁸²² y tanto Willkomm como Otto-Peters los presentan como tales de forma precisa. Cuando Thompson escribe irónicamente que la mejor manera de describir el ludismo es como un «‘levantamiento campesino’ de trabajadores» que, «en vez de saquear castillos» ahora atacan máquinas, ⁸²³ relata también la construcción histórica de las novelas estudiadas aquí: «El castillo y la fábrica» son para Otto-Peters símbolos de diferentes sistemas de represión que sin embargo están engranados y que, según vemos en Willkomm, se encuentran en solución de continuidad. En Inglaterra –y quizás también en Alemania, según sugiere Otto-Peters– el ataque de los luditas ha conducido además a una alianza de clase entre la vieja nobleza propietaria de tierras y la nueva burguesía industrial; a una coalición entre el castillo y la fábrica. Con Willkomm (y Linebaugh) se puede incluir también en esta nueva alianza de clases propietarias a los propietarios coloniales de las plantaciones.

820 Linebaugh, «Ned Ludd», p. 89 y s. [ed. en cast., p. 60 y s.].

821 La penúltima frase del libro reza: «La fábrica prospera, los trabajadores están ahora relativamente acomodados y nadie ha vuelto a oír nunca que haya habido alguien insatisfecho con su sueldo ni que haya maldecido la invención de las máquinas como una obra del diablo» (Willkomm, *Weisse Slaven*, p. 660 y s.).

822 Thompson, *Entstehung*, p. 639.

823 *Ibid.*, p. 691.

Como figuras de transición, tanto los rebeldes sociales como los destructores de máquinas son como Jano, el dios de las dos caras, y son con ello especialmente pertinentes como figuraciones de una sociedad que está a las puertas: miran atrás al tiempo del viejo ordenamiento de los gremios y talleres, con frecuencia de forma todavía paternalista. Los luditas fueron «los últimos herederos de los gremios»,⁸²⁴ y sus formas de acción política procedían todavía de un «mundo de cajas de resistencia, ceremonias y juramentos secretos, [...] de encuentros de artesanos en el albergue».⁸²⁵ Willkomm da forma a esta mirada hacia atrás con una sorprendente falta de nostalgia. Los trabajadores de la fábrica de 1832 hablan de que la represión directa del conde Magnus había sido más abierta y con ello más soportable que la esclavitud del salario de su hijo Adrian, y los campesinos sublevados de los años 1790 odiaban especialmente al joven conde Magnus, mientras tenían en alta estima la honorabilidad del viejo conde Erasmus. Sin embargo, Johannes Lips, el líder de los «hermanos del bosque» había sido ya humillado y torturado por este «buen» Erasmus, y por eso el viejo ladrón no puede comprender el profundo respeto que los campesinos que le apoyan manifiestan ante el viejo tirano. Y así también, en la quema del castillo, el cuerpo del viejo conde, que esperaba ser sepultado, quedará simplemente como estaba: sin sepultura y sin bendición, entregado a las llamas. Las luchas del pasado no alcanzan a una reconciliación, y así se las trata en el presente.

Los rebeldes sociales y los destructores de máquinas miran sin embargo hacia adelante, hacia un mundo de agitación sindicalmente organizada y de representación parlamentaria de la clase trabajadora. Miran a un mundo en que el capital y el trabajo se enfrentan sin reservas, sin el respaldo de los viejos valores. En este mundo, la clase trabajadora lucha por salarios más altos y por una legislación adecuada con respecto a la jornada de trabajo y a la seguridad laboral. Pero la mejor forma de lucha que caracterizará este mundo es la huelga.

La huelga es la forma pura de lucha de una clase trabajadora industrial asalariada, la forma de lucha de un mundo *tras*

824 *Ibid.*, p. 640.

825 *Ibid.*, p. 692.

aquella transformación que se prefiguró ya en las novelas sociales de los rebeldes sociales y destructores de máquinas. En las luchas de clase descritas en estas novelas, la huelga está por todas partes, pero todavía de forma poco pura, mezclada con viejos valores e ideas, «desenfrenados y salvajes», sobre el honor. En el fragmento de la novela de Georg Weerth de 1846, que quedó sin titular, se puede observar ya la depuración de la forma de lucha «huelga» –y ligada a ella la depuración de la figura de la clase trabajadora, que se constituye por medio de la lucha–.⁸²⁶

Al igual que en un método experimental, en el texto de Weerth se confrontan los tres grupos sociales dominantes del presente y se analizan sus relaciones: el barón d'Eyncourt, asentado en un pequeño castillo del valle de un afluyente del Rin, está fuertemente endeudado por su costoso estilo de vida y debe vender sus tierras al exitoso empresario textil Preiss, ya marcado por su nombre como encarnación del *cash nexus*. Preiss produce en su fábrica, bajo duras condiciones de trabajo, telas baratas, de poca calidad, con las que inunda el mercado. En su fábrica trabaja toda la familia Martin. La viuda, envejecida prematuramente tras la muerte de su marido, su hija de dieciocho años y Gretchen, de diez años. A ellos se les añade el hijo Eduard, que ha estado de aprendiz de «mecánico»⁸²⁷ durante dos años en Manchester, y que ahora ha vuelto junto al Rin, para volver a entrar en la fábrica de Preiss y revolucionar en ella la situación: «Me he propuesto firmemente incitar a los cuatro vientos a todos los trabajadores a que vayan contra los viejos villanos».⁸²⁸

El hilo argumental en torno al endeudamiento del barón –que puede ser considerado, según la terminología introducida algo después por Wilhelm Heinrich Riehl, como el representante típico del «proletariado aristocrático»⁸²⁹– y la «ayuda», que se le

826 El fragmento de unas 120 páginas se publicó por primera vez completo en 1965; sobre la historia de su surgimiento y publicación véase Siegfried Unseld, «Georg Weerth – Lebenslauf eines Unbekannten», en: Georg Weerth, *Fragment eines Romans*, Frankfurt a. M., 1965, pp. 5-18, así como Jürgen-Wolfgang Goette y Rolf Schlosser, «Vorbemerkung», en: Georg Weerth, *Vergessene Texte. Werkauswahl*, Bd. 2, ed. por Jürgen-W. Goette, Jost Hermand y Rolf Schlosser, con prólogo de Reinhart Koselleck, Colonia, 1976, pp. 265-270. El fragmento de la novela de Weerth se citará en adelante en esta edición (pp. 271-394).

827 Weerth, *Romanfragment*, p. 307.

828 *Ibid.*, p. 311.

829 Véase Riehl, *Bürgerliche Gesellschaft*, pp. 298-311.

otorga a Preiss, tiene también la función narrativa de presentar el viejo «código paternalista» que regulaba las relaciones entre dominantes y dominados en la época preindustrial.⁸³⁰ Este código lo presenta Weerth como algo que está desapareciendo, pero que únicamente en el momento de su desaparición se da a conocer completamente. Cuando el barón habla con su hija de darse por vencido e irse al extranjero, «donde nadie nos conoce» –el barón piensa, *de facto*, en huir de sus acreedores–, Bertha le lleva la contraria de forma vehemente, mostrando las relaciones afectivas creadas con sus subordinados: «¿Y dónde vas a encontrar personas que te sostengan mejor que estas que nos rodean, que tú conoces por su nombre desde la juventud, en cuyas chozas has comido, que tú apoyas en caso de necesidad, a quienes has ayudado en todo lo posible y que te respetan, todas ellas, como a su padre y señor?».⁸³¹

Un consejo, que el barón brinda a sus «muchos amigos pobres»,⁸³² es el de no dejarse proletarizar. Cuando algunos pescadores quieren «enviar a trabajar a la ciudad a sus dos maravillosos muchachos, uno con apenas doce años y el otro con catorce, porque se les ha prometido un buen salario a los niños», el barón interviene y se lo desaconseja a sus padres: Allí «se arruinará» a los niños «con todo tipo de trabajos».⁸³³ Y posteriormente Weber, el devoto contable de Preiss, se queja de que el barón «explica a los campesinos que sus hijos se echarán a perder en la fábrica», y con ello Preiss «expulsa a los mejores trabajadores».⁸³⁴ La proletarización activa –la entrada en el trabajo asalariado «libre»– solo llegó a ser una opción una vez que antes ya se había producido una proletarización pasiva, es decir, cuando los anteriores medios para asegurar la subsistencia

830 Thompson escribe en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* en diversas ocasiones sobre un «*paternalist code*», de las cuales quizás la más famosa es la de un «*obsolescent paternalist code*», sobre el que volvían la vista los luditas con sus acciones y formas de organización (Thompson, *Making*, p. 550). En la traducción alemana se habla de una «legislación paternalista» [*paternalistischen Gesetzgebung*] (principalmente en *Entstehung*, p. 638) así como de un «código paternalista» [*paternalistischen Kodex*] (p. 632) [N. del T.: en la traducción al castellano se habla de una «legislación paternalista» primero y después de un «código paternalista anticuado» (pp. 589 y 595)].

831 Weerth, *Romanfragment*, p. 277.

832 *Ibid.*, p. 277.

833 *Ibid.*, p. 278.

834 *Ibid.*, p. 299.

habían sido eliminados. Y el propio barón está muy implicado en esta eliminación, en la medida que solo puede solucionar su endeudamiento por medio de la venta de las tierras en las que hasta el momento agricultores y pescadores habían encontrado un modo de subsistencia. Pero al barón todo esto no se le pasa por la cabeza.⁸³⁵

El «código paternalista» que el barón d'Eyncourt mantiene todavía como pura aspiración moral, sin su base económica anterior, sigue existiendo entre los subalternos que entretanto se han convertido en trabajadores asalariados de Preiss. Muestra de ello es, por ejemplo, cuando Eduard, que ha madurado en Inglaterra convirtiéndose en un trabajador con conciencia de clase, solo unos pocos minutos después de llegar de vuelta a la choza materna comienza a echar pestes del malvado patrón Preiss. Lo describe como un «verdadero demonio», que absorbe «el sudor y la sangre de los desgraciados» y «les exprime hasta los huesos». Frente a eso, la madre y Marie protestan: Preiss no será ningún ángel, pero al fin y al cabo todos, según Marie, se pueden «alegrar de que el patrón Preiss siga manteniendo su fábrica en funcionamiento, de que nos dé trabajo y de que nos podamos ganar con ello el pan».⁸³⁶ Y August, el hijo de Preiss, que dirige el negocio (y se ha convertido secretamente al socialismo), dice que guarda «un sincero interés por el bienestar de sus subordinados, un interés tan franco y firme como todo lo que mueve a estas personas, por otro lado tan torpes».⁸³⁷

En la segunda parte de la acción, la validez del «código paternalista» se debilita cada vez más por la entrada de Eduard en la fábrica; se eliminan todos los restos morales y afectivos que acompañaban a la relación de clase. El proceso de depuración se lleva a cabo, fundamentalmente, en un largo discurso que Eduard

835 Sobre el endeudamiento como medio de la «acumulación originaria» véase David Harvey, *Marx' «Kapital» lesen. Ein Begleiter für Fortgeschrittene und Einsteiger*, Hamburgo, 2011, pp. 327-348 [ed. en cast.: *Guía para leer El Capital de Marx* (libro I y libro II), Madrid, Akal, 2014 y 2016].

836 Weerth, *Romanfragment*, p. 310 y s.

837 *Ibid.*, p. 316. August se familiariza –solamente por medio de la lectura, jesto es decisivo!– con los «sistemas de Owen, Fourier y Weitling» y encuentra aquí «con total claridad y nitidez lo que le atormentaba». Le encantan especialmente las «lecciones de Saint-Simon» –y no en vano, ya que él se reencuentra aquí, como «industrial», con los trabajadores activos dentro de la misma clase, la «*classe industrielle*»–; Weerth, *Romanfragment*, p. 323 y s.

pronuncia ante algunos trabajadores en la pausa del mediodía, poco después de haber vuelto a entrar en la fábrica de Preiss. Comienza con un saludo: «¡Debo saludaros de parte de los trabajadores ingleses! A ellos no les va mucho mejor que a vosotros, y por eso son vuestros amigos». ⁸³⁸ La referencia internacionalista a los hermanos y hermanas de clase «de ultramar», ⁸³⁹ toma, por un lado, la delantera a la propaganda chovinista de los patrones de las fábricas, que justifican los descensos salariales por la competencia del mercado mundial, ⁸⁴⁰ y de otro lado deja claro el marco de referencia global en el que se ha producido el proceso de aprendizaje y de toma de conciencia de Eduard:

Antes de su viaje a Inglaterra, le habría sido imposible pronunciar tres o cuatro frases con sentido. Ahora se le había soltado la lengua, y las experiencias de los últimos dos años hacían que ya no se echara atrás y se pudiera presentar ante los trabajadores de su patria con mayor decisión. Había visitado a menudo los *meetings* [encuentros] de los trabajadores en Inglaterra. Manchester había sido su ciudad, y poco después de haber llegado podía entender ya los discursos de sus compañeros, expresarse en una lengua que no era la suya y participar en todos los movimientos de ese poderoso pueblo. ⁸⁴¹

Que salir de casa forma a las personas era algo que sabían ya aunque solo fueran los apoletas de los viejos gremios, ⁸⁴² y Eduard obtuvo de los *meetings* de los trabajadores ingleses un auténtico aprendizaje revolucionario. Aprendió de los trabajadores ingleses que solo es posible «cambiar las cosas» si «nos unimos unos con otros para confrontar al patrón». A la pregunta lógica de si esto significa comenzar «una pequeña guerra» –una «guerra de guerrillas», como lo formulan Engels y Weitling–, Eduard saca su mejor carta: «Naturalmente, una guerra sin fusiles ni sables, una resistencia que consiste única y exclusivamente en que no se trabaja más». ⁸⁴³

Esto requiere de hecho una explicación –«pero esto no está del todo claro», objeta un trabajador crítico–, y así puede Eduard

838 *Ibid.*, p. 338.

839 *Ibid.*, p. 343.

840 *Ibid.*, p. 339.

841 *Ibid.*, p. 342.

842 Véase el apartado «Sobre la desaparición de los gremios» en el segundo capítulo del presente estudio.

843 Weerth, *Romanfragment*, p. 338.

recurrir otra vez a sus nuevos conocimientos, obtenidos en las asambleas de los trabajadores ingleses:

Había aprendido sin esfuerzo qué mueve nuestro mundo; la industria, el comercio, la política –todo lo tenía presente–, sabía de qué iba el libre comercio, la libre competencia, la sobreproducción, el proletariado y cosas similares, mejor que más de un profesor de su ciudad natal, pues la vida y la observación directa lo habían formado, un interés natural le había hecho más sensible a cualquier impresión correcta que lo que hubiera podido obtener mediante el estudio aplicado de todos los escritores imprescindibles del mundo.⁸⁴⁴

Junto con los trabajadores que le escuchan, Eduard da también un curso intensivo de economía política a los lectores. ¿Como puede ser la omisión de una acción –el trabajo– una «resistencia» más eficaz que la guerra con «fusiles y sables»? Hemos aprendido cómo los «cardadores» ingleses –quizás no por casualidad, uno de los oficios centrales de quienes componían el núcleo de los luditas– al principio se aprovecharon del crecimiento de la industria y el comercio, cómo se convirtieron en esta fase de prosperidad en «padres de familia», porque ahora estaban en situación de poder «ocuparse de tener una mujer e hijos». Debían hacerlo, ya que así les podían chantajear también los patrones, que buscaban, por su parte, «reducir los costes de producción de cualquier manera» –sobre todo, hundiendo los costes salariales–. Los trabajadores se quedaban «fascinados» cuando se les hablaba de las crisis comerciales, y dejaban a un lado la resistencia; en una vía cada vez más empinada, cada vez aceptaban más reducciones hasta que el salario se había «hundido hasta tal punto que a un pobre cardador le era imposible mantenerse con él». La decisión de muchos cardadores de «renunciar completamente a esta ocupación ingrata y buscar otro empleo en otro sector», la decisión de hacer uso de la libertad de elección, que está en la base del trabajo «libre», se encontró con un límite, pues las cosas no estaban mejor en otros sectores industriales: «El primer salario regular había inducido por todas partes a las personas a casarse y a aumentar la población. Había gente de sobra para cualquier ocupación».⁸⁴⁵

844 *Ibid.*, p. 342.

845 *Ibid.*, p. 339.

La misma situación la describirá posteriormente Marx en su famoso capítulo XXIII de *El capital* como «La ley general de la acumulación capitalista»:

Pero si una sobrepoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en *condición de existencia del modo capitalista de producción*. Constituye un *ejército industrial de reserva a disposición del capital*, que le pertenece a este tan absolutamente como si lo hubiera creado a sus expensas. Esa sobrepoblación crea, para las variables necesidades de valorización del capital, el material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población.⁸⁴⁶

Bajo estas condiciones, como sabe ya el Eduard de Weerth en 1846, «toda negociación amistosa con los patronos [...] es inútil». Si esa «superpoblación de trabajadores» quiere dejar de ser mero «material humano explotable», entonces los trabajadores deben dejar de enfrentarse entre ellos; en lugar de competencia debe haber solidaridad. Y así repiten los cardadores la vieja y conocida escena de la *secessio plebis*: se alejan de la ciudad y se encuentran «en una mañana de domingo en la colina más cercana bajo cielo abierto». Esta escena al aire libre, en absoluto conspirativa, muestra ya en su apariencia externa que los trabajadores –a diferencia de los luditas y los rebeldes sociales, que se juntaban por la noche en lugares secretos– no tienen nada que perder: y así, «tras una breve charla» en común, ellos también reconocen que no se puede esperar ningún cambio en la situación por medio de «acciones violentas».⁸⁴⁷ La solución al problema se escenifica en el discurso de Eduard como una ocurrencia colectiva:

«¿Cómo sería», dijo de pronto, «si nosotros, en vez de alzarnos violentamente, nos cruzáramos de brazos los 30 000 hombres [así se había cuantificado la cantidad de cardadores de ese lugar; PEO], y en vez de hacer muchas cosas, no hiciéramos absolutamente nada? ¿Si no portáramos armas ni cardásemos la lana, si nosotros, en una palabra, hiciéramos de nobles y durante varias semanas saliéramos simplemente a pasear? ¿No desquiciaría esto más a nuestros patronos que el más sangriento ataque?».⁸⁴⁸

846 Marx, MEW 23, p. 661 [ed. en cast.: *El capital. Libro Primero*, p. 319].

847 Weerth, *Romanfragment*, p. 340.

848 *Ibid.*, p. 340.

La idea, que aparece en el mundo «de pronto», extrae todo su poder de convicción precisamente de que se construye sobre antítesis contraintuitivas: no «alzarse violentamente» sino en cierto modo al contrario, dejar caer los brazos, no hacer «muchas cosas», sino «absolutamente nada», no trabajar el asunto sino dejarlo estar: esto promete el éxito. No comportarse como los «patrones» –como los fabricantes, que siempre alegan ser muy diligentes–, sino como los «nobles», ocupados más bien en entretenerse que en hacer dinero.

La imagen de una agradable ociosidad, convocada aquí, queda entretanto sin consecuencias a futuro –desgraciadamente, podría uno pensar–. En vez de eso, se describen de forma todavía más precisa las consecuencias materiales y económicas de esa forma de lucha que imita a la ociosidad. Eduard relata, con un razonamiento atrevido, cómo la ociosidad de los cardadores producirá un efecto de masificación y de aumento de la solidaridad que no se basa en la buena voluntad o el idealismo de los implicados sino que se funda en el propio problema.

Si renunciamos ahora al trabajo, se les para toda la historia –nosotros los cardadores ya no cardamos la lana, el hilandero no tiene ya lana que hilar, el tejedor ya no tiene hilo que tejer, el tintorero no tiene tela que tinter, el impresor no tiene nada que imprimir, el tendero nada con lo que comerciar, y así continúa todo indefinidamente–, y toda la industria de la lana se paraliza. Parando nuestro trabajo forzamos a todo el resto de trabajadores de las fábricas de lana a dejar caer también los brazos, y como la mayor parte de ellos son tan desgraciados como nosotros y solo pueden desear que cambie su relación con los patrones de la fábrica de alguna manera, así no pondrán tampoco muchos problemas y, medio forzados medio voluntariamente, se unirán a nosotros y harán más grande nuestro partido.⁸⁴⁹

También se producen consecuencias en la contraparte, que Eduard explica casi con gusto: sin trabajadores, los patrones «no pueden seguir adelante con sus fábricas, y todo se les paraliza. Su capital deja de producir intereses», los clientes terminan perdiendo también porque sus negocios también se ven amenazados por la merma de mercancías: no solo la producción,

849 *Ibid.*, p. 340.

sino también la venta y la distribución terminan paralizándose finalmente por la huelga.

Las máquinas juegan de nuevo, con el abandono del trabajo, un papel especial y *ambivalente*. Por un lado, la implantación de maquinaria pesada se vuelve, en caso de huelga, contra los patronos mismos. Pues estos «han invertido su patrimonio en enormes instalaciones» –en grandes conjuntos de máquinas– «que siempre han de estar en funcionamiento para que sus propietarios no pierdan con ellos mucho dinero».⁸⁵⁰ El «capital fijo» de la maquinaria debe ser estimulado y movilizado constantemente por medio de fuerza de trabajo vivo asalariado, ya que en caso contrario las inversiones no se pueden amortizar. Por otro lado, las nuevas máquinas también pueden sustituir la fuerza de trabajo humana, y hacen esto especialmente donde la fuerza de trabajo humana se inclina por ponerse en huelga. En el peor de los casos, se puede llegar a que durante una huelga se produzca e instale «cualquier nueva invención de maquinaria», «que sustituya el empleo de manos, de forma que los trabajadores, aunque quieran realmente volver a los salarios previos o incluso a unos menores que los que tenían» –en caso de derrota, por tanto–, «sean rechazados completamente» y terminen muriendo «en la más profunda miseria».⁸⁵¹ Este análisis de Eduard lo reformulará también después Marx en una forma teórica más refinada. En *Miseria de la filosofía*, partirá incluso del mismo contexto de origen, las luchas obreras de los trabajadores textiles ingleses:

En Inglaterra las huelgas han dado lugar, sistemáticamente, al invento y aplicación de nuevas máquinas. Puede decirse que las máquinas eran el arma que empleaban los capitalistas para abatir al trabajo cualificado que se rebelaba. La *self-acting mule* [mula de hilar automática], el invento más importante de la industria moderna, dejó fuera de combate a los hiladores sublevados.⁸⁵²

Y finalmente Marx comprenderá en *El capital*, con precisión, la gran maquinaria como «el arma más poderosa para

850 *Ibid.*, p. 340.

851 *Ibid.*, p. 341.

852 MEW 4, p. 176 [ed. en cast.: *Miseria de la filosofía*, p. 288]. La «mula de hilar automática» era una máquina de hilar que se puede considerar una evolución de la «Spinning Jenny», sobre la cual Marx habla a menudo.

reprimir las periódicas revueltas obreras, las *strikes* [huelgas], etc., dirigidas contra la *autocracia del capital*». ⁸⁵³

El Eduard de Weerth sabe ya que el remedio milagroso de la huelga conduce a los trabajadores, la mayor parte de las veces, a la derrota. Y es que aunque el patrón necesita a los trabajadores para mantener su fábrica en funcionamiento, los trabajadores necesitan por su parte también el salario para poder sobrevivir. Así, resulta «evidente, que el patrón puede soportar una lucha de este tipo mejor que sus trabajadores». ⁸⁵⁴ Pero las derrotas de los trabajadores no son totales, pues cada lucha es ya una victoria en la medida en que la han provocado ellos y con ello han quebrado el «pacífico» y «libre» *business as usual*, la normalidad del negocio. Las luchas obreras se levantan unas a otras, según Eduard, haciendo que «poco a poco todas las clases trabajadoras [...] se acostumbren a este tipo de estrategia» hasta que, finalmente, con una crisis aguda de «sobreproducción», «comienza una transformación tan general que no deja piedra sobre piedra de las instituciones del pasado y toda una población da los primeros pasos, bajo nuevas leyes e instituciones, hacia su felicidad». ⁸⁵⁵

La hoja de ruta esbozada aquí hacia la revolución está vigente, al menos durante los siguientes cien años, para el movimiento obrero radical; cualquier levantamiento *revolucionario* había surgido con la huelga como forma de lucha central. La huelga es también, a la inversa, el elemento operativo central de todos los grandes planes *de reforma* de la sociedad por medio de la integración de la clase obrera: solo por medio de la huelga podían los trabajadores dejar claro que sin ellos la sociedad no funciona, que los trabajadores son en definitiva un componente integral de la sociedad y como tales deben ser reconocidos y tratados. De ese modo, antes de la gran división del movimiento obrero entre revolucionarios o reformistas, la huelga avanza por tanto como la forma de lucha preferida del trabajo asalariado «libre» en general. Y ambas variantes estratégicas, reforma y revolución, trabajan sobre la base de la misma utopía de la no diferenciación, que se

853 MEW 23, p. 459 [ed. en cast.: *El capital. Libro Primero*, p. 515]. Poco después se dice: «Se podría escribir una historia entera de los inventos que surgieron, desde 1830, como medios bélicos del capital contra los amotinamientos obreros».

854 Weerth, *Romanfragment*, p. 341.

855 *Ibid.*, p. 342.

expresa claramente ya en el discurso de Eduard: Las «clases trabajadoras», en un principio divididas, deben ser conducidas a la unidad y finalmente actuar como si fueran la «población al completo» por medio de la forma de lucha generalizada de la huelga. A esta población no se le presupone un tamaño inicial (como por ejemplo hace la estadística social contemporánea) sino que es un objetivo por alcanzar, por hacerse realidad: esta «población al completo» –nosotros leemos: integral, entera, sin dividir– es un resultado, un producto de «nuevas leyes e instituciones» que antes han de ser conseguidas por medio de la lucha.

La ligazón entre un trabajo asalariado «libre», unas relaciones laborales normales garantizadas y la forma de lucha «huelga» se convierte en algo completamente evidente e incuestionable en el curso del siglo XIX. Ello va acompañado, en la historia de las ideas, de una estabilización en el uso de la lengua: en el *Premarzo* se «importó» a Alemania, junto con los conocimientos sobre el fenómeno, también el concepto inglés *strike*. Se podría añadir que el hecho de que un dependiente de comercio como Weerth, sin ligaduras y con gran movilidad, pudiera jugar en esta importación un papel que no hay que subestimar, es quizás más que una mera ocurrencia. Finalmente, en los años setenta –tras «algunas deformaciones previas como ‘*strick*’, ‘*stricke*’, etc. de los años cincuenta y sesenta–, «la forma alemanizada *streik* entró a formar parte tanto de los escritos académicos como del lenguaje que usaban trabajadores y empresarios; poco después aparecieron compuestos como *Streikkämpfe* [luchas de huelga], *Streikreglement* [reglamento de huelga] o *Streikposten* [puestos de huelga].⁸⁵⁶

Un punto culminante en la historia global de la idea de huelga lo añaden Peter Linebaugh y Marcus Rediker cuando afirman que la palabra «*to strike*» había surgido ya en un contexto en el que no había de ninguna manera trabajo asalariado «libre», sino que estaba marcado por complejas formas de mezcla entre trabajo «libre» y forzoso [*coerced labor*]; esto es, las rutas atlánticas de los barcos en los siglos XVII y XVIII: «Los marineros de

856 Klaus Tenfelde y Heinrich Volkmann, «Einführung: Zur Geschichte des Streiks in Deutschland», en: Tenfelde y Volkmann (eds.), *Streik. Zur Geschichte des Arbeitskampfes in Deutschland während der Industrialisierung*, München, 1981, pp. 9-30, aquí p. 12.

Londres, el mayor puerto del mundo, desempeñaron papeles destacados en ambos movimientos, y en 1768 recogieron (es decir, arriaron) las velas de sus navíos, paralizándolo el comercio de la primera ciudad del imperio y añadiendo la huelga al blasón de la resistencia». ⁸⁵⁷ El trabajo asalariado «libre» no es el único ligado a la forma de lucha huelga. Esta forma de lucha proviene de otras relaciones laborales y, por tanto, la huelga ha de ser en el régimen del trabajo asalariado libre solamente *un* arma entre otras del «arsenal de los medios de lucha». Estas ideas ya se tuvieron en cuenta una y otra vez en el *Premarzo*, aunque desde entonces se han ido olvidando y serán también, más adelante, objeto de reflexión tanto en este libro como en la realidad social.

La lucha por el salario familiar, la feminización del trabajo en la fábrica y la masculinización del movimiento obrero

Cuando en el apartado anterior se formulaba la tesis de que la huelga ha sido entendida desde el *Premarzo* como la forma de lucha privilegiada de los trabajadores asalariados «libres», no se mencionaba explícitamente a las mujeres de la clase obrera. Erhard Lucas ha caracterizado el «movimiento obrero como movimiento de hombres» ⁸⁵⁸ en su estudio *Vom Scheitern der deutschen Arbeiterbewegung* [Sobre el fracaso del movimiento obrero alemán]. También en la masculinización del movimiento jugó la huelga, como forma de lucha, un papel decisivo, cuando los trabajadores dejan de trabajar de forma organizada, ponen su propia vida en juego, pues si no hay salario la supervivencia es precaria. Eso lo ven ya los compañeros de conversación de Eduard, cuando este les presenta la huelga como forma de lucha de los trabajadores ingleses: «¿Pero de qué viven pues, si están sin trabajo y no ganan nada?». ⁸⁵⁹ Los huelguistas también ponen la vida de toda su familia en juego. Sin embargo, eran las mujeres las que se ocupaban de los niños que, cuando faltaba el salario,

857 Linebaugh/Rediker, *Many-Headed Hydra*, p. 219 [ed. en cast.: *La hidra de la revolución*, p. 254]. En la traducción alemana no tiene gracia el origen de la palabra inglesa «*strike*» [huelga]; Linebaugh/Rediker, *Hydra*, p. 237. Sobre la diversidad y la intensidad de las relaciones laborales «no libres» de la navegación atlántica véase el capítulo sobre la «hidrarquia» en Linebaugh/Rediker, *Hydra*, pp. 157-189.

858 Erhard Lucas, *Vom Scheitern der deutschen Arbeiterbewegung*, Frankfurt a. M., 1983, pp. 45-69.

859 Weerth, *Romanfragment*, p. 341.

comenzaban a pasar hambre –independientemente de si ellas mismas tenían un trabajo asalariado o no–. Lucas muestra cómo las mujeres, en cierta medida como portavoces y representantes de toda la familia, terminaban siendo empujadas, según la percepción de los familiares varones con conciencia de clase, al rol de rompehuelgas familiar: «¡Qué me importa a mí tu conciencia de clase proletaria, yo quiero pan para los niños, entiendes!». Así increpa una proletaria ejemplar a su íntegro marido en huelga durante las grandes luchas obreras de la Cuenca del Ruhr en los años 1920.⁸⁶⁰

No obstante, el movimiento obrero no fue desde el principio (ni tampoco después de manera ininterrumpida ni general, hay que remarcar) un movimiento puramente masculino. Si bien Lucas escribe que «el trabajo en la fábrica por parte de las mujeres» era «una excepción» cuando «se estaba reconstituyendo en Alemania el movimiento obrero en torno a 1860»,⁸⁶¹ este carácter de excepción se basaba ya en las luchas de los años cuarenta, cuando el movimiento obrero se había formado por primera vez –y no del todo– en Alemania. Las primeras luchas del movimiento eran a menudo luchas por un salario familiar que permitiera que las proletarias pudieran de nuevo abandonar las fábricas en las que poco antes se habían empleado al igual que sus hermanos de clase varones. Solo tras la implantación de un salario familiar podrían las mujeres finalmente ser encerradas en la esfera privada de unas familias proletarias cada vez más aburguesadas.⁸⁶²

860 Lucas, *Scheitern*, p. 61. Ahí se encuentra también un análisis emocionante y que profundiza con sutileza en esta escena. El libro de Lucas, que se alimenta de la historia del movimiento obrero y del psicoanálisis, se lee muy poco en la actualidad. Sin embargo, durante las grandes luchas obreras de Italia de los años 1960 y 1970, las mujeres eran percibidas en el movimiento obrero a menudo como «rivales» y «generadoras de división», que dejaban en la estacada a los hombres luchadores en el frente familiar; véase al respecto Mariarosa Dalla Costa, «Die Frauen und der Umsturz der Gesellschaft», en: Dalla Costa y Selma James, *Die Macht der Frauen und der Umsturz der Gesellschaft*, Berlín, 1973, pp. 27-66, aquí p. 53 y s. [ed. en cast.: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Madrid, Siglo XXI, 1979].

861 Lucas, *Scheitern*, p. 62.

862 Para Peter Linebaugh, la construcción de las relaciones de género modernas y la implantación de una división de esferas de género que implicaba una división del trabajo no son otra cosa que una estrategia del sistema de los cercamientos [*enclosures*]; Linebaugh, «Ned Ludd», p. 80. La contribución clásica desde una perspectiva socio-histórica nos llega de Karin Hausen, «Die Polarisierung der 'Geschlechtscharaktere'. Eine Spiegelung der Dissoziation von Erwerbs- und Familienleben», en: Werner Conze (ed.), *Sozialgeschichte der Familie in der Neuzeit Europas. Neue Forschungen*,

El proceso de liberación y exclusión del trabajo en la fábrica, y en definitiva del trabajo asalariado mismo, se puede observar especialmente bien, en su doble sentido, en la construcción por parte de Weerth del personaje de Eduard.

Cuando Eduard vuelve de Inglaterra y se encuentra en la choza con las tres niñas y mujeres que tras la muerte del padre forman toda su familia, les promete antes que nada que ahora «comenzará una nueva vida». «Debes dejar ahora las manos en tu regazo», promete a la madre, «Marie no debe trabajar más en la fábrica y Gretchen debe ir a la escuela, ¡y yo quiero trabajar para todas vosotras, y ganar lo suficiente!». ⁸⁶³ A Eduard le enfada especialmente que Gretchen, que ya tiene diez años, haya tenido que trabajar «desde hace dos años en la hilandería de algodón». La novela describe poco después las condiciones y las consecuencias del trabajo de las mujeres y los niños. El día de pago del salario, casi al final, tras los trabajadores adultos varones y en el escalón más bajo de la jerarquía interna de la fábrica, aparece «la población de la hilandería» a recibir el salario frente a la mesa de pago:

Mujeres en su noveno mes de embarazo, con treinta años y el pelo gris, o incluso blanco, si la pobre mujer no se había quitado antes el polvo de algodón de la cabeza con un pequeño gesto de vanidad. Madres a las que los pechos amenazan con salirse de un salto porque en casa les espera un pequeño bebé en pañales, que desde el mediodía tiende en vano las manitas esperando con ansiedad. Viejas que antes de morir son transformadas por la varita mágica de la industria en esqueletos. Muchachas pálidas y decaídas, con los hombros amarillos, los pechos muertos medio cubiertos por ropajes desgarrados, con el pelo recogido en sucias trenzas que caen por su espalda, con los dedos ocultos bajo el delantal rasgado, los ojos fijos y vidriosos, las pestañas llenas de polvo, una cancioncilla en los labios, la venérea en los huesos. Y los niños: muchachos de piernas torcidas, con chepas y escrofulosis espantosas, pequeñas muchachas adiestradas en el trabajo como comadrejas y perritos, soldadas a la máquina que traquetea, al eje que ronronea, antes de que se abra el brote de su juventud, antes de que sus mejillas muestren sus primeros tonos rojizos de esplendor, antes de que sepan que son niñas, que son personas, antes de que olviden su primera palabra malsonante y aprendan su primera oración, antes de que se hayan alegrado tres veces, hayan recibido

Stuttgart, 1976, pp. 363-393.

863 Weerth, *Romanfragment*, p. 309.

tres besos, y disfruten de su vida por primera vez. Crispadas y destrozadas por el trabajo, sin carne en los labios, sin sangre en las venas, sin cerebro en la cabeza, como fantasmas que salen de sus tumbas o como flores marchitas que morirán mañana.⁸⁶⁴

Que la «explotación» industrial «de niños pequeños», «a esta escala y con esta intensidad», representa una crueldad –E. P. Thompson considera esto uno «de los acontecimientos más vergonzosos de nuestra historia»–,⁸⁶⁵ es algo que en la novela no parece requerir más explicación para Eduard. Igual de poco discutible le resulta que las madres jóvenes y las mujeres viejas no deberían participar en la producción industrial en la forma descrita. También parece claro que Gretchen y la madre no rechazan las pretensiones de Eduard de ejercer como único sostén de la familia. Pero que Marie –una joven de veinte años que, al fin y al cabo, ha procurado la mayor parte del sustento de la familia durante los dos años anteriores, en los que Eduard se estaba formando en Inglaterra– «no deba trabajar más en la fábrica», como Eduard ordena que nadie le pregunte, es algo que no se entiende, y a eso se deben las fuertes protestas de Marie. Aunque Marie no se defiende directamente del retiro de la fábrica que se le ordena, sí que lleva la contraria sin embargo a las furiosas peroratas de Eduardo contra el «bellaco» y «diabólico» Preiss. En vez de por el odio de clase, Marie se deja llevar por el viejo código paternalista.⁸⁶⁶ Eduard, en cambio, solo ve en la réplica de Marie «tonterías, nada más que tonterías» y «bobadas de niños», ante lo cual Marie afirma, acertadamente, que ambos hermanos «no pueden entenderse».⁸⁶⁷ ¿Por qué?

El rechazo al trabajo asalariado y fabril de las mujeres jóvenes se alimenta en Eduard y en el narrador abiertamente de dos fuentes: por un lado, las jóvenes trabajadoras adultas –llamadas «muchachas», a diferencia de las «madres» y «mayores», a un lado, y de los niños, al otro– sufren también sin duda las condiciones de trabajo en la fábrica: están «pálidas» y tienen «los ojos fijos y vidriosos».⁸⁶⁸ Pero las malas condiciones de trabajo

864 *Ibid.*, p. 327 y s. Véase al respecto también la descripción de Engels, MEW 2, p. 384.

865 Thompson, *Entstehung*, p. 378.

866 Weerth, *Romanfragment*, p. 310.

867 *Ibid.*, p. 312.

868 *Ibid.*, p. 327.

afectan en igual medida a trabajadoras y a trabajadores, aunque sea de diferente forma. Por eso entra en juego un factor que tiene efectos diferenciados según el género y que habla especialmente contra el trabajo en la fábrica de las jóvenes y es de naturaleza moral: el trabajo en la fábrica parece afectar moralmente a las jóvenes –así se pueden leer las descripciones de las perceptoras de salario. Estas no solo están «pálidas», sino «pálidas y decaídas», llevan «los pechos muertos medio descubiertos», y para colmo van con «una cancioncilla en los labios [y] la venérea en los huesos». Quien canta «una canción ligera» –en oposición a ella se hablará después de «la canción de los niños» de la fábrica, que «suena como la canción de los presos»⁸⁶⁹ no se puede tomar en serio la injusticia y el sufrimiento que se le infligen, vive de forma despreocupada y se deja atrapar rápidamente por toda clase de enfermedades de transmisión sexual como «la venérea».

Esto encaja con que Eduard, ya en su primera conversación tras su retorno, se enfrente a sus hermanas con una sutil sospecha de prostitución que estas en seguida perciben y rechazan. Cuando Marie defiende a August, hijo del fabricante, porque este «siempre ha sido tan bueno con» ellas, se dice: «Eduard lanzó una mirada cortante a su hermana; –ella se ruborizó y bajó la vista.– «No haría nunca nada de lo que no pudiera responder ante mi hermano», replica finalmente.⁸⁷⁰

Eduard se comporta, antes de imaginarse incluso en el papel de cabeza de familia, como un déspota familiar. La primera vez que Marie le lleva la contraria ya «dio un golpe en la mesa con el puño cerrado y miró a su hermana con los ojos llenos de ira. Marie no se atrevió a mirarle».⁸⁷¹ La violencia latente es la otra cara de la función protectora que Eduard pretende asumir. Por ello minusvalora y ridiculiza de forma sistemática la opinión de Marie («bobadas de niños», «no entiendes nada de esto»).⁸⁷² Su propia capacidad de raciocinio debe subordinarse finalmente a la de Eduard: «ven y perdóname», le pide él a ella, «pero prométeme también que a partir de ahora quieres pensar como yo».⁸⁷³

869 *Ibid.*, p. 343.

870 *Ibid.*, p. 313.

871 *Ibid.*, p. 310.

872 *Ibid.*, p. 311.

873 *Ibid.*, p. 313.

No queda claro, entretanto, si Marie se somete a este dictado. Pero la configuración social que surge cuando todos los demás se someten a la arrogancia de Eduard es algo que se muestra en la gran conversación colectiva en el patio de la fábrica, durante la pausa del mediodía, cuando Eduard explica el principio de lucha de la huelga. La fórmula del «movimiento obrero como movimiento de hombres» [varones] encuentra aquí su versión extrema y precursora, aunque también involuntariamente cómica. La separación de esferas, que se convertirá en una realidad a nivel social general cuando aparezca la petición de un salario familiar que asegure la existencia, se anticipa ya en el patio de la fábrica; «las mujeres y muchachas» estaban juntas en un lado y se susurraban al oído sobre el aspecto de Eduardo:

¡Qué bien vestido va!
¡Y qué guapo y fuerte se ha hecho!
¡Qué barba tan enorme lleva!
¡Y fíjate en la valentía de sus ojos!⁸⁷⁴

Entretanto, los hombres escuchaban atentamente al otro lado del patio lo que Eduard había aprendido en Inglaterra, y se sumergían en su instrucción sobre los fundamentos de la economía política y las posibilidades de una intervención proletaria. De eso no entendían nada las mujeres. Tanto a los ojos de las mujeres como de los hombres, Eduard se había convertido, por su apariencia externa, en un ser casi sobrehumano:

Los ojos de Eduard se iluminaban de entusiasmo mientras hablaba. Parecía como si durante su discurso, se hiciera cada vez más grande y más guapo. Sus miembros gigantes abarcaban todo su entorno y la asamblea estaba pendiente, muda de asombro, de sus locuaces labios.⁸⁷⁵

Las mujeres son las primeras que, tras la afirmación de que en el extranjero se vuelven «más guapos» y «más inteligentes», se muestran todavía más serviles: «¡Haré todo lo que quiera Eduard! ¡Yo mucho más!». También los hombres repiten los mismos gestos de subordinación, pero sobre otras bases, pues al fin y al cabo han discutido antes mucho rato con él. Se confiesan mutuamente

874 *Ibid.*, p. 338.

875 *Ibid.*, p. 342.

la disposición a participar en la lucha obrera, «y como Eduard es quien mejor conoce el asunto, haré lo que él me ordene», deja claro un trabajador representativo de todos los demás.⁸⁷⁶

El Eduard de Weerth puede ser leído, seguramente, como una caricatura anticipada del trabajador con conciencia de clase que, a modo de estereotipo, poblará desde finales del siglo XIX las literaturas proletarias y del realismo socialista de todos los países y lenguas; entretanto, la astuta ironía que caracteriza a los escritos de Weerth está aquí completamente ausente: la caricatura es claramente involuntaria. Habría que preguntarse por el trasfondo socio-histórico de este acto de violencia literaria tan poco *weerthiano*.

La historia de la implantación del trabajo asalariado, o con más precisión, la historia del proceso por el que el trabajo industrial se vuelve dominante, puede y debe siempre ser narrada también como una historia de la división sexual del trabajo. Esta historia está tan de enmarañada como ambigua es la rebelión del movimiento obrero contra estos procesos en su dimensión política de género: la lucha contra las malas condiciones de trabajo es a menudo difícil de separar de una exclusión de las mujeres del trabajo remunerado.

Engels pudo mostrar ya en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de la mano de material estadístico oficial, que la consolidación del trabajo de fábrica no solo estaba vinculada a una descualificación y desvalorización de las actividades individuales, como por ejemplo en la producción textil, sino también a una amplia feminización del trabajo. Ambos procesos están, por otra parte, fuertemente ligados al aumento de la utilización de maquinaria pesada; en el capítulo sobre «los obreros industriales en significado estricto» se documenta el «hecho de que la maquinaria ha expulsado cada vez más del trabajo al trabajador adulto masculino» con datos impactantes:

De los 419 590 obreros industriales del Imperio británico (1839), 192 887, es decir, casi la mitad, eran de menos de 18 años y 242 296 de sexo femenino, de los cuales 112 192 tenían menos de 18 años. Quedan todavía 80 695 obreros varones, menores de

876 *Ibid.*, p. 343.

18 años, y 96 599 obreros varones adultos, o sea, el 23 %, es decir, algo menos de la cuarta parte del total.⁸⁷⁷

La lucha del primer movimiento obrero era, en primer lugar y sobre todo, una lucha contra el empeoramiento de las condiciones de trabajo en las fábricas; la entrada en acción de las máquinas no había hecho más ligero el trabajo sino, al contrario, incluso más peligroso y dañino para la salud. De lo ampliamente conocida que era esta situación dan fe de forma elocuente los innumerables niños enfermos, atrofiados, mutilados y moribundos de la literatura social del *Premarzo*. El trabajo solo era más ligero en el sentido de que ya no requería ninguna formación específica de la profesión o actividad, por lo que para su desempeño se empleaba a mujeres y a niños, a los que de forma abierta y evidente se les podía pagar menos.

Al mismo tiempo, la lucha del movimiento obrero era también, por lo tanto, una lucha por el aumento de la cuota de hombres adultos en el trabajo remunerado y, sobre todo, en el trabajo industrial. Aquí hay que nombrar, en primer lugar, las luchas en defensa de los trabajadores hombres que todavía se entendían a menudo a sí mismos como artesanos, y defendían este estatus con todas sus fuerzas. Nos encontramos de nuevo en el centro de las luchas de los trabajadores textiles, y con ello en el centro del ludismo. De acuerdo con la investigación reciente sobre la destrucción de máquinas, a esta se le podría atribuir un *sesgo de género*, ya que las «máquinas que hacían el trabajo anterior de las mujeres, como por ejemplo el hilado y todos los trabajos previos como el raspado, estirado, y demás, no fueron atacadas, o lo fueron relativamente poco. De este modo, si una actividad tenía anteriormente una connotación femenina, se dejaba en paz a la máquina».⁸⁷⁸ Se podría decir que los destructores de máquinas no tenían nada en contra de que el trabajo de las mujeres fuera sustituido por máquinas. Si, por el contrario, las máquinas asumían aquellos trabajos y actividades productivas que antes habían sido desempeñadas por trabajadores hombres altamente cualificados,

877 MEW 2, p. 367 [ed. en cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 141].

878 Klaus Schlottau, «Maschinenstürmer gegen Frauenerwerbsarbeit: Dea ex machina», en: Thorsten Meyer/Marcus Popplow (eds.), *Technik, Arbeit und Umwelt in der Geschichte. Günter Bayerl zum 60. Geburtstag*, Münster, 2006, pp. 111-132, aquí p. 112.

entonces los fabricantes empleaban a mujeres junto a esas máquinas, porque una máquina y una mujer con salario bajo siempre resultaban más baratas para el capital que un trabajador artesano bien pagado y además consciente de su estatus, y quizás también obstinado. Pero precisamente contra estas máquinas, que sustitúan trabajos anteriormente determinados como «masculinos» por medio de máquinas y mujeres, se dirigía también la resistencia de los destructores de máquinas. Si en el movimiento obrero temprano, y especialmente a finales del siglo XIX, se difundieron «peticiones para la abolición del trabajo de las mujeres»,⁸⁷⁹ puede interpretarse como una destrucción de máquinas por otros medios: el objetivo de ambas estrategias es la restitución de una capa de salarios altos para trabajadores varones cualificados.

Anteriormente –antes de la industrialización– se daba ya por seguro una «fuerza de trabajo bien pagada [masculina; PEO] cuyos ingresos por lo general bastaban para alimentar a una familia».⁸⁸⁰ Pero precisamente en lo que respecta a los cambios políticos en cuestiones sociales y de género ligados a la industrialización –transformaciones que con frecuencia amenazan con poner la mirada en lo «anterior»–, quizás no se debería, sin embargo, presuponer históricamente la forma familiar. Las reivindicaciones familiares y de política de género del movimiento obrero temprano –como la de un salario familiar del fragmento de la novela de Weerth– están construidas estructuralmente de forma nostálgica; inventan una tradición de unos buenos tiempos en los que a los hombres todavía se les pagaba lo suficientemente bien, por su buen trabajo, como para que pudieran alimentar a sus mujeres e hijos, los cuales entretanto se quedaban en casa y se ocupaban del hogar. Pero esta construcción es anacrónica, si somos rigurosos; puede por tanto ser designada como *invented tradition* [tradición inventada] en el sentido de que representa no tanto una mirada atrás a las relaciones efectivas (de género) en las clases trabajadoras antes de la industrialización como una proyección, una imagen de las relaciones por las que el movimiento obrero luchará a lo largo del siglo XIX. Podríamos resumir, de forma aforística, que la lucha por el salario familiar

879 Schlottau, «Maschinenstürmer», p. 131.

880 *Ibid.*, p. 115.

no era en absoluto una lucha por un salario más alto sino, antes que nada, una lucha por el derecho a la familia: una lucha por la implantación social general, abarcando todas las clases, de la forma de la familia nuclear.⁸⁸¹

Joan Wallach Scott ha interpretado esta *invention of tradition* que acabamos de esbozar como una «historia» (jentre comillas!) que se contaba ya a principios del siglo XIX sobre el desarrollo de la industrialización y la «sustitución de la producción doméstica por la producción fabril» con el objetivo de dividir la nueva situación de género en general, y el mercado laboral en particular, en esferas jerarquizadas y determinadas por el género. La «historia» sostiene que «en el periodo preindustrial [...] las mujeres compaginaban con éxito la actividad productiva y el cuidado de los hijos, el trabajo y la vida doméstica». Con la implantación de un campo del trabajo asalariado expresamente marcado y, finalmente, con la separación de las esferas doméstica y productiva en el «sistema de la fábrica», según esta narración, esta compatibilidad se rompió; el trabajo remunerado de las mujeres fuera de la casa se considera así altamente problemático y en último término «una anomalía». ⁸⁸² Sin embargo, esta «historia» no es cierta, según Scott, en sus puntos esenciales, o al menos es «demasiado simple»:

En el periodo previo a la industrialización, las mujeres ya trabajaban regularmente fuera de sus casas. Casadas y solteras vendían bienes en los mercados, se ganaban su dinero como pequeñas comerciantes y buhoneras, se empleaban fuera de la casa como trabajadoras eventuales, niñeras o lavanderas y trabajaban en talleres de alfarería, de seda, de encaje, de confección de ropa, de productos de metal, quincallería, paño tejido o percal estampado.⁸⁸³

881 Sobre la historia social de la pequeña familia burguesa-proletaria véase el capítulo «Protoindustrialisierung und Hochindustrialisierung» en: Jack Goody, *Die Geschichte der Familie*, Múnich, 2002, pp. 167-201, así como Louise A. Tilly, «Paths of Proletarianization. Organization of Production, Sexual Division of Labor, and Women's Collective Action», en: Johanna Brenner, Barbara Laslett y Yasmin Arat (eds.), *Rethinking the Political. Women, Resistance, and the State*, Chicago, 1995, pp. 127-144.

882 Joan Scott, «Die Arbeiterin», en: Georges Duby y Michelle Perrot, *Geschichte der Frauen, Bd. 4: Das 19. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./Nueva York, 1994, pp. 451-480, aquí p. 452 [ed. en cast.: «La mujer trabajadora en el siglo XIX», en *Historia de las mujeres. Vol. 4: El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2018, pp. 427-461, aquí p. 428].

883 *Ibid.*, p. 455 [ed. en cast., p. 431].

La forma de la lista es el argumento central para Scott: antes de la industrialización, los trabajos que llevaban a cabo las mujeres eran, en realidad, variados y diversos, y los puestos de trabajo se cambiaban a menudo y de acuerdo a las necesidades del mercado: el movimiento no era, en general, «del trabajo en el hogar al trabajo fuera de este, sino de un tipo de trabajo a otro».⁸⁸⁴

La heterogeneidad de trabajos repercute en la categoría central de referencia. Así, de acuerdo con Scott es en realidad anacrónico hablar de trabajo «de mujeres» porque las diferencias entre las diferentes mujeres dentro incluso de las clases trabajadoras eran mayores a las que había entre hombres y mujeres. «Mujer», como categoría del mercado de trabajo, es una categoría que, para Scott, solo adquiere sentido cuando señala fuerza de trabajo barata y no cualificada, por lo que precisamente hace invisible la «larga tradición de oficios femeninos cualificados (por ejemplo en costura o sombrerería de damas)».⁸⁸⁵ Y en sentido contrario, con la estricta segregación sexual de la fuerza de trabajo se identificará cada vez más al «modelo de ‘trabajador’» con el «obrero cualificado masculino».⁸⁸⁶ El «mito del artesano» que determina según Rancière la autopercepción del movimiento obrero temprano y ha hechizado su posterior historiografía, domina también la historia de la división sexual del trabajo.

La práctica tradicional y heterogénea del trabajo remunerado femenino se reveló de pronto en la industrialización, con la contratación en masa de fuerza de trabajo femenina en las fábricas, como un problema social general y, en primer lugar, para el movimiento obrero temprano.⁸⁸⁷ Las escandalosas condiciones en la fábrica dirigen la mirada hacia las mujeres que allí trabajaban. El problema social y humanitario se identifica sobre todo,

884 *Ibid.*, p. 456 [ed. en cast., p. 433].

885 *Ibid.*, p. 475 [ed. en cast., p. 456].

886 *Ibid.*, p. 453 [ed. en cast., p. 429].

887 No se debería sobrevalorar de nuevo el significado del trabajo industrial femenino en conjunto: aunque es cierto que la mayor parte de la fuerza de trabajo en las fábricas eran mujeres, la mayor parte de las mujeres trabajadoras no eran trabajadoras de la fábrica: en 1851, en Inglaterra, «el 40 % de todas las mujeres eran empleadas domésticas y solo el 22 % eran trabajadoras de la industria textil»; Scott, «Arbeiterin», p. 456 [ed. en cast., p. 438]. Sobre la realidad del trabajo femenino en la fábrica sobre todo a finales del siglo XIX, véase Karin Hausen, «Arbeitsort Fabrik: '... in unmittelbarer Vereinigung mit Männern'», en: Hausen y Heide Wunder (eds.), *Frauengeschichte – Geschlechtergeschichte*, Frankfurt a. M./Nueva York, 1992, pp. 74-78.

sin embargo, con su pérdida de la familia o su distanciamiento de la familia.⁸⁸⁸ La imagen de Weerth de la joven que ha dejado de ser atractiva por culpa del trabajo y por tanto no encontrará ningún hombre, al igual que su «estampa miserable» de la madre a la que le duelen los pechos cuando trabaja en la fábrica, mientras el bebé grita pidiendo leche materna en casa, pueden servir aquí como emblemas. Que estos problemas también existían en la realidad no debe ser puesto en cuestión. Pero es ideológico transmitir ese problema totalmente a «la mujer trabajadora» como tal y hacer con ello invisibles los proyectos de vida alternativos.

Tanto antes como durante la industrialización, la mayor parte de las trabajadoras eran «solteras jóvenes».⁸⁸⁹ Para ellas el trabajo asalariado representaba, en todo caso, solo una fase vital corta que no requería ninguna cualificación y que por ello estaba, desde el principio, mal pagada. Pero más allá de esto, muchas mujeres casadas, y también madres, siguieron activas sin que se produjeran necesariamente los problemas que se atribuían a las trabajadoras de las fábricas. El viejo modelo por el que se cambiaba a menudo de puesto de trabajo se demostró extremadamente flexible para la conciliación entre familia y empleo, sin que esto fuera acompañado de un encierro duradero de las mujeres en la casa. La historiadora británica Bridget Hill ha descubierto que en torno a la figura de la *spinster* [solterona], la mujer sin casar (y generalmente mayor), había un montón de formas de vida femenina afamiliares posibles que, aunque culturalmente resultaban a menudo más o menos problemáticas o incluso estaban proscritas, económicamente eran absolutamente realizables.⁸⁹⁰ Aparte de esto, sugiere Hill, hay que aflojar mentalmente la conexión presupuesta entre matrimonio y familia: la cantidad de familias con progenitores solteros –y aquí hay que dar por sentado que en su mayoría eran madres solteras– estaba entre 1551 y 1851 en

888 Véase el apartado «El 'problema' de la mujer trabajadora» en Scott, «Arbeiterin», p. 475 y ss. [ed. en cast., p. 456 y ss.].

889 *Ibid.*, p. 455 y ss. [ed. en cast., p. 431 y ss.].

890 Bridget Hill, *Women Alone. Spinsters in England, 1660–1850*, New Haven, 2001. La importancia de las mujeres solteras [*spinster*, solterona] no debe ser subestimada numéricamente: en 1851, eran en Inglaterra 1,8 millones o el 8,9% de la población total, a finales del siglo XVII esa cifra ascendió al 16-18%; cifras similares se podrían extraer de toda Europa. Véase Hill, *Spinsters*, p. 11.

el 19% de media. En el presente Hill habla de un porcentaje del 16%.⁸⁹¹ La soltería tenía mala fama, pero no era imposible.⁸⁹²

Ante este trasfondo de diversidad de formas de vida económicas y (a)familiares –que no han de ser embellecidas de forma nostálgica simplemente por ser diversas, puesto que la diversidad surge por lo general de la pura necesidad de salir adelante de algún modo– el proceso de proletarización femenina en el *Premarzo* se representa de la siguiente manera. Las mujeres de las clases trabajadoras y pobres no estaban ligadas en modo alguno, antes de la industrialización, a circuitos económicos centrados en el hogar o en la familia, sino que permanecían activas en diversas formas de trabajo remunerado, que iban cambiando, sobre todo, de acuerdo a las fases de la vida.⁸⁹³ Estas formas pueden ser clasificadas claramente como trabajo asalariado, aunque no se corresponden todavía con el tipo ideal del trabajo asalariado «libre» que encuentra su realización más adecuada en el trabajo industrial de la fábrica. En el curso de la industrialización, por un lado, se limitaron las posibilidades de una reproducción «mixta», no basada puramente en el trabajo asalariado «libre». Esto vale tanto para los hombres como para las mujeres –hemos mencionado ya este proceso de «proletarización pasiva»–, pero repercute de forma diferente en las condiciones de vida de hombres y mujeres. Y así, por otro lado, las posibilidades de ne-

891 *Ibid.*, p. 9.

892 Había posibilidades para las «Single Women in Agriculture» [mujeres solteras en agricultura] y para las «Single Women in Manufacturing» [mujeres solteras en la fábrica], y especialmente en el ramo textil; véase Hill, *Spinsters*, pp. 16-27 y 28-42. Que la palabra «spinster» [solterona, pero también hilandera] provenga etimológicamente de «hilar» puede ser entendido al menos como un símbolo: el Oxford English Dictionary define «spinster» en la historia lingüística como «una mujer (o menos comúnmente un hombre) que hila, especialmente aquella que practica el hilado como una ocupación regular»; solo después, en el siglo XVII, se utilizará «spinster» para nombrar una persona «todavía sin casar». Véase Hill, *Spinsters*, p. 4. Sobre la etimología y las ofertas de identificación política de género resultantes –incluso la «vieja hilandera» como modelo de rol feminista– véase Gerburg Treusch-Dieter, *Wie den Frauen der Faden aus der Hand genommen wurde. Die Spindel der Notwendigkeit*, Berlín, 1984.

893 Sobre la «flexibilidad» biográfica «de la fuerza de trabajo femenina» a comienzos de la industrialización véase el resumen de Antje Schrupp, *Nicht Marxistin und auch nicht Anarchistin. Frauen in der Ersten Internationale*, Königstein i. Ts., 1999, p. 25 y s. Hill ha investigado al detalle, para su estudio sobre las hilanderas, la heterogénea situación de la ocupación de mujeres proletarias antes de la industrialización; véase la panorámica que presenta en Bridget Hill, *Women, Work and Sexual Politics in Eighteenth-Century England*, Montreal, 1994, y el estudio sobre la mercantilización del trabajo doméstico: Hill, *Servants. English Domesticity in the Eighteenth Century*, Oxford, 1996.

gociación y las opciones económicas y culturales de las madres solteras se redujeron, al igual que todas las opciones de vida sin marido y familia, todavía más. El ideal de la mujer casada que no ha de ir a la fábrica y que, en vez de ello, se ocupa del trabajo en el hogar y del cuidado de los niños se convirtió también en el dominante en el proletariado. Como se ha indicado ya, el movimiento obrero participó de forma decisiva en este proceso; el ideal de la familia nuclear, mantenida económicamente por el padre de familia con un salario familiar, surge como objetivo de la lucha de las propias clases trabajadoras. En la formulación y popularización de este objetivo de la lucha participaron sin duda literatos como Georg Weerth.

Las reivindicaciones del movimiento obrero se presentan como una cadena de sustituciones retóricas en la que siempre se nombra y se ataca algo escandaloso para hablar de (e intervenir en) un contexto más amplio, que no se enuncia: partiendo de las condiciones inhumanas bajo las cuales trabajaban en las primeras fábricas industriales los niños y las mujeres –de forma absolutamente igual que los hombres–, se ataca especialmente el trabajo infantil en las fábricas y se pide su prohibición. Pero, junto con el trabajo infantil, también hay que prohibir el trabajo de las mujeres en la fábrica, porque va contra la naturaleza femenina y perjudica las capacidades reproductivas de las trabajadoras de la fábrica.⁸⁹⁴ Sin embargo, con el trabajo en la fábrica se pone en el punto de mira al trabajo de las mujeres como tal: las mujeres proletarias, como las burguesas, no deben trabajar más, para mostrar que los hombres proletarios son capaces de mantener a la familia como los hombres burgueses.⁸⁹⁵ En esta exigencia se muestra, en cierto modo, la continuidad de la vieja idea patriarcal del jefe de la casa, que en el código fuente cultural del movimiento obrero está inscrita como un movimiento de artesanos ampliado (aunque también completamente transformado). Precisamente con la pretensión de heredar el «verdadero estamento burgués», el movimiento obrero transformó el ideal patriarcal del jefe de la casa en el del burgués cabeza de familia.

894 Sobre el potencial de la amenaza moral del trabajo en la fábrica para las mujeres véase Hausen, «Fabrik».

895 Sobre el aburguesamiento del «modelo de mujer» en un proletariado que se esfuerza por su «respetabilidad» véase Schrupp, *Nicht Marxistin*, p. 29 y s.

El ideal de la familia proletaria, que depende económicamente por completo del trabajo del padre de familia, parece estar extraído del imaginario de la casa del maestro artesano pero, sin embargo, se apoya más bien en el modelo de la casa del funcionario prusiano, como ha mostrado Karin Hausen. Mucho de aquello por lo que el movimiento obrero luchó en política social y familiar se probó en primer lugar en el cuerpo de funcionarios del Estado prusiano, como por ejemplo la «implantación de un salario regular, pagado cada vez más en dinero» (sin el cual no se puede mantener una casa de forma razonable y previsor) «y el derecho a una pensión» (sin la cual el abandono de la mujer del trabajo remunerado no ofrecería ningún futuro asegurado).⁸⁹⁶

La fase de industrialización temprana en la que en los sectores más evolucionados técnicamente de la producción social, en las grandes fábricas, trabajaban en realidad más mujeres que hombres puede verse como un «cuello de botella» a través del cual tenía que pasar la historia de la proletarización de las mujeres.⁸⁹⁷ Ese momento conecta la reproducción mixta de la fase preindustrial –que aunque giraba alrededor del modelo del matrimonio y la familia permitía también formas de vida económica y culturalmente «autónomas» y afamiliares– con el ama de casa proletaria, que depende del salario familiar de su marido, lo cual la convierte en totalmente dependiente en sentido económico y socio-cultural. Paradójicamente, gracias al trabajo masivo y públicamente visible de las mujeres en un lugar *fuera* de la casa (en la fábrica) se urdió la exclusión misma de las mujeres del trabajo asalariado y su encierro en la esfera doméstica.⁸⁹⁸ Este proceso, que duró como poco más de cien años y que estuvo marcado por reacciones, obstáculos y cruces, se puede descifrar como una uniformización y un disciplinamiento de las opciones vitales de las mujeres proletarias. También puede leerse como un reflejo de la uniformización y el (auto)disciplinamiento del proletariado como clase.⁸⁹⁹

896 Hausen, «Polarisierung», p. 384.

897 Sobre las metáforas del cuello de botella de las teorías de la modernización véase Schlottau, «Maschinenstürmer», p. 112.

898 Un resumen del curso histórico descrito se encuentra en Schrupp, *Nicht Marxistin*, p. 24.

899 Sobre lo que aquí se señala de forma neutralizadora como «reacciones, obstáculos y cruces» véase Bettina Heintz y Claudia Honegger, «Zum Strukturwandel weiblicher Widerstandsformen im 19. Jahrhundert», en: Heintz/Honegger (eds.), *Listen der Ohnmacht. Zur Sozialgeschichte weiblicher Widerstandsformen*, Frankfurt a. M.,

En la producción de un sistema cerrado y autofundante de división sexual del trabajo –resumida en la «pareja de conceptos ‘sustentador familiar’ y ‘ama de casa’»⁹⁰⁰, se puede entender especialmente bien cómo las tácticas y las estrategias de los diferentes actores se complementan y preparan un objetivo común, aunque los propios implicados estén enfrentados como enemigos irreconciliables. Scott ha mostrado esto en la interacción entre economía política, organización laboral, sindicato y legislación pública de protección del trabajo, en la elaboración del «‘problema’ de la mujer trabajadora».⁹⁰¹ No hace falta ver aquí una conspiración de los hombres, una ruina provocada por la lógica del capital o una historia de salvación liberal paternalista. Simplemente basta con afirmar *post festum* (y solo *post festum*), que la estrategia de la división sexual del trabajo se demostró especialmente funcional en la historia de la acumulación del capital durante décadas, y por eso se implantó. Más tarde este sistema se volvió a relajar y se fragmentó en gran medida, como se puede observar en muchos sectores en el presente: amplia disolución del modelo del cabeza de familia; aumento de la cuota de mujeres con trabajo remunerado en diferentes campos profesionales –que o bien ya estaban ocupados antes en su mayor parte por mujeres o estaban minusvalorados en sus retribuciones como «femeninos»– y desarrollo de un amplio sector de bajos salarios en el que las mujeres están sobrerrepresentadas. El hecho de que en la descomposición del sistema de división sexual del trabajo se muestren fenómenos parecidos a los de su fase previa y de formación resulta destacable, y ha de ser situado en el proceso histórico; una euforia precipitada de que con la transformación del régimen de acumulación capitalista se podría volver frágil la misma división sexual del trabajo –o al contrario: de que una flexibilización del régimen sexual ataque al capitalismo como tal– debería quedar también descartada, de nuevo, gracias a la perspectiva histórica.⁹⁰²

1984, pp. 7-68, así como Dorothy Thompson, «Spurensicherung. Frauen in der frühen englischen Arbeiterbewegung», en: Honegger/Heintz, *Listen*, pp. 160-187.

900 Schlottau, «Maschinenstürmer», p. 112.

901 Véase el apartado «Geschlechtliche Arbeitsteilung: Produkt der Geschichte, Folge des Diskurses» en Scott, «Arbeiterin», pp. 461-475 [ed. en cast., apartado «La división sexual del trabajo: un producto de la historia, efecto del discurso», pp. 456-461]. Sobre las causas y las consecuencias discriminadoras de la llamada legislación para la protección de las mujeres véase Hausen, «Fabrik», p. 78.

902 Véase al respecto *Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft*, «Abseits des Spülbeckens. Fragmentarisches über Geschlechter und Kapital», en: *Kosmoprolet*

CONCLUSIÓN: EL RETORNO DEL ANTICAPITALISMO ROMÁNTICO

En el fragmento de la novela de Georg Weerth se presenta la huelga como la forma madura de lucha de una clase obrera industrial consciente de sí misma. La huelga es la forma «pura» de la lucha de clases que se corresponde con el trabajo asalariado «libre», «puro». Del mismo modo que el régimen del trabajo asalariado funciona de forma ideal sin violencia ni coacción, y se basa en la forma jurídica de la venta de la fuerza de trabajo –aunque con la coacción silenciosa de la nula necesidad de sobrevivir como trasfondo–, la huelga es una forma de lucha sin violencia, que se basa simplemente en la omisión, en la no utilización de la propia fuerza de trabajo. La huelga no necesita excesos apasionados ni violentos. En cambio, el exceso afectivo marca precisamente la rebeldía social en *Los esclavos blancos* de Willkomm, así como la destrucción de máquinas en *Schloss und Fabrik*, de Otto Peters. Sin embargo, esto no clausura para Weerth la posibilidad de una introducción fríamente calculada de algo de violencia, también en situaciones de huelga: en Inglaterra, por ejemplo, según informa el Eduard de Weerth, cuando la «lucha tranquila» no avanza, hay en ocasiones, por las noches, «agrupaciones de los más entusiastas frente a los palacios», donde se ponen de manifiesto las reivindicaciones de los huelguistas por medio de «gritos salvajes» e incluso «vuelan las piedras [...] a ve-

4 (2015), pp. 10-31, así como Lilly Lent y Andrea Trumann, *Kritik des Staatsfeminismus. Oder: Kinder, Küche, Kapitalismus*, Berlín, 2015.

ces hasta las habitaciones». Los esquiroses son llevados de nuevo a la razón de la clase por medio de la amenaza de que recibirán necesariamente «una paliza, se demolerán sus casas o se les hará padecer, si no, algún otro sufrimiento».⁹⁰³ Esta relación instrumental-estratégica –y no moral o pasional– con la violencia representa para Weerth el carácter meditado, disciplinado, de la huelga como forma de lucha de la clase obrera; los trabajadores en huelga se ponen así al nivel de racionalidad de su adversario.

La tipología de las formas de lucha que pueden extraerse de la novela social del *Premarzo* implica también, más allá de cómo se las valore en las novelas, un progreso histórico que va desde los rebeldes sociales todavía premodernos (indisciplinados, arcaicos), pasando por los destructores de máquinas, cuya modernidad no es todavía del todo transparente, hasta la clase obrera en lucha, moderna y autoconsciente.⁹⁰⁴ Sin embargo, este (presunto) progreso de las formas de lucha va acompañado de una transformación en las representaciones de la clase: una uniformización y estandarización del proletariado, que desde mitades del siglo XIX se presenta de forma cada vez más cerrada en la figura del trabajador industrial adulto, varón y blanco.

De forma transversal a esta historia de progreso ideal siempre hay contratendencias que se observan desde el principio de la secuencia construida. Hobsbawm pone de manifiesto que los trabajadores en Inglaterra utilizaban a menudo, ya en la primera industrialización, la destrucción de máquinas como arma cuando el «simple abandono del trabajo» de la huelga no funcionaba: por ejemplo cuando un flujo constante de nuevos proletarizados impedía una acción solidaria unida, o –como en el «sistema de industrias en el domicilio» del sector textil– la producción se realizaba de forma tan «diseminada» que un abandono del trabajo sincronizado era difícil de organizar. Aquí, solo las tendencias nocturnas características de los destructores de máquinas podían «garantizar una paralización efectiva de la

903 Weerth, *Romanfragment*, p. 341.

904 Marx cuenta también en *El capital* esta historia de maduración: «Se requirió tiempo y experiencia antes de que el obrero distinguiera entre la *maquinaria* y su *empleo capitalista*, aprendiendo así a transferir sus ataques, antes dirigidos contra el *mismo medio material de producción*, a la *forma social de explotación* de dicho medio» (MEW 23, p. 451) [ed. en cast.: *El capital*, Libro I, p. 509].

producción».⁹⁰⁵ La destrucción de máquinas hace posible que un proletariado inclusivo y heterogéneo –el proletariado abigarrado del *Premarzo*– pueda entrar en acción de forma colectiva, y no solamente lo hace un proletariado formado exclusivamente por trabajadores industriales. «Las máquinas podían», según escribe Hobsbawm con naturalidad, «atacar a todo tipo de personas [all sorts of people], desde los pequeños productores independientes, pasando por las formas mixtas típicas del sistema de industrias en el domicilio, hasta los más o menos típicos trabajadores asalariados».⁹⁰⁶

No solo en la época transitoria del *Premarzo*, en la que precisamente se implantó por primera vez el «sistema de la fábrica» del capitalismo industrial, se topó la forma de lucha de la «huelga» con límites –límites que hicieron aparecer otras formas de lucha, de otro proletariado más amplio e inclusivo–. En todo el tiempo en que existió –y también ahora en la fase de desindustrialización avanzada del capitalismo–, han existido otras formas virulentas de acción directa, incluso cuando, durante el largo periodo de hegemonía del sistema industrial y del régimen de trabajo industrial, solo se podían apreciar en los márgenes o en la clandestinidad. Las formas «no puras» descritas de la lucha de clases, que fueron retrocediendo desde el *Premarzo*, la rebelión social y la destrucción de máquinas retornan continuamente porque no se ha dado como tal, ni se dará, el paso descubierto en el *Premarzo* y orquestado por autores como Weerth, «del pueblo al proletariado» (Conce) y después «del proletario al trabajador industrial» (Florian Tennstedt) como algo único y homogéneo.⁹⁰⁷ El trabajador industrial sigue siendo también «virtualmente pobre» (Marx), y con ello remite, al menos virtualmente, a las formas de lucha de los pobres.

Si nos adentramos en la contrahistoria o historia secreta, oculta, de los bandoleros y luditas, abandonamos la historia social «dura» y cambiamos al registro del imaginario. Sin embargo,

905 Hobsbawm, «Maschinenstürmer», p. 20.

906 *Ibid.*, p. 19; Hobsbawm, «The Machine Breakers», p. 8.

907 Werner Conze, «Vom 'Pöbel' zum 'Proletariat'. Sozialgeschichtliche Voraussetzungen für den Sozialismus in Deutschland», en: *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 41.2 (1954), pp. 333-364; Florian Tennstedt, *Vom Proleten zum Industriearbeiter. Arbeiterbewegung und Sozialpolitik in Deutschland 1800–1914*, Colonia, 1983.

al mismo tiempo, con este paso sale a la luz un momento irreducible del imaginario que refuerza a los fenómenos socio-histórico subyacentes y les confiere toda su consistencia histórica; un lugar del imaginario que no puede ser reducido a mera ideología.

En su ensayo sobre la conexión entre «Ned Ludd y Queen Mab», entre la destrucción de máquinas y el Romanticismo, Peter Linebaugh defiende la dimensión política del imaginario: «La facultad de imaginar puede ser política. Hubo una *poiesis* [creación] de los luditas».⁹⁰⁸ El ludismo, la destrucción de máquinas –al igual que el bandolerismo– eran movimientos profundamente románticos; sus protagonistas estaban movidos por la creencia en un pasado mejor, que ha de ser recuperado y hecho de nuevo realidad. Este pasado mejor (el código paternalista, el salario justo, el trabajo con sentido) es una auténtica construcción; la tradición a la que se remite es inventada, como todas las tradiciones románticas. La destrucción de máquinas como movimiento político es romántica en un sentido todavía más específico. Los destructores de máquinas son románticos porque se entregan desde el principio y voluntariamente, al igual que los autores y propagandistas políticos del Romanticismo, al poder de los mitos autoproducidos, que utilizan como arma en la lucha política.⁹⁰⁹ Las asambleas nocturnas bajo el cielo raso, los rituales y juramentos secretos, cuyos protocolos y frases siguen siendo desconocidos, los rumores que se difunden sobre armas ocultas y amplias conexiones clandestinas,⁹¹⁰ todo esto pone en escena una época arcaica que es romántica y, al mismo tiempo, eminentemente moderna. Las prácticas místicas representan en cierto modo una inversión del ideal de publicidad y transparencia extendido durante de las revoluciones burguesas de finales del siglo XVIII y principios del XIX.⁹¹¹ Los luditas practican un

908 Linebaugh, «Ned Ludd», p. 106 [ed. en cast., p. 128].

909 Sobre el contexto del Romanticismo y los mitos véase sobre todo Gerhart von Graevenitz, *Mythos. Zur Geschichte einer Denkgewohnheit*, Stuttgart, 1987, que alude a la intención y la capacidad especial del Romanticismo alemán para unificar de una vez y de forma sincrética una «heterogeneidad de tradiciones» (p. XXV). Sobre la deconstrucción de la mitopoiesis romántica véase Jean-Luc Nancy, «Der unterbrochene Mythos», en: Nancy, *Die undarstellbare Gemeinschaft*, Stuttgart, 1988, pp. 93-169 [ed. en cast.: *La comunidad descalificada*, Madrid, Avarigani, 2015].

910 Véase Thompson, *Entstehung*, p. 578 y ss.

911 Véase Manfred Schneider, *Transparenztraum. Literatur, Politik, Medien und das Unmögliche*, Berlín, 2013, especialmente los capítulos quinto y sexto,

éxodo de la esfera pública que al mismo tiempo depende de los medios de comunicación modernos, porque los utiliza para propagar su mensaje secreto. El mito ludita es moderno –y para nada arcaico ni retrógrado– en un sentido doble: en primer lugar, los destructores de máquinas y su entorno ensayan formas de solidaridad, que en vista de los aparatos policiales y de espionaje se convierten en vitales para la supervivencia, y que crecen cada vez más con la estatalización y burocratización del dominio político características de la Modernidad. En *Schloss und Fabrik*, el espionaje que corrompe el cuerpo social dirige la trama; la figura del comisario Schumacher está inspirada en la figura real del comisario y agente de policía Stieber, convertido en sí mismo en el *Premarzo* (y más allá de él) en una figura realmente mítica.⁹¹² En definitiva, de las prácticas y de los mitos de los luditas surgen los primeros esbozos de una «cultura obrera impenetrable» sin la cual tampoco se habría podido establecer el movimiento sindical oficial.⁹¹³

De esta confidencialidad surge el segundo aspecto genuinamente moderno de la *mitopoiesis* ludita: como nadie sabe con exactitud pero todos quieren hablar de ello, se ponen en circulación historias sobre los luditas cuyos protagonistas superan desde el principio cualquier medida común o humana. Aquí hay que nombrar en primer lugar al llamado *Ned* (o *General*, o *Captain Ludd*. Los propios luditas se referían en su apogeo a este «nombre mitológico»,⁹¹⁴ sobre cuyo origen circulaban una vez más meras historias. Al parecer, según cita Pynchon del *Oxford English Dictionary*, Ned Ludd era un joven que en 1779, «en un arrebato de rabia loca» destruyó un bastidor del telar; poco después su nombre se hizo proverbial: en cualquier lugar en el que se saboteara

«Transparenzterrorismus und Panvisionen: Marat, Bentham, Ernst Wagner und Google Earth» y «Glasarchitektur und Sozialutopien» (pp. 125-190), en los cuales se muestra la convergencia entre los diseños sociales liberales y socialistas. La implicación mutua entre la Ilustración y el secreto –como en las logias masónicas– ya los ha mostrado Reinhart Koselleck en *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Frankfurt a. M., 1992, p. 49 [ed. en cast.: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta, 2007].

912 Sobre la persona de Stieber y su ópera prima, publicada como anónimo, *Die Prostitution in Berlin und ihre Opfer* [La prostitución en Berlín y sus víctimas], de 1846, véase el subapartado «Ficción y corrección: estadística de la prostitución» en el tercer capítulo del presente estudio.

913 Thompson, *Entstehung*, p. 578.

914 Linebaugh, «Ned Ludd», p. 79 [ed. en cast., p. 17].

una máquina, se decía «Ludd debe de haber estado aquí». En torno a 1812, cuando el movimiento ludita se había convertido en un movimiento de masas, el Ned Ludd histórico había sido absorbido ya «por el nombre más o menos sarcástico de ‘King (o Captain) Ludd’»; se había convertido, como sostiene Pynchon, en algo esencialmente distinto: «todo lo demás fue un misterio de oscura y divertida resonancia».⁹¹⁵

En la luchas contra el poder sobrehumano de las máquinas, y contra el poder todavía mayor y más impenetrable del «sistema de la fábrica», el propio Ned Ludd se convirtió en una figuración del poder sobrehumano. La lucha de los luditas tenía también relación con «los límites de lo humano»: la destrucción de máquinas era una forma de lucha militante contra la reducción del trabajador al estatus de una máquina. Así, los luditas también hacían vibrar el límite entre el ser humano y la máquina, tan disputado desde las fantasías racionalistas de la Ilustración: quien lucha contra *L’homme machine*, debe él mismo convertirse en una especie de máquina de lucha, y en todo caso ser algo más que un «mero ser humano» cuya «vida desnuda» –así lo había afirmado ya Tieck– se agotará precisamente en su funcionamiento mecánico, maquínico.

Ned Ludd pertenece a esa larga serie de figuras míticas sobrehumanas con las que la Modernidad ha representado –en parte echando mano de un arsenal arcaico– sus propias imágenes invertidas y figuras opuestas: desde Golem, pasando por Frankenstein, hasta Superman. El capitalismo crea sus propios monstruos.⁹¹⁶ La gloria mítica de Ned Ludd proviene de que se coloca junto a actores sobrehumanos. Por eso no puede ser él mismo un mero mortal. Naturalmente, todos los implicados tenían claro que tras las acciones había «personas sencillas»; la vehemente represión pretendía precisamente mostrar con la mayor claridad posible que los luditas eran meros mortales, que también se los podía por tanto matar públicamente. La *Frame Breaking Bill* [Ley de destrucción de marcos], promulgada en 1812,

915 Pynchon, «Luddite».

916 Véase al respecto la reciente y convincente obra, que recoge toda la serie, de Maya Barzilai, *Golem. Modern Wars and Their Monsters*, New York, 2016, así como el artículo del número «Monster und Kapitalismus» [Monstruo y capitalismo] de la revista *Zeitschrift für Kulturwissenschaft* 2 (2017), ed. por Till Breyer *et al.*

declaraba la destrucción de máquinas como crimen capital que había de ser sancionado con la pena de muerte, aunque con ello solo confirmaba el carácter sobrehumano de los luditas: tratados en adelante como enemigos del Estado y expulsados fuera de la ley, incluso el ejército tuvo que avanzar y ocupar todo el norte de Inglaterra para acabar con ellos. La gloria del General Ludd como auténtico general se hizo con ello verdaderamente inmortal.⁹¹⁷

Como alegoría del contrapoder popular, el General Ludd continúa una serie histórica que se remonta al menos hasta Robin Hood.⁹¹⁸ Sin embargo, el ludismo muestra desde el principio una gran cercanía con la literatura: los protagonistas centrales del Romanticismo inglés hacían referencia al ludismo apoyándolo o embelleciéndolo, desde Mary y Percy Shelley, pasando por Lord Byron hasta Thomas Carlyle.⁹¹⁹ Incluso en el *Shirley* de Charlotte Brontë, de 1812, se anticipan las luchas obreras de su época, los años cuarenta. Más allá de los levantamientos luditas, se podía tender un puente seguro con un pasado todavía anterior, embellecido de forma mítica, en el que la situación de clase (supuestamente) todavía no era tan desastrosa como a finales de los años cuarenta, cuando Disraeli tuvo que diagnosticar una ruptura total de la nación inglesa, en *Dos Naciones*.⁹²⁰ *Shirley* se

917 En su primer discurso como diputado en la Cámara de los Lores, a la cual pertenecía por nacimiento, Lord Byron defendió a los luditas y se opuso de forma sarcástica y drástica al «proyecto de ley de pena de muerte» que se debatía. Debido a ella y a la entrada en acción del ejército, los trabajadores hambrientos se convirtieron en una auténtica «muchedumbre» contra la que supuestamente se aplicaban medidas. El discurso se ha publicado en Alexander Robert Charles Dallas, *Recollections of the Life of Lord Byron, from the Year 1808 to the End of 1814. Exhibiting His Early Character and Opinions, Detailing the Progress of His Literary Career, and Including Various Unpublished Passages of His Works. Taken from Authentic Documents, in the Possession of the Author*, Londres, 1824, pp. 205-218, aquí p. 213.

918 Sobre la autopercepción de los luditas como «muchachos de Sherwood» [bosque de las leyendas de Robin Hood], véase Thompson, *Entstehung*, p. 640-664. La fabricación descrita de un mito popular es de nuevo muy propensa a las manipulaciones: por ejemplo el Capitán Swing, un fenómeno posterior y agroindustrial paralelo al General Ludd, es un fenómeno muy mediático, una invención de periodistas que olieron ahí una buena historia; véase Eric Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing*, Londres/Brooklyn, 2014 [1969], p. 12.

919 Véase al respecto Nicolas Fox, *Against the Machine. The Hidden Luddite Tradition in Literature, Art, and Individual Lives*, Washington, 2002, así como David McNally, *Monsters of the Market. Zombies, Vampires and Global Capitalism*, Leiden, 2011, especialmente el capítulo «Jacobins, Irishmen and Luddites: Rebel-monsters in the Age of Frankenstein», pp. 77-112.

920 Véase Terry Eagleton, *Myths of Power. A Marxist Study of the Brontës*, Londres, 1975, p. 45 y ss.

toma así en serio el anticapitalismo romántico de los luditas, incluso cuando la novela se pronuncia, en sus declaraciones políticas centrales, contra los luditas.

Si desde el *Premarzo* se ha producido una uniformización y estandarización del proletariado, esta representación de la clase está marcada, desde su origen, por el fantasma del «virtualmente pobre», que ninguna seguridad del Estado social ni ningún aburguesamiento del imaginario social consiguen conjurar. Paralelamente a la delimitación de la lucha de clases en las sociedades capitalistas desarrolladas, y a la integración del movimiento obrero «oficial» en la sociedad, hay otra historia diferente; la historia del «otro» movimiento obrero.⁹²¹ La historia de todas esas figuras sociales en las que el fantasma del «virtualmente pobre» se encarnó durante el curso de los siglos XIX y XX y que escupían al orden social establecido. Se trata de la historia de grupos e individuos cuya pertenencia a la clase trabajadora (asalariada) siempre se pone en cuestión, pero cuya proletarianización no puede albergar ninguna duda. Es la historia de los cualificados y los no cualificados, de los migrantes, de los «asociales», de los muy jóvenes o muy viejos, los faltos de voluntad, los forzados y los innecesarios, que sin embargo, como formas de una oscura contrahistoria, siempre son más de lo que logra comprender su identificación y su catalogación. En ellos se observa, se podría decir, la cara odiosa de la sociedad de clases, que al principio de su historia se mostraba abiertamente y desde entonces se ve empujada al olvido.

La historia del otro movimiento obrero, del disidente, es la historia de un fantasma; precisamente por eso es imposible separar claramente los aspectos «reales» de los «imaginarios» en esta historia. Y sí que se trata de una contundente «historia de luchas de clase». Narra la constante virulencia de otras formas

921 Véase al respecto la obra fundamental de Karl Heinz Roth, *Die «andere» Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart*, Múnich, 1974 [ed. en cast.: *El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010]. Sin ese núcleo histórico y adaptado en un sentido existencialista se encuentra el concepto de «otro» movimiento obrero en Antonio Negri, *Sabotage. Mit Briefen und Schriften aus dem Gefängnis*, Múnich, 1979, p. 22: «Yo soy otro, y otro es el 'movimiento' de la acción colectiva en la que me incluyo. Eso en lo que participo es el otro movimiento obrero».

de lucha salvajes, que no se limitan a la forma sofisticada de la huelga «pura» y en las que el viejo bandolerismo y la vieja destrucción de máquinas perduran hasta el presente. Paralelamente al desarrollo de la social democracia como poder del Estado desde inicios del siglo XX, y paralelamente al ascenso y caída del socialismo de Estado existente, hay también una historia de personas vagas, que rechazan el trabajo, que se han sustraído a esa divinización dominante del trabajo que trasciende cualquier brecha ideológica. Estas figuras, que han encontrado su patria político-teórica más en el anarquismo y en las vanguardias estético-políticas que en los partidos clásicos de los trabajadores, prácticamente solo nos son hoy accesibles en sus manifestaciones poéticas. En la literatura en lengua alemana se podrían nombrar por ejemplo a Erich Mühsam o a Ernst Toller, cuyo drama *Los destructores de máquinas* se publicó en 1922 como colofón a la revolución alemana.⁹²² Otro monumento literario a esta tradición de artistas del gorroneo y de los préstamos lo representa la novela de Hugo Ball *Flametti o el dandismo de los pobres*.⁹²³

En las luchas sociales de los años sesenta del siglo XX aparecieron de nuevo en escena los «inadaptados» y quienes pasaban del trabajo: ¡*No trabajes nunca!* decían los situacionistas en medio de la huelga general salvaje del mayo del 1968 parisino.⁹²⁴ En el movimiento de la *Autonomia operaia* italiana, la «autonomía obrera» de los años sesenta y setenta cuyo teórico más conocido hasta hoy es Toni Negri, se toparon bajo el lema del «rechazo al trabajo» los intelectuales disidentes de los viejos partidos obreros y una joven generación de trabajadores (obreros-masa)

922 Ernst Toller, *Die Maschinenstürmer. Ein Drama aus der Zeit der Ludditen-bewegung in England in fünf Akten und einem Vorspiel*, Leipzig/Viena/Zürich, 1922 [ed. en cast.: *Los destructores de máquinas*, Alikornio, Barcelona, 2002].

923 Hugo Ball, *Flametti oder Vom Dandysmus der Armen*, Berlín, 1918 [ed. en cast.: *Flametti o el dandismo de los pobres*, Córdoba, Berenice, 2012]. Prácticamente al mismo tiempo, Hugo Ball descubrió a Wilhelm Weitling como uno de sus precursores y de sus figuras veneradas; véase Hugo Ball, *Zur Kritik der deutschen Intelligenz* [1919], en: *Sämtliche Werke und Briefe*, Bd. 5: *Die Folgen der Reformation. Zur Kritik der deutschen Intelligenz*, ed. por Hans Dieter Zimmermann, Göttingen, 2011, pp. 135-391, especialmente pp. 264-272 [ed. en cast.: *Crítica de la inteligencia alemana*, Madrid, Capitán Swing, 2011].

924 Sobre la historia de la Internacional Situacionista en el espejo de la formación teórica de sus precursores véase Anselm Jappe, *Guy Debord*, con prólogo de T. J. Clark, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1999 [ed. en cast.: *Guy Debord*, Barcelona, Anagrama, 1998], así como Jörn Etzold, *Die melancholische Revolution des Guy-Ernest Debord*, Zürich/Berlín, 2009.

recién proletarizados y en su mayor parte no cualificados, para anunciar la lucha contra la «sociedad-fábrica».⁹²⁵ Una definición de clase tristemente célebre de la *Autonomía* decía, acorde con esto: «la clase obrera es la clase que rechaza el trabajo».⁹²⁶ En este campo, emergen de nuevo elementos de la rebeldía social y de la destrucción de máquinas, y crean nuevas conexiones que señalan más bien al futuro que al pasado: una de las posiciones fundamentales de la *Autonomía* era la negación de la tesis de la neutralidad de la maquinaria y de la técnica. La maquinaria no puede adoptar cualquier significado social, incluso si se pusiera en marcha con otros objetivos y por otras personas, sostenía Raniero Panzieri. Es más bien un dominio cuajado materialmente, la forma materializada del mando del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Por eso una clase obrera revolucionaria debe también renunciar a la representación de que en una revolución se podría simplemente tomar todo el agregado de máquinas. No puede haber una cadena de montaje libre, no puede haber una cadena de montaje libre en una sociedad libre sostenían los operaístas.⁹²⁷ La investigación de los procesos de trabajo materiales y organizativos en el presente debe ser también, por tanto, una investigación lo más precisa posible de las posibilidades concretas de sabotaje de estos procesos.⁹²⁸

925 Véase Mario Tronti, «Fabrik und Gesellschaft», en: *Arbeiter und Kapital*, Frankfurt a. M., 1974, pp. 17-44 [ed. en cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2001]. Sin embargo, Negri ya no quiere hoy saber nada de los gestos radicales del rechazo; en vez de eso se centra en el poder positivo, productivo y constituyente de la multitud; véase al respecto Patrick Eiden-Offe, «Der Verlust der Verweigerung. Von der Arbeiterklasse als Agentin der Nicht-Arbeit zur Selbstverwertung der Multitude. Abriss des (Post) Operaismus», en: Jörn Etzold y Martin J. Schäfer (eds.), *Nicht-Arbeit. Politiken, Konzepte, Ästhetiken*, Weimar, 2011, pp. 80-104.

926 Así lo decía el autónomo de Boloña Franco Berardi, «Bifo», en una conversación con un conocido compañero francés, en cuya casa encontró asilo tras la represión del movimiento italiano; Félix Guattari, *Wunsch und Revolution. Ein Gespräch mit Franco Berardi (Bifo) und Paolo Bertetto*, Heidelberg, 1978, p. 57. Guattari le replica con suficiencia, pero sin comprender: «A mí me parece que tú te inventas una clase obrera de acuerdo a tus propias normas, de modo que si a ella pertenecen personas como Artaud, Lautréamont y el presidente Schreiber, entonces estoy completamente de acuerdo contigo. Pero esto, simplemente, no es así...».

927 Véase Raniero Panzieri, «Über die kapitalistische Anwendung der Maschinerie im Spätkapitalismus», en: Claudio Pozzoli (ed.), *Spätkapitalismus und Klassenkampf. Eine Auswahl aus den «Quadern Rossi»*, Frankfurt a. M., 1972, pp. 14-32.

928 Véase al respecto Romano Alquati, *Klassenanalyse als Klassenkampf. Arbeiteruntersuchungen bei Fiat und Olivetti*, ed. por Wolfgang Rieland, Frankfurt a. M., 1974. Es apropiada como introducción la necrológica de Emiliana Armano y Raffaele Sciortino, «Ciao Romano. Erinnerung an Romano Alquati», en: *Sozial.*

Frente a la proletarianización activa en las fábricas se experimentaron además –en los barrios obreros de Turín, Bolonia y Venecia– alternativas de reproducción material que debían amortiguar los efectos de la proletarianización pasiva y que se correspondían, en conjunto, con las representaciones de Weitling de una «guerra de guerrillas contra la propiedad». Por medio de la «compra proletaria» se llevaban a cabo robos en tiendas organizados de forma colectiva, según el principio de «autorreducción». Por los bienes públicos como transporte, electricidad y agua se pagaba solo un «precio moral», previamente discutido.⁹²⁹

Junto a la militancia práctica de las luchas sociales en las fábricas y en los barrios, la *Autonomia operaia* practicó también desde el principio, aunque especialmente en su segunda ola de los años setenta, una fuerte política de la expresión. Estaba interesada en la producción de imágenes intensas y eslóganes manejables que se combinaban con los fenómenos del momento de la cultura pop, desde lo *hippie* hasta el *punk*: desde las películas de Elio Petri (como *La clase obrera va al paraíso*),⁹³⁰ reconocidas también en la alta cultura, y las novelas y poemas del neovanguardista Nanni Balestrini,⁹³¹ pasando por los simples lemas como *rifiuto del lavoro* [rechazo al trabajo] hasta los complejos neologismos teóricos como el de *autovalorizzazione* [autovalorización autónoma], con los que el proletariado ha de interrumpir

Geschichte Online 3 (2010), pp. 192-197, disponible *online* en https://duepublico2.uni-due.de/receive/duepublico_mods_00022662 [última visita: 16 de octubre de 2020]. También Guy Debord llama a las armas a un nuevo movimiento ludita que ya no ha de entrar en acción contra las máquinas de la producción industrial capitalista, sino que –nos encontramos en la fase álgida del «consumo de masas»–, siguiendo a «un nuevo 'General Ludd'», ha de marchar hacia la «destrucción de las máquinas de la permisividad consumista» (Debord, *Gesellschaft*, § 115, p. 66) [ed. en cast., p. xx].

929 Sobre la historia de los movimientos italianos véase Nanni Balestrini y Primo Moroni, *Die goldene Horde. Arbeiterautonomie, Jugendrevolte und bewaffneter Kampf in Italien*, Berlín/Hamburgo, 1994 [ed. en cast.: *La horda de oro. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial (1968-1977)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].

930 Elio Petri, *La classe operaia va in Paradiso*, Italia, 1971. El film fue premiado como mejor película en el Festival de Cannes de 1972.

931 Véase Nanni Balestrini, *Die große Revolte. Romantrilogie. Wir wollen alles/Die Unsichtbaren/Der Verleger*, Berlín/Hamburgo, 2008 [1971/1987/1989] [eds. en cast.: *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006; *Los invisibles*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008; *El editor*, Madrid y Barcelona, Traficantes de Sueños y Virus, 2016]; otros poemas y textos secundarios sobre Balestrini de, entre otros, Franco 'Bifo' Berardi, Peter O. Chojetz, Umberto Eco, Hanna Mittelstädt y Paul Virilio los ofrece Nanni Balestrini, *Landschaften des Wortes*, ed. por Thomas Atzert *et al.*, Berlín/Hamburgo, 2015.

la ley del valor del capital.⁹³² El artista de la teoría político-filosófica Toni Negri se alimenta hasta hoy de la herencia poética de conceptos e imágenes del operaísmo y la continúa: las palabras clave *imperio* y *multitud* han logrado de hecho introducir debates que anteriormente eran marginales en un amplio discurso público.

En la actualidad, una vez que la tercera Revolución Industrial y la informatización han transformado completamente la vida y el trabajo, podemos nombrar como los últimos mensajeros de una tradición oculta de rebeldes sociales y destructores de máquinas a los *neo-luditas*, que ven cómo en la situación actual de las fuerzas productivas se levanta una nueva lucha *del ser humano* contra *la técnica*.⁹³³ Precisamente entre los neo-luditas se encuentran no solo aquellas personas que desprecian la técnica como tal, sino una serie de figuras ambiguas que ponen en cuestión los desarrollos científico-técnicos a partir de sus puntas de lanza; podríamos pensar por ejemplo en el historiador de la tecnología David Noble, que en definitiva desarrolla una «defensa del ludismo» desde el «corazón de la bestia», el MIT –y por eso ha sido despedido⁹³⁴ del MIT–; o en el «unabomber» Ted

932 Thomas Sheehan, en su recensión de varias de las obras de Negri, caracterizó ya en 1979 adecuadamente la «palabra clave» de la *autovalorizzazione*: procede del campo de una «contracultura de liberación y realización personal» que liga «lo personal y lo político [...] y frecuentemente Dylan afina el tono y Marx baila»; Thomas Sheehan, «Italy: Behind the ski mask», en: *New York Review of Books*, 16 de agosto de 1979, disponible *online* en www.nybooks.com/articles/archives/1979/aug/16/italy-behind-the-ski-mask [última visita: 16 de octubre de 2020]. Sobre el concepto de autovalorización véase Eiden-Offe, «Verlust».

933 Sobre los debates actuales véase Steven E. Jones, *Against Technology. From the Luddites to Neo-Luddism*, Nueva York/Londres, 2006, así como Gerardo Herrera Corral, «Stand up against the anti-technology terrorists», en: *Nature* 476.7361 (2011), p. 373, disponible *online* en www.nature.com/news/2011/220811/full/476373a.html [última visita: 16 de octubre de 2020]. En Francia, la rehabilitación política y académica de los luditas históricos avanza con rapidez en clave de un neoludismo anti-informacional; junto al mencionado volumen de Biagini/Carnino, *Luddites*, habría que pensar en François Jarrige, *Techno-critiques. Du refus des machines à la contestation des technosciences*, París, 2014. Un panorama integrado histórico-científico lo ofrece Guillaume Carnino, *L'Invention de la science. La nouvelle religion de l'âge industriel*, París, 2015, del mismo entorno ha surgido el manifiesto neoludita de Cédric Biagini, *L'emprise numérique. Comment internet et les nouvelles technologies ont colonisé nos vies*, Montreuil, 2012, así como Cédric Biagini et al., *La Tyrannie technologique. Critique de la société numérique*, Montreuil, 2007.

934 Noble investiga sobre todo los efectos de la automatización creciente. Cuando, por un lado, la técnica deja sin empleo a una porción cada vez mayor de la población, pero por otro la participación social está vinculada al acceso al trabajo asalariado, entonces hay una crisis sistémica latente que no se podrá resolver por medio de la técnica.

Kaczynski, que impartió clases de matemáticas en Berkeley, tras estudiar en Harvard, antes de retirarse a una cabaña en Montana, desde donde enviaba cartas bomba al mundo de los académicos de las ciencias naturales y de los gerentes de las líneas aéreas internacionales. La invisibilidad y la imposibilidad de detener a Kaczynski son un hecho emblemático de una escena que se quiere sustraer a la producción de imágenes de los medios de comunicación de masas, aunque solo pueda ser eficaz políticamente a través de la difusión de contraimágenes, por esos mismos medios. *Unabomber* es pues la réplica más fiel del espíritu de los conspiradores nocturnos de los pantanos del norte de Inglaterra de 1810. No hay ninguna imagen ni ninguna historia de él entre su éxodo en los bosques y su detención, al final solo se hizo accesible en la red (en todos sus sentidos, hasta el de la película homónima de Lutz Dammbeck sobre Kaczynski). Y así como Thompson señaló en un sentido político-teórico la validez de las cartas de amenaza y panfletos luditas, el manifiesto de Kaczynski *La sociedad industrial y su futuro* también puede ser leído como una expresión político-teórica adecuada de la situación actual (aunque solo como una expresión adecuada).⁹³⁵ Valdría la pena colocar el *Manifiesto unabomber* junto a las últimas publicaciones de Bruno Latour sobre la necesidad de una nueva «guerra de mundos», una *Gaia-War*.⁹³⁶ No se puede negar sin más cierta cercanía entre la cabaña de Kaczynski en Montana y el Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po).

Pero en realidad, el poder provocativo de la intervención de Noble se encuentra en que no problematiza esta crisis como un destino que se lleva a cabo por sí mismo de forma automática, sino como un proceso socialmente producido –con vencedores y perdedores–. Véase al respecto David F. Noble, *Progress Without People. New Technologies, Unemployment, and the Message of Resistance*, Toronto, 1995. Tras la publicación de su obra de referencia *Forces of Production*, en 1984, el MIT rescindió su contrato, lo que el propio Noble atribuyó a su orientación política y lo llevó a poner una demanda contra el MIT. Sobre la trayectoria vital e intelectual de Noble, y sobre su causa véase el obituario de Denis C. Rancourt, «David F. Noble: In Memoriam», en: *counterpunch*, 3 de diciembre de 2010, disponible *online* en www.counterpunch.org/2010/12/30/david-f-noble-in-memoriam [última visita: 16 de octubre de 2020].

935 Lutz Dammbeck, *Das Netz—die Konstruktion des Unabomers. Im Anhang: Die industrielle Gesellschaft und ihre Zukunft (Unabomber-Manifest) von FC*, Hamburgo, 2005. Algunas reflexiones adicionales en conexión con la película de Dammbeck se encuentran en Cord Riechelmann, «Neuer oder spekulativer Realismus», en: *Merkur* 778, 3 (2014), pp. 243-247.

936 Véase Niels Werber, «Gaias Geopolitik», en: *Merkur* 792, 5 (2015), pp. 59-67.

Aunque se construya una contrahistoria continua de «otro» movimiento proletario desde la plebe de los inicios de la Modernidad, pasando por los luditas, hasta los situacionistas y la *Autonomía operaia*, aunque se pueda describir un imaginario (neo)ludita coherente desde Mary Shelley y Lord Byron, pasando por Ernst Toller y hasta Thomas Pynchon, estos movimientos y su imaginario siguen siendo marginales. Son personajes secundarios a la orilla de la gran corriente de la historia, que en todo caso obtienen un gran atractivo y significado en la medida en que logran ser consideradas como *vanguardia*. En el presente, estas figuras parecen haberse hecho masivas –los márgenes son el nuevo centro–, y es de nuevo la historia del desarrollo técnico la que juega aquí un papel esencial. Si los luditas se enfrentaban a la sustitución de la fuerza productiva humana por máquinas, hoy este proceso de sustitución ha avanzado de una forma inimaginable hasta hace pocos años. La automatización, el desarrollo de las fuerzas productivas ha avanzado tanto que el trabajo vivo va a ser expulsado todavía más de la producción social en los viejos centros de la forma de producción capitalista (y en los nuevos centros como China e India, no parece que vaya a ocurrir otra cosa a medio plazo; en India se puede observar desde hace años un crecimiento del desempleo). Formulado de forma hipermarxista: el capital constante se come al variable. Esto tiene consecuencias para ambas partes de la relación capital-trabajo. Por el lado del capital, aunque explicar esto aquí nos llevaría demasiado lejos, cada vez es más claro aquel fenómeno que Marx nombró como «descenso tendencial de la tasa de ganancia».⁹³⁷ Por el lado del trabajo, cada vez hay más mano de obra excedente, vendedores de su fuerza de trabajo que están de más. En el presente, se está llegando históricamente a aquello que Hegel en sus *Fundamentos de la Filosofía del Derecho* anticipó ya en un sentido lógico y que Marx afinó en *El capital* en un sentido

937 La «ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia» aparece en la sección tercera del libro tercero de *El capital*; MEW 25, pp. 221-277 [ed. en cast.: *El capital. Libro tercero*, sección tercera, pp. 247-308]. La introducción acelerada de maquinaria cada vez más cara agrava con fuerza el problema de que para amortizar estas inversiones, al mismo tiempo se expulsa la única fuente de plusvalor y el anclaje real de toda producción de beneficio a partir del proceso productivo: el trabajo vivo. Una exposición breve y actualizada se encuentra en Paul Mattick, *Business as usual. Krise und Scheitern des Kapitalismus*, Hamburgo, 2012.

político general como «ley general de la acumulación capitalista»: «El carácter abstracto del proceso de producción hace que el trabajo sea cada vez más mecánico, haciendo posible finalmente que el hombre pueda ser apartado del trabajo y entre en su lugar la máquina».⁹³⁸

La otra parte de la predicción de Marx, que la liberación de la fuerza productiva humana del proceso de producción vaya a conducir en breve a un aumento del «tiempo disponible», es algo que no parece que vaya a ocurrir. En vez de esto, la divisa de nuestra época es más bien una precariedad masiva: personas sobrantes, que por un lado son explotadas sin escrúpulos y por otro están paralizadas en trabajos claramente sin sentido, se convierten en la figura dominante de la sociedad actual. Como siempre, esta forma de (des)integración social también ocurre en lo individual: *nadie tiene tiempo libre*. Los precarios sufren más bien un agudo *time stress* [estrés temporal], como lo ha formulado Guy Standing.⁹³⁹ La privación económica de esta auténtica «proletarización pasiva» que ha vuelto a aparecer lleva a las personas implicadas a una hiperactividad incesante e infernal.

Lo que tiene en común gran parte del precariado metropolitano, y en una escala global, del «proletariado informal» de la periferia del sur,⁹⁴⁰ con las figuras marginales proletarias cuya historia se ha narrado aquí, es el hecho de que la huelga (ya) no es para ellas una forma de lucha adecuada. Para todas aquellas personas que han de vender su fuerza de trabajo para asegurar su existencia, pero que de ningún modo encuentran una deman-

938 Hegel, *Grundlinien*, § 198, p. 353 y s. [ed. en cast., p. 211].

939 Guy Standing, *Prekariat. Die neue explosive Klasse*, Münster, 2015, p. 171 y ss., traducido al alemán como *Zeitdruck* [presión temporal] [en castellano se dice «el precariado se ve sometido a una gran presión sobre el tiempo de que dispone»; *El precariado, una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y presente, 2013, p. 208].

940 Al respecto, el trabajo imprescindible de Mike Davis, *Planet der Slums*, Berlín/Hamburgo, 2007 [ed. en cast.: *Planeta de ciudades miserias*, Madrid, Foca, 2007], así como Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft, «Reflexionen über das Surplus-Proletariat. Phänomene, Theorie, Folgen», en: *Kosmoprolet* 4 (2015), pp. 34-59. Jan Breman considera la precarización de la fuerza de trabajo metropolitana occidental como la inversión de las viejas vanguardias: «Hasta la década de 1970, la idea de que todos los países seguirían los pasos de Occidente era inherente al paradigma dominante del desarrollo. [...] Ahora, parece que es Occidente el que sigue los pasos de todos los demás en lo que se refiere a la creciente inseguridad de las condiciones de trabajo» (Jan Breman, «A Bogus Concept?», recensión de Standing, *Prekariat*, en: *New Left Review* 84/2013, pp. 130-138, aquí p. 130) [ed. en cast.: «Un concepto espurio», en: *New Left Review* 84, enero-febrero de 2014, p. 143 y s.].

da sería de dicha fuerza, el «abandono del trabajo» no es ya una opción con la que hacer que el adversario sienta un sudor frío en la frente. Lo que en algún momento se llamó «poder productivo» se ha perdido completamente para la fuerza de trabajo del presente.

Lo que queda al precariado y al superávit de proletariado global se podría describir como *nuisance value* [valor de molestar], que de algún modo se pone en práctica de manera distinta a como lo hacían las formas de lucha heredadas, como la huelga.⁹⁴¹ En los debates políticos y de las ciencias sociales de los últimos años, articulaciones sociales extremadamente diversas como los disturbios y saqueos de las *banlieus* francesas y de Londres, los levantamientos del norte de África, las ocupaciones de plazas en los Estados del sur de Europa, los perdedores de la crisis, y las corrientes migratorias casi incalculables se han considerado como formas de expresión, o al menos síntomas, de un mismo fenómeno fundamental: la conversión de la mano de obra en algo superfluo (de la que depende también la conversión en algo superfluo de la vida y la reducción de posibilidades de vida).⁹⁴²

Como síntesis de estas formas extremadamente diversas, los valedores intelectuales y científicos del precariado han puesto en juego de nuevo, en los últimos años, un mito profundamente burgués del *Premarzo*; un mito que además permite conectar la nueva formación social —«*a new group in the world, a class-in-the-making*»⁹⁴³ [un nuevo grupo en el mundo, una clase en formación]— con un viejo recurso que provoca horror: para Standing, el precariado es «la nueva clase peligrosa» y también el

941 El concepto de *nuisance value* se lo debo a Claus Offe, en una conversación oral en el clímax de la crisis entre la UE y Grecia en Febrero de 2015 en Florencia.

942 Una emocionante comprensión histórico-global con relevancia actual la ofrece aquí Jan Breman, *Outcast Labour in Asia. Circulation and Informalization of Workforce at the Bottom of Economy*, Oxford, 2010 [ed. en cast.: *Fuerza de trabajo paria en Asia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2015]. Sobre el «Eventual Return of Social Darwinism», pp. 369-378. Véase también Slavoj Žižek, *Der neue Klassenkampf. Die wahren Gründe für Flucht und Terror*, Berlín, 2015, especialmente el capítulo «Die politische Ökonomie der Migration», pp. 37-46 [ed. en cast.: *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, Barcelona, Anagrama, 2016; capítulo «La economía política de los refugiados», pp. 51-61]. Sobre el «proletariado excedente» global como trasfondo de los nuevos movimientos migratorios véase Thomas Nail, *The Figure of the Migrant*, Stanford, 2015, especialmente el capítulo «Elastic Force II», pp. 100-124, así como sobre los migrantes como proletarios el capítulo «The Proletariat», pp. 156-178.

943 Standing, *Prekariat*, p. 7: «Este libro trata de un nuevo grupo social aparecido en el mundo, una nueva clase que se está formando» [ed. en cast., *El precariado*, p. 15].

ineludible Negri escribe junto con Michael Hardt sobre una vuelta de las «clases peligrosas».⁹⁴⁴ El concepto de «clases peligrosas» lo popularizó Honoré Antoine Frégier con su obra *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes, et des moyens de les rendre meilleures* [De las clases peligrosas de la población de las grandes ciudades, y de los medios para mejorarlas] en 1840, distinguido como «Jefe de Departamento de la Prefectura del Sena», como indica ya la portada de la traducción alemana publicada en el mismo año y, por tanto, miembro de la policía como Stieber, a quien conocemos bien.⁹⁴⁵ Seguramente es cuestionable que el concepto de Frégier sea en la práctica útil, y esté en situación de poder comprender el fenómeno actual en términos globales. Sin embargo, sí que hemos de considerar como un síntoma el hecho de que se haya puesto de nuevo en circulación. Pues lo que realmente retorna es la necesidad de un mito, aquí el mito de las clases peligrosas. Es la necesidad de un mito la que promete o amenaza con hacer peligrar las relaciones dominantes.⁹⁴⁶ Lo que en el presente falta claramente, y quizás sobre todo –más allá de conceptos y programas, que Standig y otros ofrecen a montones–,⁹⁴⁷ es un lenguaje metafórico, un imaginario (*imagery*) en el que el presente se ponga de acuerdo consigo mismo y sobre sí mismo; un repertorio de imágenes, figuras y modelos de representación a los que se puedan atribuir la misma coherencia y

944 Véase Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude. Krieg und Demokratie im Empire*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2004, cap. II.1, «Gefährliche Klassen» [Clases peligrosas], pp. 121-177.

945 Honoré Antoine Frégier, *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes, et des moyens de les rendre meilleures*, París, 1840; en alemán: Frégier, *Über die gefährlichen Classen der Bevölkerung in den grossen Städten und die Mittel, sie zu bessern*, Koblenz, 1840.

946 En la última frase de su recensión a la obra de Standing, Claus Offe comenta la dificultad de los paralelismos históricos fáciles propuestos (e igualmente de las proyecciones fáciles aplicadas hacia el futuro) con un punto de ironía: «Standing concluye su amplia exploración de muchos de los aspectos del precariado y su dinámica política con algunas propuestas comprometidas sobre lo que una izquierda imaginaria post-laborista, post-socialdemócrata podría y debería hacer en respuesta a la difícil situación del precariado. De momento, permanece abierta la cuestión doble de si el precariado es (o están en el proceso de llegar a serlo) una 'clase' y, de ser así, si tiene la capacidad de llegar a ser peligrosa y para quién» (Claus Offe, «The Vanishing 'Shadow of the Future'», en: *European Journal of Sociology /Archives Européennes de Sociologie* 3 [2011], pp. 466-474, aquí p. 474).

947 Véase al respecto el reciente Guy Standing, *Eine Charta des Prekariats. Von der ausgeschlossenen zur gestaltenden Klasse*, Münster 2016 [ed. en cast.: *Precariado: una carta de derechos*, Madrid, Capitán Swing, 2014].

compromiso que tienen los que se pueden reconstruir –con toda su heterogeneidad y diversidad– con respecto al proletariado del *Premarzo*.

Si hablamos de un «retorno de las clases peligrosas», entonces es difícil *dejar de pensar* hoy, en términos culturales, en el hip-hop-gánster: esa amenaza al ordenamiento oficial de la propiedad por medio de la exhibición obscena de una excesiva codicia de riqueza. Es ese gesto, al mismo tiempo conspirativo, de un gánster de la mafia que se pone de parte de los marginados; con su escala de valores y sus roles «arcaicos» el que precisamente en su exageración desviada solo refleja el *business as usual* [negocio, como siempre] capitalista. Y esta asociación se refuerza con el hecho de que las «clases peligrosas» del *Premarzo* se reclutaban fundamentalmente de las bolsas poblacionales de migrantes de primera y segunda generación. Pero este paralelismo quizás sea demasiado evidente; quizás sería más interesante buscar también el imaginario neoproletario del presente precisamente en esas experiencias e invenciones sociales y culturales que se aferran, en primer lugar, al estatus al que se aspira o se ve amenazado de la propia condición burguesa o culta, pero que está atravesado por la consciencia del propio desclasamiento que viene (o que se ha producido ya), evidente en las novelas de Iain Levison o Thomas Melle.⁹⁴⁸ O en buena parte de la «literatura pop» desde los años noventa, donde se separa constantemente el «desamparo trascendental» (Lukács) de los protagonistas, experimentado de forma cínica o melancólica, del mundo (Estado de bienestar) aburrido pero aparentemente todavía intacto de la generación de sus progenitores. Pocas veces se discute si la ostentosa pérdida de orientación solo tiene raíces generacionales o metafísicas –o quizás también se deba a todos esos «trabajillos inventados» (como los llama la banda de punk de Hamburgo Schneller Autos Organisation) con los que se las tienen que ver los protagonistas– ni si lo problemático aquí no es el tipo de trabajo, sino más bien claramente su carácter superfluo e inven-

948 Iain Levison, *Abserviert. Mein Leben als Humankapital*, Berlín, 2006, y *Betriebsbedingt gekündigt*, Berlín, 2005 [ed. en cast.: *Cuando nos dieron la patada*, Barcelona, Punto de lectura, 2007]; Thomas Melle, *3000 Euro*, Berlín, 2014, y *Die Welt im Rücken*, Berlín, 2016. La referencia a Levison, que aparece al principio del trabajo, y muchas otras ideas se las agradezco a Marion Liebhold.

tado.⁹⁴⁹ Por último, habría que pensar, por ejemplo, en una novela como *Yo voy, tu vas, él va*, de Jenny Erpenbeck, que nos presenta un mundo (*nuestro mundo*) en el que el sentido y la participación social solo se alcanza a través del trabajo remunerado, del cual justo se ve privada, sin embargo, una parte cada vez mayor de la población: los jóvenes y los viejos, los pobres y los dependientes, sin olvidar precisamente a las personas refugiadas de este mundo, que son absorbidas en el opaco sector del trabajo informal y escupidas de nuevo cuando dejan de ser necesarias.⁹⁵⁰ Por último, hay que recordar el manifiesto del comunismo libertario *La insurrección que viene*, que en la primera década de este siglo ha causado gran furor en los suplementos culturales y trastienidas. Los autores del «Comité Invisible» lamentan que en el «vago agregado de entornos, instituciones y burbujas individuales que se denominan por antífrasis 'sociedad' [...] ya no hay un lenguaje para la experiencia común». Sin él, cualquier revolución pierde el sentido: «no se comparten riquezas si no se comparte un lenguaje».⁹⁵¹ Los autores confían en que «las luchas» lograrán este nuevo lenguaje buscado –y al mismo tiempo, el «Comité invisible» logra un lenguaje propio de ese tipo, lo cual hace especial su texto–. Si constantemente se atribuye a *La insurrección que viene* (y con razón) una cualidad especialmente «poética», esto no significa simplemente que el manifiesto esté escrito «de forma bonita». Significa, sobre todo, que aquí se ha trabajado de forma creativa en un lenguaje metafórico con el que se podrían articular experiencias y se podrían encontrar colectivos en lucha. Siguiendo estas huellas habría que buscar las líneas de coherencia de una poesía de la clase actual, que abarca creaciones culturales muy diferentes unas de otras –y a menudo diferenciadas de forma exagerada por purismos estéticos– para así poder reconocer los contornos de un nuevo proletariado, el otro proletariado del presente.

949 La Schneller Autos Organisation hace además una propuesta vinculante que unificará a ese «nosotros» proletario por venir: «Tenemos problemas con el banco. Y problemas con el Estado». ¡Gracias a Mark Schumacher!

950 Jenny Erpenbeck, *Gehen, ging, gegangen*, Múnich, 2015 [ed. en cast.: *Yo voy, tú vas, él va*, Barcelona, Anagrama, 2018].

951 Unsichtbares Komitee, *Der kommende Aufstand*, Hamburgo, 2010 [2007], p. 7 [ed. en cast.: *La insurrección que viene*, Barcelona, Melusina, 2009, p. 31].

La clase –la «clase para sí»– se «constituye» en la lucha, escribió Marx, en la «lucha de clase contra clase». La paradoja por la cual el objetivo del proceso debe estar ya presupuesto, se soluciona al comprender la lucha de clases siempre como un proceso que produce mitos de la clase. El giro de la «clase en sí» a la «clase para sí» tiene lugar en la propia lucha. Ahora, al final de nuestra investigación, se muestra de nuevo y con más claridad que este giro solo se puede producir si la clase se representa en un mito sobre sí misma –y si amenaza con desaparecer también entre los diferentes mitos–. La lucha de clases, también y precisamente en su dimensión mitopoiética, es así una solución *en la praxis* para problemas que no se dejan resolver de forma teórica o según la lógica de la representación.

La producción mítica y la reproducción de las clases y sus luchas no solo afecta a sus formas tempranas «románticas», no solo a los personajes secundarios y disidentes que antes se han englobado en el concepto del «otro» proletariado, diverso y heterogéneo, sino también a la clase obrera «oficial», hegemónica, y a su movimiento. Esto se puede mostrar en el Eduard de Weerth, que se puede leer como verdadera alegoría de una clase obrera depurada, uniformada y fortalecida de forma homogénea, incluso quizás como prefiguración del «superhombre socialista».⁹⁵² La «otra» tradición heterodoxa tiene quizás la ventaja de que sus mitos, como los destructores de máquinas y los bandoleros, nos resultan hoy menos evidentes, nos parecen atractivos, extraños –poéticos (en el sentido de Eduard Gans)–. Pero también el trabajador huelguista con conciencia de clase, que en algún momento fue encasillado en las filas cerradas de la socialdemocracia y de los partidos comunistas –y cuya caída en estas filas se entreveía ya en sus formas tempranas en el *Premarzo*– dispone de su propia poesía.⁹⁵³ La lucha obrera, la huelga, es *poética* porque produce: la

952 Véase al respecto Beke Sinjen, *Prosa der Verhältnisse. Die Entdeckung der Erzählliteratur durch die Arbeiterbewegung (1863–1906)*, Essen, 2015, p. 51, y, más general, Hans Günther, *Der sozialistische Übermensch. M. Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos*, Stuttgart/Weimar, 1993, especialmente pp. 108-117. Sobre la figura de Eduard como un *heros* antiguo, véase Perraudin, «Blumenfest», p. 227 y s.

953 Que la historia del «otro» movimiento obrero, el disidente, no es separable nunca del movimiento oficial, tal y como sostenía Karl-Heinz Roth es el objetivo del amplio y extremadamente cercano a las fuentes estudio regional de Erhard Lucas sobre Hamborn y Remscheid, *Zwei Formen von Radikalismus in der deutschen Arbeiterbewegung*, Frankfurt a. M., 1976.

clase es producida por su lucha, la lucha es *poiesis* de la clase, y cuanto más se alimenta la lucha más verdadera será la formación de clase que surja de ella.

Pero la lucha obrera, *qualquier* lucha obrera, lleva también consigo huellas de la poesía, porque genera una ruptura de la «prosa de las circunstancias» dominantes. La lucha obrera es y sigue siendo poética porque como ruptura alberga en sí un momento de imprevisibilidad –da igual la rigidez con la que los burócratas de la revolución de los sindicatos y partidos obreros establecidos traten de eliminarla–. En última instancia, la huelga es, al menos para los trabajadores, una lucha a vida o muerte, pues: *Quien no trabaje tampoco podrá comer*.⁹⁵⁴ Aunque en la historia esta lucha esté cada vez más regulada por medio del «diálogo social» (entre patronal y sindicatos), en cada huelga hay un momento virtualmente excesivo que siempre puede ser liberado. Puede haber rupturas violentas por ambas partes; en el lado de los huelguistas puede haber divisiones entre quienes se atienen a las reglas y quienes de pronto reconocen las reglas mismas como parte del problema; la huelga puede al final extenderse y universalizarse, hasta la *huelga general proletaria incondicional*, que en última instancia conducirá a la muerte del adversario, el capital, porque el capital no es otra cosa que trabajo muerto acumulado, que depende de que el trabajo vivo lo reanime siempre una y otra vez.⁹⁵⁵ La imprevisibilidad, el momento fundamentalmente incalculable de la huelga se refleja también en Weerth

954 Sobre la economía política de esta sentencia de la Segunda Carta del apóstol San Pablo a los Tesalóncenses (3,10–11), véase Max Horkheimer, *Dämmerung. Notizen aus Deutschland*, en: Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, Bd. II: *Philosophische Frühschriften 1922–1932*, Frankfurt a. M., 1987, pp. 312–453, aquí p. 405 y s.

955 Véase al respecto Arnold Roller, *Der soziale Generalstreik*, 2ª ed., Nueva York o. J. [1905/07]. También Walter Benjamin conoció y escribió sobre la poesía de la huelga general proletaria, apoyándose en Georges Sorel y ante el trasfondo del sofocamiento del golpe de Estado de Kapp por parte del proletariado berlinés unido en 1920 (Walter Benjamin, «Zur Kritik der Gewalt» [1921], en: Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Bd. II.1: *Aufsätze, Essays, Vorträge*, ed. por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt a. M., 1991, pp. 179–203) [ed. en cast.: *Crítica de la violencia*, Barcelona, Biblioteca Nueva, 2020]. Las consecuencias poetológicas de la concepción benjaminiana las ha extraído Werner Hamacher, «Affirmativ, Streik», en: Christiaan Hart-Nibbrig (ed.), *Was heißt 'Darstellen'?*, Frankfurt a. M., 1994, pp. 340–374. La parte mediático-teórica de la huelga como perturbación o molestia ha sido elaborada por Eva Horn, «Politische Störungen. Streik, Sabotage, Staatsstreich», en: Albert Kümmel y Erhard Schüttpelz (eds.), *Signale der Störung*, Múnich, 2003, pp. 321–334.

cuando Eduard ha de reconocer que cualquier huelga puede también terminar en la «más amarga» derrota del trabajador;⁹⁵⁶ pero el ánimo se recupera pronto por el optimismo inquebrantable de la mirada a largo plazo: *las luchas se irán acumulando, cada nueva lucha se construirá sobre las experiencias de las precedentes, y al final del todo tendremos que vencer*. Esta confianza va también acompañada, para el Eduard de Weerth, de situaciones de claro «entusiasmo».⁹⁵⁷ Esa es la base del optimismo del movimiento obrero, su visión de un futuro liberado, su esperanza de una sociedad sin clases por venir, no es solo expresión de una ideología del progreso malentendida además como «ciencia», sino que forma parte –aunque sea de forma oculta– del «entusiasmo»^{958 959} del anticapitalismo romántico.

956 Weerth, *Romanfragment*, p. 341.

957 *Ibid.*, p. 342.

958 Aquí el autor juega con los dos vocablos alemanes intercambiables y traducibles por «entusiasmo», en Weerth *Begeisterung*, de raíz germánica, y en Marx su equivalente de raíz latina, *Enthusiasm* [N. del T.].

959 Marx, «Kritik», MEW 1, p. 388.

EPÍLOGO: «ANTICAPITALISMO» ROMÁNTICO DESDE ARRIBA

Ludwig Tieck no era el único de los románticos que se vio enfrentado en un viaje a Inglaterra, de repente y sin preparación, con los trastornos sociales de la Modernidad capitalista. La visión de las «ciudades fábrica», en las que una «gran cantidad de chusma empobrecida, atrofiada y de malas costumbres» literalmente vegeta «en la dependencia más torturadora de sus patrones» no solo hace perder el rumbo al Leonhard de Tieck –por boca del cual su autor cuenta sus propias experiencias en Inglaterra, como hemos visto–. Karl Friedrich Schinkel escribe a su mujer Susanne desde Liverpool, el 19 de julio de 1826, sobre una de las metrópolis de la época que nos es bien conocida:

Inglaterra ha multiplicado su tamaño y su belleza por dos, e incluso en algunos lugares por tres o por cuatro, durante los últimos 50 años, tiempo en el que ha depositado su esencia más profunda en las máquinas. Este extraordinario fenómeno llama la atención a cualquier viajero atento. Se ha llegado a la culminación, y el progreso se ha llevado a un extremo; en Mánchester, donde estábamos ayer, han surgido desde la guerra 400 nuevas fábricas de hilado del algodón, entre las cuales hay varios edificios del tamaño del Palacio Real de Berlín, rodeados de miles de obeliscos humeantes de las máquinas de vapor, cuya altura desde 80 hasta 180 pies destroza cualquier impresión por los campanarios de las iglesias. Todas estas instalaciones producen masas tan enormes de mercancías que el mundo está repleto de ellas, ahora se agolpan 12 000 trabajadores en las calles porque no tienen trabajo, después de que la ciudad haya mandado de vuelta ya a su tierra natal, corriendo con los gastos, a 6 000 irlandeses. Otros trabajadores solo pueden ganar por su trabajo de 16 horas diarias

2 chelines, como 15 groschen semanales. –No está nada claro qué pasará con esta situación tan horrorosa. –Ya te hablaré en persona más de esto. Como ves, por aquí hay muchas cosas interesantes que observar.⁹⁶⁰

En su diario, añade también que los 12 000 trabajadores en paro despedidos «vuelven ahora juntos para revolucionar», contra lo cual «se concentrarán muchos militares ingleses [...]» para mantener la seguridad: «Bellos agentes y oficiales, montando maravillosos caballos».⁹⁶¹

Schinkel visitó Inglaterra junto con su amigo –«quizás su amigo más íntimo»– Peter Beuth.⁹⁶² Ambos estaban fuera como funcionarios públicos, y la función de su viaje nos queda clara si nos fijamos en el departamento y la función de Beuth. Después de haber sido miembro del Consejo de Estado, Beuth se convierte, en 1819, en director de la Delegación Técnica de Comercio y, desde 1821, del Instituto Real de la Técnica, erigido de acuerdo a sus planes, que cambiará su nombre en 1827 por el de Instituto Real de Comercio. Este se convertirá después en el germen de la Universidad Técnica de Berlín. Beuth pertenecía ya, cuando era joven, a una «red de jóvenes prusianos» que organizaba la realización de las reformas prusianas bajo las grandes figuras de los barones Stein y Hardenberg. En 1809/10 participó en el «círculo más cercano de asesores de Hardenberg», especialmente en la formulación de la libertad de empresa.⁹⁶³ En este círculo trabajó de forma intensa con su amigo, el jurista e historiador Friedrich («Fritz») von Raumer, que a su vez era muy cercano a Ludwig Tieck. Beuth ya desde su época como estudiante en Berlín y Halle había trabado amistad con el filósofo Karl Wilhelm Ferdinand Solger, otro íntimo de Tieck. En la «sociedad de los viernes» berlinesa de Solger, Beuth también había conocido a Schinkel, quien le presentaría después en 1809 a Hardenberg.

960 Karl Friedrich Schinkel, «Brief an seine Frau Susanne, 19. 7. 1826», publicada en: Schinkel, *Die Reise nach Frankreich und England im Jahre 1826*, ed. por Reinhard Wegner, Múnich/Berlín, 1990, p. 187.

961 Schinkel, *Tagebuch*, en: Schinkel, *Reise*, p. 160.

962 Así lo cuenta Jörg Trempler, *Karl Friedrich Schinkel. Baumeister Preußens. Eine Biographie*, Múnich, 2012, p. 177. Sobre el discutido y muchas veces mal especificado –¡incluso en su lápida!– nombre de Beuth así como sobre la amistad estelar entre Schinkel y Beuth véase Christoph von Wolzogen, *Karl Friedrich Schinkel. Unter dem bestirnten Himmel*, Bd. 1, Frankfurt a. M., 2016, pp. 334-338.

963 Wolzogen, *Schinkel*, pp. 336, 337 y 340. Antes de su contacto con Hardenberg, Beuth ya había sido protegido como joven por la familia de Stein.

Como muchos de la élite de los jóvenes prusianos, Beuth se remitía ya como estudiante al «dios Smith».⁹⁶⁴ Había que reformar la economía y la sociedad prusianas a partir de Adam Smith, pero con una reforma *dirigida por el Estado*. Beuth está convencido, al igual que muchos compañeros de su generación, de que el liberalismo económico de Smith no ha de estar ligado de forma necesaria a la democracia –también hoy los funcionarios del milagro económico chino lo saben o al menos lo practican, así como ha descrito con precisión Giovanni Arrighi en *Adam Smith en Pekín*–.⁹⁶⁵ Pero Beuth y sus colegas también saben, junto con Smith, que «no se debe dejar a la intemperie demasiado bruscamente una situación apoyada durante mucho tiempo»: Los organizadores y propagandistas de la libertad de empresa –y no solo sus críticos– tenían clara la necesidad de que había que apoyar primero la «empresa libre» para poder ir consolidándola después poco a poco. *La libertad de empresa requiere apoyo a la empresa* –así se podría resumir el credo de Beuth, y con ello se convertirá Beuth en el «entrenador de una nación trabajadora», así como Schinkel en su arquitecto–.⁹⁶⁶

Apoyo a la empresa significa para Beuth, en primer lugar, *formación*: formación comercial, recopilación, organización y mejora de los saberes sobre producción y distribución, desarrollo de máquinas, de la importación y síntesis de conocimientos dispersos. El instituto de Beuth ponía a disposición de unos pocos estudiantes, elegidos exclusivamente por cualificación, y no por procedencia, «laboratorios, talleres y sobre todo contacto con los maestros especializados de dentro y fuera de la nación».⁹⁶⁷ De entre los estudiantes se reclutó la élite funcional de la economía en Prusia, que pronto comenzó a expandirse. El posterior «rey del ferrocarril» August Borsig, antiguo alumno del Instituto de Comercio y pionero de la construcción de máquinas prusiana,

964 Así lo dice el protector de Beuth Ludwig von Vincke, cita de Wolzogen, *Schinkel*, p. 339. Unos años después, en 1823, peregrinó en un viaje por Escocia a la tumba del venerado economista en Glasgow; véase Wolzogen, *Schinkel*, p. 352.

965 Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing. Die Genealogie des 21. Jahrhunderts*, Hamburgo, 2008 [ed. en cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007].

966 Wolzogen, *Schinkel*, pp. 241 y 338. Sobre el muy citado, pero nunca probado, título honorífico «Vater der preußischen Gewerbeförderung» [Padre del Fomento Empresarial Prusiano] no he podido encontrar ninguna fuente.

967 *Ibid.*, p. 346.

bautizó en 1844 con el nombre de «Beuth» la primera locomotora diseñada y construida completamente en Prusia.⁹⁶⁸

La formación en el Instituto se acompañaba de trabajo de organización social. A partir de encuentros sueltos e informales, Beuth anima la institucionalización de una «Asociación para la Promoción de la Productividad Empresarial» en la que se encontraban «industriales, maestros artesanos, farmacéuticos, [...] rentistas, terratenientes, banqueros, marchantes de arte, artistas, ministros, consejeros de Estado y privados».⁹⁶⁹ La heterogénea composición de la asociación señala que lo decisivo aquí era el objetivo, y no unas identidades socioculturales presupuestas. La asociación empresarial solo pretende apoyar la productividad de las empresas, y no puede por tanto, en esta determinación circular de sí misma, tomar en consideración prejuicios políticos ni vanidades estamentales. La asociación se constituye precisamente a partir de los ideales románticos de la libre asociación y los ensalza a partir de lo económico.⁹⁷⁰ En la asociación, Schinkel era el «director del Departamento III de Arquitectura y Bellas Artes».⁹⁷¹

Donde no se podían establecer contactos directos con especialistas extranjeros, Beuth mismo o sus alumnos debían tratar de forma activa de conseguir la información necesaria, «adquirir el *know-how*» [saber-hacer]. En los «viajes tecnológicos» regulares a Francia y sobre todo a Gran Bretaña, institucionalizados en el currículum en forma de prácticas en el extranjero, informaban sobre la situación del desarrollo de las fuerzas productivas, mostrando talleres, instalaciones de fábricas y maquinaria, almacenes y lonjas, pero también proyectos de infraestructuras como puentes y canales, realizados con empeño y dibujos –si

968 Sobre la actividad de Beuth en el fomento empresarial véase el catálogo *Klosterstraße 36. Sammeln, Ausstellen, Patentieren. Zu den Anfängen Preußens als Industriestaat*, Ausstellung des Geheimen Staatsarchivs/Preußischer Kulturbesitz, o. O., o. J. [Berlín, 2014].

969 Wolzogen, *Schinkel*, p. 347.

970 Que tanto Beuth como Schinkel fueran también miembros de la *Deutscher Tischgesellschaft* [Sociedad de la Mesa Alemana] de Achim von Arnims y Adam Müller muestra una vez más lo ligadas que podían estar las ideas liberales-progresistas con la exclusión antisemita en Prusia.

971 Nadine Rottau, «Schinkel der Moderne – Gewerbeförderung und Design», en: Heintz Th. Schulze Altcapenberg, Rolf Johannsen y Christiane Lange (eds.), *Karl Friedrich Schinkel. Geschichte und Poesie*, Múnich, 2012, pp. 227-229, aquí p. 227.

no directamente en el lugar, al atardecer en sus habitaciones-. Todo esto viaja de vuelta a Berlín por correo o en valijas diplomáticas. Aparte de esto, Beuth adquiere directamente máquinas y centros de producción que envía por piezas a Prusia para esquivar las prohibiciones de exportación y los aranceles. Que los sobornos también fluyen es algo obvio.⁹⁷² Seguramente nos quedamos cortos si ponemos toda la actividad viajera del Instituto «bajo la sospecha general de espionaje industrial»; el propio viaje de Schinkel y Beuth por Francia y Gran Bretaña de 1826 no está completamente libre de esto.⁹⁷³

Schinkel acompaña a su amigo no como dibujante versado, aunque esta habilidad tiene su importancia.⁹⁷⁴ Beuth ya había escrito desde Mánchester, en su viaje por Inglaterra de 1823, que en Inglaterra se pueden tener también experiencias importantes y necesarias precisamente como arquitecto y diseñador contemporáneo y preocupado por su época. Entonces informaba sobre «la maravilla de los nuevos tiempos», especialmente

máquinas y edificios adecuados a ellas, llamados factorías. Una mole de este tipo tiene ocho y nueve plantas, tiene en ocasiones cuarenta ventanas de largo y normalmente cuatro ventanas de profundidad. Cada planta tiene una altura de doce pies; todas están arqueadas, a saber, con nueve pies de tensión a lo largo. Las columnas son de hierro. Las vigas que se apoyan en ellas también; las paredes laterales y los muros exteriores son como de cartón, en la segunda planta no llegan a dos pies y medio de grosor.⁹⁷⁵

En su viaje por Inglaterra, Schinkel estaba preocupado por la cuestión de cómo se podrían construir las nuevas «factorías», que próximamente iban a surgir en Prusia precisamente por iniciativa de Beuth, de forma que no fueran simples «moles», o con más exactitud: cómo se podría construir estas «moles» –que

972 Véase Reinhard Wahren, *Baukünstler und Ingenieur. Eine Berliner Freundschaft: Karl-Friedrich Schinkel und Christian Peter Wilhelm Beuth*, Berlin, 2016, p. 34 y s. y 39 y s.

973 Wolzogen, *Schinkel*, p. 349; Wolzogen propone aquí de forma irónica el término neutral «transferencia de tecnología».

974 «Incluso el barón vom Stein se llevó a su viaje por Inglaterra en 1787 un 'pintor de paisajes', que sin embargo se detenía sorprendentemente en las instalaciones fabriles» (Wolzogen, *Schinkel*, p. 349).

975 Beuth a Schinkel, citado por Bernhard Schulz, «Schinkels englische Reise – Wendepunkt oder Intermezzo? Die Industrie und die Poesie des Bauens», en: Hein-Th. Schulze Altcapenberg y Rolf H. Johannsen (eds.), *Karl Friedrich Schinkel. Geschichte und Poesie. Das Studienbuch*, Berlin, 2012, pp. 105-115, aquí p. 105 y s.

históricamente se convirtieron en necesarias–, de forma que pudieran desarrollar una poesía propia y adaptada a los tiempos. Comunicar «lo histórico y lo poético» es para Schinkel la tarea última de toda arquitectura –también de los edificios funcionales modernos–.⁹⁷⁶ Las construcciones en las que se manifiestan con más claridad las experiencias inglesas de Schinkel, se puede anticipar, son la Academia de Arquitectura de Berlín, junto al Werderschen Markt –ella misma una «mole», aunque con una fachada rítmica de formas cuidadas– y la ampliación del Instituto de Comercio de Beuth en la Klosterstraße: el primer edificio en Berlín con una «estructura de hierro fundido de producción prusiana» y muro cortina.⁹⁷⁷

Sin embargo, junto a estas propuestas, Schinkel también trae de las ciudades fábrica inglesas un horror artístico, cuyas descripciones resuenan claramente en los lamentos socio-estéticos del Leonhard de Tieck: «Produce una impresión tenebrosa e inquietante: enormes masas de edificios ejecutadas por maestros de obra sin arquitectura, solo pensadas para cubrir la pura necesidad y hechas de ladrillos rojos», como anota en su diario en Manchester.⁹⁷⁸ Una poesía de la construcción fundada en los objetivos y necesidades de los nuevos tiempos, sin dejar de lado con ello toda pretensión artística: solo cuando se encuentre algo así, se podría completar con Leonhard, la vida de las personas que han de vivir y trabajar en los nuevos edificios, y con los nuevos artículos de consumo, dejará de estar reducida a una «vida desnuda».⁹⁷⁹

La búsqueda de una poesía de la Modernidad industrial se condensa en una acuarela que regala Schinkel a su amigo Beuth en 1837 y que como consecuencia de una descripción de la imagen del regalo quizás equivocada, o en todo caso precipitada, se transmite bajo el título *Beuth, auf dem Pegasus* [Beuth, montando

976 Así lo expresaba Schinkel en 1835 con motivo del diseño de la residencia de un príncipe; citado por Klaus Jan Philipp, «Poesie und Architektur um 1800», en: Schulze Altcappenberg/Johannsen, *Schinkel Studienbuch*, pp. 23-30, aquí p. 23.

977 Schulz, «Englische Reise», p. 110. El edificio fue destruido en la II Guerra Mundial y solo se puede observar en el cuadro de Eduard Gärtner *Die Klosterstraße*, de 1830, en la Antigua Galería Nacional. Sobre la Academia de Arquitectura véase Wahren, *Baukünstler*, p. 28.

978 Schinkel, *Tagebuch*, p. 160.

979 Véase JTM, p. 62.

a Pegaso]. La figura que Beuth reclama como representación de él mismo («yo planeo sobre Pegaso sobre una ciudad fábrica fundada por mí mismo»), resulta precipitada ya que vista desnuda desde atrás, cuando se la observa con más detenimiento, es ambivalente en lo que respecta al sexo. El pelo rubio recogido, los pendientes y el inicio del pecho indican en todo caso una separación de la alegoría de su modelo personal.⁹⁸⁰

Sea como fuere, la identidad sexual de la figura no es lo único ambiguo en la imagen. Pues la figura, que si atendemos al Pegaso que monta debe ser leída como alegoría de la capacidad imaginativa y de la inspiración poética,⁹⁸¹ sopla también pompas de jabón (atributo de una fantasía que brota de la nada y no produce más que apariencias coloridas), pero sin embargo –según se pueden descifrar, en parte, las enigmáticas inscripciones, pensadas para una comunicación íntima entre amigos– estas pompas de jabón que produce siempre habrán de reventar; en «Isquia» –la segunda pompa de jabón por la izquierda– Beuth planeaba levantar una villa donde antes no había nada.⁹⁸² Más allá de esto, la alegoría no solo planea sobre una «ciudad fábrica» y un «paisaje industrial», sino, también y sobre todo, sobre el despacho del propio Beuth, representado en forma de «sobreimpresión ficticia» en la parte de abajo de la imagen, envuelta en una corona de humo.⁹⁸³ En este despacho, que aparece incluso más gris que la ciudad fábrica llena de humo, se amontonan actas etiquetadas como tales: «Actas de la Asociación del Comercio», se puede descifrar. Lo que la alegoría de Schinkel nos presenta es el sueño de una industrialización planificada, en la que el crecimiento económico (todas las chimeneas echan humo, un canal está muy transitado) se puede conectar con un amplio diseño espacial (la

980 Véase Hein-Th. Schulze Altcapenberg, «'Letzte Lebensphilosophie'. Die Allegorien auf Peter Beuth», en: Altcapenberg/Johannsen, *Schinkel Studienbuch*, pp. 199-210, aquí p. 205.

981 Sobre el motivo de Pegasus en Schinkel véase sobre todo Jörg Trempler, *Schinkels Motive*, Berlín, 2007, p. 84 y ss. Sobre la relación entre Pegasus y la gloria véase Claudia Brink, «Fama», en: Uwe Fleckner, Martin Warnke y Hendrik Ziegler (eds.), *Handbuch der politischen Ikonographie*, Bd. 1, Múnich, 2011, pp. 285-292, aquí p. 287 y s.

982 Las otras pompas de jabón están rotuladas con «7 000 000 Eink.», «Araber» y «Min. Gloria» [7 000 000 de salario; Árabes; Min. Gloria]; véase Schulze Altcapenberg, «Lebensphilosophie», pp. 205 y 210.

983 *Ibid.*, p. 205.

ciudad al completo está ajardinada bajo las nubes de humo; la fábrica a la derecha del plano principal se parece a una mansión o a un palacio con un patio interior rectangular). El gran sueño de una modernización planificada, ordenada socialmente y proyectada de forma estética es el resultado, sobre todo, de un duro trabajo burocrático; pero el sueño también puede mostrarse como algo vacío, como meras pompas de jabón.

El enigma alegórico de la imagen –que todavía se refuerza más si tenemos en cuenta otras obras que Schinkel regala a Beuth– está seguramente, por un lado, en deuda con una amistosa ironía que asegura el aprecio hacia el otro precisamente no tomándole en cuenta ni a él ni sus planes. Por otro lado, sin embargo, Schinkel reconoce también que el proyecto político-estético común se mueve históricamente en un espacio todavía abierto, y quizás incluso sin fundamento, cuyo éxito o fracaso todavía no está decidido en modo alguno. Inglaterra –el escenario soñado se parece paisajísticamente al norte de Inglaterra⁹⁸⁴ no sirve en este contexto solamente como orientación. Los trabajadores ingleses sublevados, a quienes solo se puede contener mediante una violencia militar masiva, suponen para Schinkel una amenaza para todos sus rimbombantes planes, aunque nunca los nombre tantas veces como en la carta citada a su mujer.

El dúo Beuth/Schinkel busca y encuentra –precisamente en discusión con las experiencias inglesas– soluciones para todos los problemas que los románticos Leonhard/Tieck asociaban a la libertad de empresa. Sí, la interacción entre el Instituto de Comercio y la Asociación del Comercio cubre ampliamente las tareas que los nostálgicos realistas como Tieck o Rau habían atribuido a los gremios, precisamente en la formación de los jóvenes artesanos e industriales: se recopilan los viejos saberes, se prueban y se transfieren, se adquieren nuevos conocimientos y se impulsan innovaciones. Proyectos que exceden el horizonte de una empresa individual se fijan y se orquestan en la asociación de forma afable y social, por medio de una colaboración de los diferentes actores políticos, económicos y culturales. Todo esto, además, sin atisbo de tejemanejes ni prebendas –para Beuth,

984 Véase Schulz, «Englische Reise», p. 114 y s.

«calidad y transparencia» eran requisitos fundamentales.⁹⁸⁵ Esto se muestra ya en que uno de los proyectos centrales de la nueva asociación sea la publicación de una revista de la asociación, en la que se documentan y se continúan los discursos y las discusiones: la revista *Verhandlungen des Vereins zur Beförderung des Gewerbefleißes in Preußen* [Debates de la Asociación para la Promoción de la Productividad Empresarial en Prusia]. En el primer número de la revista se reproduce el discurso de Beuth con motivo de la fundación de la asociación el 15 de enero de 1821. Aquí Beuth pone énfasis en el requisito de la transparencia, invocando de forma ofensiva los viejos prejuicios contra los gremios, sacando así a sus compañeros de la asociación de su *zona de confort*, como se diría hoy: «El tiempo de la comodidad, en el que los precios y las calidades se establecían al gusto ha pasado; ha llegado el tiempo de la necesidad, y nos fuerza a sustituir las ventajas perdidas de acuerdo a la naturaleza y el tiempo. *La vida ya no es tan fácil, pero si podemos hacerla segura*; es el tiempo del esfuerzo».⁹⁸⁶

El nuevo tiempo es un «tiempo de la necesidad», en esto están de acuerdo Beuth y Leonhard; pero la necesidad es necesaria, subrayaría Beuth, para poder vivir finalmente de forma «segura» «de acuerdo a la naturaleza y el tiempo». Es decir: *siempre a favor del tiempo –avanzando con el tiempo–*.

La contribución de Schinkel para la superación de esa necesidad que hasta el mismo Beuth ve surgir, al menos de forma transitoria, con la libertad de empresa, descansa en buena medida en ese terreno del gusto y los afectos políticos que Leonhard ilumina tan minuciosamente. Leonhard había visto –precisamente en la formación de objetos útiles y cotidianos– una «carencia o ausencia de gusto» que se expandía precisamente «desde Inglaterra», «un tipo de puritanismo que consideraba realmente cualquier adorno que no tiene que ver con lo estrictamente necesario como una herejía» (JTM, p. 60). Leonhard, por el contrario, había erigido su teoría del «ornamento necesario», según la cual hay que «dar a la vida desnuda un ornamento necesario decorándola con un revestimiento» simplemente para hacer de la vida

985 Wolzogen, *Schinkel*, p. 346.

986 Citado en Wolzogen, *Schinkel*, p. 347.

algo realmente humano y digno de ser vivido.⁹⁸⁷ Schinkel estaría de acuerdo con la crítica cultural del diagnóstico del problema, en tanto apoya la orientación básica de su solución. En ambas posturas ese «ornamento necesario», que debido a su necesidad es precisamente algo más que un simple ornamento, está ligado a una palabra clave; «poesía». Sin embargo, cuando el Leonhard de Tieck insiste precisamente como ebanista, en la individualidad de la solución artesanal y hace valer también en última instancia su idiosincrasia profundamente individual, Schinkel toma otro camino como arquitecto y como planificador responsable político-cultural. Incluso en los *signature buildings* [edificios de autor] individuales, como la iglesia de Friedrichswerder o la Academia de arquitectura de Berlín, opta por la introducción de elementos prefabricados; en último término, las soluciones de Schinkel siempre están determinadas por la serialidad.⁹⁸⁸

El contraste todavía es más claro cuando Schinkel –junto con Beuth– se mueve en el dominio propio de Leonhard: el diseño de muebles. Leonhard se enfada especialmente por los muebles «cuadrados, toscos», que debe producir como ebanista de acuerdo al gusto inglés del momento y que le parecen una «completa barbaridad»: la «triste, monótona y oscura madera de caoba», todo «rudo, austero y simple». A Leonhard le irritan especialmente los «lechos extremadamente incómodos que debo fabricar ahora y que siempre parecen inacabados, más aún los *secretaires*, como se los llama, o escritorios» (JTM, p. 60).⁹⁸⁹ Que

987 Véase el apartado «Pasiones políticas, gusto estético» en el primer capítulo del presente estudio.

988 Véase por ejemplo el boceto del almacén que no se construyó «Unter den Linden», pero también la Casa de la Palmera en Pfaueninsel, donde Schinkel tomó ejemplo de edificios invernadero y de exposiciones hechos de hierro fundido y cristal y contruidos por medio de módulos; véase al respecto Schulz, «Englische Reise», p. 111 y s. La continuidad entre Schinkel y el racionalismo arquitectónico, especialmente de Mies van der Rohe, la puso de manifiesto ya hace tiempo Julius Posener, *From Schinkel to the Bauhaus. Five Lectures on the Growth of Modern German Architecture*, Londres, 1972.

989 La referencia especial a los escritorios no es seguramente una casualidad, ya que estos muebles de moda que se extendieron desde Inglaterra acompañaban una economía en la que el papeleo de pupitre desempeñaba un papel cada vez más importante; pronto augurará en broma Elsheim a Leonhard un futuro del estilo como «consejero de la comisión» que simplemente tiene que instruir a los maestros que trabajan bajo su mando haciéndoles «indicaciones y peticiones» (JTM, p. 74). Los austeros «*Secrétaire*» y «*Büreaus*» encajan perfectamente con esta forma económica, que ya no sabe qué hacer con los disfuncionales adornos, y en la que solo cuenta la

todas las cosas de la vida cotidiana –desde la arquitectura hasta los muebles– sean «deprimentes», al haber renunciado a todo tipo de diseño, es algo que también Schinkel suscribiría. Sin embargo, a pesar de toda la cercanía de su crítica, la descripción de Leonhard de los espantosos «bienes muebles» ingleses (JTM, p. 59) no está tan lejos de los diseños concretos de muebles de Schinkel; por ejemplo, la mesa de dibujo que había diseñado para las viviendas de la empresa de Beuth en la Klosterstraße y que se puede ver en el retrato que hizo Schinkel de Beuth en su vivienda en 1838, da justo esa impresión: «ruda, austera», posiblemente incluso «simple».⁹⁹⁰

Pero lo decisivo a la hora de contraponer al Leonhard de Tieck y a Schinkel es que, para este último, los muebles (como todos los objetos útiles), han de estar diseñados, pero su diseño no debe descansar de ningún modo en manos de los artesanos o artistas como individuos, sino que ha de ser asumido y realizado por especialistas. O, dicho de otra manera: la poesía de un objeto debe ser desarrollada de forma individual a partir de su función, pero no por parte de artistas individuales, sino de una combinación de especialistas en diseño y trabajadores que lo implementan. Esta nueva interpretación extremadamente contemporánea del proceso de diseño y producción se plasma en un proyecto de libro que Schinkel editó junto con Beuth, en nombre de la Delegación Técnica Real del Comercio, en dos entregas en 1830 y 1837: *Vorbildern für Fabrikanten und Handwerker* [Modelos para industriales y artesanos]. En este libro de muestras, Schinkel y Beuth brevemente introducen a sus destinatarios en los conceptos básicos del diseño y, a continuación, dan modelos concretos para el diseño de construcciones, muebles, productos textiles, objetos útiles e incluso máquinas, por medio de detalladas descripciones e innumerables ilustraciones de una calidad

eficiencia. Pero precisamente con esta forma de economía y organización no tenían ningún problema Beuth y Schinkel.

990 Véase la ilustración en Schulze Altcapenberg, «Lebensphilosophie», p. 204, descripción, p. 207; Kupferstichkabinett SMB, SM 54.11. Sobre los diseños de muebles de Schinkel véase Birgit Kropmanns, «Die Möbelzeichnungen Karl Friedrich Schinkels. Versuch einer Kategorisierung», en: Schulze Altcapenberg/Johannsen, *Schinkel Studienbuch*, pp. 235-242. Aquí se advierte que los dibujos de Schinkel han servido en diversas ocasiones como «patrón» con «líneas de corte» para el trabajo concreto de los artesanos; en particular hubo una estrecha cooperación con el maestro ebanista berlinés Bernhard Wanschaff (p. 237).

extraordinaria. Beuth deja claro el objetivo de la empresa a sus lectores, a quienes va a buscar, en cierto modo, allí donde están por profesión y función –en interés de la empresa–:

Del mismo modo que la perfección de la mercancía, a precios iguales, asegura su venta, también esta viene provocada, en gran medida, por aquello que surge de la forma y le da a la mercancía un gran atractivo. Quien produce la mercancía más útil y al mismo tiempo más bonita ha de contar con una venta segura, aunque la ignorancia, la moda o la rudeza de los clientes puedan influir en la elección de su compra.⁹⁹¹

El programa propuesto en los *Modelos* de una mejora generalizada del gusto en beneficio de una promoción comercial no es para nada una de esas pompas de jabón con las que Schinkel rodea suavemente a Beuth en la alegoría de Pegaso. Los *Modelos*, que por su parte siempre recurren a modelos ingleses, se convirtieron en un auténtico éxito; «marcaron durante décadas los productos de las manufactorías y fábricas prusianas, de acuerdo completamente con la pretensión de Beuth de ligar utilidad y belleza».⁹⁹² Sin embargo, con la producción en serie de belleza –y no con la completa falta de arte en los objetos útiles, en cuyo diseño nadie ha pensado– es como se pierde finalmente la artesanía individual de Leonhard. Pues cuando la mercancía producida en serie es tan buena y tan bonita –pero mucho más barata– como lo que Leonhard y sus semejantes pueden presentar, entonces el mercado y el consumidor ya han tomado la decisión. Y cuando los editores dejan claro que los *Modelos* solo sirven para «ser copiados e imitados fielmente», pero que no deben ser «desarrollados más allá» de forma autónoma,⁹⁹³ con ello se expresa realmente una enorme desconfianza ante la fiabilidad del gusto de artesanos como Leonhard:

La aplicación adecuada a nuestras necesidades, así como toda la decoración, solo puede ser resultado del estudio, de la crítica y del propio talento. Esta pertenece al terreno del arte, al igual que la creación de aquellos modelos que resultan libremente de la vida interior del artista. Sobre ellos no debe poner ningún requisito el fabricante, el artesano como tal,

991 *Vorbilder für Fabrikanten und Handwerker*, ed. por la Königl. Technischen Deputation für Gewerbe, Berlín, 1830; «Vorwort», firmado por Beuth, p. iv.

992 Wahren, *Baukünstler*, p. 29.

993 Véase Trempler, *Motive*, p. 177.

sino únicamente limitarse a adquirir la formación y la destreza necesarias para plasmar el espíritu de los modelos que le son dados, y ejecutarlos e imitarlos de la mejor manera posible de acuerdo a dicho espíritu.

A menudo los artesanos han abandonado este camino y, cuando aquellos que han recibido en las escuelas de artesanía algunos conocimientos y destrezas se han creído llamados a recurrir a composiciones propias, el resultado no ha sido satisfactorio sino, ciertamente, más vulgar y aventurado que si no hubieran recibido dichos conocimientos.⁹⁹⁴

La crítica a la «falta de gusto» del momento, que en principio suena similar en Tieck y en Schinkel/Beuth, y las representaciones similares de la necesidad de un revestimiento poético, precisamente de los objetos de utilización diaria, conducen en un sentido socio-político –por ejemplo, en relación a la posición de los artesanos– a consecuencias totalmente opuestas. Mientras el Leonhard de Tieck conserva el ideal de una forma de vida normalizada del artesano, el proyecto de Beuth y Schinkel abandona por completo este ideal de su programa: los artesanos se convierten en «manos», órganos ejecutores. Beuth y Schinkel ya no pueden partir en modo alguno del énfasis en la formación universalista de artesanos como Weitling y compañía, con su pretensión de un desarrollo general de su individualidad. Ambos funcionarios y artistas prusianos, se podría decir, se oponen incluso frontalmente a una *poesía de la clase* radical como la que se despliega en el movimiento obrero de oficiales artesanos surgido en la época (y como la que Tieck al menos acompaña y prepara), al negar desde el principio y categóricamente a los artesanos cualquier pretensión que estos pudieran tener de formación y superación personal. Poesía y clase son cosas que han de seguir estando separadas, y esta separación la defenderá con mayor vehemencia el Estado prusiano cuanto más fuertes sean las demandas de la clase a las que se enfrenta en otros terrenos.

Pues el «tiempo de la necesidad» sobre el que habla Beuth en su discurso con motivo de la fundación de la Asociación del Comercio representa de por sí cosas extremadamente diferentes para los maestros y los industriales, por un lado, y para los oficiales y trabajadores por el otro. El pauperismo, que al menos tras la implantación de la libertad de empresa, afecta a gran parte de la vieja artesanía y a los empleados de las manufacturías

994 Vorbilder, «Vorwort Beuth», p. v.

prusianas, hasta el momento bajo la protección del Estado, aparece para Beuth y Schinkel, si lo hace, solo como algo marginal. Sin embargo, el Estado, el rey y sus funcionarios no se quedan quietos. Para luchar contra la depravación espiritual y moral de los recién surgidos barrios pobres y miserables del norte de Berlín, en torno a Hamburger Tor, Oranienburger Tor y Rosenthaler Tor, el rey Federico Guillermo III de Prusia ordena ya en los años veinte la construcción de dos iglesias de pobres gigantes. Esto lo remata Schinkel convenciendo por primera vez al rey de que cuatro iglesias más pequeñas cumplirían mejor con sus objetivos. Finalmente, en los años treinta se construyen –interrumpidas por la epidemia de cólera de 1832, que afecta especialmente de forma espantosa a estos barrios miserables–, las «iglesias de la periferia» St. Elisabeth (Invalidenstraße), Nazareth (Wedding), St. Johannis (Moabit) y St. Paul (Gesundbrunnen).

Los barrios miserables Neu-Vogtland (llamado así en la época debido a los numerosos migrantes pobres que venían de la región de Vogtland, en el centro de Alemania) y Feuerland [tierra de fuego] (por los altos hornos de la fábrica de Borsig, que no se apagaban ni por la noche) pusieron en marcha en los años treinta y cuarenta múltiples iniciativas filantrópicas. En la historia de la literatura es significativo, por ejemplo, el *Armenbuch* [libro de los pobres] de Bettina von Arnim, en el que se combinaban datos estadísticos y narraciones poéticas.⁹⁹⁵ El primer libro de crítica social de Arnim, de 1843, titulado *Dies Buch gehört dem König* [Este libro pertenece al rey] declara ya en la fórmula dedicatoria del título (aunque no en su complicada factura literaria) al destinatario real de su militancia social. La última parte del «libro del rey» reúne bajo el título «Experiencias de un joven suizo en Vogtland» los informes del profesor suizo Heinrich Grunholzer, precisamente de esos barrios miserables de Berlín.⁹⁹⁶ La asisten-

995 Bettina von Arnim nunca terminó el *Armenbuch* –seguramente porque una publicación tras el levantamiento de los tejedores de Silesia la habría impedido la censura–. Una edición fidedigna de todos los materiales así como abundantes comentarios sobre la compleja e interrumpida historia de su surgimiento se ofrece en Bettine von Arnim, *Politische Schriften*, ed. por Wolfgang Bunzel et al., Frankfurt a. M., 1995, pp. 369-555 y 1047-1150.

996 *Ibid.*, pp. 329-368; comentarios pp. 1039-1046. Sobre la poética también de los escritos políticos de Arnim son imprescindibles los trabajos de Christa Bürger, como por ejemplo «Die Welt verzehren, um den Hunger nach dem Ich zu stillen. Bettina von Arnims Schreibprojekt», en: Bürger (ed.), *Zerstörung, Rettung des Mythos durch Licht*,

cia romántica a los pobres de Arnim, que no solo se preocupa de los intereses materiales de los pobres, sino sobre todo de los espirituales y morales, no está para nada lejos de iniciativas de su tiempo como la de Wilhelm Weitling. Sin embargo, en contraposición a Weitling y sus compañeros, que apuestan por la actividad autónoma de las clases trabajadoras, la escritora romántica von Arnim se gira directamente hacia el Estado. Dicho con mayor precisión romántica: hacia el rey como pastor y padre de su pueblo.⁹⁹⁷ De forma similar procede Lorenz von Stein, que tras sus experiencias con el Socialismo y comunismo de la Francia contemporánea recomienda en sus escritos de los años cuarenta y cincuenta, leídos con profusión, una «monarquía de la reforma social», para evitar justamente la propagación del socialismo y del comunismo en Alemania.⁹⁹⁸ O también Franz von Baader, cuya memoria *Sobre el malentendido actual de los proletarios o personas sin bienes del patrimonio de las clases propietarias de la sociedad*, de 1835, recomienda sobre todo la fundación de un «diaconato» social que confiera a los «proletarios» voz y representación a través de los sacerdotes de los pobres.⁹⁹⁹ La quintaesencia de la asistencia social romántica descansa en la política de los afectos: se trata de producir de nuevo, y de hacer más profundo, el vínculo emocional del «pueblo» con «su» rey y con ello con «su» Estado.

Schinkel participa en varios sentidos de esta política social afectiva romántica: «Como planificador urbano, que pudo observar en Inglaterra las consecuencias catastróficas de la ausencia de cualquier planificación en la época de la urbanización

Frankfurt a. M., 1986, pp. 43-68.

997 Véase al respecto Ursula Püschel (ed.), «Die Welt umwälzen – denn darauf läuft's hinaus», en: *Der Briefwechsel zwischen Bettina von Arnim und Friedrich Wilhelm IV.*, 2 Bde., Bielefeld, 2001. En mayo de 1845 escribe Arnim al rey: «¿No es tu pueblo tu hijo? Y, ¿a quién le haces más daño, al niño al que maltratas o a su padre que le quiere? (p. 128). Y en julio de ese mismo año escribe: «El rey ha declarado públicamente que confía en su pueblo, y que pondría su cabeza en el regazo de cualquiera. Estas palabras son para todos una fuente de entusiasmo hacia el rey» (p. 133). Más tarde, en mayo de 1847, escribe a Friedrich Wilhelm, «el rey [se ha] desposado con su pueblo» (p. 155).

998 Lorenz von Stein, *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf unsere Tage*, ed. por Gottfried Salomon, Bd. 3: *Das Königtum, die Republik und die Souveränität der französischen Gesellschaft seit der Februarrevolution 1848*, München, 1921 [1850], p. 41.

999 Baader, *Gesellschaftslehre*, p. 241.

salvaje; como arquitecto de una arquitectura pastoral, como la que representan las iglesias de la periferia; como arquitecto también de edificios reales de renombre como el castillo Stolzenfels en Koblenz; o con su dictamen sobre la conclusión de la catedral de Colonia: así se debe crear y reforzar precisamente en la población eminentemente católica de la recién anexionada Renania un «vínculo entre pueblo y monarquía».¹⁰⁰⁰

El proyecto social reformista de una política romántica de los afectos despertó muchas burlas ya en el *Premarzo*: en la recensión de Moses Heß de Lorenz von Stein, en *Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz* [Veintiún hojas desde Suiza] de Herwegh, en la versión libre irónica que Otto Lüning hace de Arnim Este libro pertenece al pueblo, en las tonterías de Engels contra la «mística sonámbula y la no filosofía» de Franz von Baader, o en el poema «Von unten auf!» [¡De abajo arriba!] de Freiligrath, donde un «maquinista-proletario» de la sala de máquinas de un barco de vapor del Rin maldice al rey y a la reina, a quienes ha llevado hasta Stolzenfels.¹⁰⁰¹ Pero esta burla quizás se haya tomado el asunto demasiado a la ligera. La política romántica de los afectos se ha mostrado asombrosamente duradera y fuerte; sin esta parte afectiva no se habría dado, quizás nunca, un modelo de éxito como el del Estado social prusiano, cuyos fundamentos se establecieron en el *Premarzo* y en la época de la revolución.

El universalismo inclusivo del anticapitalismo romántico subversivo se había dirigido siempre, como hemos visto, en última instancia «a todos». El doble romántico oficial de la promoción empresarial y de la asistencia social se dirige desde el

1000 Véase Jan Werquet, «Künstlerisches Ideal und historischer Aussagewert. Schinkel und die rheinischen Bauprojekte Kronprinz Friedrich Wilhelm (IV.)», en: Schulze Altcappenberg/Johannsen, *Schinkel Studienbuch*, pp. 261-272. Sobre la política de los afectos de Federico Guillermo IV de Prusia y su crítica de la época véase Patrick Eiden-Offe, «Dichter, Fürst und Kamarilla: Heinrich Heine berät Friedrich Wilhelm IV. Notiz zum *Wintermärchen*», en: Michael Niehaus y Wim Peeters (eds.), *Rat geben. Zu Theorie und Analyse des Beratungshandelns*, Bielefeld, 2013, pp. 275-300.

1001 Moses Heß, «Socialismus und Communismus», en: Georg Herwegh (ed.), *Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz*, Leipzig, 1989 [1843], pp. 157-177, especialmente a partir de la p. 166, donde se habla de todo el libro de Stein como de «un largo suspiro» (p. 168); Otto Lüning (ed.), *Dieß Buch gehört dem Volke*, 3 Bde., Bielefeld, 1845/46; Friedrich Oswald [esto es, Friedrich Engels], «Alexander Jung, Vorlesungen über die moderne Literatur der Deutschen», en: MEW 1, pp. 433-445, aquí p. 445; Ferdinand Freiligrath, «Von unten auf!», en: Freiligrath, *Werke in einem Band*, Berlín/Weimar, 1980, pp. 88-90; el poema pertenece a la obra publicada en 1846 *Zyklus Ça ira!*

principio al rey, a la autoridad, al Estado. El Estado social, tal y como se desarrolla a lo largo del siglo, habría sido impensable sin este fundamento en las autoridades públicas prusianas. Pero al dirigirse al Estado, la protección cultural y material prometida al «pueblo» se limita a los *súbditos*: los programas de «política social» creados en los años cuarenta conducen todos ellos a un cierre nacional del proletariado –en su sentido habitual así como en un sentido literal con respecto a la política de construcción de vivienda–.¹⁰⁰² A partir de ese momento, no ha de haber ya «oficiales apátridas» ni una «clase sin patria», sino solo «trabajadores alemanes». Los «oficiales apátridas», que naturalmente siguen existiendo, serán marginados y excluidos tanto ideológica como materialmente, al caer fuera de la asistencia estatal.¹⁰⁰³ El proceso de protección nacional se prepara y se acompaña por un acuerdo de clases metropolitano, como se esboza al final de la novela *Los esclavos blancos* de Ernst Willkomm: se recompensará a la clase obrera protegida (nacional, «libre», masculina) su pérdida de solidaridad con los excluidos –las personas esclavas de las plantaciones del sur global, pero también las mujeres, las personas migrantes y vulnerables– con una porción mayor del creciente pastel del bienestar. El nacionalismo del bienestar de la clase obrera es el último clavo del ataúd de aquel proletariado abigarrado, cuya historia se ha narrado en este libro.¹⁰⁰⁴ Y con la «depuración» de esta clase entran también en acción todas las variantes regresivas y reaccionarias del anticapitalismo romántico, que en el presente estudio he dejado conscientemente a un lado, precisamente porque la crítica ideológica ya las ha tenido siempre en cuenta. Cuando la clase obrera es considerada «el pueblo», pronto deja de comprenderse como «pueblo llano» –como «pueblo con camisa, chaqueta, delantal y gorro» (Weitling)– sino más bien como «pueblo nacional» y así, poco después, y demasiado frecuentemente, como «raza popular». Moses Heß,

1002 Véase al respecto Eiden-Offe, «Nachbarschaft» [N. del T.: Aquí el autor hace un juego de palabras con el doble sentido de *Einhausung*, que traducimos como «cierre nacional», pero que literalmente significa «introducir o encerrar en casa»].

1003 Véase Wilhelm Heinrich Riehl, *Die deutsche Arbeit*, Stuttgart, 1861.

1004 Aquí no se puede deducir que con la erosión de la cobertura del Estado social de las clases trabajadoras nacionales vaya a regresar una comprensión hacia esa heterogeneidad abigarrada. Parece, más bien, que lo que aparece es una muchedumbre mezclada que no quiere renunciar ni al nacionalismo ni al chovinismo.

uno de los héroes de nuestra historia, extrajo consecuencias del antisemitismo extendido también en el movimiento obrero de los años cincuenta y sesenta, y se separó (temporalmente) del movimiento para publicar *Roma y Jerusalén*, uno de los documentos fundacionales del sionismo.¹⁰⁰⁵

Con la exclusión de los elementos heterogéneos e insubordinados, y la uniformización de la clase obrera, el movimiento obrero nacional gana contundencia política y consigue a lo largo de los siglos XIX y XX (al menos en los centros del capital mundial: Europa y Norteamérica) mejoras hasta entonces inimaginables en las condiciones de vida reales. Podemos afirmar, con Étienne Balibar, que «durante un siglo más o menos, el movimiento obrero, por una parte, y el Estado burgués, por otra, habían unificado relativamente las burguesías y los proletarios nacionales», y estos dos bloques, internamente homogéneos, han aceptado una alianza estratégica duradera, un acuerdo nacional entre clases.¹⁰⁰⁶

Pero este acuerdo entre clases no ha sido nunca un caramelo, ni siquiera para la clase obrera nacional incluida en él. La sociedad, protegida por el Estado social nacional, sigue siendo una sociedad de clases. En el núcleo de toda política social (y también de toda promoción empresarial) se encuentra siempre la coacción –la obligación generalizada (siempre de forma específica según la clase) de vender la fuerza de trabajo propia, así como el «mantenimiento forzoso de la ficción de que la fuerza

1005 Moses Heß, *Rom und Jerusalem, die letzte Nationalitätsfrage*, Leipzig, 1862. Véase al respecto Volker Weiß, *Moses Hess. Rheinischer Jude, Revolutionär, früher Zionist*, Colonia, 2014, pp. 170-184. Véanse sobre esto también los tres primeros artículos en Ludger Heid y Arnold Paucker (eds.), *Juden und deutsche Arbeiterbewegung bis 1933. Soziale Utopien und religiös-kulturelle Traditionen*, Tübingen, 1992; Arno Herzig, «Judenhaß und Antisemitismus bei den Unterschichten und in der frühen Arbeiterbewegung» (pp. 1-18); Walter Grab, «Stephan Born: Organisator der deutschen Arbeiterbewegung in der Revolution von 1848» (pp. 19-34) y Micha Brumlik, «Antisemitismus im Frühsozialismus und Anarchismus» (pp. 35-42).

1006 Étienne Balibar, «Vom Klassenkampf zum Kampf ohne Klassen?», en: Balibar/Immanuel Wallerstein, *Rasse – Klasse – Nation: Ambivalente Identitäten*, Hamburgo/Berlín, 1992, pp. 190-224, aquí p. 220 [ed. en cast.: «¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?», en *Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas*, Barcelona, Dirección Única, 2018, pp. 279-335, aquí p. 323].

de trabajo es una mercancía»,¹⁰⁰⁷ que siempre le precede—.¹⁰⁰⁸ Sin embargo, amortiguar esto, y hacerlo asumible o aceptable, es el objetivo y la función de todo ese *surplus* o excedente afectivo, que cualquier política social romántica ha pretendido y pretende facilitar.

Partiendo de aquí, habría que preguntarse por una *poesía del Estado social* que herede nuestra *poesía de la clase* y la continúe; ¿cómo se puede formar un imaginario político-social de una sociedad que tiene como presupuesto una integración completa de todas las clases y un apaciguamiento armónico de las luchas de clases por medio del «diálogo social», pero que nunca puede ni debe realizar completamente esta integración y apaciguamiento, porque si lo hiciera socavaría sus propias bases?¹⁰⁰⁹ Y en relación a la poesía de cualquier clase trabajadora, cuya integración en el Estado social nacional todo el mundo sostiene, ¿con qué relatos sobre sí misma «gestiona» esta clase la «disonancia cognitiva»¹⁰¹⁰ de que en relación al gran todo social, por un lado sigue estando *dentro* y por otro ha de permanecer *fuera*? Dentro, en la medida en que la identificación de los intereses propios con los intereses nacionales siempre se presupone y se defiende frente a cualquier (supuesto) flujo desde fuera; y fuera, sin embargo, en la medida en que la propia experiencia (individual y colectiva) de la continua «esclavitud del salario», casi no puede ser tematizada. La experiencia del tiempo de trabajo expoliado al que se renuncia en un trabajo, que quizás será menos duro corporalmente que en los tiempos de Weitling (aunque seguro que no siempre y quizás incluso en la mayoría de casos nunca: destajo, concen-

1007 Johannes Berger y Claus Offe, «Die Zukunft des Arbeitsmarkts. Zur Ergänzungsbedürftigkeit eines versagenden Allokationsprinzips», en: *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 24 (1982), pp. 348-371, aquí p. 350.

1008 Sobre la historia del Estado social como historia del trabajo forzoso y de la segregación de los inválidos para el trabajo o los vagos, véase en tres niveles históricos: Paul Lapinski, «Der 'Sozialstaat': Etappen und Tendenzen seiner Entwicklung», en: *Unter dem Banner des Marxismus* 4 (1928), pp. 377-418; *Karlsruher Stadtzeitung*, «Mit dem Dreirad durch den Sozialstaat», en: *Wildcat* 35 (1985), pp. 45-55; Gruppe Blauer Montag, *Risse im Putz. Autonomie, Prekarisierung und autoritärer Sozialstaat*, Berlín/Hamburgo, 2008.

1009 Agradezco a Markus Steinmayr las conversaciones de Essen —¿de dónde si no?— sobre la poesía del Estado social.

1010 Sobre la «explotación narrativa de la disonancia cognitiva» véase el apartado «Historia de la literatura como historia social: la clase como figura» en la introducción a este estudio, así como Koschorke, *Wahrheit*, pp. 196-202.

tración, flexibilización), pero que no se ha vuelto en ningún caso menos tosco y humillante.¹⁰¹¹

Aunque esta sería otra historia diferente. O al menos otra conclusión y otra continuación de nuestra historia, acoplada y entrelazada con esta, del mismo modo que el otro movimiento obrero, el disidente, cuyas curvas y cuyo retorno he narrado en la conclusión de este estudio, está acoplado y entrelazado con el movimiento obrero oficial del acuerdo nacional entre clases. Su historia, que se nos ha contado como uno de esos triunfos definitivos e irreversibles, se acaba de deshilar históricamente y ha llegado a su fin ahora, en cierto modo en nuestras propias manos. *Depende de* si los hilos se vuelven a tejer o si se cortan del todo sin mirar atrás. Pero esta sería otra tarea muy diferente, que no se reduce solo a interpretar de otro modo.

1011 La descripción empática del día a día del trabajo de la propia madre es uno de los pasajes más auténticos, y de los que menos se ha hablado, de *Regreso a Reims* de Didier Eribon: «El cuerpo de una obrera, cuando envejece, muestra, ante todas las miradas, la verdad de la existencia de las clases» (p. 78) [ed. en cast.: *Regreso a Reims*, Buenos Aires, Libros del zorzal, 2017, p. 85]. Queda abierto si las clases son algo visible en una sociedad que se caracteriza en buena medida por ese *adiós al proletariado* enunciado por André Gorz.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria y fuentes

- Adelung, Johann Christoph, *Grammatisch-kritisches Wörterbuch der Hochdeutschen Mundart*, Bd. 4., 2. ed., Leipzig, 1801.
- Aristoteles, *Politik*, Hamburgo, 1958 [ed. en cast.: *Política*, Madrid, Alianza, 2015].
- Arnim, Bettine von, *Werke und Briefe*, Bd. 3: *Politische Schriften*, ed. por Wolfgang Bunzel y o., Frankfurt a. M., 1995.
- Arnim, Bettina von/Friedrich Wilhelm IV., «Die Welt umwälzen— denn darauf läufst hinaus». *Der Briefwechsel zwischen Bettina von Arnim und Friedrich Wilhelm IV.*, ed. y com. por Ursula Püschel, 2 Bde., Bielefeld, 2001.
- Auerbach, Bertold, *Schrift und Volk. Grundzüge der volkstümlichen Literatur, angeschlossen an eine Charakteristik J. P. Hebel's [1846]*, en: *Schriften zur Literatur*, ed. por Marcus Twellmann, Göttingen, 2014
- Aveling, Edward y Eleanor Aveling-Marx, «Shelley and Socialism», en: *To-Day*, April 1888, pp. 103- 116.
- Baader, Franz von, «Über das dermalige Mißverhältnis der Vermögenslosen oder Proletaires zu den Vermögen besitzenden Klassen der Sozietät in betreff ihres Auskommens, sowohl in materieller Hinsicht, aus dem Standpunkte des Rechts betrachtet» [1835], en: Baader, *Gesellschaftslehre*, Múnich, 1957, pp. 235-250.
- Balestrini, Nanni, *Die große Revolte. Romantrilogie. Wir wollen alles/Die Unsichtbaren/Der Verleger*, Berlín/Hamburgo, 2008

- [1971/1987/1989] [eds. en cast.: *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006; *Los invisibles*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008; *El editor*, Madrid y Barcelona, Traficantes de Sueños y Virus, 2016].
- Ball, Hugo *Flametti oder Vom Dandysmus der Armen*, Berlín, 1918 [ed. en cast.: *Flametti o el dandismo de los pobres*, Córdoba, Berenice, 2012].
- Ball, Hugo, *Zur Kritik der deutschen Intelligenz* [1919], en: *Sämtliche Werke und Briefe*, Bd. 5: *Die Folgen der Reformation. Zur Kritik der deutschen Intelligenz*, ed. por Hans Dieter Zimmermann, Göttingen, 2011, pp. 135-391, [ed. en cast.: *Crítica de la inteligencia alemana*, Madrid, Capitán Swing, 2011].
- Beck, Karl, *Lieder vom armen Mann, mit einem Vorwort an das Haus Rothschild*, Leipzig, 1846
- Bensen, Heinrich Wilhelm, *Die Proletarier. Eine historische Denkschrift*, Stuttgart, 1847
- Binfield, Kevin (ed.), Kevin Binfield (ed.), *Writings of the Luddites*, Baltimore, 2004.
- Blake, William, Milton. *A Poem in 2 Books*, en: Blake, *The Complete Poetry and Prose of William Blake*, ed. por David V. Erdman, coment. por Harold Bloom, Nueva York, 1988, pp. 95-144 [ed. en cast.: *Milton. Un poema*, Barcelona, Dvd ediciones, 2002].
- Blanqui, Louis-Auguste, *Schriften zur Revolution, Nationalökonomie und Sozialkritik*, Reinbek b. Hamburgo, 1971.
- Bluntschli, Johann Caspar, *Die Kommunisten in der Schweiz nach den bei Weitling vorgefundenen Papieren*, Zúrich, 1843.
- [Born, Stephan], *Der Verein zur Hebung der arbeitenden Klassen und die Volksstimme über ihn*, Leipzig, 1845.
- Börne, Ludwig, *Briefe aus Paris*, Frankfurt a. M., 1986 [1832–1834].
- Brontë Charlotte, Shirley, Múnich, 2005 [1849], p. 83 [ed. en cast.: *Shirley*, Barcelona, Alba, 2018].
- Büchner, Georg, *Sämtliche Werke und Schriften. Historisch-kritische Ausgabe mit Quellendokumentation und Kommentar*, ed. por Burghard Dedner y. Thomas Michael Mayer, Darmstadt, 2000–2013 [MBA].
- Der Bund der Kommunisten, Dokumente und Materialien*, Bd. 1: 1836–1849, ed. por Institut für Marxismus-Leninismus bei ZK der SED und beim ZK der KPdSU, Berlín, 1970, pp. 301-309.

- Buonarroti, Philippe, *Babeuf und die Verschwörung für die Gleichheit, mit dem durch sie veranlassten Prozess und den Belegstücken*, Bonn/Bad Godesberg, 1975 [1828]
- Carlyle, Thomas, *Thomas Carlyle, Chartism*, Londres, 1840
- Carlyle, Thomas, *Past and Present*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2005 [1843].
- Cooper, James Fenimore, *Die Heidenmauer oder die Benediktiner. Historischer Roman*, Speyer, 2006 [1831].
- Dallas, Alexander Robert Charles, *Recollections of the Life of Lord Byron, from the Year 1808 to the End of 1814. Exhibiting His Early Character and Opinions, Detailing the Progress of His Literary Career, and Including Various Unpublished Passages of His Works. Taken from Authentic Documents, in the Possession of the Author*, Londres, 1824.
- [Defoe, Daniel], *The Life and Strange Surprising Adventures of Robinson Crusoe, of York, Mariner. Who Lived Eight and Twenty Years All Alone in an Un-inhabited Island on the Coast of America, Near the Mouth of the Great River of Oroonoke*, Londres, 3^a de., 1719.
- [Dickens, Charles], *Sketches by Boz. Illustrative of Every-Day Life and Every-Day People*, Londres, 1995 [1836] [ed. en cast.: *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*, Madrid, Abada, 2009; esta ed. en cast. no incluye el prólogo citado].
- Disraeli, Benjamin, *Sybil, or The Two Nations*, Oxford, 1998 [1845] [ed. en cast.: *Sybil o las dos naciones*, Barcelona, Taurus, 2002].
- Dronke, Ernst, *Aus dem Volk & Polizeigeschichten. Frühsozialistische Novellen 1846*, Colonia, 1981 (contiene *Polizei-Geschichten [Leipzig, 1846]* y *Aus dem Volk [Frankfurt a. M., 1846]*).
- Dronke, Ernst, *Berlin*, ed. por Rainer Nitsche, Berlín, 1987 [1846].
- Eribon, Didier, *Rückkehr nach Reims*, Berlín, 2016 [ed. en cast.: *Regreso a Reims*, Buenos Aires, Libros del zorzal, 2017].
- Erpenbeck, Jenny, *Gehen, ging, gegangen*, Múnich, 2015 [ed. en cast.: *Yo voy, tú vas, él va*, Barcelona, Anagrama, 2018].
- Fourier, Charles, *Theorie der vier Bewegungen und der allgemeinen Bestimmungen*, ed. por Theodor W. Adorno, Frankfurt a. M., 1966 [1808].
- Frégier, Honoré Antoine, *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes, et des moyens de les rendre meilleures*,

- París, 1840; en alemán: Frégier, *Über die gefährlichen Classen der Bevölkerung in den grossen Städten und die Mittel, sie zu bessern*, Koblenz, 1840.
- Freiligrath, Ferdinand, *Ferdinand Freiligraths Werke in einem Band*, ed. por Werner Ilberg, 4ª ed., Berlín/Weimar, 1980.
- Freytag, Gustav, *Soll und Haben*, Múnich/Viena, 1977 [1855].
- Gans, Eduard, *Rückblicke auf Personen und Zustände*, reed., coment. e intr. de Norbert Waszek, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1995 [1836].
- Gesellschaftsspiegel. Organ zur Vertretung der besitzlosen Volksklassen und zur Beleuchtung der gesellschaftlichen Zustände der Gegenwart*, ed. por Moses Heß, Elberfeld, 1845/46.
- Grimm, Jacob, *Deutsche Grammatik*, Bd. 1, Göttingen, 1819.
- Grimm, Jacob/Grimm, Wilhelm, *Deutsches Wörterbuch*. 16 Bde. in 32 Teilbänden, Leipzig 1854–1961, disponible online en: <http://dwb.uni-trier.de/de/> [última visita: 3 de noviembre de 2020].
- Gutzkow, Karl, «Der Roman des Nebeneinander» [1850], en: Gerhard Plumpe (ed.), *Theorie des bürgerlichen Realismus*, Stuttgart, 1986, p. 211 y s.
- Harrington, James, *The Commonwealth of Oceana*, Cambridge, ed. por G. A. Pocock, 1992 [1656 y 1700], p. 207 [ed. en cast.: *La República de Oceana y un sistema de política*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2013].
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Die Philosophie des Rechts. Vorlesung von 1821/22*, ed. por Hansgeorg Hoppe, Frankfurt a. M., 2005.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Werke*, Bd. 7: *Grundlinien der Philosophie des Rechts oder Naturrecht und Staatswissenschaft im Grundrisse*, con notas y añadidos orales del autor, ed. por Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, Frankfurt a. M., 1986 [1820] [ed. en cast.: *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Madrid, Tecnos, 2017].
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Werke*, Bd. 13–15: *Vorlesungen über die Ästhetik*, Frankfurt a. M., 1986 [1820] [ed. en cast.: *Lecciones sobre la estética*, Madrid, Akal, 2007].
- Heine, Heinrich, *Sämtliche Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 5: 1831–1837, ed. por Klaus Briegleb, Múnich/Viena, 1976.

- Herwegh, Georg (ed.), *Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz*, Leipzig, 1989 [1843].
- Herwegh, Georg, «Bundeslied für den Allgemeinen deutschen Arbeiterverein», en Rudolf Lavant (ed.), *Vorwärts. Eine Sammlung von Gedichten für das arbeitende Volk*, Zürich, 1886, p. 472 y s.
- Heß, Moses, *Ausgewählte Schriften*, selec. e intr. por Horst Lademacher, Wiesbaden, 1981.
- Heß, Moses, *Briefwechsel*, ed. por Edmund Silberer, s'Gravenhage, 1959.
- Heß, Moses, *Philosophische und sozialistische Schriften 1837–1850. Eine Auswahl*, ed. por Auguste Cornu y Wolfgang Mönke, Berlín, 1961.
- Heß, Moses, *Rom und Jerusalem, die letzte Nationalitätsfrage. Briefe und Noten*, Leipzig, 1862.
- Heyse, Johann Christian August, *Theoretisch-praktische deutsche Grammatik oder Lehrbuch der deutschen Sprache, nebst einer kurzen Geschichte derselben*, Bd. 1, 5ª ed., trabajada por Karl Wilhelm Ludwig Heyse, Hannover, 1838 [1814].
- Holzapfel, Kurt (ed.), *Die Lyoner Arbeiteraufstände 1831 und 1834*, Berlín, 1984.
- Der Hülfesruf der deutschen Jugend. Herausgegeben und redigirt von einigen deutschen Arbeitern*, Berna, septiembrenoviembre de 1841.
- Hundt, Martin (ed.), *Der Redaktionsbriefwechsel der Hallischen, Deutschen und Deutsch-französischen Jahrbücher (1837–1844)*, 3 Bde., Berlín, 2010.
- Jantke, Carl/Hilger, Dietrich (ed.), *Die Eigentumslosen. Der deutsche Pauperismus und die Emanzipationskrise in Darstellungen und Deutungen der zeitgenössischen Literatur*, Freiburg/München, 1965.
- Die junge Generation*, [Ginebra] enero 1842–mayo 1843.
- Kant, Immanuel, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, Hamburgo, 2000 [1798] [ed. en cast.: *Antropología*, Madrid, Alianza, 2015].
- Köpke, Rudolf, Ludwig Tieck. *Erinnerungen aus dem Leben des Dichters nach dessen mündlichen und schriftlichen Mitteilungen*, Bd. II, Leipzig, 1855.

- Künzel, Heinrich, *Drei Bücher deutscher Prosa, in Sprach- und Stylproben: Von Ulphilas bis auf die Gegenwart*, Bd. 3, Frankfurt a. M., 1838.
- Lafargue, Paul, *Das Recht auf Faulheit. Widerlegung des ›Rechts auf Arbeit‹ von 1848, mit einem Essay v. Guillaume Paoli*, Berlín, 2013 [1880] [ed. en cast.: *El derecho a la pereza*, Madrid, Fundamentos, 2009].
- Lassalle, Ferdinand, *Nachgelassene Briefe und Schriften, Band 3: Der Briefwechsel zwischen Lassalle und Marx nebst Briefen von Friedrich Engels und Jenny Marx an Lassalle und von Karl Marx an Gräfin Sophie Hatzfeld*, ed. por Gustav Mayer, Stuttgart/Berlín, 1922.
- Lenin, Wladimir Iljitch, *Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. Gemeinverständlicher Abriß*, en: *Lenin, Werke*, Bd. 22: Dezember 1915 –Juli 1916, Berlín, 1960, pp. 189-309 [ed. en cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2016].
- Liebknecht, Wilhelm, «Wissen ist Macht–Macht ist Wissen. Festrede gehalten zum Stiftungsfest des Dresdner Bildungs-Vereins am 5. Februar 1872», Berlín, 1891.
- Livius, *Ab urbe condita/Römische Geschichte*, 2º libro, latín-alemán, Stuttgart, 1987.
- Lüning, Otto (ed.), *Dieß Buch gehört dem Volke*, 3 Bde., Bielefeld, 1845/46
- Marx, Karl, *Vom Selbstmord*, ed. por Eric A. Plaut y Kevin Anderson, Colonia, 2001 [ed. en cast.: *Sobre el suicidio*, Barcelona, Viejo Topo, 2012].
- Marx, Karl/Engels, Friedrich, *Werke*, 43 Bde., Berlín, 1962 y ss. [MEW].
- Melle, Thomas, *Thomas Melle*, 3000 Euro, Berlín, 2014.
- Melle, Thomas, *Die Welt im Rücken*, Berlín, 2016.
- Milton, John, *Paradise Lost*, en: *Milton, Milton's Poetical Works in Two Volumes*, vol. 1, Nueva York, 1831, pp. 15-274 [ed. en cast.: *El paraíso perdido*, Madrid, Cátedra, 2006].
- Modiano, Patrick, *Im Café der verlorenen Jugend*, Múnich, 2013 [2007] [ed. en cast.: *En el café de la juventud perdida*, Barcelona, Anagrama, 2019].
- Moritz, Karl Philipp, «Vorschlag zu einem Magazin einer Erfahrung-Seelenkunde» [1782], en: *Moritz, Anton Reiser*.

- Dichtungen. *Schriften zur Erfahrungsseelenkunde*, ed. por Heide Hollmer y Albert Meier, Frankfurt a. M., 1999, pp. 793-809.
- Möser, Justus, «Von dem Verfall des Handwerks in kleinen Städten», en: *Patriotische Phantasien*, ed. por su hija J. W. J. v. Voigt (Möser de nacim.), Berlín, 1775, pp. 181-209.
- Mundt, Theodor, *Die Kunst der deutschen Prosa. Aesthetisch, literar-geschichtlich, gesellschaftlich*, Berlín, 1837.
- Niebuhr, Barthold Georg, *Römische Geschichte*, Bd. 1, Berlín, 1811.
- Otto-Peters, Louise, *Schloss und Fabrik*, primera edición completa de la novela censurada en 1846, ed. y posfacio de Johanna Ludwig, Leipzig, 1996.
- Proudhon, Pierre-Joseph, *System der ökonomischen Widersprüche oder: Philosophie des Elends*, Berlín, 2003 [1846] [ed. en cast.: *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, Madrid, Júcar, 1975].
- Proudhon, Pierre-Joseph, *Was ist das Eigentum ? Untersuchungen über die Grundsätze des Rechts und der Regierung*, Münster, 2014 [1840] [ed. en cast.: *¿Qué es la propiedad?*, Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2005].
- Prutz, Robert Eduard, *Vorlesungen über die deutsche Literatur der Gegenwart*, Leipzig, 1847.
- Püttmann, Hermann (ed.), *Album. Originalpoesien*, Borna, 1847.
- Püttmann, Hermann (ed.), *Deutsches Bürgerbuch für 1845*, Darmstadt, 1845.
- Püttmann, Hermann (ed.), *Deutsches Bürgerbuch für 1846*, Mannheim, 1846.
- Püttmann, Hermann (ed.), *Prometheus. Organ zur sozialen Reform*, Herisau, 1846.
- Püttmann, Hermann (ed.), *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, 2 Bde., Darmstadt 1845/Belle-Vue en Constanz 1846.
- Rau, Karl David Heinrich, *Ueber das Zunftwesen und die Folgen seiner Aufhebung*, Zweiter, mit vielen Zusätzen vermehrter Abdruck, Leipzig, 1816.
- Riehl, Wilhelm Heinrich, *Die deutsche Arbeit*, Stuttgart, 1861.
- Riehl, Wilhelm Heinrich, *Die bürgerliche Gesellschaft. Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Sozialpolitik*,

- Bd. 2, 6ª ed., Stuttgart, 1866 [1851] [ed. en cast.: *La sociedad burguesa*, Barcelona, Edicions 62, 1985].
- Riehl, Wilhelm Heinrich, *Die Familie. Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Sozialpolitik*, Bd. 3, 7ª ed., Stuttgart, 1873 [1854].
- Roller, Arnold, *Der sociale Generalstreik*, 2ª ed., Nueva York, sin año [1905/07].
- Rosenkranz, Karl, *Ästhetik des Häßlichen*, ed. y postf. por Dieter Kliche, Stuttgart, 1990 [1853] [ed. en cast.: *Estética de lo feo*, Sevilla, Athenaica Ediciones Universitarias, 2015].
- Ruge, Arnold (ed.), *Anekdoten zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik*, 2 Bde., Zürich/Winterthur, 1843.
- Schade, Oskar (ed.), *Deutsche Handwerkslieder*, Leipzig, 1865.
- Schinkel, Karl Friedrich, *Die Reise nach Frankreich und England im Jahre 1826*, ed. por Reinhard Wegner, Múnich/Berlín, 1990.
- Schulz, Wilhelm, «Georg Büchners nachgelassene Schriften», 1851, en Walter Grab, *Georg Büchner und die Revolution von 1848. Der Büchner-Essay von Wilhelm Schulz aus dem Jahr 1851. Text und Kommentar*, en colab. con Thomas Michael Mayer, Königstein i. Ts., 1985, pp. 51-82.
- Shelley, Mary (con Percy Shelley), *The Original Frankenstein. Two New Versions, Mary Shelley's Earliest Drafts and Percy Shelley's Revised Text*, ed. por Charles E. Robinson, Nueva York, 2009 [1818/1831] [ed. en cast.: *Frankenstein*, Madrid, Austral, 2015].
- Shelley, Percy Bysshe, *The Selected Poetry and Prose*, Londres, 1987.
- Sieyès, Emmanuel, *Abhandlung über die Privilegien/Was ist der dritte Stand?*, Frankfurt a. M., 1968 [1788/1789] [ed. en cast.: *¿Qué es el Tercer Estado?/Ensayo sobre los privilegios*, Madrid, Alianza, 2019].
- Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. por R. H. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd, 2 vols., Oxford, 1976 [1776]; ed. en alemán: *Untersuchung über die Natur und die Ursachen des Nationalreichtums von Adam Smith, Doctor der Rechte*, nueva traducción de la cuarta edición inglesa [por Christian Garve, autor del prólogo, p. XIV], Breslavia, 1794 [ed. en cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2011].

- [Stein, Heinrich Friedrich Karl vom und zum], *Die Briefe des Freiherrn von Stein an den Freiherrn von Gagern, von 1813–1831*, Stuttgart/Tübingen, 1833.
- Stein, Lorenz von, *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf unsere Tage*, ed. por Gottfried Salomon, 3 Bde., München, 1921 [1850].
- [Stieber, Wilhelm], *Die Prostitution in Berlin und ihre Opfer. Nach amtlichen Quellen und Erfahrungen. In historischer, sittlicher, medizinischer und polizeilicher Beziehung beleuchtet*, Berlin, 1846.
- Stirner, Max, *Der Einzige und sein Eigentum*, edición comentada, ed. por Bernd Kast, Freiburg/München, 2009 [Leipzig 1845] [ed. en cast.: *El único y su propiedad*, Madrid, Sexto Piso, 2014].
- Sue, Eugène, *Die Geheimnisse von Paris*, 2 Bde., Frankfurt a. M./Leipzig, 2009 [1843].
- Tieck, Ludwig, *Der Hexensabbat*, Stuttgart, 1988 [1832] [ed. en cast.: *El aquelarre*, Madrid, Losada, 2016].
- Tieck, Ludwig, *Der junge Tischlermeister. Novelle in sieben Abschnitten*, en: Tieck, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 11: *Eigensinn und Laune. Schriften 1834–1836*, ed. por Uwe Schweikert con la colaboración de Gabriele Schweikert, Frankfurt a. M., 1988, pp. 9-418.
- Tieck, Ludwig, *Des Lebens Überfluß*, en: Tieck, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 12: *Schriften 1836–1852*, ed. por Uwe Schweikert, Frankfurt a. M., 1986, pp. 193-249.
- Tieck, Ludwig, *Die Vogelscheuche. Märchen-Novelle in fünf Aufzügen*, en: Tieck, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 11: *Eigensinn und Laune. Schriften 1834–1836*, ed. por Uwe Schweikert en colab. con Gabriele Schweikert, Frankfurt a. M., 1988, pp. 419-731.
- Tieck, Ludwig, *Schriften in zwölf Bänden*, Bd. 6: *Phantasmus*, ed. por Manfred Frank, Frankfurt a. M., 1985.
- Tocqueville, Alexis de, *Das Elend der Armut. Über den Pauperismus*, Berlin, 2007 [1835/1837], recopilación de material de Jantke/Hilger [ed. en cast.: *Memoria sobre el pauperismo*, Madrid, Tecnos, 2003].
- Tocqueville, Alexis de, *Über die Demokratie in Amerika*, München, 1976 [1835/1840] [ed. en cast.: *La democracia en América*, México, FCE, 2009].

- Toller, Ernst, *Die Maschinenstürmer. Ein Drama aus der Zeit der Ludditen-bewegung in England in fünf Akten und einem Vorspiel*, Leipzig/Viena/Zúrich, 1922 [ed. en cast.: *Los destructores de máquinas*, Alikornio, Barcelona, 2002].
- Tristan, Flora, *Arbeiterunion. Sozialismus und Feminismus im 19. Jahrhundert*, Frankfurt a. M., 1988 [1843] [ed. en cast.: *La unión obrera*, Barcelona, Debarris, 2006].
- Tristan, Flora, *Im Dickicht von London oder Die Aristokratie und die Proletarier Englands*, Colonia, 1993 [1840] [ed. en cast.: *Paseos por Londres. La aristocracia y los proletarios ingleses*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2008].
- Der Urwähler. Eine Wochenschrift, redigiert von Wilhelm Weitling. Organ des Befreiungs-Bundes*, (4 números, octubre-noviembre de 1848).
- Venedey, Jacob (ed.), *Der Geächtete. Zeitschrift in Verbindung mit mehreren deutschen Volksfreunden*, París, 1834/35.
- Vischer, Friedrich Theodor, «Theorie des Romans», en: Gerhard Plumpe (ed.), *Theorie des bürgerlichen Realismus*, Stuttgart, Reclam, 1986, pp. 240-247.
- Vorbilder für Fabrikanten und Handwerker*, ed. por la Königl. Technischen Deputation für Gewerbe, Berlín, 1830.
- Wachenhusen, Hans, *Die Grisette. Ein Pariser Sittenbild*, Berlín, 1855.
- Wagner, Georg Wilhelm Justin, *Statistisch-topographisch-historische Beschreibung des Großherzogthums Hessen. Vierter Band: Statistik des Ganzen*, Darmstadt, 1831.
- Wagner, Georg Wilhelm Justin, *Statistisch-topographisch-historische Beschreibung des Großherzogthums Hessen. Erster Band: Provinz Starkenburg*, Darmstadt, 1829.
- Weerth, Georg, *Vergessene Texte. Werkauswahl*, 2 Bde., ed. por Jürgen-W. Goette, Jost Hermand y Rolf Schloesser, Colonia, 1975/1976.
- Weitling, Wilhelm, «Ein Stück Selbstbiographie», en: Hermann Schlüter, *Die Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung in Amerika*, Stuttgart, 1907, pp. 56-66.
- Weitling, Wilhelm, *Das Evangelium des armen Sünders/Die Menschheit, wie sie ist und wie sie sein sollte*, Reinbek (Hamburg), 1971 [1845; 1838/39].
- Weitling, Wilhelm, *Garantien der Harmonie und Freiheit* [1842], ed. por Ahlrich Meyer, Stuttgart, 1974 [1842].

- Weitling, Wilhelm, *Kerkerpoesien*, Hamburgo, 1844.
- Willkomm, Ernst Adolf, *Weisse Slaven oder die Leiden des Volkes*, Leipzig, 1845 (Reimpreso en Berlín, 2013).
- Zetkin, Clara, *Zur Geschichte der proletarischen Frauenbewegung Deutschlands*, Frankfurt a. M., 1971 [1928],

Biografía secundaria

- Adler, Hans, «Der soziale Roman», en: Gert Sautermeister y Ulrich Schmid (eds.), *Zwischen Revolution und Restauration 1815–1848. Hanser Sozialgeschichte der Literatur*, Bd. 5, München, 1998, pp. 195-209.
- Adler, Hans, *Soziale Romane im Vormärz. Literatursemiotische Studie*, München, 1980.
- Adorno, Theodor W., *Der Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie*, Frankfurt a. M., 1964 [ed. en cast.: *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*, Madrid, Akal, 2005].
- Albrecht, Richard, «Der General und sein Schatten. Engels, Stieber und die preußische Reaktion 1851/52», en: *Marxistische Blätter* 37.1 (1999), pp. 60-65.
- Alquati, Romano, *Klassenanalyse als Klassenkampf. Arbeiteruntersuchungen bei Fiat und Olivetti*, ed. por Wolfgang Rieland, Frankfurt a. M., 1974.
- Anderson, Kevin, «Der Selbstmord-Artikel im Kontext der Marxschen Schriften zu Entfremdung und Geschlechterverhältnissen», en: Marx, *Vom Selbstmord*, ed. por Eric A. Plaut y Kevin Anderson, Colonia, 2001, pp. 15-35.
- Anderson, Perry, Perry Anderson, *Arguments within English Marxism*, Londres/Nueva York, 1980.
- Armano, Emiliana/Sciortino, Raffaele, «Ciao Romano. Erinnerung an Romano Alquati», en: *Sozial. Geschichte Online* 3 (2010), pp. 192-197, disponible online en https://duepublico2.uni-due.de/receive/duepublico_mods_00022662 [última visita: 16 de octubre de 2020].
- Arnaud, Claude, Chamfort, *Die Frauen, der Adel und die Revolution*, Berlín, 2007.

- Arni, Caroline/Suter, Mischa, «A Science of the Specific. An Interview with Mary Poovey», en: *Historische Anthropologie* 24/3 (2016), pp. 432-444.
- Arrighi, Giovanni, *Adam Smith in Beijing. Die Genealogie des 21. Jahrhunderts*, Hamburgo, 2008 [ed. en cast.: *Adam Smith en Pekin*, Madrid, Akal, 2007].
- Bachleitner, Norbert, *Der englische und französische Sozialroman des 19. Jahrhunderts und seine Rezeption in Deutschland*, Amsterdam/Atlanta, 1993.
- Bader-Zaar, Birgitta, «Abolitionismus im transatlantischen Raum: Organisationen und Interaktionen der Bewegung zur Abschaffung der Sklaverei im späten 18. und 19. Jahrhundert», en: *Europäische Geschichte Online*, ed. por el Institut für Europäische Geschichte (Mainz), disponible online en www.ieg-ego.eu/baderzaarb-2010-de [última visita: 29 de septiembre de 2020].
- Balestrini, Nanni, *Landschaften des Wortes*, ed. por Thomas Atzert et al., Berlín/Hamburgo, 2015.
- Balestrini, Nanni/Moroni, Primo, *Die goldene Horde. Arbeiterautonomie, Jugendrevolte und bewaffneter Kampf in Italien*, Berlín/Hamburgo, 1994 [ed. en cast.: *La horda de oro. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial (1968-1977)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].
- Balibar, Étienne, «Vom Klassenkampf zum Kampf ohne Klassen?», en: Balibar/Immanuel Wallerstein, *Rasse-Klasse-Nation: Ambivalente Identitäten*, Hamburgo/Berlín, 1992, pp. 190-224 [ed. en cast.: «¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?», en *Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas*, Barcelona, Dirección Única, 2018, pp. 279-335].
- Balibar, Étienne, *Marx' Philosophie*, Berlín, 2013 [ed. en cast.: *La filosofía de Marx*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000].
- Badiou, Alain, *Paulus. Die Begründung des Universalismus*, Múnich, 2002 [ed. en cast.: *San Pablo. La fundación del universo*, Barcelona, Anthropos, 1999].
- Barbour, Charles, *The Marx Machine. Politics, Polemics, Ideology*, Lanham, 2012.
- Barzilai, Maya, *Golem. Modern Wars and Their Monsters*, New York, 2016.

- Bataille, Georges, *Die Aufhebung der Ökonomie*, 2ª ed. ampl., Múnich, 1985 [ed. en cast.: «La noción de gasto», en: *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003].
- Bauman, Zygmunt, *Memories of class. The Pre-history and After-life of Class*, Londres, 1982 [ed. en cast.: *Memorias de clase. La prehistoria y la sobrevivencia de las clases*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011].
- Benjamin, Walter, «Erfahrung und Armut» [1933], en: Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Bd. II .1: *Aufsätze, Essays, Vorträge*, ed. por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt a. M., 1991, pp. 213-219 [ed. en cast.: «Experiencia y pobreza», en: *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 2018].
- Benjamin, Walter, «Über den Begriff der Geschichte», en: Benjamin, *Kritische Gesamtausgabe*, Bd. 19: *Werke und Nachlaß*, ed. por Christoph Gódde, Berlín, 2010 [1940] [ed. en cast.: «Tesis sobre el concepto de historia», en: *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 2018].
- Benjamin, Walter, «Zur Kritik der Gewalt» [1921], en: Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Bd. II .1: *Aufsätze, Essays, Vorträge*, ed. por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt a. M., 1991, pp. 179-203 [ed. en cast.: *Crítica de la violencia*, Barcelona, Biblioteca Nueva, 2020].
- Bensaïd, Daniel, *Die Enteigneten. Karl Marx, die Holzdiebe und das Recht der Armen*, Hamburgo, 2012 [ed. en cast.: «Karl Marx, los ladrones de leña y los derechos de los desposeídos», en *Karl Marx/Daniel Bensaïd, Contra el expolio de nuestras vidas*, Madrid, Errata Naturae, 2015].
- Berg, Gunhild/Török, Borbále Zsuzsanna/Twellmann, Marcus (eds.), *Berechnen/Beschreiben. Praktiken statistischen (Nicht-) Wissens 1750–1850*, Berlín, 2014.
- Berger, Johannes/Offe, Claus, «Die Zukunft des Arbeitsmarkts. Zur Ergänzungsbedürftigkeit eines versagenden Allokationsprinzips», en: *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 24 (1982), pp. 348-371.
- Bescherer, Peter, *Vom Lumpenproletariat zur Unterschicht. Produktivistische Theorie und politische Praxis*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2013.

- Biagini, Cédric, *L'emprise numérique. Comment internet et les nouvelles technologies ont colonisé nos vies*, Montreuil, 2012.
- Biagini, Cédric/Carino, Guillaume (eds.), *Les Luddites en France. Résistance à l'industrialisation et à l'informatisation*, Montreuil, 2010.
- Biagini, Cédric et al., *La Tyrannie technologique. Critique de la société numérique*, Montreuil, 2007.
- Bloch, Ernst, *Das Prinzip Hoffnung*, Frankfurt a. M., 1985 [1959] [ed. en cast.: *El principio esperanza*, 3 vols., Madrid, Trotta, 2006].
- Blome, Eva, «Vom ungebildeten Philister zum Bildungsphilister. Heinrich Heines Beitrag zu einer spannungsvollen Transformation», en: Remigius Bunia, Till Dembeck y Georg Stanitzek (eds.), *Philister. Problemgeschichte einer Sozialfigur der neueren deutschen Literatur*, Berlín, 2011, pp. 357-381.
- Blome, Eva/Eiden-Offe, Patrick/Weinberg, Manfred, «Klassen-Bildung. Ein Problemaufriss», en: *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 35.2 (2010), pp. 158-194.
- Bosse, Heinrich, «Zur Sozialgeschichte des Wanderlieds», en: Wolfgang Albrecht y Hans-Joachim Kertscher (eds.), *Wanderzwang–Wanderlust. Formen der Raum- und Sozialerfahrung zwischen Aufklärung und Frühindustrialisierung*, Tübingen, 1999, pp. 135-157.
- Bosse, Heinrich, *Bildungsrevolution 1770–1830*, ed. junto a una conferencia de Nacim Ghanbari, Heidelberg, 2012.
- Boureau, Alain, *Das Recht der Ersten Nacht. Zur Geschichte einer Fiktion*, Düsseldorf, 1996.
- Brantlinger, Patrick, *The Reading Lesson. The Threat of Mass Literacy in Nineteenth Century British Fiction*, Bloomington, 1998.
- Brass, Tom/van der Linden, Marcel/Lucassen, Jan, «Conference on the history of free and unfree labor», en: Bras/van der Linden/Lucassen, *Free and Unfree Labor*, Amsterdam, 1993.
- Braudel, Fernand, *Sozialgeschichte des 15.– 18. Jahrhunderts, Bd. 3: Aufbruch zur Weltwirtschaft*, Múnich, 1986.
- Breman, Jan, «A Bogus Concept?», recensión de Standing, *Preariat*, en: *New Left Review* 84/2013, pp. 130-138] [ed. en cast.: «Un concepto espurio», en: *New Left Review* 84, enero-febrero de 2014, p. 143 y s.].

- Breman, Jan, *Outcast Labour in Asia. Circulation and Informalization of Workforce at the Bottom of Economy*, Oxford, 2010 [ed. en cast.: *Fuerza de trabajo paria en Asia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2015].
- Breyer, Till/Overthun, Rasmus/Roepstorff-Robiano, Philippe/Vasa, Alexandra (eds.), *Zeitschrift für Kulturwissenschaft: Monster und Kapitalismus*, 2 (2017).
- Briefs, Goetz, «Das gewerbliche Proletariat», en: Gerhard Albrecht (ed.), *Die gesellschaftliche Schichtung im Kapitalismus. Grundriss der Sozialökonomik, IX. Abteilung: Das soziale System des Kapitalismus, I. Teil: Die gesellschaftliche Schichtung im Kapitalismus*, Tübingen, 1926, pp. 142-240.
- Briegleb, Klaus, *Opfer Heine? Versuche über die Schriftzüge der Revolution*, Frankfurt a. M., 1986.
- Briggs, Asa, «The Language of 'Class' in early 19th Century England» [1960], en: *Collected Essays, Vol. I: Word, Numbers, Places, People*, Brighton, University of Illinois Press, 1985, pp. 3-33.
- Bronowski, Jacob, *William Blake and the Age of Revolution*, Londres, 1972.
- Brown, Heather A., *Marx on Gender and the Family. A Critical Study*, Leiden, 2012,
- Buck-Morss, Susan, *Hegel und Haiti. Für eine neue Universalgeschichte*, Berlín, 2011 [ed. en cast.: *Hegel, Haití y la historia universal*, México, FCE, 2013].
- Bunzel, Wolfgang, «Das Junge Deutschland», en: Claudia Stockinger y Stefan Scherer (eds.), *Ludwig Tieck. Leben-Werk-Wirkung*, Berlín/Boston, 2011, pp. 120-130.
- Bürger, Christa (ed.), *Ludwig Tieck. Der blonde Eckbert/Die Elfen. Materialien zur romantischen Gesellschaftskritik*, Frankfurt a. M., 1974.
- Bürger, Christa, «Die Welt verzehren, um den Hunger nach dem Ich zu stillen. Bettina von Arnims Schreibprojekt», en: Bürgers (ed.), *Zerstörung, Rettung des Mythos durch Licht*, Frankfurt a. M., 1986, pp. 43-68.
- Caldwell, Peter C., *Love, Death, and Revolution in Central Europe. Ludwig Feuerbach, Moses Hess, Louise Dittmar, Richard Wagner*, Nueva York, 2009, pp. 39-68.
- Calmette, Joseph, *Die großen Herzöge von Burgund*, Múnich, 1963.

- Campe, Rüdiger, «Vor Augen stellen. Über den Rahmen rhetorischer Bildgebung», en: Gerhard Neumann (ed.), *Poststrukturalismus. Herausforderung an die Literaturwissenschaft*, Stuttgart/Weimar, 1997, pp. 208-225.
- Cannadine, David, *The Rise and Fall of Class in Britain*, Nueva York 1993.
- Carnino, Guillaume, *L'Invention de la science. La nouvelle religion de l'âge industriel*, París, 2015.
- Castel, Robert, *Die Metamorphosen der sozialen Frage. Eine Chronik der Lohnarbeit*, Konstanz, 2000 [1995] [ed. en cast.: *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós, 1997].
- Castel, Robert/Dörre, Klaus (eds.), *Prekarität, Abstieg, Ausgrenzung. Die soziale Frage am Beginn des 21. Jahrhunderts*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2009.
- Castoriadis, Cornelius, *Gesellschaft als imaginäre Institution. Entwurf einer politischen Philosophie*, Frankfurt a. M., 1990 [ed. en cast.: *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 2013].
- Chaulieu, Pierre [Castoriadis, Cornelius]/Pannekoek, Anton, «Korrespondenz 1953–1954», pról. y coment. por Henri Simon, en: *Archiv für die Geschichte des Widerstandes und der Arbeit* 18 (2008), pp. 23-76.
- Christolova, Lena, «Vom Bund der Geächteten (1834–1836) zum Bund der Gerechten (1836–1840). Anomie und Ausnahmezustand im Vormärz», en: Jutta Nickel (ed.), *Geld und Ökonomie im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz Forschung* 2013, Bielefeld, 2014, pp. 215-236.
- Clark, Gregory/Clark, Anthony, «Common Rights to Land in England, 1475–1839», en: *The Journal of Economic History*, 61.4 (2001), pp. 1009-1036.
- Clark, T. J., *The Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution*, Thames and Hudson, Londres, 1982 [ed. en cast.: *La imagen del pueblo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981].
- Conze, Werner, «Vom 'Pöbel' zum 'Proletariat'. Sozialgeschichtliche Voraussetzungen für den Sozialismus in Deutschland», en: *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 41.2 (1954), pp. 333-364.

- Conze, Werner, «Arbeiter», en: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Bd. 1 [1972], pp. 216-242;
- Conze, Werner, «Proletariat. Pöbel, Pauperismus», en: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Bd. 4 [1984], pp. 27-68.
- Cottom, Daniel, *International Bohemia. Scenes of Nineteenth-Century Life*, Philadelphia, 2013.
- Dalla Costa, Mariarosa, «Die Frauen und der Umsturz der Gesellschaft», en: Dalla Costa y Selma James, *Die Macht der Frauen und der Umsturz der Gesellschaft*, Berlín, 1973, pp. 27-66, aquí p. 53 y s. [ed. en cast.: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
- Dammbeck, Lutz, *Das Netz—die Konstruktion des Unabombers. Im Anhang: Die industrielle Gesellschaft und ihre Zukunft (Unabomber-Manifest) von FC*, Hamburgo, 2005.
- Davis, David Brion, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution 1770–1823*, Nueva York/Oxford, 1999.
- Davis, David Brion, *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation*, Nueva York, 2014.
- Davis, Mike, *Planet der Slums*, Berlín/Hamburgo, 2007 [ed. en cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].
- Debord, Guy, *Die Gesellschaft des Spektakels*, Hamburgo, 1978 [1968] [ed. en cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-textos, 2005].
- Dedner, Burghard, «Zu den Textanteilen Büchners und Weidigs im 'Hessischen Landboten'», en: *Georg-Büchner-Jahrbuch 12 (2009–2012)*, ed. por Burghard Dedner, Matthias Gröbel y Eva-Maria Vering, pp. 77-141.
- Derrida, Jacques, *Falschgeld. Zeit geben I*, Múnich, 1993, p. 43 [ed. en cast.: *Dar (el) tiempo. La moneda falsa*, Barcelona, Paidós, 1995].
- Doll, Martin, *Fälschung und Fake. Zur diskurskritischen Dimension des Täuschens*, Berlín, 2012.
- Doty, William G./Hynes, William J., «Historical Overview of Theoretical Issues: The Problem of the Tricksters», en: Doty/

- Hynes (eds.), *Mythical Trickster Figures. Contours, Contexts, and Criticism*, Tuscaloosa, 1993, pp. 13-32
- Eagleton, Terry, *Myths of Power. A Marxist Study of the Brontës*, Londres, 1975.
- Eagleton, Terry, «The Critic as Clown», en: Eagleton, *Against the Grain. Essays 1975–1985*, Londres/Nueva York, 1986, pp. 149-165.
- Eiden-Offe, Patrick, «Die Immobilienblase von Münsterburg. Gottfried Keller unterscheidet guten von bösem Kapitalismus», en: *Merkur* 715, 12 (2008), pp. 1155-1159.
- Eiden-Offe, Patrick, «Typing Class. Classification and Redemption in Lukács's Political and Literary Theory», en: Timothy Bewes y Timothy Hall (eds.), *The Fundamental Dissonance of Existence. New Essays on the Social, Literary and Aesthetic Theory of Georg Lukács*, Londres, 2011, pp. 65-78.
- Eiden-Offe, Patrick, «Nachbarschaft als Lebensform in Wilhelm Raabes *Chronik der Sperlingsgasse*», en: *DV js* 85.2 (2011), pp. 232-264
- Eiden-Offe, Patrick, «Der Verlust der Verweigerung. Von der Arbeiterklasse als Agentin der Nicht-Arbeit zur Selbsterwertung der Multitude. Abriss des (Post)Operaismus», en: Jörn Etzold y Martin J. Schäfer (eds.), *Nicht-Arbeit. Politiken, Konzepte, Ästhetiken*, Weimar, 2011, pp. 80-104.
- Eiden-Offe, Patrick, «Frederick Engels, Entrepreneur. Marx und Engels als Projektemacher», en: *Merkur* 762, 11 (2012), pp. 1045-1054.
- Eiden-Offe, Patrick, «Der Schmerz der gestohlenen Zeit», en: *Jungle World*, 14 noviembre 2013, suplemento cultural, pp. 12-13.
- Eiden-Offe, Patrick, «Dichter, Fürst und Kamarilla: Heinrich Heine berät Friedrich Wilhelm IV. Notiz zum *Wintermärchen*», en: Michael Niehaus y Wim Peeters (eds.), *Rat geben. Zu Theorie und Analyse des Beratungshandelns*, Bielefeld, 2013, pp. 275-300.
- Eiden-Offe, Patrick, «'Oppositionelle Statistik'. Von den unterschiedlichen politischen Gebrauchsweisen statistischen Wissens im Vormärz», en: Gunhild Berg, Borbála Zsuzsanna Török y Marcus Twellmann (eds.), *Berechnen/Beschreiben*.

- Praktiken statistischen (Nicht-)Wissens 1750–1850, Berlin, 2014, pp. 171-192.
- Eiden-Offe, Patrick, «Weisse Sklaven, oder: Wie frei ist die Lohnarbeit? Freie und unfreie Arbeit in den ökonomisch-literarischen Debatten des Vormärz», en: Jutta Nickel (ed.), *Geld und Ökonomie im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz Forschung* 2013, Bielefeld, 2014, pp. 183-214.
- Empson, William, «Proletarian Literature», en: Empson, *Some Versions of Pastoral*, Nueva York, 1974 [1935], pp. 3-23.
- Epstein, S. R., «Property Rights to Technological Knowledge in Premodern Europe 1300–1800», en: *The American Economic Review* 94 (2004), pp. 382-387
- Epstein, S. R./Prak, Maarten (eds.), *Guilds, Innovation, and the European Economy, 1400–1800*, Cambridge, 2008.
- Eißbach, Wolfgang, *Gegenzüge. Der Materialismus des Selbst und seine Ausgrenzung aus dem Marxismus. Eine Studie über die Kontroverse zwischen Max Stirner und Karl Marx*, Frankfurt a. M., 1982.
- Eißbach, Wolfgang, *Die Junghegelianer. Soziologie einer Intellektuellen-gruppe*, München, 1988.
- Eißbach, Wolfgang, «Elemente ideologischer Mengenlehren: Rasse, Klasse, Masse», en: Justin Stagl y Wolfgang Reinhard (eds.), *Grenzen des Menschseins. Problem einer Definition des Menschlichen*, Viena, 2005, pp. 727-755,
- Eißlinger, Eva, *Das Dienstmädchen, die Familie und der Sex. Zur Geschichte einer irregulären Beziehung in der europäischen Literatur*, Paderborn, 2013.
- Etzold, Jörn, *Die melancholische Revolution des Guy-Ernest Debord*, Zürich/Berlin, 2009.
- Federhofer, Marie-Theres, «‘Urbanitas’ als Witz und Weltläufigkeit. Zur Resonanz einer rhetorischen Kategorie im 17. und 18. Jahrhundert», en: *Nordlit* 9 (2001), pp. 3-27.
- Fischer, Tilman, «Englische Gespenster. Zu den Armutsdarstellungen in deutschsprachigen Reisebeschreibungen des 19. Jahrhunderts», en: Elke Brüns (ed.), *Ökonomien der Armut. Soziale Verhältnisse in der Literatur*, München, 2008, pp. 105-126.
- Fleckner, Uwe/Warnke, Martin/Ziegler, Hendrik (eds.), *Handbuch der politischen Ikonographie*, Bd. 1, München, 2011.

- Fohrmann, Jürgen, «Die Lyrik Georg Weerths», en: Michael Vogt (ed.), *Georg Weerth (1822–1856). Referate des 1. Internationalen Georg-Weerth-Kolloquiums 1992*, Bielefeld, 1993, pp. 54-72
- Fohrmann, Jürgen, «Das Versprechen der Sozialgeschichte (der Literatur)», en: Martin Huber y Gerhard Lauer (eds.), *Nach der Sozialgeschichte. Konzepte für eine Literaturwissenschaft zwischen Historischer Anthropologie, Kulturgeschichte und Medientheorie*, Tübingen, 2000, pp. 105-112.
- Fortmann, Patrick, *Autopsie von Revolution und Restauration. Georg Büchner und die politische Imagination*, Freiburg i. Br., 2013.
- Fox, Nicolas, *Against the Machine. The Hidden Luddite Tradition in Literature, Art, and Individual Lives*, Washington, 2002
- Frank, Gustav, «Tiecks Epochalität (Spätaufklärung, Frühromantik, Klassik, Spätromantik, Biedermeier/Vormärz, Frührealismus)», en: Claudia Stockinger/Stefan Scherer (eds.), *Ludwig Tieck. Leben–Werk–Wirkung*, Berlín/Boston, 2011, pp. 131-147.
- Freud, Sigmund, *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, Viena, 1921 [ed. en cast.: *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza, 2010].
- Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft, «28 Thesen zur Klassengesellschaft», en: *Kosmoprolet* 1 (2007), pp. 10-51, aquí p. 11.
- Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft, «Abseits des Spülbeckens. Fragmentarisches über Geschlechter und Kapital», en: *Kosmoprolet* 4 (2015), pp. 10-31
- Freundinnen und Freunde der klassenlosen Gesellschaft, «Reflexionen über das Surplus-Proletariat. Phänomene, Theorie, Folgen», en: *Kosmoprolet* 4 (2015), pp. 34-59.
- Fröhlich, Sigrid, *Die Soziale Sicherung bei Zünften und Gesellenvereinigungen. Darstellung, Analyse, Vergleich*, Berlín, 1976.
- Frost, Alphonso A., Jr., *Ernst Dronke. His Life and His Work*, Nueva York, 1989.
- Füllner, Bernd, «‘Der Handel ist für mich das weiteste Leben, die höchste Poesie.’ Georg Weerth und die 1848er Revolution», en: Friedrich Bratvogel (ed.), «Ich aber wanderte und wanderte–Es blieb die Sonne hinter mir zurück.», en: *Grabbe-Jahrbuch* 19/20 (2000/01), pp. 358-372.
- Füllner, Bernd, «‘Gottlob mit der Romantik ist es aus.’ Romantik und Revolution in Georg Weerths Werken», en: *Binger Ges-*

- chichtsblätter, Bd. 22: *Bingen und die Rheinromantik*, 2003, pp. 130-149.
- Füllner, Bernd, *Georg-Weerth-Chronik (1822–1856)*, Bielefeld, 2006.
- Füllner, Bernd, «Zur Entstehungs- und Zensurgeschichte der sozialistischen Lyrikanthologie 'Album. Originalpoesien von Georg Weerth [...] und dem Herausgeber H. Püttmann'», en: Bernd Kortländer y Enno Stahl (eds.), *Zensur im 19. Jahrhundert. Das literarische Leben aus Sicht seiner Überwacher*, Bielefeld, 2012, pp. 111-126.
- Geertz, Clifford, *Dichte Beschreibung. Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme*, Frankfurt a. M., 1987, p. 9 [ed. en cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988].
- Geheimes Staatsarchiv/Preußischer Kulturbesitz, Klosterstraße 36. *Sammeln, Ausstellen, Patentieren. Zu den Anfängen Preußens als Industriestaat* [Katalog], Berlín, 2014.
- Geisenhanslüke, Achim/Osterkamp, Ernst/Vogl, Joseph, «Statements und Diskussion zum Beitrag «Literaturgeschichte nach dem Ende der Theorie?», en: *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 36, 2 (2011), pp. 415-444.
- Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. por Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1972.
- Geulen, Eva, «Depicting Description: Lukács and Stifter», en: *The Germanic Review* 73.3 (1998), pp. 267-279.
- Geulen, Eva, «Begriffsgeschichten go global (or try to)», en: *Merkur* 788, 1 (2015), pp. 38-48.
- Ghanbari, Nacim, *Das Haus. Eine deutsche Literaturgeschichte 1850–1926*, Berlín, 2011.
- Ghanbari, Nacim/Haag, Saskia/Twellmann, Marcus, «Einleitung: Das Haus nach seinem Ende», *DV js* 85.2 (2011), pp. 155-160.
- Giesselmann, Werner, «Die Manie der Revolte. Protest unter der Französischen Julimonarchie (1830–1848)», 2 Bde., München, 1993.
- Global Slavery Index 2013* der Walk Free Foundation, <http://www.globalslaveryindex.org/> [última visita: 29 de septiembre de 2020].
- Goette, Jürgen-Wolfgang/Schlosser, Rolf, «Vorbemerkung», en: *Georg Weerth, Vergessene Texte. Werkauswahl*, Bd. 2, ed. por

- Jürgen-W. Goette, Jost Hermand y Rolf Schlosser, con prólogo de Reinhart Koselleck, Colonia, 1976, pp. 265-270.
- Goody, Jack, *Die Geschichte der Familie*, Múnich, 2002.
- Gorz, André, *Abschied vom Proletariat. Jenseits des Sozialismus*, Frankfurt a. M., 1980 [ed. en cast.: *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo*, Barcelona, Viejo Topo, 1981].
- Grab, Walter, *Dr. Wilhelm Schulz aus Darmstadt. Weggefährte von Georg Büchner und Inspirator von Karl Marx*, Frankfurt a. M./Olten/Viena, 1987.
- Graeber, David, *Schulden. Die ersten 5000 Jahre*, Stuttgart, 2012 [ed. en cast.: *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel, 2014].
- Graevenitz, Gerhart von, *Mythos. Zur Geschichte einer Denkgewohnheit*, Stuttgart, 1987.
- Graevenitz, Gerhart von, *Theodor Fontane: ängstliche Moderne. Über das Imaginäre*, Konstanz, 2014.
- Grießinger, Andreas, *Das symbolische Kapital der Ehre. Streikbewegungen und kollektives Bewußtsein deutscher Handwerksgelesen im 18. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./Berlín, 1981.
- Griffin, Emma, *A Short History of the British Industrial Revolution*, Nueva York, 2010.
- Gruppe Blauer Montag, *Risse im Putz. Autonomie, Prekarisierung und autoritärer Sozialstaat*, Berlín/Hamburgo, 2008.
- Guattari, Félix, *Wunsch und Revolution. Ein Gespräch mit Franco Berardi (Bifo) und Paolo Bertetto*, Heidelberg, 1978.
- Gubser, Martin, *Literarischer Antisemitismus. Untersuchungen zu Gustav Freytag und anderen bürgerlichen Schriftstellern des 19. Jahrhunderts*, Göttingen, 1998.
- Günther, Hans, *Der sozialistische Übermensch. M. Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos*, Stuttgart/Weimar, 1993.
- Hachtmann, Rüdiger, *Berlin 1848. Eine Politik- und Gesellschaftsgeschichte der Revolution*, Bonn, 1997.
- Haenisch, Walter, «Percy Bysshe Shelley, en: *Das Wort. Literarische Monatsschrift*, 1 [1938], pp. 96-110.
- Haller, Michael, *Die Reportage*, 6° ed., Konstanz, 2008
- Hamacher, Werner, «Afformativ, Streik, en: Christiaan Hart-Nibbrig (ed.), *Was heißt 'Darstellen'?*, Frankfurt a. M., 1994, pp. 340-374.

- Hardt, Michael/Negri, Antonio, *Multitude. Krieg und Demokratie mi Empire*, Frankfurt a. M./Nueva York, 2004.
- Harvey, David, *Paris, Capital of Modernity*, Nueva York/Londres, 2006 [ed. en cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008].
- Harvey, David, *Marx' «Kapital lesen. Ein Begleiter für Fortgeschrittene und Einsteiger*, Hamburgo, 2011, pp. 327-348 [ed. en cast.: *Guía para leer El Capital de Marx (libro I y libro II)*, Madrid, Akal, 2014 y 2016].
- Harvey, David, David Harvey, *Rebellische Städte. Vom Recht auf Stadt zur urbanen Revolution*, Berlín, 2013 [ed. en cast.: *Ciudades rebeldes*, Madrid, Akal, 2013].
- Hastings-King, Stephen, *Looking for the Proletariat. Socialisme ou Barbarie and the Problem of Worker Writing*, Leiden/Boston, 2014.
- Haupt, Gerhard, «Neue Wege zur Geschichte der Zünfte in Europa», en: Haupt, *Das Ende der Zünfte. Ein europäischer Vergleich*, Göttingen, 2002, pp. 9-37.
- Hauschild, Jan-Christoph, *Georg Büchner. Verschwörung für die Gleichheit*, Hamburgo, 2013.
- Hausen, Karin, «Die Polarisierung der 'Geschlechtscharaktere'. Eine Spiegelung der Dissoziation von Erwerbs- und Familienleben», en: Werner Conze (ed.), *Sozialgeschichte der Familie in der Neuzeit Europas. Neue Forschungen*, Stuttgart, 1976, pp. 363-393.
- Hausen, Karin, «Arbeitsort Fabrik: '... in unmittelbarer Vereinigung mit Männern'», en: Hausen y Heide Wunder (eds.), *Frauengeschichte-Geschlechtergeschichte*, Frankfurt a. M./Nueva York, 1992, pp. 74-78.
- Hebekus, Uwe/Matala de Mazza, Ethel/Koschorke, Albrecht (eds.), *Das Politische. Figurenlehren des sozialen Körpers nach der Romantik*, München, 2003.
- Heid, Ludger/Paucker, Arnold (eds.), *Juden und deutsche Arbeiterbewegung bis 1933. Soziale Utopien und religiös-kulturelle Traditionen*, Tübingen, 1992.
- Heintz, Bettina/Honegger, Claudia, «Zum Strukturwandel weiblicher Widerstandsformen im 19. Jahrhundert», en: Heintz/Honegger (eds.), *Listen der Ohnmacht. Zur Sozialgeschichte weiblicher Widerstandsformen*, Frankfurt a. M., 1984, pp. 7-68.

- Henkel, Martin/Taubert, Rolf, *Maschinenstürmer. Ein Kapitel aus der Sozialgeschichte des technischen Fortschritts*, Frankfurt a. M., 1979.
- Herrera Corral, Gerardo, «Stand up against the anti-technology terrorists», en: *Nature* 476.7361 (2011), p. 373, disponible online en www.nature.com/news/2011/220811/full/476373a.html [última visita: 16 de octubre de 2020].
- Hervé, Florence (ed.), *Flora Tristan oder: Der Traum vom feministischen Sozialismus*, Berlín, 2013.
- Herzog, Lisa, *Inventing the Market. Smith, Hegel, and Political Theory*, Oxford, 2013.
- Heusinger, Sabine von, *Die Zunft im Mittelalter. Zur Verflechtung von Politik, Wirtschaft und Gesellschaft in Straßburg*, Stuttgart, 2009.
- Hill, Bridget, *Women, Work and Sexual Politics in Eighteenth-Century England*, Montreal, 1994.
- Hill, Bridget, *Servants. English Domesticity in the Eighteenth Century*, Oxford, 1996.
- Hill, Bridget, *Women Alone. Spinsters in England, 1660–1850*, New Haven, 2001.
- Hill, Christopher, *Die englische Revolution von 1640. Vier Aufsätze*, Berlín, 1952 [ed. en cast.: *La revolución inglesa en 1640*, Barcelona, Anagrama, 1977].
- Hirschman, Albert O., *Leidenschaften und Interessen. Politische Begründungen des Kapitalismus vor seinem Sieg*, Frankfurt a. M., 1980 [ed. en cast.: *Las pasiones y los intereses*, Madrid, Capitán Swing, 2014].
- Hobsbawm, Eric J., *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Century*, Manchester, 1959; ed. en alemán: Eric J. Hobsbawm, *Sozialrebellien. Archaische Sozialbewegungen im 19. und 20. Jahrhundert*, Neuwied/Berlín, 1962 [ed. en cast.: *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Crítica, 2014].
- Hobsbawm, Eric, «The Machine Breakers», en: Eric Hobsbawm, *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres, 1986 [1964], pp. 5-22.
- Hobsbawm, Eric, «The British Standard of Living, 1790–1850», en: Hobsbawm, *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres, 1986 [1964], pp. 64-104 [ed. en cast.: *Trabajado-*

- res. *Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979].
- Hobsbawm, Eric, «The Standard of Living Debate: a Postscript», en: Hobsbawm, *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres, 1986 [1964], pp. 120-125 [ed. en cast.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979].
- Hobsbawm, Eric, «Die Maschinenstürmer», en: Hobsbawm, *Ungewöhnliche Menschen. Über Widerstand, Rebellion und Jazz*, München, 1998, pp. 15-30 [ed. en cast.: *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 2013].
- Hobsbawm, Eric/Ranger, Terence (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, 2012 [1983] [ed. en cast.: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012].
- Hobsbawm, Eric/Rudé, Georges, *Captain Swing*, Londres/Brooklyn, 2014 [1969] [ed. en cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria: El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 2009].
- Hodenberg, Christina von, *Aufstand der Weber. Die Revolte von 1844 und ihr Aufstieg zum Mythos*, Bonn, 1997.
- Hoggart, Richard, *The Uses of Literacy. Aspects of Working-Class Life*, Londres, 2009 [1957].
- Horkheimer, Max, *Dämmerung. Notizen aus Deutschland*, en: Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, Bd. II: *Philosophische Frühschriften 1922–1932*, Frankfurt a. M., 1987, pp. 312-453
- Horkheimer, Max/Adorno, Theodor W., *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Frankfurt a. M., 1990 [1944] [ed. en cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2018].
- Hörmann, Raphael, *Writing the Revolution. German and English Radical Literature, 1819–1848/49*, Viena, 2011.
- Hörmann, Raphael, ‘«Zum sogenannten, so gescholtenen Pöbel’. Die radikale Aufwertung der sozialen Unterschichten bei Börne und Büchner», en: *Georg Büchner-Jahrbuch 12* (2009–2012), pp. 143-163.
- Horn, Eva, «Politische Störungen. Streik, Sabotage, Staatsstreich», en: Albert Kümmel y Erhard Schüttpelz (eds.), *Signale der Störung*, München, 2003, pp. 321-334.
- Hughes, Linda K., *The Cambridge Introduction to Victorian Poetry*, Cambridge, 2010.

- Hundt, Irina, «'Sich mit warmen Herzen an der Zeit und ihren Interessen beteiligen'. Bettina von Arnim, der Fall Schöffel und der Roman Schloß und Fabrik von Louise Otto», en: *Louise-Otto-Peters-Jahrbuch* (2004), pp. 163-170.
- Hunt, Tristram, «Introduction», en: Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*, Londres, 2009, pp. 1-31,
- Hunt, Tristram, *Engels. Der Mann, der den Marxismus erfand*, Berlín, 2012 [ed. en cast.: *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Barcelona, Anagrama, 2011].
- International Institute of Social History, *Forschungsprogramm Global Labour History*. Disponible online en: <http://socialhistory.org/en/research/global-labour-history> [última visita: 29 de septiembre de 2020].
- Jappe, Anselm, *Guy Debord*, con prólogo de T. J. Clark, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1999 [ed. en cast.: *Guy Debord*, Barcelona, Anagrama, 1998].
- Jarrige, François, *Techno-critiques. Du refus des machines à la contestation des technosciences*, París, 2014.
- Johnson, Christopher H., «Patterns of Proletarianization. Parisian Tailors and Lodève Woolen Workers», en: John M. Merriman (ed.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, 1979, pp. 65-84.
- Johnson, Christopher H., «Response to Jacques Rancière», en: *International Labour and Working Class History* 24 (1983), pp. 21-26.
- Jones, Steven E., *Against Technology. From the Luddites to Neo-Luddism*, Nueva York/Londres, 2006.
- Jordan, Don/Walsh, Michael, *White Cargo. The Forgotten History of Britain's White Slaves in America*, Nueva York, 2008.
- Joyce, Patrick, *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class 1848-1914*, Cambridge/Nueva York/Melbourne, 1991.
- Joyce, Patrick, «What is the Social in Social History?», en: *Past and Present*, 206 (Feb. 2010), pp. 213-248.
- Julius, Anthony, *Trials of the Diaspora. A History of Anti-Semitism in England*, Oxford, 2010.
- Karlsruher Stadtzeitung, «Mit dem Dreirad durch den Sozialstaat», en: *Wildcat* 35 (1985), pp. 45-55.

- Kaschuba, Wolfgang, «Vom Gesellenkampf zum sozialen Protest. Zur Erfahrungs- und Konflikt disposition von Gesellen-Arbeitern in den Vormärz- und Revolutionsjahren», en: Ulrich Engelhard (ed.), *Handwerker in der Industrialisierung. Lage, Kultur und Politik vom späten 18. bis ins frühe 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1984, pp. 381-406.
- Kemman, Ansgar, «Evidentia, Evidenz», en: Gert Ueding (ed.), *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*, Bd. 3: *Eup-Hör*, Tübingen, 1996, Sp. 33-47.
- Kickartz, Eberhard, «Der Rote Becker». *Das politisch-publizistische Wirken des Büchner-Freundes August Becker (1812-1871)*, Darmstadt, 1997.
- Kittsteiner, Heinz Dieter, *Weltgeist, Weltmarkt, Weltgericht*, München, 2008.
- Kleeberg, Bernhard, «Reisen in den Kontinent der Armut», en: Michael Neumann y Kerstin Stüssel (eds.), *Magie der Geschichten. Weltverkehr, Literatur und Anthropologie in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Konstanz, 2011, pp. 29-52.
- Kluge, Arnd, *Die Zünfte*, Stuttgart, 2007.
- Kocka, Jürgen, «Traditionsbindung und Klassenbildung. Zum sozialhistorischen Ort der frühen deutschen Arbeiterbewegung», en: *Historische Zeitschrift* 243 (1986), pp. 333-376.
- Kocka, Jürgen, *Weder Stand noch Klasse. Unterschichten um 1800. Geschichte der Arbeiter und der Arbeiterbewegung in Deutschland seit dem Ende des 18. Jahrhunderts*, Bd. 1, Bonn, 1990.
- Kocka, Jürgen, *Arbeitsverhältnisse und Arbeiterexistenzen. Grundlagen der Klassenbildung im 19. Jahrhundert. Geschichte der Arbeiter und der Arbeiterbewegung in Deutschland seit dem Ende des 18. Jahrhunderts*, Bd. 2, Bonn, 1990.
- Kocka, Jürgen, «Das europäische Muster und der deutsche Fall», en: Kocka (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert*, Bd. 1: *Einheit und Vielfalt Europas*, Göttingen, 1995, pp. 9-75.
- Koopmann, Helmut, *Freiheitssonne und Revolutionsgewitter. Reflexe der Französischen Revolution im literarischen Deutschland zwischen 1789 und 1840*, Tübingen, 1989.
- Koschorke, Albrecht, *Wahrheit und Erfindung. Grundzüge einer Allgemeinen Erzähltheorie*, Frankfurt a. M., 2012.
- Koschorke, Albrecht, *Hegel und wir*, Berlin, 2015.

- Koschorke, Albrecht et al., *Vor der Familie. Grenzbedingungen einer modernen Institution*, Konstanz, 2010.
- Koselleck, Reinhart, «Begriffsgeschichte und Sozialgeschichte», en: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1989, pp. 107-129 [ed. en cast.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993].
- Koselleck, Reinhart, «Historische Kriterien des neuzeitlichen Revolutionsbegriffs», en: Koselleck, *Vergangene Zukunft*, op. cit., pp. 67-86
- Koselleck, Reinhart, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Frankfurt a. M., 1992 [ed. en cast.: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta, 2007].
- Koselleck, Reinhart, «Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte?», en: Koselleck, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt a. M., 2000, pp. 150-177 [ed. en cast.: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001].
- Koselleck, Reinhart, «Die Auflösung des Hauses als ständischer Herrschaftseinheit. Anmerkungen zum Rechtswandel von Haus, Familie und Gesinde in Preußen zwischen der Französischen Revolution und 1848», en: Koselleck, *Begriffsgeschichten. Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Berlín, 2010, pp. 465-485 [ed. en cast.: *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2012].
- Koselleck, Reinhart, «Drei bürgerliche Welten? Zur vergleichenden Semantik der bürgerlichen Gesellschaft in Deutschland, England und Frankreich», en: Koselleck, *Begriffsgeschichten. Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Berlín, 2010, pp. 402-461 [ed. en cast.: *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2012].
- Köster, Udo, «Kontexte zu Weerths Berichten über Proletarier in England», en: Vogt, *Georg Weerth (1822–1856)*, pp. 85-108.
- Krantz, Mark, *Rise Like Lions. The History and Lessons of the Peterloo Massacre of 1819*, Manchester, 2011.
- Kronenberg, Lutz/Schloesser, Rolf, *Weber-Revolt 1844*, con un prefacio de Bernt Engelmann, Colonia, 1979.
- Kucher, Primus-Heinz, «‘Der Rausch ist auch oft nüchterner als wir uns gestehen möchten’. Zwischen Romantik und

- Früh-Realismus. Ludwig Tiecks Romannovelle *Der Junge Tischlermeister*», en: *Studia theodisca* 3 (1996), pp. 127-141.
- Kuklick, Henrika (ed.), *A New History of Anthropology*, Malden, 2008.
- Lacoue-Labarthe, Phillipe/Nancy, Jean-Luc, «Der Nazi-Mythos», en: Elisabeth Weber y Georg Christoph Tholen (eds.), *Das Vergessen(e). Anamnesen des Undarstellbaren*, Viena, 1997, pp. 158-190.
- Lapinski, P., «Der 'Sozialstaat': Etappen und Tendenzen seiner Entwicklung», en: *Unter dem Banner des Marxismus* 4 (1928), pp. 377-418.
- Latour, Bruno/Lépinay, Vincent, *Die Ökonomie als Wissenschaft der leidenschaftlichen Interessen. Eine Einführung in die ökonomische Anthropologie Gabriel Tarde*, Berlín, 2010.
- Lehmann, Johannes F., «Faktum, Anekdote, Gerücht-Zur Begriffsgeschichte der 'Thatsache' und Kleists Berliner Abendblätter», en: *DVjs* 89, 3 (2015), pp. 307-322.
- Lenhardt, Gero/Offe, Claus, «Staatstheorie und Sozialpolitik. Politisch-soziologische Erklärungsansätze für Funktionen und Innovationsprozesse der Sozialpolitik», en: Christian von Ferber y Franz-Xaver Kaufmann (eds.), *Soziologie und Sozialpolitik, especial 19/1977 de Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, pp. 98-127.
- Lent, Lilly/Trumann, Andrea, *Kritik des Staatsfeminismus. Oder: Kinder, Küche, Kapitalismus*, Berlín, 2015.
- Leonard, Angela M., *Political Poetry as Discourse. Rereading John Greenleaf Whittier, Ebenezer Elliott, and Hip-Hop-Ology*, Lanham, 2010.
- Lefebvre, Henri, *Die Revolution der Städte*, Berlín, 2003 [1970] [ed. en cast.: *La revolución urbana*, Madrid, Alianza, 1983].
- van der Linden, Marcel, «Warum gab (und gibt) es Sklaverei im Kapitalismus? Eine einfache und dennoch schwer zu beantwortende Frage», en: M. Erdem Kabadayi y Tobias Reichardt (eds.), *Unfreie Arbeit. Ökonomische und kulturgeschichtliche Perspektiven*, Hildesheim/Zürich/Nueva York, 2007, pp. 260-279.
- van der Linden, Marcel, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden, 2008.
- van der Linden, Marcel/Roth, Karl Heinz, «Ergebnisse und Perspektiven», en: Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth

- (eds.), *Über Marx hinaus. Arbeitsgeschichte und Arbeitsbegriff in der Konfrontation mit den globalen Arbeitsverhältnissen des 21. Jahrhunderts*, Berlín/Hamburgo, 2009, pp. 557-600.
- Levison, Iain, *Betriebsbedingt gekündigt*, Berlín, 2005 [ed. en cast.: *Cuando nos dieron la patada*, Barcelona, Punto de lectura, 2007].
- Levison, Iain, *Abserviert. Mein Leben als Humankapital*, Berlín, 2006.
- Linebaugh, Peter, *The London Hanged. Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*, Londres/Nueva York, 2006.
- Linebaugh, Peter, *The Magna Carta Manifesto. Liberty and Commons for All*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 2008 [ed. en cast.: *El manifiesto de la carta magna. Comunes y libertades para el pueblo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].
- Linebaugh, Peter, «Ned Ludd and Queen Mab. Machine-Breaking, Romanticism, and the Several Commons of 1811-12», en: *Stop, Thief! The Commons, Enclosures, and Resistance*, Oakland, PM Press, 2104, pp. 77-107 [ed. en cast.: *Ned Ludd y la Reina Mab. Destrucción de máquinas, Romanticismo y los Comunes de 1811-1812*, Barcelona, Descontrol, 2018].
- Linebaugh, Peter/Rediker, Marcus, *The Many-Headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Londres, 2000; ed. en alemán: *Die vielköpfige Hydra. Die verborgene Geschichte des revolutionären Atlantik*, Berlín/Hamburgo, 2008 [ed. en cast.: *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica, 2005].
- Long, William F./Schlicke, Paul, «Bumple against Sludberry; or, Dickens Has an Early Encounter with Reform Politics», en: *Dickens Quarterly* 32.3 (2015), pp. 181-198.
- Loose, Margaret, *The Chartist Imaginary. Literary Form in Working-Class Political Theory and Practice*, Columbus, 2014.
- Löwy, Michael, Georg Lukács. *From Romanticism to Bolshevism*, Londres/Nueva York, 1979.
- Löwy, Michael, «Ein ungewöhnlicher Marx-Text», en: *Marx, Vom Selbstmord*, ed. por Eric A. Plaut y Kevin Anderson, Colonia, 2001, pp. 7-12.
- Löwy, Michael, *Fire Alarm. Reading Walter Benjamin's 'On the Concept of History'*, Londres/Nueva York, 2005 [ed. en cast.: *Walter*

- Benjamin: *aviso de incendio. Una lectura de las tesis sobre el concepto de historia*, México, FCE, 2013].
- Löwy, Michael/Sayre, Robert, *Romanticism Against the Tide of Modernity*, Durham/Londres, 2001.
- Lucas, Erhard, *Zwei Formen von Radikalismus in der deutschen Arbeiterbewegung*, Frankfurt a. M., 1976.
- Lucas, Erhard, *Vom Scheitern der deutschen Arbeiterbewegung*, Frankfurt a. M., 1983.
- Lucassen, Jan (ed.), *Global Labour History. A State of the Art*, Berna, 2008.
- Lüdemann, Susanne, «'Zusammenhanglose Bevölkerungshafen, aller inneren Gliederung bar'. Die Masse als das Andere der Ordnung im Diskurs der Soziologie», en: Ulrich Bröckling et al. (eds.), *Das Andere der Ordnung*, ideas principales en: *Behemoth. A Journal of Civilization* 7.1 (2014), pp. 103-117. Disponible online en: <http://ojs.ub.uni-freiburg.de/behemoth/article/view/775> [última visita: 3 de noviembre de 2020].
- Ludwig, Johanna, «'Ich martere mich selbst mit diesen Problemen...': Die Zensurgeschichte und zeitgenössische Bewertung des Romans Schloß und Fabrik», en: Eva Schöck-Quinteros et al. (eds.), *Bürgerliche Gesellschaft-Idee und Wirklichkeit. Festschrift für Manfred Hahn*, Berlín, 2004, pp. 179-200.
- Lukács, Georg, «Gottfried Keller» [1938], en: Lukács, *Werke*, Bd. 7: *Deutsche Literatur in zwei Jahrhunderten. Werke*, Neuwied/Berlín, 1964, pp. 147-230.
- Lukács, Georg, «Eichendorff» [1940], en: Lukács, *Werke*, Bd. 7, *Deutsche Literatur in zwei Jahrhunderten*, Neuwied/Berlín, 1964, pp. 232-248.
- Lukács, Georg, *Geschichte und Klassenbewußtsein. Studien über marxistische Dialektik*, Darmstadt/Neuwied, 1970 [1923], p. 126 [ed. en cast.: *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Buenos Aires, RyR, 2013].
- Lukács, Georg, «Beschreiben oder Erzählen?» [1936], en: Lukács, *Werke*, Bd. 4: *Essays über Realismus*, Neuwied/Berlín, 1971, pp. 197-242.

- Luks, Timo, «Prekarität. Eine nützliche Kategorie der historischen Kapitalismusanalyse», en: *Archiv für Sozialgeschichte* 56 (2016), pp. 51-80.
- Manchin, Hanna, «The Grisette as the Female Bohemian», disponible online en: www.mtholyoke.edu/courses/rschwartz/hist255s13/grisette/manchin.htm [última visita: 18 de septiembre de 2020].
- Manning, Patrick, *Slavery and African Life. Occidental, Oriental, and African Slave Trades*, Cambridge, 1990.
- Mattick, Paul, *Business as usual. Krise und Scheitern des Kapitalismus*, Hamburgo, 2012.
- Mayer, Hans, *Georg Büchner und seine Zeit*, Frankfurt a. M., 1972 [1946].
- Mayer, Thomas Michael, «Die 'Gesellschaft der Menschenrechte' und Der Hessische Landbote», en: Susanne Lehmann (Red.), *Georg Büchner. Revolutionär-Dichter-Wissenschaftler 1813-1837*, Basilea/Frankfurt a. M., 1987, pp. 168-186.
- Mecke, Christoph-Eric, *Begriff und System des Rechts bei Georg Friedrich Puchta*, Göttingen, 2009.
- Mehring, Franz, «Literarische Rundschau: Hermann Schlüter, 'Die Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung in Amerika'», en: *Die Neue Zeit* 26.1 (1907/08), pp. 347-349.
- Mehring, Franz, «Gesellschaftsspiegel» [1902], en: Mehring, *Gesammelte Schriften*, Bd. 4, *Aufsätze zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, Berlin, 1963, pp. 170-175.
- Meillassoux, Claude, «Die wilden Früchte der Frau». *Über häusliche Produktion und kapitalistische Wirtschaft*, Frankfurt a. M., 1983.
- Meillassoux, Claude, *Anthropologie der Sklaverei*, Frankfurt a. M./ Nueva York/París, 1989 [ed. en cast.: *Antropología de la esclavitud*, México, Siglo XXI, 1990].
- Mettele, Gisela, «Mary und Lizzie Burns. Die Lebensgefährtinnen von Friedrich Engels», en: *Marx-Engel-Jahrbuch* 2011, Berlín, 2012, pp. 130-149.
- Meyer, Ahlrich, «Massenarmut und Existenzrecht», en: Meyer, *Die Logik der Revolten. Studien zur Sozialgeschichte 1789-1848*, Berlín/Hamburgo, 1999, pp. 93-256.
- Meyer, Ahlrich, «Eine Theorie der Niederlage. Marx und die Evidenz des 19. Jahrhunderts», en: Marcel van der Linden/

- Karl Heinz Roth (eds.), *Über Marx hinaus. Arbeitsgeschichte und Arbeitsbegriff in der Konfrontation mit den globalen Arbeitsverhältnissen des 21. Jahrhunderts*, Berlin/Hamburg, 2009, pp. 311-333.
- Meyzaud, Maud, *Die stumme Souveränität. Volk und Revolution bei Georg Büchner und Jules Michelet*, Paderborn, 2012.
- Mohl, Ernst Theodor, «Einleitung zu Moses Hess Gesellschaftsspiegel. Marginalien zum Nachdruck der von Moses Heß redigierten Zeitschrift «Gesellschaftsspiegel. Organ zur Vertretung der besitzlosen Volksklassen und zur Beleuchtung der gesellschaftlichen Zustände der Gegenwart (1845 /46)», nebst Fußnoten zur neueren Marx- und Heß-Forschung, Glashütten/Ts., 1971.
- Mönke, Wolfgang, «Hermann Püttmann», en: Karl Obermann et al. (eds.), *Biographisches Lexikon zur Deutschen Geschichte. Von den Anfängen bis 1917*, Berlin (este), 1967, pp. 381-384.
- Moretti, Franco, *The Bourgeois. Between History and Literature*, Londres/Nueva York, 2013.
- Morris-Keitel, Helen G., «Not 'until Earth is Paradise': Louise Otto's Refracted Feminine Ideal», en: *Women in German Yearbook 12* (1996), pp. 87-100.
- Müller, Ernst/Schmieder, Falko, *Begriffsgeschichte und historische Semantik. Ein kritisches Kompendium*, Berlin, 2016.
- Na'aman, Shlomo, *Zur Entstehung der deutschen Arbeiterbewegung. Lernprozesse und Vergesellschaftung 1830–1868*, Hannover, 1978.
- Nail, Thomas, *The Figure of the Migrant*, Stanford, 2015.
- Nancy, Jean-Luc, «Der unterbrochene Mythos», en: Nancy, *Die undarstellbare Gemeinschaft*, Stuttgart, 1988, pp. 93-169 [ed. en cast.: *La comunidad descalificada*, Madrid, Avarigani, 2015].
- Negri, Antonio, *Sabotage. Mit Briefen und Schriften aus dem Gefängnis*, München, 1979.
- Nickel, Jutta (ed.), *Geld und Ökonomie im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz Forschung 2013*, Bielefeld, 2014,
- Nipperdey, Justus, «Regulierung zur Sicherung der Nahrung. Zur Übereinstimmung von Menschenbild und Marktmodell bei Zünften und Kameralisten», en: Margrit Müller, Heinrich R. Schmidt y Laurent Tissot (eds.), *Regulierte Märkte. Zünfte und Kartelle–Marchés régulés. Corporations et cartels*, Zürich, 2011, pp. 165-182.

- Noble, David F., *Forces of Production. A Social History of Industrial Automation*, Nueva York, 1984.
- Noble, David F., *Progress Without People. New Technologies, Unemployment, and the Message of Resistance*, Toronto, 1995.
- Oexle, Otto Gerhard/Conze, Werner/Walther, Rudolf, «Stand, Klasse», en: Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag, 1972 y ss., Bd. 6 [1990], pp. 155-284.
- Offe, Claus, «The Vanishing 'Shadow of the Future'», en: *European Journal of Sociology / Archives Européennes de Sociologie* 3 [2011], pp. 466-474.
- Offe, Johanna, *Verheiratet mit einem Toten. Witwen und die AIDS -Krise in Sambia*, Konstanz, 2010.
- Orwell, George, *Der Weg nach Wigan Pier*, Zürich, 2003 [1937] [ed. en cast.: *El camino de Wigan Pier*, Madrid, Austral, 2012].
- Österreichisches Biographisches Lexikon 1815–1950 (ÖBL), Bd. 1, Viena, 1957.
- Palla, Rudi, *Verschwundene Arbeit. Das Buch der untergegangenen Berufe*, Viena, 2014.
- Panzieri, Raniero, «Über die kapitalistische Anwendung der Maschinerie im Spätkapitalismus», en: Claudio Pozzoli (ed.), *Spätkapitalismus und Klassenkampf: Eine Auswahl aus den «Quaderni Rossi»*, Frankfurt a. M., 1972, pp. 14-32.
- Parnes, Ohad/Vedder, Ulrike/Willer, Stefan, *Das Konzept der Generation. Eine Wissens- und Kulturgeschichte*, Frankfurt a. M., 2008.
- Paulin, Roger, *Ludwig Tieck. Eine literarische Biographie*, München, 1988.
- Pelger, Hans, «Dokument einer literarischen Opposition in Deutschland», en: *Deutsches Bürgerbuch für 1845*, reed. de Rolf Schloesser, con un prólogo de Walter Dirks, Colonia, 1975, pp. XIII-XXXVI,
- Perraudin, Michael, «Georg Weerths Das Blumenfest der englischen Arbeiter und andere England-Skizzen: proletarisches Heldentum», en: Michael Vogt (ed.), *Georg Weerth und die Satire im Vormärz*, Bielefeld, 2007, pp. 215-231.
- Petermann, Werner, *Die Geschichte der Ethnologie*, Wuppertal, 2004.

- Pfaller, Robert, *Wofür es sich zu leben lohnt. Elemente materialistischer Philosophie*, Frankfurt a. M., 2011.
- Plaut, Eric A., «Der Marx-Artikel im Kontext anderer Selbstmord-Theorien und das Selbstmord-Thema in der Marxschen Biographie», en: Karl Marx, Marx, Karl, *Vom Selbstmord*, ed. por Eric A. Plaut y Kevin Anderson, Colonia, 2001, pp. 37-47.
- Plumpe, Gerhard (ed.), *Theorie des bürgerlichen Realismus*, Stuttgart, Reclam, 1986.
- Poovey, Mary, «The Social Constitution of ‘Class’», en: Wai Chee Dimock y Michael T. Gilmore (eds.), *Rethinking Class. Literary Studies and Social Formations*, Nueva York, Columbia University Press, 1994, pp. 15-56.
- Poovey, Mary, *A History of the Modern Fact. Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*, Chicago/Londres, Chicago University Press, 1998.
- Posener, Julius, *From Schinkel to the Bauhaus. Five Lectures on the Growth of Modern German Architecture*, Londres, 1972.
- Price, Susan/Zemke, Uwe, «Fabrikbesitzer und Industrieproletariat in den Romanen der Brontë-Schwester und den England-Aufsätzen Georg Weerths», en: Michael Vogt (ed.), *Literaturkonzepte im Vormärz, Jahrbuch des Forums Vormärz Forschung 2000*, Bielefeld, 2001, pp. 261-290.
- Priddat, Birger P., «‘Reiche Individualität’–Karl Marx’ Kommunismus als Konzeption der ‘freien Zeit für freie Entwicklung’», en: Ingo Pies y Martin Leschke (eds.), *Karl Marx’ kommunistischer Individualismus*, Tübingen, 2005, pp. 124-146.
- Pynchon, Thomas, «Is It O.K. To Be A Luddite?», en: *New York Times*, 28 de octubre de 1984, disponible online en www.nytimes.com/books/97/05/18/reviews/pynchon-luddite.html [en castellano en <https://laperiodicarevisiondominical.wordpress.com/2009/09/25/%C2%BFesta-bien-ser-ludita-thomas-pynchon/> [última visita, 09 de octubre de 2020].
- Rancière, Jacques, «Utopisten, Bürger und Proletarier», en: *Kurzbuch*, Bd. 52: *Utopien I. Zweifel an der Zukunft*, ed. por Karl Markus Michel y Harald Wieser con la colab. de Hans Magnus Enzensberger, Berlín, 1978, pp. 146-158.

- Rancière, Jacques, «The Myth of the Artisan. Critical Reflections on a Category of Social History», en: *International Labour and Working Class History* 24 (1983), pp. 1-16.
- Rancière, Jacques, *Die Namen der Geschichte. Versuch einer Poetik des Wissens*, Frankfurt a. M., 1994 [ed. en cast.: *Los nombres de la historia: una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008].
- Rancière, Jacques, «Die Gemeinschaft der Gleichen», en: Joseph Vogl (ed.), *Gemeinschaften. Positionen zu einer Philosophie des Politischen*, Frankfurt a. M., 1994, pp. 101-132.
- Rancière, Jacques, *Das Unvernehmen. Politik und Philosophie*, Frankfurt a. M., 2002 [1995] [ed. en cast.: *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010, pp. 37 y ss.].
- Rancière, Jacques, *Staging the People. The Proletarian and His Double*, Londres/Nueva York, 2011.
- Rancière, Jacques, *Die Nacht der Proletarier. Archive des Arbeitertraums*, Viena/Berlín, 2013 [1981] [ed. en cast.: *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2017].
- Rancière, Jacques, *Kurze Reisen ins Land des Volkes*, Viena, 2014 [1990] [ed. en cast.: *Breves viajes al país del pueblo*, Palinodia, Santiago de Chile, 2006].
- Rancourt, Denis C., «David F. Noble: In Memoriam», en: *counterpunch*, 3 de diciembre de 2010, disponible online en www.counterpunch.org/2010/12/30/david-f-noble-in-memoriam [última visita: 16 de octubre de 2020].
- Rattner, Josef/Danzer, Gerhard, *Die Junghegelianer. Porträt einer progressiven Intellektuellengruppe*, Würzburg, 2005
- Reid, Robert, *Land of Lost Content. The Luddite Revolt, 1812*, Londres, 1986.
- Reinhard, Wolfgang, *Lebensformen Europas. Eine historische Kultur-anthropologie*, Múnich, 2004.
- Reininghaus, Wilfried, «Die Gesellenladen und Unterstützungskassen der Fabrikarbeiter bis 1870 in der Grafschaft Mark. Anmerkungen zu einem wenig erschlossenen Kapitel der Sozial- und Wirtschaftsgeschichte Westfalens», en: *Der Märker. Landeskundliche Zeitschrift für den Bereich der ehemaligen Grafschaft Mark und den märkischen Kreis* 29 (1980), pp. 46-55.

- Riechelmann, Cord, «Neuer oder spekulativer Realismus», en: *Merkur* 778, 3 (2014), pp. 243-247.
- Rosa, Hartmut, Barcelona, Paidós, 2001]. De la sobrecalentada producción de Hartmut Rosa sobre el tema, habría que destacar *Beschleunigung und Entfremdung. Entwurf einer kritischen Theorie spätmoderner Zeitlichkeit*, Frankfurt a. M., 2013 [ed. en cast.: *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Buenos Aires, Katz, 2016].
- Roseberry, William, «From peasant studies to proletarianization studies», en: *Studies in Comparative International Development*, Vol. 18, 1/2 (1983), pp. 69-89.
- Roth, Karl Heinz, *Die «andere» Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart*, Múnich, 1974 [ed. en cast.: *El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].
- Ruckhäberle, Hans-Joachim, *Flugschriftenliteratur im historischen Umkreis Georg Büchners*, Kronberg i. Ts., 1975.
- Ruckhäberle, Hans-Joachim (ed.), *Frühproletarische Literatur. Die Flugschriften der deutschen Handwerksgesellenvereine in Paris 1832-1839*, Kronberg/Ts., 1977.
- Ruda, Frank, *Hegels Pöbel. Hegels Pöbel. Eine Untersuchung der «Grundlinien der Philosophie des Rechts»*, Konstanz, 2011.
- Rumney, Ralph, *Der Konsul. Beiträge zur Geschichte der Situationistischen Internationale. Ein Gespräch mit Gérard Berréby in Zusammenarbeit mit Giulio Minghini und Chantal Ostreicher*, Berlín, 2011.
- Sanders, Mike, *The Poetry of Chartism*, Cambridge, 2009.
- Sayre, Robert/Löwy, Michael, «Die (antikapitalistische) Romantik in der Theorie des Romans», en: Rüdiger Dannemann (ed.), *Lukács 2016. Jahrbuch der Internationalen Georg-Lukács-Gesellschaft*, Bielefeld, 2016, pp. 145-162.
- Schaub, Gerhard, «Statistik und Agitation. Eine neue Quelle zu Büchners Hessischem Landboten», en: Herbert Anton et al. (eds.), *Geist und Zeichen. Festschrift für Arthur Henkel zu seinem 60. Geburtstag*, Heidelberg, 1977, pp. 351-375.

- Scheckner, Peter (ed.), *An Anthology of Chartist Poetry: Poetry of the British Working Class, 1830s–1850s*, Cranbury/Londres/Missauga, 1989.
- Scheu, Johannes, «Wider den homme moyen. Zur Soziologie des Einzelfalls», en: Gunhild Berg/Borbáale Zsuzsanna Török/Marcus Twellmann (eds.), *Berechnen/Beschreiben. Praktiken statistischen (Nicht-)Wissens 1750–1850*, Berlín, 2014, pp. 193-211.
- Schieder, Wolfgang, *Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung. Die Auslandsvereine im Jahrzehnt nach der Julirevolution von 1830*, Stuttgart, 1963.
- Schlottau, Klaus, «Maschinenstürmer gegen Frauenerwerbsarbeit: Dea ex machina», en: Thorsten Meyer/Marcus Popplow (eds.), *Technik, Arbeit und Umwelt in der Geschichte. Günter Bayerl zum 60. Geburtstag*, Münster, 2006, pp. 111-132.
- Schmidt am Busch, Hans-Christoph, *Religiöse Hingabe oder soziale Freiheit. Die saint-simonistische Theorie und die Hegelsche Sozialphilosophie*, Hamburgo, 2007.
- Schmitt, Carl, *Der Begriff des Politischen. Text von 1932 mit einem Vorwort und drei Corollarien*, Berlín, 1963 [ed. en cast.: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1999].
- Schmitt, Carl, *Politische Romantik*, Berlín, 1991 [1919].
- Schneider, Manfred, *ransparenztraum. Literatur, Politik, Medien und das Unmögliche*, Berlín, 2013.
- Schoeps, Julius H., «Agenten, Spitzel, Flüchtlinge. Wilhelm Stieber und die demokratische Emigration in London», en: Horst Schallenger y Helmut Schrey (eds.), *Im Gegenstrom. Festschrift zum 70. Geburtstag von Helmut Hirsch*, Wuppertal, 1977, pp. 71-104.
- Schrupp, Antje, *Nicht Marxistin und auch nicht Anarchistin. Frauen in der Ersten Internationale*, Königstein i. Ts., 1999.
- Schulze Altcappenberg, Hein-Th./ Rolf Johannsen/ Christiane Lange (eds.), *Karl Friedrich Schinkel. Geschichte und Poesie. Das Studienbuch*, Múnich, 2012.
- Schulze Altcappenberg, Hein-Th./ Rolf Johannsen/ Christiane Lange (eds.), *Karl Friedrich Schinkel. Geschichte und Poesie [Katalog]*, Múnich, 2012.

- Schumpeter, Joseph A., *Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie*, 4. ed., München, 1975 [1942] [ed. en cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Página indómita, 2015].
- Schüttpelz, Erhard, «Der Trickster», en: Eva Esslinger et al. (eds.), *Die Figur des Dritten. Ein kulturwissenschaftliches Paradigma*, Berlín, 2010, pp. 208-224.
- Scott, Joan, «Die Arbeiterin», en: Georges Duby y Michelle Perrot, *Geschichte der Frauen*, Bd. 4: *Das 19. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./Nueva York, 1994, pp. 451-480 [ed. en cast.: «La mujer trabajadora en el siglo XIX», en *Historia de las mujeres*. Vol. 4: *El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2018, pp. 427-461].
- Seidel-Höppner, Waltraud, *Wilhelm Weitling (1808–1871). Eine politische Biografie*, 2 Bde., Frankfurt a. M., 2014.
- Seidel-Höppner, Waltraud/Höppner, Joachim, «Wilhelm Weitlings 'Guerillakrieg des stehlenden Proletariats'. Dokumentation einer Legende», en: Helmut Bleiber y Wolfgang Küttler (eds.), *Revolution und Reform in Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert*, 2. Halbbd.: *Ideen und Reflexionen. Zum 75. Geburtstag von Walter Schmidt*, Berlín, 2005, pp. 79-93.
- Sewell, William H., *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.
- Sewell, William H., «Response to Jacques Rancière», en: *International Labour and Working Class History* 24 (1983), pp. 17-20.
- Sheehan, Thomas, «Italy: Behind the ski mask», en: *New York Review of Books*, 16 de agosto de 1979, disponible online en www.nybooks.com/articles/archives/1979/aug/16/italy-behind-the-ski-mask [última visita: 16 de octubre de 2020].
- Simmel, Georg, *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Leipzig, 1908 [ed. en cast.: *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, México, FCE, 2015].
- Sinjen, Beke, *Prosa der Verhältnisse. Die Entdeckung der Erzählliteratur durch die Arbeiterbewegung (1863–1906)*, Essen, 2015.
- Skinner, Quentin, «John Milton und die Politik der Sklaverei», en: Skinner, *Visionen des Politischen*, Frankfurt a. M., 2009, pp. 196-223.
- Speck, W. A., «Robert Southey, Lord Macaulay, and the Standard of Living Controversy», en: *History. The Journal of the Historical Association* 86.284 (2001), pp. 467-477.

- Spehr, Michael, *Maschinensturm. Protest und Widerstand gegen technische Neuerungen am Anfang der Industrialisierung*, Münster, 2000.
- Sperber, Jonathan, *Karl Marx. Sein Leben und sein Jahrhundert*, München, 2013 [ed. en cast.: *Karl Marx*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013].
- Stadelmann, Rudolf/Fischer, Wolfram, *Die Bildungswelt des deutschen Handwerkers um 1800. Studien zur Soziologie des Kleinbürgers im Zeitalter Goethes*, Berlín, 1955.
- Stagl, Justin, «Die Entstehung der Völker- und Volkskunde aus der Krise der Statistik, 1750–1850», en: Gunhild Berg/Borbále Zsuzsanna Török/Marcus Twellmann (eds.), *Berechnen/Beschreiben. Praktiken statistischen (Nicht-)Wissens 1750–1850*, Berlín, 2014, pp. 213-229.
- Stagl, Justin/Reinhard, Wolfgang (eds.), *Grenzen des Menschseins. Problem einer Definition des Menschlichen*, Viena, 2005.
- Stallybrass, Peter, «Marx and Heterogeneity. Thinking the Lumpenproletariat», en: *Representations* 31, Special Issue: *The Margins of Identity in Nineteenth-Century England* (Summer 1990), pp. 69-95.
- Standing, Guy, *The Precariat. The New Dangerous Class*, Londres, 2011; ed. en alemán: *Prekariat. Die neue explosive Klasse*, Münster, 2015 [ed. en cast.: *El precariado, una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y presente, 2013].
- Standing, Guy, *Eine Charta des Prekariats. Von der ausgeschlossenen zur gestaltenden Klasse*, Münster 2016 [ed. en cast.: *Precariado: una carta de derechos*, Madrid, Capitán Swing, 2014].
- Stanziani, Alessandro, «Free Labor–Forced Labor: An Uncertain Boundary? The Circulation of Economic Ideas between Russia and Europe from the 18th to the Mid-19th Century», en: *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 9.1 (invierno 2008), pp. 27-52.
- Stedman Jones, Gareth, «Sprache und Politik des Chartismus», en: *Klassen, Politik, Sprache. Für eine theorieorientierte Sozialgeschichte*, ed. por Peter Schöttler, Münster, 1988, pp. 133-229.
- Steinmetz, Willibald, «Gemeineuropäische Tradition und nationale Besonderheiten im Begriff der 'Mittelklasse'. Ein Vergleich zwischen Deutschland, Frankreich und England», en: Reinhart Koselleck y Klaus Schreiner (eds.),

- Bürgerschaft. *Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit vom Hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert*, Stuttgart, 1994, pp. 161-236.
- Strowick, Elisabeth, *Sprechende Körper–Poetik der Ansteckung. Performativa in Literatur und Rhetorik*, München, 2009.
- Stürmer, Michael, *Der Herbst des Alten Handwerks. Zur Sozialgeschichte des 18. Jahrhunderts*, München, 1979.
- Susteck, Sebastian, *Kinderlieben. Studien zum Wissen des 19. Jahrhunderts und zum deutschsprachigen Realismus von Stifter, Keller, Storm und anderen*, Berlin/Nueva York, 2010.
- Suter, Mischa, «Ein Stachel in der Seite der Sozialgeschichte: Jacques Rancière und die Zeitschrift *Les Révoltes logiques*», en: *Sozial-Geschichte Online* 5 (2011), pp. 8-37.
- Suter, Mischa, *Rechtstrieb. Schulden und Vollstreckung im liberalen Kapitalismus 1800–1900*, Konstanz, 2016.
- Taussig, Michael, *Sympathiezauber. Texte zur Ethnographie*, Konstanz, 2013.
- Tenfelde, Klaus/Volkmann, Heinrich, «Einführung: Zur Geschichte des Streiks in Deutschland», en: Tenfelde y Volkmann (eds.), *Streik. Zur Geschichte des Arbeitskampfes in Deutschland während der Industrialisierung*, München, 1981, pp. 9-30.
- Tennstedt, Florin, *Vom Proleten zum Industriearbeiter. Arbeiterbewegung und Sozialpolitik in Deutschland 1800–1914*, Colonia, 1983.
- Thien, Hans-Günter (ed.), *Klassen im Postfordismus*, 2^a ed. corr., Münster, 2011.
- Thoburn, Nicholas, «Difference in Marx: The Lumpenproletariat and the Proletarian Unnamable», en: *Economy and Society* 31.3 (2002), p. 434-460.
- Thompson, Dorothy, «Spurensicherung. Frauen in der frühen englischen Arbeiterbewegung», en: Bettina Heintz/Claudia Honegger (eds.), *Listen der Ohnmacht. Zur Sozialgeschichte weiblicher Widerstandsformen*, Frankfurt a. M. 1984, pp. 160-187.
- Thompson, Dorothy, *Outsiders. Class, Gender and Nation*, Londres/Nueva York, 1993.
- Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Nueva York, 1966 [ed. en cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012].

- Thompson, E. P., «Romantik, Moral und utopisches Denken. Der Fall William Morris», en: Thompson, *Plebeische Kultur und moralische Ökonomie. Aufsätze zur englischen Sozialgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts*, Frankfurt a. M./Berlín/Viena, 1980, pp. 202-245.
- Thompson, E. P., «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», en: Thompson, *Customs in Common*, Pontypool, 1991, pp. 352-403; ed. en alemán: «Zeit, Arbeitsdisziplin und Industriekapitalismus», en: Thompson, *Plebeische Kultur*, pp. 34-65 [ed. en cast.: «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en: *Costumbres en común*, Madrid, Capitán Swing, 2019].
- Thompson, E. P., *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse*, Frankfurt a. M., 1987 [1963] [ed. en cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012].
- Thompson, E. P., *The Romantics. England in a Revolutionary Age*, Woodbridge, 1997.
- Thompson, E. P., «The Peculiarities of the English» [1965], en: Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Nueva York, 2008, pp. 245-301.
- Thompson, E. P., *William Morris. Romantic to Revolutionary*, Londres, 1955 (reed. con prólogo de Peter Linebaugh, Oakland, 2011) [ed. en cast.: *William Morris, de romántico a revolucionario*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1988].
- Thompson, E. P., *E. P. Thompson and the Making of the New Left. Essays and Polemics*, ed. por Cal Winslow, Nueva York, 2014.
- Tierney, Thomas F., «The Governmentality of Suicide: Peuchet, Marx, Durkheim, and Foucault», en: *Journal of Classical Sociology* 10/4 (2010), pp. 357-389.
- Tilly, Louise A., «Paths of Proletarianization. Organization of Production, Sexual Division of Labor, and Women's Collective Action», en: Johanna Brenner, Barbara Laslett y Yasmin Arat (eds.), *Rethinking the Political. Women, Resistance, and the State*, Chicago, 1995, pp. 127-144.
- Trempler, Jörg, *Schinkels Motive*, Berlín, 2007.
- Trempler, Jörg, *Karl Friedrich Schinkel. Baumeister Preußens. Eine Biographie*, Múnich, 2012.
- Treusch-Dieter, Gerburg, *Wie den Frauen der Faden aus der Hand genommen wurde. Die Spindel der Notwendigkeit*, Berlín, 1984.

- Tronti, Mario, «Fabrik und Gesellschaft», en: *Arbeiter und Kapital*, Frankfurt a. M., 1974, pp. 17-44 [ed. en cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2001].
- Ungern-Sternberg, Jürgen, «Proletarii», en: *Der Neue Pauly*, Bd. 10, Stuttgart, J.B. Metzler, 2003, Sp. 397 y s.).
- Unsel, Siegfried, «Georg Weerth–Lebenslauf eines Unbekannten», en: Georg Weerth, *Fragment eines Romans*, Frankfurt a. M., 1965, pp. 5-18,
- Unsichtbares Komitee, *Der kommende Aufstand*, Hamburgo, 2010 [2007] [ed. en cast.: *La insurrección que viene*, Barcelona, Melusina, 2009].
- Vogel, Barbara, *Allgemeine Gewerbefreiheit. Die Reformpolitik des preußischen Staatskanzlers Hardenberg (1810–1820)*, Göttingen, 1983.
- Vogl, Joseph, *Kalkül und Leidenschaft. Poetik des ökonomischen Menschen*, Zürich/Berlin, 2002.
- Wadauer, Sigrid, «Paris im Unterwegs-Sein und Schreiben von Handwerksgelesen», en: Mareike König (ed.), *Deutsche Handwerker, Arbeiter und Dienstmädchen in Paris. Eine vergessene Migration im 19. Jahrhundert*, München, 2003, pp. 49-67.
- Wadauer, Sigrid, *Die Tour der Gesellen. Mobilität und Biographie im Handwerk vom 18. bis zum 20. Jahrhundert*, Frankfurt a. M./ Nueva York, 2005.
- Wahren, Reinhard, *Baukünstler und Ingenieur. Eine Berliner Freundschaft: Karl-Friedrich Schinkel und Christian Peter Wilhelm Beuth*, Berlin, 2016.
- Walker, Mack, *German Home Towns. Community, State, and General Estate, 1648–1871*, Ithaca, 1971.
- Wallerstein, Immanuel, *Das moderne Weltsystem I. Die Anfänge kapitalistischer Landwirtschaft und die europäische Weltökonomie im 16. Jahrhundert*, Viena, 2004 [1974] [ed. en cast.: *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- Waszek, Norbert, *The Scottish Enlightenment and Hegel's Account of «Civil Society»*, Dordrecht, 1988.
- Waszek, Norbert, «War Eduard Gans (1797–1839) der erste Linksoder Junghegelianer?», en: Michael Quante y Amir Mohseni (eds.), *Die linken Hegelianer. Studien zum Verhältnis von Reli-*

- gion und Politik im Vormärz, Paderborn, Wilhelm Fink, 2015, pp. 29-51.
- Weber, Max, «Politik als Beruf» [1919], en: Weber, *Gesammelte Politische Schriften*, ed. por Johannes Winckelmann, Tübingen, 1988, pp. 505-560 [ed. en cast.: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2012].
- Weerth, Marie, *Georg Weerth (1822–1856). Ein Lebensbild*, Bielefeld, 2009
- Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Zweiter Band: Von der Reformära bis zur industriellen und politischen «Deutschen Doppelrevolution» 1815-1845/49*, Múnich, Beck C. H., 1987.
- Weiß, Volker, *Moses Hess. Rheinischer Jude, Revolutionär, früherer Zionist*, Colonia, 2015.
- Werber, Niels, «Gaias Geopolitik», en: *Merkur* 792, 5 (2015), pp. 59-67.
- Wergin, Ulrich, «‘Einer der letzten Gäste auf dem Maskenball der Poesie’. Ludwig Tieck, die Romantik und die Folgen. Nachwort», en: Ludwig Tieck, *Die Vogelscheuche. Das alte Buch und die Reise ins Blaue hinein*, Frankfurt a. M., 1979, pp. 627-692.
- Wesselmann, Alfred, *Burschenschafter, Revolutionär, Demokrat. Hermann Kriege und die Freiheitsbewegung 1840–1850*, Osnabrück, 2002.
- Williams, Raymond, *The Country and the City*, Oxford, 1973, pp. 13-34 [ed. en cast.: *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Prometeo, 2017].
- Williams, Raymond, *Gesellschaftstheorie als Begriffsgeschichte. Studien zur historischen Semantik von «Kultur»*, Múnich, Rogner und Bernhard, 1972.
- Williams, Raymond, *Culture and Society, 1780–1950*, Nueva York, 1983 [1958] [ed. en cast.: *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011].
- Williams, Raymond, *Keyword. A Vocabulary of Culture and Society. Revised Edition*, Nueva York, 1983 [ed. en cast.: *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000].
- Wissell, Rudolf, *Des alten Handwerks Recht und Gewohnheit*, 2ª ed. ampliada y corregida, ed. por Ernst Schraepler, Bd. 3, Berlín, 1981 [1929].

- Wolf, Siegmund A., *Wörterbuch des Rotwelschen. Deutsche Gaunersprache*, 2^a ed. rev., Hamburgo, 1985.
- Wolzogen, Christoph von, Karl Friedrich Schinkel. *Unter dem bestirnten Himmel*, Bd. 1, Frankfurt a. M., 2016.
- Zeuske, Michael, «Die Massensklaverei auf Kuba—extreme Bedingungen und quantitative Dimensionen», en: Zeuske, *Sklavereien, Emanzipationen und atlantische Weltgeschichte. Essays über Mikrogeschichten, Sklaven, Globalisierungen und Rassismus*, Leipzig, 2002, pp. 82-89.
- Zeuske, Michael, *Schwarze Karibik. Sklaven, Sklavereikultur und Emanzipation*, Zürich, 2004.
- Zeuske, Michael, *Handbuch Geschichte der Sklaverei. Eine Globalgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlin/Nueva York, 2013.
- Zeuske, Michael, *Esclavitud. Una historia de la humanidad*, Pamplona-Iruñea, Katakarak, 2018.
- Žižek, Slavoj, *Der neue Klassenkampf. Die wahren Gründe für Flucht und Terror*, Berlin, 2015 [ed. en cast.: *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, Barcelona, Anagrama, 2016].
- Zlocisti, Theodor, Moses Hess. *Der Vorkämpfer des Sozialismus und Zionismus 1812–1875. Eine Biographie*, Berlin, 1921.

Filmografía

- Dammbeck, Lutz: *Das Netz* [La red], 121 min., Alemania, 2003.
- Petri, Elio: *La classe operaia va in Paradiso* [La clase obrera va al paraíso], 120 min., Italia, 1971.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Adorno, Theodor W. 221, 294
Alquati, Romano 370
Anderson, Perry 40
Aristoteles 324
Arnim, Bettine von 205, 395, 396
Arrighi, Giovanni 384
Auerbach, Berthold 16, 18, 19, 276
Aveling, Edward 38
Aveling-Marx, Eleanor 38

B

Baader, Franz von 25, 397, 398
Babeuf, François Noël (genannt Gracchus) 27, 90, 91, 314
Badiou, Alain 45, 153
Bakunin, Mikhael 91
Balestrini, Nanni 371
Balibar, Étienne 45, 217, 400
Ball, Hugo 369
Bataille, Georges 20, 291
Bauer, Bruno 128, 129, 131, 134, 217
Bauman, Zygmunt 49
Beck, Karl 193, 194, 196 – 199, 204, 215, 292
Benjamin, Walter 36, 41, 61, 235, 275, 283, 316, 318, 381
Bensaïd, Daniel 98
Bensen, Heinrich Wilhelm 27, 28
Berardi, Franco 370, 371
Beuth, Christian Wilhelm Peter Friedrich 384 – 396
Blake, William 20, 242, 243
Blanqui, Louis-Auguste 150, 159, 221, 316

Bloch, Ernst 234
Bluntschli, Johann Caspar 303
Börne, Ludwig 13, 25, 90, 171, 292, 299, 300, 301
Borsig, August 385, 396
Bosse, Heinrich 102, 152
Braudel, Fernand 237, 296
Briggs, Asa 26
Brontë, Charlotte 329, 367
Brontë, Emily 315, 367
Büchner, Georg 128, 159 – 162, 164, 165, 167, 170 – 172, 215, 244, 291, 292
Buck-Morss, Susan 254
Buonarroti, Filippo 90, 314
Buret, Eugène 141, 172
Bürger, Christa 63, 396
Byron, George Gordon (conocido como Lord Byron) 367, 374

C

Cannadine, David 49
Carlyle, Thomas 48, 237, 238, 245, 367
Castel, Robert 46
Chamfort, Nicolas 292
Clark, T. J. 30, 369
Cooper, James Fenimore 125, 126, 280

D

Dalla Costa, Mariarosa 346
Dammbeck, Lutz 373
Davis, Mike 375
Debord, Guy 259, 286, 369, 371
Derrida, Jacques 234, 235
Dickens, Charles 19, 276, 278, 285
Disraeli, Benjamin 283, 367
Dronke, Ernst 38, 185, 186, 187, 197 – 201, 207 – 216

E

Eagleton, Terry 367
Elliott, Ebenezer 19
Empson, William 17
Engels, Friedrich 19 – 21, 26, 27, 38, 60, 61, 82, 93, 94, 109 – 111, 113, 115, 123, 126, 131, 137, 138, 143, 145, 158, 175, 179, 182, 185, 189, 193 – 204, 208 – 217, 219, 222, 228, 238, 240, 244 – 249, 251 – 255, 264, 266, 273, 275, 276, 278 – 289, 291 – 293, 301, 315, 338, 347, 351, 398
Eribon, Didier 401
Erpenbeck, Jenny 379
Eßbach, Wolfgang 143 – 145, 157, 164, 167, 217

F

Federico Guillermo IV de Prusia 129, 133, 398
Fourier, Charles 27, 218, 337

Frégier, Honoré Antoine 377
Freiligrath, Ferdinand 20, 109, 126, 135, 198, 398
Freud, Sigmund 27, 28, 131
Freytag, Gustav 17, 44, 212

G

Gans, Eduard 13 – 15, 17, 18, 264, 378, 380
Garve, Christian 73, 74
Gennep, Arnold van 65
Gorz, André 47, 401
Grimm, Jacob 16, 18, 58
Graeber, David 269
Grillparzer, Franz 17
Guattari, Félix 370
Gutzkow, Karl 61, 159, 171, 212, 276

H

Haenisch, Walter 38
Hardenberg, Karl August von 52, 384
Harrington, James 24
Harvey, David 13, 286, 336
Hausen, Karin 346, 355, 358 – 360
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 15 – 17, 28, 29, 32, 33, 43, 50, 60, 67, 74, 91, 98, 129, 191, 220, 221, 223, 254, 263, 275, 279, 374, 375
Heine, Heinrich 13, 19, 20, 25, 26, 39, 51, 90, 134, 158, 210, 240, 287, 300, 322, 398
Heinzen, Karl 137, 147
Herwegh, Georg 43, 193, 258, 398
Heß, Moses 48, 93, 94, 113, 135 – 141, 143 – 145, 175, 176, 183, 187, 259 – 262, 282, 398, 399, 400
Heyse, Johann Christian August 16
Hill, Bridget 356, 357
Hirschman, Albert O. 73 – 76
Hobsbawm, Eric 31, 36, 41, 81, 83, 191, 229, 304, 305, 306, 311, 312, 314, 316, 325 – 328, 362, 363, 367
Horkheimer, Max 294, 381

J

Joyce, Patrick 41, 48, 49

K

Kaczynski, Ted 373
Kant, Immanuel 72, 323
Keller, Gottfried 128, 195
Kriege, Hermann 123
Kocka, Jürgen 58, 62, 84 – 89, 106, 141, 183, 230
Köpke, Rudolf 64, 70, 191, 192
Koschorke, Albrecht 37, 48, 50, 214, 271, 272, 275, 276, 289, 401
Koselleck, Reinhart 21, 22, 53, 59, 84, 90, 257, 335, 365

L

Lacoue-Labarthe, Phillipe 41, 42
Lafargue, Paul 29, 35, 233
Latour, Bruno 373
Lenhardt, Gero 28, 29, 262
Lenin, Wladimir Iljitch 145, 331, 332
Levison, Iain 378
Liebknecht, Wilhelm 326
Linebaugh, Peter 26, 37, 192, 243, 252, 264, 269, 271, 315, 327, 332, 344 – 346, 364, 365
Linden, Marcel van der 225, 226, 256, 258, 259, 265, 332
Livius 115
Löwy, Michael 36, 37, 39 – 41, 179, 180
Lucas, Erhard 345, 346, 380
Lukács, Georg 34 – 37, 40, 195, 212, 233, 274, 275, 378
Lüning, Otto 176, 177, 198, 398

M

Marx, Karl 26, 29, 32, 34, 38, 43, 44, 46, 48, 81, 82, 88, 93, 94, 98, 123, 126, 128, 129, 131, 132, 134, 136 – 138, 140, 141, 144, 145, 163, 175, 178 – 182, 185, 192, 193, 197, 203, 209, 216 – 229, 232, 233, 237, 245, 246, 249 – 251, 254 – 256, 258 – 260, 263, 264, 271 – 274, 279, 282, 283, 288, 292, 293, 311, 316, 332, 339, 340, 342, 362, 363, 372, 374, 375, 380, 382
Mayer, Hans 162
Mead, Edward P. 20, 238, 240, 272
Mehring, Franz 143
Melle, Thomas 378
Meyer, Ahlrich 63, 258, 259, 303
Milton, John 240, 242, 243
Modiano, Patrick 286
Moretti, Franco 59, 72, 73
Moritz, Karl Philipp 144
Möser, Justus 63, 231
Mundt, Theodor 16

N

Nancy, Jean-Luc 41, 42, 364
Negri, Antonio 368 – 370, 372, 377
Niebuhr, Barthold Georg 24, 25
Noble, David F. 372, 373

O

Offe, Claus 28, 29, 31, 262, 376, 377, 400
Orwell, George 284
Otto-Peters, Louise 155, 202, 205, 224, 321, 322, 324, 325, 327, 328, 333

P

Panzieri, Raniero 370
Petri, Elio 371
Proudhon, Pierre-Joseph 27, 219 – 228, 251, 274

Püttmann, Hermann 19, 20, 38, 91, 109, 110, 133 – 135, 137, 146, 147, 187, 188, 198, 282
Pynchon, Thomas 326, 327, 365, 366, 374

R

Rancière, Jacques 18, 31, 32, 36, 41, 42, 45, 60, 92, 93, 115, 126, 136, 150 – 153, 159, 243, 319, 324, 355
Rau, Karl David Heinrich 63 – 66, 390
Raumer, Friedrich von 384
Rediker, Marcus 26, 252, 269, 344, 345
Ricardo, David 221
Riehl, Wilhelm Heinrich 55, 66, 130, 206, 335, 399
Roller, Arnold 381
Roth, Karl Heinz 225, 256, 259, 265, 368, 380
Rousseau, Jean-Jacques 75, 159
Ruge, Arnold 128 – 132, 134, 147, 154
Rumney, Ralph 286

S

Sayre, Robert 36, 37, 39
Schade, Oskar 99, 100
Schinkel, Karl Friedrich 382 – 397
Schmidt, Julian 17, 212
Schmitt, Carl 123, 167
Schnake, Friedrich 186, 187
Schüler, Friedrich 162, 163
Schulz, Wilhelm 128, 171
Schumpeter, Joseph A. 33, 311
Scott, Joan Wallach 354, 355, 360
Seeger, Ludwig 109
Sewell, William 88, 126
Shelley, Mary 30, 291, 374
Shelley, Percy Bysshe 20, 30, 37, 38, 109, 169, 282, 367
Siebenpfeiffer, Philipp Jakob 162, 163
Sieyès, Emmanuel 166
Simmel, Georg 27
Skinner, Quentin 243
Smith, Adam 73 – 75, 77, 237, 311, 385
Standing, Guy 375 – 377
Stein, Heinrich Friedrich Karl vom und zum 24, 25, 266, 270, 272, 304, 318 – 320, 383, 386.
Stein, Lorenz von 396, 397
Stieber, Wilhelm 185, 186, 365, 377
Stirner, Max 131, 217
Strauss, Leo 43
Sue, Eugène 177, 178, 216 – 220, 280

T

Thompson, Dorothy 19, 359
Thompson, E. P. 29, 30, 36, 39 – 41, 45, 77, 86 – 88, 229 – 233, 254, 286, 314, 315, 326,

327, 329, 333, 335, 348, 364, 365, 367, 373

Tieck, Ludwig 7 – 9, 20, 31, 38, 39, 51 – 53, 59, 61 – 64, 67, 70, 71, 73 – 77, 79, 81, 82, 86, 102, 118, 132, 133, 190 – 192, 202, 213, 229 – 232, 234, 293 – 297, 299 – 301, 306, 383, 384, 387, 389, 392, 393, 395

Tristan, Flora 154

Tronti, Mario 370

Tocqueville, Alexis de 189, 261

Toller, Ernst 369, 374

V

Venedey, Jacob 90, 92, 137

Vischer, Friedrich Theodor 16, 17

W

Wachenhusen, Hans 201

Wagner, Georg Wilhelm Justin 160 – 162

Wallerstein, Immanuel 296, 399

Weber, Max 142

Weerth, Georg 8, 9, 19, 38, 44, 89, 108 – 111, 113, 114, 116 – 121, 126, 135, 137, 333 – 338, 340, 342 – 348, 350, 351, 353, 355, 358, 361 – 363, 380 – 382

Wehler, Hans-Ulrich 22, 25

Weidig, Ludwig 160, 161, 170

Weitling, Wilhelm 8, 9, 19, 27, 33, 34, 38, 66, 89 – 109, 118, 123 – 125, 127, 143, 145 – 150, 152, 153, 155, 158, 163, 182, 240 – 245, 253, 254, 292, 301 – 303, 319, 337, 338, 369, 371, 394, 396, 401

Williams, Raymond 21, 36, 88, 108

Willkomm, Ernst Adolf 9, 206 – 209, 226, 264 – 267, 269 – 273, 303, 304, 306, 307, 310 – 317, 319, 327, 329 – 334, 361, 399

Wissell, Rudolf 82

Z

Zetkin, Clara 155

